BOURGET

ULTRAMAR

PQ2199
U4
S6

P. C.

1020026163

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ULTRAMAR

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

PAUL BOURGET

ULTRAMAR

Reservados los derechos de traducción.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86031
29776

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ©
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMPRENTA "EL FENIX."

AGUILA NUMERO 12 APARTADO POSTAL 511

1894

Propiedad del editor, asegurada conforme á la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

EN LA MAR.

A bordo de... Agosto de 1893.

Sobre el inmenso mar voga á todo vapor el enorme bajel; vapor que cuenta con tres chimeneas, que desaloja más de diez mil toneladas y cuya velocidad media es de quinientas millas por día. Sobre el Atlántico se extiende el cielo de las tardes de Agosto con sus nubes otoñales. Semeja una cobertera achatada y gris bajo la cual se infla y se hincha el oleaje, infatigable y monótonamente; el oleaje pardo, empañado, opaco como el cielo y cuyas ondas suben escalándose y aplastándose unas á otras. Y al venir una segunda ola, se levanta más alta, se vé el agua adelgazada y semejante á la piel enrollada de una desholladura, teñirse de verde y ondular en franja de espuma blanca y flexible. Después, la cresta móvil se desploma, el muro de esmeralda se abate, tornándose en pesado paquete de agua salobre al impulso de la

hinchazón de otra onda. Y así pasan millares y millares, levantándose, desencadenándose, chocando con el frenesí de batalla estruendosa dominada por el paso de una ave con las alas abiertas, recortada en negro sobre el pardo cielo, y dispuesta á cazar en los vientos y en la tempestad.

Es de tal modo poderoso el navío, que desgarra esta palpitación formidable del mar sin cabecear y sin ser arrollado. Su entablado se conserva tan sólido que podía causarnos la idea de un fantástico ensueño: el de la inmovilidad en la velocidad, si no fuera por el estremecimiento de su armadura de metal en una vibración no interrumpida. Figura entre los cinco ó seis *paquebots*, á los que llaman los marinos "lebreles de la mar." Y merece tan hermoso renombre, tanto por sus proporciones y por la elegancia de sus líneas que perfilan, adelgazándolo, su cuerpo colosal, cuanto por la prodigiosa andadura de su corso. Han pasado apenas unas cuantas horas desde que partimos y ya la costa de Irlanda se ha borrado, confundiéndose con el borde plomizo de la cúpula de nubes que cerca el horizonte. Unas cuantas sacudidas más de la doble hélice y á nuestro derredor, en toda una semana, tendremos sólo el insondable abismo de las olas, y más lejos aún el Nuevo Mundo. ¡Cuánta atracción tiene para mí el Nuevo Mundo! y esto debido á razones que son completamente extrañas á la mayoría de mis compañeros de viaje.

El pabellón bajo que navegamos, ostenta sobre su fondo blanco, realzada en azul, el águila explayada de los Estados Unidos. Es americano y también lo son la mayor parte de los pasajeros que transporta. He preferido al dejar á la Francia por una vez aún, cortar de un sólo golpe mis costumbres, y héme aquí en país yanke, yendo sobre este puente en el cual sólo se oye hablar inglés, un inglés gangoso en el que la palabra "well" reemplaza á la palabra "yes" brotando de los lábios sin cesar. He tenido que cambiar la moneda francesa y he necesitado aprender desde luego que la unidad del gasto ha pasado desde el franco al dollar, es decir que se ha quintuplicado. Estas han sido las dos primeras sensaciones de expatriación que he experimentado; á ellas se añade la inexplicable insolencia de los modales de los criados de á bordo ó para hablar mejor: de los ayudantes. ¿Pero acaso no sé, desde hace largo tiempo, que en los Estados Unidos no hay domésticos? Puede ser que ninguno de mis vecinos, y que son un centenar, instalados en el puente, para tomar el aire, sobre *chaisses longes* de tijeras, hayan notado estas bagatelas en que yo me fijo, y que producen en el extranjero el insignificante calosfrío que experimenta con el agua el nadador que se lanza á ella desde el ribazo. Por muy habituado que se esté á lo que el trágico é inquieto Maupassant llamaba "vida errante," en este salto súbito fuera de todo *home*, existe una sensación vaga de melancolía. O mejor dicho aún, puesto que la palabra es extensísima para expresar un efecto de simple retracción nerviosa, hay una crisis de vuelta involuntaria sobre de sí mismo. Se preven las mil contrariedades del desarraigamiento y se pregunta uno: ¿A qué este nuevo viaje? ¿Qué voy buscando más allá de los mares, lejos de mis amigos, lejos de mis libros, lejos de los paisajes familiares y de la tierra que me ha visto crecer....?

¡Ay! ya no es esa, esta tierra que se desvanece allá abajo en la bruma, supuesto que esta costa se llama *Cape Clear Island*. ¡No importa! Este islote irlandés pertenece aún á Europa. Su faro que acaban de encender, anuncia el retorno á otros viajeros que in-

tentaron, por una ú otra razón, la experiencia que yo voy á ensayar. Si Dios me lo permite cuando, pasados ocho ó diez meses, vuelva yo á ver esta misma punta de tierra ó á mirar destacarse sobre el horizonte esta misma llama, ¿acaso traeré de ultramar opulenta cosecha de imágenes é ideas? ¿Me diré á mi propio que me equivoqué ó que tuve razón al desterrarme otra vez por tanto tiempo? A las dos preguntas de *después*, no me es posible contestar aún, pero veo netamente la respuesta que daré á las primeras, á las preguntas de *antes*. Lo que la América me dará, lo ignoro. Lo que de ella espero lo sé perfectamente; quisiera consignar en pocas líneas sobre las primeras páginas de mi libro de viaje esta especie de examen de conciencia intelectual. Será, según mi creencia, el mejor prefacio para el resúmen de mis notas y también el mejor medio de engañar el fastidio del paquebot, de entretener esa sensación que conozco tan bien por haberla sufrido con exceso en los mares de Oriente y á la vez el vacío y la tan larga duración de los días. En la mar no hay tiempos, no hay distribución de horas, no hay desmenuzamiento de la vida. Se siente uno mecido, empujado por una fuerza potente, que suprime, que disuelve nuestra voluntad. Las cosas infinitamente pequeñas de la vida de á bordo y los sueños de ideas generalísimas pueden únicamente ayudarnos á pasar esas mañanas y esas siestas de languidez casi vegetativa. Ensayaré ambos remedios, y empezaré por el segundo que mejor cuadra á la pasión dominante de mi inteligencia, á ese gusto, á esa casi manía de reunir en la estrechez de una fórmula millares de hechos que se hallan esparcidos. Pero "el que es lobo como lobo obra," nos ha dicho un sabio. Y ese medio es un modo de pensar y de mirar las cosas. Debe pués

tener su valor como tiene sus limitaciones. En todo caso, él es debido á mi impresionismo individual y no me sería posible ser sincero sino obedeciéndolo, pidiendo anticipadamente al lector, que quiera leer mis notas, dispense el abuso que haga de la reflexión abstracta.

"La expatriación," escribí hace un momento. ¡Cuán áspera es esta palabra y cómo suena en falso! En todos mis viajes lo he sentido y aun más lo siento hoy en esta mi última partida: ¡no se expatría uno nunca! Por lejos que se esté de la tierra natal y de cualquiera tierra, basta descender á lo más íntimo del pensamiento para reconocerse ciudadano, no del mundo, sino del pequeño rincón de la provincia de donde se ha salido. Lo que me atrae de América no es la América misma, es la Europa, es la Francia, es la inquietud por los problemas que envuelven el porvenir de esta misma Europa y de esta Francia. Tres potencias trabajan hoy para fabricar este porvenir; tres divinidades de manos brutales, pero inevitables como las de las Parcas, y cuya soberanía es fuerza que reconozcamos; soberanía sobre todos los intereses y sobre todas las empresas del viejo mundo; la una es la Democracia, la segunda es la Ciencia y la tercera, la última que se ha presentado y la menos fácil de denominar, es la idea de la Raza. Hacia cualquier punto del continente que se mire, desde San Petersburgo hasta Londres y de Roma á París, se contempla á estas tres fuerzas trabajando en su obra, y en vía de bosquejar los lineamientos de un mundo nuevo, así al menos lo dicen sus sectarios: en vía de destruir piedra por piedra el antiguo edificio que ha

abrigado desde hace tantos siglos á la vida humana, —y sin edificar nada que pueda reemplazarlo,—dicen sus adversarios. Y á estos últimos no les cuesta trabajo el enseñar la Europa que han formado estas nuevas divinidades, y lo aciaga, y lo diferente que es de aquella que soñaban nuestros padres, cuando saludaban á la alborada de la revolución con clamores de ingénua esperanza, á fines del siglo último. El sufragio universal, es decir, la tiranía imbécil del número, el reinado de la fuerza bajo su forma más injusta y más ciega, es el régimen que ha establecido la democracia doquiera que ha triunfado. A esto se agrega, un despertar furioso de los apetitos más bajos y un descontento universal de la suerte con la constante amenaza de una rebelión de ese cuarto Estado de la miseria y de la envidia, en contra de una civilización que ha prometido la libertad, la igualdad, la fraternidad y que queda fallida al hacer efectivas estas promesas irrealizables.

Un gobierno más hábil de la naturaleza, conocida al fin con más exactitud, he aquí el beneficio cierto de la ciencia; ¡pero cuán caro cuesta si es verdad que el nihilismo filosófico es la terminación última de ese gigantesco esfuerzo de inquisición que no tiene conclusión posible! Arrinconada hoy en lo Incognoscible y obligada á confesar que su método ha de ser simpre impotente para desentrañar las causas ocultas detrás de los fenómenos, y la substancia enmascarada por los accidentes, ¿qué alimento dá á la alma esa ciencia, sino es un pan de amargura y un brebaje de muerte? Desarrollando con exceso en el hombre moderno, el espíritu de experimentación y de crítica, ha vuelto casi imposible para la legión innumerable de las conciencias medianas, la fe en lo sobrenatural; y la adición de todas las conciencias

medianas es la que forma lo que se llama conciencia nacional. Y debido á esto ¡cuánta disminución de el Ideal en la Europa contemporánea! Y como consecuencia necesaria, ¡qué incertidumbre en las convicciones, qué debilidad y qué incoherencia en las voluntades, que méngua en el carácter nacional, cuántos desórdenes en la energía, cuántas enfermedades morales que sin cesar renacen y que han sido día á día más fecundas en complicaciones, en los últimos años de este final de un siglo que tanto ha anhelado el hacer bien!

Y por último, la idea de la Raza, que se ofrecía tan generosa, tan lógica, alumbrada por los relámpagos del cañón de Solferino, se ha resuelto en terribles amenazas de barbarie, hoy que toda esta Europa del progreso no es sino un série de campos divididos, en los cuales, detrás de los cañones cargados, millones de hombres esperan la hora de un exterminio como no se registra ningún otro en la historia!....

Sí, tal es la tarea evidente de esas tres espantosas obreras á quienes es en vano maldecir, y tal vez sea culpable el hacerlo. Pues existe en todas las grandes fuerzas irresistibles de la sociedad, así como en las de la naturaleza, un carácter fatal pero á la vez sagrado. Traspasando la previsión del hombre y sobrepujando su intervención, se presentan como emanaciones misteriosas del principio mismo de donde surge toda realidad. Lo que tienen de irresistible y de ilimitado se impone á nuestra admiración, como el nacimiento y como la muerte, como el día y como la noche, como el mar que azota con su oleaje al navío donde escribo estas líneas. En presencia de tal necesidad, no nos es permitido desesperar ántes de haber estudiado todas las probabilidades con que puede con-

tarse para alcanzar un porvenir más dichoso; quiero decir, ántes de asegurarse de que son siempre los mismos todos los efectos producidos por estas causas implacables. Ahora bien, hay un país en el cual estas tres fuerzas, que tan mortíferas son en nuestro viejo mundo, han sido las llamadas á modelar en un todo un universo nuevo, un país que desde su nacimiento se ha constituido en democracia, y en democracia científica, porque ha tenido que emplear el arsenal más moderno de la maquinaria y de la industria, para domar una tierra enteramente virgen, un país al que se ha impuesto, desde sus orígenes, el problema de las razas, en el que se estrella aun á cada instante, puesto que está formado por el aluvión de todas las naciones de Europa, de Africa y de Asia, y supuesto que necesita hacer vivir reunidos no tan sólo á ingleses y á irlandeses, á alemanes y á franceses, sí que también á los negros y á los amarillos con los blancos. Y hasta hoy tal parece que lo ha logrado. Su población aumenta año por año, su riqueza se acrecenta, sus ciudades retoñan con la energía de plantas tropicales. ¿Qué eran hace cuarenta años, San Luis, San Pedro, Minneápolis y aún el mismo Chicago? Hoy es por cientos, por doscientos, por quinientos de miles como se cuenta á los habitantes de esas ciudades que nacieron ayer, y este mismo año, la más admirable de todas ellas abrió una Exposición convidando al mundo entero á concurrir á ella ¡y el mundo entero ha ido! Un ejército formado por veinticinco mil hombres basta á este pueblo, que á pesar de este número ha probado en menos de treinta años, que superabundaban en él las energías militares al igual que en cualesquiera de los otros, y que ha vuelto á los trabajos de la paz en cuanto vió sus luchas terminadas, con la misma rapidez que había empleado en organizar los formidables aprestos de su guerra. ¿Cómo es posible saber que existe tal país y no experimentar curiosidad por ver más de cerca, que al través de los libros, las condiciones de su existencia? ¿Cómo puede perderse la ocasión de valorizar sobre el terreno mismo la importancia de esta sociedad, que se pretende será la sociedad del porvenir, y la que, en último caso, es una de las posibilidades del futuro? Creo darme cuenta con bastante exactitud y anticipadamente de todo lo que me chocará en ese país, que carece de la poesía del pasado, á mí que he amado tanto á la Italia, á la Grecia, á la Siria y á su suelo amasado con polvo de los muertos. Bien sé que á él no me llevan mis inclinaciones de inteligencia ni de corazón. ¿Pero á dónde y á la casa de quién no iría yo, con tal de adquirir nuevamente algo de fe en el porvenir de esa civilización, que entre nosotros parece á veces encontrarse en vísperas de hundirse para siempre? . . .

He dejado transcurrir cinco días desde la tarde de mi partida en que ensayé hacer la especie de balance intelectual que es conveniente formar en las primeras y en las últimas horas de un largo viaje. Durante todo él, es preciso estar atento siempre á las sensaciones del momento. El escritor debe utilizar sus ideas generales del mismo modo que el pintor las paredes de su taller. Se sirve de ellas para suspender sus estudios; las paredes los sostienen y ellos á su vez las ocultan. He olvidado con gusto mis teorías en estos cinco días, como espero que las olvidaré en los meses que vengan después, y me he abandonado por completo á la vida del buque que parece ser siempre semejante bajo todos los climas y sobre todos los mares. Y sin embargo, mirándolo de cerca, este navío no es sino un rincón de América, y un visionario

en costumbres y en hábitos podría desentrañar de él como siempre el tono nacional, el pequeñísimo irreductible rasgo que un pueblo imprime en su fisonomía. ¿Quién es aquél que ha podido dejar un *steamer* de la compañía peninsular la clásica P. O. del Egipto y de las Indias, y tomar un vapor de las mensajerías, sin sentir que toda la Inglaterra está en el uno y que toda la Francia está en el otro, de la misma manera que toda la Italia se halla en el entrepuente de uno de los Florios que hacen el cabotaje de la costa de Génova á Patrás? Pero, la condición necesaria para el discernimiento de esos matices es el conocimiento previo de los pueblos. Bosquejaré al azar el diseño de algunas de las visiones que traeré al terminar mi travesía—tal vez muy pronto. Hemos caminado tan de prisa que habiendo salido de Southampton el sábado después del medio día, llegaremos á Nueva York mañana, que es viernes, en la tarde, á pesar de que la mar á ciertas horas nos ha embestido con rudeza suma, y sobre todo en el medio del Oceano que llaman los marineros el *devil's hole*—el pozo del diablo— y aunque en el momento en que vuelvo á tomar mi diario de camino la niebla se condensa sobre esta misma mar tan tersa ahora y apenas ondulada. Un mar de fondo la levanta con ámplia y mansa ondulación, y la bruma blanquizca y cerrada envuelve al barco, tan densa y tan espesa, que de una de sus extremidades á la otra, los objetos y las personas se confunden con vagos estremecimientos de fantasmas. Minuto por minuto, la sirena desgarra este vapor con silbido estridente, pero la velocidad de nuestro corso no disminuye un nudo.

—Es seguro, me dijo uno de mis compañeros de mesa. "En caso de encuentro, el navío más rápido pasa por ojo siempre al otro"....

....Desde luego, veré el puente de este navío rociado por la espuma salada de las olas, cuando eran azotadas por el viento, y en el que he pasado tantas horas; después, qué de veces volveré á revistar las dos galerías, la hilera de camarotes con la fila de sillones de bejuco pegados unos á otros! A los hombres y á las mujeres que pasaban los días leyendo, platicando, esperezándose, durmiendo, y á los colores de los plaids, mezclados de verde y amarillo, de rojo y negro, haciendo resaltar la tersura ó lo marchito de los rostros. Rostros de jóvenes y de ancianos que encontraba diariamente, siempre en los mismos sitios, y que eran para mi imaginación enigmas de la sangre en que me detenía, entreteniéndome con singular curiosidad en procurar adivinar en ellos herencias sin verificación, los diversos metales fundidos en este bronce de Corinto: la raza americana. En esta multitud no se nota ya nada del tipo cerrado que caracteriza la fisonomía de casi todos los ingleses—en sus tipos de imprenta tan limpios, de recortes tan netos y tan apretados, puede verse el análogo—se encuentran sólo caras disímbolas y naturalezas tan contradictorias que naturalmente pueden descifrarse en ellas como yo lo hacía, los veinte atavismos diferentes cuya síntesis se encuentra en los Estados Unidos. Viendo á aquel personaje de hombros cuadrados, de manos sólidas parecidas á palas, de anchos piés semejantes á bases de columnas, que fuma gruesos puros con poderoso aliento, y cuyos ojos pequeñísimos lanzan, bajo sus espejuelos, miradas de astucia y de satisfacción, tengo acaso necesidad de saber que su nombre se termina en *mann* y que vuelve á Chicago; para tener la certeza de que es un Alemán ó un hijo de Alemán?—Y cómo dudar de que aquel otro es un Irlandés ó un hijo de Irlandés, si así lo dice la

jovialidad nerviosa de sus ojos muy azules, su barba rubia, sus gestos excitables y lo que se descubre de su porte?—Y quién pudiera dudar que ese tercero, de pupilas negrísimas, sobre una cara aceitunada y flaca es español indiscutiblemente y que en él revive la silueta de alguno de los aventureros de California?—Y después, junto á esos rostros marcados con caracteres tan definidos, hay otros que parecen haber sido amasados con cinco ó seis tipos diferentes, rostros plomizos y deslustrados, surcados por facciones características, que revelan en su mayoría los esfuerzos. Sonríen, y á pesar de la sonrisa, permanecen tristes, casi revelando amargura, cual si hubiera quedado impreso en ellos el trabajo y la fatiga de varias generaciones.

Muchas mujeres, y algunas muy hermosas, conversan familiarmente con uno y con otro. Entre ellas se cuentan algunas actrices que tornan al país natal después de una vuelta á Inglaterra. Me imagino la galantería actual ó futura que esta intimidad de á bordo traduciría en un buque de cualquier país Latino.

Aquí domina la impresión contraria, la de costumbres más rudas, y cuya base está formada por la energía y por la voluntad, así como las nuestras se sustentan en el placer ó en la imaginación. Y de ello encuentro el símbolo en el rigor con el cual, desde la partida, y cualquiera que haya sido el estado del mar, se han obstinado varias jóvenes en zanquear el puente con grande decisión, y en la empleada por un grupo de jóvenes y de hombres, que han estado jugando al cricket en la proa, azotados por la espuma, calados por la lluvia.

—"Si no hace mi hermano sus dos horas de ejercicio violento diariamente," me decía una joven que

leía en una revista con la mayor atención un artículo sobre la *physical culture*, "no se siente bien"....

..... Y el comedor con el lujo de sus dorados nuevos y con el rumor del gentío que se sienta á sus mesas, ha quedado también fijo en mi vista. En él se ha ostentado, desde nuestra partida, una abundancia de alimentos tan brutal como este mismo lujo, presentándose listas de veinticinco platos á escoger, en el almuerzo, en el lunch y en la comida. Había oído hablar frecuentemente de la glotonería americana. Experimentaba la sensación de ello tres veces cada día ante esta prodigalidad de vituallas que hacían suponer la existencia de bueyes, de cerdos, de carneros colgados enteros y por cientos en las bodegas refrigerantes del entrepuente, montones de pescados conservados en otras refrigeradoras y provisiones de lechería y de frutas bastantes para sostener una plaza sitiada. Y con solo mirar á estos tragones cómo beben y cómo rocían esas comidas, podría yo medir á cuánta distancia me hallaba de la tierra de la vid. El wiskey, el ale, la sosa, el té, la limonada, el porto, el sherry, el champagne seco, el aguardiente, el apollinaris se presentaban en todas las mesas, testificando la costumbre de *querer* ó de elegir su régimen, tan característico de los países anglo-sajones. En ellos no hay tipo determinado de alimentación, como entre nosotros existe. Cada estómago sigue su capricho. Y en la semi-alucinación que produce el balanceo del mar, siempre veía flotar sobre esta asamblea la sonrisa de un personaje extraño, de un dentista de Nueva York establecido en Roma y á quien volví á encontrar en este buque, camino á un congreso de Chicago; á uno de esos infatigables artistas de orificación que ahondan túneles en los dientes de sus parroquianos, que construyen,

en las bocas más arruinadas, puentes metálicos, con la audacia y con la habilidad de un ingeniero. A cada instante se revestía á mi vista con la dignidad de un presidente de esta errante mesa redonda; tanto así y desde su primer desayuno, mostraron los convidados la avidez fisiológica de una raza de presa, para quien la conservación de la grande herramienta de masticación ha llegado á ser de tanta importancia como la del pico para el buitre ó la de la garra para el león....

.... Y tengo siempre en la vista este comedor, pero en otra ocasión, cuando con grande recogimiento se llenaba solemnemente con la voz del pastor que recitaba las oraciones. Era un domingo en la mañana y de los doscientos pasajeros que íbamos, ¡concurrieron más de cien al oficio! Las mismas caras que ayer vi, y que veré mañana congestionadas por el exceso de alimentación, ahora se inclinan frente á la Biblia con convicción personal y sincera. Todos ellos viajan con su libro de oraciones propio. Los miraba á través de la ventana, con el sentimiento de que no había muerto, á pesar del poderoso flujo de la inmigración, el alma de los *Pilgrim Fathers* que partieron en 1860 para el *May Flower*, y recordaba esta partida que fué precedida por un día de solemne prosternación; tomando el pastor como texto este versículo de Ezra: "En todas las riberas del río Ahava lo he proclamado un día para que podamos humillarnos ante nuestro Dios, y alcanzar por este medio el camino recto para nosotros, para nuestros hijos y para nuestra sustancia entera....." He aquí el profundo sentimiento que se agita aún en estos *revivals* de la América, que son sobradamente apasionados para que, en nuestro siglo diez y nueve, broten entre ellos y sin cesar nuevas sectas. Palpitaba allí,

entre las doradas paredes de ese comedor común á todos, y quedará asociado á él en mi memoria, así como también volveré á ver una escena del todo diferente: un concierto organizado por un administrador de teatros que va á dar una vuelta á San Francisco. El producto se destinaría á la caja de los marineros pobres. Aceptó la presidencia de él, un antiguo ministro de los Estados Unidos, cerca de una de las más grandes córtes de Europa. Todo el buen natural de un país de *debaters*, de hombres acostumbrados á hablar siempre en público y al público, estaba impreso en el tono con el cual comenzó aludiendo á sus infortunios de camarote: "I' *present you a very poor sailor*..... Os presento á un pobre marinero." Si hubiera ignorado hacia qué tierra de democracia me encaminaba, lo habría adivinado por la sencillez absoluta de modales de este antiguo diplomático. Esto me distraía de un estribillo sentimental que también oiré por mucho tiempo aún, sobre los "tiernos corderillos que están en la pradera, donde no sueñan con la salsa de menta" y de la ruda vulgaridad de una cantante que representaba á una camarera, irlandesa próxima á ser actriz. Y aullaba, lanzando su puño con la violencia del boxeador que se prepara á imponer un *punishment*, un tan formidable "*I want to be a Hactress, a Hactress!*...." que se oía el temblar de los vidrios á pesar del ruido de la mar.

..... Y qué curso de fisiología internacional proporcionaba la sala de fumar, allá abajo, hacia las nueve de la noche, y sobre todo ayer cuando se sorteaban los números de una de las últimas apuestas sobre la velocidad del navío. Cincuenta personas respirando una atmósfera que infesta la del paquebot, con el tabaco, y las aguas de tocador, pues la tienda del bar-

bero se halla á lado y él estaba ocupado en lavar la cabeza á un parroquiano, y tenía abiertas las puertas y la de los alcoholes! En el fondo está un mostrador sobre el que el alquimista encargado de los cocktailes manipula varias de las mezclas corrosivas con las cuales se abrasan los americanos las entrañas con delicia. Allí, en esa pieza tapizada con madera amarilla, y que alumbra con fantástica luz la electricidad tamizada al través de globos de cristal azules ó rosados, los pokeristas prolongan toda la noche sus partidas leyendo sus puntos en el ángulo de las enormes cartas sin que su inmóvil cara abotargada por el *bluff* deje adivinar más que la fiebre fría de las apuestas que ahora se desatan alderredor de la rifa. Un actor, de carrillos verdiosos, de boca morruda, los ha puesto en una bolsa y los va sacando para adjudicarlos á los varios postores que se han inscrito durante el día en la hoja de papel atada allá abajo sobre el cristal embadurnado de humo. Se les pone en seguida en almoneda, y el hombre gordo encargado de enardecer la puja, acompaña la enunciación de cada número con interpretaciones en las que hay algo de la sorna del comisionado viajero, pero algo siniestro. "481..... habrá una niebla terrible—480..... este es el más bajo, es el mejor. Nos deslizaremos como la *Victoria*.—480..... quién desea tener con que pagar su seguro?—504..... el más alto, el mejor. Tiempo alciónico. "Haremos 506....." Y las pujas suben: un dollar, cinco dollars, diez dollars, veinte dollars, cuarenta dollars, cien dollars hasta el momento en que "..... Una, dos, tres, queda adjudicado al honorable...." Las caras de los *pokeros* son las que se me han grabado en la memoria, con su ojos tan vivaces y duros, con su boca de movimientos contráctiles tan firmes, y medio crueles. Casi todas más bien descoloridas que

no rubicundas, la tez emponzoñada con el abuso de temibles alcoholes, evocaban en mí, invencible-mente la idea de las leyendas del Oeste, en las que un revólver presto á disparar se halla siempre al alcance del jugador. Sobre todo, dos eran los que me parecieron más netos: uno cuadrado, franco, que tenía una gorra de marinero echada sobre la frente, una pipa corta y recta en la comisura de los lábios, y que usaba entonaciones chanceras en la puja; el otro flacucho é insolente, de mirada astuta y algo dominadora. Las dos voces que brotaban de estas dos bocas, casi traicionaban, al exasperarse una contra otra en esta lucha de dollars, el odio de dos especies, tal y como si existiera en el fondo oculto del juego, tomado así á modo de duelo, el desplegamiento de una fuerza casi animal. Y apenas terminaba este combate entablado á causa del número de millas, comenzaba otro que giraba en derredor del número del primer piloto á quien debía encontrarse.

.....Y cuán pequeño era ese navío, el del primer piloto, que corría hácia nosotros con todas sus velas desplegadas bajo el viento que parecía á cada momento tumbarlo encima de las olas! Nos hallábamos á seiscientas millas del puerto. Se trataba para el hombre de ganar trescientos dollars. Encontramos á otro en la tarde, que había andado sus quinientas millas por casi nada, bajo el terrible viento de los últimos días. Y el vapor se detiene un segundo. De este se desprendió una chalupa en el cual venía un remero junto con el piloto. Este atrapa la escala de cuerda que se le echa del puente. Y aún no ha podido saltar el filarete cuando ya la máquina ha recobrado su fuerza y toda su velocidad el paquebot. Cinco minutos más y el intrépido velero será sólo un punto blanco en la inmensidad, hundido sin cesar en

los enormes valles que ahonda el oleaje y que nosotros surcamos con la velocidad siempre constante de las gentes que quieren *"break the record,"*—esta intraducible frase con la cual los americanos expresan tan bien lo que constituye antes que todo el fondo de su naturaleza, el considerar como posible todo lo que ya se ha ejecutado y aún el sobrepujarlo. Es acaso amor propio? Es la locura de la acción? Es aún otro atavismo, puesto que todos ellos son, con algunas generaciones de distancia, hijos ó nietos de desesperados, de gentes que han atravesado este mismo Oceano con la idea fija de jugar por último el todo por el todo? Nada de esto sé, más lo que sí no ignoro es que por mucho tiempo no podré olvidar esa frenética carrera del lebrel de la mar al través de la espesa bruma de aquel último día, ni la primera impresión de la proximidad del país de todas las audacias, en la audacia de este impulso capaz de pasar por ojo un acorazado si por acaso lo hubiéramos topado. . . . Pero quien de nosotros pensaba en ella exceptuándome á mí. Ya todos estaban ocupados en leer los periódicos que el navío piloto acababa de traernos. . . . "Y sin embargo ya no valen la pena . . . ." dijo uno de ellos. "Ya tienen de dos dias. . . ."

. . . . . El séptimo dia llegábamos á la vista de Nueva York, en una mañana de estío á la vez ardorosa y velada. No habíamos podido entrar la víspera, y yo me regocijaba ante el cuadro incomparable de esta entrada. El paquebot está en camino para subir la embocadura del Hudson que sirve de puerto á la gran ciudad, adelantando con movimiento suave, como rápido era hacía veinticuatro horas. Esta sensación sóla compensaría del viaje; tan inesperada y profunda es. El enorme estuario tiembla y es embestido por la última palpitación del Atlántico que

lo remueve y en sus dos orillas, tan lejos cuanto puede alcanzar la mirada, hacia la derecha en donde se extiende Nueva York, hacia la izquierda donde hormiguea Fersey-City, se ve una série de muelles cortos, anchos y cubiertos. Varios nombres están inscritos en ellos, aquí el de una compañía de caminos de fierro, allí el de una compañía de vapores, más acá el de otra compañía de caminos de fierro y más allá el de otra compañía de vapores, y así hasta lo infinito y tambien indefinidamente de cada uno de esos muelles se desprende ó se acerca una barca de vapor que toma ó que deja pasajeros á centenares, coches atalajados por docenas y trenes enteros llenos de mercancías. Cuento cinco ó seis de estas barcas, y después quince y luego veinte. Enormes, desplomando la agua verde con sus dos cuerpos pintados de blanco y de moreno, van batiendo con sus ruedas de fierro esa agua tan pesada, llevando en su cima un balancín gigantesco que hace rítmico su movimiento uniforme. Se cruzan, se rozan, se alcanzan sin chocarse jamás; tan segura así es su marcha; revisten la apariencia de bestias colosales y laboriosas y cumple cada una su tarea con serena conciencia. Innumerables remolcadores, anchos y ágiles, corren atravesando por entre ellas. Las olas de la agua sacuden con rudeza su delgada armadura y se oye el áspero soplo de sus robustas máquinas semejantes á amplísimos pulmones de acero que llenan todo su pequeño cuerpo. Se siente esta robustez en su impulso, medido con tal precisión que sin disminuir nunca vuelan entre masas pesadísimas cuyo choque las haría zozobrar. Llevan trás de sí frágiles barquillas cargadas con dos, con tres ó con cuatro hombres. El angosto y miserable esquife tiembla, casi desaparece en la glauca estela profundamente

abierta en esta agua tan trabajada, tan golpeada, que se levanta en olas. De cuando en cuando uno de los remolcadores lanza un silbido agudo y desgarrador, que se mezcla al ronco bramido de los vapores pasarios. Y unos y otros circulan sobre este ancho rio, subiéndolo y bajándolo con la misma lentitud que nosotros y que los ciucuenta paquebots, tan grandes como el nuestro y que llegan de Europa, que vienen de la América del Sur, ó que entran de América del Norte. Sus cascos altos y rojos tienden con poderosa suavidad la sábana movediza cargada de tanto trabajo humano y de tantas vidas de hombres. En la bruma cálida las formas se borran, los contornos se esfuman, tornándose en fantásticos. Aparecen otros paquebots, bosquejándose, adivinándose más allá de aquellos; y más allá aún se divisa un monstruoso cruzamiento de vergas y de mástiles y dominando esta gigantesca máquina movediza, que causa la impresión y la idea de ser el entrepuente del mundo entero, la estátua de la libertad surgiendo y diseñándose en la bruma, tan alta como un faro. Sin embargo, á derecha é izquierda las dos ciudades siguen estendiéndose hasta perderse de vista. Vuelto hacia el lado de New-York, distingo casas pequeñísimas, un oceano de construcciones bajas, de donde emergen semejantes á islotes de abrupta y bravía costa, construcciones de ladrillo tan atrevidamente colosales, que aun desde aquí su altura asola la mirada. Cuento los pisos que hay arriba de la linea de los techos: una tiene diez, otra doce. Otra no está aun concluida. Un armazón de fierro dibuja en el cielo el proyecto de seis pisos más encima de los ocho ya construidos.... Gigantesco, colosal, desmesurado, desaforado,—faltan palabras para igualar esta aparición, este paisaje en el cual la enorme embocadura

del río sirve de cuadro á un desplegamiento de energía humana más enorme que él. Llegada á esta intensidad de esfuerzo colectivo, esta energía llega á ser un elemento de la naturaleza. Y para redoblarla, agrega la historia la brutalidad indiscutible de sus cifras. En 1642—no hace más de doscientos cincuenta años—los indios vendieron á un wetsphaliano la punta de esta isla de Manhattan. Y se fundó esta ciudad que está en frente de mí. Es esto la poesía de la Democracia, una de esas florescencias de vitalidad popular en las que el individuo desaparece y en las cuales el esfuerzo personal es solo una nota perdida en un inmenso concierto. No es por cierto el Parthenon, ese pequeño templo asentado en una colina, en la cual los Helenos reasumieron su Ideal: nada de la materia y todo del espíritu, para animarlo todo, hasta el más insignificante de sus átomos, con la proporción y la armonia. Pero sí es la sombría y violenta poesía del mundo moderno que produce estremecimientos trágicos, tanto es así lo que tiene de humanidad voluntaria y furiosa, en un horizonte como el de esta mañana—y este es el mismo todos los dias!....

II

PRIMERA SEMANA.

Acabo de pasar la primera semana en Nueva York sin visitar á ninguna de las personas para quienes traigo cartas de presentación. Todas se hallan en el campo ó á la orilla del mar mientras duran los ardientes calores del mes de Agosto que son tan so-

abierta en esta agua tan trabajada, tan golpeada, que se levanta en olas. De cuando en cuando uno de los remolcadores lanza un silbido agudo y desgarrador, que se mezcla al ronco bramido de los vapores pasarios. Y unos y otros circulan sobre este ancho rio, subiéndolo y bajándolo con la misma lentitud que nosotros y que los ciucuenta paquebots, tan grandes como el nuestro y que llegan de Europa, que vienen de la América del Sur, ó que entran de América del Norte. Sus cascos altos y rojos tienden con poderosa suavidad la sábana movediza cargada de tanto trabajo humano y de tantas vidas de hombres. En la bruma cálida las formas se borran, los contornos se esfuman, tornándose en fantásticos. Aparecen otros paquebots, bosquejándose, adivinándose más allá de aquellos; y más allá aún se divisa un monstruoso cruzamiento de vergas y de mástiles y dominando esta gigantesca máquina movediza, que causa la impresión y la idea de ser el entrepuente del mundo entero, la estátua de la libertad surgiendo y diseñándose en la bruma, tan alta como un faro. Sin embargo, á derecha é izquierda las dos ciudades siguen estendiéndose hasta perderse de vista. Vuelto hacia el lado de New-York, distingo casas pequeñísimas, un oceano de construcciones bajas, de donde emergen semejantes á islotes de abrupta y bravía costa, construcciones de ladrillo tan atrevidamente colosales, que aun desde aquí su altura asola la mirada. Cuento los pisos que hay arriba de la linea de los techos: una tiene diez, otra doce. Otra no está aun concluida. Un armazón de fierro dibuja en el cielo el proyecto de seis pisos más encima de los ocho ya construidos.... Gigantesco, colosal, desmesurado, desaforado,—faltan palabras para igualar esta aparición, este paisaje en el cual la enorme embocadura

del río sirve de cuadro á un desplegamiento de energía humana más enorme que él. Llegada á esta intensidad de esfuerzo colectivo, esta energía llega á ser un elemento de la naturaleza. Y para redoblarla, agrega la historia la brutalidad indiscutible de sus cifras. En 1642—no hace más de doscientos cincuenta años—los indios vendieron á un wetsphaliano la punta de esta isla de Manhattan. Y se fundó esta ciudad que está en frente de mí. Es esto la poesía de la Democracia, una de esas florescencias de vitalidad popular en las que el individuo desaparece y en las cuales el esfuerzo personal es solo una nota perdida en un inmenso concierto. No es por cierto el Parthenon, ese pequeño templo asentado en una colina, en la cual los Helenos reasumieron su Ideal: nada de la materia y todo del espíritu, para animarlo todo, hasta el más insignificante de sus átomos, con la proporción y la armonia. Pero sí es la sombría y violenta poesía del mundo moderno que produce estremecimientos trágicos, tanto es así lo que tiene de humanidad voluntaria y furiosa, en un horizonte como el de esta mañana—y este es el mismo todos los dias!....

II

PRIMERA SEMANA.

Acabo de pasar la primera semana en Nueva York sin visitar á ninguna de las personas para quienes traigo cartas de presentación. Todas se hallan en el campo ó á la orilla del mar mientras duran los ardientes calores del mes de Agosto que son tan so-

focantes como el de Madrid en Europa. Yo mismo me dispongo á partir para Newport, el Deauville de la América, con el objeto de ver allí á la Sociedad. He tenido, pues, tiempo bastante, en estos ocho días, para recorrer la ciudad como simple tourista y para recibir la misma impresión, el primer choque como me decía el amable profesor Carlos N*** de Cambridge, quien me aconsejaba intitulara este libro de viaje *American shocks* para que contrastara con mis *Sensaciones de Italia*. Deseo transcribir aquí el diario de esta semana, aunque no exagere ni la importancia ni el interés de estas superficiales experiencias hechas en la calle y en el hotel. Pues que no serían bastantes para autorizar ninguna conclusión general. Sin embargo, tienen su valor. Representan un sobresalto de exoticismo al que atenuará una estancia más prolongada y que abolirá, para reemplazarlo con notas más justificadas, pero que serán tal vez menos exactas. Las percepciones casi animales de la diferencia atmosférica entre el país de donde venimos y aquel á que llegamos, no pueden engañar sino hasta que las hemos interpretado. Ya entreveo el fin de algunas hipótesis que son muy generales. Es probable que la mayor parte de estas hipótesis sean incompletas y que tenga necesidad de cambiarlas muchas veces antes de dejar este continente. A pesar de ello, anotemos las sorpresas sufridas en las primeras horas, antes de que se borren, aunque sea sólo á título de apuntes.

Sábado.—Enrique J.*** me dijo en Londres cuando nos despedimos: "Cuento con la impresión que os causará el muelle de madera de Nueva York. Regresareis en el primer paquebot como lo hizo C.***" Este es un Francés de espíritu distinguido que quiso, como yo, imponerse un tratamiento de actividad y de democracia en el Nuevo Mundo. Desembarcó en el muelle de madera como yo también desembarqué. Se fué á un hotel cualquiera, como yo acabo de llegar á uno de estos, y traía cartas de recomendación como yo también traigo las mías. Cinco días después, tomaba pasaje en un navío que partía para Europa. "No me fué posible soportar el golpe...." fué la única respuesta que pudo dar á la sorpresa de sus parientes. En efecto, es rudo el golpe del desembarque, cuando menos para un francés acostumbrado á ese orden administrativo, cuyas lentitudes se maldicen cuando se las sufre, y cuyas comodidades se echan menos al topar con las multitudes anglo sajonas en las cuales la lucha por la vida se concentra en el humilde y trabajoso símbolo de la lucha por el bagaje.

Desde el momento en que el vapor atraca al muelle, se baja á un inmenso cobertizo atestado de gentes que van y vienen empujándose y empujándonos. Policías gigantes, con el vientre saliéndose de su cinturón, se mantienen entre esta multitud como columnas en donde va á quebrarse. Aduaneros con el uniforme desabrochado á causa del mucho calor, y cuyos carrillos se miran abultados con un pedazo de tabaco, ensucian con chorros de saliba morena el sitio destinado á las maletas, y cuando estas acaban de llegar son volteadas y alderredor de ellas se empujan multitud de agentes de express ofreciendo tarjetas, carpinteros armados con garlopas y martillos que desclavan y vuelven á clavar las cajas. Meten los brazos los empleados en las cajas abiertas, y vuelven y revuelven la ropa blanca y los vestidos con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brutalidades de gentes á quienes corre prisa. Después, apenas cerradas y marcadas las maletas, las agarran los braceros y las precipitan á lo largo de una pendiente de madera hasta el piso inferior á riesgo de romperlas, y un acre, un sofocante hedor á sudor humano infesta este alboroto aturdidor. Hé allí la entrada á la gran ciudad americana. Es rápida y brutal como un puñetazo de box. Hombrecillos de ojos penetrantes corren al través del barullo de las gentes y de las autoridades y os agarran al paso. Son reporters en busca de interview. Veo al dentista del vapor debatirse en contra de uno de ellos que le interroga sobre el cólera en Italia. El desvencijado carruaje en que monté se me figuró un paraíso rodante al salir de ese tumulto, aunque camina sobre un adoquinado de madera malísimamente conservado y aunque este cuartel, entre el puente y la quinta avenida, en la cual está situado el hotel, es abominablemente feo.

Se extienden indefinidamente y en hilera las casas pintadas de rojo; todas se asemejan, por sus ventanas de guillotina y sin postigos. Se ven otras casas, con fachadas pegosteadas de anuncios, con tendajones en sus bajos ó con puestos de cosas insignificantes: frutas de segunda mano y escuálidas legumbres. En el súcio suelo se asienta un barro pegajoso, amasado con mayor cantidad de detritus que de tierra. Ni un solo árbol se mira frente á estas casas, ni un jardincillo; únicamente rieles tendidos en el suelo para el paso de las tranvías, postes para los hilos telegráficos é inmediatamente después algo semejante á un doble y largo túnel levantado sobre pilares de fierro fundido. Es la vía del camino de fierro áereo ó elevado; *elevated*, como dicen ellos. Hay cuatro de éstos que cruzan toda la longitud de la ciudad y que transportan doscientos millones de pasageros anualmente. En el corto espacio de tiempo en que la calle sigue este túnel cuento el paso de tres trenes que suben y de tres que bajan. La formidable armadura que los sustenta, tiembla bajo su peso y su velocidad. ¿Cuál será la vida de los habitantes de aquellas casas cuyas ventanas se abren ante esta pasmosa y continua fuga de locomotoras y wagones?....

Mi coche pasa por dos calles más tanquilas, pero es para llegar á una avenida que surcan, lanzados también pasmosamente, los hilos de las tranvías de cable. Corre bajo el suelo una cadena sin fin, y es la que hace rodar á estos pesados carros sobre los rieles en los cuales tropieza nuestro coche. Su movimiento automático espantaría como una pesadilla, si no fuese por el hombre que de pié va en su parte anterior. Sus dedos crispados maniobran sobre el puño de la pinza que sucesivamente muerde ó suelta la cadena invisible que pasa á través de una larga fisura trazada, como un tercer riel, entre los otros dos. Hay tantos *cable-cars*, caminan tan de prisa, obstruyen la avenida de tal modo con su masas compactas, que los carruajes de caballos apenas tienen sitio para andar. Y á causa de esto son en estas calles tan raros, que la fisonomía de éstas no evoca en la memoria ninguna bocacalle de alguna de las ciudades de Europa. Ninguno de aquellos fiacres que producen el barullo de París, ni uno de esos *hansoms* que forman la lindeza de Londres, ni uno de esos *boltes* que corren en Roma al vivo trote de sus caballos. Se adquiere la evidencia de que aquí el capricho burgués, el carruajito particular de alquiler no puede existir. Si se es obrero ú hombre de negocios, se dispone del camino de fierro ó del carro, que caminan con mayor

á cuyo derredor empieza á germinar una vid del Japón, es poco más ó menos igual á los hoteles del resto de la avenida. Para penetrar á su interior, es preciso atravesar una antecámara donde cada uno de los fieles debe pagar quince *cents*, es decir, un poco más de setenta y cinco céntimos. Y por otra parte, ¿qué harían los pobres en la vasta lonja de madera barnizada, que sirve de capilla? Cada banca tiene cojines de cuero. Para cerrar la entrada de estas bancas, hay cordones de seda roja enganchados en broches de cobre. Una cortina corre por ellos. Los cuadros de las paredes están velados porque es la estación del estío. Me causó la impresión de un club de rezo. Todo es flamante, nuevo, sin una falla, confortable, y sin embargo religioso; pues los asistentes siguen el oficio sin un cuchicheo, sin una distracción. Y por un contraste, y al reconocer detrás de los velos de gasa verde la copia de algunos cuadros: una madona del inspirado Andrea, una virgen del lúcido Rafael, la trágica Judith de Allori, pienso súbitamente en las iglesias de Italia, descascaradas, sucias, manchadas por la superstición, y de una belleza tan poderosa, porque han sobrevivido, porque todo en ellas conmueve el corazón con la emoción profunda del pasado, de un pasado muy viejo! Pero los fieles reunidos en aquella iglesia están en el edificio que más les conviene. Son hombres del presente y para quienes la religión no es ni un éxtasis, ni una nostalgía. El sermón que el sacerdote predica relativo al evangelio del día—el episodio del buen Samaritano—revela mejor aun la presión tan intensa que ejerce la cosa actual. Habla del camino de Jerusalem á Jericó con las mismas frases que sirven aquí para designar la bajada desde la parte alta de la ciudad hasta la Batería. Refiere la conversión de

San Pablo, cual si el apóstol cabalgase cerca de *Damascus corner*. En seguida hace comparaciones en las que la palabra *dollar* pasa y repasa sin cesar: "si habeis ganado mil dollars..... Si habeis comprado un objeto en cien dollars....." y su agrio rostro de pronunciadas facciones se torna amargo, su voz adquiere vehemencia para lanzar invectivas contra el clero de Europa: "Y sus prelados que quieren vivir como unos príncipes." Y cuando mueve su brazo, veo brillar los ornamentos rojos con que se ha revestido con el brillo de lo flamante, armonizando con la iglesia, con los bancos, con los tapices, con las gentes y con el sermón. Pero, preguntaremos una vez aún: ¿á qué hora y en qué lugar rezan los pobres?.....

.....En carruaje, por la quinta avenida y al través del *Central Park* que es el Bosque de Bolonia de Nueva York, he pasado dos horas de la tarde. Cuatro dollars, ó sean veinte francos, me ha costado una carrera, que entre nosotros valdría á lo más cien sueldos, y cinco chelines en Londres. Uno de mis compañeros del vapor, que me ha inscrito desde luego á su club con la admirable hospitalidad de los países anglo-sajones, y que fué quien me aconsejó dar este paseo, aduce varias razones para justificar esta carestía. La primera y la más evidente ya la he dicho. Un carruaje es un lujo y todo lujo se paga aquí muy caro, en tanto que lo necesario se halla á mejor precio. Este es el motivo por el que la América sigue siendo la tentación de nuestros obreros y por el que tantos de estos cuando enriquecen pasan á Europa para proporcionarse este mismo lujo, y aún uno superior, á un precio cinco ó seis veces menor. La segunda razón estriba en que la corporación de los cocheros, como todas las otras, está unida por una cadena de solidaridad inquebrantable.

Por otra parte, es muy de notarse que el dinero no tenga valor aquí. Hay mucho. Proclama esta lo-ca abundancia la interminable série de lujosas habi-taciones que circundan á esta quinta avenida. En ella no hay tiendas, si no son de artículos de lujo, algunas modistas, algunos mercaderes de cuadros—última espuma en que viene á morir la oleada de la marea de negocios que inunda al resto de la ciudad—casas enteramente independientes, implicando cada una, dado el precio del terreno, un rédito que no se puede calcular. De una á otra esquina las vastas cons-trucciones reproducen palacios y castillos de Europa. Reconozco una, semejante á solar de hidalgo francés del siglo XVI. Otra casa roja y blanca recuerda el estilo del tiempo de Luis XIII. La ausencia de uni-dad en esta arquitectura es reveladora de que este es el país de la voluntad individual, así como la ausen-cia de jardines y de árboles alderredor de estas sun-tuosas estancias testifica la novedad de estas rique-zas y de esta ciudad. Esta avenida, ha sido visible-mente deseada y creada á fuerza de millones, en la fiebre de la especulación de terrenos que no ha dado lugar para dejar una pulgada de solar inútil. Esta rapidez se manifiesta también por la ausencia casi completa de figuras animadas, en las esculturas que decoran las columnatas y las ventanas de estos im-provisados palacios. El artista necesita tiempo para observar, para perseguir pacientemente las formas de la vida; y si los Estados Unidos enteros no hu-bieran pasado sobre el tiempo ¿en donde estarían aho-ra? Lo han reemplazado á fuerza de golpes de ener-gía. Y con esta se triunfa en el mundo industrial. El mundo de las artes requiere más inconsciencia, una eflorescencia de vida que se ignora, alternativas de pereza soñadora y de ejecución áspera. Y muchos

años pasarán, antes de que sean posibles estas con-diciones en la orilla del Hudson.

El parque es también un producto temprano y vo-luntario? En tal caso, la potencia virginal del suelo se dilata en follajes de opulencia admirable. Se me figura,—¿será esta una visión justificada?—que hay desproporción entre esta exhuberancia de las hojas y la de las ramas, tal y como si estos hermosos árbo-les tuvieran el tronco más esbelto y fueran de rama-je más nervioso que los nuestros. Iguales las casas ¿se han desarrollado muy de prisa?—La extensión de este parque es enorme y sobrecoge la admiración cuando, despues de haber seguido algunas calles es-tranguladas por el ramaje, otras en laberinto alderre-dor de un lago y otras más que se desenvuelven á lo largo de inmensos prados en los que pacen carne-ros, se percibe por encima de las cimas vivientes del espeso bosque, á un tren que corre, lanzado á diez metros en el aire sobre una vía de metal rojo, y á la ciudad que vuelve á comenzar.

Este parque es solo un jardín que corta en dos á una de las avenidas, á la séptima. En esta tarde del Domingo circula en él un pueblo, un verdadero pue-blo de trabajadores en descanso. No he encontrado dos Victorias de gente poderosa en estas avenidas en que abundan los coches; únicamente he visto carros de bancos para familia con mujeres y niños amonto-nados y tilburis manejados por sus propietarios. Noto una especie de calesín, nuevo para mí, una caja oblonga, con un capirote capaz de abrigar en caso ne-cesario á dos personas, y que casi desaparece entre sus cuatro enormes ruedas tan delgadas y tan espan-tosamente debiles; á él va uncido un caballo que co-rre como el viento, sin collera, libre en una red de delgadas correas. Diríase viendo desfilar estos ca-

rruajes cuya armadura de metal es á la vez tan grande y tan débil, que se presenciaba una carrera de arañas enloquecidas. Pasan en estos vehículos, sobre el andén, muchas personas sentadas sólidamente pero sin elegancia. Ni una blusa. Ni un harapo tampoco que traicione á la miseria. Los hombres son más bien bajos de cuerpo, flacos y de porte nervioso. Las mujeres también pequeñas y sin gran hermosura. En los vestidos de estas hay un visible abuso de colores chillantes y de amaneramiento. Parece un almacén inmenso de *confecciones* que camina. Por lo demás se respira un aire de salud social en esta multitud que es atravesada de vez en cuando por policías montados. Estos tienen un aire tan indiferente que parece la vigilan tan poco, cuanto ella tiene aspecto de no merecer ser vigilada. Lo que siento con muchísima fuerza, sin poder darme una razón positiva de esta impresión, es que me hallo terriblemente lejos y en un país terriblemente distinto al mío.

Lunes.—Aquí, á qué hora se muere? A qué hora se ama? A qué hora se piensa? A qué hora, por último, es uno hombre, nada más que hombre, como lo gritaba el viejo Fausto, y no una máquina de trabajo y de movimiento? Tal es la pregunta que, á pesar mío, formulo después de un día gastado en tomar *cable cars*, *elevateds*—la *L.* para usar de la abreviatura new-yorkina—carros eléctricos, vapores de río, todo con el fin de ver la ciudad. Se suceden unos á otros con tal velocidad, se trasborda uno tan rápidamente de un tramway á otro tramway, de un tren á otro tren, que el extranjero y el que no está en tono, sufre un aburrimiento algo parecido al de un pacífico burgués lanzado á una pantomima de Hanlon-Lee. Y entre paréntesis, eso tal vez sea el probable orígen

de este arte en América. Los acróbatas no han tenído que hacer sino apresurar, precipitar, exasperar hasta el frenesí la fiebre de moverse que ha conducido á los hombres de aquí á la invención singular de hacer andar la calle.

Si, eso es; las tranvías de cable, los caminos de fierro sobre las avenidas, los tramways eléctricos, son las calles que andan. Dejais pasar uno, cuando ya otro está ahí, colmándolo todo, sin desperdiciar, ni dejar caer un dollar. Y si subís á alguno de esos trenes os veis obligado á permanecer de pie sobre la plataforma, en el interior, sobre el estribo, y á pesar de este lleno, pilluelos harapientos, descoloridos hasta causaros miedo, pero todo nervios y energía, hallan el medio de izarse en cada coche, entre las dos ruedas de cada vagón, entre dos estaciones de los trenes, para vocear el diario del día, no, no el del día, el de la hora, el del minuto, que acaba de pasar. Edison, según lo cuenta la leyenda, comenzó de este modo.

Qué infinidad de caras he encontrado en la demencia de esta carrera sin fin, cuántos miles de rostros que no veré ya nunca! El carácter más notable de estas innumerables fisonomías, es, para mí, la ausencia de la mirada. Es notabilísimo el contraste con el buen humor de nuestro omnibus "completo" en el que todos los vecinos se observan y traban por el motivo más insignificante una conversación. Aquí, cada pupila parece estar fija sobre la idea interior, sobre el negocio, cualquiera que él sea, que no espera y que impulsa, apenas salidos del carro ó del wagón, á los hombres y á las mujeres á correr, como han corrido para entrar á él y como corren para subir la escalera del camino de fierro y como correrán para bajarla. M***, uno de mis colegas que hoy me

sirvió de guía, sostiene que no llevan más prisa que la que puede tener cualquiera Parisien.

—"Si andan tan de prisa, me decía es por costumbre, por manía, por nevropatía..... Con toda su actividad tienen singulares perezas. Les vereis en el hotel, en la fonda, comprando un periódico y pagando tres sueldos más de su justo precio, solo por negligencia, por flojera de ir á buscarlo á la calle....."

Entreveo la conciliación de esta negligencia con esa actividad, al observar lo poco acabado de esos mismos carros y el descuido en el porte de las mismas personas. Pero esto concierne al individuo, y desde el momento en que se choca en las cosas de conjunto, se experimenta de nuevo la impresión de la Babel de notable esplendor, y que he sufrido con tanta intensidad—¿necesitaré confesarlo?—al contemplar una construcción destinada á oficinas para hombres y un puente sobre el que pasan trenes.

El edificio se llama *La Equitativa*, del nombre de la Compañía de seguros que lo ha construido. Es un palacio gigantesco de fachada de mármol que se eleva casi á la extremidad de *Wall-Street*, la calle de los millones y muy cerca del cementerio de Trinity Church, donde reposa, mecido por el tumulto desenfrenado de la vida y por el rechinido de los *cable-cars*, el impresor de la primera gaceta publicada en Nueva York, Wiliam Bradford.—¡Qué tumba para un periodista!—Los números son los que pueden únicamente darnos una idea, no exacta, pero sí aproximada, de esa colmena humana que contiene millares de oficinas. M*** dice que diez mil personas cada día usan el elevador donde nos metimos para ir hasta el techo. El zumbido de la enorme fábrica, el hormigueo que producen las idas y venidas, el entrecruzamiento sin fin de corredores, todas estas sensaciones reunidas se funden en una especie de estupor casi admirativo, como el que produce también la ciudad contemplada desde arriba.

Se extiende hasta perderse de vista, con los dos ríos que cercan su isla, muy larga, y al través de las innumerables humaredas, distingue la mirada la precisión de las construcciones, las ámplias avenidas longitudinales cortadas en ángulo recto por calles que distribuyen los paquetes de casas en masas iguales. Se conoce á esta ciudad desde el momento en que se la comprende. El número de la calle desde luego, después las palabras *Este*, *Oeste* para saber si la calle está hacia la derecha ó hacia la izquierda de la quinta avenida y con diez metros de aproximación, sabreis el camino que debeis seguir, á pesar de ser iguales todos los montones. No es pues una verdadera ciudad en el sentido que damos nosotros á esta palabra, nosotros que hemos crecido entre el encanto de las ciudades irregulares, que han germinado como los árboles, con la lentitud, con la variedad, con lo pintoresco que tienen las cosas naturales. Es un tablero de materias de género único que se trata de manejar cómodamente. Vista desde aquí es tan colosal, resume un amontonamiento tan formidable de humanos esfuerzos, que sobrepuja á la imaginación. Se cree estar soñando cuando se mira, más allá de los dos ríos, las otras dos ciudades, Jersey-City y Brooklyn, extendiéndose sobre las márgenes. La segunda es sólo un arrabal y tiene novecientos mil habitantes!

Un puente, suspendido sobre un brazo de mar, reune á Nueva York con Brooklyn. Aun divisado desde lejos, este puente os sobrecoge como una de esas pesadillas de arquitectura bosquejadas por Piranese en sus trágicas aguas-fuertes. Vense á los

navíos de alto porte pasar debajo de él y esa muestra indiscutible de su altura desconcierta al pensamiento. Y andar uno mismo sobre de él, sentir trepidar esta monstruosa red, tramada con fierro y acero en una extensión de seiscientos piés, suspendida á ciento treinta y cinco piés del abismo, ver los trenes que lo atraviesan en los dos sentidos, y los paquebots, allí, debajo de vosotros, bajo de vuestro cuerpo, mientras que los carruajes van y vienen y que los paseantes se aprietan en multitud con apresuramiento, es lo bastante para proclamar al ingeniero el gran artista de nuestra época, y para conceder la razón á estas gentes que se lisonjean de su audacia, de ese *go-ahead* que nunca ha vacilado.

A la vez se pregunta uno con qué derecho pretende el ser un pueblo joven. Son muy nuevos y de advenimiento tan reciente y tan admirable, que cuesta trabajo creer en las fechas ante sus prodigios de actividad. Pero por más nueva que sea, esta civilización es, visiblemente, *hecha* cuando menos aquí. La tarde de hoy me ha dejado la impresión de que acabo de recorrer una ciudad que es una conclusión y no un comienzo. Esta vida no es un ensayo, es una manera de ser, que tiene sus inconvenientes como tiene sus esplendores. Pues el *go ahead*, el infatigable *hacia adelante* no sólo se ejecuta con respecto á los trenes y á las máquinas. Me veo obligado á dejar este diario para contestar á quince cartas autógrafas y á seis peticiones de interviews. Esta diligencia me pondría orgulloso si de antemano no supiese que esta misma es la suerte de cualquier viajero. La prensa ha anunciado vuestro arribo y perteneceis, no importa el cómo, á la publicidad, y aunque fuese á causa de un proceso escandaloso, debeis pagar vuestro tributo de llegada, firmar un centenar de veces vuestro nombre y decir en alta voz lo que pensais de este país,—antes de haberlo visto!—Ha tenido la ocurrencia un reporter de venir á verme esta noche para preguntarme mi opinión sobre el amor en América, y esto á las cuarenta y ocho horas de estancia en Nueva York!

Martes y *Miércoles*.—Por asuntos diversos he vuelto del lado de la *Equitativa* y de la Batería, sin que mi impresión se haya modificado, pues sólo se ha renovado y redoblado. El cuidado, harto prosaico, de asegurar una morada agradable para una temporada de invierno, algo prolongada, me ha llevado á examinar, en el curso de estas correrías, varios hoteles.

Semejantes visitas dan indicaciones muy superficiales. Sin embargo, y en todos los países, el hotel tiene valor documentario, pues que responde á todo aquello que requiere el hombre del país. Cualquier empresario de una casa amueblada ó de una fonda es un psicólogo, cuyo talento consiste en captarse la voluntad del cliente. Y qué modo empleará sino es el que consiste en comprender y en halagar sus gustos. Una simple posada, desde el momento en que lo logra, se asemeja á lo que imaginan los que la frecuentan, y en ella se complacen puesto que á ella concurren.

En la provincia francesa, por ejemplo, los hoteles se hallan medianamente aseados, tienen jarros de agua muy pequeños metidos en cubetas chiquitas; los muebles tienen desgarrones; las paredes están deterioradas; pero la cocina de la mesa redonda es casi siempre excelente y la cueva se halla siempre sábiamente provista. Este es el gusto del burgués en nuestro

país, del de la clase media acostumbrado por el internado en el colegio y después por el cuartel, á prescindir de lo confortable; enemistado con el gasto subido é inútil y tan económico que torna en indefinida la duración de los objetos de uso. Por el contrario, sus sensaciones son delicadas, es catador, conocedor en vinos; le gusta conversar y se retarda con placer en la mesa, en la cordialidad del café y del *pousse-café*. Igualmente en Italia, el inmenso palacio desnudo que con frecuencia sirve de *locanda*, con sus cielo-rasos pintados al fresco, sus paredes adornadas con cuadros, mal calentado por una chimenea mal construida, con sus criados de levitas raídas, inteligentes y familiares, con sus fritadas, el *risotto* y los *fiaschi* de vino natural esparcidos sobre la mesa como conviene á los viajeros de Toscana, de Rumanía y Venecia! Ni uno solo de esos rasgos cuya correspondencia no se encuentra en ese hombre, habituado á una existencia pobre en medio de cualquier grado de magnificencia, complaciente por su buen natural con sus inferiores y poco exigente en su porte, hijo de un país en el que es raro el dinero y más rara aún la actividad industrial y en el cual hasta los alimentos son mandados por la parsimonia. Asi mismo el hotel inglés con la abundancia de sus gabinetes, con sus criados respetuosos y activos, con su copioso almuerzo en la mañana, los grandes trozos asados de su lunch frio y sus comidas servidas en mesas separadas, revela por si sólo todo el gusto del hombre y del "primero yo" que constituye el fondo de cada diez y nueve ingleses sobre veinte. Emplean una palabra para designar esto, de la que ni los franceses ni los italianos tienen traducción, tan poco participan estos de lo que significa, y es la *privacy*, esto es lo que un *gentleman* tiene el deber de respetar en la

vida personal de otro *gentleman* y el derecho de hacer respetar en su propia vida. Aún en una hospedería y de paso hallan medio de hacer que se respete esta ley.

Me perseguían estas imágenes y estas reflexiones tan varias al franquear el dintel de algunos de los hoteles de Nueva York que se me señalaron como construidos más recientemente. Todos son del género de los que las gentes de Chicago llaman, "escaladores del cielo" ó "prensadores de las nubes"—*skyscrapers* y *cloud pressers*.—Uno tiene diez pisos, otro doce y otro más, catorce. El último, el más nuevo, bien tiene diez y siete.

A primera vista es una lonja de mármol techada, adornada con mayor ó menor esplendor y sobre la cual se abren una fonda, una tienda, una sombrerería, una librería y otros almacenes. Una mano indica que la barbería está en el subterráneo. En una jáula están colocados los elevadores, en hileras de cuatro, de cinco y de seis, prestos á partir con la rapidez de despachos eléctricos. Si ayer tuve la impresión de que los americanos hacían andar las calles, hoy he tenido la de que hacen volar los pisos. Por esta causa estos hoteles, suntuosos hasta la locura, no tienen tapices sino en los pasillos. Las escaleras enseñan sus mármoles desnudos en donde nadie asienta la planta, si no es los criados y por casualidad. Tienen un elevador destinado para ellos. Y en las paredes de los corredores como en las de los cuartos más insignificantes, no son sino aparatos fantásticos que continúan bajo todas las formas la correría de los pisos, para produciros, si vivís en el quinceavo piso, la sensación de que estais en el primero. Sobre una caja, en cada corredor, están escritas estas palabras: *United States Mail-chute*. Pregunto lo que sig-

nifican y mi guía me enseña un gran tubo de vidrio, á lo largo del cual desciende una carta que se arroje por esta boca y va á caer por sí sola á la caja céntral que abre el cartero. Atrae mi atención un disco misterioso que sirve de asiento á una aguja y que está cubierto con caracteres impresos. El mismo guía me explica que comprimiendo un botón, el viajero hace que le sean llevados los objetos sobre cuyos nombres ha fijado la punta de esta aguja. Miro la extraña lista y veo que por su medio puede uno procurarse, en cinco minutos, toda la serie de cocktails y de champagnes brutos, todos los diarios y revistas, coche con uno ó dos caballos, un médico, un barbero, billetes de camino de fierro, toda clase de platos fríos y calientes y boletos de teatros. Y queda uno admirado al pensar que no se haya perfeccionado esta máquina para obtener el medio de casarse, de divorciarse, de hacer un testamento y de dar un voto por su medio!

En espera de este indispensable progreso, conviene agregar que estas niñerías de refinamiento no sirven sino para completar otras más apreciables. Son contados los cuartos de dormir que no tienen unido un gabinete de aseo, con sala de baños en la que á toda hora del día y de la noche corre á voluntad el agua fria ó caliente. Y además de ésto un lujo insensato en el maderamen y en las telas. Veo, al trascribir estas notas, un saloncito en el noveno piso de uno de estos hoteles, en el ángulo y precisamente á la misma altura que un reloj colocado en el campanario de una iglesia vecina. Con su canapé y sus sillones de seda habana, con sus angostos guardapolvos de seda blanca y suave en las mesas y en el respaldo de las sillas, con la madera clara de su entarimado, la finura de sus mecedoras de bejuco y con las

aguas fuertes de sus paredes, es para no creer nunca que se está en un departamento de hotel, que se alquila por el día ó por la noche. Y hay doscientos cuartos ó salones iguales en la inmensa fábrica.

Mirad ahora hacia fuera y calculad que todos estos departamentos están calentados por intermedio de un aparato de tubos de metal por los cuales llega el agua caliente y por los que se va siguiendo las vueltas de una rueda; que la electricidad ilumina los menores ángulos y hace andar desde las campanillas hasta los péndulos; que el gas está instalado al lado para el caso en que la luz eléctrica se apague. Pensad después en la innumerable cantidad de tubos que perforan á esta especie de bestia de ladrillo y fierro. No se mueve, pero resopla en lo más alto, á esa distancia inverosimil, una columna de humo negro, espesa como la de un navío. Pensad en el papel de la invención humana en el ingenioso ajuste de tanta pieza menuda. He contado en mi visita á cinco diferentes hoteles, cinco sistemas distintos para vaciar los lavabos y las tinas de baño. Traducid á realidades concretas este humilde detalle. Significa que cinco inteligencias sutiles, puestas al servicio de cinco voluntades de hacer fortuna, han estudiado ese problema, pueril en apariencia, con la esperanza, justificada por el resultado, de encontrar capitalistas que patrocinaran sus inventos y arquitectos que los adoptaron. Y, ¿sucederá lo mismo que con lo pequeño, con lo grande? Es casi probable, y evidentemente es la juventud este génio de las invenciones. Pero viendo lo que un americano que va de viaje exige de una morada de casualidad, haciendo constar la suma de dinero que necesita para satisfacer su gusto por lo confortable, midiendo el grado de ingenio á que llega aquí la sumisión de la materia á las

necesidades del hombre, ¿cómo admitir que esta civilización sea solo un esbozo? Lo que manifiesta desde luego, á quien quiera que la mire al paso y sin preocupaciones, son signos de madurez y no de comienzos, ni de que anda á tientas. Pero Nueva-York no reasume en sí á todos los Estados Unidos, así como tampoco París reasume á Francia, y será preciso ver más allá.

—

Jueves.—Dos oasis en esta existencia de tourista que tengo aquí desde hace cuatro días. Un almuerzo en el club de los *Players*, con literatos que están afectos á una gran revista y una noche en el teatro con otro literato que dirige un importante diario. Anoto mis impresiones actuales sin el temor de ligarlas demasiado á las precedentes y comprendiendo que si la copia de los objetos físicos es siempre legítima, la de las cosas morales tiene necesidad de ser examinada con mayor cuidado. Espero permanecer en los Estados Unidos el tiempo suficiente para asegurar esta cuidadosa verificación.

La historia de este club es singular y confirma lo que con frecuencia había oido decir á propósito del lugar distinguido que tienen los comediantes en América. El actor Booth fué quien lo fundó. Compró la casa. La amuebló. La adornó con preciosas colecciones reunidas á fuerza de afanes y compuestas en su totalidad de objetos que se relacionan con el teatro. Despues de haber realizado todo eso la donó al club, reservándose únicamente el derecho de vivir en una de sus habitaciones, en la cual murió. Me sorprende el pronunciado aspecto del lugar, el carácter tan marcado de casa anglo-sajona. La esquina

bajo las ventanas da á Gramercy-Park la misma fisonomía de una esquina de Kensignton. Tiene escrita en todas sus partes la respetabilidad del artista é infinidad de detalles testifican que no le era personal, quiero decir que esta casa lo que revela es el culto del comediante por el arte mismo.

Dos hermosos retratos, uno del mismo Booth y otro de Jefferson—hechos por el pintor Sargent—muestran rostros labrados por el pensamiento y por la voluntad, tal vez demasiado intelectuales para una profesión que pide mas instinto, más inconsciencia. Los demás actores, cuyos retratos decoran las paredes, tienen esta misma expresión que llega á la tensión. Creo adivinar en ellos la energía de la raza aplicada á la cultura. Es necesario oir á los americanos pronunciar la palabra *art*, sola y sin artículo, para comprender el profundo ardor que experimentan en el deseo de refinarse, y es también esta palabra *refined* á la que apelan contínuamente en sus propósitos los colegas que me acompañan á visitar el club.

Muy pocas ó ningunas anécdotas de la vida privada se refieren en las conversaciones que suscita la presencia de los retratos. En cambio, me admira el hecho de cómo conservan el recuerdo de los más insignificantes matices observados en la acción de estos actores y más especialmente cómo se entusiasma su espíritu con la interpretación que hacían de tal ó cual papel de Shakespeare. Percibo una vez más la fuerza nacional del génio de este poeta y la verdad de que toda clase de literatura se deriva de él en todos los países en que se habla inglés. Ni Molliere ocupa esta posición entre nosotros, pero ni Goethe la tiene en Alemania. Sus obras no proyectan esta influencia única y contínua, ques es también la del Dante sobre el alma italiana. Y pueda ser que los americanos

estén unidos á Shakespeare por fibras muy más apasionadas que los mismos ingleses. Para ellos, esto constituye un medio de ligarse con una tradición, y varias ocasiones he creido reconocer la necesidad de algo del pasado tras del momento actual en este pais que se encuentra en el presente y en la actualidad. Tuve una prueba más, aunque insignificante, al salir con uno de mis compañeros de la mañana, quien me enseñó en una plaza dos linternas colocadas en frente de una casa:

—"Se las puso allí" me dijo, "en tiempo que el dueño de esa casa era el primer Magistrado de Nueva York. Este es el uso—Ha muerto y allí las han dejado . . . Vos no comprendeis esto, vos que vivis en un pais de historia;—tengo sumo placer al contemplarlas porque son una cosa de hace veinticinco años, y causa mucho bien encontrar algo del pasado en una ciudad que es tan moderna . . . ."

En revancha, nada de mayor actualidad, nada más absoluta y exclusivamente local, y también, nada menos Shakesperiano, que el salón á que fuí llevado en la tarde por otro colega.

—"No es muy bueno," me dijo, "pero ya vereis cuan adecuado es para nuestro público."

Penetramos en un teatrito que ofrece la particularidad de no tener casi departamentos. En New York ningún teatro los tiene sino la Opera. Esto depende de torpeza ó es á causa de una festinación en la construcción de los salones? Es por el deseo de multiplicar los asientos? Es un signo de la democracia en las costumbres ó es debido á la constante preocupación, que aquí reina por los incendios? Lo cierto es que las mujeres y los hombres, de todas las clases se atropellan en la orquesta y en las plateas. Siguen con apasionado interés este drama, que les es muy conocido—pues ha tenido ya un número incalculable de representaciones.—Se titula *El Nuevo Sur* y el argumento de la pieza presenta curiosas diferencias, no únicamente en las costumbres sino tambien en las legislaciones.

Un oficial del Norte que está de guarnición en el Sur, se halla, poco después de la guerra, querellado con el hermano de su novia que es un cosechero de Georgía. Este le arranca su sable y le amenaza. El oficial se defiende con la vaina. Hiere en la cabeza á su adversario que cae. Corre el vencedor en busca de auxilios y, durante su ausencia, un negro, que había sido en otra vez insultado por el cosechero, al verle caido y sin conocimiento, le degüella con el propio sable del oficial. Este último es condenado á galeras por sospecharse que era el homicida. A pesar de todo, la novia cree en su inocencia. Se prevale de una ley particular en el Estado, que autoriza á cada ciudadano á escoger á un condenado para que le sirva de doméstico, prévia la autorización del gobernador y saca de las mazmorras al presunto asesino de su hermano tomándole para que le sirva, con el objeto de que pueda probar su inocencia. El carácter de ésta joven, que es tan extraordinario para el extranjero, provoca una tempestad de aplausos. Cuando dice á su padre: "Seguid vuestro camino, yo sigo el mio . . . ." el frenesí del público no conoce límites.

La fuerza de voluntad personalista, el empuje hacia adelante del sér que obra conforme á su conciencia, hé allí, no hay duda, lo que aplauden esas gentes. Por oposición, pienso en la acogida que daría nuestro público á esta actitud de una joven en frente de su padre. Es preciso creer que las relaciones de familia no son, con respecto á los espectadores de aquí, lo que son con relación á nosotros, puesto que

una segunda escena, que chocaría en exceso en un salón Parisiense, despierta aquí una risa loca. La hermana de la heroína, enamorada de un médico, á quien primeramente hace una declaración burlesca, en el curso de una consulta y sacándole una lengua de á vara, sorprende á su mismo padre en los momentos de pedir á una vieja señora en matrimonio. La ferocidad con que estalla en carcajadas, la insolente, y el modo como brinca señalando con el dedo al buen hombre, parece la más graciosa á este público que mira como enteramente natural esa absoluta igualdad entre los hijos y los padres. Mi colega, á quien comunico mi observación, admite que entre nosotros la familia está mucho más unida que en los países anglo sajones y sobre todo más aún que en los americanos:

—"Pero," dijo, "teneis la debilidad de no dejar que una joven pueda formarse vida propia é independiente fuera de esta familia. Sus padres la aman demasiado y ella les corresponde. No se enseña á contar solo consigo misma y con nadie más. No tiene *self relience* como nosotros decimos. . . . Aquí la independencia tiene la ventaja de que una mujer sin bienes de fortuna piensa en ganar su sustento con la honradez y la resolución de un hombre. Se hace doctor, se hace profesora, se coloca como secretario de cualquiera administración, y es feliz. . . ."

Tienen razón en este último punto? Ni él ni yo lo sabremos jamás. Al regresar, recuerdo á mi pesar, el cuarto de hora que pasé, despues del desayuno, visitando las oficinas de la revista en que colaboran mis huéspedes de los *Players*. Vuelvo á ver la gran cantidad de mujeres empleadas allí, en trabajos de todos géneros, y sobre todo á una, joven y graciosa, sentada ante una máquina de escribir. Copiaba el manuscrito de un artículo. Sus dedos finisimos jugaban sobre las teclas de este instrumento como sobre las de un piano Era para ella una tarea, limpia, delicada, no muy fatigosa y se veía sobre su hermoso rostro una profunda serenidad de conciencia, una tranquila voluntad y algo como una conmovedora dignidad en una criatura tan joven y evidentemente tan pobre.—¿Será necesario creer que esa independencia activa de la mujer tenga por condición ese relajamiento en los lazos de la familia? Después de todo es posible, puesto que la duración de esta familia misma parece tener por condición el derecho de primogenitura ó cuando menos la libertad de testar y una desigualdad más injusta aparentemente: la de la herencia.

—

Viernes.—He vuelto á emprenderla con este diario en el tren que corre de Nueva York á Newport, instalado confortablemente en una mesa de esos coches Pullman que llevan el pomposo nombre de *Palace car*. Y entre paréntesis, aunque solo llevo siete dias de estar en los Estados Unidos, he podido notar el exceso de metáforas á que instintivamente y por costumbre se entregan los americanos. El producto más insignificante es proclamado en los anuncios "*the best in the world*" el mejor en el mundo! Un vencedor al box se convierte en el campeon del mundo —"*the champion of the world*"—Ayer abrí por casualidad un anuario de West-Point y encontré: "Ciencia y arte en la que sabresalen los cadetes! . . . ',

En donde acaba la ingenuidad? En donde empieza ese charlatanismo tan bien definido por estas tres palabras casi intraducibles y que estamos próximos á practicar: el *puff* el *boom* y el *bluff*? Y es cierto, las suntuosidades de un verdadero palacio, nada tienen

de común con las elegancias muy sobresalientes de esos largos coches. Son tales que causan vergüenza nuestros mejores wagones europeos al lado de su refinamiento.

Están dispuestos de manera que forman de uno á otro extremo del tren un vestíbulo cubierto. Un buffet rodante les está unido. Si en lugar de hacer un camino de seis horas, deben recorrer un trayecto de varios dias, se encuentra en ellos salas de baño, un barbero y un salón de lectura. Y estos apenas son lugares de lujo, puesto que no hay sino una clase en los Estados Unidos, y que es insignificante el suplemento que se debe pagar para pasar de esa clase á estos wagones.—Compré mi sillón, para recorrer la distancia de Nueva York á Newport, por solo un dollar.—Aquí aún, se manifiesta por cincuenta señales diferentes el espíritu singular de complicación que me ha llamado la atención cada minuto desde mi desembarque. Todo se halla arreglado, maquinado, dispuesto para encerrar en el menor espacio posible el mayor número de objetos que se pueda y de objetos manuables. El sillón en que os sentais gira sobre un pivote y se inclina á vuestro antojo. Si deseais abrir el ventanillo, viene el negro provisto de un terliz metálico que mete en una ranura especial entre los bordes del ventanillo y el del vidrio levantado. Si quereis almorzar, jugar ó escribir levanta ante vosotros una mesa que por medio de un pié movil se apoya en el piso y por su otro extremo se adapta á las paredes del wagón. Pasan sin cesar los muchachos ofreciendo periódicos y libros. Entre el paquete de estos veo el romance de Alfonso Daudet, *Sapho*, con este mote: "*Or lured bay a bad woman's fatal beauty*" —O engañado por la fatal belleza de una mala mujer...."—Y por todas partes hay una prodigalidad

de tapices, de felpas, de maderas esculpidas, de adornos nikelados. Los mismos negros que se pasean ora con su uniforme, ora con un delantal blanco, parecen ser animales de lujo, una fantasía de la compañía que, para mí, con ellos completa lo exótico de esta decoración. Armados con escobetillas que manejan con habilidad simiesca, se aproximan, ántes de las estaciones, á los viajeros y les sacuden el polvo sin consultarles, como á muebles. Hace un momento ví á uno de ellos tomar el sombrero de un señor de edad que leía un periódico. Lo ha limpiado y despues lo ha vuelto á colocar sobre la cabeza del paciente sin pedirle permiso. El anciano ni siquiera levantó los ojos.

—

Las ciudades y los paisajes se suceden. El tren atraviesa, sobre puentes muy bajos y á todo vapor, anchos rios que se deslizan entre las selvas, ó más bien—restos de selvas,—violadas, asesinadas y cuya vigorosa vegetación testifica aún el esplendor primitivo de este país, antes de que desembarcase en él *el destructor de bosques, el hombre de pálido rostro*.

Los cortijos suceden á los cortijos, sin un sólo jardín, sin uno solo de esos saloncitos al aire libre, todos follaje y flores, en los que gusta tanto solazarse el burgués francés con su bielgo y su regadera en las manos. ¿Pero de donde tomarían los americanos el tiempo necesario para esperezarse, para mirar á un rosal que revienta, para sentirse vivir? Para ellos los rosales son las vastas chimeneas de las fábricas que tanto se van multiplicando. Sus jardines son esas casas construidas tan de prisa, tanto, que de una á otra generación se han quintuplicado, decuplicado y aún

más en proporción. En 1800 New-Haven, por el que acaba de pasar el tren, tenia cinco mil habitantes, hoy tiene ochenta mil y su comercio se valúa en más de ciento cincuenta millones anuales. Hace un momento era Bridgeport, que el año pasado fabricó cien millones en máquinas de coser y en coches, Hartford, cuyas Compañías de seguros tienen en junto un capital de setecientos millones de francos. Estas cifras se concretan ante este paisaje, al que explican y con el que se mezclan; tantos así son los navíos de vapor que hay en los menores puertos, las líneas de tranways eléctricas en las calles de las ciudades, las fábricas en los campos, y los muchos anuncios,—en todas partes anuncios y más anuncios. Había tomado papel para resumir mis impresiones de esta primera semana en solo algunos rasgos generales. No he podido hacerlo, hasta tal grado absorbe mi atención esta mezcla de la naturaleza, que se ofrece á veces tan primitiva, y tan cercana de la salvajez virginal, contrastando con este industrialismo esagerado.

Y el wagón apenas si se menea á pesar de la velocidad. Un libro escrito por uno de nuestros más distinguidos ingenieros, M. de Chasseloup-Laubat, (1) y que leí antes de partir, me ha dado la razón con anterioridad, enseñándome con qué talento ha colocado el constructor el largo coche sobre muy pequeños *bogies* de seis ruedas, de modo que las partes reservadas para los asientos queden fuera del eje de trepidación. Me ha hecho comprender también la locomotora,—hermoso y potente utensilio de velocidad,—muy alta y dispuesta de modo que el mecánico vea á lo lejos un largo trozo del camino á través de una caja con vidrieras donde va sentado. Todos los órganos están afnera: cilindros, biels, tambores, al alcance de la mano. Esta locomotora se asienta adelante, ella también sobre un muy pequeño *bogie* director que permite curbas más rápidas y pasar por una vía establecida más ligeramente. ¿Quién ha inventado estos perfeccionamientos? ¿Quién ha imaginado todo el detalle, tan excesivamente complicado de estos wagones? Siempre la misma respuesta: nadie y todo el mundo, esa voluntad sin cesar resuelta, ese ojo siempre avizor, esa audacia siempre en persecución de novedades y esa especie de insaciabilidad de refinamiento, que hasta ahora me parece ser el carácter más marcado de esta civilización, y que es el que menos se espera uno encontrar. Si mañana me fuese preciso retornar á Europa, se reasumiría en esta sensación mi primer contacto tan rápido con este pueblo. Parece en efecto, que ha triunfado del tiempo, puesto que este adelanto extremo del lujo, toca tan de cerca á la barbarie del Oeste y más sencillamente, á la de los cuarteles populosos de Nueva York. Tengo curiosidad de saber si encontraré el mismo contraste, el mismo salto admirable á otra atmósfera en esta ciudad de baños donde estaré esta tarde, y de la que, todos los americanos que de ella me han hablado, parecen estar tan orgullosos y tan disgustados:

—"En el mundo no hay más que un Nwport," me decían y agregaban invariablemtnte: "Pero Newport no es sino un corro de millonarios, no es sino un *set*, no es la América....."

—"¿Por qué?" he preguntado á varios.

—"Lo comprendereis cuando hayais ido," responden no menos invariablemente. Después en un asal-

(1) *Viaje á América y principalmente á Chicago*, por el Marqués Chasseloup-Laubat. Paris, 1893.

to de orgullo: "Hay más millones de dollars representados en esa pequeña punta de esa pequeña isla, que en todo Londres y en todo París reunidos....."

III

LA SOCIEDAD.

I

UN BALNEARIO.

Había ido á Newport solo por algunos días. He permanecido allí más de un mes dejándome llevar de su vida que en efecto no tiene semejante, que yo sepa. Ni Deauville, ni Brighton, ni Biarritz se le parecen, ni aun Cannes, aunque ésta última se le acerca más por la suntuosidad de sus casas y por la casi total ausencia de burguesía. Pero Cannes es una *Cosmópolis*, como Roma, como Florencia, y tal vez más aún; en tanto que Newport es exclusiva, absolutamente americano. Han pasado por él, este año, algunos viajeros que iban para Chicago y á la *World's fair*. Por lo común son sólo seis ó siete los que pueden contarse. Los franceses no conocen Newport. Si los ingleses suelen venir á él, es por su afición al *yachting;* y son pocos. Prefieren la isla de Wight, Cowes y el cómodo río de Solent.

Esta escasez de viajeros que se explica por su lejanía y por la brevedad de la estación, asegura á esta villa de baños de mar, su irreductible carácter de originalidad nacional. No, esta elegante reunión, ó como dicen con desprecio los dectractores de Newport, este *set*, no es la América, pero es *su mundo* y la vida mundana, esa vida que parece tan vacía y tan ficticia, se agarra por medio de profundas raíces secretas al país cuya flor es, flor algunas ocasiones insípida y con más frecuencia envenenada. Aun cuando sus costumbres propias sean como en Francia totalmente diferentes de las costumbres generales del país, manifiestan en los que las practican los defectos y las cualidades de la raza. Los ociosos se entretienen ó procuran divertirse, con la misma sensibilidad, con el mismo carácter y con la misma inteligencia que emplean los laboriosos para hacer su trabajo.

En la existencia de las clases altas parisienses, por ejemplo, se encuentran aplicadas á las artes, al lujo, al desenfreno, todas las potencias y todas las debilidades del alma francesa:—la extrema vivacidad de pensamiento y su inconsistencia, la desilusión prodigiosa de crítica y la ingenuidad de entusiasmo inesperadas, un irritado arrojo en la ironía y la esclavitud ante la opinión, algo de humanidad y no se qué de mediano, un aire de buen gusto aun en el desórden y apariencias de buen sentido aun en la locura—y sobre todo satisfacción, agrado, un genio de sociabilidad que flota en la atmósfera de nuestros clubs, de nuestros salones, de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestros paseos. La naturaleza de un pueblo es siempre semejante en el colorido de sus vicios y de sus virtudes, de sus frivolidades y de sus trabajos. Esta fisonomía es pues la que se trata de descubrir, y para ello son buenos todos los documentos, desde la sala de casino hasta una iglesia, y desde la charla

to de orgullo: "Hay más millones de dollars representados en esa pequeña punta de esa pequeña isla, que en todo Londres y en todo París reunidos....."

III

LA SOCIEDAD.

I

UN BALNEARIO.

Había ido á Newport solo por algunos días. He permanecido allí más de un mes dejándome llevar de su vida que en efecto no tiene semejante, que yo sepa. Ni Deauville, ni Brighton, ni Biarritz se le parecen, ni aun Cannes, aunque ésta última se le acerca más por la suntuosidad de sus casas y por la casi total ausencia de burguesía. Pero Cannes es una *Cosmópolis*, como Roma, como Florencia, y tal vez más aún; en tanto que Newport es exclusiva, absolutamente americano. Han pasado por él, este año, algunos viajeros que iban para Chicago y á la *World's fair*. Por lo común son sólo seis ó siete los que pueden contarse. Los franceses no conocen Newport. Si los ingleses suelen venir á él, es por su afición al *yachting;* y son pocos. Prefieren la isla de Wight, Cowes y el cómodo río de Solent.

Esta escasez de viajeros que se explica por su lejanía y por la brevedad de la estación, asegura á esta villa de baños de mar, su irreductible carácter de originalidad nacional. No, esta elegante reunión, ó como dicen con desprecio los dectractores de Newport, este *set*, no es la América, pero es *su mundo* y la vida mundana, esa vida que parece tan vacía y tan ficticia, se agarra por medio de profundas raíces secretas al país cuya flor es, flor algunas ocasiones insípida y con más frecuencia envenenada. Aun cuando sus costumbres propias sean como en Francia totalmente diferentes de las costumbres generales del país, manifiestan en los que las practican los defectos y las cualidades de la raza. Los ociosos se entretienen ó procuran divertirse, con la misma sensibilidad, con el mismo carácter y con la misma inteligencia que emplean los laboriosos para hacer su trabajo.

En la existencia de las clases altas parisienses, por ejemplo, se encuentran aplicadas á las artes, al lujo, al desenfreno, todas las potencias y todas las debilidades del alma francesa:—la extrema vivacidad de pensamiento y su inconsistencia, la desilusión prodigiosa de crítica y la ingenuidad de entusiasmo inesperadas, un irritado arrojo en la ironía y la esclavitud ante la opinión, algo de humanidad y no se qué de mediano, un aire de buen gusto aun en el desórden y apariencias de buen sentido aun en la locura—y sobre todo satisfacción, agrado, un genio de sociabilidad que flota en la atmósfera de nuestros clubs, de nuestros salones, de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestros paseos. La naturaleza de un pueblo es siempre semejante en el colorido de sus vicios y de sus virtudes, de sus frivolidades y de sus trabajos. Esta fisonomía es pues la que se trata de descubrir, y para ello son buenos todos los documentos, desde la sala de casino hasta una iglesia, y desde la charla

de una mujer de moda hasta el discurso de un obrero revolucionario.

Estoy seguro que la alma americana—que ha sido el interés real y la verdadera razón de mi viaje,—se trasparentará detrás de las fastuosidades de Newport, para el que sepa verla. Pero, ¿he sabido verla? En todo evento, he aquí un lote completo de notas tomadas á lo vivo y como respuesta á todas las primeras preguntas que se formulen sobre una inquisición, referente á las personas de sociedad:—¿Dónde viven y de qué muebles usan? ¿Cómo se reunen? ¿De qué manera se divierten? ¿Cómo platican?—Y luego si hay lugar para formarlas, se formularán hipótesis más generales.

—

¿Dónde y cómo viven?.... En *villas* separadas unas de otras, y sin embargo casi en común, sembradas de césped muy verde, muy espeso y adornadas con grullas de bronce en pié bajo los árboles entre espesos y azules bosquecillos de hortensias; con pórticos al frente de las fachadas á cuyo derredor oscila la vid del Japón, esa yedra improvisada, pero más efímera y que en cada estación se marchita, símbolo de la instantaneidad americana, incapaz de la espera;—veinte, treinta, cuarenta tipos diversos de construcción, casi tantos cuantas son las moradas; unas cuadradas y como aplastadas, otras finas y elevadas, otras finas y largas, todas con ventanas de guillotina y encorvándose, en su mayoría, con el revestimento de madera barnizada que sirve para darles un claro-oscuro de elegante aseo;—y así se continúan indefinidamente en la avenida Bellevue, en Narragansett, en todas las calles de ese Newport moderno, que ha construido el capricho de los millonarios sobre el acantilado de la costa en solo algunos años, pues el lugar apenas si desde ayer está de moda.

La otra ciudad, la verdadera, desciende allá abajo, sobre los muelles, con sus modestas casitas de madera clara que le dan suma gracia. Se siente detrás de ella á la cabaña primitiva, el frágil y rústico abrigo que el colono tuvo necesidad de construir con sus manos en este país selvático, con vigas mal cuadradas y con latas peor unidas. Aun en el día, las construcciones de piedra son raras en los Estados Unidos. El ladrillo y el fierro son los sucesores de la madera. La explotación de las canteras y la talla de los blocs, exigiría demasiado tiempo y mucha mano de obra.

No hay intermedio entre Newport el viejo, que sigue viviendo pacíficamente á lo burgués todo el invierno y el otro, el Newport del estío, elegantísimo y momentáneo. No se encuentra nada que revele bosquejos primitivos del balneario, ningún ensayo corregido, ni algo que indique que se abandonó y se volvió á emprender; nada que señale el ensanche progresivo de la boga. Es también con la potencia de la voluntad como se han levantado esos palacios de la Quinta Avenida en Nueva York, á modo de lo efectuado con la lámpara de Aladino, y así se ha creado en un relámpago milagroso ese barrio de cortijos. La diferencia única reside en las complicaciones de la arquitectura en que se encarnizaron los ricos de entre los ricos, que han querido sobrepujar al resto. El espíritu de *go ahead*, propio de la América, se reconoce aquí en las magnificencias de construcción, tan significativas cuando se piensa que esas moradas sirven para ser habitadas seis semanas, tal vez dos meses nada más en el año y cuando cada una de ellas

hace suponer como acompañamiento habitual, caballos y carruajes de cuatro tiros, un yacht y algunas veces dos, para cruzar la costa con velas ó al vapor, un wagón privado para estar en casa propia en todas las lineas de camino de fierro, una casa en New York y otra casa en el campo!....

Este, ha vivido mucho en Inglaterra y se ha empeñado en poseer en uno de los terrenos de Rhode Island cubiertos por menuda yerba, una abadía inglesa al estilo de la reina Isabel. Vedla como se levanta, parda y severa, tan exacta, tan completa, que bien podría ser trasportada á Oxford á orillas del Isis ó del Cherwel sin tener que mudarle una sola piedra para hacerla hermana del delicioso claustro de Maudlen ó de la fachada de Oriel. El otro prefiere á la Francia y por eso le ha cuadrado poseer en frente del Atlántico un castillo de la revolución francesa. Allí está ese castillo y os recuerda Azay, Chenoceaux y el Loire con el perezoso y traslúcido listón de sus aguas, anudándose, desatándose, reanudándose al derredor de la amarilla arena de sus islas. Un tercero ha edificado un palacio de mármol, enteramente semejante á Trianon, con pilastras de capiteles corintios, tan anchas como las del templo del Sol en Baalbek.... Y ni uno solo de esos edificios representa al poco más ó menos lo que se quiso representar, ni una de esas pretensiosas é insuficientes tentativas que ponen en ridículo, en cualquier país, á los orgullosos y á los advenedizos. No. Sus detalles y lo acabado de su conjunto revelan el estudio concienzudo y el cuidado técnico. Con evidencia, se escogió al mejor artista. Tuvo completa libertad y tuvo el dinero necesario.

Sobre todo, el dinero! Caprichos como estos presuponen cantidades tan grandes, que después de un

paseo de cortijo en cortijo, y de abadías en castillos, sufris la impresión medio fantástica de una visita á alguna isla consagrada al dios Plutus metamorfoseado en la más moderna de sus encarnaciones en el dios Dollar. Pero este dios Plutus, es un dios que ayer todavía se sentaba, en el hogar de Penia, de la diosa bárbara de la pobreza; un dios Plutus al que no han enervado ni enlanguidecido todavía ni las riquezas ni las voluptuosidades; un Plutus que no teniendo ya necesidad de trabajar quiere que trabaje su oro, que este oro se manifieste, se extienda, que él *schow of*, usando de la palabra verdaderamente yankee. Y tanto se muestra este oro, se derrama con tan violenta intensidad que os ase como el desplegamiento de una potencia. Flaubert escribía á uno de sus discípulos: "Si no podeis construir un Parthenon, alzad una pirámide!...." Este consejo brutal pero fuerte, parecen repetírselo todos los americanos por instinto, en otras palabras. Así como en las calles y en el puerto de Nueva Yor abruma tanta actividad, así en las avenidas de Newport tanta riqueza admira. Subleva ó petrifica según esteis más predispuestos al socialismo ó al snobismo. El psicólogo que mira á una ciudad, como miraría el naturalista un hormiguero, reconoce en ella este mismo hecho, observado desde el primer momento, en un no sé que de intemperante y de desenfrenado. Parece ser que el génio americano no conoce la medida. Las construcciones de utilidad que ellos levantan, cuando son elevadas son muy altas. Sus casas de placer tienen todos los refinamientos. Cuando sus trenes caminan de prisa marchan violentísimos. Sus periódicos tienen muchas páginas, muchas noticias. Y el día que se entregan á gastar el dinero les es preciso gastar demasiado para tener la sensación de que han gastado mucho.

¿Cómo amueblan sus habitaciones? Tengo todavía ante los ojos, al escribir estas líneas, unos cincuenta interiores de estas *villas* y acaso más. Desde la semana de mi arribo y como consecuencias de mis cartas de presentación, había yo empezado á ser arrastrado en ese torbellino de almuerzos, de paseos en carruajes, de excursiones en yacht, de comidas y de bailes, que pasa sobre Newport como un simoun durante algunas semanas. "*Be in the rush*" dice un reclamo fijado en el carro eléctrico que hace el servicio de la playa á la ciudad antigua. La recomendación de una levadura especial acompaña á este elocuente cartel á este "acomodaos al tren," que los americanos os obligan muy pronto á practicar.

Su energía se extiende hasta á su hospitalidad, que se torna activa, que multiplica los *five o clock teas* y los *to meet*. Es una calurosa acogida, llena de espontaneidad y que en los países latinos practicamos muy poco. El extranjero, entre nosotro puede ponerse á la moda cuando se ha establecido ya, y nos hace el honor de preferir al suyo nuestro país. Para quien sólo pasa y no ha de volver tenemos una desconfianza que tarda en desaparecer: no pasamos sino con todo conocimiento, de la política correcta á la intimidad. El americano os abre completamente su casa en cuanto le habeis sido presentado. Quiere que conozcais á sus amigos, que toda su sociedad os trate lo mismo que él.

Los detractores dicen que en eso no hay mérito, que es ya un hábito esa holgada manera de vivir en todos los países anglo-sajones, donde los hijos son numerosos, las necesidades complicadas, las rentas en proporción, y en donde no se conoce la economía. Un huésped más, en tales casas, nada significa. Esto es verdad. Aquí, sin embargo, creo percibir en

ello sentimientos más complejos que el del modo opulento é indiferente de abrir las puertas de sus casas que es también propia de los orientales ricos.

El americano que vive tan de prisa tiene el mayor gusto en mirarse vivir. Parece considerarse á si mismo y á los que le rodean, como una experiencia singular de la naturaleza social y de la que no sabe qué pensar á punto fijo. Espera á que vosotros los europeos, os halleis en antecedentes antes de juzgar esa experiencia, y os facilita esos antecedentes. "Ved á tal ó cual persona, os dice, es un americano tipo de tal ó cual especie.... Leed este libro, encontrareis en él el verdadero carácter de un americano de tal Estado...." Si sabe que viajais para tomar notas, se preocupa y al mismo tiempo se congratula de ello como de un homenaje. Desea que esas notas sean escritas *d' apres nature*. Si ve en vos un simple *turista*, quiere que vuestros relatos cuando volvais sean distintos de las leyendas erroneas cuyas huellas encuentra en nuestros diarios y que le exasperan. Hay una curiosa mezcla de incertidumbre y de orgullo en el placer que experimenta al conducíros de uno á otro extremo de su domicilio, enseñándoos sin orden determinado la galería de los cuadros y la lencería, los salones y los dormitorios. Uno de sus mejores novelistas, Howel, ha notado con finura este rasgo particular de carácter, esta facilidad de enseñarse como lección de cosas.

"Los del oeste, dice March en el *Azar de nueva fortuna*, somos muy aficionados á tomarnos á nosotros mismos muy objetivamente y á considerarnos como más representativos de lo conveniente...."

En espera de otra y para un observador de profesión, esta disposición de ánimo facilita la mitad de la tarea. Muy difícil es en Italia, en España, en Ale-

mania y en Francia, figurarse el *home* de las personas á quienes se conoce mejor, y son empero, el testimonio más elocuente esos objetos que nos rodean y que han sido eligidos en todo conformes á nuestra fantasía. Un salón, un dormitorio, un comedor, tienen fisonomías, casi rostros, semejantes á nuestros gustos, á nuestras necesidades, á cosas nuestras que muchas veces ni sospechamos.

De los interiores de Newport surge una impresión primera que debe ser exacta; tan acorde está con el resto de la existencia americana y con el exterior de estos mismos lugares. Es la notoria evidencia de lo *mucho*, de la exageración, del abuso, de la falta de medida. Muchas alfombras preciosas, de Persia y del Oriente, cubren el estrado de los *halls* que son elevados. Muchos tapices, muchos cuadros decoran las paredes de los salones. Los cuartos de recibir encierran muchas baratijas, muchos muebles raros, de igual manera que sobre las mesas de almorzar ó de comer hay muchas flores, mucha verdura, mucho cristal y mucha plata.

Recuerdo en este momento, en medio de una de tales mesas, un vaso de plata maciza, ancho y profundo como el *cache-pot* de una gruesa planta, y del cual desbordaba un racimo de uva, de una uva prodigio, de granos tan gruesos como bolas medianas. Recuerdo un biombo hecho con un cuadro italiano de la escuela de Carrachio, cortado en cuatro partes. La tela no ha sufrido gran deterioro y el trabajo ha sido bien ejecutado, pero ¡qué muestra de esa constante exageración en el lujo y en el refinamiento!

Imagen de este exceso, es la rosa que ellos llaman con propiedad *American beauty* y cuyas frondas enormes coronan estas mesas. Se destaca tanto sobre su tallo, es de rojo tan intensa y está tan ampliamen-

cido—pues ha tenido ya un número incalculable de representaciones.—Se titula *El Nuevo Sur* y el argumento de la pieza presenta curiosas diferencias, no únicamente en las costumbres sino tambien en las legislaciones.

Un oficial del Norte que está de guarnición en el Sur, se halla, poco después de la guerra, querellado con el hermano de su novia que es un cosechero de Georgía. Este le arranca su sable y le amenaza. El oficial se defiende con la vaina. Hiere en la cabeza á su adversario que cae. Corre el vencedor en busca de auxilios y, durante su ausencia, un negro, que habia sido en otra vez insultado por el cosechero, al verle caido y sin conocimiento, le degüella con el propio sable del oficial. Este último es condenado á galeras por sospecharse que era el homicida. A pesar de todo, la novia cree en su inocencia. Se prevale de una ley particular en el Estado, que autoriza á cada ciudadano á escoger á un condenado para que le sirva de doméstico, prévia la autorización del gobernador y saca de las mazmorras al presunto asesino de su hermano tomándole para que le sirva, con el objeto de que pueda probar su inocencia. El carácter de ésta joven, que es tan extraordinario para el extranjero, provoca una tempestad de aplausos. Cuando dice á su padre: "Seguid vuestro camino, yo sigo el mio . . . " el frenesí del público no conoce límites.

La fuerza de voluntad personalista, el empuje hacia adelante del sér que obra conforme á su conciencia, hé allí, no hay duda, lo que aplauden esas gentes. Por oposición, pienso en la acogida que daría nuestro público á esta actitud de una joven en frente de su padre. Es preciso creer que las relaciones de familia no son, con respecto á los espectadores de aquí, lo que son con relación á nosotros, puesto que

una segunda escena, que chocaría en exceso en un salón Parisiense, despierta aquí una risa loca. La hermana de la heroina, enamorada de un médico, á quien primeramente hace una declaración burlesca, en el curso de una consulta y sacándole una lengua de á vara, sorprende á su mismo padre en los momentos de pedir á una vieja señora en matrimonio. La ferocidad con que estalla en carcajadas, la insolente, y el modo como brinca señalando con el dedo al buen hombre, parece la más graciosa á este público que mira como enteramente natural esa absoluta igualdad entre los hijos y los padres. Mi colega, á quien comunico mi observación, admite que entre nosotros la familia está mucho más unida que en los paises anglo sajones y sobre todo más aún que en los americanos:

—"Pero," dijo, "teneis la debilidad de no dejar que una joven pueda formarse vida propia é independiente fuera de esta familia. Sus padres la aman demasiado y ella les corresponde. No se enseña á contar solo consigo misma y con nadie más. No tiene *self reliance* como nosotros decimos.... Aquí la independencia tiene la ventaja de que una mujer sin bienes de fortuna piensa en ganar su sustento con la honradez y la resolución de un hombre. Se hace doctor, se hace profesora, se coloca como secretario de cualquiera administración, y es feliz...."

Tienen razón en este último punto? Ni él ni yo lo sabremos jamás. Al regresar, recuerdo á mi pesar, el cuarto de hora que pasé, despues del desayuno, visitando las oficinas de la revista en que colaboran mis huéspedes de los *Players*. Vuelvo á ver la gran cantidad de mujeres empleadas allí, en trabajos de todos géneros, y sobre todo á una, joven y graciosa, sentada ante una máquina de escribir. Copiaba el manuscrito de un artículo. Sus dedos finisimos jugaban sobre las teclas de este instrumento como sobre las de un piano Era para ella una tarea, limpia, delicada, no muy fatigosa y se veía sobre su hermoso rostro una profunda serenidad de conciencia, una tranquila voluntad y algo como una conmovedora dignidad en una criatura tan joven y evidentemente tan pobre.—¿Será necesario creer que esa independencia activa de la mujer tenga por condición ese relajamiento en los lazos de la familia? Después de todo es posible, puesto que la duración de esta familia misma parece tener por condición el derecho de primogenitura ó cuando menos la libertad de testar y una desigualdad más injusta aparentemente: la de la herencia.

—

Viernes.—He vuelto á emprenderla con este diario en el tren que corre de Nueva York á Newport, instalado confortablemente en una mesa de esos coches Pullman que llevan el pomposo nombre de *Palace car*. Y entre paréntesis, aunque solo llevo siete dias de estar en los Estados Unidos, he podido notar el exceso de metáforas á que instintivamente y por costumbre se entregan los americanos. El producto más insignificante es proclamado en los anuncios "*the best in the world*" el mejor en el mundo! Un vencedor al box se convierte en el campeon del mundo —"*the champion of the world*"—Ayer abrí por casualidad un anuario de West-Point y encontré: "Ciencia y arte en la que sabresalen los cadetes!....'

En donde acaba la ingenuidad? En donde empieza ese charlatanismo tan bien definido por estas tres palabras casi intraducibles y que estamos próximos á practicar: el *puff* el *boom* y el *bluff*? Y es cierto, las suntuosidades de un verdadero palacio, nada tienen

de común con las elegancias muy sobresalientes de esos largos coches. Son tales que causan vergüenza nuestros mejores wagones europeos al lado de su refinamiento.

Están dispuestos de manera que forman de uno á otro extremo del tren un vestíbulo cubierto. Un buffet rodante les está unido. Si en lugar de hacer un camino de seis horas, deben recorrer un trayecto de varios dias, se encuentra en ellos salas de baño, un barbero y un salón de lectura. Y estos apenas son lugares de lujo, puesto que no hay sino una clase en los Estados Unidos, y que es insignificante el suplemento que se debe pagar para pasar de esa clase á estos wagones.—Compré mi sillón, para recorrer la distancia de Nueva York á Newport, por solo un dollar.—Aquí aún, se manifiesta por cincuenta señales diferentes el espíritu singular de complicación que me ha llamado la atención cada minuto desde mi desembarque. Todo se halla arreglado, maquinado, dispuesto para encerrar en el menor espacio posible el mayor número de objetos que se pueda y de objetos manuables. El sillón en que os sentais gira sobre un pivote y se inclina á vuestro antojo. Si deseais abrir el ventanillo, viene el negro provisto de un terliz metálico que mete en una ranura especial entre los reborde del ventanillo y el del vidrio levantado. Si quereis almorzar, jugar ó escribir levanta ante vosotros una mesa que por medio de un pié movil se apoya en el piso y por su otro extremo se adapta á las paredes del wagón. Pasan sin cesar los muchachos ofreciendo periódicos y libros. Entre el paquete de estos veo el romance de Alfonso Daudet, *Sapho*, con este mote: *"Or lured bay a bad woman's fatal beauty"* —O engañado por la fatal belleza de una mala mujer...."—Y por todas partes hay una prodigalidad

de tapices, de felpas, de maderas esculpidas, de adornos nikelados. Los mismos negros que se pasean ora con su uniforme, ora con un delantal blanco, parecen ser animales de lujo, una fantasía de la compañía que, para mí, con ellos completa lo exótico de esta decoración. Armados con escobetillas que manejan con habilidad simiesca, se aproximan, ántes de las estaciones, á los viajeros y les sacuden el polvo sin consultarles, como á muebles. Hace un momento ví á uno de ellos tomar el sombrero de un señor de edad que leía un periódico. Lo ha limpiado y despues lo ha vuelto á colocar sobre la cabeza del paciente sin pedirle permiso. El anciano ni siquiera levantó los ojos.

Las ciudades y los paisajes se suceden. El tren atraviesa, sobre puentes muy bajos y á todo vapor, anchos rios que se deslizan entre las selvas, ó más bien—restos de selvas,—violadas, asesinadas y cuya vigorosa vegetación testifica aún el esplendor primitivo de este país, antes de que desembarcase en él *el destructor de bosques, el hombre de pálido rostro*.

Los cortijos suceden á los cortijos, sin un sólo jardín, sin uno solo de esos saloncitos al aire libre, todos follaje y flores, en los que gusta tanto solazarse el burgués francés con su bielgo y su regadera en las manos. ¿Pero de donde tomarian los americanos el tiempo necesario para esperezarse, para mirar á un rosal que revienta, para sentirse vivir? Para ellos los rosales son las vastas chimeneas de las fábricas que tanto se van multiplicando. Sus jardines son esas casas construidas tan de prisa, tanto, que de una á otra generación se han quintuplicado, decuplicado y aún

más en proporción. En 1800 New-Haven, por el que acaba de pasar el tren, tenía cinco mil habitantes, hoy tiene ochenta mil y su comercio se valúa en más de ciento cincuenta millones anuales. Hace un momento era Bridgeport, que el año pasado fabricó cien millones en máquinas de coser y en coches, Hartford, cuyas Compañías de seguros tienen en junto un capital de setecientos millones de fancos. Estas cifras se concretan ante este paisaje, al que explican y con el que se mezclan; tantos así son los navíos de vapor que hay en los menores puertos, las líneas de tranways eléctricas en las calles de las ciudades, las fábricas en los campos, y los muchos anuncios,—en todas partes anuncios y más anuncios. Había tomado papel para resumir mis impresiones de esta primera semana en solo algunos rasgos generales. No he podido hacerlo, hasta tal grado absorbe mi atención esta mezcla de la naturaleza, que se ofrece á veces tan primitiva, y tan cercana de la salvajez virginal, contrastando con este industrialismo esagerado.

Y el wagón apenas si se menea á pesar de la velocidad. Un libro escrito por uno de nuestros más distinguidos ingenieros, M. de Chasseloup–Laubat, (1) y que leí antes de partir, me ha dado la razón con anterioridad, enseñándome con qué talento ha colocado el constructor el largo coche sobre muy pequeños *bogies* de seis ruedas, de modo que las partes reservadas para los asientos queden fuera del eje de trepidación. Me ha hecho comprender también la locomotora,—hermoso y potente utensilio de velocidad,—muy alta y dispuesta de modo que el mecánico vea á lo lejos un largo trozo del camino á través de una caja con vidrieras donde va sentado. Todos los órganos están afuera: cilindros, biels, tambores, al alcance de la mano. Esta locomotora se asienta adelante, ella también sobre un muy pequeño *bogie* director que permite curbas más rápidas y pasar por una vía establecida más ligeramente. ¿Quién ha inventado estos perfeccionamientos? ¿Quién ha imaginado todo el detalle, tan excesivamente complicado de estos wagones? Siempre la misma respuesta: nadie y todo el mundo, esa voluntad sin cesar resuelta, ese ojo siempre avizor, esa audacia siempre en persecución de novedades y esa especie de insaciabilidad de refinamiento, que hasta ahora me parece ser el carácter más marcado de esta civilización, y que es el que menos se espera uno encontrar. Si mañana me fuese preciso retornar á Europa, se reasumiría en esta sensación mi primer contacto tan rápido con este pueblo. Parece en efecto, que ha triunfado del tiempo, puesto que este adelanto extremo del lujo, toca tan de cerca á la barbarie del Oeste y más sencillamente, á la de los cuarteles populosos de Nueva York. Tengo curiosidad de saber si encontraré el mismo contraste, el mismo salto admirable á otra atmósfera en esta ciudad de baños donde estaré esta tarde, y de la que, todos los americanos que de ella me han hablado, parecen estar tan orgullosos y tan disgustados:

—"En el mundo no hay más que un Nwport," me decían y agregaban invariablemtnte: "Pero Newport no es sino un corro de millonarios, no es sino un *set*, no es la América ...."

—"¿Por qué?" he preguntado á varios.

—"Lo comprendereis cuando hayais ido," responden no menos invariablemente. Después en un asal-

(1) *Viaje á América y principalmente á Chicago*, por el Marqués Chasseloup–Laubat. Paris, 1893.

to de orgullo: "Hay más millones de dollars representados en esa pequeña punta de esa pequeña isla, que en todo Londres y en todo París reunidos ..."

III

LA SOCIEDAD.

I

UN BALNEARIO.

Habia ido á Newport solo por algunos días. He permanecido allí más de un mes dejándome llevar de su vida que en efecto no tiene semejante, que yo sepa. Ni Deauville, ni Brighton, ni Biarritz se le parecen, ni aun Cannes, aunque ésta última se le acerca más por la suntuosidad de sus casas y por la casi total ausencia de burguesia. Pero Cannes es una *Cosmópolis*, como Roma, como Florencia, y tal vez más aún; en tanto que Newport es exclusiva, absolutamente americano. Han pasado por él, este año, algunos viajeros que iban para Chicago y á la *World's fair*. Por lo común son sólo seis ó siete los que pueden contarse. Los franceses no conocen Newport. Si los ingleses suelen venir á él, es por su afición al *yachting*; y son pocos. Prefieren la isla de Wight, Cowes y el cómodo río de Solent.

Esta escasez de viajeros que se explica por su lejanía y por la brevedad de la estación, asegura á esta villa de baños de mar, su irreductible carácter de originalidad nacional. No, esta elegante reunión, ó como dicen con desprecio los dectractores de Newport, este *set*, no es la América, pero es *su mundo* y la vida mundana, esa vida que parece tan vacía y tan ficticia, se agarra por medio de profundas raíces secretas al país cuya flor es, flor algunas ocasiones insípida y con más frecuencia envenenada. Aun cuando sus costumbres propias sean como en Francia totalmente diferentes de las costumbres generales del país, manifiestan en los que las practican los defectos y las cualidades de la raza. Los ociosos se entretienen ó procuran divertirse, con la misma sensibilidad, con el mismo carácter y con la misma inteligencia que emplean los laboriosos para hacer su trabajo.

En la existencia de las clases altas parisienses, por ejemplo, se encuentran aplicadas á las artes, al lujo, al desenfreno, todas las potencias y todas las debilidades del alma francesa:—la extrema vivacidad de pensamiento y su inconsistencia, la desilusión prodigiosa de crítica y la ingenuidad de entusiasmo inesperadas, un irritado arrojo en la ironía y la esclavitud ante la opinión, algo de humanidad y no se qué de mediano, un aire de buen gusto aun en el desórden y apariencias de buen sentido aun en la locura—y sobre todo satisfacción, agrado, un genio de sociabilidad que flota en la atmósfera de nuestros clubs, de nuestros salones, de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestros paseos. La naturaleza de un pueblo es siempre semejante en el colorido de sus vicios y de sus virtudes, de sus frivolidades y de sus trabajos. Esta fisonomía es pues la que se trata de descubrir, y para ello son buenos todos los documentos, desde la sala de casino hasta una iglesia, y desde la charla

de una mujer de moda hasta el discurso de un obrero revolucionario!

Estoy seguro que la alma americana—que ha sido el interés real y la verdadera razón de mi viaje,—se trasparentará detrás de las fastuosidades de Newport, para el que sepa verla. Pero, ¿he sabido verla? En todo evento, he aquí un lote completo de notas tomadas á lo vivo y como respuesta á todas las primeras preguntas que se formulen sobre una inquisición, referente á las personas de sociedad:—¿Dónde viven y de qué muebles usan? ¿Cómo se reunen? ¿De qué manera se divierten? ¿Cómo platican?—Y luego si hay lugar para formarlas, se formularán hipótesis más generales.

¿Dónde y cómo viven?.... En *villas* separadas unas de otras, y sin embargo casi en común, sembradas de césped muy verde, muy espeso y adornadas con grullas de bronce en pié bajo los árboles entre espesos y azules bosquecillos de hortensias; con pórticos al frente de las fachadas á cuyo derredor oscila la vid del Japón, esa yedra improvisada, pero más efímera y que en cada estación se marchita, símbolo de la instantaneidad americana, incapaz de la espera;—veinte, treinta, cuarenta tipos diversos de construcción, casi tantos cuantas son las moradas; unas cuadradas y como aplastadas, otras finas y elevadas, otras finas y largas, todas con ventanas de guillotina y encorvándose, en su mayoría, con el revestimento de madera barnizada que sirve para darles un claro-oscuro de elegante aseo;—y así se continúan indefinidamente en la avenida Bellevue, en Narragansett, en todas las calles de ese Newport moderno, que ha construido el

capricho de los millonarios sobre el acantilado de la costa en solo algunos años, pues el lugar apenas si desde ayer está de moda.

La otra ciudad, la verdadera, desciende allá abajo, sobre los muelles, con sus modestas casitas de madera clara que le dan suma gracia. Se siente detrás de ella á la cabaña primitiva, el frágil y rústico abrigo que el colono tuvo nacesidad de construir con sus manos en este país selvático, con vigas mal cuadradas y con latas peor unidas. Aun en el día, las construcciones de piedra son raras en los Estados Unidos. El ladrillo y el fierro son los sucesores de la madera. La explotación de las canteras y la talla de los blocs, exigiría demasiado tiempo y mucha mano de obra.

No hay intermedio entre Newport el viejo, que sigue viviendo pacíficamente á lo burgués todo el invierno y el otro, el Newport del estío, elegantísimo y momentáneo. No se encuentra nada que revele bosquejos primitivos del balneario, ningún ensayo corregido, ni algo que indique que se abandonó y se volvió á emprender; nada que señale el ensanche progresivo de la boga. Es también con la potencia de la voluntad como se han levantado esos palacios de la Quinta Avenida en Nueva York, á modo de lo efectuado con la lámpara de Aladino, y así se ha creado en un relámpago milagroso ese barrio de cortijos. La diferencia única reside en las complicaciones de la arquitectura en que se encarnizaron los ricos de entre los ricos, que han querido sobrepujar al resto. El espíritu de *go ahead*, propio de la América, se reconoce aquí en las magnificencias de construcción, tan significativas cuando se piensa que esas moradas sirven para ser habitadas seis semanas, tal vez dos meses nada más en el año y cuando cada una de ellas

hace suponer como acompañamiento habitual, caballos y carruajes de cuatro tiros, un yacht y algunas veces dos, para cruzar la costa con velas ó al vapor, un wagón privado para estar en casa propia en todas las lineas de camino de fierro, una casa en New York y otra casa en el campo! . . . .

Este, ha vivido mucho en Inglaterra y se ha empeñado en poseer en uno de los terrenos de Rhode Island cubiertos por menuda yerba, una abadía inglesa al estilo de la reina Isabel. Vedla como se levanta, parda y severa, tan exacta, tan completa, que bien podria ser trasportada á Oxford á orillas del Isis ó del Cherwel sin tener que mudarle una sola piedra para hacerla hermana del delicioso claustro de Maudlen ó de la fachada de Oriel. El otro prefiere á la Francia y por eso le ha cuadrado poseer en frente del Atlántico un castillo de la revolución francesa. Allí está ese castillo y os recuerda Azay, Chenoceaux y el Loire con el perezoso y traslúcido listón de sus aguas, anudándose, desatándose, reanudándose al derredor de la amarilla arena de sus islas. Un tercero ha edificado un palacio de mármol, enteramente semejante á Trianon, con pilastras de capiteles corintios, tan anchas como las del templo del Sol en Baalbek. . . . Y ni uno solo de esos edificios representa al poco más ó menos lo que se quiso representar, ni una de esas pretensiosas é insuficientes tentativas que ponen en ridículo, en cualquier país, á los orgullosos y á los advenedizos. No. Sus detalles y lo acabado de su conjunto revelan el estudio concienzudo y el cuidado técnico. Con evidencia, se escogió al mejor artista. Tuvó completa libertad y tuvo el dinero necesario.

Sobre todo, el dinero! Caprichos como estos presuponen cantidades tan grandes, que después de un

paseo de cortijo en cortijo, y de abadías en castillos, sufris la impresión medio fantástica de una visita á alguna isla consagrada al dios Plutus metamorfoseado en la más moderna de sus encarnaciones en el dios Dollar. Pero este dios Plutus, es un dios que ayer todavía se sentaba, en el hogar de Penia, de la diosa bárbara de la pobreza; un dios Plutus al que no han enervado ni enlanguidecido todavía ni las riquezas ni las voluptuosidades; un Plutus que no teniendo ya necesidad de trabajar quiere que trabaje su oro, que este oro se manifieste, se extienda, que él *show of*, usando de la palabra verdaderamente yankee. Y tanto se muestra este oro, se derrama con tan violenta intensidad que os ase como el desplegamiento de una potencia. Flaubert escribía á uno de sus discípulos: "Si no podeis construir un Parthenon, alzad una pirámide! . . . ." Este consejo brutal pero fuerte, parecen repetírselo todos los americanos por instinto, en otras palabras. Así como en las calles y en el puerto de Nueva Yor abruma tanta actividad, así en las avenidas de Newport tanta riqueza admira. Subleva ó petrifica según esteis más predispuestos al socialismo ó al snobismo. El psicólogo que mira á una ciudad, como miraría el naturalista un hormiguero, reconoce en ella este mismo hecho, observado desde el primer momento, en un no sé que de intemperante y de desenfrenado. Parece ser que el génio americano no conoce la medida. Las construcciones de utilidad que ellos levantan, cuando son elevadas son muy altas. Sus casas de placer tienen todos los refinamientos. Cuando sus trenes caminan de prisa marchan violentísimos. Sus periódicos tienen muchas páginas, muchas noticias. Y el día que se entregan á gastar el dinero les es preciso gastar demasiado para tener la sensación de que han gastado mucho.

¿Cómo amueblan sus habitaciones? Tengo todavía ante los ojos, al escribir estas líneas, unos cincuenta interiores de estas *villas* y acaso más. Desde la semana de mi arribo y como consecuencias de mis cartas de presentación, había yo empezado á ser arrastrado en ese torbellino de almuerzos, de paseos en carruajes, de excursiones en yacht, de comidas y de bailes, que pasa sobre Newport como un simoun durante algunas semanas. *"Be in the rush"* dice un reclamo fijado en el carro eléctrico que hace el servicio de la playa á la ciudad antigua. La recomendación de una levadura especial acompaña á este elocuente cartel á este "acomodaos al tren," que los americanos os obligan muy pronto á practicar.

Su energía se extiende hasta á su hospitalidad, que se torna activa, que multiplica los *five o clock teas* y los *to meet*. Es una calurosa acogida, llena de espontaneidad y que en los países latinos practicamos muy poco. El extranjero, entre nosotro puede ponerse á la moda cuando se ha establecido ya, y nos hace el honor de preferir al suyo nuestro país. Para quien sólo pasa y no ha de volver tenemos una desconfianza que tarda en desaparecer: no pasamos sino con todo conocimiento, de la política correcta á la intimidad. El americano os abre completamente su casa en cuanto le habeis sido presentado. Quiere que conozcais á sus amigos, que toda su sociedad os trate lo mismo que él.

Los detractores dicen que en eso no hay mérito, que es ya un hábito esa holgada manera de vivir en todos los países anglo-sajones, donde los hijos son numerosos, las necesidades complicadas, las rentas en proporción, y en donde no se conoce la economía. Un huésped más, en tales casas, nada significa. Esto es verdad. Aquí, sin embargo, creo percibir en

ello sentimientos más complejos que el del modo opulento é indiferente de abrir las puertas de sus casas que es también propia de los orientales ricos.

El americano que vive tan de prisa tiene el mayor gusto en mirarse vivir. Parece considerarse á si mismo y á los que le rodean, como una experiencia singular de la naturaleza social y de la que no sabe qué pensar á punto fijo. Espera á que vosotros los europeos, os halleis en antecedentes antes de juzgar esa experiencia, y os facilita esos antecedentes. "Ved á tal ó cual persona, os dice, es un americano tipo de tal ó cual especie.... Leed este libro, encontrareis en él el verdadero carácter de un americano de tal Estado ...." Si sabe que viajais para tomar notas, se preocupa y al mismo tiempo se congratula de ello como de un homenaje. Desea que esas notas sean escritas *d' apres nature*. Si ve en vos un simple *turista*, quiere que vuestros relatos cuando volvais sean distintos de las leyendas erroneas cuyas huellas encuentra en nuestros diarios y que le exasperan. Hay una curiosa mezcla de incertidumbre y de orgullo en el placer que experimenta al conduciros de uno á otro extremo de su domicilio, enseñándoos sin orden determinado la galería de los cuadros y la lencería, los salones y los dormitorios. Uno de sus mejores novelistas, Howel, ha notado con finura este rasgo particular de carácter, esta facilidad de enseñarse como lección de cosas.

"Los del oeste, dice March en el *Azar de nueva fortuna*, somos muy aficionados á tomarnos á nosotros mismos muy objetivamente y á considerarnos como más representativos de lo conveniente...."

En espera de otra y para un observador de profesión, esta disposición de ánimo facilita la mitad de la tarea. Muy difícil es en Italia, en España, en Ale-

mania y en Francia, figurarse el *home* de las personas á quienes se conoce mejor, y son empero, el testimonio más elocuente esos objetos que nos rodean y que han sido elegidos en todo conformes á nuestra fantasía. Un salón, un dormitorio, un comedor, tienen fisonomías, casi rostros, semejantes á nuestros gustos, á nuestras necesidades, á cosas nuestras que muchas veces ni sospechamos.

De los interiores de Newport surge una impresión primera que debe ser exacta; tan acorde está con el resto de la existencia americana y con el exterior de estos mismos lugares. Es la notoria evidencia de lo *mucho*, de la exageración, del abuso, de la falta de medida. Muchas alfombras preciosas, de Persia y del Oriente, cubren el estrado de los *halls* que son elevados. Muchos tapices, muchos cuadros decoran las paredes de los salones. Los cuartos de recibir encierran muchas baratijas, muchos muebles raros, de igual manera que sobre las mesas de almorzar ó de comer hay muchas flores, mucha verdura, mucho cristal y mucha plata.

Recuerdo en este momento, en medio de una de tales mesas, un vaso de plata maciza, ancho y profundo como el *cache-pot* de una gruesa planta, y del cual desbordaba un racimo de uva, de una uva prodigio, de granos tan gruesos como bolas medianas. Recuerdo un biombo hecho con un cuadro italiano de la escuela de Carrachio, cortado en cuatro partes. La tela no ha sufrido gran deterioro y el trabajo ha sido bien ejecutado, pero ¡qué muestra de esa constante exageración en el lujo y en el refinamiento!

Imagen de este exceso, es la rosa que ellos llaman con propiedad *American beauty* y cuyas frondas enormes coronan estas mesas. Se destaca tanto sobre su tallo, es de rojo tan intensa y está tan ampliamente desenvuelta, de perfume tan fuerte, que no parece una flor natural. Es un producto que reclama el invernadero, la exposición, el escaparate. Con ser tan espléndida, se siente uno impulsado á echar de menos ante ella la pequeña eglantina de los matorrales con sus pétalos rosados que un soplo de viento lastima. Pero esto es la naturaleza y también la aristocracia, por lo menos en el sentido en que los europeos comprendemos esa palabra, inseparable para nosotros de una idea de media tinta y de desvanecimiento. Verdad es que este exceso revela entre estas gentes una fuerza mucho más parecida, bajo diversas formas, al Renacimiento, que no á la pobreza de temperamento disfrazada de la distinción por los modernos. El vigor de la sangre y de los nervios que ha permitido al hombre de los Estados Unidos conquistar la fortuna, persiste en él á través de esta fortuna y se manifiesta por la suntuosidad del interior como se enseñalaba por la del exterior. Hay aquí savia por todas partes y hasta en las locas prodigalidades de la gran vida.

Sin embargo, estos millonarios no se aceptan á sí mismos enteramente. Hé aquí una segunda impresión que impone una mirada más atenta sobre estos *halls* y estos salones. No admiten ser tan diferentes del viejo mundo, ó si lo admiten es para pretender que son capaces, cuando lo quieran, de igualar á ese viejo mundo ó por lo menos de tomarle el gusto.

—"Nosotros hemos hecho bastante dinero, me decía un arquitecto, para ser ahora artistas, y no tenemos tiempo para esperar..... Así, yo estudio el siglo XVIII, siglo francés; quiero construir casas que pertenezcan á este tipo y con todo el *confort* moderno, con aparatos para el agua, para la luz, para la electricidad....."

Su patriotismo era tan sincero como intenso y lo hacía consistir en la conquista, ó más bien en el plagio de un estilo extranjero. Los ajuares de Newport traducen esfuerzo semejante, un constante é infatigable afán de absorción europea. Contados son en estas *villas* los objetos fabricados en América. En Europa se ha tejido la seda de estos sillones y la tela de estas cortinas, en Europa se han torneado esta mesa y estas sillas, de Europa vino esta argentería, allá fueron tramados, cortados y cosidos estos trajes, y de allá vinieron estos guantes, este calzado y estas medias.

When I was in Paris.... Then we go to Paris.... We want to go to Paris to buy our gowns.... Cuando estuve en París.... Entonces vamos á París.... Debemos ir á París á comprar nuestros vestidos....

Estas frases se cruzan de continuo en la conversación. Y se ve que un salón de París ha debido servir de modelo para aquel en que os hallais y que estas *toilettes* se sujetan al mismo patrón que las de los elegantes de París. Solo que salón y *toilettes* tienen como lo demás ese no se qué de exagerado. La moda de estos trajes no es la de hoy sino la de mañana. Las costureras tienen una palabra de *argot* muy expresiva para traducir este matiz casi intraducible. Dicen: "Nosotros ensayamos primero sobre las extranjeras los cortes nuevos. Después, para las parisienses, *depuramos*...."

Así se califica este carácter de más allá, este aspecto de andar engalanadas hasta en la manera de vestirse, que estas mujeres, con frecuencia tan bellas, extreman con profusión de joyas que llevan en pleno día. Desde medio día se las ve en el talle turquesas tan grandes como almendras; en el cuello perlas como nuececillas; rubíes y diamantes tan largos como las uñas de los dedos que los ostentan. Esto es de Europa, sí, pero extremado, *exasperado;* y esa imitación tan intensa, no hace otra cosa que acentuar la diferencia entre el viejo mundo y el nuevo.

Entre las fantasías de decorado, tomadas así á nuestro país, hay una que se transforma de singular manera al pasar el Atlántico. Hablo del gusto por las cosas antiguas, de ese matiz del *bibelot* y del *bric-á-brac* propio de nuestra época. Se ha hecho aborrecible entre nosotros porque la puja universal ha elevado tanto los precios, que muy pocas de nuestras fortunas europeas son hoy bastante fuertes para bastar á tal objeto. La falsificación ha sobrevenido y sobre todo la abundancia de objetos de segunda clase.

Los americanos han llegado al mercado con sus capitales enormes. Millonario entre nosotros es uno que posee un millón de francos. Millonario aquí es quien tiene un millón de dollars, ó sea cinco millones de francos. Han traído esta universalidad de conocimientos nacida del hábito constante del viaje emprendido seriamente y considerado como una verdadera lección de cosas. Desde hace treinta ó cuarenta años, gracias á este doble poder, han puesto la mano sobre las más bellas telas, tapicerías, medallas, maderas, etc., y esto no solamente en Francia, Inglaterra, Holanda é Italia, sino aun en Grecia, Egipto, las Indias y el Japón. De ahí en sus casas de campo ó de ciudad una prodigalidad de obras maestras dignas de un museo. En alguna de estas *villas* de Newport, que yo podría nombrar, ha sido transportada toda una galería privada que su primer propietario había empleado años en coleccionar entre los más delicados de los primitivos alemanes. ¡Y prosiguen! El otro día oí á un *amateur* decir melancólicamente,

aludiendo á la crisis financiera que asola á la vez á la Italia y á los Estados Unidos:

The Italians are rather low down just now, and there are things to be had sub rosa. But in this moment nobody can profit by it.... Los italianos están por ahora muy abajo y hay entre ellos muchas cosas que se tendrían *sub rosa*. Pero en este momento nadie puede aprovecharlas....

Se ocurre preguntarse ¿dónde podrían colocar esos objetos italianos? al ver que el cuero de Córdoba que cubre las paredes de las habitaciones, casi desaparece bajo las telas. Y hay por donde quiera vidrieras bajo las cuales tesoros de piedra grabadas aguardan el lente: esmaltes, armaduras cinceladas, libros antiguos, medallas, retratos sobre todo. Sólo en dos villas contiguas, á un cuarto de hora de distancia, he visto un retrato de un gran señor genovés, el de un almirante veneciano, el de un lord inglés del último siglo, el de Luis XV por Vanloo con esta inscripción, "dado por el rey", el de Luis XIV por Mignard, con la misma inscripción, el de Enrique IV por Porbus. F*** que no los quiere me decía irónico:—"Si, tienen el retrato del gran rey, pero ¿dónde está el de su abuelo?" Y atribuía este gusto por los viejos lienzos á un vago y torpe esfuerzo hacia una falsa galería de antepasados. Según yo, él no se daba cuenta de lo que tiene de sincero, casi de tierno, este cariño de los americanos por los objetos en cuyo derredor hay tiempo y duración. Esta sensación tan difícil de concebir por nosotros y que mi colega de los *Players* me expresaba ingénuamente en New York, yo la comprendo y aún la experimento tras estas cuantas semanas de hallarme en Estados Unidos. Es una satisfacción casi física de la mirada encontrar aquí los tonos marchitos de una vieja pintura, el sello borroso de una moneda antigua, las tintas desvanecidas de un tapiz de la edad media. En esta comarca donde todo es de ayer, se tiene apetito, sed de lo antiguo. Preciso es creer que nuestra alma se halla poseida de un indestructible instinto de tener en torno suyo lo pasado, puesto que aun estas exageraciones de lujo adolecen de tal necesidad. Los de aquí no la disciernen en sí mismos, pero la experimentan íntimamente. Uno de ellos la semana pasada, mandaba detener su carruaje para mostrarme la estatua de un Newportés que fué amigo de su abuelo. "Es grato, me decía, pensar en los tiempos ya lejanos."

Un árbol trasportado á nuevo lugar, y con raíces muy á flor del suelo, resentiría esta nacesidad de terreno prévio. Este esfuerzo inconsciente por rodearse de lo pasado y ennoblecerse con él, es lo que salva estos interiores de casas de millonarios, de lo que tendrían de brutal, de tan hecho á fuerza de dinero y tan de prisa. Es como un poco de poesía inesperada en lo que, sin ello, sólo sería la apoteosis del *cheque* y del *chic*—por recordar un chiste vulgarísimo de una canción vulgar también de época pasada. Y consuela ver entre tales magnificencias algunas chuscadas inexplicablemente vulgares y pueriles: ya un monstruoso juguete, ya una muñeca con cara de luna con monóculo, sombrero alto, y fumando un cigarro encendido, mientras una caja de música oculta en su cuerpo, toca un aire canallesco. Y tiene escrito abajo, para vergüenza de los escritores que han empleado los primeros este término: "Fin de siecle!" ¡Qué mosáico en el gusto de esta raza que toma revueltamente de todo á nuestra civilización: lo excelente y lo peor; nuestras más bellas obras de arte y nuestras más deplorables caricaturas!

¿Cómo se reunen?..... De una sola manera y en una sola clase. Cuando se compara este Newport veraniego á nuestro Deauville ó al Brighton de nuestros vecinos de allende la Mancha, aparece un punto de diferencia inolvidable. No hay aquí, como en Inglaterra, una casta de arriba, un Olimpo aristocrático que impone su moda á todos los *tuft-hunters*, esa palabra tan pintoresca con que los jóvenes de Oxford ridiculizan ya á sus compañeros que andan á caza de altas relaciones y que están hipnotizados por la bellotica de oro que tiembla sobre el bonete cuadrado de los estudiantes nobles. No hay aquí como en Francia, esa irracional y potente supervivencia del antiguo régimen en plena erupción democrática, cuyo signo más expresivo es sin duda nuestro concepto del *club*. El círculo, entre nosotros, ha dejado de ser el medio natural, casi necesario, de personas que viven de cierta manera. Ha venido á ser como una divisa, casi un grado en un vago regimiento social cuyo estado mayor residiera en la *Unión*, en el *Jockey* ó en la *Rue Royale*.

En América, todos los hombres de mundo han sido, son todavía, hombres de negocios. No han nacido en la vida social; han llegado á ella. No la han recibido ya completa y así transmitida. La han hecho ellos mismos, porque les conviene agregar esa elegancia á su fortuna, como coronamiento del edificio. Resulta de ahí, que hay una profunda igualdad entre ellos, una singular unidad de costumbres, de ideas, de gustos que traduce la absoluta unidad de orígen. Mucho se ha intentado durante estos últimos años, romper esa unidad y establecer un Olimpo ficticio, el de los "cuatrocientos," los *four hundreds*, que habrian sido sacados de entre las familias más antiguas en tradición y en riqueza. Tal fantasía no

podía tener éxito, porque las bases verdaderas de todas las opulencias son aquí muy recientes, muy conocidas, y por otra parte, no se sostendrían sin la continuidad de la labor que las ha producido. Una mina de oro descubierta hace veinticinco años ha enriquecido á éste. Un ferrocarril construido en 1860, ha hecho millonario á aquel. Tras cada nombre de los que desfilan en las revistas de fiestas, publicadas por los periódicos, todo americano puede señalar tal ó cual fábrica, tal casa de comercio, tal banca, tal especulación agrícola; y las más veces la fábrica se halla en plena actividad, los despachos de la casa comercial y de la banca están siempre abiertos y la especulación continúa. Los demócratas pueden decir que esos títulos para la vida de sociedad valen tanto como los blasones falsificados por la bastardía y por matrimonios sospechosos, ó tanto como notabilidades históricas sin realidad contemporánea. Con toda seguridad esos fundamentos de la alta clase americana, son claros y francos. Sus consecuencias inmediatas no lo son menos.

La primera es la ausencia casi total de aventureros y aventureras en los balnearios como New-port. Una sociedad eterogénea, es fácil de engañar. Una sociedad de banqueros nó lo es. Una familia cuyas rentas son dudosas, puede figurar en una sociedad donde los mismos nobles auténticos se sostienen de expedientes; donde reina ese espíritu de *á propósito* en materia de dinero, habitual á los que no lo ganan. En América sabe cada uno lo que *vale* su vecino, y por otra parte, como la vida social es ahí un lujo, los menudos gastos diarios son tan crecidos que serian insostenibles para un presupuesto mal equilibrado.

Los novelistas franceses, desde Balzac, han pintado frecuentemente el tipo del joven ambicioso y po-

bre que se mantiene á la altura de la "gran vida," con un hábil manejo de sus muy medianos recursos. Aquí un regular traje de *soirée* cuesta ciento cincuenta *dollars*—setecientos cincuenta francos;—un viaje en fiacre, para ir á comer fuera de la ciudad, cuesta tres *dollars*, y cinco si se trata de ir y volver. Una *toilette* de *soirée* para una señora ha debido pagar si vino de París, cincuenta por ciento de derechos de entrada. Los precios de modistas y costureras de New-York, se mantienen casi al mismo nivel. La copia de modelos de los grandes confeccionadores por una obrera á domicilio, ese recurso de la parisiense prudente, apenas sería una economía en un lugar donde una camarista hábil gana cuarenta *dollars* por mes, y una buena costurera tres *dollars* por día. Esta especie de abuso de la riqueza, propio, no solamente de Newport, sino de toda la América, es á la vez una locura y una purificación. Se puede ridiculizar la frivolidad de esta existencia, condenar su suntuosidad. Aun puede merecer sátiras. Pero es, por lo menos, muy recta y muy sana.

Lo es también en esta estancia veraniega, por la supresión no menos total del elemento que divierte y corrompe en Europa tantos balnearios; quiero decir el *demi monde*. Como esta sociedad americana se compone, ante todo, de gente de negocios, los hombres no pueden holgar mucho. Están ausentes muchos días de la semana, ocupados en ganar ese dinero que las mujeres se encargan de ostentar. De donde se sigue que si tienen compromisos fuera de sus casas, no los tienen aquí. Los que permanecen en Newport toda la semana son muy pocos, en su mayor parte de avanzada edad, puesto que están ya *out of business*,—fuera de los negocios,—ó muy jóvenes, puesto que aún no se ocupan de ellos.

Algunos diplomáticos en vacaciones y algunos visitantes de paso completan ese personal masculino al que por su pequeño número se le impondría el peso, aún cuando el rancio fondo de moralidad puritana, siempre presente en el país de la tradición anglo-sajona,—al menos bajo la forma de la hipocresía,—no hiciera imposible todo escándalo.

¿Por cuáles diplomáticos procedimientos la *demi-mondaine* más hábil llegaría, además, á rozarse con el gran mundo, á hacer pasable el poco más ó menos, como entre nosotros, en una sociedad donde todo placer se organiza en *club*, donde se requiere una admisión, una presentación, un patrocinio para ir á tomar aquí una taza de té ó asistir allá á una partida de envite? Y luego, la raza no es aquí tan vieja para que la joven sea ya la criatura depravada pero afinada, mentirosa y espiritual que entretiene al hombre y poco á poco se impone á su intimidad cuotidiana. Basta comprobar que está ausente de una *villa* que en otra parte sería su campo favorito de operaciones, y allí la adivinais reducida al estado de máquina de placer. Th*** que habita los Estados Unidos hace diez años, me decía:

—"El americano no tiene necesidad como nosotros de la mujer. Si visita á *mujeres*, es siempre cuando está un poco ebrio y para beber aún."

Posible es que el sentimentalismo con que se enternece en Francia la galantería sea, bajo ciertos aspectos, más humano. Socialmente, el americano está en lo cierto, quiero decir que esa línea tan definitiva de demarcación entre la mujer mundana y las otras le hace ver aquella con otros ojos. La respeta más en su imaginación y en sus maneras. Puede ser un pervertido; pero nunca ó raras veces un libertino. Hay gran distancia entre esas dos palabras. De ello

se tiene prueba escuchando las conversacions de círculo entre jóvenes. Hablan de *sport*, de juego, de negocios. Nuuca se pronuncia entre ellos un nombre de mujer.

Esta unidad de reunión, si así puede decirse, produce también este resultado: que esa vida social tiene su objeto y su fin en sí misma. Todas las familias que la llevan son ricas, y no pueden aspirar por ella á ninguna otra; esto crea una especie de atmósfera más sencilla, más feliz é inocente. Hay menos doblez en las relaciones porque no son, no pueden ser, medios para empujarse más lejos. No teniendo en América las clases ricas ninguna clase de influencia sobre las elecciones, un político ambicioso no tiene que hacer en la sociedad. No hay aquí Instituto hacia el cual el favor de alguna pandilla pueda aguijonear á un escritor ó á un artista. No hay, en manera alguna centro de donde irradie la reputación literaria y se acumule por sí misma en algunos salones. Las jóvenes no reciben dote sino excepcionalmente, de modo que los corredores de grandes matrimonios se ven reducidos á extranjeros titulados y arruinados que las más de las veces desaparecen después de una estación. Muy pronto se convencen de que la vieja Europa es todavía el terreno más seguro para esta clase de especulación.

Como por otra parte, las costumbres parecen más bien buenas, y una "liga" reconocida es aquí un fenómeno, la vida de sociedad no podría servir de cortina á las complicaciones de la vida pasional. Reducida así á su fondo propio, se exaspera en el sentido de la fiesta fastuosa y pública; y como en donde quiera necesitan un alimento real, una ocupación positiva esas actividades tan vigorosas, la vida mundana acaba, aquí al menos, por dirigirse toda del lado del *sport*. De nuevo lo que debería lógicamente ser un defecto se convierte en un principio saludable: tan cierto es que en las razas fuertes todo se torna en fuerza, hasta la frivolidad y la vanidad; mientras en los pueblos que envejecen, aún la cultura y la delicadeza no van á dar sino á la enfermedad y á la corrupción.

¿Cómo se divierten?.... Yo mismo me he divertido para contestar á esta pregunta con un poco de exactitud, en seguir hora por hora y durante muchos días, el empleo del tiempo de algunas mujeres que son aquí lo que se llama, *leaders in society*. Transcribo uno de los bosquejos hechos así, tomándolo al azar entre otros veinte. Todas son igualmente parecidas en la potencia fisiológica que suponen, el gusto por la vida al aire libre y el ejercicio. Esta manera de divertirse explica también por qué estas mundanas, en lugar de tener el estómago enfermo, el color pálido, el aspecto de "guante viejo," como decía un cruel humorista, así como muchas otras de sus hermanas en las ciudades europeas, conservan por el contrario, el brillo de su tez, la flexibilidad en sus movimientos, la fuerza de su vitalidad. Ellas lo saben y de eso están orgullosas.

—"Lo que me regocija, me decía una de ellas, al pensar que soy americana, es saber que pertenezco á una raza sana y hermosa...."

Me acuerdo también del desprecio con que otra, al hablar de una actriz del Odeon, que había pasado un mes en Nueva York, me la describía: *That little woman with washy washy complexion*.... (1) No des-

(1) Esa mujercita con un tinte de *papier-maché*.

cansan en esa crítica de las parisenses. Oigo todavía á una tercera deplorar el cambio de una de sus compatriotas recién casada con un francés:

"Estaba tan robusta, con tan buen color—*with a very good complexion*; y se ha puesto flaca y descolorida, *thin and quite sallow*....."

Y ríen al decir frases semejantes, con su risa feliz en que hay lo que nosotros podemos tan difícilmente comprender, animalismo decente: luciendo sus dientes tan limpios como objetos de lujo, y en los cuales, si algo ha tenido que hacer el dentista, ha sido poner oro que reluce con brillo tan nuevo que no ofrece aspecto de enfermedad.

Antes, pues, de las nueve, la joven cuya atrevida silueta evoco en este momento, estaba ya á caballo y había tomado uno de esos pesados almuerzos que son la comida esencial de los anglo-sajones, la que les da fuerzas para el gasto del día. Ha trotado y galopado dos horas en medio del aire marino, para volver á las once, á tiempo de mudar de traje é ir al Casino donde hay un concurso de *tennis*. Dos amigas suyas, una joven soltera y otra casada hace dos años, deben tomar parte en el juego. Es el punto de cita del Newport *fashionable*, este prado encuadrado entre construcciones de linda arquitectura á las cuales la viña del Japón reviste como pudiera la yedra. Hay allí en torno de los jugadores un público de mujeres, en su mayor parte vestidas de colores blancos, con ese exceso de lujo ligero que hace de una *toilette* una cosa visiblemente frágil, tanto como costosa. Todo esto parece ser usado para una sola hora sin nada que individualice la belleza de estas personas así ataviadas. Ante esta especie de impersonalidad de suprema elegancia, tan delicada, tan romancesca y que explica toda la diferencia que hay entre esta

elegancia y cualquier otra, me acuerdo de cierta frase. Se trataba de uno de esos retratos que se hacen por divertirse en los juegos de salón; una francesa había escrito queriendo pintar su carácter:

—"Yo no me he vestido nunca para el baile sin saber por quién iba yo á él....."

Las americanas se atavían para estar bellas, porque son *fine, healthy women*, como su raza, y por el momento ninguna de ellas piensa en coquetear, pues se absorben en el espectáculo del juego, al cual la recien llegada se entrega en seguida como las otras. Muchas en las lecciones de la *physical culture*, comprenden el atletismo, donde quiera lo encuentran, con esa inteligencia casi profesional que da á un esgrimista, ante un asalto de armas, la facilidad de medir con un golpe de vista la velocidad y escape de los campeones. En cierto momento uno de los jóvenes que acaba de lanzar la pelota hace que un mozo le limpie su plantilla de caoutchouc embarrada de lodo. Y durante esta operación vulgar, halla medio de tomar una actitud tan graciosa que oigo á una joven gritar:

—"¡Ah, cómo quisiera que él ganara! *¡He is so nice looking!*"

Grito ingénuo en que estalla la profunda admiración de la americana por los *looks*, por esa belleza física, considerada á lo pagano. Va tan lejos esa admiración, que uno de los gimnastas más célebres de Estados Unidos, reune en su alojamiento después de la función, mujeres de la mejor sociedad, y allí, desnudo el dorso, las dá *a lecture about his body*, una conferencia de musculatura. La fotografía de este dorso, musculado efectivamente como aquel sobre el cual, en el Vaticano, Miguel Angel decrépito paseaba sus manos, se vende en todas las tiendas, y más de una espectadora del *tennis* la tiene en su habitación.

finos esplendores, que se sienten entre ellos tan á gusto como príncipes de la sangre. Se requieren generaciones para formar un verdadero noble, que sienta y obre como tal. Pero para formar un hombre de la gran vida, que tenga tanto fácil aplomo en la elegancia como uno de los innumerables grandes señores ociosos que abundan en los clubs de Londres y de París, una sola generación basta. Muchas veces hay bastante con la mitad de una.

Las cuatro y media.—*El lunch*, en que el inevitable *champagne* seco corría de nuevo á oleadas, ha cedido el puesto á la conversación sobre el puente. Han llegado otras mujeres; dos jóvenes solas, otras dos acompañadas por dos estudiantes de Yale que no son sus parientes; á más, cuatro ó cinco celibatarios, verdaderos ciudadanos de *Cosmópolis*, que gastan sus rentas entre París, Lóndres, Cannes y este lugar cuando la gestión de su fortuna les conduce á Estados Unidas. Pero ya la chalupa eléctrica comienza á cargarse de pasajeros que tornan al muelle. Toda la "partida" junta en el barco va á dispersarse. Los más y entre ellos la joven de quien sigo la distribución del día, son de ese número y van á asistir al *match* de polo. Yo iré con ella. Un cuarto de hora sobre el agua siempre surcada del puerto; veinte minutos de carruaje, y hénos aquí á la puerta del espacio cerrado por tablas, donde se verifica este admirable y temible juego. Domina una escarpa donde se amontona la multitud de gentes del pueblo que vienen á ver el *match* desde fuera. Esta diversión es tan nacional, su energía y su peligro cuadran tan bien á la raza, que humildes obreras, lavanderas por ejemplo, comienzan sus tareas á las cuatro de la mañana, para despachar más pronto todo su quehacer y venir á terminar aquí su tarde.

—"Tienen razón," me dijo la americana que me contó ese rasgo, "este es un juego magnífico.... Hace veinte años nuestros jóvenes no pensaban sino en beber. Hoy que han tomado gusto á los *sports*, dá este, sobre todo, necesitan ser sóbrios para no volverse torpes. Comen poco. No beben. Se acuestan temprano. Sin este régimen no aguantarían ocho dias seguidos...."

El hecho es que, una vez estando uno en el pradillo y viendo á los jugadores de los dos bandos correr en sus caballos, inclinando el busto y oscilante en la mano libre el largo mazo de madera, es difícil asociar la energía que tan varonil ejercicio supone, á la embriaguez y á la disipación. Ocho están allí, prestos á galopar en sus pequeños poneys, robustos y ágiles. La pierna opresa por la bota amarilla, el pantalón ámplio, con una camisa y un casquete de los colores de su partido, se apiñan en torno de la pelota blanca que corre sobre la verde yerba. Los caballos, bañados de sudor, siguen por sí mismos esa pelota, con la animosa inteligencia de la bestia montada por jinete tan diestro, que forma con ella una sola pieza.

La pelota ha saltado á un golpe de mazo más preciso que los otros, y he ahí á los dos bandos que parten al galope. Desfilan junto á los carruajes alineados en hilera. Se oyen los cascos de los caballos batir el hollado césped. Es un ruido sordo y rápido á la vez, que acompaña á otro más fuerte, el de su aliento. Pasa sobre la concurrencia ese pequeño extremecimiento que ante los toreros sacude los nervios de las sevillanas, dispuestas á seguir el duelo de la cuadrilla y el toro. Quizá, el peligro es aquí más real, aunque el aparato es menos feroz. Yo he permanecido solo una hora, y ya uno de los caballeros ha rodado

á los piés de los caballos. Otro lo ha reemplazado, que á los diez minutos sufre un golpe de mazo en pleno rostro. Lo veo apearse cegado por la sangre. Se desmaya, luego se levanta y se retira, asistido por dos de sus amigos, sin que nadie ponga atención en ello.

El gran pesar consiste en que se ha interrumpido una partida. Pero se consuelan pensando en que hay necesidad de hacer la *toilette* de la noche. Porque esta larga jornada de idas y venidas va á cerrarse, como todas las demás, con una comida en una *villa* seguida de un baile en el Casino ó en otra parte, á no ser que el aire libre y tanto movimiento den cuenta de la mujer de moda. Esta fatiga de los días explica por qué las recepciones nocturnas son raras en Newport, aparte de esos bailes. La costumbre es retirarse de la casa donde se come, hacia las diez y media cuando más tarde, dejando á los dueños de aquella tan fatigados, que se tendría escrúpulo en permanecer un cuarto de hora más.

—"Con mucha frecuencia, me decía Miss. L***, la más bella de las *leonas* de la estación, me ha sucedido, por haber citado mi carruaje muy tarde, quedarme esperando en la antesala y dormirme allí sobre una silla, á causa del excesivo cansancio, pero sin atreverme á volver á entrar al salón, pues sabía que mis huéspedes estaban tan fatigados como yo....."

¿Cómo platican? Esta es la última pregunta, y la más importante que hay que hacerse sobre hombres y mujeres de sociedad. Lo demás sólo es cuestión de decorado y de gesticulación. El arte de conversar es por el contrario la sociedad misma, su mejor razón de ser, cuando la conversación vale la pena,—su peor fastidio cuando esa conversación es vacia y tonta.—

y siempre, buena ó mala, es su signo característico. ¿Más cómo dar cuenta de la naturaleza especial de una conversación sin transcribir toda una série de diálogos reales, cosa que sería á la vez incoherente é indiscreta? En las novelas de los escritores que han conocido y amado á una sociedad es donde hay que buscar el tono de sus pláticas; y bajo este punto de vista, las primeras novelas de M. Henry James me parecen uno de los más importantes documentos. Digo los primeros porque este observador tan agudo ha estudiado posteriormente con más especialidad á sus compatriotas en el extranjero. Los de aquí se lo reprochan y he leído en un diario hace poco á este respecto el siguiente epigrama cuya metáfora se ha tomado de los ferrocarriles eléctricos:

"Tiene tanto talento! ¡Lástima que su *trolley* no se ajuste mejor al hilo americano!"

No por eso es menos cierto que nadie como este maestro ha expresado el tinte exacto de las conversaciones sostenidas por gentes de Boston ó de Nueva York, en un ángulo de sala ó en una mesa de comedor.—En cuanto á la charla más moderna á ese colorido de *esprit* momentáneo y de actualidad que Gyp nos asigna á nosotros tan felizmente, me parece que nadie da mejor idea de él que la mujer distinguida que ha hecho célebre el pseudónimo de Julian Gordon. Remito á esas obras al lector europeo que tenga curiosidad de comprobar, sentado en su sillón y sin atravesar el océano, los pocos rasgos que creo distinguen más netamente la conversación americana. Porque aquí gustan mucho más que los ingleses de conversar, si es que no tanto como los galo-romanos, sobre todo aquellos y aquellas por cuyas venas corre algo de la excitable sangre irlandesa que no sabe callarse, así como tampoco sabe olvidar.

El primero de esos rasgos es bastante difícil de definirse en una fórmula. No obstante aventuraré una, sin meterme á comentarla: Es el *punto de vista*.

Platicais con un francés: si tiene *esprit* y verba, á las diez respuestas la conversación ha cambiado. Empieza á dejarse llevar por el capricho de sus asociaciones de ideas, de tal modo, que al cabo de una hora, habeis tocado todos los asuntos, sin método, sin provecho; pero con solaz. Os deja la impresión de una inteligencia despierta y facil, que tiene *lucidez de infinidad de cosas* para emplear una antigua frase, muy fancesa por cierto. No sentís lo que nueve veces por diez sentireis hablando con el americano ó la americana: una energía que no se gasta en la futilidad de la charla social; una inteligencia que tiene un punto de vista desde donde considerar la vida y que se mantiene en él, que os hace en él entrar y que os utiliza.

Es que bajo la mujer de sociedad que os habla en ese rincón de la sala, entre las flores y las luces, hay una criatura de tensión, que ha empezado, desde que se ha independido *(est out)* á componerse una personalidad ajustada á determinado tipo que eligió. Una resolvió ser gran señora inglesa. Vivió mucho tiempo en Londres y supo formarse allí una posición. Os será imposible sacarla de ese punto de vista y obtener de ella "referencias" que no sean londonenses y británicas. Otra se propuso ser parisiense, y su conversación os encierra en un círculo de nociones que siempre y por siempre suponen París. Para ella no hay más que nuestros libros, nuestros pintores, nuestras comedias, nuestros actores. A otra se le ha puesto en la cabeza ser comedianta. Ha tomado lecciones de declamación y recita bien. Pues al derredor del teatro giran todos sus discursos. Aquella la da por

la literatura. Al cuarto de hora descubris que ha tenido tiempo de administrarse en medio del torbellino del mundo en que vive, una gran dósis de lectura, y la continúa hablándoos con esa fuerza singular de especialización y de exactitud que las gentes de aquí poseen. Un amigo y compatriota mío, á quien se trataba de hacer casar con una joven rica, ha roto el compromiso porque su prometida, muy dada á la ciencia, le había estado explicando durante toda una *soirée*, la invención de una nueva locomotora. Y á los reproches de la persona que le había presentado, sólo daba esta respuesta: "No puedo casarme con un ingeniero."

De ordinario, fuerza es decirlo, el punto de vista es menos severo, menos intransigente, y encontrais en la conversación de los americanos y sobre todo de las americanas, un segundo rasgo que les salva de la tirantez y del pedantismo. Este rasgo es la vivacidad. Hay en sus menores palabras el sabor profundo de lo real y tienen tanto movimiento como gestos. Nunca dicen nada abstracto ni vago, siempre usan de palabras que pintan, de términos que denuncian experiencia. No tienen tampoco de modo alguno, esa noción de la supresión de la personalidad que si dá un barniz más brillante de cortesía á la plática, disminuye tanto la individualidad de la conversación. Nunca titubean en hablar de sí mismos, en recordar sus viajes, sus aventuras, lo que llaman ellos precisamente "mis experiencias." Ganan en ello, pues á falta del *esprit* de las palabras, tienen en abundancia lo que podría llamarse el *esprit de las cosas*, ó lo pintoresco del relato, que produce, cuando mezclan á él la alegría, un agrado *(humour)* original y nuevo. En esto también se siente lo mismo bajo la mujer rica como bajo el hombre fastuoso, al pueblo muy cercano.

También lo sentís en cierta ingenuidad general de esa conversación. Los dobles sentidos picarescos están absolutamente proscritos, y las murmuraciones rara vez son crueles. La imitación de la impertinencia aristocrática, esa plaga de las sociedades burguesas, no se encuentra aquí para nada. La burla es costante, pero una burla que no desgarra. Procede especialmente por medio de anécdotas jocosas. Su principal blanco son los rasgos individuales de carácter. Luego vienen las torpezas sociales, las faltas de gusto en la "caza del león," ó sea en la persecución de las personas célebres ó tituladas para conseguir algo de ellas. Estas últimas anécdotas llegan generalmente de Europa, y prueban que el paso del Nuevo Mundo al antiguo, tiene por habitual resultado realzar los defectos del americano en vez de corregirlos. En su país, en su medio original, es más sencillo, más cordial, y en suma, al oirlo platicar, se le estima, se le adiviua; *good natured*, usando de su propia frase, y no revela ni mucho odio, ni gran envidia y sí un agrado conveniente. Forain me decia despues de algunos días pasados en Newport: "Son unos chiquillos....." Para este observador, de una intensidad tan acerba de visión, y que ha descendido á tanta profundidad en la vejez de nuestra decadencia, esta clase de *esprit* es insípido. Tiene sí, sabor, pero es tan distinto de la acritud parisiense, que acaso sea imposible el apreciar los dos.

No obstante, los americanos se esfuerzan en ello: Citan con mucho gusto leyendas de ese mismo admirable Forain; pero con el mismo esfuerzo y con la propia dirección de inteligencia que aplican á la lectura de Verlaine y Mallarmé. Porque es también uno de los rasgos de su conversación la cita constante de autores franceses de la extrema izquierda. Este gusto ha llegado hasta las mujeres de sociedad á través de los pintores, que han ido también á París á estudiar y que ya se han juzgado al corriente. Una de las fases divertidas de esa charla es el contraste sorprendente entre ciertos nombres y las bocas que los citan y que quieren aplicar con admirable candor el mismo "*lovely*," el mismo "*enchanting*" y el mismo "*fascinating*" que les sirven lo mismo para elogiar á todos los cuadros y á todos los paisajes que á un caballo ó á un aire musical, que á una estatua ó á un sombrero.

Me ha parecido notar que están completamente eliminados de la conversación dos órdenes de problemas: los de la política y los de la religión. Tal silencio parecerá tanto más significativo, cuanto más se piense en que son esas las dos preocupaciones constantes de la América, y que en ningún país son tan activas como allí la vida política y la religiosa. Este fenómeno puede explicarse por varias causas. Yo por mi parte veo en él una nueva prueba de que los americanos poseen en alto grado el sentido distributivo que no es en sí mismo más que un caso particular de su fuerza de voluntad. Jamás oireis á un hombre de negocios, al salir de su despacho, hablaros de negocios. Sobresalen en fijar el freno de detención. La misma energía que les permite, una vez aplicados á una tarea, entregarse por entero á ella, les permite, una vez concluida, entregarse también por entero á otra nueva. Ponen en práctica cierto empleo del verbo *to have* que indica esto. Dicen que *tienen* un paseo á caballo ó en carruaje, como dirían que tienen una botella de vino que beber ó un libro que leer. Es como si, dada una parte del día, una hora, dos ó tres, se tratara para ellos de la manera de explotarla, de hacer de ella un todo casi separado.

No mezclan sus sentimientos, como tampoco mezclan sus ocupaciones. Se trata de gavetas ó compartimientos que abren y cierran á voluntad, La política es uno de estos. La religión es otro. La sociedad un tercero. Y luego, la política no está aquí, como entre nosotros, al arbitrio de las fantasías del público y de sus pasiones. Está montada á manera de una empresa y los partidos se rigen por una maquinaria montada [de modo que no permite en su mecanismo ni el juego de la fantasía de ideas generales ni el de las pequeñas intrigas. En cuanto á la religión, la libertad absoluta ha multiplicado tanto las sectas, y los matices de ellas que toda discusión resulta imposible. Sería un choque de opiniones tan vasto y tan continuo, que del modo más natural se ha establecido una reciproca complicidad de tolerancia. Esta ausencia de los dos más grandes principios de irritación es la que aquí ha acabado de dar á la conversación este carácter pacífico, casi benigno, y la ha dotado de una sencillez más cordial. Por lo menos lo siento así; pues todas estas impresiones de extranjero deben siempre llevar consigo el correctivo de un "puede ser," que no se podría nunca ratificar enteramente, ni aún con una segunda, tercera ó hasta décima experiencia.

IV

LAS MUJERES Y LAS JOVENES.

Tengo gran cantidad de notas tomadas durante muchos meses después de las primeras, sobre la "sociedad" americana que en Newport me produjo la más completa y la más imprevista sensación. He vuelto á ver, bajo todas sus fases y de nuevo, á Boston, á Chicago, á New-York y á Wáshington.

A estas notas borroneadas día por día—como los croquis de pintor destinados á fundirse más tarde en algún cuadro definitivo,—las acabo de hojear varias veces con fin de clasificarlas y de resumirlas en unas cuantas fórmulas que sean algo precisas. Al hacer esta síntesis he tropezado con una dificultad que proviene menos aun de la abundancia de ellas, que del trabajo de metamórfosis efectuado en mi espíritu por este largo viaje y por sus multiplicadas experiencias. Así como, estas palabras: los Estados Unidos, hoy se traducen para mí en millares de imágenes concretas y distintas, cuando á mi llegada se me figuraba una gran masa confusa é indeterminada; así también estas otras palabras: el "mundo" americano, han dejado de representarme esa cosa única de la que tenía aun la preocupación en Newport.

No hay una "sociedad" americana, como hay una "sociedad" francesa y como hay también una "sociedad" inglesa. En los Estados Unidos, á tantas ciudades como existen, corresponden tantas sociedades, y como ninguna de ellas ha conseguido crear-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No mezclan sus sentimientos, como tampoco mezclan sus ocupaciones. Se trata de gavetas ó compartimientos que abren y cierran á voluntad, La política es uno de estos. La religión es otro. La sociedad un tercero. Y luego, la política no está aquí, como entre nosotros, al arbitrio de las fantasías del público y de sus pasiones. Está montada á manera de una empresa y los partidos se rigen por una maquinaria montada [de modo que no permite en su mecanismo ni el juego de la fantasía de ideas generales ni el de las pequeñas intrigas. En cuanto á la religión, la libertad absoluta ha multiplicado tanto las sectas, y los matices de ellas que toda discusión resulta imposible. Sería un choque de opiniones tan vasto y tan continuo, que del modo más natural se ha establecido una reciproca complicidad de tolerancia. Esta ausencia de los dos más grandes principios de irritación es la que aquí ha acabado de dar á la conversación este carácter pacífico, casi benigno, y la ha dotado de una sencillez más cordial. Por lo menos lo siento así; pues todas estas impresiones de extranjero deben siempre llevar consigo el correctivo de un "puede ser," que no se podría nunca ratificar enteramente, ni aún con una segunda, tercera ó hasta décima experiencia.

IV

LAS MUJERES Y LAS JOVENES.

Tengo gran cantidad de notas tomadas durante muchos meses después de las primeras, sobre la "sociedad" americana que en Newport me produjo la más completa y la más imprevista sensación. He vuelto á ver, bajo todas sus fases y de nuevo, á Boston, á Chicago, á New-York y á Wáshington.

A estas notas borroneadas día por día—como los croquis de pintor destinados á fundirse más tarde en algún cuadro definitivo,—las acabo de hojear varias veces con fin de clasificarlas y de resumirlas en unas cuantas fórmulas que sean algo precisas. Al hacer esta síntesis he tropezado con una dificultad que proviene menos aun de la abundancia de ellas, que del trabajo de metamórfosis efectuado en mi espíritu por este largo viaje y por sus multiplicadas experiencias. Así como, estas palabras: los Estados Unidos, hoy se traducen para mí en millares de imágenes concretas y distintas, cuando á mi llegada se me figuraba una gran masa confusa é indeterminada; así también estas otras palabras: el "mundo" americano, han dejado de representarme esa cosa única de la que tenía aun la preocupación en Newport.

No hay una "sociedad" americana, como hay una "sociedad" francesa y como hay también una "sociedad" inglesa. En los Estados Unidos, á tantas ciudades como existen, corresponden tantas sociedades, y como ninguna de ellas ha conseguido crear-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se un dominio en las modas análogo al que París ejerce sobre las provincias francesas, de aquí resultan toda clase de centros de vida social, que son merecedores cada uno á una monografía. En ella trabajan determinados revisteros de modas, entre los que mencionaré á M. Chatfield-Taylor, á quien debemos ya tan curiosos bosquejos del Chicago elegante; y aun el mismo lenguaje vulgar hace constar estas diferencias de existencia mundana con las exageraciones propias á las locuciones proverbiales. Cuántas ocasiones en el curso del viaje se me ha repetido:

—"En Boston os preguntan las gentes, lo que sabeis, en New York, qué capital teneis y en Filadelfia, lo que eran vuestros padres!....."

Esta epigramática frase no es exacta en un todo. Me ha parecido que en New York, por ejemplo, los pintores, los escultores, los agricultores y los artistas del teatro, tienen segura una tan cordial acogida, como la que les dan en la vieja y sabia ciudad puritana, el *hub* (1) de Massachusetts. Es asimismo evidente que la intensidad de la cultura es más general y tiene más violencia en Boston, el frenesí del lujo más fuerza en Nueva York y que en Chicago hay más imitación y más incertidumbre en la elección de lo más conveniente. En el teatro he visto, en esta última ciudad, á varias señoras levantarse con ánimo de ir á saludar á un actor detrás del telón, á la simple propuesta de uno de sus acompañantes. Y luego, al notar que una persona que estaba en el patio se rehusaba á emprender esta excursión á bastidores, volverse á sentar, manifestando en su mirada la evidencia de este pensamiento: "Toma! eso no se hace!....." Lamentan mucho á Washington:

(1) *Hub*.—El cubo de la rueda.

—"Qué mansión tan agradable!" me decía una de ellas, "allí los hombres no están ocupados como aquí *.... Se ocupan de política ó de algo semejante. *They hove plenty of time for afternon teas....*" (1)

Esta sobra de tiempo, que puede entretenerse en tés de cinco horas, dá en efecto, á la ciudad de las orillas del Potomac la fisonomía de un Dresde ó de un Weimar. Creeríase al ver recorrer sus calles cuyas aceras están ocupadas por casas particulares, sin señal de negocios ni de comercio, algún *strasse* de una capital alemana, y esta flexibilidad acomodada de la vida social, forma notable contraste con el recargo de las otras ciudades. Me imagino que Frisco —como se obstinan los menospreciadores del Oeste en apellidar á San Francisco—debe también tener su carro mundano muy diferente, muy especial y muy original, como también debe haberlo en San Luis, y sobre todo en la Nueva Orleans.

De esto proviene que el viajero después de algún tiempo, encuentra mala la primera impresión de unidad, la que sin embargo es tambien verdadera; pues que esas diversas "sociedades" no son sino variedades de una especie y algo así como grupos diferentes en un grupo común. Pero siempre tienen un carácter genérico y sobre el cual es tan poco factible equivocarse cuanto que lo han notado los viajeros más superficiales como los más profundos, así el tourista que excursiona sólo quince días como un Bryce ó como Claudio Jannet. Todas estas vidas sociales, por diferentes que en sí mismas sean, son obra única y absolutamente de la "mujer." Por la mujer y para la mujer es por quien estas "sociedades" exis-

(1) Disponen de bastaute tiempo para concurrir á los tés de las tardes.

ten, de modo que para comprenderlas en su nacimiento y en su desarrollo, es á la mujer americana á quien es preciso comprender desde luego. Tarea difícil en cualquier país y más aún cuando se trata de criaturas tan completas, y tan complexas, y cuando cada una es una voluntad por separado, un pequeño universo de ideas, de sentimientos, de ambiciones. A todo reisgo hé aquí algunas reflexiones y de nuevo algunos diseños escogidos entre doscientos por parecerme un poco más representativos.

—

En primer lugar se impone un problema de orden enteramente histórico, cuya solución cuando menos explicaría cómo se ha fabricado el producto supremo de esta civilización. ¿De donde viene que los hombres de este país, tan enérgicos por sí mismos, tan llenos de voluntad, tan dominadores, hayan permitido á las mujeres sacudir con mayor violencia que las de cualquiera otro, la autoridad masculina? Parecería natural que esos rudos conquistadores, acostumbrados á ver palidecer todo ante su audacia y con mayor frecuencia ante su brutalidad, fueran incapaces de tolerar en su hogar una voluntad, una energía, una acción, una personalidad en fin, igual á la de ellos y existente por sí misma á su lado y en presencia suya.

Pero allí está el hecho contrario, indiscutible, y si se observa más en la vida mundana, lo revela igualmente el menor detalle en las costumbres. No hay un hotel, ni una casa de banca, ni un edificio público en el que no hayan entrado las mujeres y en el cual no vayan y vengan con la misma independencia y tan dueñas de sí mismas como los mismos hombres. ¿Sube alguna de ellas á una de las tranvías eléctricas ó de cadena, de tantas como abundan en los Estados Unidos? Todos los sitios se encuentran ocupados. Un hombre se levanta, diez y nueve veces sobre cada veinte, y ofrece su lugar á la recien llegada, que lo acepta sin siquiera dar gracias, tan natural le parece la atención. Si esta regla sufre alguna excepción es á causa de que ciertas mujeres consideran abusivo y humillante ser tratadas de diverso modo que los hombres. Que las jóvenes de las mejores familias salen solas en coche ó á pié es un detalle de costúmbres, tan conocido, que se avergonzaría uno de citarlo si no se hiciese para traducirlo en su verdad. Esta prueba de su libertad de acción lo es tambien del respeto que los americanos les profesan. Es tan mal visto el mirar con atención á una mujer que va sola, que los más atravancados no se atreven á hacerlo. ¿Que digo? Ni aun en ello piensan, de tal modo se ha impuesto la costumbre de la igualdad entre los dos sexos.

Y esta igualdad se extiende de los chicos á los mayores. Visitais una escuela pública: veis á las niñas trabajar reunidas á los hombres, y la lección profesada indiferentemente por un hombre ó por una mujer. Entrais á un laboratorio de universidad; las jóvenes están inclinadas sobre el microscopio al lado de los estudiantes. Si recibís á un reporter que os busca, sin nombrarse, de parte de un gran diario, es una mujer que desea interrogaros. Si buscais la dirección de un médico, hareis constar que el número de las mujeres-doctores es igual al de los hombres y si no igual al menos sí bastante elevado para que el ejercicio de esa profesión no sea ya entre ellos una excepción. Vais á un tribunal y el secretario que levanta las actas es también una mujer. Las mu-

jeres son abogados. Las mujeres son pastores de ciertas iglesias. Al frente de un libro consagrado al empadronamiento de los cargos que ocupan en los Estados Unidos, una de ellas, que es una poetisa de alto vuelo, Julia Ward Howe, ha arrojado esta orgullosa frase:

—"*La teoría que sostiene que la mujer no debe trabajar es una corrupción del viejo sistema aristocrático*.... El respeto al trabajo es el fundamento de una verdadera democracia...."

¿Quién podría admirarse de que criaturas que tienen este orgullo, esta conciencia de su individualidad, después de haber conquistado un derecho de acción en los empleos más extraños á su sexo, reinen sin contradición en el empleo más adecuado á ellas, en el manejo de la vida social? El mismo orígen de esta vida social en América, tal cual ya lo he señalado, exige que así sea. Aquí las mujeres que pertenecen al mundo no han recibido, como entre nosotros, como en Inglaterra, una educación distinta de las que no pertenecen á él. Su nacimiento no es tampoco diferente. Su familia no es distinta. Su carácter no es otro. Todas ellas concurren con igual vigor de resolución, con la misma fuerza de realismo, con la misma independencia de personalidad. Falta sólo saber por qué el hombre ha dejado que nazca y se acreciente esta independencia.

En este fenómeno hay razones complexas; excelentes observadores las han señalado; la primera de ellas es precisamente la fiebre de la democracia, la idolatría de la doctrina equalitaria que fué durante cien años una de las pasiones y una de las vanidades del americano. Aun hoy día, y aunque en ciertas ciudades del Este, la invaisón de las rancias preocupaciones europeas haya infiltrado algo de las

pretenciones que llamaba enérgicamente el jacobino Stendhal el "virus aristocrático," la idolatría de la igualdad sigue viviendo con energía en la clase media. He visto un salón de teatro levantarse frenéticamente á estas palabras de un obrero entrando á la taberna:

"*I am a free-born american citizen and I will go where I please.*" (1)

Semejantes teorías tienen su lógica. La igualdad entre la mujer y el hombre era el término de esa. A ello han contribuído las sectas religiosas, concediendo á la mujer la posibilidad de predicar como al hombre y por consiguiente la de considerarse y hacerse considerar como su igaal en razón, en elocuencia, en autoridad. Figuran mujeres en el orígen de algunas de esas conferencias: Ann Lee, fué la fundadora de los *Shakers*. Bárbara Heck, reformó á los metodistas. Lucrecia Mot, dió su creencia á los *Hicksites*, á los "Amigos" que predican como Tolstoï, la obediencia á la luz interior, "*obedience to the light within*...." A cada paso hallareis en los diarios avisos como éste que copio de uno de un periódico de Albany:

—"*Rev. Anna H. S*** will adress the men's mass meeting el Jerman Hall at 4 o'clock, to which no boys under 16 will be admitted*...." (2)

Así consideradas para los empleos, las mujeres debían tener y tenían en la casa un lugar que las condiciones de conquista del vasto continente acabaron

---

(1) He nacido libre en mi calidad de ciudadano americano é iré donde me plazca.

(2) La Rev. Anna H. S*** entregará una dirección á los hombres para su reunión de Jerman Hall, á las 4. Los menores de 16 años no serán admitidos.

por hacer más elevado. En esas casuchas de gastador, que siempre empujadas más para adelante hacia el Oeste, han marcado las etapas de la gran democracia en actitud de hacer rodar su marea del Atlántico al Pacífico, las mujeres eran poco numerosas. Eran necesarísimas para el sostenimiento de esa existencia medio bárbara, en la que el hombre tenía que luchar contra la naturaleza y contra el hombre unidos. Maltratadas no hubieran podido vivir. Hubieran muerto como murió la madre de Lincoln, presa de ese mal misterioso de la pradería, del milk-sickness, que no perdona nunca. Fué preciso cuidarlas y protegerlas.

De este modo se desarrolló una especie de caballería singular, cuyos signos se encuentran en esas piezas de costumbres locales en que los americanos sobresalen, escribiendo engarzando y representándolas. Un solo tipo se ofrece en ellas incesantemente, el del aldeano del Oeste, personaje rudo, desabrido y leal, que masca tabaco, que bebe, y que ganguea un espantoso argot. Pero cuando se trata de una mujer es capaz de ejecutar los más heróicos actos del honor. En parte alguna he visto mejor caracterizado á este héroe singular, que en Boston en una comedia *In Missoura*, "en el Missouri" por un actor cuyo nombre era Godwin. Ese *cow boy*, ingenuo de Don Quijote, salvaba la vida á uno de sus rivales que estaba á punto de ser linchado por una furiosa multitud. Con su máscara chocarrera y tensa, sus carrillos llenos de tabaco, sus salivazos lanzados á lo lejos, el sonido crapuloso de su voz, su sombrero echado para atrás y una especie de automatismo impasible, aparecía el comediante como la encarnación misma del galopín sentimental y honrado, y para mí, que era nada más que un extranjero, ofrecía un

contraste admirable entre los aplausos con que el público subrayaba sus generosidades y la facilidad con la cual este mismo público aceptaba la idea del linchamiento. Ambas cosas están en las costumbres.

Por toda clase de influencias semejantes á esta se ha elaborado la creación particular de la mujer americana. Estas son las raíces por cuyo medio la independencia frívola y caprichosa de una hija de millonarios va enterrándose profundamente en los manantiales de la vida nacional. Hay una razón más profunda aún, al menos según mis opiniones, para las relaciones tan singularmente desconcertantes entre el americano y la americana, y esta razón que allí se encuentra es enteramente fisiológica. Mas, cuando se trata de las leyes que rigen las relaciones de los sexos uno con otro, es siempre á la fisiología á la que se debe recurrir.

Si, por ejemplo, los orientales han reducido á sus mujeres á un estado espantoso de esclavitud y de degradación es porque las han amado con la sensualidad más apasionada y porque en toda sensualidad se encuentra un fondo de odio, porque con él se disimula un fondo de brutales celos. Si, con todo y que damos en el mundo latino mayor libertad á las mujeres, no aceptamos sin rebelión la idea de su independencia y de su iniciativa personales, es por que sufrimos, al través de toda especie de refinamientos, algo de lo que experimenta el oriental. La sensualidad y el despotismo de sus celos se encuentran en el fondo. Y si al contrario, el inglés concede mayor libertades á la inglesa, es porque el clima, la raza, la religión han embotado en él algo más los ardores del temperamento. El *sera juvenum Venus* de Tácito, es tan cierto para los jóvenes de Oxford como era verdadero para los jóvenes germanos del siglo pri-

mero. Todos los que han estudiado de cerca á los jóvenes americanos, concuerdan en el dicho de que son, bajo este punto de vista, parecidos á los jóvenes ingleses y aun más fríos.

Basta pensar en las condiciones bajo las cuales se ha formado el país para comprender que así debe de ser lógicamente. Los esfuerzos no interrumpidos en que se han encarnizado estas gentes para conquistar el suelo en contra de los indios y de la naturaleza, la tensión nerviosa en que en el día aún, deben vivir para bastarse contra el rigor de la concurrencia, la mediana alimentación, la ausencia del vino y la intoxicación por el alcohol, la fiebre religiosa y el ardor político y veinte causas diversas han impedido que en esta raza se desarrolle la voluptuosidad. Las artes y la literatura son cosas recientes, de modo que la imaginación pasional no ha tenido tampoco alimento. Un hecho pequeñísimo es notablemente significativo. Se me asegura que no hay en todos los Estados Unidos una estatua enteramente al desnudo. Ultimamente los habitantes de Boston, tan instruidos, tan liberales, tan apasionados por el arte, han rehusado aceptar para la fachada de la Biblioteca, dos niños del poderoso escultor Saint Gaudens, porque no tenían vestidos! La municipalidad de Chicago forzó á otro escultor á vestir una Hebe destinada á una fuente y que había hecho sin velos!

Todas estas circunstancias combinadas han dado el resultado de que el atractivo haya quedado en segunda línea entre las preocupaciones de estos hombres. Este atractivo aletargándose ha podido no convertirse en mórbido ni en doloroso! La especie de crueldad que se desarrolla con el deseo muy ardiente es el verdadero principio de las grandes desigualdades de legislación y de costumbres por las cuales

se manifiesta el secreto furor del macho que desconfía de la hembra. No existe en la sensibilidad del americano. Aun parece ser que esta relativa disminución en la importancia que se concede á la vida sexual haya modificado, muy ligeramente, pero modificado de todos modos, la diferencia de aspecto entre los dos sexos.

Recuerdo que en Cambridge, visitando el *Hasty Pudding*, uno de los clubs donde los estudiantes de Harward representan comedias, tuve ocasión de examinar fotografías en las que estos jóvenes estaban retratados haciendo sus papeles y con vestidos de mujer. La similitud era sorprendente, era casi la identidad, entre estos retratos y los de sus hermanas ó sus primas, esas grandes jovencitas, de poco seno, de espaldas caídas, de talle recto que han seguido cursos de flexibilidad y de "*high kicking*", (1) que saben lanzar su pié hasta la altura de su cabeza y caer desde su altura sin causarse daño. Parece que el tipo del hombre afinándose en el sentido del vigor nervioso ha perdido algo de su macicez primitiva y que por otra parte el tipo de la mujer, atrevida, enérgica y arrebatada se ha adornado con gracia más decidida, más fuerte, menos voluptuosa y más delicadamente masculina.

Estos caracteres son indicios únicamente, pero ayudan á comprender mejor lo que forma, no el todo de una nación, sino su parte inferior real y duradera, la animalidad de la raza. Y aunque la vida mundana pueda ser lujosa, artificial y llena, esta raza es quien le dá su fondo de realidad, ó para tomar una comparación más exacta, es la trama de la tela que los bordados vendrán á florear....

Esta apoteosis de la mujer, que es el carácter más

(1) Del verbo *to kick*, cocear, dar una patada.

original de la "sociedad" en America es también y sobre todo la apoteosis de la joven. Estas dos palabras tan sencillas, son sin embargo dos palabras cuya significación está aún por traducirse, pues es probable que bajo todos puntos de vista—exceptuando únicamente el del honor—expresen exactamente lo contrario en los Estados Unidos y en Francia.

Lo que impresiona desde luego al viajero que tanto ha oido hablar de las jovenes americanas, es la absoluta imposibilidad de distinguirlas de las mujeres jóvenes. El hecho, tan comentado, de que van y vienen enteramente solas no sería bastante para establecer esta confusión. La identidad va más lejos. Usan iguales joyas, adornos y vestidos semejantes, libertad igual en la palabra y en la risa, las mismas lecturas, los mismos ademanes, tienen belleza semejante, desenvuelta hasta el mismo grado y debido á la invención del "rodrigón" no hay una función de teatro, ni una comida en fonda, ni un té al que no puedan concurrir, siempre solas y por la invitación de cualquiera de sus conocidos. El mérito de esta vigilancia oficial puede ser medida por el hecho de que la misma joven, en cuyo honor dispone el *bachelor* un paseo, escoge al rodrigón. Mientras más joven es este rodrigón es más apreciado, La viuda joven y la *grass widow*—mujer joven, separada, divorciada, ó nada más aislada de su marido momentáneamente—llenan las condiciones ideales de este papel. Lo que equivale á decir que las jóvenes que veis sentadas en casa de Delmonico acompañadas por tres jóvenes y por el susodicho rodrigón ó que van á tomar el té á casa de otro joven, son tan libres como si no hubiera nadie que respondiera por ellas sino ellas mismas.

Esta costumbre de gobernarse sin examen, se

manifiesta en la singular seguridad de sus fisonomías. Uno de los más estimables hombres de New-York y que es poeta de valía, tuvo la feliz idea de formar un museo de miniaturas en el que figuraban, con su permiso, las bellezas profesionales de su ciudad. Recuerdo que examinando con el lente los cristales tras de los que sonrien este centenar de enigmáticos y delicados rostros, quería adivinar quiénes eran casadas por las huellas que el matrimonio deja, y no pude verificarlo. Y en efecto, ¿qué les dará de más cuando llegue? Deberes, un marido á quien aguantar, niños á quienes cuidar y una casa que gobernar. En el dia la joven no tiene una sola de estas cadenas. Lo sabe y por eso disfruta de su tiempo lo mejor que puede. Una vez casada, no gozará ni una libertad más, pero tendrá menos ocasiones de divertirse. Y por ello es por lo que la mayor parte de las veces se casa tarde. Si el matrimonio para ellas no es el fin, como lo es para el joven de París que se decide á romper con su vida de soltero, es sí un principio de abdicación.

"Es preciso divertirse antes del matrimonio," me decía alegremente una de ellas, "acaso se sabe lo que vendrá después?...."

Los procesos de divorcio, cuyos pormenores publican los diarios de vez en cuando, prueban que la joven americana posee tanta belleza como buen sentido. Para mí, creo después de haber mirado muy de cerca en Europa y aquí muchísimas condiciones humanas, que para un joven de veinte á veinticinco años las probabilidades de felicidad más completas están en ser un inglés de buena famila, que ha concluido sus estudios en Oxford, y para una joven, en haber nacido americana, de un padre que ha hecho su fortuna en las minas, los caminos de fierro ó en

especulaciones de terrenos, y en venir con buenos padrinos á la sociedad de New-York ó de Washington.

A primera vista, da una apariencia idéntica á todas las jóvenes esta libertad absoluta. Numerosos autores, mucho muy distinguidos pero que no se han tomado el trabajo de venir aquí, han basado en ella el tipo clásico, entre nosotros, de la mujer americana, en la novela y en el teatro. Nuestros hombres la han fabricado del modo más sencillo: malísimas maneras con un fondo de sencillez y ya está en pié la muñeca. Y no es sino una muñeca y me parecen igualmente falsos los dos elementos con que se la han formado.

Puede, la joven americana, cuando la vemos junto á nosotros, parecernos mal educada porque la comparamos con el tipo convencional de nuestra jovencita, el cual, entre paréntesis, no es tampoco muy exacto. Vista en su país y de cerca se forma uno mejor idea de que esta libertad de modales puede asociarse indiferentemente á la mejor y á la peor educación. Al cabo de muy pocas semanas distinguís entre ellas y con gran precisión á la que es *fast*, como ellos dicen, y á la que no lo es, á la que se complace en causar interés y en excitar los deseos del hombre, y aquella con la que la familiaridad moral, y con mayor razón la física, sería imposible.

En cuanto á la sencillez, cuando aplicamos nosotros los franceses esta palabra á las jóvenes, suponemos que para ellas solo hay una cuestión en el mundo, la del amor. Advertimos implícitamente que allí reside lo esencial de su existencia, como de toda existencia de mujer. Preguntamos lo que desean, lo que saben; y la medida de su inocencia y si se quiere la de su virginidad de alma, está comprendida por completo en la respuesta. Se subentiende que su conocimiento de las cosas de la vida real está de acuerdo con esta única revelación. No es aplicable esta misma medida á la americana, pues para ella como para el americano de veinte á treinta años, la cuestión del amor se encuentra habitualmente relegada al último plano. Saber si se casará ó no conforme á sus afectos, si será ó no la heroína de una novela, son cosas que no representan, lo más á menudo, papel ninguno en el pensamiento de esta joven. Aun para aquellas que más parecen ocuparse de agradar y que gustan más de la coquetería física—la que es más rara que lo que creen los franceses y más común que lo que confiesan los americanos—esta relación con el hombre representa nueve veces por diez, un hecho de la vida social. Es este un modo de conquistarse triunfos de amor propio, de llegar á ser lo que los periódicos llaman "*Prominent people in society*....." por la abundancia de los oradores. Esta coquetería, por lo demás, no es tan peligrosa para ellas como lo sería en cualquiera otra parte, por un lado á causa de la reserva del americano, y por otro debido á la ingerencia profunda del carácter masculino. Han empezado tan jóvenes á vivir en la intimidad de los hombres, que con relación á ellos son lo que pueden ser los muchachos de una cuadra de circo con respeto á los caballos. Una de ellas me decía, hablándome de una de nuestras conocidas, de una española casada en Roma y muy desgraciada:

—"No sabe manejar á su marido..... *She does not know how to mange him*....."

Y me contaba cómo se conducía la rival de esta mujer para seducir y retener á este marido infiel. La especie de inocencia prevenida que tales reflexiones hacen suponer no es muy inteligible para noso-

tros. Un diplomático que ha vivido aquí varios años y á quien contaba yo esta conversación para conocer su exacto valor, me hacía el resúmen de sus propias opiniones, que son severas, en estas palabras:

"Las mujeres de aquí tienen la depravación casta....." Y contaba en apoyo de su epígrama varias anécdotas á propósito de los esponsales, de los empeños, como aquí se dice:

—"He conocido, me decía, muchas jóvenes comprometidas con jóvenes con quienes no tenían la menor intención de casarse. Les gustaban como novios. Nunca les hubieran querido para maridos. He conocido á otras que ocultaban durante muchos meses, un empeño serio, con el objeto de obtener por más tiempo los homenajes que se apartan de la *engaged girl*. El compromiso es para las jóvenes, de cada diez veces las nueve, lo que el estado interesante es en la mujer. Lo disimula hasta el momento en que le es imposible no confesarlo."

En estos hechos, casi insignificantes y que creo ciertos, no veo la prueba ni de la truhanería ni de la perversidad. Es sólo la señal de que la joven americana es antes que todo mujer de cabeza, adiestrada por la naturaleza y por la educación á estar siempre sobre sí.

—"¿Qué teneis?" preguntaba á una de ellas un compatriota mío que iba de camino para la exposición de Chicago, y que se había detenido en Nueva York. Se había hallado en dos comidas sucesivas á lado de esta joven, á quien encontraba extravagante la segunda noche y muy diferente del día anterior.

—"Estoy algo nerviosa," respondió; "álguien vino á verme á las cinco y se condujo como á mí no me agrada. Voy á verme obligada á romper con él y esto es muy enojoso..... *He is so bright a fellow.....*"

¿Cómo traducir la palabra *bright* con el aumento de sentido que los americanos le dan, con lo que la hacen significar de adaptabilidad rápida y de potencia de efecto? ¿Cómo darse cuenta de lo que piensa una joven honesta cuando de tal modo se confía á un pasajero á quien sólo conoce de la víspera? Precisamente estas franquezas son las que me parecen prueba de una sencillez que interpretamos mal. Volviendo á mi comparación de hace un momento, estoy cierto de que esta niña no daba más importancia al mal comportamiento que el *bright fellow* había tenido con ella, que la que daría al tropezón de un poney al que hubiera manejado mal "*badly maneged.*" Se ha lastimado de la corona del casco, ya no se podrá enganchar. ¡Qué lástima! "*He was so bright a poney.....*" Ya está corrompida, ya apasionada, la joven que da importancia extrema á las cosas de amor, como en Italia y como entre nosotros, ó no habla ó se expresa de otro distinto modo.

Precisamente porque la joven americana no hace girar toda su imaginación al derredor de los problemas del sentimiento, su carácter tiene muchos más matices que el de sus semejantes de Europa. Estas últimas esperan para desarrollarse verdaderamente, á que su corazón hable, á que la influencia de un hombre empiece á modelarlas. La americana existe por sí misma. Lo sabe. Lo quiere. De ello está orgullosa. Nada tiene de común con la Galatea del mito pagano que todo lo recibe de Pigmaleon, desde la expresión de su belleza hasta la llama de su alma. Cuando llega al matrimonio—que, como ya lo he dicho, es lo más tarde posible, por poca que sea la fortuna de sus padres—ya su individualidad es completa. Desea escoger un esposo que reemplace á sus cómodos padres, tanto en indulgencia cuanto en riqueza.

Cuenta, á medias nada más, con la generosidad de su padre, que no está obligado á dotarla, y puede, una vez casada, reducir su pensión á una cantidad irrisoria. Una de ellas, blonda, de ojos grandes y azules, algo burlones, de esos ojos en los que hay ternura é ironía, de nariz espiritual y á la vez impertinente, me contaba, entre dos sonrisas de sus admirables dientes en los que no brillaba un solo punto de oro:

—"Mamá dice que el amor es como un dolor de muelas. Hasta hoy no he tenido necesidad alguna de dentista. Jamás me casaré sino con un hombre rico, muy rico. Lo demás vendrá cuando se pueda ó no vendrá nunca. En este momento tengo pretendiente de cinco millones. Así, no tengo prisa....."

Y distraída:

—"Quisiera sobre todo ser viuda. Siempre he soñado perder á mi marido el día del matrimonio. De este modo tendré menos pesares, pues le conoceré menos. Quisiera, el día de la ceremonia, al salir de la iglesia, verlo caer á mis piés, como muerto por un rayo. Es tan bonita una viuda joven...."

La burlona tenía diez y nueve años, y se calumniaba con la delicia de una niña espiritual colocada en frente de un novelista francés. *French novelist!* Estas dos palabras tienen siempre algo del vacío atractivo del escándalo. Pero su paradoja no servía sino para revelar su pensamiento real, á saber: que dispondría de tiempo para trocar su suerte por otra más incierta y más peligrosa. Muchas de sus compañeras piensan como ella. Por esto es por lo que prolongan su celibato hasta los veinticinco ó los veintiseis años, y en estos largos años de independencia sin limitación, cada una se deja llevar de sus gustos, de su fantasía, de su naturaleza á la que tan pocas travas oprimen. De aquí proviene que las originalidades de esta naturaleza se desarrollan en toda su plenitud. Así se elaboran innumerables tipos, y un viajero que dilate aquí unos cuantos meses, no podría tener la pretensión de fijar ni aun los más generales. Los que voy á diseñar no serán tal vez los mejor escogidos. Pero al menos tendrán el mérito de haber sido copiados á lo vivo.

—

El más inocente de estos tipos de joven y según mi dictamen el más conocedor, por razones que expresaré, es el de la *Belleza*. Hay dos ó tres en cada ciudad y se les dispensa una dignidad real de tal modo reconocida, que recibís corrientemente invitaciones redactadas así:

"Venid á tomar el té mañana ó pasado mañana para ver á Mis*** *the Richmond beuty*...." He puesto el nombre de Richmond al azar: en su lugar poned Savannah, Charleson, Albany, Providencia ó la ciudad del Norte ó del Sur que os venga en mientes. La *Belleza* debe tener, para merecer su título, una hermosura efectiva, de esas bellezas de esplendor radiante que en un baile, en una comida ó en un teatro ofusca la de las demás mujeres. Es preciso que sea alta muy bien formada y que los perfiles de su rostro y los de su talle se presten á esas reproducciones de que están hambrientos los periódicos y sus lectores. Se requiere también que sepa llevar sus atavíos con la fastuosidad que aquí es la inseparable de la elegancia.

Una vez sancionada y reconocida esta belleza es para la que la posee, que á veces no tiene más de veinte años, el motivo de entrada á una especie de existencia oficial y casi cívica. Su nombre se impri-

me por sí solo en las columnas de las hojas consagradas al *Social gossip*, tanto así lo han compuesto los cajistas. Forma parte de todas las grandes comidas y de todos los grandes bailes como las rosas de á *dollar* cada una y como el champagne. Su ciudad no podría ya bastarle, ó por mejor decir no cumpliría con su misión si no fuese á representar á esta ciudad en Nueva York, en Washington, en Newport, en todos los concursos hípicos, en todas las *regatas*, en todos los paseos en los que desfila la sociedad americana, como en un teatro. Es en realidad una actriz del mundo y en este orden de cosas un campeón y aun puede decirse un jugador maestro de billar ó de ajedrez—seamos más galantes—semejante á un pugilista, como Tim Corbett, el californiano!

Para que sea completo su éxito es necesario que haya brillado fuera y que en París, en Londres, en Roma haya hecho papel principal en los salones. Cuando ha regresado de Europa con su cosecha de laureles no se la deja en paz. Hay el *record* en sus triunfos, pero el día en que sea verdadera é incontestablemente soprepujada por una rival tendrá la suerte del boxeador de Boston, del infortunado J. L. Sullivan, que no figura ya para nada desde que una vez fué vencido, la suerte del *Teutonic* ó el *Majestic* desde que la *Compañía* ha llegado á Europa en cinco días, doce horas, siete minutos. Los otros habían empleado cinco días, doce horas y algunos minutos.

La *Belleza* tiene detrás de si para sostener los gastos dispendiosos de una vida de atavío constante en la sociedad más intensamente lujosa de los dos hemisferios, á un padre á quien por lo común nunca se ve y que pasa la vida en su *office* y en su club y algunas ocasiones, en ciertas ciudades, en la cantina

del más grande hotel. Su hija á quien da una renta suficiente para que se ajuare como una princesa, le tiene poseído de sentimientos complexos en los que cuenta menos el efecto que el orgullo. A veces pasa estaciones enteras y aun años sin verla cuando viaja del otro lado del Océano.

Aun estando en los Estados Unidos y en la casa son contadas las comidas que hacen en compañía. La ama, sin embargo, pero por una de esas especies de mudanza de la individualidad, por una proyección de su personalidad tal como la que Balzac ha descrito con el defecto de su exageración habitual, al describir la amistad de Vaulrin para Luciano de Rubempré.

"Era mi *yo*, brillante y joven" dice el galeote, "me ponía sus vestidos, subía á su tilbury, entraba á los salones con él y todo sin moverme de mi cuarto...."

Es probable que al disponerse á trabajar sobre los planos de caminos de fierro ó sobre un proyecto de manufacturas acompañe á su hija con una imaginación parecida. Esa joven es su dinero que anda, es decir su voluntad, su trabajo, todo lo que hay de más íntimo en sí mismo. Ya sea que la case con cualquier noble italiano, inglés ó francés, ya sea que se niegue á ese mismo noble—pues la vanidad del padre americano sueña en una y otra forma—le sirve para manifestar su poderío. Tiene á esta hija como tiene un *building* de veinte pisos que lleva su nombre, como una galería de cuadros que se menciona en la guía,—como tiene también sus slokes.—"Conozco mi valor social" me decía una de esas jóvenes—"*Y know my social value*"—Hablaba de sí misma como de una acción del *New York Central*, ó del *Chicago, Burlington Quincey!*—Un valor social,—es probablemente la mejor definición de esta criatura

singular cuya existencia consiste, en plena democracia, en someterse á una etiqueta tan sin descanso, cual si fuese dama de honor de una princesa ó princesa ella misma, en una corte que estuviese siempre en festejos. Hablando de una de ellas, cuya salud se perdia en medio de sus victorias mundanas, y que ha muerto, una señora, llena de figura, soltó en mi presencia esta frase á la que nada agregaré, tan propia asi me parece para expresar la melancolía que encierra el tener que llevar á todo trance semejante vida:—"Cuantos deseos tenia de quejarme con ella de sus perjudiciales atavios..."

Un segundo tipo, mucho menos raro que el de la *Belleza* de profesión, pero que sin embargo es menos comun que otros muchos, es de la joven *de ideas*, que se subdivide en dos grupos, la *convencida* y la *ambiciosa*. Asi como la *Belleza*, lleva esta joven la misma vida mundana con la especie de abuso que es tan difícil evitar en America. También ella figura en el desfile cuotidiano del carnaval *fashionable*. Solo que no es jefe de fila como lo es la otra. No ha llegado á obtener ese boga incontestable y casi mecánica. Por lo demás no la solicita. Es una joven que se ha impuesto por si misma un programa particular y que se entrega á ejecutarlo con una continuidad y una perseverancia que nada hará detener. A veces y este es el caso de la convencida, este programa es de género enteramente moral y de gran elevación. Se habrá propuesto, por ejemplo, la idea de que siendo el matrimonio un contrato, el hombre debe concurrir á él con la misma lealtad que la mujer, con la misma pureza del pasado, con la misma inocencia y por lo mismo no quiere casarse sino con alguien que no tenga más recuerdos que los que ella tiene. Seria extraña esta rigidez puritana de conciencia en medio

de tal frivolidad, si no se recordase que un constante atavismo de ardor religioso circula en estos descendientes de los desterrados del *May Flower* ó de los compañeros de Penn.

Otras veces la joven de ideas se ha propuesto figurar en política. Para ello son necesarias dos cosas: que haya una persona que sea su pariente cercano y que ocupe un alto empleo—y allí trabaja—ó que ella misma tenga oportunidad de dirigir ó de ayudar á esta persona—y allí trabaja. Esta es la originalidad enteramente americana de su carácter. Es realista y quiere poseer la realidad del poder cuyas apariencias tenga, ya sea por medio de un padre, ya de un hermano, ya de un marido. Se afana para que los dos primeros sean senadores, miembros del Congreso, embajadores. Trabajará para que los segundos ocupen puestos semejantes, tal vez para que se queden en la *White House*, y se desvelará al mismo tiempo para ser en un día dado, un instrumento admirable al servicio de este embajador ó de este presidente, aprendiendo ella misma la ciencia política y de administración, concurriendo á las sesiones de las asambles, siguiendo el juego de la máquina electoral y las complicaciones del tablero europeo.

Esa es la convencida y al mismo tiempo la ambiciosa. He aquí otro tipo que es solo de ambiciosa. Ha decidido por sí misma que su nombre se inscriba en el libro de oro de los pares ingleses y que se casará con un lord. Para ello se prepara desde hace luengos años no dejando pasar ninguna ocasión de agregarse á la alta sociedad inglesa en espera de que ella venza la obstinación de su padre, opuesto sistemáticamente á un matrimonio internacional, por *jingoisme*—que es es el equivalente anglo-sajón del calvinismo francés.—Tántas uniones de estas han

sido tornabodas tan tristes! Más no importa, la joven llegará á engrosar la pequeña falanje de las esposas de pares americanos y de ellos sale garante la tensión nerviosa de su mirada, el pliegue decidido de su boca y el vigor de su barba,—y cuando llegue á entrar al Olimpo británico no tendrá ya nada que aprender ni de las personas ni de los usos, ella cuyo abuelo comenzó por tener una fonda en el Chicago de antes del incendio!

Cuando la *ambiciosa* es más mediana y sobre todo cuando es menos rica, se convierte en la *bluffeuse*—tomando nuevo este término significativo al juego nacional del poker.—Esta partió para Europa el año pasado, con la idea bien anclada en su linda cabeza morena, de jugarle á cualquier hombre rico de allá, la misma partida que tantos aventureros europeos han jugado á muchas jóvenes de aquí. ¿Qué cosa más equitativa? Sabe que la fortuna de su padre no resistirá á una liquidación. No ignora que á su derredor todo el mundo lo sabe y que las explendorosas fiestas dadas en su casa de la Quinta Avenida no engañan ya á nadie. La *bluffeuse* si ha pensado que en Londres y en París su belleza causará una sensación bastante fuerte para trastornar una cabeza débil y que el pretendiente tomará como señal de millones auténticos su lujo sus atavíos, y sobre todo su calidad de amerinana que va de viaje! Hay ilustres ejemplos de *bluffs* parecidas que lo han logrado. Por desgracia se fijó en un joven que arruinado también hasta el extremo y reducido á vivir de expedientes, aunque muy elegante y muy arrojado, se proponia también *bluffer* una linda extranjera. Ambos comediantes se han engañado mútuamente y el joven ha venido hasta New York para hacer su petición y ha vuelto á partir después de explicaciones

que han debido tener la más deliciosa bufonería. Por desgracia estos sainetes no tienen espectadores!

Uno de los tipos de sainete, y que se produce más libremente, es la mari-macho. Por lo común esta ya ha ido á Europa—preguntarlo siempre es necesario para saber á qué atenerse con respecto á una americana. Se ha penetrado allí de la conciencia de su originalidad, como diría un filósofo. Sabe que es *la joven americana* y quiere serlo más aún de lo que es. Representa la comedia de su propia naturaleza exasperándola hasta lo inverosimil. Ella es quien os refiere que paseándose en París, en la calle de la Paz, la equivocó un señor con lo que no era y la siguió. Y esta aventura le parece muy chistosa, "*great fun.*" Os creis obligado á disculpar la indiscreción de vuestro compatriota.

—"El imbécil" responde "ni siquiera me ha hablado."

Ella es la que ha abierto en su casa un curso de *high kicking* ó arte de impulsar el pié levantándolo cuanto más alto sea posible. Tiene el "*record*" de seis piés tres pulgadas, altura que ninguna de sus compañeras ha logrado chocar.

—"Cuánto siento que no podais verme *kicker!*" os dice, "y ya sabeis, sin doblar la rodilla!...."

Es ella la que comiendo sin la compañía de su madre, en casa de una de sus amigas, os pide cigarros, fuma cuatro de una vez y exclama:

—"Y que tenga yo necesidad de venir á casa de Jessie para aspirar algunas bocanadas de *straight cut!*....."

En ella hay nicho del muchacho, pero del muchacho americano, no de Gavroche, sino de Gallagher. Recomiendo al lector la admirable novela de M. Richard Harding Davis, para que pueda apreciar la

diferencia fanfarronada entre la parisiense y la fanfarronada yankee. Comparad una de sus pantomimas con una de nuestras cancioncillas. Cuando la joven americana quiere tomar los modales de un hombre tiene audacias de lenguaje que desconciertan:

—"¿Qué pensais de los calzoncitos que mis virtuosos conciudadanos han puesto á las estatuas de Filadelfia y de Baltimore?....."

Vi sobresaltarse á un amigo mío, francés, con esta pregunta hecha bruscamente en un salón de la virtuosa New-England. Otro compatriota empezaba á interesarse por una de las innumerables Mays que circulan en los bailes y en los tés de la tarde. Una de las camaradas de May, precisamente la fumadora de cigarros, le dijo á quema ropa:

—"Y bien! cuándo es el casamiento? Es muy bonito, ya lo veis, muy gentil. Es lástima que solo tenga buena cabeza.... Pero sí, insistió burlonamente, "nos hemos acostado juntas en el campo y en un mismo cuarto ocho noches seguidas....." Y se siguió una minuciosa descripción: "No tiene pecho, los omóplatos salientes, las piernas flacas, sin caderas.... Solo tiene cabellos. Ah! sí, los cabellos hasta acá...."

Y dobló la pierna señalando con la mano su pantorrilla, riendo alegremente con la risa del colegial que detalla el cuerpo de una cualquiera á quien encontró en el boulevard Saint-Michel al salir una tarde de la escuela. Otra que se fastidiaba en la mesa de una gran comida, escribió unas cuantas líneas en el revés de la lista, dobló el cartón como carta y lo envió á un oficial de nuestra marina que iba de camino para Chicago y á quien apenas conocia hacia tres días. "Te amo, había escrito, qué más quieres?" Y tuvo un loco acceso de risa al ver la cara que ponia

el extranjero ante el absurdo chiste de esta burlesca declaración. Otra, á quien invitó á un té el enamorado de Miss May y que no pudo obtener el permiso materno, escribió: "Si fuere yo una jovencita francesa no obrarían conmigo de otro modo. No vale la pena de ser americana...." y después á modo de *posseri-ptum;* "Bien sabeis que si insistis absolutamente, iría de los dos modos...." Y no era esto una coquetería.

La *mari-macho* es una especie de hombre joven, que habitualmente sobresale en todos los *sports*, se viste con un sastre, anda como hombre, juega al billar y halla mucho menos placer en un cortejo que en proporcionarse alguna *exitement* nuevo, tal como un viaje á todo vapor, sentada sobre el aventador de una locomotora. Conocí á la hija del director de una gran compañía que acababa de tener ese gran capricho. Había recorrido leguas y más leguas á través de la llanura, acurrucada sobre la placa de metal, sintiendo por encima el resoplido de la máquina; y en el acento con que pronunciaba su *'how exciting!"* —cómo me excitaba!—sentía yo todavía la palpitación de sus nervios con el sobresalto de la velocidad y el peligro.

Esa es la *mari-macho física*, si así puede llamarse, y frente á ella se evoca el perfil menos alegre de la *mari-macho intelectual*, de la joven al "corriente" que todo lo ha leído, todo lo ha comprendido, y no superficialmente, sino de modo real, con una energía de cultura capaz de causar vergüenza á todos los hombres de letras parisienses. La desgracia es que, de cada diez veces las nueve, esta inteligencia capaz de asimilarse todo, es incapaz de gustar nada. Es un estómago de fierro,—como el de Dídimo, ese comentador de la decadencia á quien los Alejandrinos lla-

maban el Escoliasta de entrañas de acero.—pero que no tiene paladar. Aunque se vista en casa de los primeros confeccionadores de la calle de la Paz, al igual de las otras, no hay un libro de Darwin, de Hufley, de Spencer, de Renan, de Faine que no haya estudiado, ni un pintor, ni un escultor de cuyas obras no desee el catálogo, ni una escuela de poetas ó de novelistas cuyas teorias ignore. También está abonaá la *Revue de deux Mondes* y á las gacetas de los cenáculos más modernos del cuartel Latino ó de Montmartre. Solo que no los distingue. No posee una noción que no sea exacta y sufris con ella esta extraña impresión: la de que sentis como si no tuviera esas nociones. Dirlase que ha encargado á cualquiera parte su inteligencia, como se encarga un mueble, con medidas dadas y con tantas divisiones cuantos son número los conocimientos humanos. No los adquiere sino para llenar estas gavetas. Y este es el caso más notable del abuso del esfuerzo de que padece esta civilización y la prueba de que este esfuerzo no puede reemplazar á la naturaleza sino hasta ciertos límites. Recuerdo que al salir del palacio de uno de los millonarios de Chicago, me decía Florain con voz en que temblaba el deseo desenfrenado de un artista sensible por un pedacito de pura humanidad.

—"Ah! el cuarto del portero! cuánto desearía ver un cuarto de conserje!"

Y ante la joven intelectual se exclamaría de todo corazón:

—"Oh! una ignorancia, un error, uno solo! Que se equivoque! Que lo ignore!..."

En vano. Una inteligencia se engaña. Una inteligencia ignora.—Pero nunca una máquina de pensar.

Ahora se dibuja un nuevo tipo, el de la *Coqueta*—pues que existe también—de la femenina y blanda coqueta que se asemeja mucho á la que conocemos en Europa, aunque con matices muy diferentes.

Desde luego existe la *coleccionadora*, aquella cuya coquetería se extiende á varias personas á la vez, á cuatro por lo común, para dividirse los celos dos adoradores viejos y dos enamorados jóvenes. Y entre paréntesis, un rasgo sorprendente de los Estados Unidos es que la edad del hombre parece no tener la misma importancia para la joven americana que para la joven francesa. Arnolfo aquí, no tendría que envidiar mucho cerca de Agnés el encanto de los veinticinco años de Horacio. La prueba está en la facilidad con la cual se casan jóvenes muy niñas con viejos ricos y en la dicha habitual de semejantes uniones.

Pretende mi amigo el diplomático que la ausencia de temperamento explica por si sola esta anomalía. Esta hipótesis no se concilia con la admiración de los *boocks*, por la belleza animal del hombre que da la razón de ciertos raptos contados por los periódicos de vez en cuando. Creo más acertado suponer que la coquetería en la americana, no es, como todo lo demás, sino asunto de atracción. La voluntad es aún quien la dirige y quien le hace hallar una satisfacción de amor propio igual en trastornar una cabeza envejecida ó una cabeza joven. La prueba de esta intención deliberada en sus *flirtaciones* reside en su manera de proceder. Casi siempre usa el cumplimiento, pero tan exagerado, tan violentamente certero que no sabeis cómo recibirlo. Esta es la manera de pediros en cambio, según dicen los que la conocen, lo que podais para exagerar también á vuestro antojo. No creen gran cosa en lo que les decis, pero se complacen en ello.

—"Adoro á los franceses!" decía en mi presencia una de ellas. "Dicen también los cumplidos! Se componen de modo que creeis que en efecto piensan lo que os dicen. *That they mean it*...." Y agregaba con ingenuidad: "Escribidme. Decidme lo que pensais de mi...."

Este interés admirativo es el que la *coleccionadora* quiere despertar y conservar.—El le basta—con todo y que la *coleccionadora* está pronta á enojarse si la correspondencia así provocada se exaltase hasta la declaración ó si este interés admirativo se aventurase hasta la caricia, excepción hecha del caso en que también ella estuviese interesada. Pues desgraciadamente y según me dicen mis amigos, existe el tipo de la joven, que es sin embargo honrada, pero que se hace regalar por sus adoradores á los que mantiene en el platonismo puro, chácharas, joyas y aun troncos de caballos. Pero con frecuencia no va tan lejos, y se conforma con comprometerse en *flirtaciones* de estío, con enamorados que sean bastante ricos para poder pasear durante la bella estación en sus carruajes.

Esta variedad singular, esta naturaleza de virgen, sobradamente calculadora para conservarse pura explotando á la vez su belleza en provecho de su capricho, aparece menos odiosa aquí que en cualquiera otra parte.—Son igualmente extrañas las relaciones de dinero entre el hombre y la mujer en este país en donde con frecuencia disfruta la esposa con relación á su marido del papel de encargada de los gastos, que apenas la ve, y que recibe de él con profusión dinero que malgasta por sí sola en un lujo, del que no participa el marido. Jamás está con ella sino bajo la forma de *cheques*.—La especie, gracias á Dios, es muy rara, tan rara que la menciono solo por el oí decir, pero en cambio he podido encontrar á menudo á la coqueta sentimental, la que tiene la disculpa de creerse "desesperadamente" enamorada de aquel con quien coquetea,—*dasperately in love*.—La crudeza de expresión propia de la América tiene de estas fórmulas para designar esas pasioncillas que cuando menos tienen la originalidad de que esas personas se entregan á ellas con un aplomo en que se reconoce la energía de la raza. Cuando la joven americana se ha fijado en un hombre no se contenta como nuestras apasionadas con soñar en él con timidez. Tiene siempre alguna amiga complaciente que le sirve de introductora:

—"La señorita N*** desea mucho el conocer á usted..... Venga para que yo le presente....."

Por lo común es también una joven la que hace el papel de intermediaria. Se aventura más lejos: "Por qué no hace usted la corte á Nanina? Es encantadora, se lo aseguro á usted. Yo le ayudo. Creo que usted le agradará....."

No es que lo crea. Lo sabe, pues Nanina se lo ha dicho confidencialmente y la ha encargado del recado. Solo que Nanina con sus audacias novelescas, es una muchacha de razón. ¿Quién ha pretendido que los americanos son como los alfileres que están siempre sujetos á la cabeza? Pasado cierto tiempo, reconocerá que se ha equivocado sobre la intensidad de sus sentimientos, sobre todo si se le presenta un matrimonio que pueda convenirle. Una vez casada con otro y muy feliz, si alguna ocasión encuentra al joven de su pasión, le dirá:

—"Estaba yo loca! Pero cuánto os amé!....."
How foolish I war? But how I loved you!...."

Y en este recuerdo hay tanta familiaridad de alegre compañerismo, que la idea de reanudar con la

mujer casada la novela comenzada con la joven é interrumpida luego, no vendrá ni por un momento al pensamiento del hombre, objeto de esta extraña confidencia.

Al considerar estos tipos que se prestan casi todos á la sátira, es justo diseñar otra figura que también se halla de igual modo en este país del "siempre más:" la de la *equilibrada*. La encantadora fisonomía de una joven, llena de precisión y de armonía, pertenece á todos los países y á todos los tiempos. Molière ha producido su Enriqueta, Dickens su Inés y Zola su Dionisia. Pero lo que la distingue en América es la precocidad y la universalidad de la experiencia. Por lo común, en Londres, al igual de París, la joven que es muy equilibrada es, sobre todo, la niña á quien mucho se ha vigilado, á quien se ha seguido demasiado y aquella cuya vida ha sido cuidadosamente regulada y cuya educación ha sido muy rígida. Ha aceptado circunstancias penosas ó ha estado sometida á una disciplina severísima.

Aquí es al revés; ha conservado el equilibrio de su naturaleza en medio de la existencia más colmada, más abandonada y más complicada. Pero ni la fortuna de su padre, ni el lujo de que está rodeada, ni la fiebre del mundo que se le arrastra, han podido prevalecer contra su facultad racional y razonadora. Por sí misma ha recorrido el sendero entre todas las sensaciones que su medio le ha proporcionado, ha distinguido las que eran sanas de las que no lo eran, ha escogido unas y ha rechazada otras. Se ha formado un carácter en completo acuerdo con su posición en la sociedad y que sin embargo es individual y particular.

Se comprende que para esta joven no será peligrosa prueba alguna, ni tampoco la hallará inferior á lo

que conviene la fortuna cualquiera que ella sea. Se comprende también, tan enérgica así se la adivina, tan lúcida y dulce se la siente, que el vigor de su raza, tan desenfrenado en todas partes, en ella alcanza la medida exacta. La libertad absoluta de las costumbres de su país no ha podido alterar en ella una sola de las gracias de su sexo, y estas gracias se duplican en fuerza hasta el punto de que darán la seguridad á su marido, no sólo de la fidelidad más irreprochable, sino del apoyo más sólido en cualquiera dificultad que se presente. Como las demás, es una personalidad muy completa, que se ha modelado por sí misma y que se basta á sí propia, pero con una bondad intelectual capaz de comprender á otra persona que esté cerca de ella, y capaz de admitirla, de prestarle ayuda y de asociarse á ella.

El hecho de no ser rara esta joven en Estados Unidos es prueba de que si el principio de la iniciativa sin contrapeso produce graves faltas, engendra también diferencias nuevas en la belleza moral y en los hechizos. Esta criatura, mezcla de delicadeza femenina y de voluntad viril, atrae, admira, seduce y conforta. A la vez que se la respeta, enternece. Se siente gratitud por su existencia como por todas las cosas nobles de este mundo, y tan completa es, que se anhelaría tenerla en la vida como confidente, como consejera, como amiga,—é iba á decir, y es según lo creo el más lisonjero de los elogios—como amigo.....

Bien ó mal equilibrada, coqueta ó sentimental, prudente ó traviesa, intrigante ó cándida, la joven americana es, antes que nada, un pequeño universo completo, que se ha formado y se ha desenvuelto en

ausencia de toda influencia masculina. La diferencia en la inteligencia, en las costumbres, casi en la especie, que he notado de una sola vez y de paso, entre ella y su padre, tan completa que es inverosímil, parece que debería dar nacimiento á terribles dramas morales. Y si son tan contados es debido á que en ninguna parte como aquí se practica la inteligente y humanitaria máxima "de vivir y de dejar vivir"..... A pesar de todo, esta libertad extrema no evita los manoteos sino por la supresión de las aproximaciones y de aquí se desprende esta consecuencia que es de mucha importancia para las niñas y más importante aun para las jóvenes, que la vida del *home* existe en Estados Unidos mucho menos que en ninguna otra parte.

Infinitas señales ponen de manifiesto esta especie de inconexión del hogar americano: desde luego la extrema facilidad de viajar, después, y sobre todo, la cantidad de personas acomodadas que llevan una vida de hotel, casi incomprensible para los europeos y en particular para los franceses.

—"Vea usted, hace diez años que pasamos aquí el invierno, pero decimos que vivimos en Rochester....." me decía con mucho talento una señora muy á la moda. Y como á esos diez inviernos pasados en New York, corresponden diez estíos pasados en Newport y otros tantos otoños en Lennox y probablemente varias primaveras pasadas en París, calcúlese el tiempo reservado á la verdadera casa por un matrimonio semejante. Esta extraña y movil manera de vivir se exagera á medida que se acerca uno al Oeste. Pretenden los viajeros que allí ciertas ciudades se componen únicamente de casuchas de madera diseminadas en torno de un gran hotel.

Allí, en esa hospedería montada con el violento lujo de que se apasionan los ricos de ayer, es en donde se bosquejan los principios de esa existencia social, que se desenvuelve más tarde en los grandes centros del borde del Atlántico.

La familia instalada en el hotel, tiene un salón donde recibe adornado con grabados, con telas y lleno con frecuencia de muebles secretos.

Para formarse idea del grado hasta el cual viven estas gentes unas á lado de otras, aun más que unas con otras, es preciso haber habitado uno de estos hoteles y asistido á algunas de sus comidas. En efecto comen en la misma mesa, pero sin aguardarse nunca unos á otros. La hija ó la esposa se levantan cuando el padre ó el marido vienen á sentarse para tomar su almuerzo, su lunch ó su comida. Es la muy humilde pero expresiva evidencia de lo que forma el fondo de la familia americana: cada uno para sí y cada quien por sí.

Esta verdad la lleva escrita la joven en lo más profundo de su ser. Todo se la revela y aun ella misma está sobradamente persuadida de su realidad para no saber en el momento de contraer matrimonio que esta regla dominará en la casa conyugal como ha dominado en la casa paterna. Y por lo mismo no espera hallar en el hombre con quien se casa, como lo esperaría una de nuestras jóvenes, un confidente absoluto de sus pensamientos, un amigo que dará educación á su espíritu, á su corazón y á todo su ser. Por lo demás en ese caso no puede decirse de ella lo que se dice de una francesa: que se ha hecho mujer. Lo era ántes de casarse, por sus ideas, por su carácter, por su libertad, por sus costumbres. La diferencia reside en que por una parte las posibilidades de porvenir van á disminuirse para ella y que por la otra va á encontrarse menos rodeada. Entre noso-

tros, el paso del estado de soltera al estado de esposa es un acontecimiento. Aquí es todo lo contrario. Es una dimisión.

¿Por qué, en Estados Unidos, la mujer casada es menos cortejada que la soltera? Después de algunas semanas de vivir allí, es esta la primera pregunta que se hace el extranjero. ¿Es acaso, porque los americanos respetan más que nosotros el matrimonio? ¿Será porque siendo las costumbres más sencillas y más puras repugna el adulterio al corazón de los jóvenes, porque representa amargas emociones y tristeza enconada aun en la felicidad misma? ¿Es porque falta tiempo para las seducciones que requieren ser llevadas profunda y lentamente? ¿Será por horror á la mentira, este carácter tan notable del alma anglosajona? Lo cierto es que en sociedad no oís, por decirlo así, nunca, hacer alusión á esa clase de lazos que tanto abundan en París y aun en Londres. La línea divisoria entre la coquetería y la intimidad, entre las inmediaciones de la falta y la falta misma, la evita siempre la parlería americana:

—"Estas cosas no existen en Estados Unidos. . . ."

Es la frase que he oido decir con frecuencia á varios de mis amigos de aquí, y al objetarle á una de ellas la actitud de tales ó cuales señoras con respecto á determinados individuos porque me parecía tener una evidencia indiscutible:

—"Esas señoras creen estar obligadas á tener historias" me respondió, "porque en Europa se tienen. . . . Solo que en vez de ocultarse, se enseñan lo más que pueden, precísamente porque no hay en ello nada serio. . . ."

El extranjero no puede explicar sino con la gran palabra de duda del más ascéptico de los pueblos y del menos americano: "*Sara*. . . . . " Dos razones y

ambas de orden muy diferente explican *á priori*, si así puede decirse, que aquí la mujer casada debe hallarse mejor preservada que en cualquiera parte del viejo mundo. La primera, pero que no debe exagerarse ni disminuirse, es ese fondo de puritanismo, que baja año por año, casi mes por mes desde hace cincuenta años, pero que no ha desaparecido por completo. Entre los magistrados más elocuentens de Massachusetts, se cuenta al juez Oliverio Wendell Holmes y él ha dicho en uno de los discursos, cortos y rebosando alma, en que sobresale:

—"Aun cuando haya cambiado la forma de expresar nuestra admiración, nuestro tremendo miedo, nuestra persistente confianza enfrente de la vida, de la muerte y del mundo insondable, aun hoy día, aun en este momento los nuevos-ingleses somos impulsados por el fermento puritano. . . . *Even if our mode of expressing our wonder, our awful fear, sur abiding trust in face of life and devthe and unfatkomable world has changed, yet at this day, even now, we New-Englanders are still leavenid with the Puritan ferment.*"

Y esto es verdad en la Nueva Inglaterra que persiste en ser el fermento moral de la América. Ahora, es necesario recordar que la ley mosaica que castiga al adulterio con la muerte, estuvo inscrita por doscientos años en los Códigos de la Nueva Inglaterra. La primera modificación que templó el rigor de esa ley, fué marcar únicamente con la letra A, con fierro candente, á las personas á quienes se les probaba ese crímen. Aunque tales ferocidades en la legislación lleguen á desaparecer, siempre dejan tras de sí en la opinión, huellas que no se borran tan pronto. La campaña del doctor Parkhurst el invierno pasado contra las *mujeres* de New York y la redada dirigida por él en plena noche helada de Di-

ciembre, contra estas habitantes del *Tenderloin*—la *red* es el nombre de este rincón galante de Broadway—testifican que la antigua asperidad reformadora no ha muerto. Esto es sobrado para hacer comprender que la forma parisiense, llena de ligereza, de aceptar, burlándose de ello, el *matrimonio á tres*, no es aun la de Estados Unidos.

La segunda razón es menos histórica y menos ideal. Reside en la extraordinaria facilidad del divorcio que hace lamentarse á los moralistas rígidos. Si están en lo cierto bajo el punto de vista del mayor bien, están con seguridad en el error bajo el punto de vis del menor mal. Aun en esto han obedecido los americanos á su instinto de mirar las cosas como son en sí mismas y de dejarse llevar por los hechos admitiéndolos sin discutirlos. Han partido de esta sencillísima idea, que nosotros los latincs no hemos podido admitir aún, que el divorcio para los buenos matrimonios no es jamás un peligro y que es de mucho interés público y privado el que los malos se rompan lo más pronto y lo más fácilmente que se pueda.

Y desde ese momento se declaró en los Estados una competencia para facilitar el divorcio. A menudo se usa el chiste de decir que los garroteros gritan en las estaciones de Chicago: "Veinte minutos para divorciarse...." Esto es la expresión algo exagerada de la verdad, pues es muy cierto que en determinados Códigos del Oeste la ruptura del lazo conyugal es de ejecución tan fácil como la compra de un terreno. En la mayoría de esos Estados bastan seis meses de residencia para poder aprovechar el beneficio de su ley de divorcio y aun en otros, por ejemplo en el Nord-Dakota, son suficientes noventa dias.

La embriaguez manifiesta, la condena de uno de los esposos á dos años de prisión, su ausencia voluntaria del hogar por un año, su ingreso á una secta religiosa contraria á la de ese matrimonio,—he ahí, al azar, algunos de los motivos para verificar el divorcio que encuentro recorriendo los diversos artículos de esos códigos. A causa de esto, no hay semana en que, no se lea en los diarios que el señor X*** ó la señora Z*** salen para tal ó cual Estado con fin de pasar en él una estación, el tiempo necesario para llenar las condiciones de residencia. Después de esto quedarán libres para tomar su anterior vida ó para ligarse con nuevos lazos. Estas *vacaciones* con base de divorcio son una de las cosas risibles de ese mundo atrevido.

—"Conozco mucho á la señora V***," me decía una joven de Washintong, "cuando teníamos la localidad en la ópera, siempre nos encontrábamos en el tren. Era eso precisamente en los dias en que concurría también semanariamente á hacerse presente á la casa que había alquilado en Delaware para divorciarse...."

Esta facilidad para librarse de las uniones desgraciadas tiene por resultado dar á los matrimonios duraderos, asi como á los nuevamente formados después de la ruptura de los primeros, grandes apariencias de ser irreprochables. Las reuniones que no llegan á estar en acuerdo perfecto no tienen razón para prolongarse. Si no es por cierto el ideal este estado de cosas, se acaba considerándolo con atención, por demostrar que esta flexibilidad en la legislación no cria una sociedad malsana. A ello se acostumbran los hombres y las mujeres, y rehacen de nuevo su existencia abierta y francamente, cuando por cualquier motivo abortó por vez primera, lo que siempre será mejor que la organización de la mentira, tan común

entre nosotros y que degrada á la vez, al marido, á la mujer y al amante. Pero pudiera ser que estos, unos y otros encontrasen la solución dada, en Estados Unidos cruelmente molesta, para su susodicha comodidad!

Teniendo media abierta esta puerta sobre la libertad, y no habiendo necesidad sino de empujarla con un solo ademán, cómo sería posible que la joven, ya hecha del todo tan completa y tan enérgicamente formada, se doblegase,—si, cómo podría plegarse á la disciplina del compañero que el matrimonio le ha dado? Antes de él era independiente. Después de él independiente permanece. Quiero decir: pensando por sí propia, dirigiendo su vida según sus ideas y persistiendo en desenvolver su personalidad con esa intención premeditada que era la suya desde ántes, sin modelarse bajo la impresión y según las ideas de su asociado. Esta es la verdadera palabra de ese matrimonio,—no siempre pero sí muy amenudo. Es una asociación mundana á la que el hombre lleva como capital su trabajo y su dinero, y la mujer su belleza, su arte en el atavío y su talento para las recepciones.

Llegan los hijos que son entre nosotros la cuestión vital de un matrimonio, su ruina definitiva ó su salvación. Pero no acontece así en tierra anglo-sajona. La idolatría del padre y de la madre que explica á la familia francesa, su blandura, y la división igual de las herencies—y también su ardor y su solaridad —esta idolatría, algo morbosa, pero que es tan tierna, está reemplazada en país inglés ó americano por una vigilancia más viril y más fria, que no conmueve las fibras profundas del corazón, ó que si lo hace los remueve con vibración distinta. Mis amigos, los franceses que están aquí, son muy severos sobre este punto. Pretenden que el embarazo es disimulado al principio por la mujer joven que se avergüenza de él como de una función bestial, casi humillante y que es preciso ocultar. Me citan como muy característica esta frase de una anciana señora que, al saber que una de sus jóvenes amigas había dado á luz dos gemelos, exclamó:

—"¡Qué vulgar!.... *How vulgar!....*"

Me señalan á tal ó cual persona de la sociedad que ha pasado diez años seguidos en Europa sin tener la menor inquietud por sus hijos que dejaron bajo el cuidado de sus parientes ó de sus amigos. Ignoro si semejante abandono constituye la regla ó es solo una excepción, y sobre todo no creo gran cosa en las anécdotas. En historia todas son falsas, en literatura calumniosas y tratándose de la vida social casi todas son muy recargadas sin sello individual, que es el que explica la anomalía, y carecen de las circunstancias que las justifican. En cambio, tengo gran fé en las estadísticas, y las de los divorcios me parecen más concluyentes. Padres y madres cuyos hijos no se les acercan y á quienes tampoco aman; y por otro lado si el acto de educar directamente al hijo este padre y esta madre fuese más frecuente la iniciativa individual del joven y de la niña no sería lo que es.

Si el matrimonio americano es ante todo una asociación, es natural suponer que la familia americana sea sobre todo una sociedad de compañeros, una especie de campamento social, cuya liga cuando es estrecha, lo es, más que por otra causa, por afecto de las simpatías individuales, tales y como existirían entre personas que no fuesen de la misma sangre. Tengo seguridad, y no producida por las anécdotas sino por la experiencia, de que aquí la amistad del hermano para el hermano y de la hermana para la

hermana es completamente electiva. Acontece igual respecto á las relaciones del padre con el hijo y de la madre con la hija. Uno de mis jóvenes compatriotas, que estaba muy enamorado de una jovencita de Nueva York, en uno de esos momentos en que la frialdad de la mujer que se ama exaspera hasta la más cruel lucidez, me decía:

—"Tiene tan poco corazón que concurrió al teatro cinco semanas después de la muerte de su madre; y nadie se ha indignado!....."

Supe que el hecho era exacto. ¿Pero qué prueba? ¿Qué prueba también la desigualdad de las particiones que introduce en la distribución de los legados la libertad de testar? No otra cosa, sino que nuestra sensibilidad no es la misma que la de las gentes de este país. Están mucho menos dotados del don de sí mismos y mucho más de reacción individual y sobre todo tienen una voluntad más poderosa. Y esta voluntad se ejerce sobre su corazón como se ejerce sobre su cerebro. Esto nos parece menos tierno. Pero, acaso seremos nosotros buenos jueces?

Es preciso recordar sin cesar esta disociación constante de la vida de familia para comprender algo de la especie de celibato de alma, si cabe expresarse así, que sostiene la jóven en América, á través del matrimonio Ni en el segundo período de su vida, así como tampoco en el primero, hace el amor el papel preponderante que nos parece á nosotros inseparable del destino femenino. Cuando una parisiense de cuarenta años dirige una mirada sobre su pasado, la historia de sus emociones es la que le cuenta su recuerdo. Para una americana de la misma edad, lo que le enseña su recuerdo es más comunmente la historia de sus actos, de lo que ella denomina con una palabra que ya he citado, sus experiencias. Ha

tenido, etre los diez y ocho y los veinte años, una concepción de su propia persona que no le imponían sus tradiciones puesto que no las tiene, que no le venían de las enseñanzas de sus padres, puesto que no se las han dado, ni tampoco de su naturaleza, pues lo particular de esas inteligencias tan fácilmente *adaptables* es que el instinto primero reside en ellas informe é indeterminado. Son semejantes á un *cheque* en blanco que se encarga de llenar la voluntad. Pero lo que escribe en él esta voluntad allí queda trazado en letras que nunca se borrarán. Acción, más acción y siempre acción; tal es la divisa inconsciente pero constante de esta mujer. Ya busque una posición social ó ya ambicione una cultura artística, ya se entregue á las cosas del *sport* ó ya organice *dîsses*, como dicen ellas, para leer entre amigos á Browning, Emerson ó Shakespeare, sea que viaje por Europa, por las Indias ó por el Japón ó que permanezca en su casa haciendo "escanciar" por sus amigas tazas de té, estad cierto de que obra sin cesar, de que obra siempre, de que obra infatigablemente en el sentido de su *refinement* ó de su *excitement*.

Y con qué acento pronuncian estas mujeres esas dos palabras que no puede uno cansarse de estudiar, pues tal vez en sí resumen el alma americana! Pasan y vuelven á pasar en la conversación como dos fórmulas reveladoras de la obsesión de esta criatura, que nacida de una raza ruda y sintiéndose delicada, quiere ser fina, y siempre más fina aún; que nacida en plena democracia quiere ser distinguida, siempre más distinguida todavía; que hija de una tierra de empresas, se desvive por exasperar más en sí misma la sensación producida por la excesiva tensión nerviosa.

Y al mirar de este modo á diez, á quince, á treinta, á cincuenta de ellas, el carácter de excentricidad que se habia notado al compararlas con las europeas, se desvanece. Un nuevo tipo de seducción femenino se revela, menos enternecedor que irritante, enigmático y un poco ambiguo por la indefinible mezcla de gracia flexible y de firmeza civil, por la alianza de la cultura y del vigor, de la nerviosidad más vibradora y de la salud más acaudalada. Se presenta también el verdadero lugar de esta criatura en esta sociedad y la profunda razón por la cual estos hombres, toda acción también, dejan á estas mujeres obrar de tal manera, con esa total independencia. Si fuese permitido aplicar un antiguo término administrativo á tan sutiles seres, diría que estas mujeres son, en esta civilización utilitaria, los legados al lujo. Su misión consiste en llevar allí lo que el americano no tiene tiempo para crear y que quiere tener: la flor de la elegancia, la belleza y para decirlo todo de una vez, la aristocracia. Son la nobleza de ese país de los negocios y una nobleza que se desarrolla por la continuidad misma de esos negocios, puesto que el dinero que se gana en los bancos va á parar en sus manos y manejado por sus dedos se transfigura, se desenvuelve en preciosas decoraciones, se intelectualiza en caprichos de *esprit* y por último se *desutiliza*....

Un grande artista, uno de los primeros de la época por su ardor investigador, por la conciencia de su estudio y por la sinceridad de su visión, John Sargent, ha encarnado, todo lo que yo intento expresar, en el retrato de una de estas mujeres, cuyo nombre ignoro y que ví en una exposición, uno de esos retratos como los que pintaban los maestros del siglo XV, en los que detrás del individuo se transparenta la raza y detrás del modelo todo un mundo. Tan representativa es esa tela, que podría llamarse el *Idolo Americano*.

La mujer está en pié, con los piés juntos, las rodillas unidas, en una posición casi hierática. Su cuerpo docilitado por el ejercicio, está oprimido, casi amoldado en una vaina negra. Brillan rubies sobre sus zapatos negros, semejantes á gotas de sangre. Su delgado busto está rodeado por un collar de enormes perlas, y del vestido que hace un fondo intensamente obscuro al brillo mineral de las alhajas, resaltan los brazos y los hombros con otro brillo, el de la carne en flor, una piel blanca y fina por la que circula una sangre vivificada sin tregua por el aire libre del campo y del Océano. La cabeza, inteligente y audaz, de fisonomía reveladora de haber entendido todo, tiene como aureola el dibujo, vagamente dorado, de una de esas telas del Renacimiento que llaman los Venecianos *soprarisso*. Los brazos torneados, en los que apenas se adivinaban los músculos, se rennen por las manos que están entrelazadas, manos decididas, de pulgar casi muy largo y que deben saber manejar cuatro caballos con la precisión de un cochero inglés. Es la imagen de una energía invencible y á la par delicada que se halla en reposo en este instante; y hay mucho de la Madona bizantina en esta cara de grandes ojos estáticos.

Sí, esta mujer es un ídolo en cuyo servicio trabaja el hombre, quien la ha adornado con esas alhajas de reina, y detrás de cada fantasía suya se vislumbran dias y más dias pasados en Wall-Strut, en pleno combate. El frenesí de las especulaciones en terrenos, las ciudades emprendidas y construidas á fuerza de millones de dollars, los trenes lanzados á todo vapor sobre puentes con envergaduras de arcos

como los de Babel, el rechinido de los carros de cable, el retumbo de los carros eléctricos que descienden á lo largo de sus hilos con trepitaciones y con chispas, el ascenso vertiginoso de los elevadores en las fábricas de veinte pisos, los inmensos sembrados de trigo en el Oeste, sus haciendas, sus minas, sus colosales rastros, en fin, el formidable trabajo de ese país de luchas y de esfuerzo, y todo su trabajo, he allí lo que ha hecho posible á esta mujer, á esta orquídea viva, obra maestra inesperada de esta civilización.

Y aun el mismo pintor no le ha dedicado el tesoro de su trabajo encarnizado? Para hacerse capaz de pintar esa tela debió asimilarse algo de la fogosidad de los maestros españoles, sorprender la delicadeza de los grandes italianos, conocer y practicar las curiosidades de impresionismo, soñar ante los *iconos* de las basílicas de Rávena, y leer, y pensar: Sí, cuánta cultura, cuánta reflexión se necesita para penetrar hasta el fondo más íntimo de su propia raza! Ha expresado uno de los caracteres más esenciales de esta raza, la divinización de la mujer considerada, no ya como una Beatriz, tal cual pasa en Florencia; no ya como una enigma, camo se la supone en Milán; sino como una gloria soberana de la energía nacional. Puede esta mujer no ser amada. Ella no tiene necesidad de que se le ame. No es ni á la veluptuosidad ni á la ternura á quienes simboliza. Es un objeto de arte vivo, una sabia y postrera composición humana que testifica que el yankee, ese desesperado de ayer, ese vencido del viejo mundo, ha sabido sacar de ese universo silvestre donde ha sido arrojado por la suerte, una civilización nueva encarnada en esta mujer, que es su lujo y su orgullo. Todo se ilumina con esta civilización á la mirada de esos ojos profundos en

los que el pintor ha sabido poner todo el Idealismo de ese país sin Ideal, lo que puede ser que sea su pérdida, pero que hasta ahora es su grandeza: la fé absoluta, única, sistemática é indomable en la *voluntad*.

V

BANQUEROS Y PANORAMAS

DE NEGOCIACIONES

En América, como en todas partes, está el hombre detrás de ese universo femenino y él es quien sostiene la independencia de éste y aun su iniciativa. Pero existe un rasgo característico de esta civilización; el hompre de aquí pertenece á una sola categoría. En Estados Unidos no hay nobleza, no hay burguesía de hacendados, casi no hay empleados, no hay cuerpo diplomático, hay un mínimun de administración, la sociedad, en los dos sentidos de esta palabra es propiedad del hombre de negocios, clase inmensa que se extiende desde el posadero hasta el hombre político, éste consumiendo en montar su hotel ochocientos mil dollors y aquel mezclándose en su propia elección, en votar y desechar una ley con procedimientos de empresario. Hoy día, el hombre de negocios ha regimentado bajo sus órdenes y hecho entrar al torbellino de su actividad á la población rural que en otros países está tan separada de él. La extensión del territorio y los transportes por vía férrea de animales y de trigo en inmensas cantidades,

como los de Babel, el rechinido de los carros de cable, el retumbo de los carros eléctricos que descienden á lo largo de sus hilos con trepitaciones y con chispas, el ascenso vertiginoso de los elevadores en las fábricas de veinte pisos, los inmensos sembrados de trigo en el Oeste, sus haciendas, sus minas, sus colosales rastros, en fin, el formidable trabajo de ese país de luchas y de esfuerzo, y todo su trabajo, he allí lo que ha hecho posible á esta mujer, á esta orquídea viva, obra maestra inesperada de esta civilización.

Y aun el mismo pintor no le ha dedicado el tesoro de su trabajo encarnizado? Para hacerse capaz de pintar esa tela debió asimilarse algo de la fogosidad de los maestros españoles, sorprender la delicadeza de los grandes italianos, conocer y practicar las curiosidades de impresionismo, soñar ante los *iconos* de las basílicas de Rávena, y leer, y pensar: Sí, cuánta cultura, cuánta reflexión se necesita para penetrar hasta el fondo más íntimo de su propia raza! Ha expresado uno de los caracteres más esenciales de esta raza, la divinización de la mujer considerada, no ya como una Beatriz, tal cual pasa en Florencia; no ya como una enigma, camo se la supone en Milán; sino como una gloria soberana de la energía nacional. Puede esta mujer no ser amada. Ella no tiene necesidad de que se le ame. No es ni á la veluptuosidad ni á la ternura á quienes simboliza. Es un objeto de arte vivo, una sabia y postrera composición humana que testifica que el yankee, ese desesperado de ayer, ese vencido del viejo mundo, ha sabido sacar de ese universo silvestre donde ha sido arrojado por la suerte, una civilización nueva encarnada en esta mujer, que es su lujo y su orgullo. Todo se ilumina con esta civilización á la mirada de esos ojos profundos en

los que el pintor ha sabido poner todo el Idealismo de ese país sin Ideal, lo que puede ser que sea su pérdida, pero que hasta ahora es su grandeza: la fé absoluta, única, sistemática é indomable en la *voluntad*.

V

BANQUEROS Y PANORAMAS

DE NEGOCIACIONES

En América, como en todas partes, está el hombre detrás de ese universo femenino y él es quien sostiene la independencia de éste y aun su iniciativa. Pero existe un rasgo característico de esta civilización; el hompre de aquí pertenece á una sola categoría. En Estados Unidos no hay nobleza, no hay burguesía de hacendados, casi no hay empleados, no hay cuerpo diplomático, hay un mínimun de administración, la sociedad, en los dos sentidos de esta palabra es propiedad del hombre de negocios, clase inmensa que se extiende desde el posadero hasta el hombre político, éste consumiendo en montar su hotel ochocientos mil dollors y aquel mezclándose en su propia elección, en votar y desechar una ley con procedimientos de empresario. Hoy día, el hombre de negocios ha regimentado bajo sus órdenes y hecho entrar al torbellino de su actividad á la población rural que en otros países está tan separada de él. La extensión del territorio y los transportes por vía férrea de animales y de trigo en inmensas cantidades,

la han sometido á las compañías de toda clase, que han "emprendido" tambien la alimentación de toda la América.

Una de las pruebas más significativas de este estado particular es la desaparición cuotidiana de la Nueva Inglaterra, personajes tan locales, tan agradables, y cuyas costumbres sencillas y reales han servido como objeto inagotable de estudio á tantos novelistas hombres y mujeres. Incapacitados para poder luchar, por su acción aislada é individual, contra la gran concurrencia del Oeste, estos criadores emigran hacia la pradera y diariamente se ve en los diarios el anuncio de venta de sus modestas propiedades, con referencias tales como ésta, que transcribo sin cambiarle nada.

—"S*** Massachusettes—vende una quinta de sesenta acres; siega, ocho acres; pastos, diez y ocho; selva, treinta y cuatro; tierra de labor, doce. Casi todos los pastos pueden cortarse con máquina. Tiene un piso, cinco piezas que necesitan algunas reparaciones. Corral en buen estado. Agua de pozo muy buena junto á la casa y agua corriente detrás del corral. Veinte manzanos. Doce árboles frutales de otras variedades. Estación del camino de fierro en L*** á seis millas. Administración de correos en S*** á una milla. Precio: cuatrocientos dollars, cien dollars al contado. Cuatro por ciento de interés sobre la diferencia....."

¡Qué drama de ruina rústica se entreve al través de estas humildes cifras y detrás del detalle del humilde inventario qué laboriosa y casi idílica existencia! Aun he encontrado condiciones análogas, muy lejos, en el Sur, entre los que sobrevivieron de aquellos colonos de raza blanca que no tenían esclavos y á quienes los negros llamaban por desprecio los *era-*

kers. Veo en mi imaginación, cuando escribo estas líneas, la imagen de una casa de madera perdida entre las selvas de terebintos que cubren la Georgia. La habitaba un anciano de setenta años con su hija, sus hijos y los hijos de sus hijos, niños pequeñitos con piernas musculosas como brazos y que corrían, con los piés desnudos, entre los caballos.

Estas gentes tenían la urbanidad orgullosa de las familias que no han conocido superiores y que no han tenido ni vanidades ni necesidades. El anciano recordaba haber oído contar que su bisabuelo era de Francia, de Bretaña, según creía. El nombre de Bené, perpetuado entre ellos, testificaba este lejano origen. Sus magníficos ojos claros, ojos de Celta, irradiaban la luz del honor. No había en su mesa nada que no fuese recogido en sus tierras y hecho con sus propias manos.

—"Tenemos de todo," me decían, "menos café y tabaco; tenemos también vino...."

Y me trajeron, con el orgullo de Robinson al recibir al capitán español, un líquido de un rojo pálido, jarabe de uva endulzado con caña de azúcar y vertido, á falta de botella, en una cazuela de hoja de lata. Las vacas, las cabras, los cerdos paseaban en libertad en torno de la casa. Los fusiles, colgados en la entrada, lucían con el brillo de los útiles que se usan á menudo.

Creí tener delante de mí al trabajador primitivo, tal y cual abundaba hace cien años. Acontece con él lo que con los bisontes cuyo último rebaño se conserva cuidadosamente en el *Yellowstone-park*. Aquel ha desaparecido para ser reemplazado por el obrero de cultivo, el cual no es ya otra cosa que un instrumento en las manos de estos negociantes á quienes se encuentra arriba y abajo de este vasto país, en ac-

titud de amasarlo sin cesar y de reamasarlo. En la parte alta le dan su elegancia particular con el lujo de sus palacios, de sus quintas, de sus mujeres y de sus hijas. Abajo le distribuyen su pan con alistamiento de los obreros.

—"Afirmo," decía días pasados uno de ellos, un orador de primer orden que tal vez llegaría á la presidencia si la democracia americana no se debatiese precisamente contra esta red ploutacrática, el señor Chauncey Depew, "afirmo que un director de caminos de fierro hace un servicio enorme al pueblo. Tiene bajo su dependencia veinte mil hombres que representan por sus familias de cien mil á doscientas mil cabezas, y su bienestar no solamente físico sino mental, social y moral, casi depende en lo absoluto de él. . . ."

Una empresa de carnicería como la de Armour en Chicago, por ejemplo, es el empleo en movimiento cuotidiano de once mil dependientes. El general en jefe de este ejército de trabajadores es á menudo un hombre que á los veinte años vivía en un *lean to* . . . "apoyado cotra. . . . . " es decir, en una casucha de planchas de madera pegada á una roca ó á una pared maestra. No tiene más de cuarenta años y "vale" cinco millones de dollars. Unos años más y "valdrá" diez, "valdrá" quince, hasta que muera de una enfermedad del corazón en el camarote de un buque ó en su wagón privado, siendo suegro dé un lord ó abuelo de jóvenes príncipes italianos; pero bendecido ó maldecido familiarmente bajo el diminutivo de Jim, de Tom ó de Billy, por sus obreros, según se haya sabido hacerse amar ó aborrecer.

He allí al personaje verdaderamente nuevo, imposible de encontrarse en otra parte y que es necesario figurarse del menor al mayor—pues la série es infinita—para comprender verdaderamente lo más original de este extraño pueblo. Hay en la naturaleza vigorosa de esos banqueros un lado de génio técnico, que ningún observador, por más profundamente imaginativo que fuese, podría alcanzar.

Se me refiere que otro retratista—pues los americanos tienen la pasión, casi la manía del retrato ó del busto—fué encargado, el año pasado, de pintar á uno de los más célebres especuladores de Wall Street. Desesperado de conseguir de una sesión séria, tan trastornado así estaba el tiempo de su modelo, el pintor acabó por trasladarse al mismo despacho de este personaje. á quien pintó en su asiento, teniendo en las manos la tira de papel que se desenrolla automáticamente y sobre la que se inscribe en segundo por segundo el curso de los valores.—Símbolo exacto de lo que nosotros, hombres de arte ó de pensamiento abstracto, llegamos á palpar cuando estudiamos á alguno de esos constructores de fortunas colosales! Vemos un gesto, una cara absorta. la tensión de una energía prodigiosa, y nada más. Lo que experimenta ese hombre que maneja el dinero, al mirar las cifras, la marcha particular de un espíritu de esta calidad en trabajo de combinación, la razón de por qué el uno triunfa y el otro encalla, son problemas que no tienen solución para nosotros.

Hace poco mencioné el nombre de M. Chauncey Depew. En la recopilación de sus discursos publicada este mismo año, hay una frase singular sobre el "génio inconstante" del primero de los Vanderbilt, del célebre Comodoro. Los pocos hechos que presenta el orador en apoyo, manifiestan tal superioridad, que no se piensa siquiera en admirarse de esa calificación. Admitimos con el especialista que una fuerza intelectual ha funcionado allí, tan notable co-

mo la que gana las batallas, gobierna los parlamentos, hace y deshace los tratados. Pero él comprende esta fuerza porque ha trabajado á lado de ella, bajo ella y con ella. Para nosotros que no tenemos ni podemos tener esta visión práctica, ese talento profesional que da en el dominio de lo indefinible y de lo impalpable.

Un solo recurso nos queda: mirar con atención la obra que esos banqueros producen, los adornos en que se despliega su actividad, las concepciones que ejecutan y al través de las ideas despertadas en nosotros por ese espectáculo, aventurar algunas hipótesis sobre la especie de naturaleza humana que, esta obra, esta decoración y estas concepciones suponen. Esta experiencia la he ensayado infinitas veces durante mi viaje y particularmente durante mi corta estancia en el Oeste, en Chicago, en San Pablo, en Minneapolis—al menos en lo que antes era el Oeste, pues de cinco en cinco años este borde de la civilización recula y se mira ya llegar la época en que las gentes del Colorado se ofendan porque no se les da el tratamiento de gentleman del Este!—Y por lo demás, qué importa esto? Este? Oeste? Solo son palabras. Lo que si es una realidad y prodigiosa, es el desenvolvimiento de las tres ciudades cuyos nombres acabo de inscribir y que no tienen en junto, y poniendo sus años de vida uno tras de otro, más de siglo y medio! Se piensa que detrás de este desmesurado crecimiento, detrás del paso casi inmediato del desierto á una ciudad de doscientos mil, de quinientos mil, de ochocientos mil habitantes, es siempre y únicamente la energía del hombre de negocios á la que se encuentra y se deja de tener en consideración las preocupaciones del letrado. Espero que de ellas no se encuentre sino muy pocas huellas en estos

cuantos croquis que arranco de mi diario y tampoco en las dos ó tres conclusiones psicológicas que los comentan.

....A Chicago, verlo una mañana de otoño y desde lo alto de la torre del Auditiorium. Esta torre tiene doscientos setenta pies y corona dominandola, á una caótica, á una ciclópea construcción que junta un colosal á un teatro colosal. Es preciso, desde el siguiente día de la llegada, venir aquí, para recibir en toda su fuerza la impresión de la monstruosa ciudad—enteramente negra al borde de su lago enteramente azul.—Cuando el conductor del tren gritó ayer en la tarde el nombre de la estación donde debia bajar, una de esas formidables tempestades, como no se ven sino en América, asolaba todo el paisaje y desde la estación hasta el hotel no pude ver más que los perfiles de gigantescas construcciones, como suspendidas en el cielo siniestro listado de relámpagos, y al lado de ellas, pequeñísimas casas de madera, tan ligeras que se creería que la furia del viento dispersaría sus planchas por los cuatro ángulos de ese horizonte de tempestad.

En la mañana de hoy el cielo estaba esclarecido, con suave y tibia claridad, limpio de lluvia, lo que hace resaltar aun más el sombrío color de la ciudad que se refleja en el azur más obscuro del vasto Michigan, surcado por bajeles de vapor como la mar. Chicago se extiende hasta perderse de vista, con sus techos planos de donde se escapan humaredas—una innumerable cantidad de columnas de vapor de color gris blanquizco—Ascienden rectas, después se detienen, se esparcen en capiteles fluidos y acaban por reunirse como una cúpula arriba de las colosales avenidas. A los pocos instantes se acostumbran los ojos á la perspectiva de este paisaje extraño. Disciernen

las diferencias de altura entre estas plataformas. Las que solo están á seis pisos del suelo parecen pertenecer á cabañas. Las que están á dos pisos se confunden con ese suelo, en tanto que los *buildings*, de catorce, de quince, de veinte pisos se levantan como los islotes de las biclades vistos desde la montaña de Negrepont.

Sube de esta ciudad un rumor inmenso que no se parece al ruido de ninguna otra. Las campanas de las locomotoras repican sin cesar cual si con anticipación doblasen los funerales de los que van á ser aplastados por ellas. Se las mira correr por todas partes, atravesando calles, costeando el lago, pasando el río, que arrastra una agua plomiza, sobre puentes color de hollín. Estos trenes se cruzan, se vuelven á cruzar, se persiguen y se adelantan. Se distingue un camino de fierro elevado, despues al lado de estos caminos de fierro en la misma calle otros trenes en las avenidas, compuestos de tres y cuatro coches, pero sin locomotora. Es el sistema de carros de cable. Cruzan sus vergas los navios y se amontonan en el puerto.

Si, paisaje estraño que alcanza lo fantástico cuando se recuerda que esta Babel de la industria nació ayer de un pequeño fortín en frontera, el *Dearborn*. Sorprendían y mataban á su guarnición los indios en 1812. Cuántas gentes he conocido que vivian ya en esa fecha, y eso que aun no estoy muy alejado de mi juventud, y qué cercana está todavía esa época! En 1871, es decir, después de la guerra Franco-Alemana se retorcían las llamas en este mismo lugar en que me encuentro ahora esta mañana clarísima. La fuerza devoradora irresistible de uno de los más formidables incendios que menciona la historia, caminaba transformando todo este llano en un brasero que, muchos días después, humeaba aun:

—"En el lugar en que está esta torre que no existia aun entonces," me dijo mi guia Chicaguense, refiriéndome la epopeya de la desvastación "podía uno colocarse, apoyando los pies en la ceniza, y ver el lago á la derecha y el rio á la izquierda sin una sola casa entre ellos. . . ."

Y miré á uno y á otro, al río y al lago después de haber oido esta frase. Está más que cercano el mes de Octubre de 1871. Me parece que aun me toco con él, que en él estoy aún. Podría decir los libros que leía entonces, las páginas que escribía y volver á encontrar la distribución de casi todos mis días. Siento con una exactitud casi física la duración de los años desde esta fecha: veintidós años. Cuán pocas horas parecen ser! y por encima de la balaustrada de la torre me inclino de nuevo sobre el mónstruo lleno de estupor por lo que han ejecutado estos hombres!

Estos hombres? La palabra es apenas justa aplicada á esta ciudad que descoucierta. Su aspecto cuando se la estudia más detalladamente revela tan poco la huella de voluntades individuales, son tan poco caprichosas y fantásticas sus calles y sus monumentos que parece ser obra de alguna potencia impersonal, irresistible, inconsciente, como una fuerza de la naturaleza á cuyo servicio solo ha sido el hombre un dócil instrumento.

Esta potencia es precisamente esa fiebre de negocios que aquí tiene toda su plenitud, con violencia desencadenada que es semejante á la de un elemento incontrastable. A través de estas calles circula esta potencia como en aquella vez la devoradora llama del incendio; allí palpita, allí se hace visible con tal intensidad que comunica á esta ciudad un carácter trágico y tengo para mí que algo poético.

Cuando se ha visto este inmenso volcán de indus-

tria y de comercio de lo alto de esta torre que lo domina, se desciende para mirar de cerca todos los detalles de ese surtidero, de ese brote de actividad. Se costean las avenidas de las calles que indican la improvisación; aquí adoquinadas, allá de asfalto, y más allá cubiertas simplemente con hileras de tablas que forman pasos sobre un pantano fangoso. La misma incoherencia que en la vía pública se encuentra en la incoherencia de las construcciones. En un momento dado, solo se miran alderredor los *buildings*. Escalan el cielo con sus diez y ocho y con sus veinte pisos. El arquitecto que los ha construido ó mejor dicho que los ha maquinado, ha renunciado á las columnatas, á las molduras, á la composición clásicas. Ha aceptado brutalmente la condición impuesta por el especulador: multiplicar tantas veces cuantas sea posible el valor del pedazo de terreno que les sirve de vase, multiplicando los *offices* superpuestos.

Se creería que este es problema capaz de interesar solamente á un igeniero. Más no es así. La simple fuerza de la necesidad es un principio tal de belleza, y estas construcciones manifiestan con tal evidencia esta necesidad, que se experimenta singular emoción al contemplarlas. Esbozo de una nueva especie de arte, el arte de la democracia, hecho por la multitud y para la multitud, arte de ciencia en el que la certidumbre de las leyes naturales dá á la audacia, en apariencia más desenfrenada, tranquilidades de figuras geométricas. Los porches de los basamentos, cimbrados frecuentemente, como aplastados bajo el peso de montaña que aguantan, toman fisonomías de antros primitivos. Una mar de gente entra por ellos y la vomita sin cesar. Se alzan los ojos y se adivina á esa multitud detrás de la alta hilera escalonada y vertical de las innumerables ventanas, yendo, viniendo, embarazando las oficinas que perforan estas masas de fierro y de ladrillo, precipitándose en el vértigo de los grandes elevadores. Se adivina, se siente temblar detrás de las vidrieras el ardiente soplo de la especulación. Ella es la que de este modo ha fecundado á millares de metros cuadrados para hacer brotar de ellos esta estupenda vegetación de palacios para negociaciones qne os oculta al sol y casi al día.

Y luego, al lado del edificio desmesurado y babélico, se extiende un vago pedacito de terreno hirsuto, verdeando con un pasto muy pobre, donde pace una flaquísima vaca. Después, una serie de casuchas de madera apenas suficientes para una familia. En seguida una iglesia gótica, transformada en almacén, con un anuncio en grandes caracteres de metal. Más allá las ruinas rojas grandiosas de un edificio que se incendió hace una semana. Terrenos, cabañas, iglesias, ruinas, sobre todo ello pasará la especulación, mañana ó tal vez esta tarde y de ellas surgirán otros grandiosos *buildings*. Pero se requiere tiempo para todo y estas gentes no disponen de él. Hace dos años ya que en lugar de acabar su ciudad incompleta se entretienen en construir otra enteramente blanca más abajo, so pretexto de su exposición,—y es esta una ciudad soñada, con cúpulas como las de Rávena, con columnatas como las de Roma, con lagunas como las de Venecia, una feria del mundo como en París.

Y lo han conseguido, y es la más compuesta, la más cosmopolita de las misturas humanas que llena esos caminos de fierro sub-urbanos ó elevados, esos carros de cable, esos coches, esos carruajes, que ondulan sobre esas calzadas no concluidas aún y al pié de esas casas tan locamente disparatadas. Y como parece que en Chicago todas las cosas y todos los seres deben amplificarse, exagerarse, extremarse en vigor

—de trecho en trecho, en medio de esas calles se encuentran, para mantener el orden, policías de enormes espaldas, tan altos como granaderos pomeranianos, gigantescos guardacantones humanos contra los que se rompe el remolino hirviente de esa maltitud. Alemanes en su mayoría, sus rostros bermejos, que parecen haber sido tallados á golpes de hacha, desvastados apresuradamente, y sus cuellos de toro comentan palpablemente los diversos hechos cuotidianos que mencionan sin cesar los diarios, los *hands up* ejecutados en las tabernas, en las casas de juego ó simplemente en los coches de los tranways.

—"Arriba las manos!. . . ." es el grito clásico del ladrón del Oeste que entra con su revólver en la mano y que lo primero que procura es convencerse de que no tiene uno el suyo. ¿Cuántas ocasiones se habrá pronunciado en los arrabales de esta ciudad, que es la confluencia de los aventureros de ambos mundos? ¿Cuántas veces se pronunciará aún? Pero, el espíritu de aventuras es también el espíritu de empresa y si la elección de los policías de la admirable ciudad testifica la frecuencia de los golpes de mano aventurados por esos bandidos, también completa su fisonomía complexa y sin duda única desde que el mundo es mundo: este mosaico de extrema civilización y de casi de barbarie, esta existencia salvaje entrevista detrás de esta festinación de creación industrial. En fin, Chicago es un milagro capaz de confundir á los muertos de hace setenta años, si resucitasen y se viesen frente á esta ciudad, que por su población es hoy la novena del universo y que en sus tiempos no contaba con una sola casa.

———

. . . . Uno de los más grandes comercios de esta ciudad es el de la carne. Las gentes de Chicago se ruborizan algo por ello. Antiguamente os hablaban de sus mataderos con la buena fé en el orgullo que es uno de los encantos de las advenedizos. Es la candidez natural propia de una potencia sencillísima que conoce su fuerza y que gusta de desplegarse ingenuamente. Están cansados de oirse apellidar, por sus detractores, los habitantes de *Porcópolis*. Se quejan de que su ciudad sea siempre "identificada," como aquí se dice, con esta brutal carnicería, cuando en sus librerías posee uno de los más vastos depósitos de libros del mundo, cuando sus periódicos no dejan pasar, sin estudiarlo, ningún incidente de la literatura y del arte, cuando ha dado siete millones de dollars para fundar su universidad, cuando acaba de invitar á todos los representantes de todos los cultos al admirable Parlamento de las Religiones, fenómeno único en la historia del Idealismo humano! Aspira á no ser solamente la proveedora de carne que, el año pasado, por medio de una sola de sus casas, ha destazado y distribuido un millón setecientos cincuenta mil puercos, un millón ochenta mil bueyes y sei-cientos veinte mil carneros! La aplastan sus enemigos con semejantes cifras, desdeñando recordar que este Chicago de las casas de matanza es también el Chicago de la *White City*, el Chicago de un museo ya incomparable, el Chicago que dió á Lincoln á los Estados Unidos.

Pero para el extranjero que quiere darse cuenta del espíritu con que los americanos montan sus vastas empresas, estos mataderos son, en cambio documentos preciosos. Una empresa de matanzas capaz de expedir en doce meses á las cuatro extremidades de este inmenso continente, tres millones quinientos mil

animales, destrozados y preparados, merece la pena de ser considerada con atención. En todas partes el detalle técnico es dificilísimo de palpar. Aquí lo es menos, pues los directores de estas fábricas colosales de roatsbeefs y de jamones han comprendido que el mejor de los réclamos es admitir al público para ver directamente sus procedimientos y sus manipulaciones. Han convertido la visita á sus establecimientos, si no en atractiva—la repugnancia física es mucha—al menos si en cómoda y completa. Bajo la condición de esforzar la tensión de los nervios una vez por todas, son estos unos de los lugares en donde mejor puede verse cómo el ingenio americano resuelve problemas de organización prodigiosamente complicada.

Me he portado como los touristas sin preocupaciones, he ido á visitar los *Stock Yards* y la más célebre de todas *Packing-Houses* ó establecimientos de empacadura—como se les llama—ó mejor de descuartización ó de destazación que allí funcionan, precisamente aquel de que acabo de citar los números de sus operaciones. Este paseo á través de esta casa de sangre quedará grabado en mi memoria como uno de los recuerdos más notables de mi viaje. A pesar de esto creo serle deudor de por su medio haber discernido mejor algunos de los rasgos que caracterizan un "negocio" americano. Si así fuese no tendré motivos para lamentarme de esta penosa prueba.

Para llegar á la *Union Stock Yards*, atraviesa el carruaje un inmenso cuartel de la ciudad—más incoherente aún que los que circundan á la elegante Michigan Avenue. Se detiene ante los rieles para

dejar el paso á trenes lanzados á todo vapor. Atraviesa por puentes que se levantan también para dar paso á los buques. Voltea delante de hoteles amueblados que son palacios y ante casas de obreros que son pocilgas. Costea largas porciones de terrenos en que los hortelanos cultivan coles entre detritus y otras que solo tienen anuncios.—Cómo pudiera yo resistirme al placer de trascribir aquí este anuncio entre los cien que aquí hay?

—"Luis XIV fué consagrado rey de Francia á la edad de cinco años (1643), la Pepsina X*** ha sido coronada por el éxito como un remedio contra la indigestión, un año ántes de haber sido conocida del público!...."

Después, el campo de los anuncios cede su lugar á otras casas, á otros caminos de fierro, bajo un cielo ennegrecido por las nubes ó por las humaredas, pues no se sabe bien, y á ambos lados del camino comienzan á aparecer los cercados, cerrados con palizadas, en donde están los bueyes encerrados por centenares. Entre estas palizadas hay abiertas callejuelas por las que van y vienen gentes de á caballo. Son los compradores de ganado que discuten los precios de venta con los *Cow Boys* llegados del Oeste.

Habeis leido cuentos de *Rancherías*. Esta existencia aventurera de los campos ha sorprendido vuestra imaginación. Veis á los héroes de ella, vestidos con malos sobretodos, con sombreros en forma de melón, con el cuello y los puños postizos de todos los americanos. Si no fuera por sus botas y por su fácil modo de manejar los caballos con las rodillas, los tomariais por empleados. Es una prueba más, después de muchas otras, del desdén que este pueblo realista profesa á lo pintoresco de los vestidos. La impresión que tuve en el parque de Nueva York, desde el pri-

mer día, de una inmensa casa de confección en marcha, yendo y viniendo, no ha cesado de imponérseme. Y sin embargo, nada menos "común," en el mal sentido de la frase, que los americanos en general y en particular esos *Cow Boys* del Oeste. Sus cuerpos son muy nerviosos y se ven muy delgados bajo los trajes hechos y baratos. Sus fisonomías sobretodo muy serias y muy fatigadas revelan mucha decisión y mucha amargura.

El carruaje se ha detenido delante de una construcción que, por su apariencia maciza y neutra, se asemeja á todas las manufactureras. Los amigos á quienes acompaño y yo, entramos á un patio, especie de intestino atascado de cajones, de carretas y de gentes. Un camino de fierro minúsculo atraviesa este patio. Conduce cajas á un tren que espera sobre sus rieles campuesto en su totalidad de wagones refrigeradores, como tantos que he cruzado al venir á Chicago. Unos obreros descargan estas cajas. Otros van y vienen, visiblemente ocupados en tareas diferentes. Nada hay que haga sentir el orden administrativo, tal cual nosotros lo concebimos, en esta administración, á pesar de ello tan bien ordenada. Un ingeniero nos ha hecho subir una escalera y entramos á una sala inmensa en la que flota un vapor de estufa mezclada á un olor acre y fuerte que nos penetró hasta la garganta. Estamos en el departamento reservado para destazar á los puercos.

Trabajan allí centenares de hombres, á los que no tenemos siquiera tiempo de ver. Nuestro guía nos grita que nos apartemos y pasan delante de nosotros hiladas de cerdos con los vientres abiertos, con las patas traseras amarradas á una varilla corrediza, deslizándose y rodando por ella, y en dirección á una vóbeda en la que innumerables hileras de animales

semejantes los esperan. Las carnes rosadas, frescas por la vida que no hace un momento los animaba aún, brillan bajo la luz de la electricidad que ilumina estas profundidades. Adelantamos, evitando lo mejor que podemos esos encuentros desagradables, para llegar, con los pies hundidos en una especie de fango sanguinolento, hasta la plataforma desde la que podremos ver el punto de partida de todo ese trabajo que nos parece hasta ahora tan confuso y que luego va á hacérsenos tan sencillo y tan fácilmente inteligible.

Allí están los cerdos, en una estancia semejante á una fosa, pero vivos, bulliciosos y gritones cual si tuviesen la visión de la horrible máquina que les espera y de la cual no pueden escapar, como no puede hacerlo un condenado que tiene el cuello puesto en la guillotina. Es una especie de garabato movil que baja un hombre y que agarra á uno de estos animales de una cuerda que todos tienen amarrada en las patas traseras. El animal aulla, trae la cabeza colgando, el hocico abierto y contraido y sus dos cortas manos, agitadas con movimientos espasmódicos. Pero ya el garabato lanzado sobre la varilla ha resbalado y llevádose su miserable presa hasta el departamento contiguo, en donde un hombre, armado con un largo cuchillo, lo degüella al paso con un solo golpe, tan certero y tan profundo que no tiene necesidad de repetirlo. El animal lanza un aullido más terrible. Brota un chorro de sangre, tan grueso como el brazo y enteramente negro. El hocico se estremece más dolorosamente, las manos pequeñísimas tiemblan con frenesí mayor y el espasmo de esta agonía sirve solo para acelerar el movimiento del garabato que sigue deslizándose hasta el tercer matancero.

Este con rápido ademán desprende al cerdo. El

garabato asciende y el cuerpo se hunde en una especie de caldera inmensa llena de agua hirviente. Un rastrillo mecánico se mueve con febril movimiento vibratorio. En pocos minutos atrapa al animal, le vuelve, le revuelve, le vuelve á echar la uña y arroja el cadáver escaldado á otra máquina, la que en algunos segundos lo rasura de la cruz á la cola. Un minuto más y baja un segundo garabato y una nueva varilla conduce lo que fué, hace cuatro minutos, un animal vivo y paciente, hacia el lado de esa vóbeda desde donde distinguí, desde mi entrada, tantos despojos semejantes. Y se le llega el turno á otro ser degollado, rasurado y despachado. Es la operación tan fulminante en su rapidez que no hay tiempo para sentir lo que encierra de atroz. No hay tiempo para lamentarla, no hay espacio para admirarse de la satisfacción con la que el jífero, gigante bermejo, de amplios hombros capaces de aguantar un buey, prosigue su espantoso oficio.

Y á pesar de todo, la vida, aun bajo sus formas más inferiores, tiene algo de tan misterioso, la muerte y el sufrimiento mismo de una criatura del orden más humilde, tienen algo de tan trágico cuando en vez de figurárselos indiferentemente se les contempla así frente por frente, que todos los espectadores y que son en gran número, dejan de reirse y de bromear. Y como, si durante algunos minutos, el espíritu de Thomas Graindorge, del filósofo mercader de cerdos salados y de aceite, que tan caro es para mi maestro Taine, hubiese pasado á mí, me sentí invadido ante esta escena vulgar de casa de matanza por una tristeza irracional, muy corta pero muy intensa. Se me figuró de súbito que tenía ante mí, encarnada en un símbolo abyecto, la propia vida y toda la obra de la naturaleza. Lo que tantas veces había

pensado de la muerte, como que se concretaba á mis ojos, en la prensión irresistible de ese garabato levantando los animales, como la inevitable potencia de destrucción que rige al mundo y que debe arponearnos á todos, á los sábios, á los héroes, á los artistas como á esos desgraciados brutos inconscientes. Los veía apretarse, moverse, gemir, sucediéndose sus agonías tal y como las nuestras se suceden,—solo que con mayor rapidez,—pero en tan corto espacio que sentado que el tiempo camina tan de prisa, todo lo que debe acabar es igualmente corto! Y la mirada con que contemplábamos este cuadro siniestro, mis compañeros y yo, no era diferente de aquella con que contemplaremos un día nuestra propia entrada á las grandes tinieblas; en efecto, como un cuadro, como una cosa exterior y cuya realidad en el fondo, no interesa sino al sér que la sufre!.....

Pasamos al departamento destinado á los bueyes. Aquí es diferente la agonía. Nada de gritos, casi nada de sangre. No hay espera nerviosa del animal. Y sin embargo la escena es aun más trágica. Los animales están encerrados de dos en dos, en compartimentos parecidos, menos en el pesebre, á las de una caballeriza. Se les ve, con su inteligencia y con su mansedumbre, ensayar el acomodarse á tan estrecho espacio. Y miran con sus grandes ojos; y, ¿qué miran? Al jífero, que está en pié, en un pasillo abierto encima de ellos. Este hombre tiene en la mano una puntilla de acero, muy delgada. Espera á que el animal esté bien puesto. Se le vé, con la punta de esta puntilla y con suavidad, conducir al animal acariciándolo. Derrepente se levanta esta maza. Cae y hiere en la frente al buey que cae.

Dentro de un minuto lo habrá levantado un garabato, con la boca y las narices goteando sangre,

sus anchas pupilas vidriosas anegadas de sombra y en un minuto más otro hombre lo habrá despojado de la piel delantera que le servirá como de un mandil para henderlo en seguida, vaciarlo y despacharlo, siempre por el expedito procedimiento de la varilla corredera á cuartos del hielo.

Y esperan miles de esta manera, á que llegue la hora de ser llevados y colgados de igual modo en otras cámaras refrigeradoras, pero que son rodantes y que esperan que van á partir ya. Veo cerrarse así el útimo wagón de un tren que se mueve, La locomotora silba y sopla. La campana repica. ¿Sobre cuál tabla de Nueva York ó de Boston, de Filadelfia ó de Savannah va á venderse esta carne, engrosada á costa de los pastos de todas las praderas, en qué distrito, de qué Estado del Oeste y preparada aquí de una manera que el carnicero no tenga necesidad sino de dividir los pedazos? Llegarán tan frescos, tan intactos como si no hubiera miles y miles de kilómetros entre el punto del nacimiento y el de la muerte, y el del destazamiento de la obscura y pacífica bestia.

Si en estas oficinas de alimentos solo hubiera que ver escenas de matanza, no valdrían la pena de afrontar tantas decepciones para venir á verificar aquí, en una de sus aplicaciones inferiores, lo que el filósofo Huxley llama, en alguna parte, magníficamente: *The gladiatorial theory of existence*, la dura ley de la muerte necesaria á la vida. Pero es solo una primera impresión que se tiene que sufrir, para pasar á una segunda: la de la rapidez y el ingenio con las que se realiza, primero el destazamiento, luego el empaque de esta cantidad prodigiosa de carne que no consiente espera. No recuerdo quien dijo, en broma, que entraba un cerdo al matadero de Chicago y

que al cuarto de hora salía convertido en jamón, en salchichón, en salchichas, en tuétano y en forro de Biblias. Es una exageración humorística, pero que apenas hace realzar el trabajo activo y minucioso que hemos visto ejecutarse en los animales matados hace un momento delante de nosotros, y la distribución de ese trabajo, su precisión, su sencillez, su continuidad no interrumpida nos hacen olvidar la ferocidad, útil pero intolerable, de las escenas que acabamos de presenciar.

En la inmensa sala se suceden una serie de mostradores, colocados sin mucho orden unos á lado de otros y en los que cada miembro del animal es desprendido y utilizado, sin que un solo tendón ó un solo hueso se desperdicie. Aquí un hombre con un golpe violento, automático y que jamás vacila, desprende primero los jamones, después las patas, en el tiempo preciso para arrojarlos en calderas que los cuecen y los ahuman en presencia vuestra. Más lejos, una hacha, movida mecánicamente, está dispuesta para picar la carne para las salchichas que sale por tubos de diversos diametros, arrollada y dispuesta para ser introducida en pellejos lavados y preparados con este objeto. La palabra "ojo" que veo escrita en alemán sobre una caja: "*Knoblauch*" y la inscripción que la acompaña me transportan á los tiempos de la guerra franco-alemana, en los que cada soldado prusiano llevaba en su saco provisiones semejantes y salidas de aquí.—Mucho más allá de Nueva York van á ser expendidos estos productos de la industria chicaguense!—Más allá la cabeza y el cuello se limpian y se preparan para dejarlas tal y como deben figurar en los aparadores de las carnicerías de América y de Europa. Más lejos se llenan enormes recipientes con la grasa que mana,

que brota, y que mezclada con arte á algunas partículas de crema, va á transformarse en margarina y á depurarse en un batidor mecánico cuya diestra sencillez admiramos.

—"Un obrero es quien lo ha inventado," nos dice nuestro guía. "Por lo demás, todas las máquinas que aquí funcionan han sido encontradas ó mejoradas por los obreros....."

Esta frase ilumina este vasto obrador. Comprendemos lo que piden á la máquina estas gentes que, para ellos, prolonga, multiplica, completa el ademán del hombre. Una vez más, sentimos cuán refinados están en sus procedimientos de trabajo, cuánto sobresalen al mezclar á su esfuerzo personal las complicaciones de la mecánica, y cuánto poder de iniciativa de visión directa y de concordancia tiene la menor de ellas!

Una vez que volvimos á subir á nuestro carruaje y cuando éste rodó otra vez sobre el desigual pavimento de madera formado con trozos redondos de árboles enterrados en el cieno, razonamos sobre lo que acabábamos de ver. Ensayamos desprender su significación intelectual, si es que puede uno servirse de esta palabra con respecto á semejante empresa. Y, ¿por qué no? Nos pusimos de acuerdo en que esta empresa tiene por principal característica la amplitud ó mejor aún, la enormidad de la concepción. Para qué en unos cuantos años, un establecimiento como éste haya hecho subir el presupuesto de sus empleados á cinco millones quinientos mil dollars, es decir, á más de veintisiete millones de francos, ha sido necesario que sus fundadores hayan percibido netamente las posiblidades de una formidable extensión en sus negocios y que hayan determinado, precisado, palpado con no menor exactitud los datos prácticos.

Una colosal germinación de imaginación por una parte, y por la otra una interpretación ingerencia puesta á su servicio, positiva y calculada, de la realidad ambiente, he allí las dos marcas, impresas en todas partes en la fábrica sin análogo que acabamos de visitar. Uno de nosotros subraya este otro rasgo; que el principal de estos datos es el camino de fierro y nos recuerda que la locomotora ha sido siempre, en manos de los americanos, una especie de utensilio propio para todos los usos. Por su medio han revolucionado el arte militar y creado entera la guerra moderna, tal y como debian practicarla los alemanes á nuestras expensas. En la gran lucha nacional de 1860, fueron los primeros que mostraron el partido que se podía sacar de los nuevos medios de trasborde. La longitud de sus trenes, durante este período, se ha hecho legendaria. En el fondo, el establecimiento con respecto del cual discutimos, no es sino un caso particular de ese universal empleo del camino de fierro, el que á su vez no es sino un caso particular también de ese giro esencialmente americano: el empleo constante del medio nuevo.

La absoluta ausencia de la rutina, la costumbre cuotidiana de dejar obrar al hecho casi por sí mismo, de seguirlo hasta el fin sin tener nunca miedo; tales son los otros caracteres que se ligan á los anteriores y ese sentido agudo del hecho explica asimismo la especie de incoherencia exterior que hemos notado á primera vista en la distribución del trabajo. La extremada precisión en el orden administrativo se deriba siempre de una teoría concebida *a priori*. Todas las sociedades y todas las empresas en que domina el realismo más que el sistema, están construidas por yuxtaposición, por séries de hechos aceptados á medida que se han producido. Pero, ¿cómo sería posi-

ble que las gentes de aquí tuviesen tiempo bastante para entregarse á las hermosas finezas de ese orden administrativo que tanto aman los pueblos latinos? La concurrencia es muy fuerte, casi ferocísima. Detrás de todas las empresas de este país, aun las mejor asentadas como ésta, hay algo de la batalla y de su anhelante audancia.

Nuestro guía que nos hoye filosofar, sin que al parecer desapruebe lo que decimos, nos refiere que este mismo año y para ponerse á salvo de una coalisión de especuladores de semillas, que nos detalla, el propietario de la casa de donde salimos, tuvo que levantar para depositar su propio trigo, una construcción de trescientos piés cuadrados de superficie por cien de altura, en diez y nueve días!

—"Sí, en diez y nueve días, y se trabajó en el día y en la noche," nos decía riendo, "pero nosotros los americanos nos morimos por el *Hard Work*."

Y con esta frase, casi intraducible cuando no se ha oido pronunciar aquí, termina nuestra visita. La resume y la completa con un laconismo digo de estas gentes de mucha acción y de pocas palabras.

Visité detalladamente el edificio de uno de los primeros diarios de Chicago, á la hora que se imprimía el número del domingo; una edición pequeña de veinticuatro páginas. Ví en Nueva York, también un sábado en la tarde, componer un número parecido al del *Herald*, que tiene cuarenta páginas y grabados. Se trataba de mandar por todos los trenes de la mañana ciento cincuenta mil ejemplares. Cuando la venta sube á semejantes cifras, el diario no es tan solo una máquina que maneja la opinión con una

potencia incalculable en un país democrático, sí que también una negociación que se tiene que organizar y que es de complicación enojosísima. Precisamente á causa de que esta negociación difiere totalmente de la que procuré comprender antes de ayer, verificaré con mayor certidumbre si los caracteres generales que creí notar, reaparecen en toda empresa americana. Haré esta comprobación con mayor facilidad aquí que en Nueva York, puesto que el tiro de los periódicos es un poco menor y su expedición más cómoda para poderse seguir.

No he dado aun quinientos pasos en estas oficinas, cuando desde luego he notado el juego simultáneo de las dos tendencias del espíritu que me parecieron tan características el otro día: la enorme amplitud de la concepción y el empleo constante minucioso, sin cesar alerta, del medio nuevo. No es nada más á tal ó cual lector á quien se propone atraer el periodista americano, es sí á todos los lectores. No se propone únicamente publicar tal ó cual clase de artículos, sino que se dedica á todo género de artículos. Su sueño sería hacer del periódico el molde completo de la realidad, algo como un mapa en relieve que fuese un esbozo, no tan solo del día, sino de la hora, del minuto, tan universal y tan completo que al día siguiente, cien mil, doscientos mil, un millón de personas tuvieran ante sí, en el desayuno, el cuadro sumario de toda su ciudad en primer lugar, después el de su Estado, luego el de todos los Estados de la Confederación, en seguida el de Europa, el de la Asia, el de la Africa y el de la Australia. Pero esta ambición no satisface, quiere que estos cien mil, que estos doscientos mil, que este millón de lectores encuentren en su hoja favorita elementos con que responder á todas las cuestiones, que en cualquier orden puedan

formularse, sobre política ó sobre finanzas, en religión ó en artes, ya en literatura, ya sobre *sports*, ya sobre sociedad, ya sobre ciencias. Una enciclopedia cuotidiana, ajustada al momento que pasa y que es el instante que pasó ya.

El designio de este colosal proyecto se ve por todos lados en esta oficina en la que el diario está en su propia casa, naturalmente y de todas maneras. Es necesario que sus obreros y sus redactores puedan comer á todas horas y sin necesidad de salir. Tienen para ello su cantina y su fonda. Es preciso que la impresión de los grabados, de los que tan amantes son los americanos, no se demore. El periódico tiene su fundición, una verdadera fábrica donde hierve el plomo en las cubetas. Se requiere que hasta el último momento se recojan las noticias y las novedades como agua en el desierto, sin perder una gota. Por todas partes está provisto el periódico de aparatos telegráficos y telefónicos que le permiten comunicarse directamente con el mundo entero.

En la época de la última elección presidencial, se encontraba aquí una reunión de partidarios de M. Cleveland, en una sala de redacción que me enseñaron, y platicaban con el candidato que estaba en Nueva York, recibían sus instrucciones y le comunicaban reseñas. Y qué prensas! Capaces de ejecutar tareas que hubieran requerido hace treinta años, una dotación de muchos centenares de hombres! En el día dos obreros son suficientes.

Volví á ver una cuyo modelo había visto en mayor escala en el *New-York Herald*, y de la que se dijo que imprimía setenta mil ejemplares en dos horas. Está en activo trabajo la enorme máquina cuando me acerco á ella. Su rugido es tal que no se percibe á su lado ningún sonido de voz humana. Es un

ruido semejante al rumor de la cascada del Niágara y la banda colosal de papel que se desenrolla, que corre para entrar á esta máquina, se parece en efecto á la agua que huye ó á un metal en fusión que remolinea. Se ve una blancura que pasa, que se tuerce, se ven piezas de acero que maniobran sobre ella en número incontable, y en el otro extremo algo como una boca que vomita diez y seis páginas del diario dispuestas á partir. La máquina ha tomado la hoja, la ha vuelto y revuelto, la ha impreso sobre el blanco y sobre la vuelta, la ha cortado, después la ha doblado y he aquí una parte completa del número que un niño alza en unión de otras partes sin mucho apresurarse.

Frente á esta formidable bestia impresora—este es el único término que le conviene—experimento de nuevo, como en Nueva York, la sensación de un poder que sobrepuja al individuo. Esta prensa es un multiplicador de pensamientos, cuya extensión no puede ser medida por ningún cálculo humano. Existe un contraste singular entre la extrema precisión de sus órganos, delicados y arreglados como los de un reloj y esa extensión indefinida de proyección moral que los americanos aceptan, como aceptan todos los hechos, Entre ellos, la amplitud llama á la amplitud por una progresión que es facil seguir en el periodismo: una vez concebida la idea de un periódico de enorme tiro, inventaron máquinas para dar á basto á ese tiro, y como estas máquinas les parecieron capaces para ejecutar un tiro mayor aún, creció paralelamente su concepción de la publicidad. No cabe duda que en un término menor de veinte años encontrarán el medio de tener gacetas cuya venta sea de quinientos mil ejemplares por día, como nuestro *Petit Journal;* solo que los suyos tendrán diez y seis,

veinticuatro, cuarenta, sesenta páginas en folio mayor!

Este es el lado práctico de la instalación. Pero hay otro. Puede muy bien un periódico ser concebido y dirigido como un negocio, no por eso deja de ser un negocio de orden particular. Es preciso que tenga una dirección moral, que tome partido á favor ó en contra de tal ley, á favor ó en contra de tal ó cual individuo, en una palabra, que revista una fisonomía individual. No puede deber esta fisonomía, como entre nosotros, á la personalidad de sus redactores, puesto que sus artículos no están firmados, ni aún, como en Inglaterra, tienen estilo y giros particulares estos artículos. *El editorial*—así llaman al artículo de fondo—ocupa un lugar pequeñísimo en esta enorme cantidad de papel impreso. Y sin embargo, cada uno de los grandes diarios de Nueva York, de Chicago, ó de Boston es algo como una creación especial, hecha á imagen del que la dirige y que casi siempre es su propietario. Asimismo, el presidente de una Compañía de caminos de fierro, es por lo común su principal accionista.

Este es también un rasgo particular del gran negocio americano y explica su vitalidad; es siempre la cosa de un hombre, la voluntad visible de este hombre, su energía que se encuentra encarnada en ella y como exteriorizada. La fórmula que usé hace un momento subrayándola traduce con exactitud esa relación, tan íntima entre ese hombre y su obra. Oireis decir corrientemente que el señor fulano ha estado mucho tiempo *identificado* con tal hotel, con tal banco, con tal Compañía de camino de fierro, con determinado periódico y es tan completa esta *identificación* que al pasar en un tranway delante de ese hotel, de ese banco, de esa estación ó de esa

redacción, si por ellos preguntais al vecino, os responderá siempre con un nombre propio. De allí resulta en todas las empresas americanas la elasticidad, la vitalidad, el perpétuo "hacia adelante" y también esa infatigable combatividad.—Ratifico nuevamente este último carácter en mi paseo al través de estas oficinas, nada más que en las minuciosas preguntas que me hace mi guía sobre la prensa francesa y sobre nuestros procedimientos para asegurarnos de la superioridad de la crítica literaria. Siente que es este el punto en que sobresalimos y quisiera que su periódico lo igualase. Todo aquel que es verdadero director de una de esas grandes empresas de publicidad, está siempre al acecho de una modificación posible que distinga su hoja de las otras—rehaciendo sin cesar esta hoja, llenándola continuamente de hechos nuevos, de mayor cantidad de artículos, ocupando mayor número de gentes y empleándolas mejor.

Practicada de este modo, esta dirección se convierte en un trabajo de una complexidad incalculable. La potencia adquirida por estos dictadores de la opinión es tan excepcional y tan real, comprende esta existencia tantas cosas queridas de los americanos: una fortuna inmensa y una inmensa responsabilidad, una labor inmensa que sostener y un perpétuo motivo para atraer la atención, que la ambición de los hombres verdaderamente emprendedores se ejerce sin descanso en ese sentido. A penas se funda una ciudad cuando ya pululan los periódicos en ella. En ocasiones aun no se funda y ya tiene su diario. Hoy acontece que el gobierno cede á una invasión de inmigrantes una gran porción de territorio. A una señal dada, todos se precipitan y cada pedazo del suelo pertenece al primero que lo ocupa. En la tarde ó

á la siguiente mañana de ese día, en esa llanura donde las carretas y las tiendas diseñan un vago proyecto de ciudad, hay siempre una taberna, una oficina de correos, una iglesia y un diario!

¿Quién puede predecir si esas carretas y esas tiendas no son el principio de una Minniápolis, de un San Pablo ó de un Chicago? ¿Quién sabe si dentro de veinticinco años esta ciudad contará con cien mil, con doscientos mil habitantes y el diario con un número igual de lectores? Nunca espanta la pequeñez del principio á ningún americano que piensa en un negocio. Así como al meditar en el porvenir de este negocio no hay una sola posibilidad de extensión que no conciba, ni hay medianía que le desanime. Hay muchos ejemplos de resultados gigantescos obtenidos á pesar de los puntos de partida, pequeñísimos y enteramente humildes. El camino de fierro más extenso de los Estados Unidos, el gran *Central Pacific*, tuvo por fundadores á cuatro hombres casi sin recursos y de los que dos eran pobres mercachifles de Frisco. Construyeron los primeros trazos de la línea, kilómetro por kilómetro, sin contar con dinero para avanzar si no era trecho por trecho. La leyenda refiere que en algunos casos tuvieron que tender los rieles con sus propias manos!

En tanto que refiero estas reflexiones de un orden completamente general á mi compañero, veo en las salas por las que atravesamos á varios hombres, casi todos jóvenes, inclinados sobre sus escritorios y escribiendo con esa atención absorta en la que encuentro de nuevo el *hard work*, la facultad de emplear toda su fuerza en la tarea actual. Otros reciben telegramas que transcriben inmediatamente con máquinas de escribir. Aquí no hay asomos de esa atmósfera de club que forma el encanto de los salones de redacción en París. A estas horas, allá en París, el periódico está casi concluido y aun al terminarlo se charla, se fuma, se juega á la baraja, al dominó, al boliche. Aquí en esta apresurada máquina de noticias falta este placer y el gusto por este ocio.

Para poder estimar la diferencia entre estas dos oficinas de redacción, sería necesario diseñar y poner una frente á otra las dos figuras de reporter: la del parisiense y la del reporter americano. La principal cualidad del primero es la de ser espiritual é ingenioso; firma sus artículos y de esto resulta que su amor propio literario se mezcla siempre en parte á sus notas y noticias y que tiene que redactarlas con giros particular. Se le adivina burlón ó mordaz, cáustico ó tierno. Aun en este trabajo relativo á la anotación efímera de los hechos, es siempre un artista y alcanza el arte con frecuencia valiéndose de una charla pintoresca. En él existe el impresionismo y hallareis en su "modo de hacer" algo de los procedimientos de los escritores maestros del día. El reporter americano, es siempre anónimo, aun cuando reproduzca en el periódico noticias cuya conquista le haya costado prodigios de astucia y de energía. Como para indicarle que se le ocupa, no por la calidad de sus frases, sino por la de los hechos que refiera, se le paga á un tanto la palabra. En él existe el hombre de acción, el descubridor, y los romances de sensación toman naturalmente por héroe á este personaje cuya virtud maestra es la voluntad. Siempre debe encontrarse preparado para partir á los países más lejanos, en donde se verá obligado á tomar el oficio de explorador, como también que descender al fondo de las peores capas sociales, ó tendrá que hacer el oficio de espión.

En esta escuela de energía, puede, si tiene este

dón, llegar á ser un escritor de primer orden. Richard Harding Davis, el creador de *Gallegher* y de *Van Bibber*, es una prueba de ello. Un hombre á quien se conoce por su estilo, pues tiene un sabor extraordinario en la dicción de siete cartas y de sus discursos. M. de Bismark ha aun pretendido que el reportazgo, comprendido el americano, era la mejor escuela para un literato que quiera copiar el movimiento de la vida. Esta es una opinión de gusto, de aquellas que el Emperador expresaba en Santa Elena muy parcial y vacía completamente del conocimiento de la literatura pensada. Y valía la pena de citarla, pues es muy cierto que estas páginas improvisadas, casi telegráficas, en que el hecho aparece en su mayor claridad inmediata, tienen á veces un relieve que el arte no igualaría. Pero es un relieve inconsciente y del que no se preocupa el reporter. Su único cuidado es ser exacto y para llegar á esta exactitud todo procedimiento le parece bueno. Muchas personas se indignan por ello y en ocasiones con razón. Estaba yo en el estío pasado de tránsito en Beverley, cerca de Boston, cuando acaeció la muerte de uno de los más distinguidos oficiales del ejército federal. Debían trasladar su cuerpo á Baltimore y le celebraron honras fúnebres en la iglesita de la villa. A la mitad de la ceremonia entró un jóven, se dirigió hacia el féretro, levantó con cuidado el paño fúnebre, golpeó con el dedo sobre la cubierta de la caja y dijo á media voz:

—"*Steel, not wood*, es de acero y no de madera."

Después desapareció en medio del mayor estupor de la concurrencia; era un reporter.

Estas osadías crueles de inquisición se efectúan, á pesar de todo, con cierta sencillez, casi con ingenuidad. He leído muchos *interviews* y muchos párrafos

personales desde que estoy en América. Podría enumerar los que encierran algo ofensivo ó solo alguna intención, de las de pluma, tan comunes en los más insignificantes *entrefilets* de los *boulevards*. La especie de inocencia que tiene esta prensa tan audaz en sus investigaciones se explica, según creo, en primer lugar por el carácter profesional del reporter y en segundo lugar por el lector, si así puede decirse. El reporter cree su deber el proporcionar el mayor número de hechos al lector. Y el lector considera tener derecho á esta gran cantidad de hechos. En este desbordamiento de detalles positivos, el lugar reservado á cada personalidad es muy estrecho para que las insinuaciones malévolas quepan en él. El reporter tampoco tiene tiempo para aguzar un epigrama, como el delator á quien le comparaba hace un momento; no tiene tiempo de preparar una celada á aquel á quien interroga. Se preocupa mucho más de encontrar un "*en-tete*," uno de esos *heading*, de los que una colección constituiría uno de los capítulos más humorísticos de un viaje á los Estados Unidos. Hace un rato, al entrar al cuarto destinado á la necrología y en el que están colocadas en cajones todas las biografías de los vivos que son algo conocidos, encontré sobre la mesa la prueba de un artículo ya preparado enteramente, sobre una célebre actriz que está en este momento muy enferma, con este *heading*:

—"La voz de cristal se ha roto, el pájaro no cantará más, *The cristal voice is broken, the bird will sing no more*...."

Como la encantadora mujer estaba aliviada, el artículo iba á reunirse con los millares de trozos parecidos que allí esperan entre los clichés y los grabados que retratan edificios y hombres....—"Los edificios pue-

den quemarse y los hombres morir....." me dijo filosóficamente mi guía que, al verme entretenido con lo fantástico de esos títulos, me enseñó en el periódico que verá la luz mañana lo más admirable que tal vez haya visto hasta ahora: "*Jercker to Jesús*—"Voló hácia Jesús"—es la relación de una pendación, la de un negro "de un gentleman de color" por el "crímen usual," como aquí se dice enfónicamente, es decir, por haber violado á una mujer blanca. Se arrepintió la víspera de su ejecución y murió cristianamente. No estoy muy seguro de que el repórter que reasumió esa muerte en esas tres palabras de sensación no sea él también creyente y que haya visto claramente la entrada de una alma rescatada al paraíso. Con seguridad miles de cándidos lectores la verán á la simple lectura de este anuncio. ¿Qué pasaría si se tratase, no ya de un acontecimiento tan vulgar, sino de la llegada ó de la partida de un pugilista ó de su combate con otro?

—"Ese es el acontecimiento que hace aumentar el tiro de un periódico," dijo mi compañero. "¿Qué quereis?" agregó, "los anglo-sajones nos morimos por el *fight*. Lo adoramos en política y á causa de ello necesitamos ver dos *leaders*, uno frente á otro. Lo amamos en nuestras empresas y por ello no estaré contento hasta haber hecho de mi diario el primero de Estados Unidos. Aun lo amamos cuando solo se trata de algunos puñetazos.... Y creo que algo perderá nuestra raza el día en que se le cure de este gusto.... Pero será necesario mucho tiempo," agregó con una sonrisa que iluminó su rostro, en el que encuentro como en el de muchos otros negociantes de este país, un algo de la fuerte fisonomía carnosa del dogs. Y no estoy lejos de pensar, como él, en efecto, en las diversiones nacionales, tan feroces así me parecen, son

producto de una educación instintiva. Con seguridad todo lo que manifiesta el ardor calculado del ataque y la postura invencible de la resistencia es útil para gentes destinadas á vivir en un país donde circula por todas partes un espíritu de iniciativa tan exasperado que, en diez años este edificio del periódico, estas máquinas y aun el periódico mismo, parecen cosas antiguas, lentas, informes, atrasadas. Esto fué lo que me respondió un *New Yorkino*, á quien hablaba de mi aprehensión al pasar sobre el puente colgante de Broklyn.

—"Es imposible que un día ú otro no se caiga" le decía yo.....

—"*Well*," dijo. "De aquí á entónces ya se habrá construido otro y éste se demolerá...."

.... He viajado por todo el trayecto de una de las extensas líneas que va hacía el Oeste con una de los Directores de la compañía, para ir á San Pablo y Minneapolis. Mi objeto al visitar la ciudad que lleva el nombre del gran apóstol, era presentar mis respetos á su arzobispo, Monseñor Ireland, el más elocuente de los prelados que orientan en la actualidad á la Iglesia hácia los problemas sociales. Hay algo de Savonarola en este sacerdote de largo y severo rostro, al que todas las asambleas parecen buenas para arrojar al pueblo la palabra de vida, y que me decía un día:

—"La ventaja que tenemos nosotros los Apóstoles Americanos, es que nadie se admire nunca de vernos en reuniones, cualesquiera que sean. ¿Os imagináis acaso á Monseñor de París asistiendo á un banquete dado por los empresarios de canalización de la ciudad? Causaría admiración el que yo faltase á ellos. Esto nos proporciona mil ocasiones para dar á conocer el catolicismo...."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Y bajo qué forma presenta ese catolicismo, con qué amplitud tan magnífica! es preciso haber leído alguno de sus discursos para comprenderlo, ó por mejor decir, para sentirlo: "La Iglesia y el siglo! El siglo y la Iglesia! Aproximémoslos, pero con el más íntimo contacto. Que sus pulsaciones latan al unísono. El Dios de la humanidad trabaja en el siglo. El Dios de la revelación trabaja en la Iglesia. Son el mismo Dios y el propio espíritu. . . . . "

Y más aun. "Que nuestra Iglesia, la Iglesia del Dios vivo, la Iglesia de las diez mil victorias sobre los paganos y sobre los bárbaros, sobre los falsos filósofos y sobre los herejes, sobre los reyes recelosos y sobre los pueblos desordenados, la grande, la caritativa, la liberal Iglesia católica, esta Iglesia sedienta de virtud, esta Iglesia hambrienta de justicia, tendría miedo del siglo XIX! Ella podría tener miedo de cualquiera siglo? . . . "

Algunas palabras aun: ¿cómo sería posible que los cristianos de intención, de los que yo soy uno, y que se intitulan la legión, dejaran de temblar al oirlos pasar sobre el mundo moderno y sobre su propio corazón? Han llegado los tiempos en que el Cristianismo debe aceptar toda la ciencia y toda la democracia so pena de mirar á muchas almas desprenderse de él. Es fuerza que ahonde un canal sagrado á estos dos surgideros; y ¿quién puede saber si no es el Arzobispo de San Pablo el predestinado para realizar esta tarea? ¿Quién puede saber si en días no lejanos pronunciará semejantes palabras colocado en un puente más elevado aún? Ya hay un Cardenal americano, ¿por qué pues no habría dos? ¿Por qué no podría haber un Papa, salido de esta Nación libre, en donde los jefes de la Iglesia han sabido volver á ser lo que fueron los primeros apóstoles, hombres

cuyo corazón latía al unísono con el del pueblo—con el corazón de los humildes en quienes fermentan tantas ideas irresistibles? Y este pueblo cree en esas ideas, contrarias á lo que Cristo ha enseñado. Probadles, probadnos que no es así y que podemos salvar todo con el Ideal de que vivieron nuestros padres sin tener que sacrificar nada del que palpita en nosotros, Qué obra para un pescador de almas de la gran raza, y con qué impulso irá éste mundo moderno, tan enfermo por las negaciones que formula al través de su ciencia incompleta, hácia la Iglesia cuando muchos de sus apóstoles hablan el mismo lenguaje que él habla! En el naufragio de la civilización europea, á quien el militarismo y el socialismo se apresuran á ahogar en la barbarie, ese será el punto luminoso hácia el que deba uno encaminarse. Y no será tan menguada la gloria que le quepa á este país por haber encendido la chispa de ese fuego director.

Debía encontrarme con el Arzobispo más tarde en Nueva York y recibir de su persona una impresión igual á la que me produjeron sus discursos. En esta ocasión, y en tanto que yo le buscaba en San Pablo, en el modesto "*office*" que ocupa á la puerta de su modesta catedral, él estaba en Baltimore pronunciando en el jubileo de S E., el cardenal Gibons, uno de esos sus discursos, tan intensos como una llamarada. Y á pesar de no haberle encontrado, no siento esta larga excursión . . . . . Y la califico de larga recordando las costumbres francesas. Catorce horas de camino de fierro no son nada en América. He podido, durante la duración de este trayecto, penetrar con mis ojos el más psicológico de los panoramas que he tenido ocasión de mirar en mi vida errante —un "panorama de negociaciones"—si tal puede

decirse, tan impreso así está el sello de la especulación por todas partes á lo largo de las riveras del Mississipí, celebrado por Chateaubriand y Longfellow.

La energía americana ha hecho de la vasta corriente de esa agua el natural vehículo de un tráfico enorme. El "padre de los ríos" se ha convertido en un dócil y buen obrero que acarrea infatigable la madera que cortan infatigablemente, allá abajo, más allá de San Pablo y de Miniápolis, lefieros de grandes y azules ojos, de fisonomías rosadas y cabellos blondos, de gigantes pacíficos. Son emigrantes que vienen de Suecia y de Noruega—seiscientos mil en los últimos diez años!

La larga fila flotante de los gruesos troncos cortados se desliza en el agua que corre, rayado cada cual con una marca que indica su destino. Esta agua, sucesivamente límpida y verde, fangosa y amarilla, circunda tantas islas que nunca se discierne la otra orilla del río. El lado por donde caminamos está surcado por convoyes que se dirigen, también ellos, infatigable é incesantemente, á buscar á todo vapor, ganado y granos á ese misterioso, á ese inagotable Oeste. Y sin embargo, llegará á agotarse; y se pregunta uno qué sucederá con ese pueblo cuando ya no pueda explotar ese receptáculo inmenso.

Pero, en tanto esto acontece, es un espectáculo de extraordinaria actividad, aun saliendo de Chicago y Nueva York. El coche privado en que viajamos ha sido, casi desde luego, unido á una locomotora especial. Este pequeño tren excepcional tiene que estacionarse sin cesar para dejar paso á los trenes regulares, compuestos casi exclusivamente de wagones que transportan animales. Nuestro coche destinado á las excursiones del presidente de la Compañía, no

se ha construido para gozar del lujo, aunque sus dos cámaras de dormir, su salón, su comedor, su cocina, su sala de baños constituyan una verdadera casa rodante en la que se pasarían semanas sin apercibirse gran cosa de que se está en camino. Por lo demás, cuántas personas no viajan de otro modo! Ví en Newport á una joven organizar de igual manera una excursión de varios amigos. Debía llevar á sus invitados en su wagón propio y su sola contrariedad consistía en que la estación de Chicago era muy ruidosa para una larga estancia. Este coche privado tiene por principal objeto evitar el hotel. Si acontece, en el curso de uno de estos paseos á través de quinientas leguas de país, que el habitante de este wagón especial caiga enfermo, permanece en él curándose, como pasa con un político, conocido mío, á quien su médico asiste de una fiebre tifoidea en un wagón análogo, detenido en estos momentos en no recuerdo qué estación del Colorado. Se han dado las órdenes convenientes para que no silben las locomotoras al acercarse á ese lugar. Y es tal la abundancia de esos coches privados que un hecho semejante pasa desapercibido.

El wagón en que viajo, es una especie de oficina rodante destinada á facilitar el trabajo del presidente y de los directores que quieran ver con sus propios ojos el estado de su línea. Aquí aun, vuelvo á encontrar la "*identificación*" del gran negocio americano con tal ó cual persona, como ya lo he hecho notar hablando de los periódicos. Casi todos los grandes caminos de fierro, como éste, están en poder de un muy corto número de individuos. En algunos casos un solo hombre es el posesor de la mayoría de las acciones. En otros casos estas acciones se reparten entre cuatro ó cinco capitalistas. En otros, los

interesados representados por un grupo de estos capitalistas, son tan poderosos que el resto de los portadores de acciones prefieren abandonarles la libre dirección de toda la empresa. De allí resulta en la dirección ese carácter de autocracia que M. Price señala con tanta justicia como un rasgo exclusivo del camino de fierro americano. Los que lo administran son sus dueños absolutos.

La necesidad de ver directamente es otra consecuencia de este estado de cosas. Además la concurrencia es muy fuerte para que pueda existir el anonimismo de la organización rutinaria de que está tan pagada la vieja Europa. Un camino de fierro americano representa muchos intereses vivos. No es tan solo una via de comunicación más rápida á lado de otras vias, como por ejemplo los canales. En todos los Estados es casi la única comunicación.

No solo no deserta de las ciudades que están enteramente formadas y á las cuales les forma un lazo más estrecho. Es por sí propio un criador de ciudades. Entre Chicago y San Pablo han nacido cerca de veinte á las que la estación ha servido de gérmen vital. Primero han abierto tiendas para uso de los empleados y luego otras que han servido para surtir á los primeros. Hay una mina ó la esperanza de una mina en los alderredores, un buen pasto ó la posibilidad de él, entonces afluyen los inmigrantes. Si algún fenómeno natural, una cascada por ejemplo, permite el establecimiento de una máquina, se establecen industrias. Minneápolis no tiene otro origen; el camino de fierro pasaba más allá. Las caídas del Mississipi se prestaban para la instalación de molinos incomparables y hé allí el principio de una de las futuras capitales del mundo.

Es preciso no cansarse de las estadisticas que tornan casi perceptible esta admirable germinación. Esta Minneápolis, literalmente fundada ayer en la que no ha podido aun nacer ningún hombre que hoy cuente cuarenta años, ocupa ahora el ciento veintiunavo lugar en la lista de las ciudades de toda la tierra, levantada por órden de población. Viene inmediatamente después de la Haya, antes de Trieste, ántes de Tolosa, ántes de Sevilla, de Génova, de Florencia, de Venecia, del Havré, de Boloña y antes de Ruan y de Strasburgo.

He tenido un capricho paradojal al contraponer estos nombres antiguos á este nombre tan bárbaro en su origen y tan simbólico—se deriva de una palabra griega y de una palabra sioux!—Es un desalojamiento total del plan de la historia, el que se manifiesta por estos inesperados desalojamientos en los centros de la actividad humana. Si no hubiéramos dejado que se aboliera el sentido del misterio oculto en toda realidad, aun brutal y vulgar, cuando es fecundante hasta ese grado, veríamos allí uno de los milagros de una época á la cual no le falta para hacernos temblar de admiración, sino estar muy distante en el tiempo!

Para el negociante, obrero inconsciente de este milagro, el establecimiento de una gran línea no es más que un problema de especulación. Piensan únicamente si estos granos de ciudades escapadas de este modo del tubo de la locomotora, con los escarbilles y las chispas, germinarán ó abortarán y si el terreno que les es circunvecino les producirá ó no millones de dollars. Lo más frecuente es que la Compañía haya recibido este terreno á título de subvención y sin desembolsar un solo céntimo. De este modo acordó el Congreso trece millones de acres al *Unión Pacific*, seis millones al *Kansas Pacific*, doce millones al

Central Pacific, cuarenta y dos millones al *Atlantic Pacific* y cuarenta y siete millones al *Northern Pacific*. Tanto cuanto valgan estas tierras, tanto así valdrá el camino de fierro. Este las fecunda y ellas le enriquecen; acarreará un aluvión de humanidad que decuplicara, que centuplicará su precio. Estas cifras son las que se multiplican en el espíritu de los *magnates*,—como aquí se denomina á los grandes *railroadmen*—cuando van inclinados sobre la ventanilla de su wagón. Miran dibujarse esbozos de ciudades, alargarse las pobres casas de madera, asentadas sobre el suelo y traídas aquí por piezas numeradas. Se preguntan cómo y cuándo hará explosión este embrión cuándo crecerá y se desarrollará, y abandonándose de nuevo á las delicias del *rocker* en su salón rodante, surgen en su pensamiento planes colosales. Cada uno de ellos está habituado á amplitudes de empresas iguales á las de un primer ministro. Ya ha formado ciudades; ya ha hecho regiones. Ha necesitado las cualidades de un gran diplomático para luchar, hoy contra una compañía rival, mañana contra el gobernador de algún Estado. Ha librado batallas, formado ligas. Ha debido, para que el negocio camine como marcha, regimentar miles de hombres, escoger entre ellos á los más hábiles y mandarlos como Napoleón mandaba á sus oficiales y á sus soldados.

Es un poder, no decorativo y honorífico, sino un poder real, activo, con una responsabilidad contrapesada inmediatamente por el éxito ó por el fracaso. En el sentido feudal de aquella palabra, estas gentes son príncipes y que á menudo tienen el orgullo de haberse conquistado su principado por sí mismos. Pueden verse á sí propios hace veinte años tenderillos, carboneros, domésticos, garroteros. Una existencia parecida tiene su poesía, no la que cantan los

poetas, pero sí su poesía, y tiene su belleza que un Balzac habría amado.

. . . . La locomotora sigue caminando y desenvolviéndose el paisaje, mientras me asaltan esas reflexiones. Restos de selvas circundan al Mississipi, ahora enmohecidas por el otoño. La magnificencia de los tonos bermejos, su espesor y su solidez reaniman la mirada. En un momento, á la hora del crepúsculo, una punta de la selva se incendia en el horizonte. Se retuerce una llama colosal alumbrando un amontonamiento de montañas y el agua del río en que se refleja el cielo de la puesta del sol, se torna divinamente rosa y color malva. Por un instante la invencible naturaleza ha tomado su revancha y abolido á la industria. Me imagino, ante este paisaje transfigurado de súbito, lo que habrá sido esta parte de América hace cincuenta años, cuando los Trapistas y los Indios luchaban en estos matorrales, entre este bosque y en las orillas de este río cantó Longfellow:

Men whose lives glided on like rives that vather (thewoolands
Daskind by shadows of earth, but reflecting an (image of heavens.

"El hombre que su vida en el secreto encierra
Es cual río que cruza del bosque bajo el velo,
Mudo espejo que copia las sombras de la tierra
Pero también las bellas imágenes del cielo.

En presencia de tales horizontes deben leerse los romances de Tenimore Cooper, que han pasado de moda en el día, pero que encantaron nuestra adolescencia, del otro lado de los mares. Acabo de leer de nuevo uno de los más célebres: el "Explorador." Su forma es mediana; la fábula se enreda en medio de acontecimientos que tienen la inverosimilitud propia de los niños. Faltan espíritu analítico y profundidad

á los caracteres; y sin embargo, el libro posee una de las primeras cualidades de un romance: la *credibilidad*. Y la debe, á pesar de sus defectos, á la evidente buena fé con que están pintados sus diversos tipos y en particular el del guía, ese *Bas-de-cuir*, que es legendario aun en la misma Europa.

Al través de las debilidades de estilo y de composición, se siente, como en las crónicas de Walter Scott, la verdad de una tradición local recogida en su propia fuente. Y esto ni se imita, ni envejece. Detrás de esta fantástica descripción se adivina la antigua naturaleza y al Americano del siglo último, en vísperas de la guerra de independencia, entregado á la vida moral y sin poseer la industria que hoy predomina sobre toda esta tierra.

En ese tiempo, en el contacto de ese puritano y de esa naturaleza silvestre hubo un período único, cuyo héroe real fué Washington. La Inglaterra estaba aun muy cerca y la sangre de sus hijos, de aquellos que emigraron al continente, no había sufrido aún la mescolanza que hoy la transforma. Los romances de Cooper muestran la rigidez inglesa de los americanos de aquella época y también el rigor de la guerra con los indios, y á la vez la riqueza maravillosa en animales de ese suelo, hoy purgado definitivamente de su caza mayor y menor. Refieren los principios de la lucha contra esa naturaleza conquistada ya en la actualidad, pero violada y brutalizada.

Después de esta lectura se comprende que por los Estados Unidos han pasado y agotado ya toda una civilización de cazadores y de campesinos antes de que hayan revestido la actual. Ha vivido más este pueblo nuevo en treinta años, que la Europa desde el Renacimiento. Entre las costumbres que describe ese *Pathfinder* y las que yo procuro estudiar para

conocer algunos de sus elementos, existe ciertamente más diferencia que entre la Francia del siglo XVII y la de nuestros días, con todo y las convulsiones de la Revolución. Es tal plasticidad de este país, que pueden preveerse iguales diferencias entre las costumbres de este año en la Exposición de Chicago y las de 1993, y entonces, como hace cien años y como esta tarde, los que únicamente quedarán los mismos, serán la puesta del sol, el cielo y el agua de este río. Las mismas estrellas brillarán en el mismo cielo y por el horizonte saldrá la misma luna, inundando de luz el vasto río que se tornará completamente pálido y el bosque que se revestirá todo él de sombras. Pero, ¿alumbrará acaso esta fila de trenes que se cruzan con el nuestro y que van conduciendo indefinitivamente animales y trigo, trigo y animales; á llevar dinero, y siempre más dinero á algunas de esas enormes fortunas destinadas á caer algún día, bajo la forma de dote, en algún palacio arruinado de Francia ó en algún castillo histórico y pobre de Inglaterra ó de Francia?

. . . . . San Pablo, á donde arribo un domingo por la mañana, es una gran ciudad caótica, construida en parte con esas mismas casas de madera asentadas sobre el suelo como las ciudades nacientes de las orillas de las líneas férreas. Luego, á lo largo de un terraplén *macadamizado* y que domina al Mississipí, se destaca una série de hermosas casas de piedra, no muy elevadas y de muy bonita arquitectura. Forman toda una larga calle de hoteles particulares, parecidos á los de los alrededores de Hyde-Park á los de la Avenida del Bosque.

Nada revela como el exterior de estas casas, en los hombres que las han levantado y todos ellos son negociantes de aquí, ese dispendio fastuoso, tan contrario al parecer, á la rigidez del lucro impresa por todas partes en este país tan duro. Esta contradicción es solo aparente. El Americano gusta "hacer dollars" como dicen. Pero no se aferra á ellos. Sobre todo, busca en la conquista de la riqueza una excitación de actividad, la afirmación de su personalidad é igualmente si no con mayor fuerza afirma esta personalidad por el fausto de sus dispendios.

A veces esta fastuosidad es bárbara. Pero á menudo es también muy inteligente. Me he convencido de ello al visitar una de las casas de esta *Summit avenue*, la calle elegante del rudo San Pablo. La galería de cuadros que hay en esa casa, se encuentra mencionada en las guías, pertenece al presidente de uno de los grandes caminos de fierro del Oeste, un *self-made man*, si necesario fuere. Todos aquellos que le conocieron hace veinte años, recuerdan que era un empleado insignificante de comercio. Después vendió carbón y más tarde fletó barcos. Esta, su última empresa, le hizo conocer de vista las riquezas de Montana y de North Dakota. Un camino de fierro que se había comenzado en estas regiones estaba expuesto á una quiebra. Compró esta línea perdida ya, y hoy, debido á los contratos que ha sabido hacer y de trasborde en trasborde esta línea hace el servicio directo de Buffalo al Japón. Hé allí realizado el tipo de uno de esos grandes negocios americanos, de los que es la base la pequeña experiencia personal y cuyos resultados se amplifican hasta lo fantástico por la audacia de las combinaciones.

No es ménos típico el interior de la casa amueblada por este hombre. En ella hay cuadros por todas partes y más cuadros. Corot, de hermosura primitiva, y entre otros la *Biblis* que figuraba en la venta Secretán; Troyón, De Camps, un Courbet colosal, de Delacroix, los *Convulsionarios* y una perspectiva de las costas del Maroc, ante la cual me detuve creyendo estar soñando. Ví esta tela hace muchos años. La busqué después en centenares de Museos públicos y privados, sin que un solo libro me diese la indicación de su actual posesor, y aquí vengo á encontrarla.

Representa una playa corta y estrecha, una márgen de playa arenosa al pié de un áspero arrecife. Unos moros arrebataban con rapidez una gran embarcación. El pueblo, un nido de piratas, se distingue blanquísimo y muy alto en una quebradura del terreno. Esa plaza de casuchas escondidas en esa quebradura solitaria, la salvajez de esa playa, el apresuramiento de esos marineros, la libertad de la mar inmensa de un azul intensísimo bajo un ardiente cielo, todo revela la audacia, el golpe de mano, el peligro.

Se vé el realismo y lo romancesco, el colorido brillante y lo dramático, en ese cuadro de un artista reflexivo y apasionado, y que iba siempre en busca de una belleza complexa en la que lo indefinido de un misterio trágico se mezclase al esplendor de lo representado.

¡Qué carrera ha hecho esta tela entre el taller del pintor y la galería de un millonario al borde del Oeste! Ví también en Baltimore, en la colección de otro magnate de otro camino de fierro, la serie completa de los dibujos de Barye, de ese mismo Delacroix, un *Cristo durmiendo en la tempestad*, con un admirable paisaje marino, una ola lívida en lo glauco, bramadora y desencadenada, bajo un cielo lívido en lo vio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

leta,—Tromentin, Daubigny, otros Corot, otros Decamp, otros Troyón, Bonnat, toda la gloria francesa! ¿A qué sentimiento obedecerán estos especuladores enriquecidos al amontonar así, en el interior de sus casas los tesoros del arte que parece ser más extraño á lo que constituye el oficio y la pasión de toda su vida?

En ello creo entrever desde luego ese ensueño por la cultura, esa nostalgia de un placer intelectual que me conmueve siempre ver en esos personajes tan saturados de energía práctica. En seguida reconozco en ello una voluntad de buen patriota. Tienen una especie de amor, enteramente particular, por la ciudad donde se han establecido, á la que han visto crecer, nacer algunas veces y á la que quieren asegurar todas las superioridades. Como un museo es una de ellas, se lo forman en su propia casa. Casi siempre el testamento de estos grandes negociantes contiene una cláusula que testifica cuán profunda y general es la idea de que los millones traen consigo deberes cívicos. Destinan quinientos mil dollars de subvención para la Biblioteca, para la Universidad, para el museo de su ciudad. Si alguno de ellos muere sin haber tomado disposiciones de este género, sobre su memoria recae una censura universal.

A causa de esto está orgullosa de sus millonarios cada una de esas ciudades industriales. El cochero más significante enseña sus moradas, conoce las las cifras de su fortuna y los designa con su diminutivo. Se subentiende que una solidaridad municipal une á estos potentados del dollar con sus conciudadanos inmediatos. De hecho existe esta solidaridad, material y cuotidianamente. El mismo M. Chauncey Depew, de quien citaba un discurso hace poco, decía á un repórter estas significativas palabras:

—"En los Estados Unidos, un presidente de camino de fierro es un gran servidor del público. Tiene bajo sus órdenes veinte ó treinta mil hombres, lo que representa cien mil y á veces doscientas mil bocas que mantener y no es tan solo el bienestar físico, sí que también el bienestar mental y moral de ésta, el que tiene en sus manos. No podría hacerlo todo, ni dejar contento á todo el mundo. Pero puede mucho y cuando ha hecho lo más que pueda, no encontrareis otro hombre que colocado en *posición prominente* produzca más para la confortación *and good citizenship* de las grandes comunidades....."

Entre nosotros es la menos conocida de las virtudes del negociante americano, ese civismo caluroso. Creo que es una de las más sinceras, dándole su parte á la verdad y la suya al *humbug*.

....Por tener los ojos llenos de la luminosa poesía de este cuadro de Delacroix, me costó trabajo recobrar el sentido para el paisaje que se vé entre las dos ciudades de San Pablo y Minneápolis. Y sin embargo es aun más expresivo. Las pocas millas de terreno que separa estas ciudades una de otra, están todas distribuidas en lotes sobre poco más ó ménos iguales y en todas partes se lee esta inscripción: "De venta," multiplicada indefinidamente. Dentro de cincuenta años los arrabales de las dos "gemelas del Oeste," como se les llama con frecuencia, se confundirán aquí.

Empiezan á aparecer, á poco andar, casas de madera, luego casas de ladrillo. Es Minneápolis; aunque estas primeras construcciones estén aun diseminadas como rancherías en una montaña, ya las calles están trazadas y numeradas. Un tranway eléctrico recorre estas manzanas, que á pesar de sus rarísimas casas, permanecen en estado de dibujo ideal. Es co-

mo el plano hecho anticipadamente y sobre el mismo suelo, de una ciudad colosal, proyectada, soñada ó mejor calculada, y á la que servirá esta electricidad en sus futuras necesidades. Los albañales están ahondados, las fuentes manan, todo este terreno está canalizado. Solo habitantes faltan!

Hay, sin embargo, ciento sesenta y cinco mil en los cuarteles construidos, que á su vez son una pequeñísima porción de los previstos por los negociantes de Minneápolis. Chicago cuenta con más de un millón de almas y ellos no ponen en duda que su ciudad sobrepasa á Chicago. Y por lo mismo han tomado sus precauciones. Han comprado todo el terreno circunvecino que han podido comprar. Lo fraccionan y lo venden pedazo por pedazo. Han dotado á sus barrios por construir, del órgano vital, la facilidad del trasporte rápido que permite á cada obrero tener su casita—y esperan con la fuerza de la esperanza propia del Americano, sin duda por ello de estar metidos en otras especulaciones que les compensarán el fracaso de esta en el caso, para ellos improbable de que abortara.

Uno de los mayores especuladores de Minneápolis, el que tal vez ha creído con más fé desde el primer día en el porvenir de esa ciudad, me condujo en su carro eléctrico—un carro eléctrico particular; ¿dónde, que no sea aquí, se encontrará este capricho? —Quiere probarme que él y sus amigos no solo han previsto el acrecentamiento material de la ciudad, sí que también han pensado en su vida artística.

El carro se desliza á lo largo de su hilo con espantosa rapidez. No tiene que detenerse para tomar pasajeros. Hemos dejado las porciones construidas y casi al momento las partes por construir con sus calles imaginarias y la infinidad de sus etiquetas de venta fijadas sobre postes. Estos carteles son tan numerosos, que hacen parecerse este distrito á los acirates de un jardin botánico destinado á los habitantes de Brobdingab. Costea ahora el carro un pequeño lago, caya agua azulosa tiembla entre árboles jóvenes y delgados. Se ha cortado, matado la selva primitiva y este tímido ensayo de plantación parece desnudar más el horizonte.

Llegamos á la punta de un bosque mejor preservado que sirve de fresca ortadura á un segundo lago. Sobre la orilla se levanta uno de los más extraños teatros de música que haya sido posible visitar. Se extienden graderías mirando al lago. Hacia arriba se distribuyen en aposentos, hacia abajo se extienden en patio. Las tablas de madera puestas en estos aposentos y sobre este patio me recuerdan que en Minneápolis el fondo de la inmigración es germana. Este sitio está visiblemente preparado para hombres de cervecería: alemanes, suecos, daneses, noruegos. Una vasta almadía está en la amarra frente al teatro. Tiene una estrada destinada á la orquesta. Durante las hermosas noches de estío, allí se dan conciertos y cuando el público lo pide, la almadía se aleja para aumentar con la distancia el encanto del trozo de música ejecutado así. Esta adaptación democrática de los sueños del rey Luis de Baviera, cuesta á la gentecilla que quiera disfrutar de ella, diez sueldos de trauway y veiticinco sueldos de entrada, sin duda con consumo como dicen los avisos de los cafés-conciertos!.....

Toda la América está allá adentro; la orquesta se compone de artistas escogidos y que serán mejores año por año con el acrecentamiento de las riquezas de la ciudad. El cuadro del paisaje es exquisito en esta mañana de otoño, velada sobre el bosque ama-

rillento y sobre el agua violeta. ¿Cómo será en las claras y tibias noches de luna del mes de Junio? La idea es delicada y primorosa como capricho de fiesta popular. Y el todo tiene como principio una especulación del tranway que reposa á su vez sobre una especulación de terrenos!.....

El más humilde realismo, el más sujeto á la minuciosa observación de los hechos, y á la vez una audacia de imaginación que jamás retrocede, que engancha proyectos tras de proyectos, que infla empresas, ya por sí mismas enormes, que se exalta en combinaciones de más en más colosales;—el individualismo más rígido, el más implacable, el de un animal de presa de elevada especie que camina devorando cuantas vidas halla á su derredor ó si se quiere la violencia de acción de un río que se desborda, absorbiendo todas las aguas, inundando todas las tierras, rodando su insaciable oleada á través de países asolados y al mismo tiempo una generosidad sin igual, una magnanimidad de pasión cívica que prodiga los millones en obras desinteresadas, que se esparce en sacrificios infatigables por la patria común;—un plebeyismo muy reciente en su orígen, una modestia, una bajeza frecuente de nacimiento, de familia, de educación, que, según parece, no ha podido mejorar una labor enteramente profesional, y ceñido á esto magnificencias y suntuosidades de grandes señores, el gusto por las artes, el amplio conocimiento de un lujo inteligente y una facilidad natural en el manejo de esas formidables riquezas adquiridas ayer; tales son los caracteres contradictorios que el análisis, aun el más superficial, descubre en la complexa fisonomía del hombre de negocios ó del banquero americano.

Nada más al anotarlos en este brevísimo resúmen creo percibir que estos caracteres son también los de la raza entera y bajo el potentado que reina como amo en su camino de fierro, en su manufactura, en su periódico, en su mina, reconozco al colono primitivo con sus lineamientos morales que la fortuna no ha podído cambiar.

Este colono vino ya hace cincuenta, ya cien años, á establecer sobre esta tierra nueva aún y en ella tuvo que luchar con la lucha más directa, la menos facilitada por las convenciones sociales, luchar contra las gentes, luchar en contra de la naturaleza, luchar contra sí mismo. Su carne se revelaba contra las asperidades de los primeros años. El campo le era hostil. Sus vecinos eran duros, peligrosos, no concedían merced. La necesidad de obrar forzó al hombre á observar, á no formarse sino ideas netas y precisas. Esta preceptora inexorable le ha curado de las frases, de las fórmulas, de las preocupaciones y del poco más ó ménos.

Esto en lo concerniente al realismo.

Pero esta lucha del colono tenía ante sí todas las posibilidades. Expatriaciones de esa naturaleza no se explican sin una de esas esperanzas locas que encuentran en sí mismos los desesperados en instantes supremos, cuando el alma se trasforma entera por una de esas sacudidas que no dejan en ella nada del pasado. Y apenas llegado aquí, todo contribuía á exaltar aun más esta fiebre de esperanza en el desterrado: la tierra increiblemente fértil, el misterio de las minas de oro y de plata siempre por descubrir, la pradera locamente abundante de caza, las selvas inagotables y el cuotidiauo ejemplo de fortunas gigan-

tescas improvisadas en algunos años. Eso en lo tocante á la imaginación.

Sin embargo, continuaba el aflujo de los emigrantes, tan numerosos, la concurrencia vital se hacia tan violenta en este corro de aventureros, todos hombres de miseria y energia, se cumplía la justicia de modo tan sumario, que fué necesario recurrir al *Faustrecht*, á ese derecho del puño que fué el principio del órden en la edad media alemana. El linchamiento es su último resto.—Eso en lo referente al individualismo.

Por otra parte esos mismos colonos encontraban en esta dura existencia un renuevo de su personalidad. Se rehacian un destino sin pasado y sentían por la tierra libre que les había permitido este nuevo comienzo de vida una gratitud apasionada. Y este es el orígen del patriotismo americano tan distinto del nuestro. No entra en él la tradición, puesto que estas gentes salvo un corto número de familias que son contadas, tienen sus tradiciones en otra parte. Ellos aman á esta nueva patria precisamente porque es nueva. Y ellos son los que dan nacimiento á esta tradición. Son sus antecesores y lo saben.—He aquí lo que se refiere á la exaltación del civismo.

Por ultimo, estos colonos eran plebeyos ó se encontraban forzados á serlo, puesto que debían trabajar con sus propias manos. Nada más que la vasta extensión de sus dominios, el hecho de no depender de nadie, el gozo de ser los amos y señores de una tierra desmontada por ellos mismos, la conciencia de una virilidad regenerada, el hábito de la iniciativa sin contrapeso, todo se reunía para crear y fomentar en ellos ese orgullo que el americano más insignificante, nacido en el país, manifiesta naturalmente.

Miradlo bien, el banquero, el hombre de negocios,

no es otra cosa sino ese colono amplificado, desarrollado, agrandado.

Nunca ha sido más visible que aquí la ley de la herencia, en esta trasposición sublimada, si así puede decirse. Reaparece toda el alma del colono campesino de los primeros días, en las empresas y en las fantasías de los millonarios y como esta alma continúa agitándose en el americano pobre que no ha podido vencer á la suerte, se establece un parecido moral entre los más desgraciados y los más hartos, parecido íntimo y profundo de que está formada la verdadera cohesión de este país. Es á causa de esta singular identidad por lo que se mantiene siempre unificado, apesar de tantas causas que sin cesar trabajan para desagregarlo.

Estos banqueros que están en vía de construir una civilización del lado Oeste, con elementos todos extraños á él, la construyen naturalmente á imágen del carácter americano. La conciencia nacional se proyecta debido á ellos en ciudades y en empresas de una unidad tan completa que los viajeros se quejan de ella. Están acordes en reprochar á este país su cruel monotonía. No recuerdo qué humorista comparaba las cosas de América á las fresas producidas en los invernaderos tan gruesas como los albaricoques, tan rojas como las rosas, espléndidas para ser vistas, pero que no tienen sabor alguno.

Si este epígrama encierra algo de verdadero, á los banqueros es á quienes se les debe. Aplicando á todos los productos el mismo método de multiplicación indefinida, duplicando en todas partes al obrero con la máquina, sustituyendo sin cesar la gran tarea colectiva y apresurada á la tarea individual y delicada, han desterrado, en efecto, lo pintoresco de la atmósfera de su república. Todas esas grandes ciudades,

todas esas grandes fábricas, todos esos grandes puentes, todos esos grandes hoteles, se asemejan. Pero lo que es necesario pedirles no es una impresión de arte, es un dato sobre las fuerzas profundas de la vida americana y este dato se agrega á los otros para completarlos confirmándolos.

El carácter particular que manifiestan los banqueros en todas las empresas, cuyo símbolo brutal son estas ciudades y esos panoramas que es el mismo que manifiestan las mujeres en su elegancia y en su cultura, que la sociedad de Nueva York enseña en su lujo, en sus diversiones y en su conversación y que Nueva York manifiesta á la primera inspección en sus calles y en sus casas: es ese mismo rasgo tan característico y que es nacional. Y este carácter se reduce al uso único y constante, al uso llevado hasta el abuso de una sola de las potencias humanas: la voluntad.

Aquí con evidencia es la pieza maestra del engrane á la que están subordinadas todas las demás. Si se observa á alguno de esos banqueros, después de haber estudiado á fondo su obra, pronto se descubre que aun el mismo aparato fisiológico, tan robusto comunmente, está dirigido todo él en ese sentido. Ya cuenten, treinta, ya cuarenta, ya cincuenta años de edad, tienen por único ideal el *hardwork*, el trabajo intenso que exigen á sus empleados tanto como á sí mismos. Se refiere que son necesarios muchos meses para endurecer á los obreros ingleses—y que son los mas duros de Europa—en la rudeza habitual á los talleres americanos.

Pero el patrón está él mismo en su despacho antes de la primera hora de trabajo en la mañana y no se retira sino á la última. A menudo para reparar el cansancio de tan larga sesión no ha tomado sino dos

sandwichs y seis ostiones pedidos á una cantina próxima. Por muy fuerte que sea su constitución no pasan muchos años sin que se deteriore profundamente. Necesita detenerse. Es bastante el género de reposo que le prescriben los médicos para reparar la naturaleza y la intensidad de su cansancio. Necesita seis meses de viaje, casi siempre en la mar, para dar á su organismo trabajado, medio roto, la reparación conveniente.

Los que más resisten llevan impresa la huella de las fatigas soportadas por su enorme temperamento. Son gigantes de dorso redondo, hecho más cargado por las innumerables sesiones pasadas en su "office," y que tienen la cara demacrada, en la que puede leerse una especie de vejez de la sangre. Revela la expresión de estas fisonomías una tal tensión de la inteligencia que no se cree posible que se distraiga nunca.

Hablando con ellos, llega uno á explicarse la razón por qué anuncian los diarios sin cesar la muerte súbita de un millonario acaecida en un bufete, en el camarote de un buque, en un departamento especial de una vía ferrea. Las palabras *heart disease*—enfermedad del corazón,—van unidas comunmente á la noticia fúnebre con un comentario que hace se adivine á la máquina humana usada hasta sus asientos por la continuidad no interrumpida del gasto nervioso. Estos hombres que manejan los dollars son, en definitiva los héroes modernos en quienes la fuerza de ataque y de resistencia es análoga, bajo muchas diversas formas, á la fuerza de ataque y resistencia de un veterano del Emperador. Mueren, después de haber vivido mucho, únicamente de eso.

Esta es la grandeza y el límite de esa civilización: la vida intelectual está postergada, postergada la vi-

da sentimental y postergada aun la misma vida religiosa. La vida voluntaria es la que allí consume toda la savia del individuo. A veces parece, tan hipertrofiada así está, moverse en el vacío y sin objeto. Es también el defecto de toda esta sociedad. Por todas partes se percibe que los Americanos han hecho á un lado al tiempo y que, por una ley misteriosa, no hacen tan poco nada que deba durar. Todo el adorno de esas ciudades babélicas tiene que ser reemplazado por otro. De ello se tiene la visión anticipada. Las máquinas cederán su lugar á otras máquinas, más sencillas ó más complicadas. Dentro de diez años, estos hoteles colosales, perforados con mil tubos, alumbrados por la electricidad, surcados por el agua caliente y por el agua fría, incesantemente recorridos por rápidos elevadores, amueblados con magnificencia tan extravagante, pasarán de moda, *old fashioned*. Otros nuevos los habrán sustituido.

Con todo lo demás pasa lo mismo, desde las máquinas de escribir hasta las fortunas y así proseguirá al parecer, indefinidamente, á menos que esta América de los industriales y de los especuladores, pase también, como pasó la América de los colonos campesinos y que deba suceder á este frenesí de empresa una civilización que tenga por llave maestra, no ya á la voluntad consciente y calculadora, sino al instinto, á la costumbre, á la naturaleza heredada y sufrida. Pero, en todo caso, está muy lejana esta metamórfosis suprema. Y se comprende la razón cuando se estudia un mapa de Estados Unidos, comparando la extensión del territorio al número de sus habitantes. Usan los Americanos chiste, hasta cierto punto justificado, de decir que si á la Francia entera se la pusiese en medio de Texas, aun quedaría mucho Texas á su derredor. Conviene agregar, que este inmenso Texas no tiene tres millones de habitantes. La Florida no tiene cuatrocientos mil y se necesitan catorce horas de camino de fierro para subir de Lak-Worth á Jaksonville. Sobre cuarenta Estados, treinta están en condiciones análogas. Este es el secreto de esta civilización. No ha franqueado el período de conquista. Su prodigiosa originalidad reside en que el conquistador ha llegado de un golpe hasta el refinamiento de la civilización más avanzada. Semejante fenómeno no se había visto nunca. Jamás volverá á verse. A causa de esto, los conductores de esta conquista de órden exclusivo, los banqueros no se parecen en nada á nuestros bolsistas, á nuestros industriales, á nuestros manufactureros, ni á nuestros ingenieros, como Chicago en nada se parece a Paris, ni Minneápolis á Florencia. Me gustan más las ciudades de la vieja Europa, pero admiro más á los banqueros del Nuevo Mundo. La obra ejecutada por ellos á fuerza de voluntad improvisadora no equivale á la obra que entre nosotros han elaborado los siglos, pero los constructores actuales de este país son muestras de una humanidad más vigorosa.

VI

LOS DE ABAJO.

I.—LOS OBREROS.

"Los negocios" ha dicho un humorista del socialismo, corrigiendo una célebre frase: "los negocios son el trabajo de los otros...." Esta fórmula solo es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da sentimental y postergada aun la misma vida religiosa. La vida voluntaria es la que allí consume toda la savia del individuo. A veces parece, tan hipertrofiada así está, moverse en el vacío y sin objeto. Es también el defecto de toda esta sociedad. Por todas partes se percibe que los Americanos han hecho á un lado al tiempo y que, por una ley misteriosa, no hacen tan poco nada que deba durar. Todo el adorno de esas ciudades babélicas tiene que ser reemplazado por otro. De ello se tiene la visión anticipada. Las máquinas cederán su lugar á otras máquinas, más sencillas ó más complicadas. Dentro de diez años, estos hoteles colosales, perforados con mil tubos, alumbrados por la electricidad, surcados por el agua caliente y por el agua fría, incesantemente recorridos por rápidos elevadores, amueblados con magnificencia tan extravagante, pasarán de moda, *old fashioned*. Otros nuevos los habrán sustituido.

Con todo lo demás pasa lo mismo, desde las máquinas de escribir hasta las fortunas y así proseguirá al parecer, indefinidamente, á menos que esta América de los industriales y de los especuladores, pase también, como pasó la América de los colonos campesinos y que deba suceder á este frenesí de empresa una civilización que tenga por llave maestra, no ya á la voluntad consciente y calculadora, sino al instinto, á la costumbre, á la naturaleza heredada y sufrida. Pero, en todo caso, está muy lejana esta metamórfosis suprema. Y se comprende la razón cuando se estudia un mapa de Estados Unidos, comparando la extensión del territorio al número de sus habitantes. Usan los Americanos chiste, hasta cierto punto justificado, de decir que si á la Francia entera se la pusiese en medio de Texas, aun quedaría mucho Texas á su derredor. Conviene agregar, que este inmenso Texas no tiene tres millones de habitantes. La Florida no tiene cuatrocientos mil y se necesitan catorce horas de camino de fierro para subir de Lak-Worth á Jaksonville. Sobre cuarenta Estados, treinta están en condiciones análogas. Este es el secreto de esta civilización. No ha franqueado el período de conquista. Su prodigiosa originalidad reside en que el conquistador ha llegado de un golpe hasta el refinamiento de la civilización más avanzada. Semejante fenómeno no se había visto nunca. Jamás volverá á verse. A causa de esto, los conductores de esta conquista de órden exclusivo, los banqueros no se parecen en nada á nuestros bolsistas, á nuestros industriales, á nuestros manufactureros, ni á nuestros ingenieros, como Chicago en nada se parece a Paris, ni Minneápolis á Florencia. Me gustan más las ciudades de la vieja Europa, pero admiro más á los banqueros del Nuevo Mundo. La obra ejecutada por ellos á fuerza de voluntad improvisadora no equivale á la obra que entre nosotros han elaborado los siglos, pero los constructores actuales de este país son muestras de una humanidad más vigorosa.

VI

LOS DE ABAJO.

I.—LOS OBREROS.

"Los negocios" ha dicho un humorista del socialismo, corrigiendo una célebre frase: "los negocios son el trabajo de los otros...." Esta fórmula solo es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medio justa aplicada á Estados Unidos, en donde los millonarios se agobian, también ellos, con rudas tareas, tanto ó más que los más oprimidos trabajadores de su vía férrea ó de sus minas. Tiene de exactitud que la instalación de los grandes negocios supone como primer elemento el trabajo del hombre de fatiga. Detrás del capitalista, por más inteligente, por más activo, por más emprendedor que sea, está siempre el obrero.

Sentado que la América es una democracia por excelencia, este personaje es el que constituye su asiento fundamental. Si la civilización de este país debe cambiar de nuevo, como frecuentemente dá de ello la impresión, cambiará por el obrero, como la Francia de 89 que reposaba sobre el paisano, cambió por el paisano. De vez en cuando, huelgas, que en cualquiera otra parte que no aquí, se denominarían guerras civiles, parecen presagiar de hecho uno de esos duelos de clases cuya terminación no es dudosa nunca. Los más desgraciados, desde que hay bárbaros y civilizados, han vencido siempre á los más dichosos cuando se ha librado la batalla.

En otras veces, fuera de estos instantes de crisis sobreaguda, al hablar con algunos de estos obreros se les halla evidentemente muy dichosos con su trabajo, se les ve ejecutarlo perfectamente con la independencia de los ciudadanos libres retratada en sus broncas fisonomías! Poseen visiblemente la calma de la energía, entre el vaivén de los émbolos, el roce de las correas de cuero, el ronquido del vapor y el jaleo de los volantes! El gasto de fuerza personal está tan inteligentemente ahorrado, tan seguramente apoyado en la ayuda mecánica! Por otra parte se sabe que los salarios son muy superiores á los de Europa; dollar y medio, dos, tres y aun cuatro dollar

por día. Se conocen las sociedades mutualistas que circundan á la actividad de estos hombres. Son estas sociedades tan numerosas, tan completas, y están tan dispuestas para sostener al trabajador y á los suyos en tantas circunstancias, desde la carencia del trabajo hasta la muerte! Debido á una de estas sociedades tiene el hombre su casa propia. Gracias á establecimientos de toda clase está asegurada la educación de sus hijos. El impuesto de sangre, ese abuso monstruoso de nuestra civilización se le ha ahorrado á él y á sus hijos. Y se llega á esta idea que ha determinado á tantos emigrantes á abandonarlo todo: que la América es el país del proletario.

¿Cómo pues, pueden conciliarse dos puntos de vista fundados ambos sobre hechos indiscutibles, aunque radicalmente contradictorios? Si se hojean las publicaciones redactadas por obreros y obreras aparece la misma contradicción y aun más marcada. Se lee en los programas de una de las sociedades que pasa por más adelantada, frases como esta: "*Calling upon God to witness the rectitude of our intentions....*"—"Llamamos á Dios para que reconozca la rectitud de nuestras intenciones."—En una especie de himno en honor del día de ocho horas, que termina con estos versos:

Eight hours for work, eight hours for rest, eight
(hours for what we will.

"*Ocho horas para trabajar, ocho para descansar y ocho para entregarnos á nuestra fantasía.*"

se lee tres veces el nombre de Dios y tres veces el *His* y el *Him* á él aplicados y con letras mayúsculas. De aquí se deduce que el deseo natural de reformas benéficas se asocia en el obrero americano á un profundo instinto religioso y se juzga que este rasgo co-

rresponde lógicamente al carácter nacional. Desde el momento en que la llave maestra de este carácter es la voluntad, el sentimiento más desarrollado debe ser el de la responsabilidad y la vida religiosa es la condición más natural de ésta.

Se abre otro periódico destinado también á los obreros y que es señalado como típico, y se encuentran en él con estupor, declaraciones como la siguiente: "El paraíso es un sueño inventado por los pillos que quieren ocultar sus bribonadas á sus víctimas." —"Cuando comprenda el trabajador que el otro mundo de que se le habla sin cesar, es solo un espejismo, tocará á las puertas de los ladrones ricos con un rifle en la mano y pedirá su parte de los bienes de este mundo y desde luego . . . . . "—"Religión, autoridad, Estado: una sola pieza de madera ha servido para tallar estos ídolos. Todos nosotros la haremos pedazos . . . . "

¿Qué debe pensarse de una clase social para la que son igualmente ciertos documentos tan opuestos? Es un problema de psicología muy complexo para que yo pretenda resolverlo. Pero al ménos entreveo una suposición que hará comprender la coexistencia de ideas antitéticas en el proletariado Americano. Estudios prolongados sobre el terreno mismo, visitas á fábricas, lectura de muchos informes oficiales sobre la cuestión del trabajo, paseos al través de innumerables casas de obreros y conversaciones con personas especialmente competentes en ese ramo, se han reasumido para mí en esta hipótesis. Reproduciré, entre las notas tomadas en el curso de esta inquisición muy exígua aun, aquellas que concuerdan con el tono familiar de este diario que no tiene la ambición de ser un tratado de economía política.

———

. . . . . He tenido dos conversaciones con dos hombres que son de los que más han pensado con mayor eficacia en los problemas del porvenir social de la América. Su Em. el Cardenal Gibbons y Mgr. Irlland son los dos que me ha parecido resumen con autoridad y claridad superiores el punto de vista del optimismo relativo á este porvenir. Y ambas conferencias las transcribo reunidas, porque se completan una á otra aunque hayan tenido lugar con algunas semanas de distancia.

Todo el mundo conoce hoy en Francia el nombre de estos dos apóstoles, debido á los trabajos de M. de Meaux y de M. Max. Leclerc y también á la hermosa traducción que hizo el abate Klein de algunos discursos pronunciados por el Arzobispo de San Pablo. Ambos prelados han sido los activos obreros de la propaganda católica en los Estados Unidos, de la que ya he hablado. Será posible medirla con mayor exactitud recordando algunas cifras.

A principios del siglo actual el número de los católicos americanos ascendía á veinticinco mil. Un obispo y treinta sacerdotes eran suficientes para el servicio de este número de almas. Hoy se enumeran cerca de diez millones de fieles. Sus iglesias y sus cementerios se multiplican. Han fundado á las puertas mismas de Washington una universidad que asegura á la enseñanza todas las supremacías de la ciencia más moderna. Mgr. Keane la dirige. Este rector, que tiene un rostro vigoroso propio de los hombres de acción, una voz vibrante, unos gestos que son casi duros en determinados momentos, y unos ojos chispeantes, es una de las más grandes figuras de la alta clerecía americana.

—"Todo lo que hemos hecho," me decía, "lo hemos ejecutado por la libertad. No tenemos relación

ninguna con el Estado, y á pesar de ello estamos perfectamente. Los fieles son los que nos pagan y lo preferimos..... Si creen que somos demasiado severos y si quieren hacérnoslo sentir, lo soportamos sin pena, pues también gustamos de la carencia de lujo y de la representación.... Cuando era yo Obispo de Richmond tenía una diócesis muy pobre, habitaba dos cuartos pequeñitos y era yo muy feliz.... Lo que no nos gusta es que los ministros de la Iglesia posean un tren de príncipes y que formen una nobleza..... Pues que estas vanidades no son convenientes en los discípulos del divino Maestro.....''

He allí sentimientos que explican mejor que comentario alguno, por qué el clero ha conquistado un lugar contra el que no prevalecerán los esfuerzos de los fanáticos de la intoleraucia, como los A. P. A. Así se denomina una liga anticatólica recientemente formada aquí, y que se titula á sí misma *American Protection Associstion*. Los que la componen aborrecen á la Iglesia con ese extraño odio tan común entre nosotros. Han comprendido que era indispensable atacarla en Estados Unidos, sobre el propio terreno de la libertad. Y aun en este procedimiento se parecen á los radicales de nuestro país. Consiste su programa en representar al catolicismo como incompatible con los deberes verdaderos del ciudadano americano. Apelan al artículo de la ley de naturalización, relativo á la renuncia completa y absoluta de fidelidad á todo soberano extranjero. Y agregan: ''¿No se proclaman los mismos católicos dependientes del Papa que reside en Roma?''

Ni el equívoco peligroso de este razonamiento que procura confundir al mundo espiritual con el mundo temporal, ni la difusión por miles de documentos falsos en que los nombres verdaderos de los obispos de

Baltimore y San Pablo figuran al pie de instrucciones secretas, redactadas con la más hábil perfidia, ni la prudente apelación á la vieja hostilidad contra el papismo, tan viva en el corazón de los descendientes de los Puritanos, en fin, ninguna maniobra ha podido luchar contra el ardor evidente de energía cívica desplegada por este episcopado tan lleno de vida verdaderamente. Ni uno solo de estos prelados ha dejado pasar la menor oportunidad de servir al pueblo, ni de manifestarse como hombre de su tiempo y de su país. Cuando fué amenazada en Roma la Asociación de los Caballeros del Trabajo, el Cardenal Gibbons y Mgr. Irlland, no vacilaron en ir allá para defenderla. Cuando los organizadores de la Exposición de Chicago tuvieron la idea de abrir el Congreso de las Religiones, que será siempre, á pesar de los tristes charlatanismos de detalle, uno de los símbolos más nobles de nuestra época, el mismo Cardenal Gibbons aceptó abrirlo por medio de una solemne oración.

En todas circunstancias laten sus corazones al unísono del de la nación. En ello no tienen ningún mérito. Una constitución liberal les permite practicar su fe sin trabas, asociarse y poseer sin discusión, fundar obras sin enredos y asegurar el reclutamiento de su clero sin chicanas—¿qué más pueden pedir? y ¡cómo se apresurarían los católicos de Francia á aceptar con entusiasmo la supresión del Concordato unida á la del presupuesto de los cultos con tales garantías! Y además, este clero de los Estados Unidos es real, íntimamente americano. Los caracteres que distinguen á esta fuerte raza y que he hecho notar así al hablar de la sociedad como á propósito de los negocios, se hallan en estos obispos y en estos sacerdotes con la misma intensidad. Desde luego tienen el

realismo, la intensa visión positiva del hecho. Léanse los dos tomos en que ha resumido el cardenal para sus compatriotas el dogma católico y en particular las páginas relativas al divorcio. Hay en ellas el atrevido vigor de la esperanza y la amplitud enorme del proyecto. El obispo de San Pablo exclama:

—Tenemos una admirable oportunidad. Dentro de cien años tendrá la América cuatrocientos millones de habitantes. Nuestra obra consiste en hacer á toda esta América enteramente católica!....."

Por encima de todo tienen la gran virtud nacional, la voluntad.

—"Nuestra divisa, dice aun uno de ellos, es *osar y hacer*."

Estamos bastante lejos del sacerdote funcionario á quien el Estado envuelve en pañales protegiéndole, lejos de las leyes restrictivas que impiden que puedan poseer las órdenes religiosas, que sus fábricas puedan administrarse y que pueda ser reclutado el clero libremente! Hace ya muchos años de esto y yo comía en la misma mesa que Gambetta. Era al día siguiente de la guerra y el jefe del oportunismo hablaba del programa que llevaría á cabo si alguna vez llegaba al poder.

—"¿Y la separación de la Iglesia y del Estado?" —dijo uno de los convidados.

—"Nos guardaremos de ello" respondió con viveza aquel á quien sus íntimos llamaban entónces el tigre. Sería preciso darle libertad á la Iglesia y sería muy fuerte...."

Aquí es en donde he comprendido el alcance de esta frase, caída en mis recuerdos de jóven. Gambetta al pronunciarla estaba en la verdadera tradición Jacobina y Cesariana. El que pensase así ese poderoso hombre de Estado, el único que pudo dar nacimiento á la Revolución de 1870, y que fuese de buena fé, demuestra, mejor que muchas páginas, lo que puede diferir la traducción en hechos, en leyes y en costumbre de esta misma palabra: la democracia.— Una Constitución no vale nada sino para las gentes que la practican.

La memoria tiene sus caprichos. En un día muy frío, yendo de Washington á Baltimore en donde debía ver á Mgr. Gibbons, la imágen del antiguo dictador de Tours me atormentaba debido á esa frase escapada de su elocuente boca entre dos fumadas de un puro muy negro. en el comedor de un piso bajo de la calle Linné. Me preguntaba lo que hubiera llegado á ser la Francia si este orador de tan grandes alientos, tan inteligente, tan susceptible de adaptación y de educación hubiera hecho un viaje á América y si hubiese visto por sí mismo lo que la Iglesia hoy día representa de fecundidad democrática y de amplia enseñanza popular cuando es libre.

Después vino á llenar mi ensueño otra imágen enteramente diferente la del desgraciado y sutil Edgardo Poe, que escribía su *Cuervo*, hace ya medio siglo en la capital de Maryland, cuyas casas veo levantarse hácia abajo, Aunque el genio de este poeta no sea hoy, según mi opinión, una gran cosa, debido al terrible abuso que hizo de lo artificial y al engaste casi mecánico de todas sus ideas, la naturaleza de su sensibilidad aun me conmueve, y más todavía, lo miserable de su destino. Pienso en el misterio, siempre renovado, de la formación de las almas. La del poeta tuvo su principio de desesperación y de degradación en esta sociedad en donde la del sacerdote á quien veré dentro de un momento ha tenido completa expansión. La espiritualidad del uno causó su agonía; la espiritualidad del otro ha sido causa de su

fuerza en el mismo cuadro de la misma civilización.

Pero viendo el primer aspecto blanquísimo de Baltimore y andando por sus calles, siento que es de todas las ciudades americanas que hasta ahora he visto, la que más se presta á tener ensueños poéticos. De la calle de San Cárlos, algo estrecha, apretada entre sus casas de color claro y no muy altas, se desprende un encanto íntimo. El silencio rodea la plaza donde se eleva el monumento á Washington y me recuerda la elegante plaza de Stanistas en Nancy. Experimento la impresión, aquí tan rara y que se me asegura tendré con mayor intensidad en Filadelfia, de la duración de un punto de ciudad, que sobrevivirá en el mismo estado. Esta decoración, que es ménos momentánea, ménos violenta y más delicada, se armoniza con mi ansiedad al acercarme al primado de América pensando en él, tal cual los sacerdotes de la Universidad de Washington me lo han pintado. Unos pasos más dados en la banqueta de esta calle tan silenciosa y que no tiene ni tranways eléctricas ni carros de cable, y me encuentro ante un palacio que reviste la misma sencillez de estilo que las demás casas que lo rodean. Lo domina la cúpula de una iglesia. Y esta es la morada del cardenal.

Me recibe su Eminencia en un salón sin fausto, adornado con retratos de prelados célebres. El de Leon XIII y el del Cardenal Manning son grabados y están puestos sobre caballetes. Fisiológicamente Mrg. Gibbon pertenece á la raza de ascetas en quienes parecen haber dejado las mortificaciones solo la carne necesaria para soportar el trabajo del alma.

Aunque tiene más de seseuta años, no representa sino cincuenta, tan esbelto parece con su estatura delicada y flaca. Lo había entrevisto el otro día en

Washington, en una de las tribunas del Congreso, llevando únicamente como insignia de su dignidad un casquete de púrpura, puesto en la parte posterior de la cabeza. Ahora, en su casa está vestido con la sotana negra orillada de rojo, una sotana irreprochablemente limpia, pero que no es muy nueva y bajo la que se ven sus pies calzados con botines elásticos y de doble suela. En este hombre de oraciones y de acción, está impresa la sencillez, tanto en sí como á su derredor y en todas partes.

Las manos que salen de su traje talar sin puños son delgadas y finas. Su rostro reflexivo y tranquilo es afilado y está como demacrado, tiene la nariz algo larga y con el labio superior proeminente é inmóvil como el del retrato de Erasmo que está en el Louvre. Es una boca que revela al escritor y al diplomático más aún que al orador. La expresión de su rostro se encuentra más allá, en la arruga posterior y profunda del carrillo y en los ojos que se dibujan con un azul muy claro sobre esa cara casi transparente. Esos ojos miran con admirable expresión, con mirada tierna y sostenida, lúcida y recta, con mirada de certidumbre. Los psicólogos modernos tienen una palabra, muy fantástica pero muy precisa para designar esos caracteres en los que se subordinan todas las potencias á una energía central, á una fé científica ó artística, política ó religiosa, aceptada sin vacilación y sin retroceso. Los denominan *Unificados*. Ya Séneca decía, adelantándose con uno de sus descubrimientos de gran moralista á nuestras teorías modernas del espíritu:

—"Si encontrais un hombre, *uno*, habeis hallado una gran cosa."

No basta una disposición interior para componer un equilibrio semejante. Se requiere un acuerdo, que

es rarísimo, entre las circunstancias y el instinto, entre el medio y el impulso innato. Y este encuentro, en el cardenal se ha producido de modo singularmente excepcional. Al hablarle de su vida, me ha contado, lleno del reconocimiento emocional de un creyente que reconoce la acción de la Providencia tras la figura de este mundo pasajero:

—"He tenido una felicidad que no es común . . . Aquí he nacido, aquí he sido bautizado, aquí he hecho mi primera comunión y en esta misma catedral me confirieron las órdenes sacerdotales de las que ahora soy arzobispo.

Y prosiguió refiriéndome su primera visita á Roma, cuando se sentaba en el Concilio del Vaticano, siendo el más joven de los mil prelados reunidos en esa asamblea. Era Obispo de la Carolina del Sur y sacerdote hacía apenas cinco años. En esa época solo había cuarenta y cinco obispos en todo Estados Unidos.

—"Los recuerdo," dijo, "cuando llegaron aquí para la primera asamblea de Baltimore, cuando yo era canciller del arzobispo. Hoy son doble número. En esto ha pasado lo mismo que con respecto á las conversiones. Antes eran contadas. En este año en esta diócesis que es tan pequeña ha habido setecientas. *"The human soul needs food"* agregaba en inglés "el alma humana necesita alimento y no lo halla completo sino en el catolicismo."

Habla el francés con perfección, aunque busca algo las palabras. Al escucharlo se comprende que su palabra no desprenderá nunca vivos resplandores, pero está tan exenta de declamación, está su espíritu tan visiblemente al servicio de una conciencia saturada de verdad, se revela tan constante esfuerzo en cada frase para igualar la expresión con el pensamiento, sin que la frase sea rebuscada y sin que sea

débil, que emana de toda ella una irresistible autoridad, que es la misma que se desprende de su fisonomía tierna, seria y llena de firmeza. De un modo enteramente natural deja Mgr. Gibbons el francés por el inglés al abordar los problemas sociales. Al parecer debiamos emplear un idioma extraño con tanta mayor facilidad cuanto que tuviéramos que expresar ideas que nos sean familiares. Pero no es así. A medida que hemos pensado más en un asunto, nuestras concepciones más precisas exigen más la precisión del idioma que nos ha servido para formarlas. Tal vez ésta sea la razón de por qué algunos hombres superiores experimentan gran dificultad en el manejo por su propia cuenta de idiomas que conocen y que leen perfectamente.

—"Nunca he influido sobre la creación ni sobre la organización de los "*Caballeros del Trabajo*" respondió el Cardenal á una de mis preguntas" "Lo que dije con respecto á ellos, cuando mi viaje á Roma, fué que la Iglesia nunca puede tener motivos para condenar de un golpe y en principio á todas las asociaciones de trabajadores. Siempre he pensado y sigo pensando, que los obreros tienen el derecho de asociarse para protegerse contra la tiranía posible de los que los emplean. Conozco los peligros de esas asociaciones; desde luego las huelgas—una vez reunidos tienen la violenta tentación de lanzarse en esta vía que no es buena y en la que siempre han sido derrotados—después la intolerancia y la persecución con respecto á aquellos de sus camaradas que rehusan unírseles. Pero á pesar de todo he creído que la Iglesia arriesgaría la pérdida de muchas almas forzando á miles de hombres á escoger entre su fé y una sociedad cuyos principios, por sí mismos, no tienen nada que sea digno de ser condenado. . . ."

—"Una revolución en Estados Unidos?" respondió á otra de mis preguntas. "No, la creo imposible. Como muy amenudo se ha reprochado á los Americanos, son ante todo y sobre todo hombres prácticos. Antes de despojar de un dollar á un millonario ó á un billonario si quereis, reconocerían que arrancaban la piedra augular de todo el edificio y se detendrían. Son nuestros obreros muy inteligentes y tienen un espíritu muy atrevido pero muy justo que les sirve para ver la lógica de las ideas. Comprenden, apesar de los sofismas de los agitadores, que tocar á una sola propiedad es tocar á todas las propiedades. Cuando fueron condenados los anarquistas en Chicago, el sentimiento público, manifestado casi inmediatamente en una votación para una elección, fué en favor del juez autor de la sentencia y contra el gobernador de Illinois que había mostrado simpatía á los condenados. . . . Entre nosotros no existen los fermentos de revolución que roen á Europa. Nuestro obrero, cuando quiere trabajar, gana con amplitud con que vivir, dos, tres dollars al día. Llegarán á no trabajar sino ocho horas diarias. Además no son irreligiosos. No hay un solo ejemplo de que se haya presentado un hombre público como ateo. . . ."

Y al hacerle la observación de que había encontrado en la universidad de Harvard muchas inteligencias penetradas de agnosticismo.

—"Es cierto" continuó el cardenal, "que un movimiento de éste género se reconoce en determinados grupos muy cultivados. Pero queda circunscrito á estos grupos y el cristianismo continúa mostrándose vivísimo en las costumbres públicas y privadas. El Congreso se abre con oraciones. El Presidente no se dirigiría al pueblo sin pronunciar el nombre de Dios. El reposo del Domingo se observa con fidelidad. . . . ."

En la voz del arzobispo hay firmeza apasionada y en sus pupilas una luz más ardiente cuando habla de las cosas de la religión y también él, como Mgr. Keane, me elogia los beneficios de la libertad.

—"Nuestra gran fuerza" continuó, "consiste en no tener ninguna relación con el Estado y en el respeto que éste tiene á nuestra independencia. Podemos mezclarnos en los asuntos públicos con mayor eficacia y para el bien de todos en esas condiciones. El Estado nos ayuda con complacencia cuando se trata de asuntos de policía. En Baltimore, por ejemplo, cuando el último concilio, la administración de Correos estableció un despacho especial para el servicio de los obispos. Pero fuera de insignificantes detalles de éste género el Estado no se ocupa de nosotros. El público es el que sí se ocupa. Continuamente vienen á consultarnos. De éste modo últimamente se me suplicó que escribiera una carta dirigida á los periódicos relativa al negocio de la lotería de la Louisiana que arruinaba á tantas pobres gentes. La escribí y aún creo que ha contribuido para hacer cesar ese escándalo. El pueblo nos ama porque estamos con él. . . . . "

Y le interrumpí para preguntarle si pasaba lo mismo con los ricos y si por otra parte no preveía que siguieran grandes dificultades á esas acumulaciones enormes de capitales en un tan corto número de manos:

—' Sí" me dijo, "es un problema grave. Es fuerza esperar que con el tiempo se encontrará un medio mejor de repartir la riqueza común. Por eso os decía hace un instante mi simpatía hacia las asociaciones con las que se defiende el obrero. Y no les tengo miedo ni aun á causa de temibles excesos, porque nuestro obrero, no me cansaré de repetirlo, es profun

da, substancialmente prudente. Desde luego, él mismo tiene probabilidades de llegar á ser ese millonario que envidia. Esto se ha visto con frecuencia. Además y aun sin esa esperanza, es liberal y justo por instinto. Cuando se propuso un impuesto sobre la fortuna personal, tuve ocasión de hablar con muchas personas del pueblo. A todas las hallé en contra de esta medida y todas por la misma razón. No aprobaban un proyecto que tendia al espionaje y á la mentira. Lo juzgaban inquisitorial é inmoral..... Sí, tengo confianza en este pueblo y más confianza aun en su amor por la verdad. Tuve la prueba evidentísima al publicar hace ya algunos años un librito para dar á conocer al catolicismo tal cual es y bajo el título: *la fé de nuestros padres*. Se vendieron doscientos cincuenta mil ejemplares y no fueron por cierto los cotólicos quienes más lo compraron....."

El rostro serio del prelado se ilumina con este recuerdo. Nunca he comprendido mejor que al mirar esta sonrisa altiva, la diferencia que separa la mezquina vanagloria del autor profesional refiriendo los miles que ha vendido por vanidad ó lucro del gozo viril del escritor de fé que mide por el éxito de un libro el servicio prestado á fuertes convicciones. Los hombres de Dios dan esta clase de lecciones aun sin sospecharlo.

Con esta bienhechora impresión terminó esta visita de la que juzgo haber repetido con alguna utilidad las partes más generales. Al franquear el dintel del arzobispado llevaba la impresión de haber hablado con uno de los más admirables sacerdotes. "Y ya es algo," como decía un anciano Padre de Tierra Santa, mostrándome el paisaje de Nazareth.... Y me contaba: "Cada día miro este horizonte y me repito que es aquí donde nuestro Señor se paseaba cuando era niño ..... Sí," insistió, "esto ya es algo....." No recuerdo quién escribió esta profunda frase en la que la sublimidad del sacerdote cristiano se halla reasumida: "Dios ha dado el sacerdote al mundo. El encargo del sacerdote es dar el mundo á Dios."

..... Algunas semanas después me encontraba en el *hall* de uno de los grandes hoteles de la Quinta Avenida en Nueva York. En el despacho los secretarios revisan el correo, hablan en porta-voces, timbran notas. Banqueros leen su correspondencia con el cigarro en la boca. Otros se aprietan en torno de una mesa ante la que una joven de ojos inteligentes, pálida á causa de un largo trabajo sedentario, maneja con sus ágiles dedos las letras de una máquina de escribir. Esperan su turno para dictarle una carta. Otros más observan si alguno de los tres elevadores que suben y bajan continuamente, va á descender. Y otros empujan la puerta de una cantina en cuyo fondo se entreve, reflejado en un espejo, el mostrador rodeado de consumidores.

En el centro de *hall* platica un hombre, especie de gigante de potente esqueleto, uno de esos hombres de anchas espaldas, de robusta talla, de manos y pies sólidos y del que se diría que la naturaleza le ha dotado de más vitalidad y en el que ha empleado más tela. Tiene un ancho sombrero de fieltro negro sin engomar. Pero el cuello derecho de su levita dice que pertenece á la Iglesia y su color violeta que ocupa en ella un puesto elevado. Es Mgr. Ireland, el arzobispo de San Pablo, á quien en vano fuí á visitar el último otoño á su diócesis del Minetta

Si no me lo hubieran enseñado le habría reconocido, tanto así es la representación visible de su elocuencia. Su gran cara larga, tallada en anchas facciones, está iluminada por ojos saltones, casi chiqui-

tos para ese poderoso rostro muy subido de color. El encanecimiento de los cabellos y de las cejas, en otro tiempo muy negros, denuncian los cincuenta y siete años pasados del prelado. La barba es muy fuerte y revela voluntad, la nariz proeminente revela la sutileza. La frente es algo echada hacia atrás, como huida, con ese corte que se notaba en Mirabeau y en Gambetta, en esos dos grandes oradores. La boca admirable por su expresiva movilidad. Es una boca elocuente y seductora, de ámplios lábios que anuncian la bondad. En reposo, tiene sin embargo un pliegue de amargura. Con todo y su valentía, ha luchado mucho el arzobispo para no haber deseado algunas veces pronunciar el *Nuc dimitis* del cruzado fatigado. En este instante todo él es atención y bondad. Por él mismo debía yo saber un poco después que el personaje con quien conversaba en el *hall* del hotel era un repórter.

—"Jamás despido á ningún repórter que me solicita" me dijo después de haberme explicado ese pequeño rasgo de costumbres enteramente americano. "Solo que, prevengo al que me habla que si refiere palabras mias que no sean exactas, jamás volveré á verle. ...."

Y tiene aún un carácter común con muchos otros oradores: su voz es gutural, casi ronca. Uno de sus admiradores me lo había ya dicho, el principio de sus alocuciones es desagradable por la voz, pero pronto el oido se acostumbra á ese acento. El mismo se enardece y es tan potente el don de la expresión en este hombre, nacido para ser tribuno si no fuese apóstol, que se acaba por gustar hasta de esa aspereza en el timbre de sus frases. Pasé esa mañana algunas horas inolvidables, después al medio dia, y luego otra ocasión al oirlo hablar de América con

patriotismo tan profundo, de la Francia con tan conmovedora simpatía y de la Europa con imparcialidad tan lúcida y tan superior! Al escucharlo admiraba la flexibilidad de esa inteligencia en la que se encuentra toda la exactabilidad celta.—Mgr. Ireland es, como lo indica su nombre, de una familia irlandesa, y fué educado en el pequeño seminario de Maximieux, en la diócesis de Belly en Francia, y tiene por lo mismo toda la dialéctica latina y todo el realismo de un americano salido de raza obrera. Su padre era un carpintero que vino de Irlanda á Minesota, en una época en la que la ciudad, de donde es ahora su hijo el arzobispo, no existía todavía.

Oia su flexible y vigorosa palabra pasar desde los más elevados asuntos teológicos hasta los más humildes detalles de actividad práctica. El arzobispo me contaba como, en cierta época, tuvo que dirigir con sus consejos las sementeras de los emigrantes de su diócesis, muy numerosos y muy ignorantes para explotar con utilidad las concesiones de terrenos que había obtenido para ellos. En seguida respondía á mis preguntas de psicología complicada sobre la naturaleza de la piedad americana, en la que el misticismo se traduce inmediatamente en actividad. Me describía su primera estancia en Roma y la especie de admiración espantadiza con que le rodeaban los cardenales. Después, volviendo al problema social sobre que le había interrogado, como había preguntado también al Cardenal.

—"Nuestros obreros? ...." me decia. "No, nada temo de ellos. Desde luego son buenos y aún los que no lo son, están dotados de buen sentido. En América de arriba á abajo de la escala social, hay mucho más espíritu conservador de lo que se cree en

Europa. Aquí, lo que domina á todo el mundo, á los pobres jornaleros tanto como á los millonarios, es el sentimiento de la ley. No, el obrero americano no es revolucionario. Conoce demasiado el precio de lo que tiene para soñar con un órden social enteramente diferente... Pero si acepta el orden que existe y quiere defenderse de él, yerra en ello, y procede por asociaciones. Se equivoca aún? Eso está en la raza. Las personas ricas se divierten en clubs. Por qué pues los obreros no han de organizarse en clubs también y sobre todo en Sociedades para protegerse? Se dió un gran paso cuando esas Sociedades propias á cada oficio se asociaron entre sí. Y por qué no aún más? Así fué como se formaron los *Caballeros del Trabajo*. Según mi opinión eso es muy bueno. Los capitalistas empiezan á comprender que necesitan entrar con esas grandes fuerzas colectivas. Qué sucede? Que se discute y discutir es el medio más seguro para entenderse. Este año los directores de un camino de fierro del Oeste, á cuyo presidente conozco mucho, creyeron que debian disminuir los salarios. Las utilidades de la Compañía habian bajado. Hé aquí cómo sucedieron las cosas. El presidente tuvo que conferenciar por el pronto con los representantes de los mecánicos. Estas conferencias duraron cuatro dias. Nuestros representantes preguntaron el por qué de la reducción. Examinaron el balance de la Compañía. Quisieron saber qué monto debian tener las entradas de la Compañía para que se restableciese el importe de su salario. Una vez terminadas éstas conferencias con el presidente, tuvieron necesidad de hablar con sus camaradas. Por último, habiendo aceptado ese cuerpo de obreros la reducción, les tocó su turno á los garroteros, á los *brackemen* como aquí se dice Necesitariais asistir á una de esas sesiones para medir lo profundamente equalitario que es este país. Pero hé aquí una razón. El banquero americano está muy cercano al tiempo en que él mismo era obrero, para no saber cuando habla con sus obreros por qué habla y lo que debe decirles. Son hombres ambos que no se creen de diferentes razas y ya es mucho...."

El arzobispo se calló. Está á punto de abordar francamente un asunto penoso. En todas sus palabras he sentido estremecerse al apóstol plebeyo. Hermano de los humildes por su orígen, como esos banqueros de quienes me hablaba, se regocija con los progresos de los trabajadores y padece con sus errores. Continuó:

—"A pesar de todo, nuestro obrero está contaminado por dos grandes defectos. El primero, el más grande, es la intemperancia y desgraciadamente la del alcohol. Pues por decirlo así, casi no beben vino. Le hemos hecho y le hacemos encarnizada guerra á ese vicio. Pero no hemos vencido..... El segundo defecto es la prodigalidad. Nuestro obrero camina muy de prisa. En cuanto tiene dinero lo gasta. Quiere que su hija sea una señorita. Entrais á su casa. Hay en ella una alfombra, un piano. No es porque sea muy sensible al lujo, sino porque el sentimiento de igualdad le impulsa á rodearse de estos adornos. Le parece natural, casi necesario que el lujo esté al alcance de todos. Y cuando llegan los años malos, se queda pobre y sufre. El seguro corrige en algo esto. Por lo demás, al lado de los pródigos están los prudentes. Muchos llegan á comprar un pedazo de terreno para construir una casa é inmediatamente después compran otro pedazo al lado del primero para especular con él. Este es el motivo porqué el odio al capital no existe entre nosotros. Y

además, nuestros obreros son castos y son religiosos. Se me cuenta que en Europa el concubinato es la plaga de las clases pobres. No hay nada que se le parezca en nuestras poblaciones. Reasumiré su virtud en una sola frase. Aquí la mejor esperanza de la Iglesia está en los obreros. Todos los que son católicos, practican. Les vereis comulgar en Páscua, sin excepción. Este fervor del pueblo es el que nos proporciona esa magnífica oportunidad de que siempre hablo."

—"Sí," "decía luego, "este inmenso país es tan nuevo, está tan desprovisto de preocupaciones, que experimenta más y más la necesidad de este orden en la unidad, que es la más propia de la Iglesia católica. El gran problema para que se manifieste esta unidad y para que haya verdaderamente una Iglesia católica americana, es desde luego la existencia de la unidad en los idiomas. Ahora bien, muchos de nuestros fieles son inmigrantes, alemanes, polacos, canadenses, franceses. Llegan aquí hablando solo su propia lengua, conducidos por sacerdotes que tampoco hablan otra. En esto el riesgo es real. Si imponemos el inglés en nuestras diócesis, se corre el riesgo de que estos sacerdotes no tengan fieles ó de que estos fieles se queden sin sacerdotes. Es, sin embargo, indispensable obligar á unos y á otros á aprender este inglés para que nuestra Iglesia no se disperse en una série de capillas locales y también para que no se pueda acusarnos de que somos extranjeros en el país. Pero qué! este es un esfuerzo que se exigirá nada más á la primera generación y ya la segunda se compondrá de católicos verdaderamente americanos Para esta también hemos tenido que combatir. Los alemanes han hecho una petición á Roma para que los obispos de aquí fuesen de idiomas

diferentes y en número proporcionado á la nacionalidad de los inmigrantes. Ahora bien, sobre diez millones de católicos más de tres millones son alemanes. Una tercera parte de nuestros obispos tendría que ser de Alemania. Y con esto se acababa la unidad de nuestra Iglesia Felizmente los peticionarios mezclaron la política á su demanda. Insistieron sobre el interés que las potencias europeas tenían en esta división. Esto era atacar al patriotismo de los americanos. Por ello se sobresaltaron y vencimos. Ah! Nuestro porvenir es grandioso, muy vasto con la condición de que seamos profunda resueltemente americanos y demócratas. Tenemos necesidad de tres cosas: costumbres las tenemos; fieles nos los trae sin cesar la inmigración; inteligencias, nuestras universidades y nuesrros seminarios nos la darán cada día más. Pero, entendedlo bien, no es la inteligencia de ayer la que necesitamos, es la de mañana, la del siglo veinte....."

Y en tanto que el arzobispo parecía ver ya con sus ojos claros este mañana triunfante para el que ha dado toda su vida, hora por hora, recordaba yo la exclamación que arrojó en la catedral de Baltimore y de la que toda nuestra conversación es sólo un comentario:

—"El Cristo ha hecho de la cuestión social la base misma de una enseñanza. Pues ved la prueba que ha dado de su divinidad: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan purificados, y *los pobres van al evangelio*...."

Un francés amigo mío, á quién leí el resúmen de esas dos conversaciones, meneó la cabeza. Hace diez años que está retenido en Nueva York por su empleo. Conoce muy bien los Estados Unidos y los cree amenazados, si no de una catástrofe al menos

sí de grandes perturbaciones. Debo agregar que es pesimista por naturaleza muy hostil á la democracia y que vive en un estado permanente de cólera contra el positivismo y la dureza de la sociedad americana:

—"Sí" me decía después de algunas exclamaciones burlonas y de mal humor, "quisiera que estuviesen aquí esos dos arzobispos para ponerles á la vista nada más algunos de estos documentos." Y tomando un legajo de su bufete extrajo algunas notas unas después de otras.

—"Estas no son ideas y frases, son hechos y cifras que junto para un gran libro que tal vez nunca llegaré á componer, y como todas son tomadas de las relaciones publicadas por el *Labour Bureau*, de hace diez años á la fecha, son incontestables. . . Estamos en Enero de 1894. Pues bien! á fines de Diciembre próximo pasado, no hace aún veinte días, las noticias oficiales demostraban que en los Estados de Nueva York y de Nueva Jersey, el número de los obreros sin trabajo se elevaba á doscientos veintitres mil doscientos cincuenta. En Pensilvania este número era de ciento cincuenta y un mil quinientos. Calcule vd. y se convencerá de que sin salir de los límites de la verdad, puede estimarse en más de ochocientos mil el número de desocupados como aquí se les llama. Agregad los dos millones de mujeres y de niños que forman sus familias y llegareis á esta conclusión que en este momento y en medio de este terrible invierno la gran República tiene sobre su suelo tres millones de seres humanos que se mueren literalmente de hambre! Y así se quiere que no crea en una revolución cercana, cuando semejante ejército de desesperados está dispuesto á seguir al primer agitador que quiera levantarlos.

"Hay además que tener en cuenta que todos estos hambrientos están inscritos en alguna asociación, y que junto á ellos hormiguea otro ejército casi tan miserable, el de los obreros á quienes se paga menos de día en día y á los que se les hace el trabajo intolerable á causa de la depresión universal de los negocios. Hé aquí otras cifras tomadas de la misma lista oficial. Las juzgareis tan concluyentes como las publicadas en el libro que la hija de Karl Marx, segun creo, la Sra. Avelane y su marido han publicado bajo éste título; *The voorknig dass movement in America*. En Fall River, por ejemplo, y en las grandes manufacturas de algodón, el salario medio del obrero es de nueve *dollars* por semana, lo que hace *dollar* y medio por día, en tanto que en Nueva Jersey esta medida baja á un *dollar*, veinticinco centavos y en el resto de Estados Unidos á un dollar. A primera vista parecen ser estas cifras elevadas, y haciéndolas espejear es como ciertos economistas elogian la felicidad de las clases laboriosas de América. Pero, para apreciar lo que en realidad valen éstos seis ó siete francos ganados cada día es preciso levantar un cuadro comparativo del costo de la vida en los diferentes países.

"El alojamiento de un obrero americano, le cuesta por término medio sesenta y siete dollars al año, es decir más de trescientos cuarenta francos, mientras que el de un obrero suizo le importa, también término medio, veinticinco *dollars*, es decir, á penas algo más de ciento veinticinco francos, y el de un obrero alemán veintidos *dollars*, es decir poco más ó ménos ciento diez francos. El obrero americano gasta en combustible, poco más ó menos treinta *dollars*, el suizo gasta veinte, y el alemán diez. Todo lo demás guarda la misma proporción. Esos salarios que

parecen suficientes considerados bajo el punto de vista de Europa, aquí no representan lo necesario para sostener una familia. El trabajo de las mujeres y el de los niños es la consecuencia de este estado de cosas y aquí su explotación es aún más dura. Mire usted, aquí están otras cifras. En Filadelfia las camisas para mujer se pagan á sesenta centavos ó á sesenta sueldos, como se quiera, ó sea á tres francos la docena y los delantales para las nodrizas á treinta y cinco centavos. Una obrera hace, por término medio, una docena de camisas y dos docenas de delantales en el día, trabajando desde las cinco y media de la mañana hasta las siete de la noche. Las mujeres más instruidas, las que se ocupan en el *"clerical voork"*—no tenemos una palabra exacta para expresar este trabajo de bufete y de almacén—ganan cinco ó seis *dollars* semanariamente. Estas tienen que pagar su cuarto, su lavado y que vestirse con elegancia para no perder su posición.

"En lo referente á los niños las estadísticas son lastimosas: en el Connecticut sobre setenta mil obreros, cinco mil tienen ménos de quince años. En cien empleados de las fábricas de puros, en New York City, hay veinticinco niños Ahora bien, el trabajo de las manufacturas de tabaco es de diez horas por día. En las de algodón es de once. En Detroit los niños de las fábricas trabajan nueve horas diez y seis minutos y las niñas nueve horas diez minutos. Es de notar que estos datos están tomados á los Estados en donde se han ocupado de la legislación del trabajo."

"Ahora bien, agregó guardando sus papeles, si usted quiere que estas reseñas estadísticas se animen, no tendrá usted sino hacer tres cortas experiencias que son bastante sencillas. No retendrán á usted fuera de su hotel sino algunas horas cada una. Pida usted

al director de un periódico uno de sus repórters para que le acompañe á los barrios bajos de Nueva York; durante el día la primera visita, en la noche segunda visita, y luego la tercera visita á las penitenciarias de las islas. . . . Percibirá usted la merma de esta civilización cuyas fastuosidades os han deslumbrado y tal vez llegará usted á opinar que no estoy tan equivocado al protestar contra el optimismo de los dos grandes obispos que han dado las ideas sobre las clases obreras en los Estados Unidos que me acaba usted de expresar. A ellos como á muchas personas de corazón, los sueños de su buena voluntad les ocultan el horror de lo real. . . ."

He seguido el consejo de mi compatriota, aunque los documentos que me citó no me causaron una impresión profunda. He estudiado mucho los problemas sociales para concederles importancia real á las inquisiciones oficiales. Son semejantes en cuanto al valor á las revolucionarias y con esto se dice todo. Unas y otras proceden por cifras extremas y á pesar de ellas, la prueba de que la sociedad actual es viable está en que vive.

Tiene espantosas miserias que resultan de causas múltiples para que el remedio de esa merma de civilización, como decía mi amigo, puede nunca ser formulado con certidumbre. Cada vez que se ha intentado aplicar á este organismo infinitamente complexo medidas de reforma radical, se han agregado las injusticias y las desdichas del desórden á las desgracias y á las injusticias de la suerte. Sin embargo los revolucionarios tienen razón al exagerar los hechos odiosísimos así como las brutalidades de opresión

que constituyen el pecado social, nuestro común pecado. Impiden que nuestros egoísmos que están sobre aviso se adormezcan, ya sea porque espantan nuestra curiosidad, ya porque conmuevan nuestra humanidad y provocan remedios de detalle, únicos que han podido alguna vez suavizar en algo la porción de las víctimas de la durísima competencia.

No siento, pues, haber hecho las tres excursiones á los barrios de Nueva York, que emprendí á causa de esa conversación. Aunque tales experiencias sean muy superficiales, creo haber ganado con ello una interpretación más exacta de los datos entre los que se prepara el porvenir de este país sin análogo. Las horas empleadas en estas visitas fueron pocas y los detalles que pude percibir, limitados. El lector juzgará por las páginas del diario en que consigné desde luego estas "experiencias" si me he equivocado al conceder alguna importancia á su significación.

.....

Enero 13.—Un día de invierno rigurosamente frío y hácia el medio día subimos M. K*** y yo en uno de esos carros verdes de Broadway, que son aun tirados por caballos. En veinte minutos dejamos á la Nueva York que yo conozco y entramos á otra Nueva York que yo no conocía. Los blocks suceden á los blocks, construidos con mayor incoherencia en esta parte que en la otra en que desembarqué hace cinco meses. Cambiamos de coche en la esquina de la primera Avenida para bajar de él á los veinte minutos y seguir á pié por una larga calle que tiene todas sus casas maltratadas. En el sub-suelo de una casa de éstas se hunde una escalera que nos lleva á una especie de "office" dividido en dos cuartos con un tabique de tablas sin papel y sin pintura. Uno sirve de salón de espera, el otro de bufete.

Aquí es la agencia central de una de esas sociedades de obreros que abundan en los Estados Unidos. Esta, que es de creación reciente, ha sido fundada por un jóven que en este momento está en el bufete. Le llamaré *Bazarow*, con el nombre del estudiante nihilista en el *Padres é Hijos* de Tourgueniew, lo que no está en contradicción con las palabras que cambiamos durante esta extraña tarde. Es un judío ruso, de la parte que linda con la Polonia, que vino á Nueva York hace seis años y que es agitador de profesión. Es bastante hermoso, tiene largos cabellos blondos que se ensortijan al derredor de una cara muy pálida. Los ojos, casi al ras de la cabeza, son glaucos y rayados con delgados hilitos de sangre en su parte blanca; su voz, que cecea, tiene menos acento extranjero en francés que en inglés. Este último idioma es para él una adquisicion reciénte. Le habla con la extremada facilidad que conviene á su doble origen. Es eslavo y es semita.

Este personaje inquietante nos ofreció asiento después de habernos mirado con esa mirada acostumbrada á buscar al espía posible y que es la de todos los que militan en el socialismo. Está en regla con respecto á las leyes, y el permiso que le autoriza para fundar su sociedad se ostenta en la pared arriba de la mesa á lado de un pequeño aviso redactado en hebreo y marcado con una calavera y con huesos en aspa. Sin duda alguna, en nosotros no nota nada que justifique su sospecha, pues que sigue abriendo su voluminosa correspondencia de la mañana, pero revistiéndose con la coquetería de un burócrata muy ocupado. Lee nombres, dicta citas, se admira de no conocer á este ó á aquel y consulta á su secretario.

Este es un hombre de 40 años, de aspecto sórdido y mal encarado, y está en los momentos de dar cin-

cuenta sueldos á un obrero que le extiende dócilmente una libreta roja con una especie de pasividad mohina. El secretario cambia con este cliente siniestro algunas frases en alemán, después habla ruso con su jefe y en tanto yo tomo de sobre la mesa un ejemplar, de un montón de impresos destinados á la propaganda. Es la traducción inglesa de una obra del italiano Mazzini: *The dutiers of man* (Los deberes del hombre). Lo abró al azar y encuentro un capítulo sobre Dios. Ved desde dónde se ha lanzado el partido revolucionario. Para llegar donde, sus diarios lo dicen claramente! Lo que no dicen bastante, lo que semejante lugar torna perceptible y como concreto es la mistura internacional, la admirable fusión de razas que representa este partido. Es un rincón de *Cosmópolis* el que vuelvo á encontrar aquí, un arrabal, mejor dicho, un distrito indio de esta ciudad de las ciudades que tuvieron por fundadores á refinados como el Príncipe de Ligne, Lord Byrón, Mme de Stael, Beyle y Henri Haine. Estos grandes artistas y esos grandes señores han pedido á la expatriación y al viaje lo necesario para gozar mejor del encanto compuesto de la vasta civilización moderna. Los socialistas actuales piden á la vida cosmopolita el medio de destruir mejor esta misma civilización. Y esta es una prueba más de que nuestras costumbres y nuestros medios tienen precisamente el sentido y el valor de nuestras almas.

Terminó Bazarow su registro y salió con nosotros para ir á la Inspección de policía. Allí debíamos hacernos acompañar por un *detective* en nuestra visita á los barrios bajos. El mismo agitador expresó el deseo de que fuésemos protegidos y él con nosotros, contra un peligro que realmente es imaginario.—Pero este insignificante detalle manifiesta mejor que todos los discursos, cuán dividido está en el fondo este partido de la destrucción social que nos parece á nosotros los conservadores tan unido por su odio al orden establecido. Nuestro guía tiene miedo de ser maltratado por algunos obreros pertenecientes á otra secta.

Anda con un paso, que por sí solo revela al extranjero una de las banquetas de esta ciudad del apresuramiento—con el andar pausado del que va sin objeto, sin prisa, sin precisión. Va vestido con un paletó-saco cuyos delanteros cuelgan más que la espalda, debido al peso de los libros que llenan sus bolsillos. Con su sombrero sin goma y deformado, con su camisa de franela, su pantalón raído, me parece uno de esos bohemios de la literatura que abundan en los cafés del cuartel Latino y de Montmartre, y más aún, por su indiferencia al mundo exterior, por su incuria agresiva y por la intoxicación de la idea y de la palabra sobre todo.

Bazarow habla, durante la media hora que tardamos en llegar, á la policía primero y después, estando ausente el jefe de esa policía, en el tiempo que estuvimos en una cantina donde debíamos tomar el lunch, habla sin descanso. Su verbo no deja de tener elocuencia. Como todos los revolucionarios que he conocido se sostiene en la esfera de las ideas generales. Prodiga las teorías de regeneración vastísima, que son inverificables y por consiguiente indiscutibles, y las corta sin cesar con un: *that is my belief*,—"tal es mi creencia"—bastante para enardecer de entusiasmo á una asamblea de instintivos. Enuncia algunas opiniones exactas sobre el paisano francés que compara con el paisano ruso. El conocimiento de uno y de otro prueba la extensión de ese trabajo revolucionario que va en camino de atacar al obrero de los campos después de haber corrompido al de las

fábricas. Habiendo pasado el nombre de Jerusalem en la conversación á propósito de las colonias agrícolas para cuya fundación han tomado la iniciativa algunos israelitas caritativos en Palestina.

—"Jerusalem," dijo Bazarow. "Mi padre quería mandarme allá! Pero mi Jerusalem, la mía, está aquí. Mi padre quería hacerme un santo.—Yo me he hecho un infiel."

Y sonreía fisgando. Sus grandes ojos verdes dejaban entrever esa mirada extraña, propia de ciertas personas de su raza, en la que se encuentra un infinito de mistificación y de desilusión. Cuando se ha visto llorar á los Judíos al pié del muro del Templo de Jerusalem, el viernes, se comprende cuán hondo debe ser el escepticismo de esos esperadores eternos, el día en que dejen de creer en ese Mesías prometido y que para ellos no ha venido.

Y como si este hubiese penetrado mi pensamiento, continuó:

—"Por lo demás, entre las gentes que se apoyan en la Biblia y yo, hay un abismo... Lo sé.... Hay algunos que pretenden ser socialistas, sobre todo algunos católicos, el arzobispo Ireland, por ejemplo. Pero, Católicos, Judíos ó Protestantes, sacerdotes, rabinos ó pastores, predican al pueblo que debe aceptar la volnntad de Dios, que debe resignarse, ser *satisfied*; pues bien, el socialismo consiste precisamente en enseñarle lo contrario, en demostrarle que debe revolucionar, ser *dissatisfied*...."

Pronuncia esta profunda frase en el momento en que franqueamos el dintel de la fonda, en la que le introdujo M. K*** diciéndole con la ironía incisiva de un verdadero americano:

—"Nosotros los demócratas gustamos de las tabernas aristocráticas, no es cierto....?

Nos colocamos en un comedor decorado con bastante lujo, con espejos y vidrios de colores. Muchos negociantes, todos judíos también, tomaban allí un lunch á toda prisa. Uno de ellos conoce á Bazarow y le estrecha la mano. Es uno de los patrones en cuya casa trabajó cuando llegó á Nueva York y á quien casi arruinó con una huelga.

—"Se batió en mi contra con mucha franqueza," dijo el agitador, "yo también luché contra él con la misma franqueza. Esa no es una razón para no conocerse....."

Y sonreía al recuerdo de esa huelga cuyos episodios nos contaba á la vez que comía ostras fritas. En ella ví una campaña gloriosa en favor de las ideas que yo deseo que al menos crea ciertas. Olvida á las gentes que han tenido más hambre. Por lo demás, en esto es en lo que menos han pensado los revolucionarios. Cuando se reconstruye su psicología se halla siempre que son espíritus de abstracción para quienes el dolor humano es el punto de partida de un razonamiento. Esos teóricos que hablan más de él son también los que lo sienten menos!

Regresamos á la policía. Nuestro compañero se queda á la puerta y tiene razón; pues el célebre M. Byrnes, que por fin encontramos, nos habla de él en términos que hubieran hecho esta visita penosísima si hubiera estado en ella. Este jefe de seguridad, el mejor que haya tenido Nueva York, es una especie de gigante de rostro duro, de boca apretada, de ojo penetrante, casi prensor. Produce una impresión rara el hecho de dejar en algunos segundos la sociedad de un revolucionario declarado por la del que profesa la justicia. Se siente la necesidad que tiene cada civilizado de tomar partido en este duelo implacable y no interrumpido del orden contra el desorden y á

la vez, la legitimidad, en cierto sentido, de una y de otra forma de alma. Iba yo á experimentar esta impresión con mayor fuerza aun. Hizo acudir M. Byrnes, para que nos escoltase en nuestra vuelta por el país de miseria, á uno de sus mejores agentes á quien prometí callar su verdadero nombre. Le llamaré Clark, como he denominado Bazarow al nihilista eslavo!

Vimos entrar á un hombre chaparro y ancho, con cara de perro meloso bigotudo, con maxilar prensor y mordedor bajo de una nariz cortada en cuadrado. Sus ojos negros chicos parece que arden junto á su cerebro como los de los animales de presa. Es pues, este hombre un animal todo músculos y persecución, cuyos movimientos más insignificantes traicionan su salvaje agilidad. Nada más en su andar se comprende el por qué los novelistas americanos se desviven por escoger como héroes de sus romances de sensación á los *detectives*. En una criatura de esta raza la energía física y la moral está en estado de brote continuo, como en los soldados que están en campaña. La audacia, la presencia de ánimo, la resistencia para sufrir todos los peligros, la destreza y la astucia se desprenden de este atleta de la policía y unido á esto tiene la jovialidad de un soldado veterano.

Nos despedimos de M. Byrner, cuya pupila penetrante se ha dulcificado para mirar á su hombre y hénos abajo de la escalera á M. K*** y á mí, presentando á los MM. Clark y Bazarow. En la presentación súbita de estos dos séres hubo verdaderamente todo el antagonismo, instantáneamente revelado, de las dos especies sociales. Los ojos á flor del pelo del revolucionario se tornaron insolentes con un algo de insolencia irónica y espantadiza, en tanto que la roma nariz del policía se fruncía y se crispaba como el hocico de un dogo pronto á lanzarse y á morder. El *very glad to see you sir*, se escapó como un gruñido. Después, al andar uno junto á otro, sus espaldas seguían evocando la idea de dos mundos en guerra: uno con su dorso de soldado disciplinado, con su sobretodo acepillado y abrochado militarmente, con su sombrero tan brillante como el metal y con sus pies calzados de fuertes botas, caminaba con singular seguridad; mientras el otro, por instinto y por premeditación exageraba más aún su despechugamiento, con sus piés lanzados al descuido, con sus manos como si flotasen en las bolsas de su pantalón desgarrado y raído, con su aire indiferente, socarrón é indomable, bajo su pingajo de sombrero. Y á pesar de ello empezaron á hablar con esa familiaridad sencilla que parece flotar en el aire de esta democracia y respirarse por todos los poros:

—"Me admiro de que no nos hayamos encontrado antes M. Clark," dijo Bazarow.

—"Y de que yo no le haya arrestado á usted, hijo mío," respondió el otro.

—"Oh!" volvio á decir el polonés, "bien sabemos que M. Byrnes y sus hombres no quieren mucho á las gentes que se ocupan de la organización del trabajo, pero éstas tampoco quieren gran cosa á M. Byrnes y á sus hombres. . ."

Suena el orgullo y el desafío en la voz tartamuda del extranjero. Temíamos una disputa y para evitarla interrogué á M. Clark sobre su vida y sobre su oficio:

—"*Well*," me dijo después de algunas frases sobre su edad y sobre su familia, "este oficio tiene la ventaja de dar siempre lugar á algún pequeño *exitement*..... Así la semana pasada he tenido en la boca el cañón del revóiver de un ladrón desesperado.

Si hubiese disparado no habría yo tenido el gusto de conocer ni á usted ni á este *gentleman* el día de hoy...."

Mira nuevamente del lado de Bazarow. Siente que sus músculos se contraen bajo el paño de su sobretodo. Le hace cosquillas ver tan cerca su presa y no poder saltar sobre ella. Sus ojillos lanzan dardos de una pésima luz. Por el momento su oficio tan lleno de excitaciones, consiste en proteger á este enemigo sobre quien tiene tantos deseos de saltar. Vuelto á ser dueño de sí mismo, se chancea y le ofrece un cigarro.

Platicando unos con otros entramos al centro del cuartel que los Neo-Yorquinos llaman la Bowery, nombre que viene de una palabra holandesa que significa heredad. La calle en que entramos podría muy bien encerrar sus sórdidas casas en un arrabal de Roma ó de Nápoles. Pues está poblada solo de italianos. Después de haber andado un rato entre esas casuchas, en las que todas las muestras, todos los letreros y todos los anuncios están en italiano, entramos en una primera casa. Se compone de dos cuartos en el piso bajo tan estrechos como camarotes de buque.

Trabajan allí hombres y mujeres, son en número de ocho y están acurrucados en un aire fétido que hace más asfixiante aun un brasero de palastro; pero, cuánta porquería! Ni uno solo de ellos habla inglés. Les pregunto en su lengua y me dicen que son de Catangaro, en la Calabria. Hace poco más ó menos cuatro años que visitaba yo esa hermosa ciudad, tan alta, que de ella se divisa la mar y á la que se llega trepando cuestas plantadas de cactus. Por qué no se quedaron allá pastoreando sus ganados y comiendo los frutos silvestres que brotan en los bordes

de los verdes nopales espinosos? La esperanza invencible les ha traido aquí, á este cubil por el que pagan ocho *dollars* al mes,—el precio por un año de un local en su país!—En vez de tener detrás de su ventana la silvestre montaña violeta, los profundos y verdosos barrancos, y la mar libre y asul, abren sus puertas, cuando quieren renovar el aire, sobre un patio frío y fétido como un albañal, en el que llueven los microbios que inficionan toda la ropa de los vecinos que está tendida en cuerdas.

Y será así, indefinidamente á lo largo de esta calle y de otras muchas? Visitamos una segunda casa donde vive una segunda familia, compuesta de nueve personas. Estos vienen de Caserta. Las mujeres y los niños tiemblan de frío entre sus harapos, á pesar del brasero encendido siempre al rojo-blanco. Con sus caras meridionales, doradas por lo ardiente del sol natal, casi verdosas, en las que se destacan pupilas de un negro ardiente, estos desterrados causan lástima. A dos pasos y al aire libre, si esta niebla de cueva acre y pestilente puede llamarse aire, mujeres envueltas en espesos chales y que son de los Abrugzos, arman formas de sombreros. Flacas y gastadas ya, á pesar de sus veinte años, sonrien con sonrisa de hambre y de frío, frío sobre todo, frío hasta los huesos, frío hasta la sangre y maldicen *questa brutissima terra*—esta tierra de horror.

Aquí se adivina la empresa de emigración, el éxodo por ciudades enteras, el viaje de Nápoles á Gibraltar, después de Gibraltar hasta aquí, con rebaja en la cala ó sobre el puente, según las estaciones, á bordo de uno de esos vastos paquebots cuya representación colorida se ostenta en las ventanas de las tabernas de la calle.—El anuncio de la compañía que es alemana, resplandece arriba. En otra muestra de

otra taberna se dibuja la cruz de Saboya. En este encuentro existe un simbolismo. ¿No es obra de la Triple Alianza y de la locura militar la fuga de estos desgraciados lejos de su admirable patria, convertida en paupérrima? Aun en medio de estas dos miserias, el *agio* no les deja.—Esta inscripción pasaderamente irónica: *Banco Popolare*.....—Banco Popular—aparece al volver una esquina. Hay extendidos detrás de una vidriera billetes de cien y de cincuenta liras, dando tentación á las manos. Nuestros compañeros se detienen:

—"¿No creen ustedes," dijo enfáticamente el socialista, "que sería mejor dar todo este dinero á los desgraciados que acabamos de ver?....¿Y si á pesar de todo ellos lo tomasen?...."

—"No lo harán" dijo filosóficamente el policía; "aquí el crímen habitual no es el robo. Es la cuchillada y también la prostitución. Venden sus mujeres á los chinos, que están allí en el cuartel contiguo. La ley no permite á las mujeres amarillas en Estados Unidos..." Pero John es el sobrenombre americano de los hijos del Celeste Imperio. John gusta mucho de las mujeres blancas y se las paga lo mejor que puede con el dinero que gana ó que roba. Pues su crímen propio es el robo, como el de los Irlandeses la embriaguez.... "Además, dijo, aquí está su calle..."

En efecto, el anuncio en italiano ha cedido su lugar al ilegible aviso en caracteres del Extremo Oriente, y sobre la angosta banqueta, convertida en limpia, oigo sonar las espesas suelas de madera de los amarillos. Bajitos y delgados, con la cara terrosa bajo el redondo sombrero, con la trenza de cabellos negros enredada por debajo de un pescuezo tosco, grasoso, van y vienen silenciosamente. Su espalda

no tiene forma visible bajo la blusa asul de mangas flotantes. Sus piés delgados lo son más aún bajo la ondulación de los anchos pantalones. Estas especies de enanos de facciones delicadas, con ojos embridados, tan negros sobre un tinte tan cobrizo, con pómulos salientes, con la osamenta triangular de su máscara y con la nariz roma, causan la impresión de una invasión de bestias que van á esparcirse en la ciudad para ganar, ganarla y destruirlo todo. Hay algo de la serpiente en esas caras planas y un aspecto enigmático de sufridos en sus miradas que parecen no recibir nada del mundo exterior.

Después que dejamos la calle italiana parece que Bazarow se ha tornado tan impasible como estos extraños paseantes. El revolucionario no puede sino odiarlos, pues son enemigo más peligrosos para el socialismo que los más feroces capitalistas—puesto que trabajan por casi nada, con trabajo igual, nunca desanimados, jamás cansados, y que ejecutan tareas de quince horas. Con ellos la mano de obra se envilece y es preciso protegerlos sin cesar contra el furor de sus competidores de raza blanca á quienes arruinarían en pocos años si se les dejase libres. A medida que el agitador se pone más sombrío, el *detective* adquiere mayor jovialidad. Encuentra que estas gentes son muy divertidas—*great fun*.—Entra á todas las tiendas; toca todos los objetos, da palmadas sobre todos los hombros con su ancha mano, riéndose á carcajadas.

Los hombrecitos amarillos guiñan sus ojos negros con una buena fe maliciosa. Nos ofrecen sus mercancías, té encerrado en cajitas coquetas, lacas, telas, porcelanas, todo digno de un bazar de vigésimo orden. Pero piden precios exhorbitantes y siguen sonriendo cuando se discute con ellos sin conmoverse y

sin insistir. No es el comercio el que les da para vivir en Nueva York, es el lavado. Lo hacen á tan bajo precio que lo han acaparado. Necesitan tan poco!

Entramos, para conocer su régimen á una de sus fondas. Sobre mesas redondas, muy altas, esperan los manjares preparados ya, y que revelan un trabajo minucioso de los dedos: naranjas rellenas, descortezadas con anterioridad y aun revestidas con esa piel que las protege, cebollas preparadas, picadillo en hojas, cosas crudas rarísimas que revelan un estómago enteramente diferente del nuestro estando el jugo gástrico habituado por una herencia cien veces secular á disolver otra clase de alimentos. Por todas partes se ven las largas pipas rectas, con su hornillita de metal, denunciando el vicio tradicional el gusto terrible del opio.

—"Será necesario volver en la noche para verlos fumar, en el día trabajan. En el intervalo dejado por estas dos cosas no tienen mucho tiempo para hacer mal. Si solo ellos hubiera en Nueva Yorx, M. Byrner no estaría tan ocupado...."

En tanto que el perro de policía gruñía nuevamente de este modo mirando á Bazarow, la cara de este se despeja y se ilumina. Su irónica boca vuelve á hablar. Estamos ahora en medio de sus fieles, pues desembocamos del cuartel de los Chinos al de los judíos. Estos son en su mayoría alemanes y Poloneses. Ah! la invencible, la indestructible raza, y á la que encuentro semejante á sí misma y tal cual la había visto en las callejuelas de Tánger, en las de Beyrouth en las de Damasco y en las alturas de Safia donde, en la Sinagoga, los viejos rabinos comentan el Talmud y anuncian al Libertador.

¿De donde llegan los pobres judíos de este cuartel? Al través de que abominables odiseas de persecución

han venido á instalarse á este arrabal de Nueva York estos puestos de los que solo ellos y los de Aubernia tienen el secreto—estas casillas en donde el mercader halla medio de vender lo invendible: fierros viejos, botones viejos, pedazos apolillados de madera, pingajos viejos? Esas tiendas indescriptibles, donde se arrastra el desperdicio de los desechos invadiendo la banqueta de la calle? Ahora los anuncios están en hebreo. Los voceadores ofrecen periódicos también en hebreo.

Pululan los niños testificando la potencia de procreación de que habla la promesa del libro: "como las arenas de la mar." Muchos de esos chicuelos tienen ese magnético brillo oriental de las pupilas que se encuentran también en los ojos de las mujeres que van en camino de pulular en esta miseria.

Ahora Bazarow está en su casa. Camina entre saludos y sonrisas. El paso incierto que tenía hace un momento se ha vuelto preciso para guiarnos. Siguiéndole visitamos varios talleres, así de hombres como de mujeres que trabajan en la costura. Encontramos allí bajo la vigilancia del jefe, del *boss*, pacientes y flacas figuras masculinas, muy velludas, con una nariz infinita, pobres pechos femeninos hundidos, espaldas agujadas por la tisis, niñas de quince años envejecidas como abuelas y que en toda su vida han comido un pedazo de carne, una série completa de fisiologías de miseria.

Podíamos apenas soportar la atmósfera de esos talleres donde el olor arrancio de los cuerpos mal cuidados se mezclaba al olor de los alimentos pasados —exasperado todo por el insípido olor del brasero. Preguntamos á esos esclavos cual era el salario que allí ganaban. Aquí las cifras proporcionadas por los partidarios de la revolución son desgraciadamente

exactas, y de una exactitud, que comprobada de esta manera oprime el corazón.

Por doce de esos pantaloncitos para niño, sobre cuyo paño veíamos inclinarse esos perfiles hundidos por la angustia, el contratista da setenta y cinco sueldos. El obrero no llega á hacer diez y ocho en sus mejores días, en los que no pierde media hora siquiera. Doce camisas cuya tela pican apresuradamente esas agujas, manejadas por manos tísicas de uñas encorvadas,—sí, doce de esas camisas producen treinta y un sueldos y el obrero debe pagar el hilo de su bolsa! Además esos precios no siempre son seguros. Desde hace un año que los salarios han sido reducidos á la mitad.—¿Quién podrá saber lo que serán mañana? En la espera, permiten vivir, pero ¿de qué manera? Los platos abandonados sobre las mesas dan la respuesta, llenos de mendrugos que no gustarían á un perro hambriento. Esas bocas llenas de amargura muerden en ellos con una avidez que espanta. Vimos á una muchachilla de quince años dejar su costura para comer de esa manera. Está tan macilenta tan desmedrada que las lágrimas hubieran saltado de nuestros ojos si el agitador no hubiera dicho:

—"¿No es esto la vergüenza de la humanidad?"

Qué podría respondérsele, sino que el día de la huelga esa angustia humana no tendría ni aun ese hueso que roer?....

.....

Enero 15.—A las ocho de la noche vino uno de mis colegas de nueva York, Richard Harding Davis acompañado de dos amigos suyos, para dar un paseo nocturno por la Bowery, después del paseo que hice en el día. Ese notable escritor, uno de los mejores novelistas de la jóven América, es un hombre

de ménos de treinta años, con una cara tosca huesosa y ancha, enrojecida por el bochorno, con nariz pequeña y barba cuadrada. Es una de esas caras propias de aquí enteramente chatas y poderosas, de facciones delicadas en una fisonomía tosca. En el pliegue de la boca y en la expresión de los ojos se vé la extrema tensión nerviosa, casi el trabajo excesivo llevado más allá de la resistencia. Y sin embargo domina á esa expresión un aire de salud y de juventud. Al través del periodista y el literato excesivamente cargados de trabajo, se adivina muy cercano al *Princeton man*, al estudiante que hace ocho ó diez inviernos se divertía como capitán de alguna compañía de *football*.

Cuando salió de la Universidad, Davis se hizo repórter de un gran periódico de Filadelfia. Este oficio extraño le puso en relación con las peores canalladas de los suburbios de la ciudad y lo pintoresco de esos refractarios despertó en él al artista, dibujó diferentes figuras de esos condenados sociales en una serie de novelas entre las cuales una, cuando ménos, á la que he aludido varias veces, *Gallegher*, es una obra maestra. En ella ha pintado, con sólo algunos trazos que tienen una seguridad sin semejante al Gavroche de este país, á ese chicuelo feroz, de nervios de acero, de voluntad ya indomable, que se mira, en los tramways y en los caminos de fierro entrar por una portezuela del coche y salir por la otra, voceando su mercancía, periódicos ó frutos con voz tan áspera. Hay en las cincuenta páginas de esa relación, originalidad y descripciones trágicas y las recomiendo al lector que guste las costumbres americanas (2). Hay

(2) Próximamente aparecerá en la Revista Hebdomaria una traducción en francés de esa novela.

en ellas observaciones espantosamente crueles y á pesar de esto, patéticas, siniestramente realistas y sin embargo alegres. Inspiraciones de un númen poético salvador terminan saludablemente lo que esta agua fuerte tomada del natural hubiera podido tener de atroz y esta tarde de Enero que somos llevados en un landó hácia ese Bowery, paraíso de los que se llaman en Paris las escarpas y en Nueva York los *toughs* y los *roughs*, era Davis el conservador de su novela, un humorista visionario, posesor de las más inéditas anécdotas sobre esos grotescos del vicio y del crimen.

Nos refería, por ejemplo, el hecho de que el chicuelo original que le había servido de tipo para *Gallegher*, había ido á las oficinas del periódico que publicó ese croquis, á reclamar una parte de los derechos de autor. Se describía así mismo, saliendo de la casa de su padre en Filadelfia, vestido de frac, al encontrar á un ladrón con quien había fraternizado, en el incógnito de un garito de arrabal, para estudiarlo. El ladrón guiña el ojo y aborda á Davis:

—"¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso es usted mayordomo en esta casa?"

Y como el escritor contesta afirmativamente por divertirse, el otro agrega:

—"Cuando la desvalije usted no me olvide. . . seré de la partida. . . . . "

Y con esta promesa se separaron los dos hombres estrechándose vigorosamente la mano.

Deleitándonos con el animalismo de una conversación agraciada con una especie de genio y que me explica el talento del autor—con ese don de hacer deslizarse y de gesticular la frase—llegamos al mismo puesto central de policía donde la otra mañana ví á M. Byrnes sonreir al valiente hocico de M. Clark.

Otro *detective* era el que debia acompañarnos esta noche, pero tiene la misma estampa y la misma audacia tranquila que el primero Las especies sociales en estos oficios excéntricos elaboran una fijeza del tipo que no sobrepasan las especies naturales.

Este profesa, como su colega, idolatría por M. Byrnes y tiene un amor apasionado por su ocupación. Semejante á un cazador de grandes piezas que no os ahorra uno solo de los leones ó de los tigres que ha matado, y extiende pieles tras de pieles señalandoos el agujero hecho por la bala, el policía nos obliga á revistar las fotografías, por centenares, de los criminales detenidos en Nueva York en estos últimos años. Lo que noté que domina en estos héroes del robo y del asesinato, es la expresión extraviada ó maniaca y la tristeza. Son contados los rostros que rien, ¡pero con qué risa! injuriosa, obligada, socarrona. Son mucho ménos numerosas las caras que revelan inteligencia y en ellas está tan reconcentrada, tan visiblemente replegada sobre sí misma, tan armada y tan desconfiada, que causa miedo, aun en el ineficaz reflejo emanado de esas imágenes inertes. Creo que reconocería, si los llegase á encontrar en mi vida, los ojos de una de esas fotografías, la de un hombre de treinta años condenado por falsario y á quien el *detective* considera con admiración no disimulada, murmurando:

—"*He was a greatman.*—Era un grande hombre. . . . . "

Comparando de memoria esa colección de retratos con otra análoga que tuve entre mis manos en Paris, pero de criminales franceses, me parece que los de aquí son más amargos, más siniestros, más completamente fuera de todas las clases, más implacables y sobre todo más voluntarios. En vano he buscado en-

tre ellos la fisonomía, tan frecuente en los países latinos, del hombre caído por debilidad que es hermano del hombre que se ha conservado honrado por circunstancias.

¿Así son realmente las cosas, ó he cedido, al verlas tales, al gusto por las teorías genereles, natural en el viajero? Tampoco me ha parecido que el museo de piezas de convicción reunidas aquí al lado, estuviese compuesto tal y como lo estaría entre nosotros. Mesas de ruleta alternan con revólvers, *night sand bags* con utensilios para forjar las cerraduras, trojeles de moneda falsa con placas para hacer billetes de banco falsos. Diríase que los ladrones de aquí son más industriosos y—¿cómo expresar esto?—menos *ocasionales* en sus malos golpes. El *detective* nos descubre una sierra con la que un célebre asesino aserró el cadáver de su víctima. Para conseguir que confesase su crímen otro *detective* inventó pasearse en la noche, vestido con un sudario y gimiendo en un corredor, que también visitamos, y sobre el que se abría el calabozo. El asesino creyó ver el fantasma de su víctima y confesó en efecto.

—"Pero, dijo uno de nuestros compañeros con desagrado, eso no era leal.—"*It was not fair play.....*"

Hé allí el verdadero grito del anglo-sajón con todo el horror innato en esta raza por la astucia y por la mentira. Al oirlo, me acordé de una indignación parecida, sufrida por una niña, delante de quien se relataba la deliciosa hipocresía de un príncipe siciliano del siglo pasado. Enfermo de muerte, hizo el voto, si curaba, de edificar una cartuja. Curó, y para conciliar su devoción con su avaricia, inventó construir en su parque, á las puertas de Palermo, un pabellón en forma de convento, que aun allí puede verse. La palabra "*Certosa*" está á la entrada y las diez celdillas están ocupadas por figuras de monjes, pero de cera, entre las que se encuentra un Abelardo en los momentos de escribir á Heloisa!

—"¡Qué vergüenza!" fué la única frase que esta anécdota tan encantadora por su fantasía arrancó de los lábios de la jóven americana. En ella no veía sino la falta de conciencia y la bajeza de la falta de sinceridad. Nuestro amigo, el de esta tarde, no está léjos de juzgar de igual modo la perfidia empleada con el aserrador de cadáveres y estoy cierto de que no daría voluntariamente la mano al policía inventor que se valió de ese bonito estratagema.

Bajamos á la calle después de esta discusión, y en esta vez fuimos á pié. Son las nueve y están cerrando todas las casas. La vida nocturna no existe sino en París. En Nueva York como en Lóndres, todos los frentes de las casas se han apagado cuando suenan las doce de la noche. Unicamente los "saloons" siguen flameando en el piso bajo de construcciones chicas ó grandes. En los mostradores están preparados por veintenas los ingredientes espiritualmente definidos por un poeta báquico del tiempo de Luis XIII. Son espuelas que sirven para beber más. Son tortas saladas y pescados ahumados, jamón y ostras fritas. Una máquina de parear espera en un rincón, semejante á los torniquetes que adornan las tiendas de los mercaderes de vinos en París, con la diferencia que allí no se juega, sino wiskeys ó cocktails y también que la bola está aquí reemplazada por todo un juego de cartas de poker. Uno de esos ingeniosos aparatos que el americano no se cansa de inventar, hace ir y venir estas cartas debajo de un vidrio cada vez que una moneda de cinco centavos cae en una hendidura hecha *ad hoc*. Viene un *full* ó un *flux*, ó dos pares ó una mano llena, ó alguna otra figura y

con esto se les dá, á los pobres diablos que juegan de este modo su intoxicación de la tarde, el espejismo ilusorio de una partida tal cual á ellos les gusta.

Se mantienen en pié, en medio de la deslumbradora claridad del gas ó de la electricidad, ébrios desde esa hora al grado de no poderse mover, y casi todos, aun en este inmundo cuartel, conservan sobre sí mismo esa especie de corrección que me daba, el primer día, la idea de una ciudad entera vestida en el almacén de ropa hecha. Pero, cuántos americanos de todas clases he visto viajar así, con esta especie de vestido correcto, con una valijita en la mano hecha de cartón-cuero, para poder mudarse cuello y puños postizos! En la mañana van á la barbería después de haber tomado un baño en el gabinete de aseo de su cuarto de hotel. Un negro le lustra sus zapatos y otro su sombrero y sus vestidos. Una tira de lienzo blanco en los puños y en el cuello y bajo del ancho plastrón de la corbata que oculta la camisa, otra tira también de lienzo blanco y ya teneis á un *gentleman* cuya limpieza durará hasta la cantina de la media noche.

Acabamos por entrar en una de esas cantinas. Ocho á doce *gentlemen* de ese tipo discuten en ella delante de sus copas, en las que una redonda cereza nada entre cáscaras de limón. Esperan la vuelta de algunas de las prostitutas de quienes nos hablaba M. Clark el otro dia y que están á dos pasos esperando venderse á los chinos. Van á venir y á pagar sin duda el consumo hecho por esos honorables personajes, quienes unen á su oficio de alcahuetes una pasión desordenada por el box. Ahora están muy interesados en comparar las probabilidades del Californiano Colbertt y del Inglés Mitchell que deben medirse en Jaksonville en Florida.

Sobre las paredes se ve una serie de retratos de los atletas célebres en actitud de combate, testimonios de la admiración del patrón y de su secreto comercio.... Sin duda alguna arregla algunos de esos encuentros clandestinos que Davis ha descrito con precisión en su *Gallegher*, en los que cuestan los billetes cien y doscientos dollars. El es Alemán y con sus pupilas astutas, azulosas en su ámplia cara descolorida, mira al *detective*, quien parece no conocerle, pero que le conoce muy bien. En esa ojeada hay indiferencia é igualdad. Con las artimañas de las elecciones en Estados Unidos quién puede saber si un simple dueño de "saloon" no es uno de los grandes enganchadores de votos del partido que está en el poder? Se ve algo de la conciencia de esa fuerza en la calma del alemán, es muy posible, así como también en la actitud de los infames clientes de este obscuro patrón que fuma gruesos puros de medio *dollar* pieza con la seguridad de los dioses de Lucrecio y que parece no se inquietan por la cruzada de moralización proclamada estas últimas semanas. Dos nuevos visitantes entran á la taberna, y hablan alemán con el mercader de alcohol. Decididamente Nueva York es la verdadera *Cosmópolis*, no ya de los ociosos y de los dilettante, sino un crisol monstruoso donde todos los aventureros y los trabajadores del mundo entero vienen á chocarse á mezclarse, á fundirse, para formar un pueblo nuevo,—¿pero qual?

¿Fundirse? ¿La íntima mezcla de esos elementos tan poco reductibles y que son las razas, se verifica realmente? En todo caso, en lo relativo á los amarillos puede responderse que no, atrevidamente. ¿Qué poder tan extraño conservan estas gentes de resistir al medio, de abstraerse, de *insularse* en él, si así puede decirse? Tuve de ello una prueba esta noche cuando

dejamos esa madriguera para ir al teatro chino que se encuentra á dos pasos.

—En el escenario se vé á los actores, á hombres disfrazados de mujer, cargados de adornos y de afeites—afeitados con colores chillantes que les barnizan el rostro, adornados con telas semejantes á las usadas en las ceremonias religiosas por el clero, recamadas, bordadas, tiesas y lustrosas—representan, ó mejor dicho hacen mímica, con sus ademanes pausados y extraordinarios, una escena de un pieza interminable. Un instrumento de cuerda, ágrio y monótono, acompaña esta representación quimérica con un gemido y con un rechinamiento. ¿Qué hablo de ademanes? En la media hora que estuvimos allí, los siete actores no hicieron, entre todos, veinte movimientos. La decoración representa el interior de una pagoda con una puerta que da á un jardín, evocación, suficiente sin ninguna duda, para satisfacer el interés de este público que no pronuncia una sola palabra, ni estalla en una sola carcajada ni en un solo aplauso.

Quinientos hombres cobrizos están allí, inmóviles en su traje de trabajo, todos parecidos unos á otros con sus sombreros redondos, con la cola de sus cabellos negros trenzada, con su ámplia blusa azul obscuro y con sus eternas caras de serpiente en las que se embridan sus largos ojos brillantes y sin espresión. Parece que ni uno de ellos ha notado nuestra presencia, aunque por fuerza hemos debido hacer algún ruido al entrar en el corredor que baja hacia la escena entre las gradas. Se siente que son extranjeros, y á una profundidad que no se mide,—impenetrables y sobre todo ininteligibles. En la calidad y la elección del placer se revelan estas diferencias irreductibles, puesto que nuestras diversiones somos nosotros mismos, son nuestra independencia y nuestro gusto, mientras que nuestro trabajo á menudo no traduce sino la esclavitud del medio.

Este teatro y el automatismo hipnotizador de su representación nada tiene de común con la especie de entretenimiento que nosotros vamos á buscar á la comedia. E, igualmente, la embriaguez brutal y mecánica del alcohol, nuestra embriaguez nada tiene de común con el envenenamiento intelectual del ópio que constituye el vicio favorito de estos hombres. Es preciso ver á algunos de ellos entregarse á las delicias de esta terrible droga, inmediatamente después de la salida del teatro, para comprender cómo corresponde esta locura de los estupefacientes ó instintos profundos y sin duda ninguna indestructibles. Ambas impresiones se completan de modo y con potencia singular.

Anduvimos solamente veinte pasos al salir de la sala de representaciones y desde luego bajamos á uno de esos cuartos que están bajo de tierra y que sirven á estos maniacos de cueva para procurarse ensueños. A la claridad de un pico de gas, á media luz, se vé á un chino flaco acostado sobre una sábana extendida en un lecho de piedra que sobresale de la pared. Con sus ágiles manos forragea en un porrón lleno de una substancia negruzca. Con una gruesa aguja de metal, con destreza y seguridad, enreda una bolita compacta que hace arder en una flama. Después con la punta de la misma aguja, sin apresuramiento y con el mismo ademán diestro y seguro, introduce la volita en fusión en la chimenea de metal de su pipa. Aspira algunas bocanadas. La pipa se agota y vuelve á comenzar su maniobra. Un entorpecimiento voluptuoso flota en sus pupilas. Veinte operaciones semejantes ejecutadas veinte veces más, bastarán para que se ponga en la situación del hombre gordo

cuya silueta se dibuja en el fondo de la cueva y que, abotagado, lívido, inmovil, se abisma en visiones que ninguna fuerza humana sería capaz de arrebatarle.

Un personaje amable y risueño, el patrón del local, corre de aquí para allá preparando pipas y opio para otros habituados que esperan su turno de entregarse á ese misterioso y mortífero éxtasis. Convierten esta sala en trágica la soledad y la laxiturnidad de este placer. Ni un grito, ni una sola palabra. Hay en la actitud á que se abandonan estos devotos de paraísos artificiales, una especie de solemnidad de iniciación, y esta embriaguez parece menos vil y á la vez más criminal, menos desagradable, pero más incurable que la del wiskey ó la del aguardiente. Es tan diferente de ésta, que cansa extremecimientos de pesadilla, al grado de sentir alivio cuando se abandona ese antro....

Las linternas chinas alumbran con su luz ridícula la parte inferior de la calle. Una vuelta á una esquina y ceden de nuevo el lugar al gas, como el opio al alcohol. Ahora los "saloons" suceden á los "saloons." Un policía gigantesco y complaciente que el *detective* tomó para que nos llevara á las cuevas de los fumadores de opio, nos hizo detener súbitamente ante una alta casa que nos enseñó con un gesto orgulloso.

—"*Well*,"—nos dijo con el más cómico énfasis,—*you may be globe-trottes*—aunque fueran ustedes *trotones del globo*—no encontrarían ningún lugar comparable al Bismarck de Nueva York. ¿Quieren ustedes entrar?...."

Aceptamos, y entonces nos explicó—¡oh ironía de la gloria humana!—que este Bismarck es simplemente un local donde se duerme en la noche por diez y por siete sueldos. Nos metimos, siguiéndole, en un

corredor obscuro y le vimos conferenciar con el conserge de ese dormitorio de la miseria. Este, después de pretextar algunas dificultades,—preludios de la partición de una propina, muy inteligible para quien ha experimentado la poca conciencia del alguacil de las ciudades americanas—nos permitió franquear los tramos de una escalera mal alumbrada y que ya está infestada de un hedor abominable. En el primer piso se abre una puerta. Conferenciamos nuevamente y penetramos en una pieza inmensa, calentada hasta el grado de impedir respirar en ella, por una colosal chimenea de fierro fundido.

Allí, entre una niebla apenas despejada por rarísimas luces, se perfila una doble hilera de camas de caoutchouc, con un verdadero sembrado de cuerpos, unos envueltos en un resto de harapos, otros completamente desnudos. Todos esos desgraciados duermen con ese sueño que se asemeja á la muerte, y en el que la vida, con todo y eso, repara sus energías profundas. En la posición de sus miembros se ve que no se han acostado, sino que se han echado tal y como estaban, aplastados por la fatiga. Se ven levantarse las plantas de los piés, ennegrecidas por el fango de las calles, que encuentran vagancias indefinidas, ya en medio de las calles, ya en los caminos. Las caras macilentas de los que acaban de *desharaparse*,—es necesario crear palabras para traducir el despojamiento sin nombre de esos harapos sin nombre también—nos siguen con la mirada pasiva y estúpidamente. Para ellos somos apariciones de un sueño al través del doble entorpecimiento producido por esa espesa atmósfera y por el cansancio que les invade.

Y sin embargo, los que duermen aquí son favorecidos. La especie de hamaca en que reposan debe

proporcionarles una voluptuosidad extraordinaria, puesto que gastan en pagar esta molicie, dos sueldos más. Dos sueldos para pan! Dos sueldos para tabaco! Dos sueldos para wiskey! Los huéspedes del piso superior duermen sobre tablas. Los del tercero duermen sobre el piso. Y es durísimo por su pestilente promiscuidad. Pero no es la calle, no es la noche de Enero tan mortífera para la pobre carne agotada. Esta es la idea que leí indistintamente en la cara fina y fatigada de un anciano de barba verdosa que se desnuda de la chaqueta sentado sobre el suelo en el último de esos tres dormitorios, verdadero fantasma de la miseria humana, á quien nunca podré olvidar por la anatomía de su dorso descarnado, en el que algunos mechones de vello encanecen sobre sus calientes costillas.

Al mirarlos, recordé que esa misma noche estaba yo invitado para un baile en uno de los palacios de la Quinta Avenida. Sacrifiqué sin sentimiento esta fiesta por esta visita. Se me representa en la imaginación la casa adornada toda ella con rosas que valen un *dollar* cada flor, deslumbrante con los atavíos de las mujeres que llevan sobre sí veinticinco, cien, doscientos mil francos en piedras preciosas. La *Champagne* que se derrama en el comedor cuesta veinticinco francos la botella. Y las rosas se marchitan sin que nadie haya tenido el placer, por ocio siquiera, de aspirar la suavidad de sus aromas, y sin que ninguno de esos diamantes y de esos rubíes sirva para ahuyentar un pensamiento triste á quien lo tenga, y cuando esos lindos labios se humedecen apenas tocando el borde de las copas donde hierve el monótono brebaje . . . Estos contrastes entre la espantosa realidad de ciertas miserias y la inútil insanidad de ciertas leyes, explican, mejor que las más elocuentes teorías, por qué se apodera la rabia de destruir simplemente semejante sociedad, de ciertas cabezas en determinadas horas.

El policía concusionario, que bien podría haber sido el encargado de cuidar ese baile como está comisionado de vigilar los tabucos de la Bowery, está tan orgulloso de este exceso de miseria en el que nos ha iniciado, como debe estarlo su colega de la Quinta Avenida del fausto de la fiesta. Y repite con jovialidad su frase de hace un rato:

—"Y bien, ¿han encontrado ustedes en el mundo un lugar como el Bismarck?....."

Y ya en el dintel, respirando la libre noche con toda la amplitud de sus robustos pulmones, agregó:

—"Señores, ahora comprenderán ustedes lo que vale una bocanada de aire fresco!"

Decididamente este humorista hace lo posible por merecer el dinero de su propina, pues viéndonos conmovidos por el espectáculo del siniestro albergue, nos invitó á disipar esas visiones de tristeza por un descenso á otro subterráneo, á casa de un italiano:

—"Hay siempre en su casa," nos dijo, "alguna *jollification*."

Palabra intraducible como el *jolly* de donde se deriba y que significa la alegría festiva, la farsa inocente, cierta gracia brutal y saludable.—A propósito de esto, le pregunto á que nacionalidad pertenecen más especialmente los habitantes del Bismarck. Según su opinión predominan los alemanes y los irlandeses. Los americanos propiamente dichos son rarísimos. Por lo demás, es de creerse cuando se escudriñan de este modo los cuarteles, ó que no hay americanos en Nueva York ó que son todos ricos, tantos extranjeros así hemos encontrado el otro día y esta noche! Encontramos más extranjeros aún en la *trattoria*

nocturna donde nos introdujo nuestro guía. Pero la *jollification* anunciada se reduce á la vista de un patrón visiblemente embarazado y furioso en su obligada política.—Mientras que los tres compatriotas con quienes platicaba afectan fumar sus largos cigarros de paja y vaciar su frasco de Chicanti sin mirarnos, el hombre gordo y descolorido de ojos de procurador nos asegura con una entonación que hiede á galeras:

—"Pero, pueden ustedes ver todo en mi casa, nada tengo que ocultar"—y repetió—"Nada que ocultar.... nada que ocultar...." cuatro veces seguidas. ¿Qué trabajos de conspiración, de contrabando ó de prostitución habíamos interrumpido con nuestra entrada? El policía debe saberlo, pues nos sacó de esta caberna con el mismo apresuramiento con que nos habían traído. Pretende estar ya en los límites de la porción encargada á vigilancia. Le dejamos para terminar esta noche de baja inquisición al través de una série de bailes públicos y de cafés conciertos. Tres de estos lugares de cita para la crápula se presentan á la mirada de mi memoria en el momento en que escribo estas líneas, las tres igualmente trágicas y significativas.

..... El primero es una especie de tabuco con tablas fijas y con una orquesta en un estrado. Escribientes de paseo y militares se codean allí y sobre todo marineros, toda la canalluza baja del puerto. Muchachas perdidas recorren los grupos, agobiadas de fatiga á la vez que ébrias y hambrientas. Tres de ellas se sientan en nuestra mesa y las tres piden ponches de leche para sostenerse. Lo beben con una avidez que causa disgusto mirar. Una de ellas nota el forro de seda del abrigo de uno de nosotros. Lo mira con curiosidad, después se acaricia con él el revés de la mano y ésta nada de lujo le causa un pequeño goce físico que la hace sonreir.

..... El segundo es una taberna más decente, con una sala en el fondo, donde algunos empleados hacen bailar á muchachas perdidas al son de una música algo mejor. Una de ellas y su hermana son evidentemente principiantas. Tienen diez y ocho y diez y nueve años respectivamente. Son bonitas, placenteras y finas, con pobres vestidos negros orlados de rojo. La prostitución aun no ha marchitado en ellas el encanto que hubiera podido hacerlas inocentes prometidas y buenas esposas más adelante, si hubiera sido otro su destino. En país anglo-sajón nunca existe intermedio entre esta "giril" delicada—que se ha vendido ó que han vendido, sin vicio, sin seducción, sin remordimiento, tal y como hubieran podido colocarla en una casa de comercio,—y la criatura degradada, de nariz roja, de pómulos llenos de barros, de ojos llorosos, de voz ronca y á quien apenas quieren los marineros. La explicación de esta metamórfosis tan rápida cuanto espantosa está en el alcohol. Esas dos niñas delicadas con rostros de ángeles beben ya wiskey á vasos llenos.....

..... En cuanto al tercero de estos tristes cuadros de arrabal, es el de otro baile, enteramente parecido en su aspecto exterior á los otros, sólo que algunos jóvenes bailan allí con otros hombres, seres ambíguos que ostentan arrebol en los carrillos, negro en los párpados y rojo en la boca. En la parte anterior y para separar de la calle este equívoco lugar un *saloon* ofrece sus asientos. Como no hay más que empujar una puerta para entrar al baile, es fuerza creer que el patrón que está en pié detrás del mostrador y que sonrie á los clientes con su cara eczematosa es también un útil utensilio de elección. Las

grandes ciudades y las grandes democracias tienen estas sentinas entre sus bastidores.....

.....

Enero 18.—Esta mañana fuimos D*** K*** y yo á visitar las dos islas de la rivera del Este, Blackwel's y Ward's en donde están las casas de locos y las penitenciarías. En la puerta de *Tambs* debíamos encontrarnos con el *detective* que nos acompañó el otro día, con M. Clark. Los *Tambs* son la prisión municipal de la ciudad unida á la policía correccional y á un tribunal para las sesiones excepcionales. El argot neo-yorkino los ha bautizado con este sobrenombre fúnebre y simbólico, aludiendo á los anchos y macizos pilastrones egipcios que forman su peristilo.

El oficio de *detective* no permite la exactitud en las citas y además M. Clark está de servicio. Nos mandó decir con uno de sus *policemen* que se reunirá con nosotros más tarde, "si es que acababa á tiempo" lo que quiere decir que el bravo perro venteador está de caza, y tal vez, ¿quién lo sabe? solo á dos pasos de donde estamos, en una de esas calles. Tal vez el criminal, á quien le dá batida, zanquea esas calles con paso desesperado, espiando con la mirada una de esas casas que nos parecen tan insignificantes y que para él será un asilo ó una perdición.

Desfilan estas casas con su banalidad enigmática sin revelarnos nada de sus secretos, mientras que un nuevo *car*, después un camino de fierro elevado, luego otro *car* más, nos llevan hacia el lado de *Bellevue Hospital*.

Un pequeño muelle de madera, cerca de él, sirve de punto de partida al barco pasa-río, que conduce una vez por día hacia las islas á los condenados y á los parientes de los locos. Un coche celular llegó casi al mismo tiempo que nosotros con su carga de forzados. El pueblo le apellida con el clásico mote de *Black Maria*. Esos viajeros que no tornarán sino después de meses ó años—si es que vuelven—bajan con indolencia. Se engolfan en cámaras preparadas en los costados del barco y el puente se cubre de gente pobre, sobre todo de mujeres que llevan cestos llenos con alguna provisión para un desgraciado á quien solo queda este resto de alegría!

El barco se estremece. Ejecutan la maniobra hombres vestidos de uniforme obscuro, entre los que hay varios negros; están allí compurgando una larga condena.

Platicamos con el *boss* en tanto que esta extraña casa flotante adelanta, sufriendo los embates de el agua crispada que la azota con pesados oleajes. Nos cruzamos con otros pasa-ríos, con remolcadores, con navíos mercantes. Sopla un aire acre, bajo un cielo que se mira como contraído por la fría tensión de una negra nube de hielo. Esta orilla de la ciudad desenvuelve una costa pelada y cual si estuviese manchada con una lepra de construcciones miserables y con siniestras playas en que se mantiene el inmundo desecho de las cercanías de una capital. El *boss* que ha tomado el oficio de transportar á la miseria, á la locura y al crimen, en medio de este paisaje de ruinas y de detritus, es un anciano jovial que masca su tabaco y dardea los chorros de saliba con gran serenidad, vigilando su equipo. Nos abre los dos comarotes donde ha encerrado á los huéspedes de la *Black Maria*.

El de hombres contiene próximamente diez individuos. Su cara envilecida y neutra no expresa ni aun esa resolución de los *tramps*, como se llama á los vagos de aquí, á quienes se vé arrastrarse en las calzadas de Nueva York recogiendo orgullosamente los

cachos de puro. Las mujeres tienen un aspecto más vivaz y más trágico. Las placas biliosas y congestionadas de su cútis, esos verdes y esos rojos de la piel que produce el alcohol, les forman una máscara de vicio sobre la que resalta el brillo singular de sus miradas. Envejecidas antes de tiempo y arrugadas del frente, si así puede decirse, por lo muy chupadas que están sus facciones en su carne marchita, fuman cigarrillos recargadas sobre las paredes de esta prisión que se mueve. Son siete: tres irlandesas, dos alemanas y una negra. Solo la séptima es una verdadera americana. De los desgraciados que componen el equipaje de á bordo, los que no son negros son todos europeos.

Hay un francés perdido entre ellos y el *boss* nos lo enseña. Es de Picardía y ha venido á Estados Unidos después de la guerra.—¿Por qué?—No lo confiesa, como tampoco el delito que lo condujo primero á la Penitenciaría y después á este barco Era portero de una casa que se decía alquilaba amueblada y que no era en realidad sino una casa de prostitución. Llegó un *detective* acompañado de una muchacha, pidiéndole por una hora un cuarto. El hombre no lo reconoció. Le dió el cuarto. Y esta es la razón porque se encuentra aquí, con esa cara tan dura que tan pronto adquieren los extranjeros establecidos en América. Nos refiere su llegada, los primeros años, su soledad, sus rudísimos trabajos—era cubretecho de las gentes que son aquí tan implacables. Debe decir la verdad sobre esos puntos. Esto se siente en la amargura de sus palabras. En él no sobrevive nada del buen humor nacional, ni aun esa fanfarronería socarrona con la que el latino toma su inútil y último desquite cuando está vencido por una civilización más fuerte. Este, en realidad, está muy vencido.

Cuando tuve la conciencia de su miseria en su infamia sentí menos que fuera tan baja la cifra de la inmigración francesa en esta tierra terrible. Las estadísticas enumeran cincuenta mil cuatrocientas sesenta cabezas desde hace diez años. La América, por el contrario, ha recibido en el mismo período un millón cuatrocientos cincuenta y dos mil novecientos cincuenta y dos alemanes. ¡Qué suma tan formidable de pruebas ciertas, de crímenes probables, representa semejante aflujo de aventureros! Se extremece uno cuando vé de cerca un ejemplar auténtico encontrado en el hecho.

La misma singular aglomeración de extranjeros y extranjeras, vimos entre los muros de los dos asilos, el de locos y el de locas, que visitamos: el primero en la más lejana de estas dos islas, en Ward's; el segundo en la más próxima, en Blackwell's. No es esta originalidad la que prueba que la fatiga superior á la resistencia en la vida americana es funestísima á los sistemas nerviosos que no son de aquí, pues que estas casas se parecen á los otros asilos del mismo género de cualquier país. Llevaré grabado en la memoria, por largo tiempo entre estos locos, á un alemán que vino de Kœnisberg y que se creía el viejo Emperador Guillermo: con sus bigotes atusados en gancho, hablaba y juraba paseándose con gestos de amenaza. Y de las locas no olvidaré á una de Noruega, de ojos dulcísimos color de mar, que tocaba, sentada al piano, un aire vaguísimo y que comenzaba indefinidamente.

Una y otra casa están sostenidas con ese perfecto conocimiento del órden material que distingue á la América y la Inglaterra. Aquí el principe, según lo había ya notado al visitar los Hospitales de Boston consiste en asegurar su autonomía á cada estableci-

miento. Desde el mayor hasta el mas pequeño deben bastarse á sí mismos. Es necesario que tengan su panadería para fabricar su pan, su lavandería para limpiar su ropa y repasarla con la máquina, su laboratorio para preparar sus medicinas. Con semejante independencia, en todos los establecimientos la iniciativa es forzosamente más poderosa, Si hay necesidad de intentar una experiencia, de aplicar una invención, no tienen la precisión de pasar por la serie administrativa ni de esperar la órden del centro. Todo tiene su quiebra y esta ausencia de comprobación que tanto admiramos nosotros los centralizados, puede tener su lado funesto. Tuvimos la sensación de que así es cuando uno de los doctores nos dijo triunfalmente algunas palabras. Pedimos permiso para ver á los locos furiosos.

—"Aquí no tenemos de esa clase" nos contestó.

—"¿Cómo es posible?" insistimos.

—"No tenemos de esos" repitió.

—"Pero, cuando alguno que no lo estaba se vuelve furioso?"

—"Oh!" dijo, "no tardamos en dominarlos."

—"¿Podremos ver los aparatos que usan ustedes para ello?"

—"No tenemos aparato alguno" respondió el médico con orgullo; "creemos que la violencia física es degradante para el paciente y preferimos emplear la violencia química,—*the chemical restraint*....."

—"*They druy them to death*. .... Les curan á muerte....." nos dijo K***

¿Tienen razón? Y sin embargo, la verdad es que después de esta frase creemos sorprender en las pupilas de los que encontramos el estupor embrutecedor del opio ó de la morfina, á pesar de que el doctor nos asegura que estas dos substancias están proscritas del tratamiento. Reina en este hospicio de locos un triste terror, mientras que en el hospicio de las locas estuvimos tocados por la ternura, casi por la alegría.

Las salas y los corredores están adornados con flores de papel, con árboles de Navidad con frutos de tela, restos de la fiesta del mes anterior. Bananas de trapo amarillo alternan allí con naranjas de felpa roja. El adorable genio del hogar, imperecedero en el corazón de la mujer. ese instinto supremo de la maternidad que persiste aun en la locura ha sugerido á las prisioneras esta graciosa y conmovedora fantasía: junto á estos grandes árboles de Navidad, de estas grandes muñecas vestidas con ropas abrigadoras, figuran los niños para quienes soñaron preparar estos regalos. Y sin embargo á pesar del cuidado que han tenido al adornar su calabozo, son prisioneras y ellas lo sienten. Todas, en su pensamiento formulan la frase que pronunció delante de nosotros una de ellas, una negra de cabellos blancos, que pone en ese momento una casaca de abrigo á otra prisionera. Esta última rie de gusto al sentir el calor de esa prenda.

—"Cuán contenta está" dijo uno de nosotros, "qué le falta pues?"

—"*To be free*..... ser libre....." respondió la vieja morenilla é interrumpieron, la una su acción caritativa de abrigar á la otra, y ésta su risa, para mirar por la ventana con la nostalgia de animales enjaulados.—Y á pesar de todo, ¡qué símbolo tan triste de la libertad es esta gran llanura de la isla, estéril y desnuda! Los árboles crecen en ella tan delgados en terrenos tan yermos, verdeando con césped tan ralo, cual si estuviesen descortezados. En esos llanos serpentean líneas grises que son caminos abandonados y ahondados. En ese cielo se arrastran nu-

bes bajísimas y allá abajo dos construcciones se levantan erigiéndose con una arquitectura de cuartel. Una es la *Work-House*, el Hospicio, la otra es la Penitenciaría.

Con la visita á este cuartel terminamos nuestro día. Fué M. Clark quien nos guió. Nos estaba esperando delante de la casa de locos. ¿Cómo supo el perro de policía que allí estábamos, precisamente allí y no en otra parte? No fué mucha la admiración que nos causó esta tan pequeñísima prueba con la que nos demostró su olfato profesional, así como tampoco la que nos produjo el coche que descubrió—¿de qué modo?—en esta llanura desierta.

No había rodado diez minutos el coche cuando comenzamos á mirar los forzados que trabajan en terraplenar. Si no fuese por sus vestidos blancos con rayas obscuras, se les tomaría por obreros vulgares ocupados en una tarea vulgar también. Es un rasgo tan característico de la vida americana la absorción en el trabajo que esos condenados á galeras no se distinguen de los obreros libres. Su fisonomía no parece más entristecida que la de los mecánicos sobre sus locomotoras ó que la de los fundidores en sus talleres.

Se encuentran esas chusmas con más frecuencia á medida que se aproxima más el ámplio edificio sobre la altura. Ya estamos en él. En esta ocasión no tenemos necesidad de parlamentar como en la puerta de *Bismark*. Nuestro guía está en su casa en este cuartel, del que es uno de los proveedores más hábiles. La recorrimos siguiéndolo, interesándonos especialmente por la galería donde están las celdas, pues encontramos en ella el espíritu práctico del país. Sus fuertes puertas de barras de fierro se abren en un ancho corredor que permite la más cómoda vigilancia. Las celdas son estrechas, altas y dispuestas de

manera que permiten el establecimiento en las paredes de dos camas superpuestas como las de los camarotes de los paquebots. Encima de la entrada está escrito en un cartel el nombre de los condenados.

—Algunos de esos nombres que leí corroboran mis observaciones de estos últimos días. La mayoría no son de aquí. Las penas que se imponen son de corta duración, de seis meses, de uno ó de dos años cuando más. Por lo general se agrega una multa de cien, de doscientos, de quinientos *dollars*. Cuando los penados no tienen dinero desquitan esta multa con su trabajo, que se les abona á razón de un *dollar* por cada día. El regimen es humano, casi confortable si se recuerdan las asperidades de la miseria en la Bowery. Levantados á las cinco y media, toman los hombres á las seis y media pan y café, al medio día carne y á las cinco y media de la tarde sopa, pan y café. A las seis se les encierra y se les concede permiso de leer hasta las diez.

Su bibliotecario está sentado frente á una mesa en una de las galerías y allí clasifica las fichas. Aun bajo la librea de la prisión, su fisonomía inteligente, sus manos finas, su aplicación tranquila revelan al *gentleman*. Es también un extranjero, un inglés de excelente familia que se hizo culpable por haber sostenido una vida de club, de *sport*, de juego y de elegancia á fuerza de *cheques* habilmente fabricados. Se le emplea en la tarea para que se le ha juzgado más á propósito, y lo mismo se hace con los demás penados.

De este modo los talleres están poblados de obreros que ejecutan con baratura obras excelentes. En los pabellones que rodean al edificio central hay una fragua y una ebanistería, una zapatería y una cerrajería y así sucesivamente para todas las corporacio-

nes de oficios. Vemos desfilar ante nosotros á los sastres, á los pintores, á los encuadernadores, á los relojeros, y á todos ejecutando su trabajo pacíficamente. Para haber sido felices hubieran necesitado solamente vivir de esta manera en los tiempos de su libertad. Se les devolverá su libertad, y según nos lo asegura M. Clarck, ni uno de ellos conservará, aun al grado más insignificante, esta costumbre del trabajo, que parece que han contraído ya. La mayoría son reincidentes que han tomado, dejado y vuelto á tomar el camino del taller disciplinario sin que este empleo activo de sus horas durante esta servidumbre legal haya modificado la perversión de su voluntad.

Qué pieza es la que tan profundamente tienen gastada en su mecanismo interior?—En este país de todas las empresas se ha ensayado, no muy lejos de aquí, en Elmira, crear una penitenciaría reformadora, una especie de hospital moral, precisamente para alcanzar esta pieza íntima. Parece ser que no ha producido grandes resultados, por lo que se llega á esta conclusión pesimista: que la mejor solución de esos problemas, así como la de todos aquellos que se refieren á las llagas sociales, es simplemente una buena y fuerte policía. Esta idea es espantosa y sin embargo parece estar en conformidad con la naturaleza. Hay hombres que nacen zorros, lobos y tigres y otros que nacen perros guardianes. Tuve esta visión de la dualidad substancial de la raza humana, andando por las calles de Nueva York detrás de Bazarow y de M. Clarck. Se produjo en mí nuevamente oyendo á este último exclamar:

—"Miren ustedes, aquí hay algo cazado por mí!"

Y nos señaló á un tornero fornido y vigoroso con una fisonomía innoblemente viciosa.

—"Yo he sido quien le ha arrestado esta mañana" insistió M. Clarck, abriendo y cerrando sus velludos dedos. El otro se agacha sobre su trabajo sin que dé señales de haber reconocido al policía. Pero en el momento en que M. Clarck emprendió su camino, se volvió siguiéndole con una mirada llena de odio y de terror y cambió algunas palabras con su vecino. En esa mirada se ve el sueño de dar de puñaladas por detrás. Pero el dogo de M. Byrnes se preocupa tanto de ello, como un perro que ha forzado á un animal y que le abandona para correr tras de otro, se preocuparía con la mirada furiosa ó suplicante del primero.....

Centenares de páginas semejantes podría sacar de mi diario de viaje. ¿Pero bastarán las asentadas para concretar la objeción que mi amigo de Nueva York dirigía contra el optimismo, algo oficial y pensado, de los dos grandes arzobispos católicos? En todo caso, sí son suficientes para colocar á toda luz el hecho que me parece dominar toda la historia del movimiento social de los Estados Unidos y para alumbrar las contradicciones aparentes.

Este hecho es la presencia, en las clases de abajo, de un contingente extranjero, tan considerable que, en ciertos momentos, el Americano nacido en América de padres Americanos se presenta como una especie de aristócrata, muy orgulloso para prestarse á servir á un amo cualquiera que él sea, muy inteligente para dedicarse á pequeños trabajos de detalle, y como destinado naturalmente por su imaginación, por su perseverancia, por su voluntad á regimentar

en sus empresas á esta multitud de inmigrantes cuya mano de obra paga y emplea brutalmente.

Esta paradoja apenas exagera la realidad. Para convencerse de ello basta mirar un cuadro estadístico, por ejemplo, el que publican cada fin de año los almanaques de los periódicos; y esas cifras incontestables dan una dosificación más significativa del contingente extranjero, cuando se acaba de salir de los barrios bajos de Nueva York donde los Italianos, los Alemanes, los Irlandeses, los Poloneses y los Chinos hormiguean y se debaten en una tal miseria.

En primer lugar hay que notar que esa formidable inmigración es enteramente reciente. De 1789 á 1820 apenas si doscientos cincuenta mil colonos de Europa desembarcaron en Estados Unidos. Y esto no daba ni nueve mil hombres anualmente. Los recien venidos en ese período se perdían, se ahogaban luego en el medio americano que aun posee un notable poder de asimilación. Pero esta asimilación tiene sus límites. Y á través de los números se vé la oleada que poco á poco la sobrepujará.

A partir de 1820 cada año aumenta el número de inmigrantes hasta decuplicarse, casi hasta centuplicarse. En 1830 alcanza este número á veintitrés mil trescientos veintidós y en 1840 llega á ochenta y cuatro mil sesenta y seis. Los acontecimientos de 1848 y 49, dieron por resultado llevar este número en 1850 á trescientos sesenta y nueve mil ciento ochenta y seis. La guerra Franco-Alemana y la Comuna repercutieron con mayor violencia aún sobre esta invasión del Nuevo-Mundo por los desesperados del antiguo. En el año de 1872 sube á cuatrocientos cuatro mil ochocientos seis; en 1873 á cuatrocientos cincuenta y nueve mil ochocientos tres son los expatriados que aquí vienen á buscar algo,

—pero, ¿qué buscan?—Ni ellos mismos lo saben.

Para medir en toda su extensión este admirable fenómeno de una marea de hombres ó mejor de naciones, que rompe en este continente, las cifras de conjunto son necesarias. En los dos periodos decenales que preceden á este en que estamos, los Estados Unidos han recibido de Europa más de tres millones de inmigrantes entre 1871 y 1880; y entre 1881 y 1890 más de cinco millones y medio. La población ha pues aumentado, en estos últimos diez años, un doceavo por vía de ascensión extranjera y esta ascensión está única y exclusivamente compuesta de obreros.

Ahora, hojead una guía cualquiera, y encontrareis que en Chicago, sobre un millón cien mil habitantes, hay cuatrocientos mil alemanes, doscientos veinte mil irlandeses, ochenta mil noruegos, daneses ó suecos, cincuenta mil poloneses, cincuenta mil bohemios. En Milwaukee más de la mitad de la población está compuesta de alemanes. Son doscientos cinco mil. Hay cincuenta mil alemanes en San Luis. Denver, que contaba treinta y cinco mil habitantes en 1880, cuenta hoy ciento cincuenta mil ó sean ciento quince mil más, todos mineros y todos extranjeros. San Pablo y Minneapolis son ciudades scandinavas y San Francisco está enteramente poblado por inmigrantes de todas procedencias, comprendiendo entre ellos veinticinco mil chinos!

Ante la evidencia de una invasión hacia el interior, tan violenta y tan reciente, ¿cómo podría desconocerse que esos recien venidos no pueden en su mayoría, ser americanos sino de nombre? Sí, los Estados Unidos se asimilaron á los recien llegados con una rapidez maravillosa cuando el trabajo era

especialmente un trabajo rural, cuando las grandes ciudades modernas no existían aún,—ántes de 1840 no había en America una sola ciudad de quinientas mil almas,—cuando, sobre todo, estos recien venidos dispersados inmediatamente en las haciendas, no constituían esa aglomeración compacta y casi sólida, irresistible y formidable como un elemento.

Hace treinta años, ese poder de asimilación era todavía milagroso, cuando la guerra de Secesión vino á crear de nuevo y á dar mayores fuerzas á la conciencia del alma americana en la comunidad de la disciplina y del peligro. Puede de ello darse una prueba, muy pequeña, pero muy notable: antes de esa guerra, los alemanes, so pretexto de reuniones de gimnasia, habían fundado un grupo de sociedades revolucionarias con este título: *Socialistischer Turnenbund*.—Antes de 1860 todas eran radicales, internacionales y germánicas. Terminó la guerra y todas se habían vuelto naturalmente nacionales y conservadoras,—y para resumir todo en una sola palabra, americanas. Ahora bien, en estos treinta últimos años, ¿por qué medios se ejercería esta asimilación sobre esas masas tan apretadas que se engolfan en la labor de las grandes ciudades industriales?

Todos estos desembarcados de la víspera pueden muy bien colorarse de americanismo, lo que para ellos significa frecuentemente despojarse del débil residuo de las preocupaciones morales que les quedaban de su vida precedente. Aun aprenden á farfullar el idioma, aunque el mayor número continúa hablando su idioma natal. La prueba de esto la tenemos en los tribunales, donde sin cesar los acusados y los testigos son interrogados por intérpretes. —Pero sería una locura suponer que sus ideas cambien, que sus aspiraciones profundas se modifiquen

y que su alma, en fin, se metamorfosee. Una vez que se encuentran en Estados Unidos siguen siendo los violentos y los desesperados, los mismos que iban sobre el navío donde vinieron, tanto más, cuanto que en este país de su última ilusión han encontrado la misma necesidad de trabajo que en el viejo mundo y una competencia más rigurosa aún. Desembarcaron con todas las disposiciones morales que forman al revolucionario, y han permanecido revolucionarios, dispuestos á seguir á aquellos que han trasportado desde Europa hasta aquí, sus febriles y feroces utopías, su furor de agitación y sus procedimientos de embrigadamiento.

De este modo se explica el súbito desarrollo en esta democracia libre, del socialismo más incompatible con todo el pasado de los Estados Unidos—con todas sus tendencias, con toda su constitución—y que estalla en desórdenes tan formidables como las huelgas recientes de Chicago y de California, en aventuras tan grotescamente siniestras como la formación del ejército de Coxey y su marcha sobre Washington. Viéndolo de cerca no es una guerra social la que anuncian esos episodios, es una guerra de razas.

El verdadero obrero americano—pues que existe —es el hombre que pintaban Mgr. Gibbón y Mgr. Ireland, laborioso, serio, respetuoso para la ley, altivo, sobre todo por la Constitución á la que obedece con orgullo y que no alimenta odio alguno contra el capital. A su lado pulula la inmensa multitud de los obreros de raza extranjera, animados por ideas extrañas, ignorantes de la historia de un país que no representa para ellos sino un último partido que jugar contra la suerte, que no comprenden á este país y diré más, que lo aborrecen con todo el odio de la decepción que han sufrido en él.

Hace algunos meses al costear el Mississipí, entrevería á la América del pasado, bajo la América del presente, y la primera lucha de exterminio entre las Pieles Rojas y los Anglo Sajones del último siglo.—Y de nuevo termina en un conflicto entre gentes de sangre enemiga este primer brote de civilización. La gran República salida de los primeros colonos de Massachusetts, tan íntima, tan necesariamente anglo sajones en su idioma y en sus leyes ¿se verá sublevada, rota y destruida por esos elementos extranjeros que al parecer no ha absorbido y transformado de igual modo en estos últimos años? Aquí la lucha de las clases no es sino aparente. Hay en ella todo un duelo éthnico y pueden seguirse sus peripecias en la historia del *labour movement*, como aquí se dice, detalle por detalle, casi año por año.

Uno de los economistas mas conocedores de este país, el profesor M. Richard Ely, ha escrito esta historia con gran conciencia y mucha imparcialidad. Aunque se haya colocado bajo el simple punto de vista del analizador, la serie de los hechos, tal cual los expone, muestra desde luego la alternancia de una y otra corriente; de la corriente americana y de la corriente extranjera en esa vasta colada de la inundación obrera. Así también en la confluencia de algunos rios persiste la diferente coloración de las aguas sin mezclarse por largo tiempo.

¿Quereis ver en trabajo y enteramente sola por lo pronto, á esta alma americana? Miradla trabajar en los primeros ensayos de organización comunista que ha intentado y que por la locura de su principio sobrepujan á las peores utopías del más extravagante colectivismo. La encontrareis semejante á sí misma: toda voluntad y por lo mismo preocupada desde luego con los problemas de responsabilidad—toda acción y por tanto, profunda, íntimamente realista en los detalles de su empresa, aun cuando su objeto final sea una quimera.

Tenemos, por ejemplo, la comunidad de los *Perfectionnistes* de Oneida, obra insensata, si las hay, en su primera concepción. Un antiguo estudiante de Yale, ayudado por otros estudiantes de la misma Universidad la fundó. Estaban tan embriagados estos jóvenes con su absurda lógica que inscribieron en su programa el *free love*, el amor libre, so pretexta de que el exclusivismo es tan culpable con relación á las personas como refiriéndose á las propiedades. Si se estudian las reglas prácticas de una sociedad establecida así contrariando el instinto más profundo de la naturaleza humana, el de la familia, queda uno pasmado al ver que estos utopistas en la doctrina, fueron, en su aplicación hombres de una psicología muy prudente y muy segura. Para no citar sino un detalle, se les ve organizar en su extraña comunidad el *mutual criticism*, el derecho de crítica pública y recíproca "con el fin de utilizar, según dicen, esta fuerza perdida de observación que, en el mundo, se desperdicia en habladurías y en inútiles maledicencias." Si se considera el resultado financiero de su tentativa se demuestra su hábil administración por medio del balance de su liquidación. En 1881, habiendo renunciado á su programa de reformas para concretarse á una simple sociedad cooperativa, se encontró que su activo era de seiscientos mil *dollars* para doscientas personas ó sean quince mil francos por cabeza. Ahora bien, habían comenzado con recursos ínfimos.

Examinemos de la misma manera otra comunidad no menos excepcional en sus principios, la de los *Shakers* de Mount Lebanon. Bajo el misticismo reli-

gioso, lo que en ellos domina es el conocimiento práctico y sabio de las verdaderas condiciones de la vida humana. Daniel Fraser, uno de los más avanzados en edad de los hermanos, iba repitiendo sin descanso:

—"Las dos bases de la moralidad son el trabajo de la tierra y la higiene."

Costumbres regularizadas, alimento escogido científicamente, casas bien canalizadas, cuartos bien ventilados y temperatura vigilada constantemente—tales son las minuciosidades á que desciende su Ethica y aun á otras más humildes aún.—"En Mount-Lebanon, refiere el profesor Ely, aprendí á cerrar una puerta sin que nadie pudiese oir el menor ruido."—"Esta es una lección de *shakerismo*, me dijo Daniel Fraser, es el *shakerismo* reducido á la punta de un alfiler . . ."

En eso se reconoce, bajo una forma sencillísima y que hace sonreir, el sentimiento del escrúpulo y la vigilancia sobre sí mismo cuyo sentimiento no es sino un caso particular del sentimiento agudo de responsabilidad. Allí también se encuentra el realismo inocente de la vida conventual que asegura la riqueza con tanta prontitud á los monjes y con tan débiles recursos. En tales comunidades todo se observa y en un grado tan elevado de disciplina no podría sostenerse sin virtudes superiores de órden y de economía. ¿Estamos bastante lejos de la atmósfera donde se desencadenan los revoiucionarios modernos?

Mas, los Perfeccionistas, los Shakers, han ensayado tentativas de orden social muy aislado y muy arbitrario. Las características del alma popular se marcan en Estados Unidos, con claridad más perceptible en el desarrollo de las simples sociedades

obreras. Pues estas asociaciones han sido en realidad obra de los trabajadores, una especie de herramienta cívica fabricada por ellos, para su uso y adecuada á sus necesidades profundas.

Aquí las dos corrientes son tanto más visibles cuanto que la segunda no apareció sino después de la primera y muy tarde. Hasta el día siguiente de la guerra de Secesión, todas las sociedades formadas por los obreros manifestaban, casi sin excepción, los caracteres distintivos de la raza anglo-sajona en su variedad americana. Primeramente fueron los *trads-unions*, todos profesionales y todos locales como los de Inglaterra; tales fueron, la asociación de tipógrafos de Nueva York y la de los *house-carpenters* de Boston, fundada en 1812.

El programa de esta última sociedad, se liga perfectamente al linaje de sus espíritus para quienes Robinson es siempre el tipo ideal, enteramente indiferentes á las vastas teorías generales, pero que son positivas, que son morales, que tienen una fuerza de iniciativa muy personal al servicio de sus intereses y que poseen ardientes convicciones cristianas. La carta de los carpinteros dice que se ligan con el objeto "de gobernar por sí mismos sus asuntos propios, de administrar sus propios fondos, de estudiar los inventos particulares á su arte, de ayudar á los obreros sin empleo con préstamos de dinero y socorrer á los enfermos y á sus familias. . . . ."

Si se hubiese hablado á esos hombres intrépidos de una reforma universal, si se les hubiera predicado una refundición violenta de las relaciones entre el que emplea y el empleado, una cruzada del trabajo con el capital, con evidencia puede decirse que no hubieran comprendido nada de estas peligrosas palabras. Querían mejorar su condición de trabaja-

dores pero como trabajadores, porque en efecto eso es lo único práctico y moral y lo conforme á la vez con el principio de dar al César lo que es del César y también verdaderamente útil y de utilidad cierta é inmediata. Por lo demás no es esta la fórmula completa del problema social: mejorar al rico como á rico, al noble como á noble, al burgués como burgués y al obrero como á obrero?

El mismo espíritu de realismo cristiano y de pacientes progresos, continuó animando las uniones más ámplias que, á partir de 1825, unieron entre sí, de ciudad en ciudad, á los obreros del mismo oficio ó á los obreros de oficios diferentes en la misma ciudad En 1833, Ely Moore, el presidente de los *General trades-unions* de la ciudad de Nueva York, en un remitido célebre que fué la primera manifestación del socialismo americano, habla únicamente "de elevar la condición intelectual y moral de los trabajadores, de reducir la línea de demarcación entre el obrero y el patrón y de administrar mejor los intereses pecuniarios del pobre."

Sin embargo, esa sociedad de los *General trades-unions* preveía ya el peligro de los medios violentos, pues uno de los artículos del reglamento prohibía "que ninguna corporación de trabajadores de un oficio se declarase en huelga para obtener salarios más elevados, sin que el motivo de esta huelga hubiera sido examinado por el consejo central." Era tal, por lo demás, el nacionalismo de los obreros americanos en ese período, que uno de sus jefes, Stephen Simpson, de Filadelfia, en un manual que se hizo prontamente popular, denunciaba, con indignación enteramente puritana, las costumbres, las ideas y la literatura de la Europa como el manantial de todos los abusos en los Estados Unidos. Otro

gran jefe de obreros proclamaba igualmente la necesidad "de detener la usurpación extranjera y de interrumpir su perniciosa influencia sobre la salud moral y política del país "

Las asociaciones que van multiplicándose hasta 1860, son casi todas y de hecho profunda y celosamente patrióticas. Permanecen siéndolo no tan sólo en sus títulos, sino en sus reivindicaciones que nunca suponen ningún trastorno. Una limitación más humana de las horas de trabajo, una distribución más generosa de los socorros, mayores facilidades de educación y una escala más equitativa de los salarios, tales son las ideas racionalísimas y muy moderadas que pasan y vuelven á pasar sin cesar en los programas.

Para realizarlas se atienen los obreros al empleo de los medios más prácticos, los más conformes con el viejo genio anglo-sajón de iniciativa y de libertad: provocan suscripciones personales, preconizan hábiles maniobras electorales, fundan periódicos y estudian problemas técnicos. Así, la asociación de los sombrereros de América fundada en 1854, se ocupa desde luego de la cuestión de los aprendices. Pretende limitar su número para con ello limitar también el número de los obreros entre quienes se repartirá el trabajo.

Siguiendo á esas diversas ligas en sus esfuerzos y y en su propaganda se siente uno poseído de profundo respeto por tantas conciencias como están ocupadas en la investigación de lo mejor, por su viril aceptación de la suerte, por su energía tan sostenida y tan lúcida. Se comprende lo que valía, lo que aun vale el yankee de buena cepa, aquel en quien se ha impreso la potente tradición de los primeros colonos de la Nueva Inglaterra, y se da uno cuenta

exacta de la admirable y súbita desviación introducida en este movimiento por la segunda corriente, la que ha hecho posibles discursos como los de M. Debs en Chicago, en los que denunciaba á una de las grandes Compañías del país del mismo modo que un jefe de bárbaros señalaría á una ciudad que debieran convertir en ruinas: "*We will side-track Pullman and tris cars togéther*. . . . . Arrojaremos á los rieles Pullman y á la vez á sus carro," y acusando al gobierno de despotismo militar, por haber hecho un simple uso de la policía!

Después de la guerra de Secesión fué cuando la influencia extranjera comenzó á hacerse perceptible á la vez que aumentaba año por año la inmigración. Durante la guerra todos los americanos de nacimiento ó de corazón estaban en el ejército y la mano de obra extraña reemplazaba á la nacional. Este reemplazo continuó en el período que siguió y que se señaló por una enorme germinación industrial. Fueron necesarios brazos y más brazos y como, por otra parte, los medios de transporte eran de día en día más fáciles, los inmigrantes afluyeron. El Atlántico se convirtió en el gran exutorio por donde escurrió todo lo que la vieja Europa y en particular la Alemania contenían en estado de descontentos.

Este último país, verdadera patria del socialismo revolucionario, había ya, desde 1848, enviado á América los primeros agitadores que sembraron, en ese suelo de voluntad realista, palabras de trastornos absurdos y de utopías sangrientas. No debían germinar sino veinte años después. Un sastre de Magdebourg, Wilhelm Weitling, prisionero en su propio país y después proscrito por el delito de propaganda, había desembarcado en Nueva York. Desde luego ayudado por Henry Koch, también alemán, fundó

una sociedad revolucionaria alemana: la *Arbeiter-bund*. Un tercer alemán, amigo de Karl Marx Weidemeyer, no tardó en unirse á ellos. Estos tres hombres pueden ser considerados como muestras notabilísimas de un tipo hoy muy común en Estados Unidos: el del agitador cosmopolita que importa á un país que absolutamente conoce, las teorías revolucionarias que ha constituido según los abusos de otro.

Los tres desembarcaron, traían ya formadas sus convicciones y su carácter estaba hecho. Weitling tenía cuarenta años, Henry Koch treinta y dos. Weidemeyer empleó su juventud en conspirar en su patria. Ninguna de las ideas que traían era americana, ni tampoco las manifestaciones que aunque sin resultado inmediato provocaron, fueron americanas. Así es que, establecido en New York un club comunista en 1857, bajo su dirección, se apresuraron á celebrar al año siguiente un aniversario ¿Cuál? ¡El de la insurrección de Junio en París! Una multitud inmensa de hombres y mujeres de todos los países, menos de América, tomó parte en ella.

Esta sociedad, esta fiesta y este club, eran el prólogo del gran drama de internacionalismo que hoy se representa desde Boston hasta San Francisco. En aquel entonces ni aun pronunciada era esa palabra "internacional." Ahora y más, después que en 1872 el gran consejo de la Asociación Internacional de trabajadores se trasladó á New York, se encuentra en centenares de programas y en millares de artículos publicados por periódicos que se imprimen en varias lenguas.

Aun cuando no se encuentre la palabra, el espíritu internacional se halla en la alteración esencial de los principios sobre que se basaban las sociedades

verdaderamente americanas. Hánse excluido por completo las declaraciones religiosas. Llámense las Ligas *Socialistic labour Party. International workmen Association International working. People Association* ó *Central labour Unions los S. L. P.* y los *I. W. A.*, así como los *I. W. P. A.* y los *C. L. U.*, no contienen nunca ideas cristianas. La arrogancia del materialismo ha reemplazado en sus jefes, á la solemnidad semi-mística de los obreros aun imbuídos en el espíritu de los *Pilgrim Fathers*.—[1] "*The Church* —dicen brutalmente - *finally seeks to make c mplete idiots out of the mass. and to make them forego the Paradise on earth by promising a fictines Heaven.*"

Con el cristianismo se han ido la humildad de corazón y la noble sumisión á las leyes fundamentales de la vida humana, formuladas una vez para siempre en el Decálogo. Sin duda repudian todavía la violencia en los medios, algunos oradores, por más que propongan la revolución como fin, pero basta ver las prácticas, para convencerse de que en el fondo de todos los pensamientos domina la terrible frase de la declaración de Pittsburgo:

"*Destruction of the existing clas srule by all means, i, e, by energetic, relentless, revolutionary and international action.*"

"Destrucción de la ley de las clases, tal como existe, por todos los medios, es decir, por una acción enérgica, infatigable, revolucionaria é internacional."

En consecuencia, no más soluciones lentas y prudentes, no mas positivismo inteligente y voluntario,

(1).—La Iglesia busca por fin de cuentas, de embrutecer las masas. Enseña á sacrificar el paraíso de la tierra á cambio de un cielo imaginario.

esencia del alma americana. No más tradición. Acabaron los recuerdos de la gran guerra de independencia, que acercaban entre sí á los pobres y á los ricos, para llevarlos á un orgullo común: el de pertenecer al más libre de los pueblos. Los exaltados del partido expresaban el sentimiento que los otros apenas disimulaban, cnando, desplegando la bandera negra en Chicago, en 1844, exclamaron:

"Por primera vez aparece sobre tierra americana este emblema del hambre y de la desesperación, testificando que nuestro pueblo llegó ya á las mismas condiciones que los demás pueblos. . . ."

Lo que piensan de América los internacionalistas, lo decía brutalmente uno de sus órganos, el *Freiheit:*

—"En este país, el mejor tribunal y el que menos cuesta, es todavía el juez Lynch. . . . ."

En todas estas tendencias se reconoce el sombrío y violento socialismo germánico, del que han salido el nihilismo ruso y el anarquismo francés. Es el mismo que han traído consigo tres millones de alemanes en los últimos treinta años, el mismo que fermenta á través de las monstruosas huelgas como la de Chicago. El es quien ha derramado su destructor metal en el molde de las asociaciones formadas tan práctica y sólidamente por los primeros *Trade-Unionist*. Gracias á él han crecido, deformándose, esas asociaciones. Debido á él se han organizado verdaderos ejércitos, cuyos soldados no se conocen entre sí y que se han formado so pretexto de federaciones obreras. Los mandan generales que ó son extranjeros ó hijos de extranjeros, y que son perfectamente indiferentes al porvenir dichoso del país que les ha concedido hospitalidad, así como también á su pasada historia. Aun aquellas sociedades, que, como los

Caballeros del Trabajo, conservaban la tradición del idealismo cristiano, están hoy impulsadas por jefes novicios en lo relativo á la revolución internacional y ha podido M. Debs, el mes pasado exclamar con un orgullo que es al menos americano por la concepción del *record*, la siguiente frase:

—"Vamos á inaugurar la más grandiosa huelga de caminos de fierro que haya visto el mundo."

Y tenía tras sí, este declamador siniestro, veinte mil hombres.

A veces acontece que una de las ilustraciones de un periódico encierra en la ocurrencia feliz de una caricatura toda una situación política ó social. De ese modo, á la terminación de la huelga de Chicago, un dibujo del *Fun*, concretó en una leyenda y tres figuras, todo el alcance y todas las enseñanzas de esa huelga. El tradicional Jonathan, está en pié junto al *rocking-chair* y tiene las manos en los bolsillos. En el ángulo de su boca, completamente rasurada, sostiene un cigarro que deja apagar. Aun olvida consumir su copa de *Wiskey and Soda* que ha sentado sobre el mostrador. Su melancólico y demacrado rostro de pómulos salientes al que alarga más la legendaria piocha, expresa profunda meditación. En su chaleco ostenta las trece estrellas que representan los trece Estados primordiales y que están también en sus monedas. Frente á él se mira á un policía colosal que tiene agarrado del cuello á un personaje que bien puede ser un paisano ruso ó un obrero bávaro, y que viste camisa de franela, pantalones metidos en el cañón de altas botas y un sombrero de fieltro sin engomar:

—"Me ha obligado usted á que le arreste, Debs, pues esto no era una huelga; era una revolución."

Tal es la frase que pronuncia Jonathan, sério y

flemático, como cualquiera que ha comprendido y quiere. ¿Qué ha comprendido? Que los recién venidos están á punto de acabar en su propia casa un trabajo irreparablemente hostil á todas sus ideas, á toda su conciencia y á todo su pasado. Lo que quiere á todo precio, aunque pierda la vida en la empresa, es impedir esa desintegración de su patria. El formidable movimiento de Chicago ha tenido una cosa buena: haber sentado el problema con claridad tan trágica que hizo forzoso tomar una determinación y la gloria de M. Cleveland consiste en haber obrado en esta agitación del Oeste, se entiende, proporcionalmente como en otro tiempo obró Lincoln con respecto al Sur.

Ese primer episodio, verosímilmente, no puede ser considerado sino como un prólogo. Viendo el mapa de los Estados Unidos y pensando que desde Chicago hasta el Pacífico todas las ciudades de ese inmenso país están pobladas por estos advenedizos, se entreve la posibilidad amenazante de la escisión de esos dos pedazos del vasto continente que nada de común tienen ya, ni en sus recuerdos, ni en sus ideas, ni en sus aspiraciones, pero ni aun en su idioma. De nuevo se presenta la imagen de Lincol, con su cara, enteramente parecida á la del Jonathan de la caricatura, y se concibe que si volviese á este Chicago de donde salió y que se ha germanizado tan terriblemente después de su muerte, gritaría él también la palabra de guerra:

—"*Bound to stop you* . . . Es fuerza que arreste yo á usted . . . . . "

Así como la cuestión de la esclavitud no fué sino un campo de batalla en el que chocaron dos civilizaciones contradictorias la del Sur y la del Norte, parece que por momentos en la hora actual, el Este

y el Oeste buscan también un terreno en que medir sus fuerzas ó por mejor decir no el Este y el Oeste sino la América de los americanos y la América de los extranjeros. El *Silver Bill* fué uno de esos terrenos. La huelga de Chicago fué otro. La cuestión social es un tercero, pero permanente, y sobre el que tal vez se librará esa batalla decisiva. Las grandes fórmulas de reforma social no tienen ni más partidarios sinceros, ni más sentido común en Estados Unidos que los que pueden tener en Francia. La infinita complexidad de una civilización no se modifica al antojo de nuestras revoluciones, aun las más justificadas, ni al de nuestras teorías, aun las más inteligentes. Exceptuando un cortísimo número de insensatos, todo el mundo admite, en su fuero interno, esa verdad evidente, aunque también casi todo el mundo diga lo contrario.

Y eso es debido á que bajo esos problemas, que se consideran insolubles, palpitan otras fórmulas reales é irreductibles. Una de ellas es el instinto de la raza y puede evidenciarse en Estados Unidos, mejor que en parte alguna. El día en que el exceso de inmigración haya creado, en Estados Unidos, dos Américas en la misma América, el conflicto entre esos dos mundos será tan inevitable como el de la Inglaterra y el de la Irlanda, como el de la Alemania y el de Francia, como el de la China y el Japón. No es contra su patrón contra quien el obrero americano de Nueva York, de Filadelfia y de Baltimore, hará la guerra. Es contra el obrero extranjero contra quien se pondrán de acuerdo él y su patrón.

En resumen, en esta vasta democracia se ha elaborado una forma enteramente particular de civilización, que fué su origen Anglo-sajona. Hay otra que está á punto de elaborarse á través de las asociaciones cosmopolitas y que nada tiene de común con la primera. Y si esta segunda fuerza termina, por huelgas muy generalizadas y por ilegalidades violentísimas, en una enfermedad de la vida nacional, entonces la guerra civil estallará.

Pretenden los pesimistas que esa guerra está próxima. Los optimistas hacen la observación de que por una parte parece ser que disminuye la inmigración y que por otro lado la asimilación, aunque ha llegado á ser más lenta y más difícil, se verifica sin embargo de modo irresistible y que los extranjeros se americanizan año por año y casi día por día. Demuestran además, que el Cristianismo sigue disputando al materialismo las masas revolucionarias y que los pastores protestantes rivalizan en celo con nuestros obispos católicos siempre que se trata del pueblo. No es un ministro reformado quien ha dado esta fórmula que se creería escapada del generoso corazón de Mgr. Ireland:

—"Dicen los teólogos que el problema consiste en introducir á las masas en la Iglesia. Pero yo afirmo que el problema está en introducir la Iglesia en las masas. La levadura es la Iglesia. La pasta son las masas, y esa levadura será la única que las levantará....."

Agregan los optimistas que en América los capitalistas son hombres que están penetrados todavía de la energía primitiva, y que en caso necesario sabrán defender sus intereses con vigor personal enteramente diferente de la espiritual debilidad de los nobles de 89 ó de la indolente cobardía de los rentistas europeos de 1894. Para el psicologista que percibe en esta sociedad americana experiencias que no tienen análogo, los años venideros tendrán mayor interés aquí que en cualquiera otra parte, pues-

to que después de haber patentizado todas las novedades de este Nuevo Mundo, se queda uno admirado al reconocer que en el fondo, este continente, bajo formas particulares, atraviesa por las mismas crisis que el antiguo. Si el problema social en Estados Unidos, no es sino un problema de nacionalidades, acaso el problema político de Europa, armada hasta en la muerte, ¿es otra cosa? Tan cierto así es, que las ideas y las constituciones, las doctrinas y los sistemas, no son sino apariencias bajo las que se oculta un corto número de hechos, siempre los mismos desde que el mundo es mundo, siempre irreductibles y reales como la duración y como la extensión, primeras y últimas condiciones de nuestro sér, de nuestra actividad, de nuestros triunfos y de nuestros desastres;—y entre estos hechos, el más irreductible, el más real y el más esencial, puede que sea *la Raza*.

VII

LOS DE ABAJO.

II—HACENDADOS Y CRIADORES DE GANADO.

Para medir con mayor exactitud el grado de fuerza revolucionaria que representa en Estados Unidos el socialismo internacional, sería necesario saber hacia qué lado se inclinaría, en caso de un conflicto decisivo, la inmensa población agrícola del Oeste; esos hacendados que producen una tal cantidad de trigo, que sería bastante para alimentar á toda América y á toda Europa; esos criadores que abastecen

con tan continuo aflujo de animales los gigantescos rastros de Chicago.

Aun allí se encuentra el elemento extranjero, pero profundamente envuelto, penetrado y corregido por el elemento nacional. Rara vez va un americano del Este al Oeste para hacerse obrero. Prefiere correr las eventualidades de fortuna más rápida y de independencia, que son inherentes al cultivo de la tierra tan fértil y de la crianza de caballos tan productiva, (1) así como también las de la busca del oro. Se hace arrendatario, *cow boy* ó minero. De este modo se explica el abandono de que ya he hablado de las pequeñas casas rurales de New-Englandss, Pero si es difícil adivinar el verdadero modo de pensar de un obrero, aun cuando se conozcan las asociaciones de quienes depende, los periódicos que lee, los discursos que dice y los que oye, y los jefes cuya influencia sufre, ¿cuánto más difícil será penetrar el alma del buscador de oro en su *placer*, la del criador de caballos en su vivac, y sobre todo, la del hacendado con su vida tan localizada, con sus largas meditaciones y con la oscuridad casi vegetativa de su propia conciencia?

A este último es á quien debe procurarse conocer á todo precio, pues es el que forma el fondo mismo de esa inmensa población. ¿Pero qué procedimientos usar para alcanzar ese fin? Se sabe que su suerte es dura, peor que eso, apurada y mortífera. Los viajeros que han seguido al labrador de Khansas, del Missouri ó del Yowa en su *log-house*, concuerdan en pintarlo como á uno de los más probados entre los

---

(1) Las medias de nacimiento, que no pasan del 50 p% en el estado de civilización, llegan al 70, al 80 y al 90 por ciento en la pradera.

to que después de haber patentizado todas las novedades de este Nuevo Mundo, se queda uno admirado al reconocer que en el fondo, este continente, bajo formas particulares, atraviesa por las mismas crisis que el antiguo. Si el problema social en Estados Unidos, no es sino un problema de nacionalidades, acaso el problema político de Europa, armada hasta en la muerte, ¿es otra cosa? Tan cierto así es, que las ideas y las constituciones, las doctrinas y los sistemas, no son sino apariencias bajo las que se oculta un corto número de hechos, siempre los mismos desde que el mundo es mundo, siempre irreductibles y reales como la duración y como la extensión, primeras y últimas condiciones de nuestro sér, de nuestra actividad, de nuestros triunfos y de nuestros desastres;—y entre estos hechos, el más irreductible, el más real y el más esencial, puede que sea *la Raza*.

VII

LOS DE ABAJO.

II—HACENDADOS Y CRIADORES DE GANADO.

Para medir con mayor exactitud el grado de fuerza revolucionaria que representa en Estados Unidos el socialismo internacional, sería necesario saber hacia qué lado se inclinaría, en caso de un conflicto decisivo, la inmensa población agrícola del Oeste; esos hacendados que producen una tal cantidad de trigo, que sería bastante para alimentar á toda América y á toda Europa; esos criadores que abastecen

con tan continuo aflujo de animales los gigantescos rastros de Chicago.

Aun allí se encuentra el elemento extranjero, pero profundamente envuelto, penetrado y corregido por el elemento nacional. Rara vez va un americano del Este al Oeste para hacerse obrero. Prefiere correr las eventualidades de fortuna más rápida y de independencia, que son inherentes al cultivo de la tierra tan fértil y de la crianza de caballos tan productiva, (1) así como también las de la busca del oro. Se hace arrendatario, *cow boy* ó minero. De este modo se explica el abandono de que ya he hablado de las pequeñas casas rurales de New-Englandss, Pero si es difícil adivinar el verdadero modo de pensar de un obrero, aun cuando se conozcan las asociaciones de quienes depende, los periódicos que lee, los discursos que dice y los que oye, y los jefes cuya influencia sufre, ¿cuánto más difícil será penetrar el alma del buscador de oro en su *placer*, la del criador de caballos en su vivac, y sobre todo, la del hacendado con su vida tan localizada, con sus largas meditaciones y con la oscuridad casi vegetativa de su propia conciencia?

A este último es á quien debe procurarse conocer á todo precio, pues es el que forma el fondo mismo de esa inmensa población. ¿Pero qué procedimientos usar para alcanzar ese fin? Se sabe que su suerte es dura, peor que eso, apurada y mortífera. Los viajeros que han seguido al labrador de Khansas, del Missouri ó del Yowa en su *log-house*, concuerdan en pintarlo como á uno de los más probados entre los

---

(1) Las medias de nacimiento, que no pasan del 50 p% en el estado de civilización, llegan al 70, al 80 y al 90 por ciento en la pradera.

probados de ese durísimo Nuevo Mundo..... Ese *log-house*, esa casita que ha construido con cuartones mal ensamblados, se levanta en uno de los extremos de esa pradera que es su vasto dominio y que abrasa un sol tórrido en el estío y á quien la nieve cubre en el invierno. El adorno principal de la sala del piso bajo, es un grabado que representa la muerte de Lincoln, último episodio de una existencia que comenzó de la misma manera, y que se ha deslizado, según el vocablo popular, *from the log-house to the White House*, en la cabaña así como en el pequeño palacio blanco de Washington, al través de tantos esfuerzos rudísimos, de continuas luchas y de amarguras constantemente renovadas.

El hacendado no alimenta tantas ambiciones ni aun para sus hijos. Quisiera vivir y que la tierra pagase. El se gasta con esos esfuerzos y su mujer muere á causa de ellos. La animosa criatura ha sofocado por mucho tiempo los latidos que le desgarraban el corazón cuando subía á la pieza de arriba, y en las heladas mañanas el tronido de su coyunturas cuando levantaba algún fardo y los calosfríos febriles de sus insomnios (1). El médico vive varias millas distante de la casa y cada visita cuesta cinco ó diez *dollars*. Por tanto, se sostiene ensayando los remedios empíricos que recomiendan los periódicos, aconsejándose de los vecinos y sobre todo ocultando esas miserias á su hombre, hasta que por fin cae y se va, dejándole solo con los hijos en la pequeña propiedad cubierta de hipotecas.

Y aun á pesar de ello, estos hacendados, que pe-

(1) Léase en el *Scribner's Magazin* de Marzo de 94, un cuadro conmovedor de esta existencia: "*The Farmer in the North.*

nan en medio de condiciones tan crueles, cuando tienen ocasión de manifestar sus sentimientos íntimos, se presentan tan prudentes y tan respetuosos por los derechos de otro, como los huelguistas del Illinois ó de California eran insensatos y feroces. La grande asociación por cuyo medio defienden sus comunes intereses: *The Grange*, se ha conservado cuidadosamente fuera de todo movimiento político. Como su nombre lo indica, pretende estar al servicio, no solo de los obreros de la clase agrícola, sino de todas las clases: *The grange, or the patrons of husbandry*,—la Granja ó los defensores del cultivo. Para decirlo todo en solo una frase, esta asociación ha merecido que en un libro ya citado, los Aveling escribiesen sobre ella esta frase significativa:

"—*It may in time become leavened with the leaven of the general working class movement: but as it is at present constituted, the Grange is more likely to be a hindrance to that general movement than a help*.....

—"Puede suceder que llegue el día en que esta sociedad, la Granja, se vea fermentada por la levadura que remueve á toda la clase obrera. Pero tal y como hoy está constituida probablemente será para nosotros un obstáculo y no un auxilio...."

¿Qué podemos deducir de todo ello, sino que la tierra por una vez más ha cumplido su obra de moralización? Ella es quien ha enseñado al hombre la grande, la única virtud, enseñándole á *aceptarse*, como acepta el órden de los meses y el crecimiento lento de las mieses, como acepta la lluvia, la nieve, el viento, el sol, toda la aparente y necesaria iniquidad de las estaciones.

Uno de los caracteres de estos hacendados del Oeste y que puede discernirse al primer contacto que con ellos se tiene, es la sed, el apetito, casi la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fiebre del saber, la intensa, la violenta pasión por las cosas de la inteligencia, y que explica por qué en Estados Unidos, tantos hombres notables son hijos de agricultores. Es este un rasgo del carácter, tan completamente inesperado en esos hombres tan rudos, que desde luego se duda de él cuando lo afirman los americanos, los unos para quejarse de él, los otros para admirarlo. Los primeros deploran ese exceso de seriedad en las costumbres nacionales, que va á dar según pretenden á un exceso constante de trabajo, á una incapacidad absoluta para disfrutar de cualquier cosa—*to enjoy himself*. Los otros ven en él el presagio de la soberanía en la civilización, sueño secreto de todos los yankees de antiguo linaje.

Cualquiera que sea la conclusión que se saque de esto, la nota es exactísima. He podido convencerme de ello, no una, sino veinte, treinta veces, con solo estudiar la multitud que se aglomeraba en Chicago al rededor de los edificios de la Exposición, que han sido incendiados—pues su demolición hubiera sido muy lenta.—Cuando yo los visité estaban en todo el explendor de su pintura blanca y de su pasajera gloria. Con sus capiteles copiados de los de Roma y Atenas, con sus esbeltas cúpulas, con la caótica mezcla de sus arquitecturas combinadas, daban idea de una ciudad fantástica, de una ciudad soñada y aparecida como una visión, súbitamente, á la orilla del lago Michigan, tan vasto como un mar y cuyas aguas glaucas y vivas se elevaban entre el intercolumnio de un pórtico gigantesco. Sí, era realmente una decoración gloriosa, en los hermosos días de principio de otoño y como levantada ex-profeso para diversión de ese inmenso pueblo de trabajadores, que era llamado á ese lugar como á una cita de alegría y de reposo.

Pero no. Ese mar de gente que andaba disperso en esas alamedas y en esos prados, para un parisiense era notable por la ausencia de la alegría y del reposo. Esas gentes no estaban ni distraídas ni alegres. Iban, mirando el interior y el exterior de la Exposición, con una especie de avidez estupefacta, tal y como si se paseasen enmedio de una colosal lección de cosas.

—"No me importa ver á las porsonas, veo demasiadas gentes en mi tierra. He venido á ver lo que se hace en el mundo. (1)

Esta frase oida y referida por uno de los cronistas de esta extraña fiesta, la pronunciaban mentalmente todos los paseantes. La mayoría de ellos eran precisamente agricultores que venían de los cuatro extremos de la inmensa planicie que se extiende del Montana al Kentucky y del Arizona al Wisconsin. A las dos de la tarde podía vérseles, al derredor del edificio de su Estado, sentados en tierra y comiendo lentamente con su familia, un pedazo de carne fría que sacaban de una caja de madera blanca. Las telas de sus vestidos más toscas, sus caras quemadas por el aire y el sol, la manera misma de almorzar sin mesa y con la comodidad de personas habituadas á comer al aire libre, entre dos sesiones de trabajo—todo en ellos revelaba las costumbres indelebles de la vida rural. Terminando su lunch, volvían á comenzar indefinida, infatigablemente sus correrías, no de placer sino de instrucción, de aplicación. A cuántos de esos rústicos visitadores he seguido así del pabellón de las minas al de la electricidad, ó del edificio de trasportes al de las mujeres, que iban todos ellos atentos,

(1)—*I kin see folks to home. I cam to see waht's made in the wordl.* — *Scribner's. Marzo* 1894.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pacientes, sombríamente reflexivos y, según me parecía, menos interesados por las máquinas y por la prodigalidad de la invención material y positiva, que por las muestras más científicas, más inútiles y más cercanas de la grande especulación abstracta.

Al escribir estas notas recuerdo á tres de esos personajes—á un padre y á sus dos hijos,—inmóviles en un rincón del museo de antropología. Miraban el colosal mammouth, el enorme elefante velludo, anterior al diluvio, copiado del de San Petersburgo. A su derredor surgían formas de animales y de hombres que habitaron en otros tiempos la América, razas desaparecidas ó que están por desaparecer; dantas, caribóles, bisontes y osos grises, sionx, y apaches en sus campamentos y *cliff dwellers*, esos Trogoldistas del gran Cañón del Colorado.

El ranchero y sus dos hijos no ponían cuidado de sí mismos, absortos como estaban con el coloso, cuya historia contaba uno de los muchachos al padre. Este escuchaba al niño de diez y siete año, sin dejar de ver al formidable animal, al silencioso gigante de largas defensas encorvadas. Sentiría la belleza de este antiguo rey de la creación, tan alto, tan ágil, tan sencillo, primer acierto de la naturaleza y evidentemente superior á los informes bosquejos de los mónstruos sus contemporáneos: el Plesiosauro, el Ictiosauro y el Megaterio? ¿Qué era lo que decía al pensativo colono ese testigo de lejanos siglos, ese pasante de las selvas de gigantes helechos? Ya el niño se había callado y los tres hombres aun estaban allí sin cambiar una sola palabra. La fisonomía grave del padre ignorante, las fisonomías casi tan graves de los dos hijos, más instruidos, se ensanchaban con igual expresión de insaciable curiosidad. Sufrían en estado rudimentario, ante el enigma del

mundo ese estupor que no es tan extraño para las almas primitivas como lo imagina nuestro orgullo, puesto que esas almas son las que han creado los mitos, la poesía de las leyendas y, para decirlo todo en solo una palabra, las religiones?

¿Se preguntarían acaso el por qué de ese ritmo eterno de creación y de destrucción que nos arrastrará á nosotros mismos, después de haberse llevado innumerables especies? ¿Por qué ese mundo antes que el nuestro, por qué toma y vuelve á tomar la naturaleza, ensayándose como un artista nunca satisfecho, principiando siempre la obra que emprende, en la que la potencia indefinida de producir alterna sin cesar con la impotencia para conservar? ¿El hombre mismo será el término de esta evolución? ¡Está adherido á ellos por todas sus raíces y es tan distinto por las más altas partes de su ser! La idea, la palabra, el problema moral ¡qué abismo separa á éstas de las otras cosas! La simple admiración del pensamiento más incierto ante el misterio de la suerte, ¡qué milagro! ¡Qué novedad en este universo de los instintos ciegos y de las necesidades inconscientes! Alguna vez, ese elefante gigantesco, el soberano, hoy desposeído de nuestro planeta, vió á otra criatura con la mirada inteligente con que le envolvían el hacendado y sus hijos?.... Empezaron á platicar de nuevo, sin quitar los ojos del admirable animal y pude oir al paso que hablaban de la Biblia y que pronunciaban el nombre de Noé. Aun hoy existe ese advenedizo, parecido á los de hace cien años, que se entierra en la Pradera, con el viejo Libro querido de los Puritanos, como compañero de su soledad, de su trabajo y de sus sueños.

Estaba escrito que encontraría una vez más las fisonomías serias de ese padre y sus dos hijos y que

recogería, el mismo día, inesperados y significativos documentos referentes á la vida del Oeste. Las grandes ferias que se aplican el pomposo título de Exposiciones Universales, tienen por lo menos la ventaja de procurar encuentros imposibles en cualquiera otro sitio y naturales allí, en las sorprendentes Babilonias de individuos llegados de los cuatro vientos. También contaré sencillamente uno y otro hallazgos, sin tratar de atenuar su carácter puramente casual, tanto más, que esta será una oportunidad para diseñar, como al márgen de mi diario de viaje, el croquis del más singular espectáculo que presencié en América: una sesión del Parlamento de las Religiones. Allí fué donde encontré de nueva cuenta á mis tres personajes.

Este Parlamento se instalaba en una sala del *Art Institute*, cuyo edificio está como conviene al Museo de Chicago, á dos pasos de una estación y de un puerto.

Fuí allí una mañana atraído por la esperanza de encontrar una impresión profunda y piadosa. La tuve más de lo que esperaba, pero únicamente por el público, por la multitud de gente humilde, notablemente de obreros que se estrechaban unos á otros en los bancos y sobre las sillas del vasto hemiciclo. ¡Con qué tierna atención escuchaban, prestos á recibir la palabra sagrada? Y con qué sorpresa reconocí luego sentados diez sillas más allá de la mía, á los tres personajes que tanto me habian interesado por su manera de contemplar el monstruo anti-diluviano! Se satisfizo mi vanidad de observador recordando que no me engañé al diagnosticar en ellos el cuidado de las cosas religiosas. Tenían en sus fisonomías rudas la misma intensa absorción de espíritu. Fuera del edificio, á lo lejos tañían las campanas de las locomotoras, resollaban los trenes y silbaban las sirenas de los buques y ninguno de los mil quinientos oyentes reunidos en el salón notaba la extrañeza de estos ruidos á la puerta del palacio y ninguno tampoco parecía percibir el chocante contraste que había entre el fervor sencillo y verdadero, tan lleno de recogimiento y la especie de farsa sagrada que se ejecutaba en los caballetes del fondo, enfrente de un gigantesco aparato fotográfico instalado en el otro extremo! En cuanto á mí, á pesar de toda mi voluntad, la impresión de la farsa se me impuso tan luego como de la multitud volví la vista hácia el estrado de los oradores. Treinta personas lo ocupaban esa mañana, una de las últimas de la sesión: observé primero un japonés de paletot pardo, mascarón de perro con espejuelos sobre nariz aplastada, bigote negro superpuesto, la piel amarillenta y lustrosa. Cortaba folletos activamente y sin escuchar, mientras cerca de él, un indio de traje blanco, ojos muy dulces y muy obscuros, tez tan morena que parecía tostada, sonreía vagamente á las visiones de un semi-sueño. Un chino, de ropaje azul, con el torso ajustado por una chupa de seda violeta, tocado con un solideo negro, de botón color rosa, volvía á todos lados su carilla fea, pálida y flaca, de nariz no muy recta. Un Arzobispo griego se cuadraba, soberbio, con su gran barba castaña cayendo sobre un ropón gris, casi sábana, encima del que vestía una toga negra y el oro de la cadena que ostentaba su cruz pastoral brillaba entre ambas telas. En la mano ostentaba una larga caña con puño de plata. Sus pupilas impasibles destellaban luces mágicas á su fisonomía de un ardiente pálido mate, que remataba una alta toca de profesor.

A su lado ocupaba el sitio uno de esos familiares,

un sacerdote de oriente de cabellera mal peinada y barba inculta, de aspecto sensual é irónico. Enseguida había un indio como de veinte años, radiante de juventud y de ardor, vestido con ropa escandalosamente roja y turbante intensamente amarillo y al rededor de todas esos orientales filas de pastores ingleses, rosados y rasurados, de caras alemanas, todas barbudas, de penetrantes ojos, bajo anteojos de exegetas. Un francés, de delicado perfil delgado y marchito, cruzaba sus piernas, mostrando pies elegantemente calzados con zapatos charolados y polainas blancas de cuti.

Dos mujeres, permanecían en un rincón, una encanecida de cincuenta años, tenía el aire abstraído y modesto de institutríz pobre; la otra, joven y bella, muy morena, con sus mejillas embadurnadas con el afeite, llevaba sobre sus hombros un chal de seda de colores chillantes. Grandes brazaletes de oro cintilaban en sus puños. Y, para rematar con lo vulgar esta exhibición de orden compuesto en la que predominaba un aire provincial, se notaba recostado en la parte anterior á un hombre de cuarenta y cinco años gordo y sucio, metiéndose los dedos en las narices para limpiárselas, en tanto que un *chairman*, con voz de Barnum, se levantaba en el intervalo de dos piezas ejecutadas en los órganos, para dar la palabra á los oradores con exageraciones de empresario.

No tenía yo razón al considerar en detalle las trivialidades de la realización de una grande idea, y la razón estaba de parte de mis campesinos del Oeste y de los demás concurrentes que veían solo esa idea fuera y al través de esas trivialidades. En un momento dado inclinaron los tres sus cabezas para prestar mayor atención. Acababa de levantarse un orador que era un célebre pastor de la Iglesia Anglicana.

Era un hombre muy bajo de estatura, muy flaco y muy sanguíneo. Contrastaba lo negro de su redingot sin solapa y lo blanco de su cuello enteramente recto y hacían resaltar en rojo lo purpúreo del color de su cara. Empieza á hablar en voz tan baja que apenas se le oye. Con ademán monótono, casi automático, alza y baja su brazo sucesiva. infatigablemente. A medida que habla, se exalta; se endereza su cuerpo, golpea el suelo con el pie, su color se enrojece más, su voz se ahueca. También se desvanece para mí lo chusco del estrado. He allí á la pasión y á la elocuencia religiosas en todo el frenesí que ha provocado el protestantismo y sus innumerables sectas. Cuando las palabras: *Church of England*,—Iglesia de Inglaterra,—vienen á su discurso, todo el sér del orador se conmueve con inspiración íntima. Se la escucha, se la ve vibrar hasta la planta de los piés sobre los que se yergue:

—"No!" exclama, "no es la Nación Inglesa la que ha hecho á la Iglesia de Inglaterra, la Iglesia de Inglaterra es la que ha formado á la Nación Inglesa."

Esta frase, lanzada con una afirmación furiosa, responde sin duda á una idea preconcebida en los oyentes, á la convicción de que la vida nacional debe tomar su savia á la vida religiosa, pues desencadenó una tempestad de aplausos. Me vuelvo para el lado en que se hallan el padre y los dos hijos. Les veo palmotear—con sus enormes manos que sin ninguna duda hubieran aplaudido de igual modo hace doscientos cincuenta años al lord Protector y hace treinta á Lincoln cuando arrojaba al pueblo de Estados Unidos esta extraña frase, anunciándole que duraría la guerra:

"....Until every drop of blood drawn with the

lash shale be paid by another drawn whith the sword." "..... Hasta que cada una de las gotas de sangre que ha derramado el látigo haya sido pagada con otra gota que haga verter la espada....."

Es indudable que esos hombres de rostro tan concentrado tienen esa trágica visión de las justicias divinas, emanada directamente de la Biblia. Es la única que explica la especie de aplicación ansiosa y grave á que se entregaban días pasados con el recuerdo del diluvio y que asumen hoy ante los representantes de su fe. Si hay muchos así, bien pueden los ateos del socialismo conquistar las ciudades, pero jamás harán presa de las campiñas del Oeste.

Se había despertado mi curiosidad á tanto grado con respecto á esos tres hombres, que les hubiera seguido con gusto para tratar de abordarlos, sí, en el momento en que todo el mundo se levantaba al sonido del órgano, no me hubieran agarrado de un brazo, cuando yo pasaba. Me volví. Tenía junto á mí á uno de los más notables médicos de Paris, de quien nunca hubiera pensado, si me hubieran dicho su nombre, que se hallaba en Chicago, y aun hubiera afirmado que estaría en alguna otra parte: en su magnífica habitación del *boulevard* Haussmann, en su sala de clínica en el Hospital Lariboisier, en su laboratorio de la Facultad, pero ménos aquí. El pretexto oficial de un congreso de Higiene, le había decidido á pasar el Atlántico y venir á mirar á su antojo la civilización americana, objeto de tantos comentarios fantásticos en nuestra patria. En dos palabras, me dió la explicación de su viaje y me presentó á un personaje que contará tal vez treinta y cinco años, también francés, que le acompañaba y que tomé, en atención á su cara flaca y rasurada, á

su porte rígido y á la decisión de su mirada, por un oficial civil.

No habíamos aun andado quinientos pasos cuando ya estaba yo interesado por este jóven, hasta el punto de no sentir el contratiempo que me había hecho perder de vista á los amigos del Museo de Antropología y del Parlamento de las religiones. Acababa de decirme el doctor, que tenía ante mí, precisamente á uno de esos audaces aventureros del Oeste, que tantos deseos tenía yo de encontrar hacía varias semanas. M. Barrin-Condé—con este nombre designaré á ese jóven—había dejado á Francia hacía ya catorce años para venir á establecer un rancho en las montañas Rocallosas. Allí había vivido ocho años seguidos. Durante su destierro, la casualidad de una excursión le llevó á Torento, en el Canadá, y allí encontró á una jóven de quien se prendó. Para casarse había cambiado de vida, vendido su rancho de Nort-Dakota y arraigádose en la ciudad natal de su prometida, que hoy es su esposa. Fundó una compañía de barcos de vapor, que administraba con la misma energía y con igual superioridad de buen sentido que antes había desplegado en su rancho, y esa Compañía acaparaba ya la mayor parte del tráfico de los grandes lagos.

Es tan raro y tan dulce encontrar en el extranjero un francés en quien sobreviva un espíritu emprendedor igual al de los anglo-sajones; gusta tanto convencerse, con esa presencia, de que nuestra raza ha conservado las mismas cualidades de adelanto que hicieron de ella en otros tiempos, la gran conquistadora, y por último, es de tal interés conversar de un país con un hombre que ha visto por sí mismo sus interiores! Que no me cansaba de interrogarle sobre su vida en *Fer-de-Lance*—así era denominado su ran-

cho-criadero, por el fierro con que se herraba á los caballos y que tenía la forma de una lanza,—sobre las gentes con quienes vivía, sobre las costumbres y sobre las ideas de ellas, así como sobre las suyas propias. Me contestaba con tranquilidad, con sencillez, con la precisión de la palabra propia de los hombres de acción. Tenía en el "cuanto á sí" de sus modales algo de la dignidad selvática que dió Cooper á *Bas de-cuir*. Pero un *Bas de-cuir* que estaba al corriente de nuestra literatura, pues había tenido cuidado, al atravesar esa ruda existencia, de no dejar á que su inteligencia decayese.

Recuerdo que terminamos ese día, que para mí fué solo ocasión de un interrogatorio larguísimo y para él una larga respuesta, en una representación en la orquesta de uno de los grandes teatros de Chicago. Y para que el empleo de la noche formase perfecto contraste con el de la mañana, quiso la casualidad que asistiésemos á la representación de *Tartufe* por Coquelin y por su compañía. Me había manifestado orgulloso de mi patria cuando conversaba con M. Barrin-Condé, y lo estuve nuevamente al ver esta admirable pieza y representada tal cual lo fué—aunque en un teatro medio lleno, y de qué espectadores! Casi todos seguían la comedia en la traducción y se escuchaba en el mismo segundo voltear las hojas del libreto y todas á la vez. Pero eso, ¿qué le importaba á Coquelin? Parecía que ese grande artista ignoraba que allí existía un público Era visto, que representaba para sí mismo, y que lo hacía con la conciencia y el cuidado de su arte que hubiera desplegado sobre la escena de la calle de Richelieu y cuando comenzaba, estudiaba y se estudiaba. Se entregaba á hacer más perceptible la anatomía moral de su personaje, y en ese Chicago de todas las

exageraciones, de todas las improvisaciones, se presentaba *Tartufe* más hermoso que nunca, por la sencillez potente y precisa, por el genio de contensión y de delicadeza que se sostiene sin cesar, á la altura de un hombre, si así puede decirse, ni más allá ni más acá, ni más arriba ni más abajo. En Moliere, hay algo del Felipe de Champaigne, de ese pintor tan vigoroso pero tan sobrio; tan ardiente, pero tan juicioso, en cuyos retratos se encuentran siempre algo más que admirar y que nunca deja nada que pueda rebajar la reflexión Aunque el doctor y yo habíamos visto más de treinta ocasiones esa pieza y á Coquelin en ella cuando menos diez, fuimos transportados por el diálogo y por la representación como si hubiera sido la primera vez que la veíamos. En cuanto al "antiguo *cowboy* de *Fer de Lance*"—como se llamaba á sí mismo, cesó de hablar durante toda la representación de la pieza y aun en los entreactos.

—"No saben ustedes," nos decía á la salida del teatro y mientras llegábamos á pie á la *Michigan Avenue*, "no, ustedes no saben cuán dolorosamente carecen de esta excitación que produce el teatro los que viven como yo he vivido, y cuánto se estima el precio de una noche como esta..... Vaya," agregó volviéndose hacia mí, "me preguntaba usted en broma, esta tarde, si no había yo desvalijado alguna vez los trenes del Oeste y yo no he contestado..... Y mi silencio fué producido porque, en efecto, mis amigos y yo intentamos nada menos que plagiar un día, ó por mejor decir, una noche, en uno de los grandes expresos continentales, ¿y á que no adivinais á quién? A la misma Sara Bernhardt..... Ella, por lo demás, no supo nada....."

—"¿Y cuántos eran ustedes para llevar á cabo semejante expedición?" le pregunté.

—"Oh! muy pocos; pero no crea usted que es cosa difícil detener uno de esos grandes trenes. Cuando meditábamos ese hermoso proyecto, hicimos un ensayo, como se dice. Disimule usted la palabra puesto que se trata de una mujer de teatro..... Sabíamos que Sara debía pasar por Green River, en el Wyoning, una semana después. Y tratábamos de saber si era posible inmovilizar el tren en el tiempo necesario para ejecutar el rapto. Éramos once criadores de *round up*, como allá abajo dicen, todos bien montados, todos llenos de esa especie de pasión por el peligro que produce tan fácilmente en la juventud el abuso de la fuerza. Nos apostamos, á la luz del día, en un sitio en donde la línea hace tales curvas, que el expreso se ve obligado á caminar con suma lentitud. Derrepente se presenta. Uno de nosotros se puso á galopar al lado de la locomotora, con la carabina sobre el hombro, apuntando al maquinista y guiando á su poney con las rodillas. El maquinista se detuvo. Nuestros camaradas desmontan y atraviesan el tren de uno á otro extremo gritando: "*Hauds up*," con el revólver en la mano. Fué ese un golpe de mano atrevidísimo por el riesgo que se corría de armar un alboroto espantoso si en el tren hubiera venido algún hombre de corazón que sacara su arma. Afortunadamente no sucedió así. Y mientras los pasajeros aterrorizados abrían con precipitación sus petacas para comprar su libertad, los falsos bandidos montaron á caballo y todos habíamos partido disparando al aire nuestras carabinas ó nuestras pistolas....."

—"¿Y la policía?" pregunté.

—"Estaba representada por un *sheriff* que vivía á ochenta millas del lugar, y á quien sin embargo creo enterado del hecho...." contestó M. Barrin-Condé.

"Y luego, pues todo es verdaderamente fantástico en este Oeste, y todo parece ser tan natural cuando se está en medio de esa existencia, todos estábamos enmascarados ó cuando menos teníamos las caras tapadas con pañuelos. Aunque nos surtió esa experiencia, comprendimos el peligro que acabo de indicar. Si queríamos hacer una jugada, que entrego á los calificativos que usted haga, no era nuestro ánimo arriesgar el ser matados ni el matar. Nos decidimos, pues, á llevarnos á Sara Bernhardt de la estación. Debía detenerse su tren en Green River á las once y cincuenta y dos. Nuestro plan era entrar súbitamente á su wagón, tomarla á viva fuerza, meterla en un *buggy* y partir á galope. Algunos de nosotros protegerían la retirada con sus revólvers. Uno de los nuestros, un tal Sarlat, que hoy es capitán de Cazadores de Africa, subiría al tren en la estación anterior. Estaba convenido que agitaría un pañuelo en la puerta del salón ocupado por la gran actriz, pues era necesario obrar pronto y bien. Una ejecución semejante es siempre peligrosa en un pueblo. Partió tal y como estaba convenido. En cuanto á nosotros, montados á caballo y agrupados al derredor del buggy, esperábamos en la estación pacientemente. Si hubiera usted oido nuestros propósitos, admitiría que este golpe de mano era más necio que irracional. Sin duda que se defendería nuestra visitada. Le atacarían los nervios. Necesitaríamos sujetarla. Pero una vez que estuviéramos en el rancho, haríamos que nos perdonara nuestra brutalidad á fuerza de respeto. La recibiríamos como á una emperatriz. Cuando nos hubiera perdonado, creeríamos revivir en Francia algunos días, pidiéndole que recitara los más bellos trozos de su repertorio. El tren no llegó á la estación sino en la noche. Vimos

bajar á Sarlat sin el pañuelo en la mano. Sara Bernardt había pasado una hora antes por el expreso de Salt Lack City.....'

Había sido contada esa extraordinaria historia con tanta naturalidad, traducía costumbres tan especiales, demostraba en el narrador una mezcla tan curiosa de civilización delicada y de vida silvestre, que no descansé sino hasta arrancarle la promesa de enviarme algunas de sus notas sobre su estancia en *Fer de Lance*,—su diario si lo había llevado ó cuando menos algunos recuerdos. Me lo prometió, pero pasaron varias semanas y no recibí las hojas prometidas ni ninguna noticia del joven. Había retornado á su hogar y yo seguía viajando á través de la vasta República. Estaba pues persuadido de que no me llegarían nunca los documentos anunciados de manera tan inopinada. Y sin embargo los recibí cuando no los esperaba ya. Fué el placer que me causó la contrariedad de mi decepción?—Esto es tan raro! —O fué en realidad el sabor de originalidad de estas confidencias? Pero me pareció que debían ser trascritas tal cual eran y sin comentarios. Qué análisis podrá reemplazar el testimonio del hombre de acción que ha visto aquello de que habla, no á través de los libros como un sabio, tampoco al trasluz del diletantismo de una excursión como el viajero, sino al través de la necesidad?

Puede también haber sucedido que el lugar á donde se me remitió el paquete, que traía timbre de Toronto, me tornase más sensible á lo pintoresco de esas páginas. Era el mes de Octubre y yo estaba en un hotel, solitario en medio de las hojas caídas al borde de las cataratas del Niágara, que son y serán siempre y á pesar de las declamaciones de los guías, uno de los más nobles, uno de los más conmovedores espectáculos de este mundo. Todo aquello que han podido construir los hombres á su derredor, puentes, escaleras, balaustradas, todos los senderos que han trazado, y todos los anuncios que han fijado no ha sido bastante para tocar la intacta y poderosa belleza de las enormes cascadas. Cuanto me ha encantado el lento, el casi flojo deslizamiento de las aguas, —la caída monótona de la formidable corriente sobre la arista de la roca que forma un brusco ángulo recto! Cómo me ha enamorado la profunda queja, el sollozante rumor,—lleno de tanta tristeza en medio de tan grande potencia—y el tenue vapor, esa nube de húmedo incienso que flota encima de la última catarata y que se eleva transparente con toda su blancura arriba de la gran masa gláuca! Y cómo he gozado, en esa estación del año, de la suavidad otoñal de los bosques de *Goat Island*, todos oro, sin una ave, y animados por ese sollozo único que los llena y que anuncia el fin irrevocable del estío,—símbolo del irrevocable transcurso de la vida!

Y luego, recorriendo esos sotos deshonrados por los *reclamos*, lamentaba que el hombre blanco, ese civilizado, hubiera sido aquí más destructor que los salvajes. Pensaba en esos Indios crueles pero sencillos en esos guerreros amarillos y tatuados que respetaban esa naturaleza, que no la mutilaban. Y maldecía á los civilizados porque han construído en este admirable paisaje, fábricas cuyos tubos escupen su humo negro hacia el cielo, torres de fierro dulce en donde se mueven los elevadores. Sentía la necesidad de evocar en ese sitio, en ese cuadro de grandeza, una existencia más libre, más osada, más conforme con la misteriosa y trágica belleza del ancho río que se precipita de golpe en el abismo.

La confesión del aventurero, colono de *Ferde*

Lanza, sin duda estaba de acuerdo con esta necesidad.

Cuando la he leído á sangre fría vi que podía prescindirse de ese acompañamtento y no vacilo en copiarla, sin modificar casi nada. El lector juzgará por ella si hombres sometidos á la atmósfera de peligro y de conquista que se exhala de estas notas, que son ciertamente sinceras, pueden ser dóciles ó rebeldes para ser arrastrados del lado de la revolución. Y aun se me figura, que también se dará mejor cuenta de las razones que hay para que la energía y la voluntad se desarrollen aquí hasta la hipertrofia. Y por fin, puede suceder que la incoherencia de las circunstancias que me rodeaban cuando me llegaron estas páginas, incoherencia que he reproducido aun á riesgo de romper la unidad aparente de mi propio análisis, dará una imagen bastante exacta de lo que tiene realmente la vida americana, de cástico y de yuxtapuesto.

Se visita una exposición, donde los mónstruos antidiluvianos están alumbrados con electricidad; se concurre á sesiones, donde la exaltación religiosa alterna con el charlatanismo; se ven representar obras de Moliere, delante de un público de bárbaros por actores de genio, á dos pasos de otro teatro donde se representan las de Shakespeare por comediantes ingleses.

Se encuentra uno con campesinos de Kansas revueltos con parisienses; se toma un carro Pullman en los sitios de la naturaleza que celebró Chateaubriand,—y todas esas impresiones de órden tan locamente complexas, acaban por agruparse al derredor de una confesión que un antiguo voluntario por un año, en esa época acantonado en un pueblo de provincia francesa, hace de las aventuras que corrió en el fondo de uno de los valles perdidos entre las Montañas Rocallosas! (1)

CONFESIONES DE UN *COW-BOY*.

"Mi familia es oriunda de Florencia y emigró al Delfinado en 1270 con otras varias familias gibelinas. Entonces era nuestro nombre Barberini—sin por eso tener nada de común con los nobles romanos ese apellido. De Barberini se convirtió en Barberin, después en Barrin sin que yo sepa cómo. A fines del siglo XII, uno de mis antecesores llamado Raimundo Barrin, reunió una compañía de jóvenes para dar caza á unos bandidos que infestaban el Condado. "Se batió como un Condé" decían por todas partes. Se le quedó el nombre y se nos quedó á nosotros. ¿Será acaso por lo mucho que oí hablar de este mi antecesor, cuyo sobrenombre llevo? Es á causa de la herencia de una raza inquieta y hecha para la acción? No lo sé, pero lo cierto es que era yo todavía adolescente y ya soñaba con aventuras. Cuando á mi salida del regimiento me volví á hallar en la casa paterna con la única perspectiva de envejecer en ella, ocioso é inútil, la aprehensión de semejante porvenir se me hizo físicamente insoportable.

(1) El lector que desee detalles más completos sobre las costumbres del Oeste, encontrará una pintura vivísima en el libro de M. de Mandat-Grancey, "Brecha en los Búfalos." Otro libro el de M. á Haussonville: "A través de los Estados Unidos"—encantador diario de viaje, aun exacto después de quince años, contiene en particular dos capítulos sobre los "Mormones," que dan luz curiosísima sobre la formación de las sectas religiosas en esa parte de Estados Unidos.

"Y sin embargo, amaba yo á los míos, quería al Delfinado, sus escabrosas montañas, su húmedo cielo, sus paisanos y su acento, y más que todo lo amaba por los recuerdos que me despertaba del pasado. He sido siempre hombre del pasado, un devoto en el sentido, cualquiera que sea, que quiera darle usted á esta palabra. Si usted me hubiera visto la víspera de mi partida para Estados Unidos, entrar al cementerio de mi pueblo; arrodillarme sobre el sepulcro de mis antepasados y hasta recoger de ellos algunas piedrecillas. Y aun las conservo. Y sin embargo, nada prevalecía contra ese apetito de acción que me devoraba y que me impulsó, siendo tan jóven, más allá de los mares.

"Es fuerza que agregue que siendo realista por tradición y por convicción me parecería una felonía el ocupar un empleo cualquiera en la República, que además no conocía nada del comercio, que me faltaba capital para montar una industria y que pensar en una heredera repugnaba á mi orgullo. ¿Qué podía yo hacer sino ensayarme en el Nuevo Mundo, hácia el que siempre me había atraído un presentimiento extraño?

"En una palabra, en Noviembre de 188... regresaba yo después de haber cumplido mi enganche voluntario. En Diciembre ya estaba tomada mi resolución: iría á buscar fortuna á América. En Febrero me embarqué en Liverpool en compañía de uno de mis amigos de la niñez, un inglés, el honorable Herbert V.... á quien había decidido á acompañarme. Llevamos con nosotros cuatro garañones: dos *Percherons*, dos árabes y mi criado del regimiento. Íbamos á crear una pequeña yeguacería en los *Black Hills*, las montañas negras del Dakota. Habíamos entrado en relaciones con un ranchero, de ese país, que se llamaba Johnson. El apoyo de ese hombre á quien conocían los parientes de Herbert, nuestros cuatro caballos y un contrato de treinta mil francos componían toda nuestra fortuna. Olvidaba también nuestra juventud y nuestra energía. Muchos otros han comenzado más miserablemente.

"El paquebot, que por razones de economía habíamos elegido, caminaba por medio del vapor y de las velas, de modo que empleamos diecisiete días en llegar á Nueva York. La travesía fué bastante dura, pero como por una parte, yo no me mareo, y como además tenía que cuidar á mi compañero y á mi criado, ambos bastante malos, y por la otra que atender á mis caballos, no tuve el ocio necesario para entregarme á la melancolía que producen los primeros días de destierro. La primera impresión desgarradora de expatriación me conmovió en el tumulto de la gran ciudad americana, entre esa multitud cuyo idioma no comprendía, y que adiviné, al primer momento, tan hostil, tan dura, y sobre todo, tan diferente á mí. Habíamos desembarcado en Brooklyn por indicaciones del capitán del navío, para podernos proporcionar buenas caballerizas cerca de las estaciones. Nos demoramos algunos días que dedicamos á recorrer la ciudad, la que me produjo, con sus casas construidas tan de prisa, unas tan elevadas y otras tan bajas, con sus caminos de fierro elevados y con la fiebre de su populacho, el efecto de una cosa huraña y monstruosa. Para colmo de miseria, nuestra posada era un verdadero paraje de embriaguez y de prostitución, en donde poco faltó para que dejáramos el pellejo en la primera semana de nuestro arribo. He aquí cómo sucedió esta aventura:

"Herbert y yo pasamos las cuatro primeras no-

ches en el teatro. La quinta nos resolvimos á recogernos temprano; bajamos con objeto de fumar, después de la comida, á la cantina del hotel. Ya estaban allí algunas mujerzuelas y varios hombres. Uno de ellos, un soldado endiablado, de cabello rojo, de ojos garzos, de mascarón de dogo, se entretuvo en hablar en alta voz á una de las mujerzuelas, mirándonos. Una carcajada homérica le contestó, que hubiera sido suficiente para enervarme, aun cuando Herbert no hubiera accedido á mi demanda de traducir la imbécil chocarrería del hombre, que dijo simplemente á la criatura:

—"Haga usted porque se la lleve ese francés. Debe ser un..... Pues todos ellos son....."

Hago gracia de la palabra insultante de que se valió. Me levanté, desembarazándome con violencia de Herbert que quería retenerme, y me dirigí derechamente al hombre. Al verme venir, confiado en su fuerza, se puso á befarme con una sonrisa que me dejaba ver el brillo de un diente de oro que tenía en el lado izquierdo de la boca. Le asesté un puñetazo en plena cara, pero con tal fuerza, que el "clarete" saltó de golpe, como dicen en América, es decir, que la sangre inundó su rostro. Había boxeado en el regimiento y era yo muy ágil. Tuve la suerte de evitar su respuesta—él estaba algo ébrio—y de darle un segundo golpe en el estómago que lo tiró al suelo. Yo esperaba un alboroto y me retiré para hacer frente á los otros, cuando, llenándome de estupor, emitieron un murmullo de aprobación. Este público extraño de apostadores aplaudía en mí el talento del pugilista. Se llevaron á su amigo, y el dueño del hotel dijo lacónicamente á Herbert la misma noche:

—"El *gentleman* haría muy bien en cambiar de cuartel. Jim Russel no es hombre que soporte eso sin vengarse."

Aunque no teníamos propensión al miedo ni Herbert ni yo, la idea de sufrir un retardo al principio de nuestra empresa por riñas de cantina, nos pareció tan imbécil que nos decidimos, no á cambiar de cuartel como nos lo aconsejaba el hostelero, sino á partir. Al día siguiente embarcamos nuestros equipajes y nuestros caballos en el expreso continental de mercancías. Fueron necesarios siete días—una semana entera—para llegar á la ciudad de Sidney, en Newraska, en donde habíamos dado cita á Jonhson. Fácil nos hubiera sido mandar nuestros caballos por esa vía y tomar nosotros el expreso de pasajeros. Pero nuestra primera impresión de la vida americana había sido tan ruda, que nos considerábamos en país salvaje y no quisimos ni separarnos uno de otro ni perder de vista por un solo instante nuestros garañones.

Hicimos, pues, todo el camino en el mismo coche que los animales. Ese medio de locomoción era tan pesado, que no pusimos atención al paisaje de los Estados que atravesamos de ese modo. Nada recuerdo de ese extraño viaje al través de esa porción del inmenso continente, tan grande como Europa, sino que en Chicago resistimos á viva fuerza á cuatro *tramps* que invadieron nuestro wagón procurando esconderse tras de los caballos y "robar un cambio de lugar—ese es el término que usan: *to steal a ride*. —Esos andariegos de Estados Unidos tienen la costumbre de franquear así increíbles distancias acostados en el piso de un coche de mercancías. Se bajan á la entrada de las poblaciones—no se es *tramp* sin ser algo gimnasta—y suben de nuevo á otro tren á la salida, llevándose si pueden, junto á su "robo de

cambio de lugar," alguna rapiña algo más productiva. En su mayoría estos desgraciados son inofensivos. Pero como nosotros no estábamos iniciados en lo pintoresco de la vagancia americana tomamos á esos andrajosos que escalaban los trenes en marcha por bandidos peligrosos. Me río aun al recordar la voltereta que dieron sobre el terraplén de la vía ante los seis revólvers que apuntamos sobre ellos. Nos hubiéramos tachado de imprudencia llevando solo arma cada uno!

"Prevenido por un telegrama, Johnson nos esperaba en la estación de Sidney, pero era una jornada nada más la que habíamos hecho hasta allí para llegar al objeto real de nuesro viaje, que era Custer City, doscientas cincuenta millas más lejos. Era preciso andar esas millas á caballo y nos quebrantaron de tal modo los siete días de wagón que no tuvimos ánimo para partir inmediatamente.

"Sidney tenía entonces fama de ser uno de los más peligrosos sitios en que asaltaban los salteadores de Estados Unidos. Los quinientos habitantes de este pueblo—verdadero hongo de la vía férrea y que hubiera desaparecido con ella—pasaban el tiempo en sostener, unos contra otros, verdaderas batallas á tiros de fusil y de revólver. Nosotros lo ignorábamos. Pero la reciente experiencia de Chicago acabó por volvernos tan desconfiados, que resolvimos acostarnos sobre paja, atravesados en la puerta de la caballeriza donde dormían nuestros árabes. Los habían mirado con demasiada atención las gentes cuando llegamos. Nos felicitamos por haber sido tan precavidos. Hacía la media noche y á pesar del cansancio me despertó un ruido extraño. Raspé un cerillo y ví con toda claridad la punta de una sierra que se disponía á cortar la madera en derredor del enorme cerrojo que atrancaba la granja. Me envolví una mano con un pañuelo y agarré la extremidad de la sierra y preparando con la otra mi revólver, pronuncié á la vez el único juramento inglés que conocía. Usted adivinará cuál fué. La sierra quedó en la inmovilidad y del otro lado de la puerta sonó un ruido análogo al tronido que acababa yo de producir, al montar mi pistola.

"Desperté á Herbert y á mi criado. Nuestras tres voces hicieron comprender á los ladrones que estábamos dispuestos á defendernos. Oimos pasos que se alejaban. Nuestros caballos estaban salvados. Pero, ¿cómo podíamos volver á dormir después de esta alarma? Fué nuestra ansiedad tan grande, que tomamos el partido de dejar á Sidney como abandonamos á Brooklyn, pero no al día siguiente en la mañana, no tampoco á la hora, sino inmediatamente. Ensillamos nosotros mismos nuestros caballos, sacamos de la cochera el carrillo de Johnson, cargamos en él nuestros bagajes y le pegamos sus caballos. Con ese equipo fuimos á llamarlo desde la calle y á despertarlo de su primer sueño. Había jugado al poker toda la noche bebiendo wiskey, y como por fortuna había ganado varios centenares de *dollars*, fué más complaciente de lo que esperábamos. Por lo demás, como muchos americanos, tenía sentimientos muy desarrollados de hospitalidad nacional. Se avergonzó por su país del asesinato con premeditación, que intentaron contra nosotros y que le referimos. Convino en seguirnos y antes del alba ya estábamos en camino.

La cabalgata á través de la Pradera, duró dos eternas semanas y le debí las primeras dulces impresiones experimentadas desde mi salida del Delfinado. La gran porción de territorio que se extiende entre

Sidney y las Montañas Rocallosas, no era entonces la comarca civilizada que ha llegado á ser. Hoy la cruzan varias vías férreas. Abundan las haciendas y los embriones de ciudades y pueblos. En aquella epoca, la vasta Pradera de Nebraska, desde Sidney, no tenia más huellas de la vida humana que el paso de los pastores arreando sus rebaños. Los ranchos sucedían á los ranchos sin que el trazo siquiera de un camino fuese de uno á otro. La inmensa extensión desierta que atravesaba nuestra cabalgata, nos sobrecogió con una especie de feroz encanto, en el cual entraba por mucho el sentimiento de nuestra juventud y del porvenir ilimitado. Esta soledad, en lugar de entristecérnos, nos exaltó, como nos exaltó el primer contacto con la multitud extranjera. No sentíamos fatiga y bebíamos hasta con alegria las aguas abominablemente alcalinas que recogíamos de los baches—los creeks, como aquí les llaman—para regar nuestras conservas.

La exaltación creció aun más, con la proximidad de las montañas, cuando entramos á las hermosas selvas de los pinos Douglas. Las primeras flores de la primavera descollaban entre la maleza. Aguas límpidas y cristalinas saltaban de las grietas del cuarzo. El cielo azul y el aire ligero ensanchaban nuestros corazones y por fin nos aproximábamos á Custer City, á la ciudad cuyas magnificencias celebraba Johnson desde nuestra partida. La esperábamos como los hebreos la Tierra Prometida. ¡Cuántos años han pasado después! Años de ruda lucha, uno de los cuales puede contarse por dos ó tres! Ninguna de las sensaciones que tuve durante esos años ha borrado la emoción sentida la tarde de Abril en que el buen hombre nos hizo subir una colina al galope para señalarnos orgullosamente el término de nuestra fatigosa peregrinación. Detuvo su caballo, nos hizo seña de detener los nuestros. Extendió el brazo y dijo:

—"Hé allí á Custer City"....—*Here is Custer City*.—Miré, henchido de esperanza mi corazón.

¿Por qué he de avergonzarme al confesar un minuto de cobardía, el único tenido en mi existencia de la Pradera? Brotaron súbitamente lágrimas de mis ojos, lágrimas que no pude contener y no lágrimas de esperanza, sino de desesperación, arrancadas por la repentina caída de lo alto de mis sueños y la atroz desilusión! Un miserable campo minero surgió al otro lado del valle, más pobre que la última aldea alpina. Y para vivir allí, entre esas ruinas, en ese rincón perdido para luchar, quizá para morir allí, dejé tres mil leguas atrás nuestro pequeño castillo del Delfinado, con sus tres torres en escuadra, y su torrejón cuadrado y en ese castillo á mi madre, á mis hermanas, todo lo que yo amaba y todo lo que me amaba!

Vi á Herbert y tuve vergüenza de dar, yo, francés, este espectáculo de debilidad al impasible inglés que encendía su corta pipa de madera, con la más hermosa sangre fría, aunque viese por el temblor de su mano que el choque había sido también rudo para él. Os he dicho que siempre había sido un poco devoto. Llamé en mi ayuda todas las fuerzas profundas de un alma, hice mentalmente una oración de gracias á Dios por haberme protegido desde mi partida. Y le pedí que me protegiera en el porvenir. Me puse en sus manos cual si fuera un niño..... Mi caballo, *El Mahdi*, rascaba el suelo con una de sus manos y relinchaba—con lo que decia á su manera *Here is Custer City*. Levanté las riendas y oprimiéndole con las rodillas le lancé á la carrera abierta ha-

cia la ciudad secándose mis lágrimas infantiles con el viento de esa loca carrera.

"Así fué como murió el *tender foot* (1) Raymond al pie del monte Calimity Jane, en momentos en que el sol se ponía con toda su belleza y cuando estaba recién desembarcado de Europa. Y en su lugar nació el *cow boy* Sheffiedd, á quien pusieron ese sobrenombre por la semejanza de su perfil con una hoja de cuchillo, y que es el mismo que escribe estos recuerdos!

.....

"Poco tiempo después, un mes aproximadamente, me desayunaba en la cantina de Miller, situada á la mediania de la calle principal—*Main Street*—cuando un minero muy conocido, el gordo Brown, se disgustó con un *cow boy* por haber querido deshacer el trato de un rancho; este se llama Eddie Cutts.

Ambos sacaron sus pistolas y dispararon simultáneamente. Brown cayó muerto; la bala de su enemigo le atravesó el cráneo. La bala de Brown vino en derechura á mi maudibula. Rompió el hueso y se detuvo cerca de la arteria. Miller, que profesaba particular estimación á Brown, quiso después disculpar á su amigo, con insistencia, afirmándome que el desgraciado habia ya bebido esa mañana algunas *corpse revivert* de más. Los americanos poseen una porción de sinónimos para designar las diferentes mezclas alcohólicas que les sirven para envenenarse con delicia: *a widow's smile*—una sonrisa de viuda; —*a swet recollection*—un dulce recuerdo;—*and eye opener*—un abre ojos. El más enérgico es el que usaba Miller, *el resucitador de cadáveres*. Y era irónica la denominación en esas circunstancias, puesto que la

(1) *Tender foot: pie tierno* y por tanto *novicio*.

intemperancia del bruto de Brown había causado una muerte, la suya, y estuvo á punto de producir la mía!

"Me levanté sintiéndome herido. No tuve fuerzas para dar un solo paso. Me pareció que todo giraba en derredor mio y volví á caer como muerto. Pero pronto recobré el conocimiento con esa especie de atención lúcida é ineficaz de los ensueños. Estaba yo tendido en el suelo junto al cuerpo de Brown, tan cerca, que con sólo estirar el brazo le podía tocar. Diez caras, que se movían automáticamente mascando el trozo de tabaco, me miraban con curiosidad sin que ninguno de ellos pensase en socorrerme. Mi sangre seguía corriendo sobre las losas y yo sufría cruelmente. Pedí un sacerdote, pero como hablé en francés, nadie me entendió. Además, el más cercano estaba á ciento cincuenta millas distante, y por otra parte, ¿qué necesidad tenía yo de sacerdote para morir como Brown? Uno más ó menos, acaso tiene importancia en la pradera?

"Viendo que ninguno de los que se hallaban á mi derredor se movía, ni aun cambiaba el *chic* para otro lado de la boca, tan indiferentes así les eran mis quejidos, tuve la idea de gritar, de aullar en mi estertor los nombres de Herbert y de Johnson. Un cuarto de hora después llegaron mis dos amigos acompañados de un hombre chaparro, vestido de redingot, con la barba abandonada cual si en diez días no se la hubiera tocado, con sombrero de forma alta y ajado, corbata blanca con rayas de mugre, y luciendo botones de brillantes en los ojales deshebrados de la camisa. Era el célebre M. Briggs, el mejor médico de Black Hills, cirujano diestrísimo, aunque tachado por los americanos de muy afecto al cuchillo,—*he is rather fond of the knife you know*—y que

por lo común estaba ébrio pasadas las diez de la mañana. Por fortuna mía eran apenas las nueve. Tuve tiempo bastante para fijarme en los detalles de la pintoresca facha de su ropa, pues me hizo tender sobre la mesa del billar y comenzó á sondear mi herida. Debo confesar que lo hacía con bastante suavidad, y mientras ejecutaba esa operación, las gotas que producía el tabaco que mascaba me caían en la cara.

—"Well!" dijo con flema que daba pocas seguridades, "el *gentleman* ha escapado de buena. La bala ha resbalado debajo de la arteria que late en ese sitio. Los huesos se repararán pronto. En cuanto á la bala, si se queda allí, á la larga puede gastar la arteria, que se romperá derrepente. Y entonces sobrevendrá un derrame interno y la muerte súbita. Si prefiere que la estraiga, lo ensayaré, pero no respondo de nada. A él es á quien toca escoger....."

"Herbert me tradujo ese horrible diagnóstico. Hice mentalmente un acto de contrición y dije que me extrajeran la bala. Todo el mundo había sido retirado por Briggs, y no qudaron junto á mí sino Herbert y Johnson cuando me sondeaba la herida. Llamó por sus nombres á seis de las personas que esperaban en la puerta, y que se situaron graves é indiferentes, en torno de la mesa de billar.

—"¿Para qué?" pregunté á Herbert que seguía siendo el intérprete entre el doctor y yo.

—"Well," respondió Briggs, "estos *gentlemans* son personas notables del pueblo que testificarán que no he tenido yo culpa alguna si la muerte sobreviene en el curso de la operacion....."

"Esta frase fué la última que oí al dormirme bajo la influencia del aroma dulce del cloroformo. Cuando desperté, había una larga costura en mi garganta y tenía la bala en mi mano. Los notables desaparecían, encantados por haber tenido ese ligero *excitement* en su mañana. El doctor recibió trescientos *dollars*. Un mes más tarde estaba sano mi maxilar. Pero muchas semanas estuve muy débil á causa de tanta sangre como perdí. En cuanto á Briggs, un día que por casualidad me encontró, tres años después, en Rapid City, á donde fuimos con motivo de una elección que se disputaba calurosamente, me arrastró á la plataforma, me exhibió y enseñando mi cicatriz ante mil quinientos bobos, obtuvo ruidosa victoria sobre su adversario. Yo era, según parece, la única operación viva que se le había logrado!

.....

"Esa reseña de las costumbres reinantes entonces en *Custer City*, hará comprender que esa morada de la pereza, de la embriaguez y del asesinato, no nos retuvo mucho tiempo. Además, que allí con trabajos subveníamos á nuestras necesidades, aunque nuestros garañones nos produjesen cuarenta *dollars* por cada yegua que se les llevaba. Pero los objetos más insignificantes de primera necesidad costaban horrorosamente caros, como sucede en todas las poblaciones cercanas á los placares de oro. Por ejemplo, en Ouster, no se sabía lo que era ni pedir ni volver una moneda de nickel. La moneda de cinco sueldos era la unidad del gasto. No se llega á sospechar sin sufrirlo lo que semejante miseria influye en los pequeños presupuestos como el nuestro. Resolvimos, pues, llevar á cabo nuestro primer proyecto, y buscar un rancho con grandes pastos regados por aguas corrientes, en donde pudiéramos dedicarnos á la cría.

"Tuvimos la fortuna de hallar pronto un sitio como el que buscábamos y bautizamos al estableci-

miento con el nombre de *Fer-de-Lance*, en recuerdo del encuentro que hicimos cuando cavábamos los cimientos de nuestra casa, de una punta de fierro, escapada sin duda, muchos años atrás de la flecha de algún indio. Valiéndonos de vigas, apenas desbastadas, de tablas mal acepilladas y de clavijas de madera,—pues escaseaban por completo los clavos en el país,—conseguimos levantar una especie de barraca para nosotros y una caballeriza para nuestros caballos. En este trabajo dilatamos seis meses, en los que estuvimos tan atareados, que no tuvimos tiempo para ocuparnos del rancho. Agréguense: quince de viaje, cinco en Nueva York, siete en el camino de fierro y quince en la Pradera, que hacen un total de más de un mes. Un mes más de espera, uno de enfermedad y otro de convalescencia, son tres meses, que con los seis gastados en construir nuestra insignificante casucha, hacen en junto casi un año, tiempo que hacía habíamos dejado Herbert, el Derbishire y yo, el Delfinado, y en este año había yo estado á punto de morir, habíamos gastado nuestro común capital y la única adquisición hecha por nosotros era el *log-house*, la casucha construida con nuestras propias manos!

"Y aun esta propiedad no tenía garantía, sino con la condición de defenderla. El riachuelo y los pastos donde acampábamos pertenecieron á un propietario, á un tal Bob,—un conocidísimo ladrón de caballos, —y á quien denominaban *Yorkey Bob* del nombre de su pueblo natal.—Este facineroso había perdido todos sus derechos sobre la propiedad, supuesto que la había abandonado. Pero no era una razón para que no procurase rescatarla de los nuevos poseedores y en efecto, volvió á Custer City y dijo á gritos en el *saloon* de Miller:

—"Arreglaré cuentas con esos dos *tender foot* europeos. Les enseñaré cómo deben apoderarse de mis propiedades antes de mi muerte!"

"Este consolador propósito nos fué referido casi inmediatamente por el doctor Briggs, que nos escaseaba sus visitas.

Cuando "mi salvador," como se apellidaba á sí mismo el doctor, nos dió esa susodicha prueba de su simpatía, nos miramos Herbert y yo. Leimos los dos en nuestros ojos la intención de subir á caballo inmediatamente para ir, ántes que él viniera, á arreglar su cuenta á ese fanfarrón de *saloon*. Pronto se llega en la Pradera á esta concepción del derecho de legítima defensa: atacar primero para no ser atacado. Por suerte no dimos curso á ese acceso de indignación preventiva. Tuvo Herbert sangre fría bastante para inventar una prueba que debía precavernos para siempre contra toda amenaza de ese género. Era y aun es, á Dios gracias, tirador de pistola muy superior á la media de los maestros. Distinguió un inocente pichón que arrullaba, sobre el techo de la caballeriza, á cincuenta piés de distancia y lo tiró con una bala de su revólver.

—"Puede usted contar á Yorkey Bob lo que acabo de hacer," dijo á Briggs, "y aun puede usted decirle que si alguna vez llego á encontrarle, en cualquier parte, en una cantina, en la calle ó en la Pradera, haré con él lo mismo que acabo de hacer con el pichón."

"Y volvió las espaldas al bueno del doctor. Este permaneció un instante como sentenciado, después escupió á lo lejos. Eso para un americano es la señal de una impresión profunda. Siempre he pensado que su venida tuvo por objeto proponernos á los nuevos propietarios del riachuelo, á nombre del antiguo, un

bueno y sólido tratado de alianza—se entiende, mediante algunas especies sonantes y contantes. En resumidas cuentas si los dos bandidos eran cómplices, bastó para desbaratar la conjuración el tiro al blanco de Herbert y su amenaza. Pero, por dos meses estuvimos alerta, acostándonos fuera de la casa todas las noches, por el temor de una sorpresa. En el día, las precauciones que tomábamos no hubieran podido ser mayores. Los tiempos estaban tan revueltos, que dos jinetes no podía apercibirse en la Pradera á cinco millas de distancia, sin jalar uno para la derecha y el otro hacia la izquierda. Desierto extraño, que procuraba hacer más desierto aun el hombre y en donde solo temía á su semejante! Era la época en que la mala de Deadwood era desvalijada mes con mes, la época en que el coche del receptor de Lead City, con todo y sus seis guardias de á caballo era detenida y los ciento cincuenta mil *dollars* que llevaba,—setecientos cincuenta mil francos en barras de oro—dispersados por los cuatro vientos del Lakota y del Wyoming. Una oleada de aventureros se derramaba sobre Deadwood, donde se acaba de encontrar una nueva veta de oro,—y que eran la escoria de todos los países y de todas las razas. La vida humana, que se complacen los yankees en decir que en su país tiene tantas facilidades,—*very cheap*—estaba realmente á tan poco precio que vivir en los Black Hills, era estar en guerra todos los días y á toda hora. Pronto se acostumbra uno á condiciones en apariencia tan extraordinaria. Admira el modo como se habitúa uno á la idea de una muerte violenta. Es otra clase de muerte, distinta de la que sobreviene por enfermedad y á la que nunca se acostumbra la imaginación—al menos la mía.

"Yorkey Bob, pensaba sin duda alguna diferente á

mí con respecto á ese asunto, pues después de la prueba de destreza dada por Herbert, tuvo sumo cuidado en esquivar á los dos *tender foot* de Europa. Estaba escrito que le matarían pero de otro modo. Robó de nuevo tantos animales en los alrededores de Custer City y cerca de nosotros, que determinaron los *cow-boys* desembarazar la ciudad de tan peligroso bandido. Una tarde que estaba bebiendo tranquilamente en la cantina de Miller, un alevoso le aventó una lazada por la espalda, jaló con fuerza y dió la punta de la reata á un jinete que esperaba en la puerta. Este partió á carrera tendida. Bob se sofocó instantáneamente. Tuvo el instinto y la energía de sacar su revólver izquierdo, pues también usaba uno de cada lado, y á pesar de las espantosas sacudidas de la loca carrera, al través del llano sus dedos no soltaron el arma. Fué necesario quebrárselos para arrancarlo. Quiso la casualidad qus asistiéramos á ese último episodio de la muerte de nuestro enemigo. Nada mejor puedo consignar para explicar la metamórfosis que produjo en nosotros ese primer año, que el hecho de haber permanecido indiferentes ante esa ejecución sumaria.

"Bob no fué llorado sino por una sola persona, por una mujer-bandido que tenía un hotel en Custer y que era su amante. Tenía esa criatura una destreza mucho más notable con la carabina que la de Herbert con la pistola. La ví, no una, sino diez veces, pasar una calabaza á cien metros, haciendo pasar la bala por el agujero ya preparado para el tapón y sin rozar siquiera los bordes. Se veía en cada cuarto de su hotel la siguiente inscripción trazada por ella misma en enormes caracteres rojos:

—"*Don't lie on the bed with you boots. Don't spit on the blankets. Be a man .....*"—No os acosteis sobre

la cama con botas. No escupais sobre los lienzos. Sed hombres....

"Había hecho varias muertes y por sus vestidos de hombre y por sus eternos juramentos, era digna compañera de Bob, á quien con seguridad hubiera vengado si conociera á sus asesinos. Pero las empresas de tal género se llevaban á cabo con la cara cubierta con un antifaz ó con un pañuelo, como ya se lo dije á usted á propósito de los asaltos al tren.—Además, puede usted confirmarlo con todos los diversos hechos referidos por los periódicos.—Esa justicia sumaria valia mucho más que la justicia legal, tal y como después la conocimos, con sus magistrados y sus abogados, que nos costaron muy más caro que lo que costaban las comisiones ejecutivas del género de la que nos libró de Yorkey Bob. En suma, la segunda justicia fué también para nosotros menos justa!

.....

A consecuencia de esa segunda experiencia nos decidimos á vivir más encerrados en nuestro rancho. Ibamos excepcionalmente á las ciudades, y muy de tarde en tarde, y acabamos por no tener más sociedad que la de los *cow boys*, la de los *grangers* y la de los *miners*. Esas son las tres clases en que se dividen los habitantes de la pradera. Las tres se asemejan por la misma aversión que tienen á la vida civilizada, por igual energia en sus empresas y por la costumbre del peligro. Sus ambiciones difieren hasta el grado de convertirlos en enemigos en algunos momentos. Cada una tiene sus héroes, cuya leyenda se repite y se complica sin cesar. Buffalo-Bill es el de los *cow boys*, Mackay el de los *miners*. Y el de los *grangers* es Lincoln á causa de su principio. Forman la vanguardia de la América, entre la

marea creciente de la inmigración, por una parte, y los últimos Pieles-Rojas por la otra. Mejor dicho, la formaban en la época reciente y sin embargo ya lejana, de que hablo. Pues cada año los indios se retiran y desaparecen y los territorios vacíos se pueblan. Dentro de medio siglo, si aun vivo, veré, con seguridad, levantarse inmensas ciudades en esa pradera que conocí tan vasta y tan libre!

"El límite de las reservaciones Indias,—he allí, aun hoy día, el dominio propio de los grandes ranchos. El *Home-Ronch*, con sus casas de madera y sus caballerizas de tierra, se levanta cerca de un manantial. Una veintena de honrados bandidos viven en él bajo la autoridad de un jefe, de un *foreman*, que naturalmente es el más fuerte y el más diestro de ellos. Y no digo el más valiente, pues todos lo son al mismo grado, sin cuya cualidad no serían dignos de ser *cow boys*. Andan errantes y en libertad en los pastos del tío Sam, cincuenta mil caballos, vacas ó bueyes, y esos muchachos pasan el año en contarlos, marcarlos y expedirlos por vía férrea á Chicago.

No es tarea tan fácil guiar, atravesando la pradera, un ganado compuesto de tres á cuatro mil animales. Varios jinetes preceden la marcha, otros vigilan en los costados y otros más recogen á los regados. Es preciso evitar el paso por las vías férreas, pues allí se producen pánicos casi siempre irreparables. Viniendo al Colorado, para donde traía ciento cincuenta caballos, me aconteció desembocar repentinamente sobre una vía férrea en momentos en que pasaba un tren. Mis caballos no habían visto nunca una locomotora. Les sobrecogió tal terror, que los desbandó por todos lados en una circunferencia de cien millas. Tuve que perder cincuenta y cinco días para reunirlos de nuevo. Otras ocasiones es una tem-

pestad la que se desata, una de esas tempestades de la pradera parecidas á ciclones. Se junta entonces á la enorme masa viva en solo un grupo y en su derredor remolinan al galope los *cow boys*. Con esto se procura hacer rondar á los animales enloquecidos literalmente por el trueno y por los relámpagos. Eso se consigue á tiros de pistola disparados por docenas sobre los hocicos levantados. Si el movimiento giratorio se rompiese, el colosal ganado cargaría sobre un solo lado, y, como antes lo hacían los bisontes salvajes, rompería todo, atropellaría y pisaría á los hombres y á los caballos como á pajas.

"Semejante oficio y en semejante medio, requiere hombres de energía invencible y decididos á todo. Basta con decir que la elección de un personal en un rancho, es parecida á la de un batallón en la Legión extranjera de Francia. Como es natural, el desecho del mundo civilizado encalla allí. En *Fer de Lance* teníamos un cocinero alemán, un pastor italiano, dos vaqueros franceses, y entre los americanos, individuos borrados de la matrícula, como Billy, hijo de un pastor de Chicago. Este último nos hacía reir hasta el llanto, en las noches, refiriéndonos los recuerdos de su adolescencia, pasada en uno de esos colegios mixtos que entre nosotros son el objeto de serios estudios para ciertos escritores que vinieron aquí en comisión. Hubiera deseado que uno de esos graves emborronadores de artículos se hubiera hallado aquí para oír á Billy describir la clase de dibujo y el entretenimiento de sus vecinas, entregadas á dibujar magistrales formas masculinas, mientras que él se dedicaba de preferencia á la reproducción de la anatomía femenina!

"Entre nosotros había también muchos personajes enigmáticos que no hablaban nunca de su pasado; y aun un francés de quien aun en la actualidad ignoro el nombre verdadero. Se hacía llamar Juan Bernard. Era el lazador más hábil de la Pradera. Tenía la pasión, casi la locura del peligro. Un día para tener seguridad de no soltar un caballo indomable, se amarró los puños y los riñones con nudos corredizos y fué arrastrado por él. Se quebró ambos brazos en dos sitios distintos y hubiera muerto si Herbert no hubiera detenido al caballo metiéndole una bala en los pulmones.

"Tampoco he llegado á saber el nombre de un Holandés que se llamaba simplemente Frank. Ebrio de wiskey, cierta noche, en una población corta del Oeste, se propuso echar del hotel á más de veinte viajeros, amenazándolos con su revólver. Se barricó en la casa y sostuvo un sitio en toda regla. Hacía un frío de veinte grados bajo cero, de modo que, habiendo seguido bebiendo para calentarse, acabó por caer tras de la puerta, como un animal muerto. Esa imprudencia extravagante terminó con eso sin haber costado una sola gota de sangre. Pero á Frank le hubiera costado cara, si en ayunas no fuera un muchacho inmejorable, y si sobre todo no hubiera sido íntimo amigo de otro personaje que disfrutaba de legendaria autoridad, el conde La Chaussée Tancourt. Este gentil hombre belga, á quien hacía tiempo perdió de vista su familia, me encontró un día en el fondo de la Reservación india. Iba á caballo con sus dos mujeres, dos verdaderas *squaws*, que le escoltaban también á caballo y con el rifle sobre las espaldas como él lo llevaba. Me dijo con expresión de vanidad muy extraña en semejantes circunstancias:

—"Usted es el Francés de *Fer de Lance*. Yo, soy el conde de La Chaussée Jancourt, bachiller en letras y en ciencias!...."

"Tenía cara de ser un salteador de camino real. Me guardé de manifestar la menor emoción. Esos bandoleros tiran con destreza infalible. Pero la aparición de ese bachiller entre esas dos salvajes vestidas de pieles y con cara tan curtida y tan amarilla como la de sus compañeras, me persiguió mucho tiempo. "¿Llegaré acaso hasta ese grado?...." pensaba yo de vez en cuando y esa original terminación de mi vida del Oeste no me parecía ni imposible, ni aun temible, tan invadido, tan enlazado, tan intoxicado así, me sentía cada día más por el embeleso de esa vida primitiva y libre, y me contestaba alegremente: "Y por qué nó?...."

"Sí, es un embeleso!.... Y aun hoy es la sola palabra—tomada en su sentido antiguo—que me ocurre para expresar la especie de hechizo que ejercía esa existencia sobre mí Y aun lo ejerce á través de los años. Cuando quiero desentrañar las razones de ese atractivo todopoderoso, encuentro desde luego un desentimiento bien extraño en un país en donde los revólvers se disparan solos, el de que no he vivido nunca días semejantes, pues en ellos jamás tuve miedo por el porvenir. Allí conocí una especie de serenidad, casi de una seguridad incomparable. Allí tenía la plena conciencia de mi valor y de mi fuerza. Sabía que mis *cow-boys* me eran tan fieles como mamelouks. Pues esos desesperados hallan de nuevo profundas virtudes de honor personal, una vez que escapan de su pasado y de la civilización.

"Un ranchero me avisaba, por correo como es costumbre, que una de mis yeguas había sido vista á doscientas millas de *Fort de Lanæ*, pues no tenía más que llamar á uno, á Frank por ejemplo, y rogarle—no se ordena nunca en el Oeste—que fuera á buscar al animal extraviado. Me ofrecía que la encontraría

y ya no tenía yo que preocuparme por cosa alguna. Partía, llevando tres caballos de silla, su manta impermeable, su revólver de seis tiros, y estaba yo cierto de verle volver á los dos meses y á la yegua con él. Me había dado su palabra. En donde había dormido en ese tiempo? Cómo había vivido? Ni siquiera pensaba yo en hacerme esas preguntas.

"Viviendo con hombres de ese temple me acostumbré á no tener en cuenta lo imposible. Yo mismo había perdido ese sentimiento porque el fuego de la juventud, sostenido por el aire libre y por la pureza absoluta, superabundaba en todo mi sér. En esa existencia las costumbres eran tan violentas que llegaban á lo trágico, y duras hasta convertirse en rudas. Pero no eran corrompidas y la continencia era allí la regla. Acontecía, ciertamente, que los *cow-boys*, una vez que tenían en la mano el dinero de su salario, fueran reunidos en carpanta á alguna población de la frontera en solicitud de una miserable vendedora de aguardiente y de amor. Pero esas orgías eran rarísimas y esas casas de prostitución, donde esos muchachos esperaban su turno en la sala del piso bajo, no eran á propósito para tentarnos. Era tan extraordinario en la Pradera el encuentro con una mujer, que los caballos daban saltos de dos metros de altura á la vista de unas enaguas, y además el agotamiento físico era muy considerable para permitir que se exaltara la imaginación. La fatiga muscular abolía por completo al sistema nervioso. Era tan completo, para mí, el desprendimiento de la vida pasional, que ni aun podía volver á recordar los romances de Maupassant y los versos de Musset que adoré en otro tiempo. Me figuraba que esas páginas describían modos de vivir y de sufrir, casi inverosímiles é inconcebibles.

"En cambio, en mis cabalgatas solitarias, sentía crecer en mí una especie de poesía interior, formada toda ella de una comunión profunda con la naturaleza y que era intraducible en palabras. Me animalizaba con los animales ó éstos se humanizaban conmigo, como se quiera. Ahora comprendía el lenguaje de los caballos que hablan con las orejas y con las narices; el de las vacas que hablan con los ojos, con la frente y sobre todo con la cola; el de los perros que hablan con todo el cuerpo y cuyo pensamiento cambia con tanta rapidez que cuesta trabajo seguirlo. Comprendía verdaderos diálogos por medio de señales con esos séres que ántes eran mudos para mí. Un diálogo más sublime y más íntimo era el que entablaba con el Sér inmenso, con el autor de todas las cosas y de todas las criaturas. Cuando, á la salida del sol, sentado á caballo y dispuesto á partir, contemplaba la Pradera ondeante hasta perderse de vista—como un mar inmovilizado en día de suave brisa—sufría una embriaguez sagrada, un arrebato extático por la vida, al sentirme tan fuerte y al tener ante mí ese horizonte lleno de luz y de soledad. Involuntariamente brotaba de mis labios esta oración: "Padre nuestro que estás en los cielos..." Daba gracias á Dios por el bendito don de la vida, por la hermosura de su obra visible y por los favores que me concedía el destino, con un extremecimiento de toda mi alma, que nunca había conocido anteriormente y que jamás he sentido después.

"Teniendo en cuenta lo que he referido antes, sería yo un necio si pretendiera que semejantes efusiones eran generales en los compañeros brutales entre quienes me encontraba lanzado. Y sin embargo, sentían á su modo la presencia de Dios, que parece más cercana en la naturaleza vírgen. De dónde provenía la elevación de sentimientos que se manifestaba sin cesar en los mejores de ellos, su fidelidad en la promesa, su solidez en la amistad, sus virtudes de paciencia y de lealtad, sino de una influencia análoga á la que yo más conscientemente sufría? En todo caso, esa era mi manera propia de sentir, y no hubiera dado una idea exacta de mi vida de esa época si no hubiera referido estas emociones juntamente con aquellas.

.....

"Llega un día en el que después de haber galopado por meses enteros sobre la Pradera, que es vuestro libre dominio, se nota en la tierra un hinchamiento que no estaba la víspera. Cerca de él se perfila el esqueleto de una carreta. Arado, una garrucha, algunos instrumentos de labranza y dos ó tres rocines éticos amarrados á una estaca testifican que allí está un emigrante con su pobre fortuna. Se dirige el caballo hacia ese lado, y á los vigorosos *Hellos* que se lanzan se ve levantarse una tapa que ocultaba un hoyo ahondado en la tierra. De él emerge una cabeza de hombre y por detrás cabezas de niños. En el fondo se dibuja el rostro temeroso y fatigado de la madre. Es un *granger*. En el pasado otoño, pasaría por allí á caballo y le gustó el sitio. Fué á buscar al Este, su familia, su fortuna y héle allí. Ese hoyo que mide de doce á quince piés dentro de tierra los abrigará á todos hasta el día en que haya levantado su *log house*.

—"*Hello!* Extranjero,—dice—¿de dónde viene usted?"

—"Y usted, amigo mío, ¿usted es quien merece mejor el nombre de extranjero?"

—"Vengo de Nebraska, donde había muchísima gente para mí. Aquí estaré mejor...."

"El *cow-boy* hace un gesto. Un *granger* no es nada. Pero mañana serán diez, pasado mañana ciento, y después millares. Se baja del caballo y los dos hombres comienzan á platicar con frialdad al principio, luego amigablemente. El *cow-boy* indica al otro los mejores lugares de casa. Ambos en cuclillas tallan con encarnizamiento pequeñas astillas de madera. La mujer permanece oculta en medio del hoyo.

"¡Cuántas topineras humanas parecidas á ésta he visto levantarse en la Pradera! Estos atrevidos gastadores de vanguardia jamás vienen de Europa; al contrario, son americanos de Estados Unidos ó del Canadá, á quienes la inmigración europea ha arrojado hacia el libre Oeste. Medio agricultores y medio cazadores, flacos y taciturnos, bronceados como los Pieles Rojas y casi tan salvajes: de lo que huyen es de la vida civilizada, es de la ciudad, es de la industria. Preceden al ejército de los desmontadores y no molestan para nada á los ranchos de cría. Unicamente que llega un día en que otros les imitan, ocupan los mejores pastos y por todas partes se levantan los setos donde se mutilan los caballos de los ranchos. Estas gentes se apoderan de todos los manantiales. No es raro ver en la primavera á cada una de sus vacas rodeadas de cinco ó seis becerros,—riqueza poco sorprendente cuando se habita á lado de un rancho de cinco mil cabezas. Por último no se tientan el corazón para alimentarse á expensas del poderoso vecino. Y lo ejecutan con tanta frecuencia, que el *foreman* obtiene un dia su expulsión. Ora recurren á las amenazas, ora al fuego, estos *cow-boys*, pero con más frecuencia se conforman con llevarse en la noche el ganado del *granger* á cien millas de distancia.

"El desgraciado despierta arruinado á la mañana siguiente. Comprende y se resuelve á abandonar su posesión ó bien parte á buscar sus animales que es una inquisición que no termina nunca. Parecerá el procedimiento algo sumario, pero es necesario no olvidar que el Antiguo Testamento sirve de regla al Oeste y que los recién venidos tienen que someterse á él. Después, cuando se trata de la vida ó la muerte de un rancho, es caso de legítima defensa en que estos medios son permitidos. Al menos tal me parecían cuando estaba yo allá. Desde el momento en que aumenta el número de advenedizos, el rancho no puede sino ceder y acercarse á las Montañas Rocallosas. Ha hecho ya su oficio de descubierta y va á volverlo á comenzar, tan lejos cuanto le sea posible, de los *granger* y tan cerca cuanto pueda de los indios.

El indio no es enemigo de los *cow-boy*, sino en la época en que desentierra la hacha de guerra. Iba á serlo meses después de nuestro arribo. El *foreman* de un rancho esparació en la Pradera cuartos de carne empapados con estricnina para envenenar á los coyotes. Dos Sioux comieron de esa carne y murieron presa de espantosas convulsiones. Afortunadamente el *foreman* era amigo de Sitting Bull, el héroe del asesinato del general Custer y de un regimiento de caballería. Y éste impidió que se sublevara su tribu. *Fer de Lance* estaba en la frontera de la reservación de los Sioux de Dakota. Para nosotros fué una vecindad utilísima en la época en que se señalaban las contribuciones del Condado. Llevábamos á esa reservación las tres cuartas partes de nuestro ganado y podíamos sin responsabilidad, manifestar un número limitado de animales.

"Más tarde explicaré cómo esa falta aparente de delicadeza no era sino un medio para escapar al ban-

dolerismo legal. Los mismos Indios se prestaban con complacencia á ese engaño, pues aun ellos sufrían el latrocinio de los agentes del Gobierno. Y por otra parte, no es al hombre libre de á caballo que vive en la Pradera como viven ellos, á quien temen; es al colono y al ingeniero. Conocí mucho á ese Srting Bull, que entre paréntesis, por haberse sometido recibió una casa del Estado. Siempre se acostaba ante la puerta, en el exterior. Jamás había dormido bajo de techo. El día en que resonó el silbato de la primera locomotora en los ecos de los Black Hills, estaba yo con él en una eminencia. Miró largo espacio de tiempo á la extraña máquina, después se acurrucó en el suelo con la cabeza entre las manos. A las dos horas, cuando volví lo hallé en la misma postura.

—"Ya es viejo Sitting Bull," fué la única respuesta que dió á mis preguntas. "Y quisiera estar ya con sus padres al otro lado de la muerte....."

"Me fué imposible obtener de él una palabra más tarde. Había adivinado que esos dos rieles tendidos en la Pradera hasta perderse de vista, traían á su tribu hasta el último refugio de su independencia, la civilización y por consiguiente su fin ineludible? Así lo creo. Era un gran jefe que no tardó mucho en realizar su deseo. Fué muerto en la sublevación de 1891 y le deseo la tranquilidad más completa "del otro lado de la muerte." Cuando pienso en los indios que conocí allá abajo, me viene desde luego á la imaginación su cara durísima de mandíbula tan larga, y sobre todo, el de una mujer, jóven aún, una Utah á quien encontré con su marido en los alrededores de *Salt Lake City*. Me pidieron tabaco y devoraron mis cigarros, el continente y el contenido. El guerrero estaba descontento con su mujer é iba á

matarla en un lugar oculto. Y de hecho jamás volvió ella á parecer. Aunque entonces ni siquiera sospeché el designio del Ute, me he reprochado siempre no haber proseguido mis exploraciones en su compañía de grado ó por fuerza. Me vino á la imaginación esa idea por una especie de presentimiento. Hubiera yo, sin duda alguna, salvado la vida á esa jovencita. Su figura tristísima, sus ojos grandes y tiernos, resignados anticipadamente, me ha perseguido por muchos años.

.....

Felizmente, semejantes encuentros son muy raros como ya lo he dicho. Si las rivalidades del sexo se unieseu para exasperar la ferocidad de las disputas que ocasionan el juego y la bebida y que siembran de cadáveres los *saloons*, la Pradera se vería en breve despoblada. En revancha, no es rara una tentación: la de las minas de oro ó de plata descubiertas repentinamente en la vecindad. Se sabe la noticia por un pasajero. Al principio no se le dá crédito. Después se confirma. Os acordais de haber hablado con el hombre á quien cayó esta lotería. Buscaba su mina hacía ya largos años. Os burlasteis de él, como todos lo hacían, y he aquí que ahora es millonario. Muchos ejemplos semejantes se presentan á la imaginación y se dice uno:

—"Y por qué razón no ensayaría yo también?... Quién sabe!..., tal vez podré tener la misma suerte...."

"Este es el primer ataque de la fiebre del oro. Sin embargo el trabajo del rancho le lleva á uno á la realidad. Hay caballos y bueyes que deben venderse. Es fuerza galopar millas y más millas. Y el acceso se retira.

"Pocas semanas después, los *cow-boys*, platican en

derredor del fuego. Uno les escucha. Hablan de otro minero que ha descubierto otra veta. Y vuelve uno á encontrarse opreso por el mismo insensato deseo de ir á buscar ese oro que nos rodea, que se oculta aquí y allí, en nuestro derredor, tal vez á nuestros mismos pies.

"Y después de algunos accesos, vuelve la fiebre con mayor violencia. Una mañana cualquiera se toma el revólver, jamón y harina y parte uno atravesando rocas, con la vista en el suelo, con el espíritu, con el corazón, con la voluntad en la tierra dominado, arrastrado, hipnotizado por la palabra mágica que se va repitiendo en los malos pasos, bajo el sol ardiente ó bajo el frío intensísimo del hielo: 'Oro, oro, oro! ...'

"Es una locura contagiosa de la que muy pocos se escapan. A mí también me ha envenenado como á todos. He tomado el apresto del buscador de oro, y he ido. Acababa de encontrar uno de mis vaqueros una mina de plata y de venderla en diez mil *dollars*. Y sucumbí al día siguiente de esa venta! Aun me veo metiéndome en los desfiladeros de la montaña, y escarbando, escarbando sin descanso las piedras, con la mirada, con las manos, con la punta del pico. Las millas sucedían á las millas y las rocas seguían á las rocas. Todo había desaparecido ante el deslumbramiento del oro: la fatiga y el apetito, el sentimiento de mis deberes hácia mi rancho dejado tras de mí y mi dignidad de hombre. Mañana encontraré! Mañana!.... todavía mañana!..... Y durante seis días anduve de ese modo Ese sentimiento había hecho de mí su presa. En la mañana del séptimo día al elevar mi oración, que había desdeñado hacer durante toda esa semana de posesión, Dios me concedió la gracia de abrirme los ojos sobre mi extravío.

Si hablo con esta solemnidad es intencionalmente. He conocido muchas buenas inteligencias, muchas grandes energías que se gastan lamentablemente en el fondo de los desiertos, persiguiendo ese oro, sin que ninguna decepción, sin que ningún razonamiento, sin que ninguna prueba les cure de su hipnotismo.

"Hopkins, uno de esos, me contaba las semanas que había pasado viviendo con jamón frío entre las quebraduras de la roca. La humareda más insignificante daba el alerta á los indios, que batían la pradera en busca de cráneo que desollar. Y no por eso dejaba de seguir, antes y después, su quimérica caza. Cuando yo le conocí, escavaba una mina nueva. Su pozo bajaba ya á treinta piés de profundidad.

—"¡Mina más rica! Aquí abajo hay millones, millones como los de Mackay en la Bonanza..... Me falta capital para desarrollar la veta. Ya escribí á Chicago y van á venir....."

"Pobre viejo Hopkins! Veía sus millones. Los tocaba. Los contaba. Iba á ser rico, muy rico. Tendría gigantes máquinas que molerían el metal día y noche. ¡Cuánto arrobamiento en esa flaca y macilenta cara, que parecía haber tomado los tonos del oro á fuerza de soñar tanto con él, gastada y ahondada por las privaciones y por el sufrimiento, luciendo en medio de ella dos ojos que despedían llamas, dos ojos de creyente y de visionario! El viento del Oeste silbaba á través de la miserable casucha, cuyo techo desunido abrigaba su ensueño. Y yo, que había sido atacado por esa misma fiebre, aunque un sólo momento, tuve piedad de su locura y partí sin causar el menor ruido por temor de volverle á la realidad.

No se descubren con frecuencia minas semejantes

á la Bonanza; recogen al menos los mineros en sus placeres un poco de polvo de oro; y si guardasen sus ganancias como lo hacen los labriegos franceses, envejecerían en la holgura. Mas el Oeste no es el país de las cajas de ahorros y de las fortunas medioeres. Es el de los aventureros, los jugadores y el país del todo ó nada. No bien reunen los gambusinos algunos centenares de *dollars*, apenas reciben los *cow boys* su paga, unos y otros van á derrochar el dinero á la ciudad más próxima, á cincuenta, á doscientas millas.

"Respecto de nosotros, solo una vez al año íbamos á Deadwood, y nos dábamos el lujo de instalarnos en el único palco del Gaiety Theatre. Se estaba poco cómodamente, porque los espectadores de orquesta, por vía de aplauso en los pasajes culminantes, fusilaban las pinturas raras de la escena; así es que yo temía conocer prácticamente la facilidad con que una bala se extravía del blanco. Además, este palco ejercía un atractivo poderoso sobre las horribles bailarinas importadas de Chicago, que nos asesinaban con ojeadas, al propio tiempo que ejecutaban sus piruetas.

Cuando les habíamos arrojado á la escena un número respetable de *dollars*, subían á abrazarnos, según la costumbre, y sobre todo á pedir una botella de una seudo-champaña que costaba treinta francos y no valía veinte sueldos. A menudo, un ranchero chistoso las lazaba á su paso de la escena á nuestro palco, promoviendo una tempestad de aplausos, acompañada de una nueva fusilería, en aquella atmósfera tan cargada de alcohol, que parecía que los cerillos, encendidos para dar fuego á los puros y á las pipas, debían hacer incendiar la sala como si fuese una enorme ponchera.

"Oscilaba, pues, la vida de los mineros entre los placeres de este género y su trabajo de forzados: á lo menos de aquellos que profesan de buena fe su iluminismo.

"Los otros, más inteligentes y más taimados, llegan á la mayor fortuna por procedimientos de ratería tan ingeniosa, que para describirla se necesitarían volúmenes. Yo me limitaré á relatar la aventura de cierto Parker, quien en 1885 vendió una mina en doscientos mil *dollars* al contado á Frissel y Comp., banqueros de una de las grandes ciudades del Oeste. Parker había regado su *placerclaim* en una longitud de dos millas con polvo de oro. Enterró en las arenas más de dos mil *dollars*.

Ningún capital rindió jamás tanto interés. Según el dictamen de dos sabios, hombres graves, llegados expresamente para ello desde Boston, la mina, *mechada* como he dicho, fué reconocida y declarada de incalculable riqueza. Frissel y Comp. se consideraron dichosos en adquirir ese tesoro á cambio del cheque de un millón de francos que Parker pedía. Los sabios volvieron á Boston largamente retribuidos. Parker los recompensó no menos generosamente, porque la opinión de aquellos hombres notables confirmó la existencia del placer. Entre los mineros, los más honrados se contentaron con callar. —"Que se defienda." He aquí la frase que cada uno pronuncia en la Pradera al derredor del desventurado á quien se desvalija.

"Como Frissel y Comp. no se han quejado, probable es que aguarden la oportunidad de vender el caño mechado de oro por el doble ó triple de lo que pagaron, á alguna sociedad que, á su vez, distribuya las acciones á fuerza de reclamo entre los papamoscas europeos. Todo terminará por una bancarro-

ta en la que los débiles se fastidiarán. Esta es la ley de la vida, tal como la conciben los americanos.

"Parker, el admirable bluff, tiene hoy aun más prestigio que fortuna. Es en la actualidad uno de los ciudadanos más influyentes de Imacha. "*So smarta man*" en camino del Senado. Posee en una ciudad nueva cuatro manzanas completas de casas, y ha olvidado sin duda su trapacería tanto como á este condenado francés, Sheffed, que le envió una bala de su colt, 44, al muslo, un día que vomitaba en público contra las mujeres de Francia todas las atrocidades que pretendía haber aprendido en París. De propósito apunté bajo para no matar á mi hombre, que, por su parte, me acarició con una bala la oreja . . .

. . . . . .

Tres meses después, ese tiro me iba á costar caro. Parker que me perdió de vista después de nuestro choque, me encontró un día en las calles de Custer City. Me hizo aprehender inmediatamente bajo la acusación de golpes y heridas. El conocimiento del negocio se lo abocó el juez de paz, un tal Richardson, que casualmente era mi especiero: Le debía más de doscientos *dollars*. Aparte de esto, había yo apoyado su elección. Fuí exculpado por tanto en una sentencia que decía:

"Considerando: que los sentimientos del acusado recibieron una herida más cruel, que la pierna del demandante. . . . . "

"En otras condiciones, hubiera yo debido poner en manos del juez una fuerte suma, para que la partiese con Parker y este me conduce á hablar de lo que domina en todos los negocios y encadena todos los éxitos en el Oeste, tan libre y tan rico: el implacable, el encarnizado combate contra el dinero del extranjero, y en particular, bajo dos formas, que nuestras preocupaciones francesas nos hacen considerar como proteccionistas: las costas y la justicia! En la educación del ganado y de caballos invertía el treinta por ciento de mi tiempo en la Pradera. Buenos agostaderos, tan desiertos como es posible, en donde nuevos patriarcas, dejábamos crecer y multiplicarse innumerables rebaños,—con *cow boys* resueltos que no vacilaban nunca en colgar al abigeo, ni en rechazar por la fuerza á los *grangers* y á los indios—hé aquí lo que nos aseguraría el setenta por ciento de nuestros capitales, si no hubiéramos tenido que combatir contra esas dos sanguijuelas.

"El impuesto sobre el capital forma el principal ingreso de los Estados. Las declaraciones tratan naturalmente de reducirlo y sería difícil contar el número de falsos juramentos prestados cada año, en la primavera en los territorios del Oeste. Después una comisión especial los revisa y rectifica á su antojo las tres cuartas partes de esas manifestaciones. Funda sus decisiones en denuncias anónimas, que son abundantísimas como en todas partes y que se acentúan según sea el color político del contribuyente. Si es correligionario, sus declaraciones se admiten en el acto. Si es adversario, su cuota es duplicada, triplicada, cuadruplicada. Después se trata de aumentar del cinco al diez por ciento del ingreso, á prorrata para cubrir el déficit que existe, el cual es tantas veces mayor cuanto mayor sea el número de tesoreros que se hayan sucedido en la caja del Condado. ¿Qué suerte correrá un extranjero que no esté filiado en ningún partido, sino la de ser degollado por todos? No le queda más que una esperanza: la dificultad que tienen los receptores para enumerar los rebaños. Teníamos en *Fer de Lance* un garañón árabe que era, cuando estaba en medio de su yeguacería,

una verdadera bestia feroz. Habia medio muerto á un inofensivo pasajero que atravesaba la Pradera cerca de su sitio favorito. Estos garañones atacan á dentelladas y coces á las personas que no conocen. El terror que inspiraba este animal, nos preservaba del valúo y les era forzoso á los valuadores conformarse con nuestro dicho.

"Para no ser perjuro pasaba, como he dicho, mis hordas á la reservación india, en la época de la prestación del juramento y no tenía yo que declarar más de un exiguo número de cabezas. No obstante la precaución, nuestros impuestos eran tan considerables que consumían la mitad de las ganancias; porque tres veces, durante mi vida de *cow-boy* desapareció el tesorero del Condado, llevándose la caja y fué preciso pagar nueve por ciento de recargo para equilibrar el presupuesto. Tenía yo razón ó no al afirmar que el fraude en materia de impuesto es en tales casos, defensa legítima?

Los rancheros como es de creer, no lo toman á mal. Recuerdo aún la fisonomía de Tyffe, el tesorero de 188, hoy en la Penitenciaría, cuando el *foreman* de la Compañía Anglo-Americana, vino á declarar solemnemente, después de los rigores de la Estación que no le quedaba más de una vaca lechera. Y la Compañía poseía más de treinta mil cabezas! Es preciso agregar que el mencionado *foreman*, había abusado también esa mañana de los *corpse-reviver's*. Tyffe quedó petrificado de admiración ante semejante audacia. "*What a pluck....*" exclamó, y admitió la estupenda declaración. Después un grueso trago de vino ofrecido por una Compañía rival, le hizo cambiar de opinión y de una plumada aumentó la cuota veinte mil veces, lo que le valió de parte de los *cow-boys*, un simulacro de linchamiento, en que poco faltó para que dejara su asqueroso pellejo de concusionario.

"Hay modo alguno para escudarse contra gente de tal integridad de conciencia? A quien ocurrir? A la justicia? Cada lugarejo del Oeste tiene á lado de sus dos ó tres generales y sus treinta ó cuarenta coroneles un número equivalente de abogados.

"¡Ah, los abogados! el azote de los países en donde la magistratura es por elección. Sentados, con los piés en alto, con el cigarro en la boca, desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche rumian cuantos procesos es posible suponer. No hay un pleito, ni una disputa, ni una sola palabra dicha con viveza, sin que llegue el eco á sus oídos y se precipiten en nuestra busca para ofrecer sus servicios gratuitamente con la perspectiva halagadora de una buena indemnización. Se acepta. Principian los procedimientos. Pronto es tal el embrollo que ya nadie comprende cosa alguna. Y llegado este caso vuestro abogado os dice con las lágrimas en los ojos, con la cara de á palmo, que se ha perdido el negocio. Expone las razones que son exactamente contrarias á las que había argüido para meteros en ese mal paso. Y para convenceros mejor os conduce en secreto á la casa del juez, que confirma lo que el estimable abogado ha dicho. Sin embargo, es aun posible una transacción. Accedeis á ella por salir de ese infierno. Cuesta doscientos, trescientos mil *dollars* en proporción á vuestra fortuna. El total se reparte equitativamente entre los dos abogados y el juez. Ví á un compatriota mío, culpable de haber matado á un baudido que le había disparado primero, no poder obtener la más justa de las absoluciones sino tirando veinte mil *dollars!*

"Se indigna usted, es verdad? Yo también en otra

época me indigué contra esa horrorosa ausencia de honor profesional. Tiene á pesar de todo algunas excepciones, pero tan raras que á fuerza de encontrarlas se acostumbra uno á ella, como á la lluvia en el otoño, como á la nieve en el invierno. En esas cortas poblaciones del Oeste pasa con los magistrados lo mismo que con los médicos y con los dentistas. Referiré aun algunas anécdotas para concluir. Un día volvió Herbert de Omaha á donde había ido para que le limpiaran la dentadura, con la boca llena de agujeritos, que el operador había abierto en sus dientes después de haberle adormecido. Sufrió tanto, que volvió en sí, é hizo que le orificasen esas cavidades, á *diez dollars* cada una!... Uno de mis *cow-boys*, iba de mal en peor á pesar de aplicarse el tratamiento prescrito por un doctor, quien le había diagnosticado una afección del estómago. Tomaba diariamente un papel de unos polvos que nos parecieron sospechosos. Los hicimos analizar y supimos de ese modo que el pretendido remedio tenía por objeto prolongar la indisposición del desgraciado. Había en esa fecha mal gastado más de cien *dollars* que estaban en manos de su envenenador, y que representaban su sueldo de dos meses!...

"Tales abominaciones morales y centenares más que me ahorro referir, son la consecuencia forzosa del formidable conflicto de energías y de ambiciones desencadenadas en la Pradera. Aun cuando sufría yo más que otro alguno por su causa, me daba cuenta de esa necesidad. Cada vez que chocábamos con una barbaridad exagerada, Herbert y yo nos citábamos mútuamente un pintoresco anuncio en que veíamos el símbolo de esa civilización que principiaba. Le habíamos leído en una estación en la época de la huelga de los empleados de ferrocarriles:

"*Passenger, thes lineis ts boy cotted. You'd better buy an insurance ticket, as thes train will be sun by a green engineer...*,— Pasajero, esta línea se halla en el desconcierto. Precaveos, tomando una póliza de seguros de vida, pues el tren será dirigido por un maquinista novicio...."

"Por todas partes encontrábamos en la Pradera la mano del *green engineer* y yo pensaba en la Francia, tan bella, tan pacífica, tan completa, verdadera tierra del amor aun en sus defectos, y á la que basta haber abandonado para apreciar el encanto de vivir en ella; esta misma idea la expresó perfectamente en mi presencia un americano, al preguntarle qué le había sorprendido más en París:

—"Well,"—respondió—"the finish of it...,"—"Lo que esa ciudad posee de tan acabado...,"

"...Y aun no he tornado á mi adorada Francia y ni aun sé si volveré algún día. Donde está la familia está la patria; y hoy la mía se encuentra en esta ciudad del Canadá, á orillas de este vasto lago, tempestuoso como un mar, á donde vine á reparar las pérdidas que causó la última insurrección india al pobre rancho, hoy en ruinas, de *Fer de Lance*.

"Y cosa extraña, al terminar esta confesión, á la que puedo llamar póstuma, puesto que el *cow-boy* Seffield ha muerto á su vez y ha cedido nuevamente el sitio al francés Raymond, me sobrecoge la nostalgia de la Pradera. Conozco ahora cuán profundamente he amado á ese desierto, tan triste, pero lleno de tanto atractivo, para los que han vivido muchos años allí, en plena exhuberancia física, con el revólver en la mano y con la carabina en el arzón de la silla. Tengo ante mí esa silla de *cow-boy* y la miro. Aun me parece oir silbar el viento de las noches que pasaba yo fuera y que murmuraba para mí, palabras misteriosas como en los primeros días del mundo.

Veo la inmensidad de la estepa, cortada aquí y allá por cañones donde se ocultan á medio día las ciervas con sus cervatillos, los tranquilos manantiales donde los pumas vienen á acechar á los delicados, á los frágiles antílopes. Oigo el ruido de los cascos de mi caballo al romper las grandes yerbas secas del Dakota. El viento me trae el vegetal y fresco aroma de las salvias de Wyoming. Ante mí se despliega todo ese vasto país,—país feroz y peligroso, pero país libre en donde, á pesar de todo, he sentido que la vida es menos dolorosa que en parte alguna,—país de las grandes emociones, en donde me sentía tan cerca de la naturaleza, tan cerca de Dios!—Palpo, con mis dedos trémulos, el cuero curtido de esa silla y necesito domar el deseo loco que me asalta de sentarme, como en otras veces, sobre ella, de impulsar á mi noble caballo, con la espuela y de caminar, de caminar más y más léjos hácia el Oeste,—yo, padre de tres niños!....."

.....

VIII

LA EDUCACION

Cuando se ha contemplado una civilización en algunos de sus ejemplares en todo su desarrollo, cuando se ha formado una idea exacta ó inexacta de sus cualidades y de sus defectos, de su valor y de su insuficiencia, falta verificar esa idea con una experiencia establecida al revés, si así puede decirse. Es indispensable ver á esos individuos, ya sean hombres, ya mujeres que se han contemplado entregados á la obra de su madurez, en el estado de formación. O más sencillamente: el estudio de la vida de un pueblo tiene como corolario indispensable el estudio de los procedimientos que emplea en su educación. La naturaleza de la enseñanza que da un país á su juventud es dos veces significativa. Por una parte es reveladora de la concepción que tiene el educador del hombre y por lo mismo del ciudadano y por consiguiente de toda la nación. Y por otra, permite, si no prever, cuando menos sí presentir lo que será el porvenir de esa nación, supuesto que los niños y los adolescentes así educados serán los que á su turno constituyan la patria.

Por ejemplo: sería posible comprender absolutamente á la Inglaterra, sin haber comprendido á Oxford y á la especie de seminario de *gentlemen*, allí establecido hace ya siglos? Os sentais sobre el césped del jardín del *New College*, al pié de las viejas murallas de la ciudad;—en la cerca de Wadham, próxima á la Capilla construida por la Sra. Dorotea, cuya estatua se ve aún, rígida y severa, envuelta en los pliegues de su manto de piedra, al borde del estanque de Worcester, sitio de los debaneos de Inindy, en el magnífico y silencioso parque de St. Jhon. No teneis sino ver á las jóvenes bárbaras, como les llamaba Mater Arnold, pegando al *tenuis* en este cuadrado de una belleza debida toda á los muertos; no teneis sino seguirlos cuando abordan, vestidos de flanela, la canoa en que van para pasar rozando los venerables muros de los antiguos claustros, ó bien, á caballo, al trote, á lo largo de los verdeantes cementerios esparcidos por todas partes en la ciudad.—y todo el porvenir de

Veo la inmensidad de la estepa, cortada aquí y allá por cañones donde se ocultan á medio día las ciervas con sus cervatillos, los tranquilos manantiales donde los pumas vienen á acechar á los delicados, á los frágiles antílopes. Oigo el ruido de los cascos de mi caballo al romper las grandes yerbas secas del Dakota. El viento me trae el vegetal y fresco aroma de las salvias de Wyoming. Ante mí se despliega todo ese vasto país,—país feroz y peligroso, pero país libre en donde, á pesar de todo, he sentido que la vida es menos dolorosa que en parte alguna,—país de las grandes emociones, en donde me sentía tan cerca de la naturaleza, tan cerca de Dios!—Palpo, con mis dedos trémulos, el cuero curtido de esa silla y necesito domar el deseo loco que me asalta de sentarme, como en otras veces, sobre ella, de impulsar á mi noble caballo, con la espuela y de caminar, de caminar más y más léjos hácia el Oeste,—yo, padre de tres niños!....."

.....

VIII

LA EDUCACION

Cuando se ha contemplado una civilización en algunos de sus ejemplares en todo su desarrollo, cuando se ha formado una idea exacta ó inexacta de sus cualidades y de sus defectos, de su valor y de su insuficiencia, falta verificar esa idea con una experiencia establecida al revés, si así puede decirse. Es indispensable ver á esos individuos, ya sean hombres, ya mujeres que se han contemplado entregados á la obra de su madurez, en el estado de formación. O más sencillamente: el estudio de la vida de un pueblo tiene como corolario indispensable el estudio de los procedimientos que emplea en su educación. La naturaleza de la enseñanza que da un país á su juventud es dos veces significativa. Por una parte es reveladora de la concepción que tiene el educador del hombre y por lo mismo del ciudadano y por consiguiente de toda la nación. Y por otra, permite, si no prever, cuando menos sí presentir lo que será el porvenir de esa nación, supuesto que los niños y los adolescentes así educados serán los que á su turno constituyan la patria.

Por ejemplo: sería posible comprender absolutamente á la Inglaterra, sin haber comprendido á Oxford y á la especie de seminario de *gentlemen*, allí establecido hace ya siglos? Os sentais sobre el césped del jardín del *New College*, al pié de las viejas murallas de la ciudad;—en la cerca de Wadham, próxima á la Capilla construida por la Sra. Dorotea, cuya estatua se ve aún, rígida y severa, envuelta en los pliegues de su manto de piedra, al borde del estanque de Worcester, sitio de los debaneos de Inindy, en el magnífico y silencioso parque de St. Jhon. No teneis sino ver á las jóvenes bárbaras, como les llamaba Mater Arnold, pegando al *tenuis* en este cuadrado de una belleza debida toda á los muertos; no teneis sino seguirlos cuando abordan, vestidos de flanela, la canoa en que van para pasar rozando los venerables muros de los antiguos claustros, ó bien, á caballo, al trote, á lo largo de los verdeantes cementerios esparcidos por todas partes en la ciudad.—y todo el porvenir de

esta juventud se os descubre! El chico que tuvo semejantes sensaciones en sus años impresionables, será, no podrá menos que ser lo que son, en efecto, de diez, nueve ingleses, un hombre bien criado y tradicional, capaz de todos los sufrimientos, de todas las audacias físicas y al mismo tiempo, profunda, íntimamente conservador, aún cuando se sienta y se crea radical; respetuoso del pasado, aún cuando en sus más vehementes impulsos de iniciativa, porque ha sentido mucho la dulzura de aquel.

Visitad, en contraposición, un liceo francés, con sus construcciones que dan idea de cuartel, sus prados estrechos y sin horizonte, con la promiscuidad de sus dormitorios, con la desnuda fealdad de los estudios y de las clases. Os hace falta algo más para tener la idea de que el joven alumno, empobrece su fisiología, exaspera su sistema nervioso y olvida la alegría de la espontaneidad. La disciplina, muy poco individual para ser inteligente, no puede sino esclavizarle ó anonadarle. Sale de allí progresista ó refractario, nulo ó revoltoso, entre burgués y anarquista, dos tipos funestos del civilizado que aborta en nulidad impotente ó en corrupción destructora. Tal es el fatal término de un sistema de educación, implantado primero por los convencionales, después por el Imperio, contra la naturaleza y la tradición, y de todas sus obras nefastas, la más nefasta, la más apropósito para sofocar en su nacimiento la energía de nuestra clase media y sus virtudes. Aquí, como en todo el mundo, la educación explica la historia, por la misma razón que explica las costumbres.

Mas no es siempre facil palpar la acción ejercida por toda una sociedad sobre sus escuelas y la que ejercen después estas escuelas sobre esa sociedad. En particular en Estados Unidos el carácter mismo del

país es un obstáculo casi insuperable al definir la educación, pues se encuentra repartida en una extensión de territorio absolutamente desprovista de dirección central. La iniciativa de los Estados, en primer lugar, después las de las ciudades y sobre todas la de los individuos trabajan sin descanso para modificar los innumerables centros de instrucción, que han brotado expontáneamente en esa tierra en donde al parecer, reside una plasticidad de las fuerzas sociales, análoga á la plasticidad de las fuerzas naturales durante la juventud del planeta. Son muchas las probabilidades que hay para que cada casa de educación se construya conforme á un tipo diferente; pues cada educador es un hombre que, con verosimilitud, tiene ideas propias y cada alumno, igualmente, es una personalidad irreducible.

En la época de mi estancia en Newport, recuerdo haber permanecido un día entero sobrecogido ante esta pregunta que me dirigió el negro que me servía en el hotel,—una especie de gigante negro en quien solo había admirado, hasta ese día, la destreza que desplegaba sosteniendo en la palma de la mano invertida, platos llenos con seis ó siete comidas completas.

—"Señor, ¿es cierto—me preguntó—que vais á escribir un libro sobre América?"

—"Tal vez.—le contesté—¿Pero por qué me lo pregunta usted?"

—"Porque desearía tener un ejemplar para estudiarlo este invierno en mi colegio."

Un neo-yorkino á quien referí este diálogo me dijo:

—"Los negros son muy vanidosos y querría hacer creer á usted que sabía leer. Y supuesto que usted colecciona anécdotas sobre estos *señores de color* no

olvide usted esta: La semana pasada viajaba más allá de Chicago Lord B***, que es uno de los más grandes señores de Inglaterra. En una estación, cuyo nombre no recuerdo, se acercó á él uno de los empleados de un carro Pullman, y le dijo:

—"Me aseguran que es usted Lord B***, ¿es cierto?

—"Sí"—respondió el otro.

Entónces el negro preguntó:

—"¿Tendría usted la bondad de darme la mano?"

El gran señor se figuró ver en esta frase una humildad conmovedora, pues tiene un noble corazón y es un filántropo y tendió su mano á ese desgraciado, hijo de un esclavo ó tal vez esclavo manumitido. ¿Y qué hizo el negro? Después de haber estrechado la mano del noble, dijo orgullosamente:

—"Usted sabe bien, Lord B***, que soy un ciudadano americano y llevo propósito de decir á todos mis compatriotas que la aristocracia británica es muy recta. . . ."—"*That the British Aristocracy all right.*"

Mi espiritual interlocutor se equivocaba. No habia sido por jactancia, por lo que me habló de su colegio el mozo del hotel de Newport y de ello tuve la prueba en el curso del invierno, al recibir en una población del Sur, donde supo por los periódicos, que estaba yo, una carta que no me es posible dejar de transcribir en toda su sencillez, tan significativa así me parece:

". . . . Escribo á usted estas líneas para decirle que he logrado entrar al colegio, como era mi deseo. Entré el 1.° de Enero y hasta hoy voy bien en mis estudios.—*I am getting along very nicely with my studies.*—Era mi anhelo seguir un curso completo y regular. No puedo hacerlo, pues necesito sostenerme yo mismo en la escuela, por lo que me conformo con

el curso normal y científico. Aun no sé acertadamente lo que haré el próximo estío. He pensado volver al Hotel de Newport, pero aun no tengo nada decidido. Espero de todos modos un ejemplar del libro que usted escribe, cuando lo haya usted concluido. . . . . "

¿Qué debe pensarse del espíritu de un colegio donde un doméstico de veinte años cumplidos puede sentarse en sus bancas por seis meses entre dos estaciones de servidumbre, sin que este hecho sea considerado como excepcional? ¿Qué debe pensarse de este hombre, qué de lo que pide á la vida, qué de las esperanzas que cambia con sus compañeros, y qué de una sociedad entera donde tales rasgos son cuotidianos? Se mide, una vez más, el abismo que separa al viejo del nuevo mundo. Y con todo, la forma sacramental que tales hábitos ponen en boca de los extranjeros, de: "Como es americano! . . . . " desde el instante que se pronuncia, testifica el reconocimiento de cierto carácter en todas las manifestaciones de ese singular país, por disparatadas que sean.

Esta unidad es la que desearía desprender en el problema tan complexo de la educación y á propósito de algunos grupos de hechos que están netamente circunscritos. Siguiendo el consejo de mis amigos, he escogido como tipos, suficientemente representativos de las escuelas primarias, á las escuelas de Boston—entre las universidades para hombres, *Haward*,—entre las de mujeres, *Wellesley*,—y entre los planteles técnicos, *Westpoint*, que es el Colegio Militar, el *Saint Cyr* de Estados Unidos. La razón de esta preferencia es facil de explicar. Massachusetts ha sido por largos años, algo así como la matriz de la efigie donde ha tomado el alma americana su relieve moral é intelectual, y por lo mismo es más que

probable que el método y que el espíritu de la enseñanza americana sean allí más visibles. Y este es el motivo por qué las escuelas de Boston, la Universidad de Haward y la de Wellesley, aun ignorando como ignoro si son superiores é inferiores á otros miles de escuelas y á centenares de universidades, son, sin duda, las que dan una idea más notable y más perceptible para un pasajero. Por otra parte, Westpoint, sobre otros establecimientos técnicos, tiene la ventaja de que en él se fabrica un producto humano que en todas partes debe ser, con pocas diferencias, el mismo, puesto que en todas partes la guerra es la guerra y el oficial se parece al oficial. La analogía de los resultados que se deben obtener, permite mejor comprender la diferencia de los métodos. Son, pues, estas, si así se quiere, las cuatro grandes mallas del vasto tejido de instrucción extendido sobre este enorme país. Comprendiendo y estudiando cómo están tejidas, podrá el lector juzgar, así de la probable duración, cuanto del valor de la tela. Y si desea detalles más amplios, los hallará en los trabajos, tan llenos de documentos de M. Varigny, en las notas penetrantes que trajo de ultramar la mujer superior que firma con el nombre de Th. Bentzon y por último, en el vistoso volumen de M. Pierre de Coubertin, titulado *Las Universidades Trasatlánticas*.—En particular sobre Westpoint, ha escrito el señor conde Luis de Tourenne, algunas páginas muy interesantes en su obra: *Catorce meses en América del Norte*—repertorio de reseñas sobre Estados Unidos que tiene riqueza y exactitud incomparables.—Yo no pretendo otra cosa que enunciar aquí una hipótesis que se liga á los hechos numerosísimos, reunidos tan escrupulosamente por esos concienzudos y notables observadores.

. . . . Procuremos figurarnos un viajero que no conoce nada absolutamente de América y que desembarca en Boston recomendado á un ciudadano de importancia en la ciudad. Es en los momentos de mayor actividad en esa antigua metrópoli de Estados Unidos y por lo mismo en el invierno. El bostoniano busca al viajero en el hotel y llega en un trineo que se desliza con facilidad sobre el hielo. Su primer acto es conducirlo con justificado orgullo, al parque central llamado *Common*, que ofrece la rara particularidad en Estados Unidos, de datar de tiempos atrás. Existe desde 1636. Después nuestro hombre lleva á su huesped, por entre una red de calles, cuyo entrecruzamiento revela también su relativa vestutez, hacia el *Old state house* que sirvió de teatro al *Boston massaere*,—al museo que posee, junto á una maravillosa colección japonesa, reliquias extrañas: un escaparate completo lleno de calzados entre los que se vé un par de botas que usaba Napoleón en Santa Elena! El bostoniano no olvida ciertamente enseñar en seguida al extranjero el rio *Charles*, desde donde se vé, según dice, el más hermoso sol poniente de América;—el *Athletic Club*, en cuyo subterráneo se extiende una piscina gigantesca alimentada por agua corriente;—*Beacon Street* con sus palacios,—el salón de conciertos donde se ejecuta, en las estaciones, más música sabia que en los Conservatorios de Europa reunidos.

En estas idas y venidas, el viajero ha interrogado á su guía, diversas ocasiones, ya sobre esta, ya sobre aquella construcción que le ha parecido más vasta, más coqueta ó de arquitectura más nueva y más adornada, y el bostoniano cada vez le ha respondido que era una escuela. Sin dar á esto gran importancia, el viajero pregunta cuántas escuelas tiene Bos-

ton, sabiendo ya que todas son públicas y gratuitas, pues su compañero ha insistido sobre estos dos puntos. Sabe, por la respuesta, que llegan á seiscientas siete. Este número no deja de parecerle extraordinario. Debido á esta extrañeza, le conduce al despacho del superintendente encargado de la presidencia de este inmenso arsenal de instrucción. Este personaje se halla ausente, ocupado en alguna de las visitas de inspección que le impone su verdadero ministerio. Pero allí están sus secretarios, naturalmente mujeres, que interrumpen su manipuleo sobre las teclas de la máquina de escribir, para buscar en la biblioteca los diversos volúmenes relativos á los diferentes asuntos de enseñanza, estudios sobre la altura higiénica de las sillas y de las papeleras, reflexiones sobre los procedimientos de instrucción, estadísticas y crítica de los programas y de los exámenes, cuadros de los profesores y de los alumnos, cálculos sobre los fondos que se emplean en unos y en otros.

Cuando vuelve el viajero al hotel perseguido siempre por el número de seiscientos siete escuelas, se entrega á la lectura de esas referencias, en apariencia áridas, y no le es posible interrumpirla. Se apodera de él, el interés de una novela de especie única. Y en efecto, es la noche de una ciudad sedienta de saber, hambrienta de cultura y que quiere que todos sus habitantes sepan, comprendan y se saturen de inteligencia. Es una de las fiebres americanas esa fanática, esa casi enfermiza necesidad de instruirse y ella en sí misma no es sino una forma de la noble y elevada fiebre que devora á toda esa sociedad, que es aún ruda, caótica, informe, muy reciente y nostálgica de civilización.

Para poder medir exactamente ese esfuezo hacia

"más luz" como decía Gaethe moribundo, es necesario descomponer el número de seiscientos siete en números de detalle. Esas escuelas se subdividen en seis grupos proporcionados á las diferentes edades y también á los diferentes programas. Desde luego y en el primer escalón de la escala, si así puede decirse, hay treinta y seis *Kindergarten* que sirve para mil novecientos sesenta niños.—En seguida vienen cuatrocientos ochenta y un escuelas que cuentan veinticinco mil alumnos,—cincuenta y cinco escuelas llamadas de gramática, que tienen más de treinta mil, —diez escuelas de latín ó *hingh schotls*, donde cursan tres mil cuatrocientos escolares,—veinticuatro escuelas especiales, de las que veintidos son nocturnas, donde concurre un público de cinco mil quinientos estudiantes,—y por último una escuela normal destinada á la formación del personal de enseñanza. Este personal alcanza el total de mil seiscientos quince maestros y maestras. Y este número apenas basta para ese inmenso servicio, que significaba para la ciudad en los primeros nueve meses del presente año escolar—1893—un presupuesto de dos millones de *dollars*, es decir, de diez millones de francos. De setenta y tres mil ciento setenta y seis niños ó adolescentes, de más de cinco años y de menos de quince, que hay en Boston, cincuenta y tres mil seiscientos treinta y ocho, recibían en esa fecha y sin tener que desembolsar un céntimo, la instrucción que en esos planteles se dá y que abarca desde los primeros rudimentos hasta la cultura que entre nosotros se reserva para la clase burguesa.

Y sin embargo la ciudad no se dá por satisfecha con ese admirable resultado. De 1889 á 1892, construyó, reglamentó, dotó y abrió, cada una con recursos propios, una nueva escuela de latín, cuatro

escuelas de gramática, siete escuelas primarias, compró terrenos para otras tres y gastó, aparte del presupuesto ordinario, una suma de diez millones de francos en esta tarea de mejoramiento. Y esos progresos no son causa para que el comité que los patentiza deje de formular el programa de nuevas fundaciones para los años venideros. Una sola frase, tomada entro otras muchas, da idea del espíritu que anima á esos infatigables propagadores de instrucción, hablando de la escuela normal el relator escribía con perfecta sencillez:

"Se comprenderá cuan necesario es un ensanche con solo recordar que el presente establecimiento se encuentra justamente en el mismo estado que hace quince años. . . ."

Estos dos renglones escapados de una pluma oficial expresan, mejor que pudiera hacerlo comentario alguno, lo que significan en boca de los americanos estas dos palabras: *reciente*, *antiguo*.

En esa situación cerrais el grueso volumen documentario y bajo los minuciosos, pero indiscutibles detalles de sus estadísticas percibís un grande hecho social que no concordaría con tanta exactitud con los hechos que han sido observados directamente por uno mismo si no fuese exacto, y es á saber: la vitalidad profundísima del sentimiento cívico en Estados Unidos. La prodigalidad de esos millones no reconoce otro principio. Traduce la convicción, aferrada en lo más íntimo de los ciudadanos, de que no debe economizar cosa alguna la comunidad para proporcionar á todos sus miembros la ocasión de desarrollar todos los dones que se han recibido al nacer. Y cuál comunidad? No la de toda América—el gobierno que tiene asiento en Washington nada tiene que ver con esos gastos.—Tampoco el Estado á que

pertenece la ciudad. si no esta ciudad misma, esta ciudad que el adolescente con sus ojos, á quien puede figurarse como un sér, á la que está ligado por los lazos de la carne y de la sangre. Por tanto los beneficios de esa educación no son para el adolescente un don anónimo, un don cuyo beneficio ignore á quién debe agradecer. Los estudios que sigue no están dirigidos por un consejo superior y lejano, compuesto de funcionarios á quienes nunca ve. Ve y conoce, no solo á los administradores de ese gran sistema de instrucción municipal, sí que también á los generosos donadores que á las contribuciones públicas agregan sin descanso contribuciones privadas. Todas esas influencias directas concurren á desenvolver, á exaltar en él ese mismo sentimiento cívico que conduce á sus mayores á prestarle apoyo, á ayudarle en la obra de su cultura, de modo que una vez que llega á ser mayor de edad y rico su constante afán será ayudar, apoyar á su turno á sus cadetes pobres.

Aquí, como en la Francia de la edad media, como en la Italia del renacimiento, la potente vida municipal produce naturalmente las grandes virtudes municipales, y las produce—carácter que está en conformidad con las costumbres tan violentamente ecualitarias de este país,—así en la mujer como en el hombre. En la totalidad de esta obra de las escuelas es curioso hacer constar hasta qué grado rivaliza la ciudadana con el ciudadano en iniciativa y en generosidad. Tomemos únicamente para ello dos ó tres hechos entre los más típicos: en 1884 una dama de Boston, M. Cuincy A. Shaw sometía por sí misma á la ciudad su proyecto de abrir en las escuelas algunos talleres de *manual training*, de educación manual. Según su ideal, quería que se planteasen para las jóvenes, cursos de cocina, de economía del hogar

y de la casa y de lencería,—de imprenta, de ebanistería y de zapatería para los jóvenes. Gastó en esta obra desde el año 1884, según dice la noticia estadística, una suma de medio millón de *dollars*.

Bajo el impulso de esta buena voluntad enteramente privada, se abrieron en 1885 dos escuelas de cocina recibiendo cada una ciento cincuenta alumnas y como en esos momentos M. Guincy A. Shaw estaba ocupada en los *Kindesgarten*, se encargaron de proseguir esas dos tentativas, otras dos damas de Boston,—"las primeras," dice el informe con orgullo inspirado por el patriotismo local, "que fueron establecidas en América." En 1886 se abría una tercera escuela de cocina, bajo iguales condiciones. Pero después, la ciudad se hizo cargo de unas y otras y desde entonces esas señoras se dedicaron á buscar otra empresa para servirla con su energía, su tiempo y su dinero. La comisión juzgó esa experiencia concluyente y tomó para sí el cuidado de continuarla en nombre de la comunidad, apoyándose en razones que merecen citarse, pues también llevan el sello de ese civismo tan ardiente á la vez que tan razonado. Después de señalar todas las ventajas que puede procurar el arte de la cocina á la joven pobre cuanto á la joven acomodada—por tornarse aquella en mujer capaz de mejorar el interior de su casa, y esta de mejor dirigir á sus criados,—el informe ensancha la cuestión y hablando del papel que desempeña en la educación la enseñanza manual, termina diciendo:

"Sirve esta enseñanza para combatir uno de los mayores peligros que amenazan á la nación: la dispareidad excesiva entre el rico y el pobre; pues esta dispareidad proviene, con frecuencia, del desprecio que muchas personas acomodadas tienen por aquellas que trabajan con sus manos. Es una concepción falsa y no tendrá ni tiempo de nacer si el niño se educa en el trabajo con utensilios y bajo la dirección de un maestro ó de una maestra vestidos con el traje obrero, á lado de camaradas que también ya sean ricos, ya pobres, manejen indistintamente los mismos utensilios.... De ese modo nacerá un *higher citizenship*...."

Este civismo más elevado,—apenas es traducible el término, tan poco así tienen de ello nuestros países centralizados,—esa necesidad de amar y de hacer amar á su país, ese orgullo por el lugar natal, y ese cuidado de mejorarlo siempre, es el secreto de esas generosidades en lo concerniente á la educación, que en ocasiones alcanzan proporciones realmente fantásticas. Se cita el nombre de un ciudadano de Illinois que dió de un golpe á la Universidad de Chicago, seiscientos mil *dollars* á condición de que hubiese otras personas que completaran el millón. Los cuatrocientos mil dollars que faltaban fueron suscritos el mismo día. Así pues un capital de cinco millones de francos fué reunido en solo un día, cuyo capital aumentó hasta duplicarlo por su propia cuenta el primer donador, ó sean otros diez millones de francos! Según dijo á un periodista, quiso asegurar á su ciudad un *standard* de instrucción superior. Esa expresión americana, que hace juego con el *record*, no es tampoco fácil de traducir. El *standard*, es el valor de una marca de fábrica, es la muestra, el tipo por el que se miden las cualidades de un producto. Aquí encontrais aplicado á las producciones del espíritu, de la literatura y de la ciencia lo que constituye el fondo mismo de esa democracia traficante, la estimación por comparación que también expresan esas gentes por el verbo *to beat*—batir—que usan en

todas ocasiones. De un hotel y de un paisaje, de un hermoso libro y de cierta marca de Champagne, de un gran artista y de una empresa trasatlántica, dicen indiferentemente que es: *"beats every thing in the world."* Ese amor propio, que calificamos de aniñado, es tal vez la condición de la sorprendente vitalidad de los centros locales de que está formada la vitalidad de todo el país. Shakespeare en alguna parte habla de esos hombres en quienes cada pulgada es un hombre. La América es una patria en donde cada ciudad es una patria, una república de la que cada población es también una república, un cuerpo inmenso del que cada pueblo es un cuerpo también. Por mil signos distintos se comprende la energía de la célula municipal. Se la siente, se la toca con el dedo, cuando se estudian los procedimientos de la instrucción.

Sentado que la escuela es una creación enteramente local, fundada por completo sobre buenas voluntades individuales, sus métodos de enseñanza deben estar igualmente penetrados, no de teorías abstractas ó de convención, sino de las necesidades mismas de la ciudad, de su vida ambiente é inmediata. Una visita rápida basta al viajero para convencerse de que aquí, en efecto, la educación está precisa y sistemáticamente organizada para adaptar al individuo al medio en que debe obrar. Aquí la enseñanza está dada por hombres y por mujeres, sobre todo por mujeres. Estas animosas criaturas ganan poco más ó menos, novecientos *dollars* anualmente. En su mayoría son solteras. Aunque están en contacto permanente con los profesores, los "casos escandalosos" como aquí se dice, son en extremo raros. Esas preceptoras, son, ante todas cosas, *personas morales*. Con este sentimiento de su responsabilidad ganan

ejerciendo como una influencia de atmósfera sobre los niños y los adolescentes á quienes dirigen. En ello, puede tal vez reconocerse una de las razones que inducen á los americanos á rodear á la mujer de particular respeto. Para ellos, este sentimiento se mezcla al recuerdo de las impresiones más delicadas y más fuertes de su adolescencia.

Es necesario ver á esas maestras de escuela, cuya mayor parte son bonitas, dirigiendo sus clases, sobre todo en las escuelas primarias, donde niños y niñas de diez á doce años están sentados unos á lado de otros. Procede principalmente por medio de preguntas, pero generales, y á las que los alumnos solicitan responder, levantando la mano. La maestra elige, después cambia la pregunta y va en busca de aquel ó de aquella que se ha quedado atrás. Este método es muy sencillo, muy vivo y muy cordial. La variedad extremada de ejercicios que no duran más de media hora no permite la fatiga.

En estas lecciones de principiantes, como también en las de gramática, el carácter que más sorprende á un francés de la clase media educado en el colegio, es el empleo constante del método concreto y positivo. En esta enseñanza, el moldeo de la tierra arcillosa hace considerable papel. En casi cada uno de los salones de las escuelas por donde se pasa, se ve todo un museo de objetos petrificados de esa manera por los niños de ambos sexos, quienes siguen á la visita con curiosa mirada;— objetos humildísimos modelados á semejanza de la humilde realidad que les rodea: una zanahoria, un pan, un bizcocho, una mariposa, una flor. Los unos se disponen á trabajar sobre la lección puesta, y les es preciso dibujar y describir una papa colocada á lado suyo. Los otros se dedican á copiar follajes. Deben reconocer el ár-

bol y dar detalles positivos sobre él. Los de más allá acaban de terminar obras de madera, bastante complicadas, según los modelos que se han trazado con gis sobre el pizarrón: papeleras, cajas, piezas recortadas que podían ya ser ajustadas á cualquiera máquina. En todos esos detalles se reconoce el mismo principio: ajustar al unísono la pupila, el espíritu y la mano, educar al niño á mirar con exactitud y á arreglar su pensamiento y su movimiento á esta mirada.

Ante semejante educación se explican mejor ciertas particularidades de la inteligencia americana; su falta casi total de ideas abstractas y su admirable poder para conocer la realidad y para manejarla, en el dominio de la mecánica, del mismo modo que en el de los negocios. Se trata, con ella, de poner constante, infatigablemente, á esos espíritus que despiertan ante el *hecho*, de adiestrarlos á someterse á él y al someterse de poderlo mandar. Los mismos maestros poseen esa preocupación del *hecho*, hasta el grado más elevado. Son prueba evidente de ello los ejercicios que escogen. De este modo he visto, en una clase bastante avanzada, á los escolares de ambos sexos, ocupados en responder por medio de una obligación escrita á una petición de empleados, que apareció en un periódico. Cuando sean mayores, tendrán que formular peticiones parecidas. Eso es un hecho y ante él se inclina la educación. Tendrán que escribir cartas relativas á viajes, y hé aquí que á causa de esto toda una clase compuesta de niñas de trece años trata de este asunto. una vuelta por Europa, *a trip to Europe*.

Leí dos de las copias que se dispone á corregir la maestra. La primera es de una niña que nunca ha ido allá abajo. Es una página árida y muy pobre en

la que, sin embargo, revela un cuidado meticuloso por la exactitud. La niña da el nombre del buque en que hizo su viaje, y ese buque existe realmente. Indica el día de la partida, la duración de la travesía, el número de millas recorridas en veinticuatro horas, el nombre de un hotel de Liverpool y el de uno de Lóndres, y todos esos detalles son precisos, son reales. Oyó á sus parientes ó á sus amigos referirlos y los ha retenido. La segunda niña que presentó la otra obligación, ha hecho el viaje. Todo ha observado su atención y todo ha conservado su memoria, en lo relativo á los detalles cuotidianos: los incidentes de á bordo y la lista de las comidas, la conversación de su madre y la de la sirvienta de los camarotes. En Lóndres notó la pequeñez de las casas, en Paris su aire de *refined gaiety*, de alegría refinada. Todo contado sin fraseología y en algunos trozos, dialogado con bastante naturalidad. Tuve la impresión de palpar en su origen ese talento de escribir con conciencia y con verdad que en América, más aun que en Inglaterra, ha producido un enorme cúmulo de literatura femenina. Aquí todo se sujeta á la observación de la marcha cuotidiana de las cosas. Dentro de quince ó veinte años esta niñita irá hasta el polo ó hasta Egipto y su diario de viaje se publicará en cualquier *magazin*, á menos que no emprenda escribir una monografía de arte, de historia, de ciencia ó de literatura, ó que no ensaye la *short story*, ese corto bosquejo de costumbres, lleno de sensación, bajo la forma de cuento y que es ciertamente el punto en que sobresale la literatura americana.

Al volver de esas visitas, es cuando conviene tomar las referencias de la comisión, para hojearlas, en esta vez con el recuerdo de esos niños y niñas de fisonomía decidida y nerviosa, de esos maestros y

maestras de modales familiares y vivos, de esos salones de trabajo tan bien iluminados y tan sabiamente dispuestos, de esos laboratorios colmados, y por último, de todo ese pequeño mundo escolar en donde no existe cosa alguna que evoque el recuerdo del cuartel ó de la violencia. Acaba por esclarecerse el sistema entero de esta enseñanza, con la lectura de la parte intitulada *Examinations papers*. Es una lista que se prolonga en páginas y más páginas, de las cuestiones propuestas á los educandos en los exámenes escritos ú orales. No hay uno solo, entre los más modestos, así como entre los más elevados, que no tenga por objeto situar el espíritu del niño en su medio de acción positiva y ligarle á él con lazo eficaz y sólido. ¿Se trata de ortografía? Pues las frases más insignificantes del menor dictado encierran hechos de la vida doméstica, ó consejos de utilidad positiva:

—"*While I remain in the country thes summer my time will be ocupied in active recreation.....—John, come here. Did you hear me quoting the old saying: a stitch in time saves nine.....*—Lo que mejor podré hacer en el campo, será emplear mi tiempo en una recreación activa....—Juan, ven acá. Me has oido citar el antiguo proverbio: "Remienda tu sayo y te durará un año...."

¿Es de composición de lo que se trata? Hé aquí algunos de los asuntos que se proponen:

"Se solicita una jóven para un taller de fotografía. Se exigen talento práctico y artístico, así como también buenas recomendaciones. Dirección: 154 Fremont Street. Cuarto 15. Boston, Mass.....—Escribid una carta como la que escribirías si tuvieseis necesidad de obtener ese empleo."—"Escribir una carta á un conocido que no haya pisado nunca esta escuela, describiendo el patio, la casa, el cuarto que se habita...."—"Escribir á un amigo para darle consejos sobre su salud, diciéndole todo lo que se ha aprendido sobre los cuidados que deben darse al cuerpo...."

En asuntos de geografía, hé aquí la manera cómo se adiestra á estos niños para sus futuros viajes:

—"Se sale del Cabo Ann para Cork con un cargamento. ¿Cuáles serán las mercancías que deban escogerse para ir y cuáles para regresar?...."—Hacer una excursión de San Francisco á Paris. Señalar el itinerario. ¿Cuáles serían los artículos que debieran traerse?...."

Y de aquí nacen interrogaciones infinitas sobre los climas, sobre los productos vegetales y minerales y sobre la repartición de las industrias.

¿Se trata de matemáticas? El cálculo mental ocupa el primer lugar, entiéndase bien, y todos los problemas se refieren á operaciones de compra y de venta.

¿Se trata de historia? Todos los interrogatorios giran en derredor de los anales de la gran República y sobre todo de la misma Inglaterra.

—"¿Cuándo y por quién fué fundado Boston? ¿Qué cosa es el arbol de la libertad, qué la destrucción de Boston, cuál el asunto del té en Boston?.... Describir una ciudad de *New England* en la época colonial y un domingo en la mañana.... Hacer una relación del desembarque en la bahía de Massachussets y una descripción breve de las gentes que condujeron á esta primera colonia....."

Es manifiesto que el escolar á quien se prepara sobre todos esos puntos, se educa con el fin de que llegue á ser un hombre de negocios en una democracia, y si es posible, en una ciudad especial de esta democracia. Los ciudadanos que dirigen este vasto

organismo de instrucción cívica, notan sin embargo, que en estos programas se concede muy poco lugar al obrero. Su informe bosqueja el proyecto de una nueva escuela destinada á las artes mecánicas, pero más completa que ninguna otra. Se denominará, ya se llama sin duda, en estos momentos, "Mechanical high school." Su programa se resume en esta frase que trascribo textualmente:

—"En Boston y por primera vez, el niño que desee ingresar á la industria tendrá, para iniciarse en ella, y á expensas del público, las mismas oportunidades proporcionadas desde hace tanto tiempo, á los que piensan dedicarse á los negocios ó á cualquiera otra existencia profesional....."

Llegados á este punto, parece ser que estas gentes habrán alcanzado su ideal que puede resumirse en esta frase: *la completa identidad de la educación y de la vida.*

Este mismo ideal se vislumbra á la primera mirada que se dirige sobre una Universidad. He tomado como tipo la de Harvard, precisamente, porque siendo la más antigua, parece como que manifiesta mejor las tendencias duraderas del espíritu americano. Y desde luego, su sola historia demuestra hasta qué punto la fé en la iniciativa privada y en la vitalidad local, es con certeza un rasgo esencial de este espíritu. Es el cuadro de una constante lucha para una autonomía de más en más completa. Sería curioso poner la historia de una vieja Universidad francesa, la de Paris, la de Montpellier y la de Tolosa, frente por frente de esas, para apreciar el grado de divergencia de una y de otras democracias. Entre nosotros se ha cumplido un trabajo contrario, la entrada de instituciones antes independientes y poderosas, á la administración central, convirtiéndose el servicio de la enseñanza superior, en un servicio del Estado. Cuando se trató hace algunos años de volver á esas *Universidades*, absorbidas por la *Universidad*, algo así como una existencia independiente, uno de los elocuentes oradores del partido republicano, M. Challemel-Lacour, sostuvo, apoyado por nuestro Senado, republicano como él, que semejante medida se dirigía en contra de toda la obra de la Revolución. Su jacobinismo veía perfectamente y ningún argumento prueba mejor la miseria y la tiranía de esa obra del 89, esencialmente hostil á toda libertad y asesina de toda energía viva.

La elevada enseñanza americana ha comenzado tal y como termina la nuestra. Cuando en 1636 la Universidad de Harvard—entonces de Cambridge—fué fundada, la Corte general de la Colonia de los Massachussets, es decir, el Estado, fué quien la estableció por una votación. Esta misma Corte y por tanto el Estado, se reservaba su vigilancia. Los *overseers* ó vigilantes, eran de derecho, en esa fecha, el gobernador de la colonia y los magistrados de su jurisdicción. Tenían plenos poderes para administrar los bienes del colegio. Pero unas cuantas palabras escritas en este decreto indicaban ya el porvenir de la Universidad:

—"Estos bienes, decía, comprenden los regalos, los legados, los donativos....."

Ya preveían los fundadores que el principal adyuvante de su establecimiento sería el concurso de los particulares y desde 1638, un *clergyman* no conformista, llamado John Harvard, que fué por esto padrino del colegio, inauguraba la serie de las munificencias, gracias á las que posee hoy la Universidad, un capital de doce millones de *dollars*—ó de setenta millones de francos.

El derecho de heredar ó de poseer tiene como corolario inevitable el derecho de administrar á nuestro antojo lo que se posee. Debido á esto, los ciento cincuenta primeros años de la existencia de Harvard están llenos por los esfuerzos del presidente y de los profesores ó *fellows*, para conquistar este segundo derecho. Hasta 1814 fué cuando lo obtuvieron, pero siempre con el contrapeso de los *overseers*. Lo que faltaba conseguir era que éstos se incorporasen á la Universidad.

Es curioso seguir este trabajo en estos ochenta años. Se comenzó por modificar la ley de nominación de estos vigilantes. De este modo se convirtieron en un cuerpo independiente que se reclutaba por sí mismo. Esta independencia era garante de una especie de autonomía. En seguida se decretó que el Estado de Massachussets no tendría ya el derecho de modificar los Estatutos de la Universidad sin el asentimiento de los *overseers* y de la corporación reunidos. Se dió un nuevo paso hacia adelante en 1843. El decreto de 1810 traía la cláusula de que la comisión de vigilancia debía contar entre sus miembros á quince *clergymans*, quienes deberían ser *congregacionalistas*. Después se decidió que estos *clergymans* podían ser tomados indistintamente de cualquiera secta y luego en 1851, que la comisión podía privarse enteramente de *clergymans*. En 1854 fué propuesta una ley más amplia y confiaba el derecho de elegir esta comisión de vigilancia á todos los antiguos alumnos titulados de Harvard. No se aceptó, sino hasta 1863. Entonces aun traía esta restricción: que los *overseers* así nombrados debían habitar los Massachussets. Esta cláusula restrictiva fué abolida en 1880, como un último vestigio de la ingerencia abusiva del Estado.

Hoy, dueña de sus fondos, que administra á su antojo, dueña de su enseñanza que distribuye á su gusto, nombrando por sí misma sus vigilantes, por sí misma también sus profesores, esta Universidad, que empezó siendo dos veces oficial, puesto que dependía del Gobierno y de la Iglesia, no tiene ahora que contar sino con sus propios miembros. Es libre en el sentido más profundo, en el más íntimo de esta palabra y la estadística está allí para demostrar que á este aumento de iniciativa corresponde un aumento de fuerza vital. El número de estudiantes, que era de mil ciento doce en 1870, es en 1893 de dos mil novecientos sesenta y seis. Los profesores eran cuarenta y uno. Hoy son ochenta y seis. Los repetidores ó *teachers* eran ochenta y uno, ahora son doscientos noventa y cuatro. Los socorros repartidos entre estudiantes pobres ascendían á veinticinco mil *dollars*. Hoy suben á ochenta y nueve mil. Había en la biblioteca ciento ochenta y cuatro mil volúmenes. Ahora cuenta con cuatrocientos doce mil. Tradúzcanse estos números en realidades concretas. Testifican que en los últimos quince ó veinte años en que se cortó el último hilo que ataba al Estado y á esta Universidad, se ha duplicado la afluencia de la vida en este organismo, los inspectores han sido más activos, los profesores más diligentes y los alumnos más solícitos. Que mañana sean nuestras Facultades francesas dueñas en su casa, no nominal sino absolutamente y sin ministro ni inspector ni consejo que las subordine, que hereden y posean, que su enseñanza se modifique á gusto de sus profesores según las necesidades de cada región, que los maestros reclutados por sí mismos estén realmente en su casa y que también lo estén los alumnos y que á la vez las grandes escuelas centrales se supriman para dejar á las universidades su pleno alcance de influencia; y

las mismas causas producirán los mismos efectos y la vida intelectual de nuestra provincia despertará de un golpe. Pero, ¡ay! no es en ese ssntido en el que andamos.

La Universidad de Harvard está compuesta de un colegio propiamente dicho, de una escuela de ciencia, de una escuela de graduados y de seis escuelas profesionales. Dos de ellas residen en Cambrigde, como el colegio mismo. Son la de derecho y la de teología. Las otra cuatro, la de medicina, el Instituto dental, el Instituto veterinario y el Instituto agrícola están en Boston. Los estudiantes que están inscritos al colegio, componen próximamente los dos tercios del número total. Es, pues, á la vida del colegio, á la que es preciso procurar representarse para comprender el alma de Harvard, y al tipo social elaborado durante los cuatro años del curso completo, un año de *freshman*, uno de *sophomore*, uno de *junior* y uno de *senior*. Estos son los nombres que toma el estudiante cada doce meses y que por sí solos se explican.

La igualdad y la actividad—la igualdad sobre todo, hé ahí el rasgo esencial que se nota después de una primera mirada dirigida sobre la existencia que llevan esos jóvenes en esos cuatro años. Si se han propuesto los Ingleses en Oxford hacer vivir á los jóvenes nobles con el objeto de crear el tipo complexo del *gentleman*, los americanos parece que se han propuesto hacer vivir unidos á los niños pobres con los ricos con el objeto de abolir ó aun de prevenir la preocupación contra el trabajo mercenario que es, en efecto, el principio más destructor de la democracia. Para hacer tocar con el dedo ese matiz, desearía trascribir una carta citada por el secretario de la Universidad, M. Frank Dolles, la que por sí sola

iniciará al lector, mejor que pudieran hacerlo todos los análisis, en las condiciones bajo las cuales los jóvenes *Harvardmen* siguen sus estudios. Es un informe documentado año por año y cifra por cifra de los procedimientos empleados por un alumno pobre para sostenerse en el colegio. Por ella se vería que el presupuesto de un estudiante es muy alto, sobre todo, para una ciudad relativamente pequeña, como lo es Cambrigde. Pero hé aquí una de las características del americano. Colocado en la alternativa de disminuir sus gastos ó de aumentar su trabajo, prefiere siempre aumentar su trabajo.

El estudiante pobre, cuya confesión refiere M. Dolles, fija en trescientos ochenta y un *dollars*, es decir, poco más ó ménos, en dos mil francos, sus gastos de *freshman*, en trescientos sesenta y un *dollars* los de *sophomoro*, en trescientos noventa y cinco los de *junior* y en cuatrocientos sesenta y dos los de *senior*. Ahora bien, había entrado á Harvard con ciento quince francos de deudas. Debía, pues, en esos cuatro años, ganar dinero, mucho dinero, á la vez que seguir sus estudios.

El detalle de los procedimientos que empleó es muy significativo. "Hizo" trescientos cincuenta y seis *dollars* como *freshman*, que se descomponen de este modo: un premio de doscientos cincuenta *dollars*, un préstamo de quince *dollars* sobre su reloj, setenta y un *dollars* ganados copiando en una máquina de escribir trabajos para sus camaradas, ocho *dollars* por la venta de algunos libros y dos *dollars* por repeticiones.

Como *sophomoro* empleó los mismos medios, salvo que se decidió, vista la exigüidad del premio obtenido ese año, á servir la mesa. Las funciones de mozo de fonda le produjeron treinta y ocho *dollars*.—En-

tre paréntesis, este no es un hecho aislado y muchos estudiantes de Harvard se proporcionan de este modo, en particular durante las vacaciones, el corto aumento de recursos que necesitan.—Este, á quien se hace referencia, en ese segundo año asoció á esa tarea la de preparar cerebros de carnero para los cursos del profesor William James, el gran psicólogo.

El tercer año, el de *Junior*, parece que fué para él mucho más facil. Las repeticiones le produjeron más, pues le aportaron ciento veinte *dollars*. Pudo emprender negocios de librería que le sacaron á flote. Un premio considerable en el cuarto año, acabó por quitarle de penas y salió del colegio, una vez terminados sus estudios, después de haberse sostenido por si solo y de haber ahorrado una pequeña suma de dinero.

Ese es un cumplido ejemplar del perfecto estudiante americano y M. Dolles tiene razón de deducir á consecuencia de esta carta: que un joven que ha podido vivir de ese modo tiene certeza del éxito en cualquier oficio y cuenta entre las posibilidades de hacer carrera: con el servicio en caminos de fierro, el periodismo, la librería, la vida política y la enseñanza. La elasticidad de este programa para el porvenir está enteramente conforme con las costumbres de un país donde el hombre considera como muy natural cambiar de profesión á los cuarenta, á los cincuenta y á los sesenta años. Una consecuencia de esta facilidad para enhebrar la vida en las más contradictorias direcciones, es que la "ratería," empleando esta palabra vil, liviana y miserable como la misma cosa que representa, no se encuentra en Estados Unidos. Los estudiantes que sirven á sus camaradas con la servilleta sobre el brazo y con el plato en la mano y que, á poco rato, se sientan sobre los mismos bancos que

estos camaradas, siguen los mismos cursos y pasan por los mismos exámenes, si así puede decirse, han tomado y han dado una *lección de suerte*. Saben y demuestran que el hombre enérgico, todo lo acepta y de todo triunfa, á condición de que lo quiera, Y esa lección no deben olvidarla ni unos ni otros.

Semejantes cartas, representan algo así como el dibujo, exacto pero frío, de una existencia. Para darle colorido, para avivar los detalles, precisos pero abstractos en imágenes vivas, es necesario ir al mismo Cambridge y ver palpablemente el cuadro donde semejante destino es posible y aun normal. Ninguna excursión es más facil. Centenares de tranvías eléctricas hacen desde Boston el servicio durante el día y la noche. Así se pasa el ancho río Charles, y después, poco más ó menos dos millas de camino á cuyos lados el país está lleno de casitas de madera con balcones donde el eterno *rochingchair* espera el reposo enervado del americano.

El carro vá lleno de jóvenes de ambos sexos. Entre las mujeres no hay una sola que en este conjunto que representa un pueblo de estudiantes, dé la idea de ser una mujer facil. La griseta á medias, esa amante medio venal, medio sentimental, tal cual abunda en las banquetas del barrio Latino, aquí no existe. El tipo que se encuentra con mayor frecuencia es el de la jovencita de diez y ocho á veinticinco años delgadita y delicada, con enormes cabellos rojos, de rostro fino, amarillo á causa de las pecas, de pupilas claras y con no sé qué enervamiento amargo en la sonrisa, que revela mucho trabajo, mucha tensión, grandes esfuerzos, pero no propios sino de la raza, de una ascendencia dilatada que se mira tras de ella. Los dientes perfectamente cuidados asoman blanquisimos por entre los labios entreabiertos cuyos ángulos

están caídos. La voz ronca y algo nasal. El cuello delgado, hace sospechar un cuerpo delgado también y del que se adivina la delicada anatomía,—pues es la estación de invierno—bajo su paletot cruzado, bajo la chaqueta de punto, las enaguas de lana y las *combinaciones*. El todo se asienta sobre zapatos de caoutchouc, todo envuelto de caoutchouc y despidiendo el olor de la fábrica y del waberproof.

¿A dónde va esa niña? ¿Es acaso una estudiante de *annexe*, de la parte de la Universidad reservada para las mujeres? Es una modista que va á su taller, un empleado que se dirige á su almacén, una doctor que va á ver á un enfermo, una sonámbula que tiene que dar una sesión á domicilio ó una actríz que sale de un ensayo? Puede esta criatura adaptarse á todos los medios, ejercer todos los oficios, excepto el de vendedora de amor y los jóvenes que están sentados á su lado ó frente á ella, sus libros, sus raquetas ó los patines que lleva suspendidos en el brazo, según las circunstancias, se hallan también preparados para todas las audacias, pero menos para una aventura galante. Se me asegura que algunos practican en Boston el libertinaje nocturno. Es muy posible. Pero en tal caso ese libertinaje es verdaderamente libertino, es un fondo de existencia tan brutal, tan distinto del resto de la vida que en él se degrada el joven pero no se corrompe. Y es considerable la diferencia. El falso matrimonio del estudiante parisiense, con su cohabitación diurna y su sueño romancesco revela costumbres más refinadas y que tienen peligros, muy distintos de aquel, para la buena higiene del porvenir.

Era delicioso el aspecto de Cambridge en esos días de invierno, visto como la ví cuando llegué, conducido por el deslizamiento del banal y rápido coche.

Los inmensos edificios rojos de la Universidad se destacaban más rojos aún sobre la blanca nieve. Las casitas de madera, en su mayoría habitadas por los profesores, adquirían una dulce fisonomía de intimidad, con su color plomizo, cual si fuesen neutras, entre la blancura del suelo y el rojo de los departamentos destinados á las bibliotecas, á habitación de los alumnos y á los museos. Se perfilaban los negros abetos sobre el cielo azul nevado, confundidos con los ramajes desnudos de otros árboles, frágil armadura helada donde piaban gorriones. Rayas purpúreas brillaban sobre otros arbustos formando la alegría de esa espesura, de ese apacible paisaje de estudios.

En las banquetas de madera, limpias de nieve, pasan estudiantes con vestidos sencillos, llevando en el ángulo de la boca la pipa de madera corta y de forma especial en Harvard. Van donde quieren y hacen lo que les dá la gana. Más independientes aún que sus contemporáneos de Oxford, ni aun consienten la obligación de entrar á hora fija; que es la primera servidumbre de un Balliol ó de un Christ-Church. La otra servidumbre es la necesidad de estar presentes en la mesa. Los jóvenes de Harvard tampoco tienen impuesta necesidad. No están enclaustrados, como los ingleses, en una especie de convento laico que participa del claustro y del gimnasio. Los departamentos donde habitan en las construcciones diseminadas en los alrededores del *Memorial hall* no están sometidas á ninguna vigilancia. Viven en ellas como vivirían en el hotel, sin dar á nadie cuenta de sus acciones ni de sus ademanes.

Hay gran diversidad en el lujo de esos departamentos, así como en sus precios. Con frecuencia viven en ellos dos locatarios. Una de las piezas les sirve de salón de estudio y otras dos, que son gabi-

netes pequeñísimos, de cuartos de dormir. Dos escritorios, dos bibliotecas, dos instalaciones dividen este salón común en dos distintos dominios. Los inevitables *rocking-chairs* se hallan en todas partes, y en todas partes también se vé, en el reborde interior de las ventanas de guillotina, un colchoncito con cojines, en el que se acuestan para leer, para fumar, para contemplar el panorama. Están suspendidas en las paredes medallas de clubs y fotografías que manifiestan los gustos predilectos del dueño de la habitación; ya son Compañías de *foot ball*, equipajes de yacht, escenas de teatro, vistas de Europa, de Egipto ó de la Tierra Santa. Casi todos ellos han ido *abroad* y los demás van á ir pronto.

En las habitaciones que se pagan más caras, como las de *Clavery hall*, y que cuestan seis, siete y ochocientos dollars, el estudiante vive solo y comunmente sus dos pequeños cuadros causan una impresión como la que producirían si estuviesen habitados por un hombre de círculo: en ella hay más libros que otra cosa, un escritorio débil y cuya mesa puede bajarse doblándose y que es bastante sólida para borronear una carta, pero bastante frágil para poner en ella diccionorios y para trabajar; y en todos los lugares se ven recuerdos de bailes, de carreras y de cacerías. En esa desigualdad de gastos, tan repugnante para nosotros, es donde verdaderamente reside el espíritu democrático de los americanos. Lo que en ellos es siempre igual, es el respeto por el individuo. Le dan libertad absoluta para gastar ó para no gastar su dinero, para poseer ó no poseer. Un reglamento, por prudente que se le suponga, haría mella en ese vigor de iniciativa, que es para ellos la más grande cualidad humana. Y si se reflexiona se reconoce que tienen razón. Nuestro sistema que hace

que vivan en el liceo niños ricos y niños pobres en las mismas condiciones materiales tiene como resultado y el más seguro, desarrollar los peores furores de la envidia cuando cesa de repente esta identidad de existencia, con la entrada en el mundo. Esta funesta presión tiene menos probabilidades de nacimiento, cuando esa identidad no ha existido nunca.

Uno de los caracteres de Harvard, que es de los más notables y que da la medida exacta de ese espíritu de iniciativa es la cantidad de clubs ó de sociedades que por sí mismos sostienen los estudiantes, fuera de toda ingerencia administrativa. Hay cuarenta y nueve, y cada uno fundado con un fin preciso y positivo. Recorrer sus listas y sus programas es revistar las preocupaciones del estudiante americano, sus trabajos y sus placeres.

Algunos de estos clubs, como el *Porcellian*, son imagen fiel de un círculo cerrado de New-York ó de Boston... El club toma su nombre y su emblema —una cabeza de javalí—de una célebre comida que ofreció uno de sus miembros en 1791, donde figuró un asado hecho de un cochino entero. En la fidelidad guardada por estos jóvenes para conservar este cómico sobrenombre, en el orgullo con que enseñan en los estantes de su biblioteca revistas del siglo pasado, se observa aun la necesidad constante de sofocar el presente con el pasado. Uno de ellos, que estuvo por algún tiempo en Oxford, empleaba un término muy singular y muy expresivo para traducir lo que una civilización muy nueva tiene de delicado, de superficial, de flaco:

—"Aquí sentimos mucho, me decía, la falta de densidad."

Otros clubs, como el *Hasty Pudding*, el "Pudin violento," tienen por principal objeto dar representa-

ciones dramáticas. El nombre de éste, que recuerda también una fantasía culinaria, corresponde á la fisonomía de buen humor impresa por todas partes en la casita donde está establecido. En su mayoría, las piezas que se representan en el teatro de abajo son bufonadas satíricas compuestas por los mismos estudiantes. La verbosidad de esos alegres jóvenes se ve esparcida sobre las paredes, en programas grotescos, dibujados con cierta potencia de jovialidad. Según me dicen, el club cuesta caro á sus miembros, cincuenta *dollars* de cuotización anual, más de doscientos cincuenta francos. En los momentos en que lo visito, está sentado al piano un joven de anchas espaldas, de aspecto de boxeador y de ojos vivos cubiertos con fuertes anteojos. Canta, acompañándose, una canción de Yo Kohama. Ha viajado por las islas del Pacífico el año anterior y sus camaradas harán sin duda alguna, lo mismo dentro de cinco ó diez. Debido á ello una porción de alma americana se impregna así en el extremo Oriente, pues que el Japón está muy cerca, á trece días de Vancouvert y á quince de San Francisco. En este club de estudiantes encuentro la huella de esta influencia exótica. Días pasados la volví á encontrar en Washington donde comí á lado de una joven que estaba únicamente preocupada con el boudhismo; también en Boston, donde un distinguido médico que ha recibido la iniciación completa me decía, dibujando sobre la mesa dos círculos concéntricos:

—"El cristianismo es al boudhismo, lo que este pequeño círculo es al grande."

Y su conversación estaba llena de fórmulas de la sabiduría hindou que, en esos lábios amargos y decididos en Yankee, parecían más conmovedoras de lo que son en sí.

—"Muchos caminos hay que conducen á la montaña" concluía hablándome de diversas religiones "y sin embargo el paisaje que está en derredor de ella siempre se conserva igual"—"Todos vivimos en la superficie de nuestro sér," me decía también.—

Los jóvenes de *Hasty Pudding* no están aun en el caso de sumergirse, de ahogarse en esas fórmulas, bajo las cuales se ahonda el abismo de la grau, de la mortal visión metafísica; pero no me sorprendería saber que un día cualquiera había en Harvard un *Budhist club*, como ya hay, á lado de esos círculos de placer y de teatro, un círculo cristiano el *Saint Paul's*, como hay un círculo filosófico el *Harvard philosophical club*, cuyo objeto, según dice el reglamento, es "tener miembros que reunan á profundos conocimientos en filosofía, una individualidad general y pronunciada. *A geniat and pronounced individuality is as great a requiremeet for member ship as to be deeply versed in philosophy.*"

Después viene toda la serie de las sociedades literarias y voluntarias secretas que se decoran con letras griegas debido á un necio y humorístico pedantismo: el *Delta Thi club*, el *Delta Upsilon*, el *Phi Beta Kappa*, el *Phi Eta*, el *Seta Delta*, el *Zeta Psi*, Luego toda la serie de las sociedades de *sport:* el *Boat club*, el *Cycling Asociation*, el *Cricket club*. el *Toot Ball Club*; un círculo de fotografía la *Camera*, círculos políticos. el *Democratic* y el *Republican;* círculos de música: el *Banjo club*, el *Guitar And Mandolin*, el *Pierat*. En seguida la serie de las sociedades organizadas para la publicación y para la explotación de periódicos sérios ó fantásticos: el *Samoon*, el *Crimson*, el *Advocate*, el Monthly. Dejarían de ser americanos los jóvenes escritores que editan estos periódicos si esas empresas no fueran para ellos verdaderos negocios.

En el año pasado, para no citar sino un ejemplo, el *Crimson* produjo quinientos *dollars* al redactor en jefe y cien *dollars* á cada uno de los otros redactores. Tengo á la vista algunas hojas de esas. Son en realidad verdaderos periódicos, llenos de noticias que interesan á la Universidad. Leí en él una crítica excelente sobre una pieza representada por los miembros del *Círculo francés*, la que se intitula el *Matrimonio forzado* y un artículo de polémica sobre un decreto de los *oversers*. En él abundan los anuncios y llenan dos ó tres páginas. En el *Advocate* encontré un ensayo espiritual sobre *feminología*, que concluye con una cita de Maupassant: "...esta villanía encantadora esta embustera refinada, esta maliciosa perfidia, todas esas perversas cualidades que impulsan al suicidio á los amantes imbecilmente crédulos y que arrebatan á los otros."

Esa cita y una composición intitulada *Flor del mal*, con este último verso:

Y hear the mocking laugh of Baudelaire, [1] que testifica la libertad de espíritu de esos jóvenes y la intrepidez de sus lecturas. Esta admiración por los escritores franceses de la extrema izquierda es uno de los caracteres que más distinguen á la América de la Inglaterra. Mas, es suficiente platicar con aquellos y aquellas que la profesan para comprender que es de orden enteramente intelectual y voluntario. No alcanza á los manantiales profundos de la vida íntima que sigue siendo cándida y algo primitiva. La complexidad enfermiza de nuestros grandes artistas es para el Americano y la Americana, una curiosidad, casi un juguete moral y raro para la mirada y para el tacto, algo así como una copa de forma sin-

(1) Y oigo la sarcástica risa de Bodelaire.

gular en la que jamás se beberá. Aquí, sobre todo, en este ambiente de salud, la diferencia de medios coloca á estos jóvenes frente á nuestros autores contemporáneos en la misma situación de espíritu en que se hallan ante los autores Alejandrinos ó los cuentistas Arabes. Su realidad, la que los preserva del envenenamiento del corazón con los sentidos y del de la voluntad con los ensueños, es el trabajo y el *sport*, es el compañerismo y el atletismo, la seducción tan completa por la gimnasia, con su pista y con sus millares de millares de máquinas entre las que hay, hasta instrumentos para ejercitar los músculos de los dedos. Y también la espera precoz de la organización es la que hace que administren por sí mismos establecimientos tales como ese *Memorial hall*, en donde comen diariamente mil cien de ellos, y en donde se gastan más de cincuenta mil *dollars* anualmente. Manejan esos fondos con la estricta probidad y con la prudencia que emplearán más tarde en la dirección de su propia fortuna

Demostramos de nuevo que así en la Universidad como en la escuela, los americanos han querido y han obtenido la perfecta concordancia de la educación y la vida. Aquí también se han dejado llevar por el hecho. Su buen sentido les ha preservado de la imitación tan tentadora de las cosas de Europa. No han fabricado ni una falsa Universidad inglesa, como era de temer, ni una sola imitación de Universidad alemana. Y al ver las casas de sus estudiantes, tan enérgicas, tan viriles y con tal expresión de candor decidido, se siente que han logrado producir la semilla humana que necesita su democracia.

También se siente que no han desvirtuado ese no sé qué de rudeza y de asperidad que debe poseer en sí mismo el hijo de una nación tan reciente y tan

caótica aún. Y á pesar de todo Harvard es, entre las Universidades de América, la más tradicional, la que se aproxima más á las de Europa. Cuánto no daría yo por comprobar mis observaciones con las otras Universidades, sobre todo con las del Oeste, cuya aclamación oficial traduce la alegría de vivir de modo tan extraño y salvaje! He aquí por ejemplo el *cheer* de la Universidad del Illinois: "*Rah-hoo-rah, zip bôom ha! Hip zoo, rah zoo, finmy, blaw your bazoo, Ip-sidi-iki;* U. of Y. *Champaign!!!*" Y el de la Universidad de Indiana: "*Gloriana, Frangipana, Indiana! Kazoo Kazah! Kazoo, Kazah! Hoop Lah! State Universtty.* Rah, Rah, Rah!...." Y el de Denver: "U. U. U. of D. Denver; *Ver-si-tee! Kai Gor Wahoo Zip boom!—D. U!.....*" La Universidad del North Dakota hace seguir su llamamiento. "*Odsdzo-dzi! Ri-Ri-Ri! Hy-ah! Hy-ah!...*" del grito de guerra de los Sioux. Dudo mucho que sea más feroz y más salvaje que aquellos onomatopellas tras las que se imagina uno ver robustos pulmones ampliamente abiertos, dentro de anchas espaldas y de constituciones que aguantarían años enteros un trabajo durísimo á pesar de una dura concurrencia. Esta es la primera condición en un país que carece de clase media, donde el rentista no existe y donde el estudiante rico de hoy será mañana, por un salto de fortuna, el ingeniero pobre, el periodista á destajo, el comerciante sin crédito, el médico sin clientela, en fin el hombre obligado á luchar por la vida, como si nunca hubiese sido ni *freshman*, ni *sophomore*, ni *junior*, ni *senior*. Pero, no nos inquietemos por él. Se encuentra siempre dispuesto para todo.

Y también ellas se hallan prestas á todo, ellas las *freshman*, las *sophomores*, las *seniors* y las *junior*, del colegio de las mujeres que levanta á orillas del pequeño lago Waban, en Wellesley, cerca de Boston, su gran edificio rojo en forma de cruz latina, sus pabellones de ladrillo y sus casas de campo de madera. Un colegio?.... Está palabra tan triste y tan brouca cuando está escrita en francés, cuán poca idea nos dá de la frescura y de la poesía de ese oasis! Una Universidad de señoritas es aquí algo como la realización americana de la fantasía de Tennyson, la *Princesa*, de quien Taine escribió:

"No hay juguete más romántico ni más tierno. Se sonríe al oir las palabrotas sabias que se escapan de esos rosados labios.... Se escuchan tiradas de historia y promesas de renovación social, brotando entre vestidos de seda lila y cinturones de oro...."

Si no fuera porque los trajes de las graciosas *Wellesleyennes* son de estilo moderno, esas líneas del gran filósofo podrían ser puestas, como epígrafe, á la cabeza del programa de estudios de esa singular institución. Y digo singular, colocándome á mi pesar bajo el punto de vista Galo-romano que no admite más procedimientos de educación para las mujeres que el convento ó la casa paterna. El liceo de niñas entre nosotros no es otra cosa que un convento láico al que falta solo lo que corrige la secuestración y su disciplina uniformemente comprendida: la confesión y la comunión. Bien puede llevar el nombre de liceo como los internados de niños, no por ello deja de ser profunda é irreductiblemente distinto. En ninguna parte se reconoce mejor la desigualdad radical entre los dos sexos que forma el fondo mismo de nuestra sociedad, que en la diferencia entre los programas y en los resultados de una y otra enseñanza. Ya he

procurado en esta misma obra decir por qué razones infinitamente complexas los americanos profesan al contrario el dogma verdaderamente democrático de la igualdad absoluta entre el sexo femenino y el masculino. Fieles á su gran principio de aceptar todas las consecuencias prácticas de las verdades en que creen era inevitable que llegasen á la identidad entre ambas educaciones. Ya las escuelas mixtas realizan esa reforma para la enseñanza primaria y secundaria. *Wellesley* es una de las tentativas más completas para realizarla en la enseñanza superior.

Esta tentativa se debe—como todas las que encuentra el viajero en este país en el que el Estado no es nada,—á la buena voluntad privada. Es preciso no cansarse de repetir esta observación, aun á riesgo de ser monótono. Con respecto á Estados Unidos todo se esclarece una vez que se les comprende como un inmenso acto de fé en la beneficencia social de la energía individual entregada á sí misma. Allí reside, si así puede decirse, el fondo místico de su realismo, la enseñanza que presentan al mundo y sobre todo, á nosotros los franceses, á quienes la más retrógrada de las revoluciones nos ha hecho, desde hace cien años, esclavos del Estado centralizado. Es fuerza no cansarse á sí mismo, de referir los dramas morales que originan casi siempre estas fundaciones generosas. Hé aquí, pues, aquel á quien debe el colegio de Wellesley su nacimiento.

En 1863 vivía en Boston, un hombre de leyes, de los más distinguidos en su profesión, M. Henry Towle Durant. Su retrato dá idea de que fué una fisonomía llena de finura iluminada por una mirada á la par que tierna muy brillante. Ese pliegue amargo que se nota en muchas caras americanas se ve en los

lados de su nariz. La barba es ancha y avanzada, la cara absolutamente austera, con esa expresión de intensidad fija que se encuentra en todos los hombres que están obligados á conservarse á sí mismos y á imponerse: en los médicos, en los eclesiásticos y en los actores. Los que conocieron á M. Durant, lo retratan tan delgado de cuerpo, tan débil, tan delicado en sus movimientos, que les recordaba invenciblemente la frase del apóstol:

—"Resucitará como un cuerpo espiritual....."

Según estos detalles y á través de las tenuidades de la fotografía, se adivina uno de esos organismos muy sensitivos, que terminan por ser alcanzados profundamente por la vida y que no pueden soportar sino interponiendo entre ellos y la realidad una fe abstracta, en la que se envuelven y les protege. En el año de 1863 perdió á su hijo único, este hombre de corazón vulnerable. Fué tan fuerte esta prueba, que instintivamente ensayó huir de ella abrigándose en las ideas religiosas. Se convirtió, según dice el biógrafo á quien tomo estos detalles, en el más apasionado de los cristianos evangelistas. Aquí, y en esta crisis de misticismo, es donde aparece el vigoroso espíritu de positivismo, siempre presente en el americano. El hombre de quien tratamos, abandonó su *lawyer* que le parecia no estaba de acuerdo con el ardor de sus nuevas convicciones. El y su mujer se entregaron á revistar los diversos empleos que podían dar á su fortuna. De discusión en discusión llegaron al proyecto de fundar una Universidad de mujeres, en donde los alumnos fueran únicamente mujeres, los profesores también mujeres y que tuviese por base la Biblia.

—"M. Durant, agrega el mismo biógrafo, anunció con insistencia en público y en particular que su co-

legio tenía por objeto formar cristianas sabias, esposas cristianas y madres cristianas....."

En 1871 se colocó la primera piedra del colegio. Hoy tiene ya veintiuno de funcionamiento. La suma empleada por el fundador fué mayor de ochocientos mil *dollars*—más de cuatro millones de francos—Otras personas completaron el capital y en la actualidad, la sucesión de munificencias privadas ha hecho subir las propiedades del colegio á un millón seiscientos treinta y seis mil novecientos *dollars*, lo que hace, estimando el *dollar* en su valor medio de cinco francos veinte céntimos, una fortuna de ocho millones quinientos once mil ochocientos ochenta francos.

Cuando los americanos modernos hablan de cristianismo, acude á nuestro espíritu el recuerdo del fanatismo puritano y nos equivocamos. Por ello entienden, simplemente un pequeñísimo número de principios esenciales que es preciso *take for gaanted*... "admitir como convenidos" Esta es la expresión que usan habitualmente, cuando se les pregunta sobre su enseñanza moral ó religiosa. Su realismo substancial hace que consideren como inútiles las discusiones que versan sobre esos primeros postulados. Y en ese sentido es el que son naturalmente cristianos, si así puede decirse. Pero una vez que esas doctrinas son admitidas su tolerancia es infinita. Pongo en pié, por ejemplo, en la lista de las confesiones representadas en Wellesley, diez y seis sectas diferentes. Hay allí: *Congregacionalistas, Presbiterianos, Bautistas, Metodistas, Unitarios, Reformados, Amigos, Luteranos Universalistas*, y hasta *Swedemborgianos*. Basta esta diversidad de creencias para poner de manifiesto bajo qué espíritu se ha desarrollado el programa bíblico de M. Durant.

Una de las personas que enseñan en el colegio ha

escrito: "Lo que quisiéramos suprimir en este mundo sería á la mujer frívola y á la mujer escética" Visitando uno mismo este colegio y rectificando esta visita con la lectura de los programas y con las conversaciones, se reconoce que aquí todo está arreglado para obtener este doble resultado: modelar inteligencias de mujeres de manera que posean solidez de instrucción igual á la de los hombres de Harvard ó de Yale, por una parte, y por la otra acostumbrar á las jóvenes á todas las costumbres de elegancia y de *confort*, propias de la clase acomodada de su país. Y si la vida religiosa se oculta bajo este libre régimen es á modo del regulador en una máquina.

Entrando al edificio principal se encuentra un *hall* enteramente parecido, por sus plantas verdes, por sus grabados, por sus estátuas, por sus muebles de laca, al interior de uno de esos suntuosos hoteles de New-York donde pasan estaciones enteras y por muchos años, familias completas. Se sube la escalera de madera, artesonada como la de un *club*. A lo largo de los corredores, decorados también con cuadros, con estátuas y con plantas, se abren las habitaciones de las alumnas Como los estudiantes de Havard viven generalmente dos en un cuarto. Tienen dos recamaritas para dormir y un salón común, que en nada se diferencia del salón habitual de una americana algo refinada: fotografías, flores, muebles de madera de colores claros, canapés con cojines grabados con arabescos pálidos, adornan con elegancia esas coquetas celdas cuyas habitaciones nada tienen tampoco de monacal. Constantemente se convidan unas á las otras para tomar el te. Convidan también á algunos jóvenes. Cada sábado en la tarde el gimnasio deja de ser un club de atletismo para transformarse en un salón de baile al que invitan á sus amigos de Boston

y de Cambridge, tal y como si viviesen en casa de sus padres. Van y vienen dentro y fuera de casa sin dar cuenta á nadie de su conducta. Unas se disponen á remar en el lago, otras montan á caballo, otras se adiestran en el manejo de un *phaeton;* otras más toman el tren y van á Boston, se entiende enteramente solas, y sin tener otra obligación que avisar que van á la ciudad.

No las acompaña vigilancia alguna en su ausencia. Ninguna pregunta las recibe al regreso. Pues que deben, una vez que han entrado á la vida, ser *individuos* capaces para bastarse á sí mismos y para defenderse, es necesario que lo sean en la educación. Y además, la más equitativa de las leyes, la que castiga al seductor al igual del falsario y del ladrón, las defendería lo suficiente, aun cuando su carácter y el de los hombres con quienes se encontrasen no bastase para ello. En este mismo momento en que dibujo á grandes pinceladas la más original de las Universidades, los diarios están llenos con los detalles de un proceso intentado por una joven que fué alumna de una casa análoga á esta, contra uno de los políticos más respetados de Estados Unidos. Parece ser que la joven era, antes de conocer á ese personaje, de una moralidad muy dudosa. Parece también que el hombre político fué más provocado que provocador. No importa. Siempre había una probabilidad para que esta joven fuese honesta y por lo tanto no se ha tenido en consideración nada de eso. Y de un golpe ha caído en tal desprecio público que sus amigos le voltean la espalda cuando pasa junto á ellos en el Congreso, sin contar con que va á ser condenado á una de esas formidables indemnizaciones con las que castigan habitualmente los tribunales Anglo-Sajones dos crímenes: la seducción y la difamación.

En Francia se nos figura que este Código Draconiano está impregnado de Farisaismo. Creemos también que debe dar lugar á detestables abusos de sinvergüenzada. El valor de las leyes se mide en su aplicación y los Estados en que rigen aquellas á que nos referimos son ciertamente en los que la personalidad femenina se desarrolla con mayor energía y con mayor felicidad. Es evidente que en ello se ha realizado un progreso sobre el de los países, en donde, como en el nuestro, las relaciones de los sexos entre sí son aún tan caprichosamente desiguales que entre la mujer seducida y el seductor es sobre la mujer sobre quien recae la deshonra y en donde un hijo natural se deja á cargo absoluto de la madre, puesto que la investigación de la paternidad está prohibida. Cambiaremos muchas veces aún de regimen antes de atrevernos, en este como en otros muchos puntos, á hacer una de esas revoluciones de las costumbres tan fecundas cuanto las revoluciones políticas ó sociales son vanas y criminales.

Las estudiantas, cuya gracia juvenil se encierra en este gracioso y confortable Wellesley, están suficientemente equiparadas á los hombres y bastante protegidas? Son felices con su suerte ó suspiran por una libertad más grande? Con seguridad, si quieren criticar el sistema al cual se las somete, la costumbre de los debates públicos se los permite y también la calidad de su instrucción. Nada hay más curioso que el contraste entre la severidad de los cursos y la coquetería de esos palacios ó de esos cortejos levantados á orillas de ese pequeño lago en ese admirable parque.

El examen de admisión requiere conocimientos profundos sobre la literatura inglesa, sobre historia, y sobre geografía, en matemáticas, en latín, en grie-

go y además en una de las dos lenguas vivas, fuera de la Inglesa: la Francesa y la Alemana. No existe la limitación de edad para presentarse á este examen, de manera que ingresan al colegio alumnas de diez y seis años al mismo tiempo que otras mucho más avanzadas en la vida. Se me cita el ejemplo de una estudianta de sesenta años, ya con nietos, que vino á presentarse y que fué recibida. Y las jovencitas no consideraron extraordinario tener una camarada de esa edad en ese país donde se comienza indefinidamente.

Tampoco hay ningún principio exclusivo en el reclutamiento. Pueden ser las estudiantas ricas ó pobres, hijas de padres más que millonarios ó de padres humildísimos. Con tal que sean moralmente honorables nadie se preocupa por los procedimientos que puedan emplear para conseguir trescientos cincuenta *dollars* anualmente, mil ochocientos veinte francos aproximadamente—que representa el valor de la pensión. Acontece á menudo que una joven, que está enteramente preparada para el examen, se haga cajera ó vendedora de una tienda, administradora de un hotel, ó copista para conseguir esa suma. Otras hacen á sus camaradas servicios de costurera ó de modista, arreglan los cuartos y se encargan de algunas comisiones.

Aquí, como en Harvard, ese trabajo de ayuda no tan solo se tolera sino que se estima. Es algo así como una especie de enseñanza de igualdad dado á las que pueden exceptuarse de él y que sin embargo deben tratar á sus compañeras menos afortunadas con la misma política y con igual simpatía.

Por lo demás, después de un viaje, por rápido que sea, á Estados Unidos, no se admira uno ya ante las consecuencias qae trae consigo la idea democrática,

constante é infatigablemente aplicada. Entre los hechos significativos que me contaba el antiguo *cow-boy*, cuya confesión he trascrito, olvidé anotar este. uno de sus amigos y él tomaron una cocinera por el tiempo de su estancia en una ciudad del Oeste y esta mujer exigió en su contrato poder disponer una vez por semana, del salón de sus amos para recibir á sus invitados. Un hecho tan insignificante, de este género, prueba de sobra cuan intacto deja la tarea mercenaria el sentimiento del orgullo individual en los que la sufren, aún cuando sea de extracción y de educación realmente inferiores, y con mayor razón cuando no existe esta inferioridad.

En cambio, causa admiración que las jóvenes de Wellesley puedan disponer del tiempo necesario en el día, para emplearlo en trabajos suplemantarios, tanto así están sus cursos cargados de materias y tanto así abundan. Hé aquí, por ejemplo, las lecturas de griego que una alumna de primer año debe cursar para poder pasar á *sophomores*: de *Lysias*, discursos escogidos; de Platón, la *Apología* y el *Crithion*; quinientos versos de la *Odisea* de Homero. En latín tienen que estudiar: de Cicerón, *La Correspondencia*; de Tácito, la *Germania* y la *Agrícola* y uno ó dos libros de las *Odas* de Horacio. En alemán: la historia general de la literatura. el primer *Fausto* y los dramas de Schiller. En francés: el *Cid*, *Horacio*, *Andromaca*, el *Misántropo* y el *Avaro*; y entre las obras modernas: el *Abate Constantino*. En lo concerniente á Filosofía, no puedo resistirme á traducir estas líneas de un programa del curso: "Diversos estudios de Ética. Investigación psicológica sobre las leyes del espíritu humano consideradas como fundamentos disponibles para las teorías que se proponen establecer una moral experimental. Estudio de la

doctrina de la evolución aplicada á las modalidades de la conducta individual y también la historia de las instituciones sociales y civiles. Tipos de las diferentes Eticas verificadas en sus fases de conducta moral, tal cual las revelan las literaturas y las artes.

Es fuerza considerar también que el trabajo de los cursos tiene por complemento el que puede llamarse trabajo de los clubs. Todos los estudiantes forman parte de un círculo, ya sea de música, como el *Beethoven*; ya de literatura, como el *Shakespeare*, el *Phi Sigma*, el *Zeta Alpha;* ya de política, como el *Agora* ó ya de pintura y de escultura, como el *Art Society*. Por último, casi sodos ellos se entregan á los ejercicios físicos entendidos á la americana, es decir, como un *training*, como una fatiga matemática y razonada. En el último informe de la presidenta reparo en seis cuadros de órden muy extraño y que descubren en toda su ingenuidad el poderoso espíritu de realismo que ánima á este colegio, tan paradojal en la apariencia. El primero se titula: *Girth of chest*. Circunferencia del pecho. Es una serie de líneas comparativas que muestran el desarrollo medio del pecho, obtenido en veinte estudiantas, tomadas al azar, después de cinco meses de esta fatiga en el gimnasio y sobre el rio.

De treinta y una pulgadas que tenían, han adquirido estas jóvenes atletas, treinta y tres. Dos líneas iguales indican en concreto, á la simple vista, la falta de desarrollo de aquellas que no han hecho trabajar á su cuerpo. El segundo cuadro dá un esquema análogo de la capacidad de los pulmones, el tercero de la fuerza de los brazos, el cuarto de la fuerza del dorso, el quinto de la amplitud del pecho y el sexto de la anchura de los hombros.

A primera vista este modo de tratar la fisiología

de las jóvenes, como tratan los chalanes á sus caballos, nos parece extraño; pero después se reflexiona que estas jóvenes que han venido aquí á instruirse, en su mayoría están destinadas al matrimonio y por mismo á la maternidad. Es pues utilísimo que se debiliten lo menos que se pueda por el exceso de trabajo cerebral y que su animalidad se conserve intacta á pesar del esfuerzo intelectual. Una vez que se debe obtener ese fin, los americanos emplean el medio eficaz para ello, y lo emplean simple y tranquilamente. Queda aun una estadistica que levantar: la del peso de los niños que den á luz estas jóvenes Wellesleyanas, cuando se casen. Oigo desde aquí á una de las jóvenes doctoras que han levantado estos instructivos responder: ¿Y por qué no?"

Entre una Universidad de mujeres, como Wellesley y una Academia militar, como Westpoint, debería, al parecer mediar la misma diferencia que existe, en Francia, entre el Convento del Sagrado Corazón, por ejemplo, y la Escuela de Saint-Syr. Diríamos, *á priore* que es muy conveniente vigilar mucho el primero y muy poco el segundo; pero los americanos han pensado precisamente lo contrario. Acostumbrados como están á no pagarse de palabras, sino á ver las cosas tales cuales son, se han dicho que siendo la independencia en su mundo propio la condición de la vida femenina, lo primero que deben procurar los colegios de mujeres es habituar á sus pensionistas á la práctica de esta independencia.

Y á la inversa, siendo la disciplina la condición esencial para la vida militar, han creído que una escuela de oficiales debe mantenerse en la más estricta severidad y por esto es que los cadetes de Westpoint no tienen derecho sino á un mes de vacaciones en los cuatro años de estudios. Por esta razón misma la lis-

ta de las injurias (*offences*) que son susceptibles de ser castigadas con malos puntos es tan meticulosa cuanto ámplia y liberal es la lista de los castigos, tanto en Harvay cuanto en Wellesley. No hay menos de ocho categorías: doce de primera se marcan con diez puntos malos cada una; cuarenta de segunda reciben siete, setenta y seis de tercera se anotan con cinco, ciento quince de cuarta con cuatro y así sucesivamente hasta cuarenta y tres ofensas de octava categoría que se señalan cada una con un punto malo. La falta aparente de lógica de un sistema que aprisiona á futuros soldados en un reglamento casi infantil, y que á su vez deja á futuras madres de familia, una latitud ilimitada, es en realidad lógica y si se quiere trazar en la imaginación el retrato ideal de un oficial en un ejército democrático, se verá que los americanos han llegado á determinar y á aplicar, con incomparable buen sentido, las leyes de formación de ese personaje tan anormal en una república esencialmente pacífica y comercial.

Y, desde luego, es preciso que cada oficial esté profunda, íntimamente ligado á la democracia, siendo necesario además que el cuerpo entero, esté también penetrado del espíritu democrático. Pueden citarse numerosos ejemplos para probar que un ejército numeroso tiene siempro tendencia á aislarse en el país, á desprenderse de la nación, á llegar á ser lo selecto de ella—y la posibilidad del despotismo militar se halla siempre al cabo. Los americanos han previsto este peligro y lo han prevenido anticipadamente con un reclutamiento, para su escuela militar de Westpoint, tan singular, que á primera vista desconcierta al sentido común. Después de reflexionar es cuando se reconoce su sabiduría.

Han comenzado suprimiendo de todo punto el concurso de admisión. Cada una de las circunscripciones electorales que nombra un diputado tiene derecho á una plaza de cadete y toca al diputado designar al candidato á quien nombra el Ministro de la Guerra con esa presentación. A esto se agregan diez plazas, llamadas *at large*, que llena á su gusto el Presidente de Estados Unidos. Comunmente las reserva para hijos de marinos ó de militares. Conformándose á esta lista de candidatos se hace un examen de entrada, ó mejor dicho de contraprueba, que es una especie de depuración. Habrá necesidad de agregar que la política es la que únicamente dirige la elección de los diputados? Se procuraría en vano sustraerse á ella poniendo, por ejemplo, la plaza de candidato de que pueden éstos disponer en concurso. De hecho quedan desocupadas una tercera parte de estas plazas, en razón de la debilidad de los jóvenes que presentan los dipntados. La persona que me dió estos detalles y todos los que van á seguir, y que es uno de los oficiales más notables de nuestro ejército, se admiraba cuando visitó Westpoint de semejante anomalía tan evidentemente funesta, para el bien del servicio.

—"En todo esto hay aquí dos ventajas," le respondieron: "En primer lugar este modo de reclutamiento corresponde al espíritu de igualdad que constituye el fondo propio de nuestra democracia: si cada distrito del país participa de las cargas es justo que partícipe también de los beneficios. Supongamos que el ingreso á Westpoint sea puesto á concurso. Los candidatos que provengan de la Nueva Inglaterra vencerán necesariamente á los de los Estados del Sur y del Oeste, donde el nivel medio de desarrollo es menor. En segundo lugar, el procedimiento actual, solicita en la clase baja del pueblo, aún cuando

no sea sino por llamado electoral, á jóvenes que sin esto quedarían privados de instrucción. Es un medio, en otros mil, de solicitar á los más pobres para que obtengan las mismas facilidades de cultura que los más ricos.

Proyecto paradójico! Pero la estadística de las profesiones ejercidas por los padres de los alumnos, testifica que los americanos han llegado á realizarlo: se cuenta entre los alumnos de Westpoint, desde su fundación, ochocientos veintisiete hijos de hacendados ó de agricultores, cuatrocientos noventa y cinco hijos de comerciantes, cuatrocientos cincuenta y cinco de abogados, doscientos setenta y uno de médicos, doscientos cuarenta y seis de oficiales únicamente, y después, todos son hijos de padres que ejercen toda clase de oficios: carniceros, taberneros, ayudas de cámara, *detectives*, jornaleros y lavanderos. Hay muchas probabilidades para que un ejército mandado por jefes que han salido del pueblo, hasta ese punto, no se convierta en una tropa de pretorianos, —muchas probabilidades también para que estos oficiales, ayudados así por la República en la lucha por la vida, queden reconocidos á la Constitución. Debido á esto no les costará trabajo sostener el juramento escrito que prestan á su entrada, de servir al poder federal de preferencia á su Estado originario, previendo sin duda una nueva guerra como la del Norte y del Sur, pues mucho han hecho en su favor los Estados Unidos.

Sin embargo este reclutamiento democrático no dejaba de ofrecer peligro. Si el oficial aristócrata es temible para la libertad, el oficial sin educación es más que temible para el ejército. Con su sola existencia lo destruye y lo disuelve,—cuando menos en tiempo de paz y cuando no se les ha puesto en condiciones de asegurar el prestigio del valor personal. Los americanos han comprendido perfectamente esta dificultad de orígen, si así puede decirse, y han pasado sobre ella. su amor propio es demasiado vivo para que acepten una inferioridad tan evidente, sin procurar remediarla y han puesto el remedio siguiendo su método habitual que consiste en aceptar los hechos.

¿Cuál de todas las influencias es la más poderosa para poder impulsar á un joven algo rudo á dominarse, á educarse en el sentido del refinamiento? La influencia femenina. Y por lo mismo se han preguntado qué procedimiento podrían emplear para hacer penetrar á la mujer en la existencia de los cadetes, y han imaginado construir un hotel á las mismas puertas de la escuela, en el admirable paisaje que forman el Hudson y las montañas, con el río rodando sus profundas aguas al pie de la eminencia donde se asienta Westpoint y á la que contornea casi en ángulo recto: y en el fondo las montañas desplegando sus faldas cubiertas por silvestres bosques, y las vastas planicies donde duerme Albany, extendiéndose en el horizonte. Como es natural, la belleza del sitio, lo confortable del establecimiento, la facilidad de acceso, la pureza del aire, atraen muchos visitadores de ambos sexos, cuya principal distracción consiste en ver á los cadetes hacer el ejercicio y en concurrir á las fiestas que dan.

Cuando allí se llega, los acordes de una música os llevan á la esplanada. Son los alumnos de Westpoint que están haciendo una maniobra, con su elegante uniforme de color gris claro con triple hilera de botones de oro. Van y vienen en medio de una corte de damas que siguen estas idas y venidas, y se les ve, en el intervalo de las maniobras, desprenderse

de las filas para saludar á las que conocen. La alfombra de césped sombreada por los árboles y matizada de flores, en donde tiene lugar esta parada, militar y mundana á la vez, acaba de dar á esta escena la fisonomía de un *garden-party* de orden único. Estas mismas señoras que agracian el espectáculo, se encontrarán esta misma noche ó mañana en el baile que organizan los cadetes tres veces por semana en el estío y dos en el invierno. El notable observador que he citado, y cuyo nombre siento me impida hacer constar su situación oficial, pintaba de este modo uno de esos bailes:

—"Se había dirigido una invitación á todos los extranjeros que estaban de paso en el hotel. Yo no falté á ella. La fiesta duró dos horas: de las ocho á las diez. Me coloqué en el quicio de la puerta de entrada y gracias á mi incógnito pude oir las conversaciones de los cadetes que salían á tomar el fresco sin que nadie se fijase en mí. No pronunciaron una sola palabra obscena. Los cadetes presentaban mutuamente á las jóvenes. Cuando alguna de ellas no bailaba, uno de los comisionados, que se distinguía por una banda roja de servicio, iba á buscar á uno de los cadetes desocupados y lo llevaba con ella. De cuando en cuando un cadete y una señorita salían del *hall* y se paseaban en la obscuridad durante diez minutos. Esto parecía lo más natural y nadie sonreía por ello. Todo estaba sujeto á la decencia y á la dignidad."

El respeto por la mujer y la pureza á través de este respeto, he ahí el medio que han empleado los americanos con osadía para hacer de estos jóvenes reclutados al azar los *gentlemen* que deben ser oficiales. En lo tocante á la instrucción técnica, han adoptado igualmente su método habitual, consistente en

poner el espíritu en contacto directo con el objeto. Han reducido también á su mínimum la enseñanza teórica. Durante tres años, de los cuatro que dura la carrera, no hay un solo curso de este género.

Cada alumno recibe en Septiembre, época en que comienza el año escolar, libros que contienen las materias que debe de estudiar. Prepara sus lecciones por sí solo y después le interroga un instructor. En un salón hay ocho ó diez alumnos y están en contacto con el maestro que les conoce á todos y que les sigue semana por semana. El completa el trabajo abstracto del día, colocando á los jóvenes en el caso de hacer aplicaciones de lo que han estudiado. En cuanto llega la bella estación, es decir, desde los primeros días de Junio á los primeros días de Septiembre, se suprime esta enseñanza abstracta. Los cadetes acampan. Reciben en el campamento una instrucción objetiva, es decir, una lección de cosas al aire libre y por más de tres meses, y en condiciones tan semejantes cuanto es posible á las que tendrían que sufrir en una verdadera guerra.

De los cuatro años que viven en Westpoint, han pasado uno entero igual al que se vive en un regimiento, pero en un regimiento en el que no hay promiscuidad, en el que no hay compañerismo peligroso y en el que no existe falseamiento en la disciplina. Con gran prudencia se ha suprimido en Westpoint al ayudante, quien para el futuro oficial siempre es un medio-superior. Cadetes graduados á oficiales verdaderos son los que mandan, y la amplitud de su autaridad, á la vez que abarca más rigor, se ocupa menos de las minuciosidades. Debido á esto, y aunque el código de las faltas, como se ha visto, se ha redactado teniendo en cuenta aun los detalles más extremosos, los castigos son raros. Un detalle

pequeñísimo traduce muy bien el origen anglo-sajón de la sociedad americana: las dos faltas que se juzgan como las más graves y que se castigan siempre con la expulsión del alumno, son la mentira y la embriaguez. Ni el tabaco ni el juego están autorizados. El reposo del domingo es obligatorio, así como la asistencia al servicio religioso, á menos que el alumno no formule por escrito la declaración de ser libre-pensador, pero esta debe ir firmada por los padres. Y aun debe justificarla con razones.

El recuerdo del primitivo ardor puritano se encuentra en esto de modo patente, así como también la apelación á la conciencia que constituye la nobleza de la educación tan práctica de este país. Todo americano que es de linaje verdaderamente americano, como todo inglés de verdadero linaje inglés, lleva escrito en lo más íntimo de su sér los admirables versos que el más nacional de los poetas pone en boca del anciano Polonius al dejar á su hijo Laerte:

"This above all, to thine yonself be true
And it must follow as the night the day
Thou caust not then be false to any man....

—"Antes que nada: sé leal para tí mismo,—lo demás vendrá como sigue la noche al día,—y ya no podrás ser falso para ningún hombre."

El valor del mérito se mide en el resultado cuando se trata de una escuela especial que es una de esas máquinas para formar una especie determinada de hombres. Con todo y su reclutamiento tan disparatado, con su educación tan particular, con su enseñanza que juzgará deficiente un alumno cualquiera de uno de nuestros liceos, Westpoint, según dicen los jueces más competentes, modela un excelente

cuerpo de alumnos oficiales. Cualquiera que sea el arma que escoja el jóven que de allí sale, debe pasar por una escuela de aplicación, pero llega á ella vigoroso y equilibrado, apasionado de los ejercicios corporales de la gimnasia, de la esgrima, de la equitación, y sobre todo, preparado por los campamentos al aire libre y por el aprendizaje positivo en que se le ha educado, para recibir una instrucción superior. Nada se le ha enseñado que no haya comprendido. En lugar de formar como en ciertas altas escuelas militares de Europa, un sabio que se verá obligado maña á descender á los detalles prácticos de la artillería y del genio, se ha formado un manipulador de cañones y un obrero de terracería que se convertirá más tarde en un sabio, si por acaso tiene la afición y las aptitudes para ello, lo que por lo demás es muy poco probable.

Pero en revancha, si tuviesen los Estados Unidos necesidad de organizarse nuevamente en un ejercito improvisado como hace treinta y cinco años, en los antiguos alumnos de esta academia tan democrática y tan viva, hallarían precisamente el cuadro de oficiales que necesitaran para poner la máquina en movimiento. Aquí tiene uno de sus manantiales el patriotismo americano, aquí, en este colegio, el único de este país, que trabaja al revés de la descentralizacion universal y en el sentido de la profunda unidad federal. Este desplazamiento de fin y de método al mismo tiempo que testifica una vez más la adaptabilidad americana, atestigua también hasta qué grado esos grandes realistas están exentos de la manía doctrinaria tan perniciosa para los países tradicionales, y cuánto les repugna la servidumbre de las ideas preformadas. Allí también se encuentra el rasgo dominante de la fisonomía nacional, esa voluntad

emprendedora que se maneja en presencia del mundo social, del mismo modo que obra enfrente del mundo físico; verificando y osando. Pero no es siempre el ritmo necesario de toda resolución efectiva: exacta lucidez de la ojeada sobre las condiciones dadas, adaptación y después composición para cualquier proyecto no menos lúcido? Ya se trate de una casa de finanzas, de un puente, de un camino de fierro ó de una escuela, la energía americana, procede siempre de la misma manera. El éxito obtenido prueba que el procedimiento es bueno.

En la palabra *lucidez* se resume esta corta inquisición que evidentemente no puede ser generalizada sino con grandes reservas. Lucidez de fin, lucidez de medio,—es muy probable que estos dos mismos caracteres se encontrarían en todas las demás empresas de instrucción pública ó privada—y por consiguiente esa IDENTIDAD SUBSTANCIAL *de la educación y de la vida* que tiene un fondo común en los cuatro grupos de enseñanza cuyo cuadro he diseñado.

Si se profundiza un poco esta fórmula. parece como que se esclarecen muchas de las cualidades y muchos de los defectos de esta civilización así como también algunas leyes muy profundas y muy poco conocidas de la naturaleza humana. Y desde luego la identidad de la educación y de la vida explica la prodigiosa germinación de todo ese vasto país, donde cada generación nueva, al llegar á la madurez no tiene ya que hacer ningún aprendizaje. Entre nosotros es un lugar común y que se encuentra hasta en los discursos pronunciados en nuestras distribuciones de premios, el de que para los colegiales va á

comenzar una segunda educación con la libertad. Y ha seguido sus estudios hasta el bachillerato literario ó científico, de ninguna manera está pertrechado para ganar el pan y con mayor razón para hacer su fortuna y la de su familia. Le es necesario una nueva gimnasia moral é intelectual para adaptarse á las realidades que le rodean y debido á esto el abatimiento de nuestra instrucción secundaria, hablando solo de esta es enorme.

Entre los americanos esta merma no existe ni puede existir, y el tipo del "destripado" es para ellos hasta hoy tan extraño, que, según creo, les es ininteligible. Desde los dieciocho ó veinte años, en Nueva York, en Boston y en Chicago, el hombre está formado. Sin duda tendrá más experiencia, más amplitud y también una autoridad mayor después de quince ó veinte años de lucha, pero esto no será sino una diferencia en grado, pues desde su salida de la escuela ó de la Universidad estaba ya completo. La mujer está en el mismo caso, y, entre paréntesis, este es el motivo secreto de que se encuentran con tan poca frecuencia en Estados Unidos esas fisonomías verdaderamente jóvenes en el sentido que damos á esta palabra, rostros donde se ve lo incierto, lo inacabado, el principio de la vida, el esbozo de una persona que está en vía de modelarse y de modificarse. Se conoce la edad en la frescura de la piel,, en el brillo de los ojos, y de los dientes, en el nacimiento de la barba, en la esbeltez del talle, y se dice uno: "este joven no tiene aun veintidos años, esta joven no llega á los veinte." Pero aquí la fisonomía de uno y de otra tiene treinta ó cuarenta y su actividad práctica tiene otro tanto.
Esta precocidad de iniciativa es un beneficio indiscutible del método, al menos bajo el punto de vista

social. Aun hay otro, que ya he hecho notar en el curso de este análisis, y que consiste en la mayor elasticidad de los centros locales, pues cada ciudad educa á sus futuros ciudadanos según sus propias necesidades, y por decirlo así, á su medida. Entre nosotros, un ministro, con sólo sacar su reloj, puede decir, aun hoy día, como sus célebres predecesores, lo que en la hora que señala están haciendo todos los retóricos de todos los liceos de Francia. En América, á cuantas ciudades hay, corresponde igual número de enseñanzas, y debido á ello, estas ciudades, que algunas veces se encuentran muy cercanas, como nueva York y Boston, como Filadelfia y Baltimore, conservan cada una esa originalidad tan distinta y ese patriotismo tan separado. Para una democracia es esta una condición *sine qua non* de salud política, y bajo este punto de vista, la educación americana, al trabajar en el sentido de la vitalidad local, es aun el superior utensilio de esta salud.

En efecto, por su definición, la democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo, es decir, el imperio de la mayoría. En los países civilizados, el poder que da tal mayoría á sus representantes es muy grande, muy absoluto. Son capaces de penetrar profundamente en la vida individual, y se prueba con la historia antigua ó moderna, que de hecho han siempre existido, así como que las repúblicas establecidas de ese modo, se convierten en cesarismos tarde ó temprano, lo que es indiferente. La tiranía de un ministro que dura dos meses ó la de un emperador que reina dieciocho años, es siempre tiranía. Uno de los más célebres pensadores de la Francia en la actualidad y que es de los menos conocidos, M. Luis Menard, ha dado esta fórmula en un admirable aforismo:

"Una República unitaria no es viable. La Monarquía es la única forma lógica de la unidad."

El sistema federal, que tiende á diseminar sin cesar los poderes en las autoridades locales tiene la ventaja de dar al individuo mayor número de probabilidades de independencia y de hacer casi imposible el nacimiento de la dictadura. Si como es muy probable continua creciendo la organización del socialismo en Estados Unidos, uno de los obstáculos más seguros para su despotismo,—pues el despotismo no por ser colectivo deja de ser menos aborrecible ni menos inicuo,—será ese vigor de los centros municipales. Es pues cierto que todo lo que aumenta este vigor tiende á preservar al país de la revolución nacida de abajo, así como de la dominación provenida de arriba, y que la escuela, tal cual se la comprende en América, representa tal vez la más poderosa de las fuerzas conservadoras sobre que se apoyará ese país en el día del peligro. Como á la vez es un instrumento de progreso y de conservación puede decirse que es una de las más admirables máquinas de este país que tantas ha inventado.

Sin embargo, este sistema de educación tiene algunos gravísimos inconvenientes que se reconocen en los defectos más notorios de su sociedad. Faltan palabras para traducirlos con exactitud, tan indigente así es el vocabulario psicológico hecho para el uso y para la observación común, cuando se trata de ciertas anotaciones más delicadas. A falta de términos más inteligibles, diré que esta educación no deja lugar bastante ámplio á la inconciencia. Es muy precisa, muy positiva, muy neta,—Le falta incertidumbre y para decirlo todo, inutilidad. De aquí proviene que esta inmensa civilización tiene algo así como el aspecto de haber sido fabricada, de mantenerse por

un esfuerzo, y de funcionar efectivamente, como una máquina á la que se remonta sin descanso. Aquí no se siente bastante el instinto, el crecimiento casi involuntario de una fuerza que no se conoce. Y cosa extraña, este país donde todo está hecho por el pueblo y para el pueblo, no tiene ninguno de los caracteres que estamos acostumbrados á considerar como la marca propia del alma popular. La candidez y la timidez, la rudeza y la simplicidad crédula, nunca se encuentran en esta civilización; parece no tener fondo, ni virtualidad en el sentido de que todo en ella es actual, realizado y surtido. Por esto es que con todo y esta intensa cultura y lo que es mejor aún con este apetito de cultura, aún no hay arte absolutamente americano, como tampoco literatura absolutamente americana, ni menos todavía poesía absolutamente americana. Los grandes artistas, los grandes literatos y los grandes poetas que están en Estados Unidos,—son conocidos sus nombres.—permanecen allí excepcionales y solitarios. No forman parte de la vida nacional, precisamente porque esta vida es muy voluntaria, muy consciente, muy intensiva y porque la educación trabaja sin descanso en hacer más intensa aún esta conciencia y esta voluntad.

Es preciso profundizar más y reconocer que los americanos manifiestan en ello una de las más inevitables y más inesperadas consecuencias de la idea democrática. En todas las naciones, la poesía—tomo la palabra en su sentido más extenso—ha bebido siempre su savia en el corazón del pueblo. Lo que expresan un Homero, un Esquilo, un Virgilio, un Dante, un Shakespeare, es el deliquio elaborado durante muchos siglos por los ignorantes y por los iletrados, y también por los adoloridos y por toda esa

multitud anónima de los laboriosos: artesanos y soldados, labradores y marineros, campesinas y damas. Lo que se vé bajo de un Giotto, cuando pinta sus frescos, de un Miguel Angel, cuando esculpe sus mármoles, es una obscura Italia que no se conoce, que no se comprende y que entrevee á través de millares de predestinados opresos, un inaccesible, un vago Ideal. El *misterio* envuelto en esta vida inconsciente del pueblo es el que se completa y el que toma forma en la conciencia de estos grandes hombres. Esre misterio se compone de desdichas y de errores, de esfuerzos ciegos y de ardores frustrados. Hay allí muchos sufrimientos individuales, muchas aspiraciones vencidas, un aborto inmenso y trágico de innumerables clases en esta elaboración que tiene coloridos de sensibilidad grandiosa ó delicada, trágica ó conmovedora y que se denomina una obra de arte.

Esos sufrimientos, esos abortos, esas ignorancias son precisamente las que se esfuerza la Democracia en arrancar del mundo. Quiere que todos tengan parte en el goce de vivir, en la alegría de comprender y en la satisfacción de expresarse. Es una ambición generosa y legítima, pero que parece inconciliable con la eclosión de cierto idealismo que no es sino la revancha de los deseos mutilados de una raza. Nemesis, la diosa de las compensaciones fatales se halla aquí como en todas las manifestaciones de la vida humana. Cuando mucho se precisa a la inteligencia se la mutila. Cuando se comprimen mucho los hechos, cuando mucho se les aprieta para poderlos manejar con gran sabiduría, se identifica uno mucho con ellos y el poder del pensamiento puro se disminuye en proporción. Cuando mucho quiere uno, abole uno en sí el instinto para reemplazarlo

con el mecanismo. Cuando mucho se prodigan la instrucción y la educación, se carcomen los manantiales profundos del alma popular, esos receptáculos de poesía ignorante que son el alimento místico de las futuras obras maestras de las letras y las artes.

Si hasta hoy á la civilización americana le ha faltado genialidad estética, es debido, según parece, á esa causa y por una de esas ironías en que se complace la naturaleza, precisamente ese colosal esfuerzo para cultivarse y esa fiebre de educación constituyen una gran parte de esta causa. Pero á reserva de que el porvenir pueda dar un mentís á esta hipotesis, los americanos tienen derecho de decir que, cuando menos, han realizado con audacia de beneficencia incomparable el menos discutible de los programas de la democracia, la multiplicación indefinida de las probabilidades de bienestar y de instrucción.

Uno de los profesores de Cambridge me expresaba esta misma idea de una manera conmovedora, en la siesta de un día en que estábamos en su biblioteca mirando los grabados del *Job* de William Blake, el original pintor poeta precursor de Rossetti y de Morris. En el exterior caía la nieve sobre las ramas negras de los abetos y sobee los ramajes pelones de los otros árboles. A nuestro derredor veinte grabados esparcidos y veinte cuadros nos recordaban la querida, la luminosa Italia en este rincón brumoso y taciturno del Norte. Acababa mi huésped de expresar ante esos objetos, muchos testigos de pasados viajes, su nostalgia de la tierra de la belleza, donde si hay menos máquinas, menos fábricas, menos periódicos y menos escuelas hay en cambio por todas partes toques de arte y por todas partes también la huella de esa poesía innata que existe en un muelle

de la luminosa Florencia, en una mañana de sol en una plaza de la brumosa Piza y en una esquina de la roja Siena.

—"Y sin embargo" dijo; "no quisiera yo ser ingrato para mi país. En él encuentro muchas cosas que me chocan"—y empleaba la más delicada é intraducible frase de *offensive*—"en cambio tengo conciencia en mi bienestar de que muchas otras de las personas que me rodean disfrutan también del mismo bienestar y que son muchas,—y pienso que sobre este inmenso continente son muy pocos los destinos fallidos en lo absoluto si no es por culpa propia. Esto es un beneficio incontestable de nuestra democracia y por sólo él vale la pena de aceptar todas sus condiciones. . . ."

IX

PLACERES AMERICANOS.

Habiendo exagerado hasta el abuso, casi hasta el vicio su tensión nerviosa y voluntaria, es imposible que el americano se divierta como nos divertimos los latinos, que no comprendemos el placer sin cierto abandono de los sentidos mezclado á la vez con molicie y con voluptuosidad. El animal humano se conserva siempre semejante á sí mismo en sus manifestaciones, aun cuando sean las más opuestas en la apariencia, y nosotros sólo prolongamos en nuestras diversiones lo que constituye el fondo común de nuestra vida. Cítase con frecuencia la anécdota de que Napoleón en Santa Elena no podía sentarse á

con el mecanismo. Cuando mucho se prodigan la instrucción y la educación, se carcomen los manantiales profundos del alma popular, esos receptáculos de poesía ignorante que son el alimento místico de las futuras obras maestras de las letras y las artes.

Si hasta hoy á la civilización americana le ha faltado genialidad estética, es debido, según parece, á esa causa y por una de esas ironías en que se complace la naturaleza, precisamente ese colosal esfuerzo para cultivarse y esa fiebre de educación constituyen una gran parte de esta causa. Pero á reserva de que el porvenir pueda dar un mentís á esta hipotesis, los americanos tienen derecho de decir que, cuando menos, han realizado con audacia de beneficencia incomparable el menos discutible de los programas de la democracia, la multiplicación indefinida de las probabilidades de bienestar y de instrucción.

Uno de los profesores de Cambridge me expresaba esta misma idea de una manera conmovedora, en la siesta de un día en que estábamos en su biblioteca mirando los grabados del *Job* de William Blake, el original pintor poeta precursor de Rossetti y de Morris. En el exterior caía la nieve sobre las ramas negras de los abetos y sobee los ramajes pelones de los otros árboles. A nuestro derredor veinte grabados esparcidos y veinte cuadros nos recordaban la querida, la luminosa Italia en este rincón brumoso y taciturno del Norte. Acababa mi huésped de expresar ante esos objetos, muchos testigos de pasados viajes, su nostalgia de la tierra de la belleza, donde si hay menos máquinas, menos fábricas, menos periódicos y menos escuelas hay en cambio por todas partes toques de arte y por todas partes también la huella de esa poesía innata que existe en un muelle

de la luminosa Florencia, en una mañana de sol en una plaza de la brumosa Piza y en una esquina de la roja Siena.

—"Y sin embargo" dijo; "no quisiera yo ser ingrato para mi país. En él encuentro muchas cosas que me chocan"—y empleaba la más delicada é intraducible frase de *offensive*—"en cambio tengo conciencia en mi bienestar de que muchas otras de las personas que me rodean disfrutan también del mismo bienestar y que son muchas,—y pienso que sobre este inmenso continente son muy pocos los destinos fallidos en lo absoluto si no es por culpa propia. Esto es un beneficio incontestable de nuestra democracia y por sólo él vale la pena de aceptar todas sus condiciones. . . ."

IX

PLACERES AMERICANOS.

Habiendo exagerado hasta el abuso, casi hasta el vicio su tensión nerviosa y voluntaria, es imposible que el americano se divierta como nos divertimos los latinos, que no comprendemos el placer sin cierto abandono de los sentidos mezclado á la vez con molicie y con voluptuosidad. El animal humano se conserva siempre semejante á sí mismo en sus manifestaciones, aun cuando sean las más opuestas en la apariencia, y nosotros sólo prolongamos en nuestras diversiones lo que constituye el fondo común de nuestra vida. Cítase con frecuencia la anécdota de que Napoleón en Santa Elena no podía sentarse á

una mesa de Whist sin ensayar inmediatamente el *Chelem*. Con las cartas en la mano se volvía á sentir el imperioso y audaz jugador que arriesga todo y que dijo un día:

—"En mí existía el príncipe, en mi terrible espíritu que por su ascendente puso á mis piés á toda Europa. Es cierto que los azares del destino me llevaron hasta el trono. *Pero, en el mismo fondo de un claustro, hubiera sido siempre el emperador.....*"

Y aun lo era en ese inconsciente ardor de dominio que quería hacer todas las basas sobre el p obre tapete verde de su casa de destierro. Ese es el símbolo del placer en todos los pueblos y en todas las razas.

Esa profunda unidad del carácter nacional no se reconoce á la primera mirada; pero con un poco de análisis se la descubre pronto. En Francia, por ejemplo, el rasgo dominante de este carácter parece ser el exceso de sociabilidad, el que ha comenzado por crear entre nosotros el abuso de la vida de salón, por consiguiente el abuso de la vida de conversación y por consecuencia el gusto por las ideas agudas, ingeniosas y por último, abstractas. Después se ha seguido una completa modificación del espíritu político, y á través de la triste bancarrota de 1789, el advenimiento de un sistema fundado en la pura lógica, en el que el Estado devora todas las fuerzas vivas del país, absorbe todas las individualidades y agota todas las iniciativas. Ese mismo exceso de sociabilidad da por resultado en el orden ínfimo de las distracciones burguesas, la costumbre de morar en el café, cuando se llega de un país anglo-sajón, y cuya privación era para Vallés la forma más insoportable del destierro en Londres. El mismo gusto de sociabilidad nos hace preferir las piezas de teatro ligeras y delicadas, fáciles de comprender y que comentan de modo fluido y espiritual las costumbres del día, las pequeñas ridiculeces mundanas que ya se han comentado en las charlas de los salones y de los círculos. Se encuentra esta sociabilidad también en nuestros periódicos de los baluartes, plagados de literatura "charlada," si así puede decirse, en nuestras fiestas populares con sus bailes al aire libre y su familiaridad parlera, y en el polo opuesto, también en nuestra concepción de la galantería. La mujer fácil para nosotros, no es solamente la criatura á quien se paga y sobre la que se sacia la lujuria del hombre, pues por poca gracia, verba y talento que posea, bien pronto se convierte en camarada en cuya compañía este hombre se retarda y se complace, que cuando es libre la instala en su casa y que acabará por ser su esposa.

Todos estos fenómenos puestos en conjunto revelan el estrecho y secreto lazo que liga á uno y otro. Un observador que conociese á fondo los Estados Unidos no tendría trabajo de establecer una correlación semejante entre las ideas, los trabajos y los placeres americanos. Parecen encerrar esos placeres, así como esas ideas y esos trabajos, algo desenfrenado y desmesurado, una excitación muy vigorosa, pero que confina siempre en la violencia y sobre todo asperidad é inquietud. Aun en las diversiones el americano sigue siendo activo, muy activo, voluntario, muy voluntario; al revés del latino que goza con el abandono, él goza con el sobresalto cualquiera que sea la clase de sus placeres, pues así como tiene algunos muy brutales, los tiene también muy refinados. Algunos croquis tomados del natural harán comprender mejor que todas las teorías esa especie de nerviosidad, esa especie de espasmo acre en la distracción,

si con todo y todo puede ser empleada esta palabra que es sinónima de las dos cosas menos americanas que hay en el mundo: el abandono y el reposo.

Los placeres más violentos y más profundamente nacionales son, entre todos, los del *Sport*.... Es preciso traducir esta fórmula en su sentido real, pues no se encontrará en su significación nada de lo que nosotros los franceses hemos dado, nosotros que hemos suavizado este término al adoptarlo. Con él hacemos entender, sobre todo, la elegancia y la destreza. El americano, no comprende el *Sport* sin algo de peligro, porque no lo entiende sin la concepción de la lucha y de la audacia. Así el *yachting*, que para nosotros consiste en paseos recreativos á lo largo de las costas, para él representa viajes al rededor del mundo, la tempestad sufrida frente á frente y las vastas soledades del Atlántico, ó bien luchas de velocidad donde todo se tiene en cuenta, menos la vida humana. Cuando visité en *Newport*, uno de los buques particulares que estaba anclado en el puerto, noté un arsenal completo de fusiles y de picas colgados en una de las paredes del entrepuente.—"Son para el caso en que tengamos que ir á los mares de China donde podríamos encontrar piratas...." me dijo el propietario de ese hermosísimo juguete para viaje.

Otro que delante de mí discutía las probabilidades de velocidad entre el *Vigilant* y la Walkyrie, los dos *yachts* veleros cuyos nombres fueron objeto de las conversasiones del otoño pasado durante muchas semanas, decía con flema:

"Hemos tenido que hacer el filarete muy bajo y

tendremos grandes probabilidades si no perdemos muchos hombres...."

Y en la última frase no había más emoción que fanfarronada en la primera; era simplemente la expresión natural de sensibilidad tan mezclada de energía, que por instinto se complace en unir la idea del juego á la idea del peligro y en la que algo de riesgo trágico es como el condimento indispensable para sus fiestas más inocentes.

Entre las diversiones del *Sorpt* ninguna está más de moda hace algunos años que el *foot ball*. El otoño pasado asistí en la pacífica y tranquila ciudad de Cambridge á una partida que los campeones del colegio *Harvard el team* como aquí se dice—sostenían contra los campeones de la Universidad de Pensilvania. Tuve necesidad de retrogadar en mi pensamiento hasta mi viaje á España para recordar una fiebre popular igual á la que palpitaba á lo largo de la carrera entre Boston y la arena donde debía tener lugar el combate

Los carruajes de las *tramways* eléctricas se sucedían con un minuto de intervalo, llenos de viajeros que sentados, en pie, en las plataformas y colgados de los escalones se apretaban, se machucaban, se aplastaban. Como en Roma en los combates de Gladiadores, la cita era para una especie de cercado al aire libre á pesar de que los días de Noviembre son cruelmente fríos bajo el cielo de Massachusetts. A dos pasos del *memorial hall* y de los otros edificios rojos de la universidad se levantaron graderías de madera; sobre estas graderías había tal vez quince mil espectadores y en el inmenso cuadrilátero central dos bandas de once jóvenes cada una esperaban la señal para comenzar.

Cuánto alboroto en esta multitud compuesta, no

de gente de la clase baja si no de personas acomodadas y cuya excitación iba creciendo á medida que pasaba el tiempo. Todo el mundo tenía en la mano banderitas rojas y llevaba penachos de flores rojas también. El escarlata es el color de las estaciones de Harvard. Aunque corría un rumor febril sobre esta multitud esto no bastaba á los apasionados por el juego. Una especie de empresarios de entusiasmo, estudiantes de rostro lampiño, plomizo y ya marchito, se paseaban entre las bancas donde encendían aun más el ardor del público, dando al aire el grito de guerra de la universidad, el *Rah! Rah! Rah!*... repetido tres veces y terminado por la aclamación frenética de *Harvard!* Los partidarios de los *Pensys* respondían con un grito análogo y hacia abajo, por encima de la palizada del recinto, se podía ver en los árboles sin hojas los racimos de espectadores pobres que, no teniendo con que pagar su entrada se habían izada en las ramas, y se distinguían sus caras desprendiéndose sobre el cielo de otoño con la finura de las cabezas claras de las pinturas de los abanicos japoneses.

Se da la señal y comienza el juego. Terrible juego que bastaría por sí solo para medir las diferencias del mundo Anglo-sajón y del mundo latino,—juego de dogos jóvenes adiestrados á morder y á abalanzarse en la ralea, juego de una raza hecha para los ataques salvajes, para la defensa violenta, para la conquista implacable y para la lucha desesperada. Con sus chupas de cuero con mangas de paño rojo para los campeones de *Harvard*, azul y blanco para los de *Pensilvania*,—chupas y mangas desgarradas desde luego—con sus defensas en la parte anterior de las tibias, con gruesos zapatos y con sus caras pálidas y rosadas bañadas por sus flotantes cabellos, son,

á la vez que admirables, horrorosos en cuanto el demonio de la lucha se apodera de ellos.

En cada extremidad de la pista se levantan dos postes que representan, el de la derecha uno de los campos, y el de la izquierda el otro. Toda la cuestión consiste en hacer pasar entre los dos ya de uno ó de otro extremo, una enorme pelota de cuero que los campeones de ambos partidos deben lanzar sucesivamente. En el anhelo de este lanzamiento es donde se concentra la excitación de esa diversión casi feroz. Allí está el que tiene la pelota, inclinado hacia adelante, rodeado por sus compañeros y por sus adversarios, inclinados también en aptitud de animales de acecho, prontos á saltar. De repente corre para aventar la pelota ó con un movimiento de loca rapidez la pasa á manos de otro que se lanza con ella y á quien se trata de detener. La brutalidad de los ademanes con que se agarra al portador de la pelota, es imposible que se imagine sin haberlo visto.

Le agarran por la mitad del cuerpo, por la cabeza, por las piernas, por los piés. Su agresor rueda con él y como luchan y como la tropa de cada partida viene á socorrerle ó atacarle, veintidos cuerpos se abalanzan unos contra otros y se forma un nudo inextricable de serpientes de cabezas humanas. Y todo esto se retuerce en el suelo y se desgarra. Se ven caras, cabelleras, espaldas y piernas, retorcerse en una monstruosa y movediza batalla. Después este nudo mortífero se desata y la pelota salta lanzada por el más ágil, y perseguida nuevamente con el mismo furor.

Con frecuencia, y después de uno de esos frenéticos enredos y cuando se deshace el nudo de los jugadores, uno de los combatientes queda en la arena, inmóvil, incapaz de levantarse, tanto así le han gol-

peado, apretado, machucado y aplastado. Uno de los médicos de servicio, se acerca y le palpa; se ven las manos de ese sabio sacudiendo un pié, una pierna, frotar costillas, lavar una cara y esponjear la sangre que corre de la frente, de los ojos, de la nariz y de la boca. Un complaciente camarada le ayuda en esta tarea y pone sobre sus rodillas la cabeza del combatiente desvanecido. A veces es preciso llevarse al desgraciado; con frecuencia recobra el conocimiento, se estira un poco y acaba por levantarse; da algunos pasos apoyado sobre un brazo amigo y aun no está todavía capaz de andar así, cuando vuelve á comenzar la partida, á la que se entrega de nuevo con rabia decuplicada por el dolor y por la humillación.

Si la rudeza de este espantoso *Sport* no fuese para los espectadores sino motivo de un sobresalto nervioso de algunas horas, los jóvenes atletas no se entregarían á él con el entusiasmo que les hace aceptar los más dolorosos y á veces los más peligrosos arrastramientos. Me decía una madre hablando de su hijo que no tiene aún catorce años:

—"Adora el *foot ball*. Ya es capitán de los once; no me atormentaría si siempre tuviese que habérselas con bandas de jovencitos como él, pero tiene la manía de batirse con hombres ya hechos...."

En semejantes riesgos es en donde son de temer accidentes siempre mortales.

—"¿Qué quiere usted?" me respondía uno de los profesores de *Harvad*, "en la locura del juego es cierto que se dan muchos malos golpes. También es cierto que los héroes de partidas como las de hoy son las víctimas. El entusiasmo es muy intenso. El sistema nervioso no puede resistirse. Pero las hazañas de los campeones sostienen el juego en modo. Esto hace que en todos los sitios más apartados de América, todos los jovencitos se entreguen á este ejercicio y esto da temple á la raza...."

Enunciaba bajo una forma abstracta lo que es el instinto de la multitud americana,—instinto que no razona y que se manifiesta por señales extrañísimas. Durante el combate que he ensayado describir, una mujer distinguida y fina, cerca de la cual me encontraba sentado, exclamaba: "*beaty!*" á cada uno de los golpes que hacían rodar en tierra á cinco ó seis jóvenes. Desde el momento en que se comienza á preparar una partida como esa, los retratos de los diversos luchadores se encuentran en todos los periódicos. Las peripecias de la lucha se cuentan por menudo con cuadros gráficos para que se pueda seguir con más facilidad las idas y venidas de la pelota. Los vencedores y los vencidos son interrogados igualmente. De un célebre periódico recorté el otro día un artículo titulado: *A foot Ball Scientist*, donde el autor procuraba demostrar que la mejor táctica que se puede seguir en este juego es la misma que la de Napoleón. Qué mejor elogio puede hacerse cuando se conoce el lugar distinguido que ocupa el Emperador en la imaginación de los Yankees?

Pero, no se crea que semejantes fanatismos, por un *sport* tan brutal, no suscite vivas protestas. El mismo espíritu de iniciativa que impulsa á muchedumbres enteras de americanos á exaltarse ante estos semi-gladiadores y á idolatrar esa ostentación violenta de energía física impulsa á otros americanos á hacerle guerra á esa violencia inexaminada y sin posible exámen. Se forman ligas en favor y en contra y es muy posible que muchos accidentes conduzcan á algunos Estados á votar restricciones legislativas para este terrible juego. Cuando se ha segui-

do de cerca una partida verdaderamente ardiente,—*whit plenty of life and ginger*—como decía un repórter, se puede notar que llegados á cierto grado de excitación los combatientes ya no son dueños de sí mismos. Vuelvo á ver, al escribir estas líneas, la silueta de uno de los campeones de Pensilvania, después de un tiro disputado y el ademán rabioso con que arrojó la pelota que le fué preciso soltar. Entre esta cólera y un mal golpe, habia muy poca distancia, muy poca amplitud psicológica para emplear una pedantesca y muy exacta fórmula científica. Pero ¡oh! estas restricciones no podrán curar al público americano de su *foot ball*, como no lo han curado de su pasión por el boxeo. Cuando en el invierno pasado, Corbett y Mittchell debian encontrarse en *Jacksonville*, fué preciso encender trenes especiales para transportar á los partidarios de ambos boxeadores á la feliz ciudad de la Florida, no hubo un solo periódico donde no se mencionasen mañana por mañana y hora por hora, las condiciones de la marcha de los dos rivales. Los nombres de los parientes y amigos que les asisten, el moviliario de los cuartos del hotel donde se alojaban, la lista de los platos de sus comidas, sus lecturas y sus pensamientos,—qué más detalles podian encontrarse en esas columnas!—Cuando pasé por *Jacksonville*, algunas semanas después, este *fight* era todavía objeto de todas las conversaciones en los trenes que atravesaban esta coqueta ciudad y no dejaba de hablarse de ello sino para discutir la próxima lucha que se proyectaba entre el campeón californiano y el australiano Jackson.—Ni aun la elección del futuro presidente conmovería con más fuerza la opinión.

Para formarse idea de lo que deben ser tales encuentros, estos *prisefights*, como se les llama, donde el combate no cesa sino por la impotencia para sostenerlo de alguno de los boxeadores, es fuerza haber seguido en algún *athletic club* un combate regulado, es decir, uno donde los ataques son contados y los pases limitados. Los más interesantes de los que yo he seguido anotando sus peripecias, tuvo lugar en Washington. También fué el primero á que asistí. En el tercer piso del club, en la sala del gimnasio se habia levantado una plataforma á la altura de un hombre. Estaba cerrada por cuerdas. En derredor de ella esperaba un millar de espectadores, unos sentados en sillas, otros en pié en la galera. A lo largo de las paredes muchos aparatos de gimnasia, levantados ó colgando formaban un cuadro verdaderamente digno de esta escena. La electricidad,—eran las nueve de la noche—iluminaba, esculpiendo todas las facciones, las caras impacientes de los aficionados y sobre la entrada cuadrada la silueta de un hombre que se paseaba nerviosamente y que era el *referee*, el árbitro del combate. Vestía uno de esos largos sacos que se usan aquí y que pasan sobre la moda, y cuyo corte tan ámplio y tan redondo se asemeja al carapacho de algún enorme coleóptero.

Por último se levantó un murmullo de satisfacción..... Los dos primeros boxeadores llegaron con sus asistentes. Van cubiertos por largos peinadores que se quitan desde el momento en que suben á la estrada. Aparecen sus espaldas enteramente desnudas, magras y probadas por los paquetes musculares. Se sientan sobre una silla y se abandonan con singular paciencia á los cuidados de sus asistentes, que les lavan, que les pinan y que les frotan como á animales, en tanto que el personaje vestido de amplio chaquetón anuncia el programa del comba-

te, su duración, el número de pases ó *rounds*, el peso de los dos campeones, sus nombres y su patria. Uno es de Filadelfia, el otro de Wilmington. El primero tiene un mascarón negro, casi de mulato, en cuyo medio se aplasta una nariz á la vez que quebrada, ganchuda. El otro es blondo, de cara cuadrada, con la nariz fracturada también, pero en dos partes, lo que dibuja sobre su cara algo como el trébol de la calavera. Ha estirado sus brazos y los apoya en dos cuerdas cruzadas por detrás de él en ángulo agudo. Sus biseps marmóreos se destacan con el masaje, que ni aun parecen menearlo.

El tocador de los boxeaderes ha terminado. A los dos se les ponen guantes. Suena un gongo. Se levantan, se adelantan uno hacía otro y el pase comienza. Una especie de estertor de placer se escapa entonces del auditorio, estertor no interrumpido, que pasará desde el suspiro hasta el aullido, según se precipiten ó se detengan los episodios del combate. El de Filadelfia ataca más, pero está muy agitado, sus piernas no están muy á plomo Baila, salta, mientras que su brazo se mueve de manera enervada y mecánica, como una pinza que vacilara, se tendiera, reculara y se tendiera aún indefinidamente. Su adversario tiene mejor guardia. Avanza, recula, sin que su dorso se mueva, y su rostro cruel, donde ahuecan sus ojos agujeros azules, es realmente el de la muerte. Los golpes se enardecen con el juego. Los cuerpos se doblan para evitarlos. Los dos hombres se enfurecen. Se oye su resoplido y el ruido mate de las puños que saltan sobre la carne desnuda. Después de algunos golpes asestados con más fuerza, el *darete* corre, como ellos dicen, la sangre salta de los ojos, de la nariz y de los labios, embadurna los carrillos y las bocas y mancha los puños con su rojo

y cálido licor, mientras que el público manifiesta su júbilo por aullidos interrumpidos sólo por el ruido del gongo.

Es el tiempo de descanso entre dos pases. Los boxeadores, sentados de nuevo, se abandonan, como á su entrada, á los cuidados de sus asistentes, que los frotan como los corredores cuidan á sus caballos; jugadores exaltados saltan á la estrada, se quitan los vestidos, y una vez que están en mangas de camisa, abanican con frenesí á los infortunados pugilistas, medio desvanecidos por la sangre perdida, por los golpes recibidos y dados y por el intenso esfuerzo nervioso del combate. Suena otro tamborazo y vuelven á comenzar los pases.

En esa noche hubo cuatro combates parecidos: uno de seis pases, otro de ocho, el tercero de cinco y el último de once, y en las dos horas y media que duró esta indefinible sesión, ninguno de los espectaderes dejó su sitio. Ni tampoco un solo segundo pareció suspenderse el interés apasionado que hacia inclinar todas aquellas caras hacia la estrada. Una debil protesta se levantó cuando en ocasión en que el *referee* llamaba á los campeones del tercer combate, llegaron dos niños de diez y seis años, uno enteramente encogido en su pequeña talla y el otro tan débil con la flacura de su pobre cuerpo, tan poco formado y tan frágil, que una voz gritó.

—"They are girls, no boys...." "pero si esas son niñas, no muchachos...."

Este movimiento piadoso no impidió que frenéticos aplausos acogieran la caída del flaco y débil niño, que cayó á lo largo, y la sangre que goteaba de la cara de ese muchachillo nacido ayer. Cuando se lo llevaban, ya había comenzado otro duelo entre dos viejos boxeadores que parecían la encarnación

de dos distintas fisiologías, uno chaparro y cachigordo, casi grasó, con el pelo rojo y con la sangre que parecía brotar de su piel blanquísima; el otro desecado, muy alto, todo bilis y nervios. La cara siniestra de este último resaltando en verde sobre el azul de la barba rasurada, con ojos taciturnos de doméstico malo, sonreía con sonrisa feroz. Le veía yo desplomar al otro, desplomarnos á todos, mientras que la precisión ágil y violenta de los movimientos, daba idea de una invencible energía..... Después de once *rounds*, este atleta color de olivo estaba tan seco como en el momento en que había puesto los piés sobre la estrada, mientras que el sudor de su adversario escurría mezclado con su sangre. Fué una serie de admirables ataques y de respuestas no menos admirables, y cuando los dos campeones terminaron el undécimo pase sin que ni uno ni otro cayese en tierra, hubo en la Asamblea un movimiento de irresistible simpatía para el más débil, para el rechoncho que se había defendido con tanta bravura. Se declaró vencedor al gigante en medio de violentas protestas, y en los apretones de mano que le dieron al vencido, había admiración y amistad. Si este vencido tan animoso hubiera pedido cualquier cosa á esos hombres, le hubieran obedecido inmediatamente, tanto así le respetaban por haber sabido sostenerse tan valerosamente en condiciones tan inferiores.

Parecerá extraña, seguramente, la palabra respeto aplicada á boxeadores de profesión. Pero es la única que define el prestigio de que están rodeados, en Estados Unidos, los héroes del pugilato. Una de mis amigas de las de aquí, á quien hablaba de ese entusiasmo, me contó que debía la vida á uno de los más famosos boxeadores del Oeste y en medio de condiciones tan singulares que bien valen la pena de ser referidas detalladamente:

Había ido á comer y á pasar la velada á uno de los arrabales de la gran ciudad, donde entonces vivía y regresaba en su carruaje cuando tuvo que atravesar una calle atestada de pueblo amenazador. Caía en medio de la manifestación de una prolongada y dolorosa huelga. Sus caballos se vieron obligados á detenerse. Sacó la cabeza por la portezuela de su coche y un espantoso clamor acogió su aparición. Las luces eléctricas que alumbraban la calle habían herido, despidiendo reflejos, á los diamantes que brillaban en su cabellera. Unido este último signo de lujo al aspecto del *coupé*, á las libreas del cochero y del lacayo, y á la soberbia de los caballos, despertó la indignación de la hambrienta turba. Todos los brazos se extendieron, y varias caras se acercaron vomitando injurias.—"Saqué un largo fistol de oro" me decía la joven "y estaba resuelta á herir en los ojos al primero que se me acercase mucho."

En esos momentos y cuando se creía en mayor peligro por esa arma tan fragil, vió, lo que aumentó su terror, hendir la multitud del pueblo á un coloso que apartaba á las gentes con tal autoridad que le tomó por uno de los jefes:

—"No tenga usted miedo á estos desgraciados, dijo el hombre cuando que estuvo junto á ella "yo me encargo de ellos. Diga usted á su cochero que haga andar los caballos...."

La joven se asomó de nuevo á la portezuela, pero en esta ocasión no se levantó un solo grito. Dió sus órdenes á los criados, que estaban llenos de terror sobre sus asientos. El *coupé* se movió, el desconocido lo escoltaba apoyando nada más que su mano sobre el borde de la portezuela y la multitud se apartó de

hecho para dejar el paso libre. Cuando pasaron del espacio ocupado por los huelguistas, el desconocido, saludó á la señora. El cochero tocó á los caballos partió al galope. El y el lacayo temblaban todavía cuando llegaron á la puerta de la casa.

—"Como usted comprenderá quise saber quién me había salvado" continuó la narradora. "Pero mis dos sirvientes eran irlandeses recien llegados de Europa y no conocían á nadie.... La descripción que hice á algunos de mis amigos, quienes tenían ámplios informes sobre la huelga, no respondía á ninguna seña determinada para ellos. Había pues renunciado á la esperanza de saber el nombre de mi protector misterioso á quien veía siempre con su aspecto seco, altanero y marcial, con su mirada dominadora, y con esa especie de libertad, que es á la vez brutal y flexible, en sus ademanes... Cuando siete ú ocho semanas después, estando mi madre y yo comprando armiños en una tienda de pieles, hubo gran alboroto en la puerta. Reconocí á mi salvador y supe al propio tiempo su nombre y la extravagante hazaña que había llevado á cabo. Era John-B. W*** el célebre boxeador, que alegre por el alcohol había apostado que mataría un caballo de un puñetazo. quiso la casualidad que tan absurda apuesta le condujese derecho á la puerta de la tienda y que diese el golpe á uno de mis caballos precisamente. Pude, cuando menos, saldar con él mi deuda impidiendo que se le persiguiese por ese golpe, aunque no corría riesgo de ser condenado á una pena muy fuerte. Era muy popular...."

A lado de esos placeres del *sport*, es preciso colocar los del teatro. No están estos tan distantes de aquellos como podría creerse á primera vista. La pasión por los espectáculos que tiene como consecuencia el respeto por los actores, es general entre los americanos. Ya se sabe la acogida que tuvieron Mme. Sarah Bernhardt y Mme. Eleonora Duse, M. Coquelín y M. Irving, citando únicamente estos cuatro nombres de famosos artistas y sin hablar de los cantores ni de las cantatrices. No solo era el modo de representar de estos grandes actores el que interesaba apasionadamente al público, eran también sus personas. Y sobre todo sus ideas y su arte. En todas las ciudades de Estados Unidos existe un grupo de aficionados cuyo estudio y gusto consisten en razonar sobra la interpretación más ó menos inteligente de tal ó cual pieza, de ésta ó de aquella obra de música. Digo el estudio, pues aun en esto aquí, se reconoce la tensión de la voluntad. Por ejemplo, en Bostón el programa de cada uno de los conciertos célebres va acompañado de un comentario técnico, tan lleno de citas, tan lúcido y á la vez tan erudito que ese librito forma un capítulo verdadero desprendido de un curso de historia musical. En Chicago, y cuando Coquelin representó *Tartufo*, de cuya representación ya he hablado, los periódicos del día siguiente traían sobre la comedia de Moliére disertaciones tan llenas de reseñas, tan analíticas, tan llenas de colorido como hubieran podido ser las del folletín del *Temps* ó del *Journal des debats*. Y luego, á lado de estos caracteres que revelan un gusto tan difícil y un dilletantismo tan delicado se ve á este mismo público aceptar sorprendentes medianías.

Recuerdo que en una función dada en el teatro de la Opera de Nueva York se cantó la música de *Lohengrin* por uno de los actores en francés, por otro en inglés y respondiendo los coros en italiano. Pero,

acaso no podrá verse en todo esto, una lógica secreta entre estas manifestaciones en apariencia tan contradictorias? Si se concurre al teatro por gusto, si se tiene la voluptuosidad de la música y si se es un epicúreo por la armonía, semejantes choques ofenden y lastiman. Toda la sensibilidad desaparece con esta contrariedad, y no queda sino el deseo de tomar el sombrero y partir. Pero si una partitura que se representa contiene el estudio del genio de un maestro ó del talento de un artista, se la acepta con todo y estar mutilada. Se la acepta sobre todo si se está devorado por la necesidad de asimilación Europea, de que está casi enferma la América Intelectual y también la América Elegante! No pudiendo trasportar á toda la Opera y á toda la Comedia Francesa del otro lado del Oceano, nuestros paisanos toman lo que pueden,—y es preciso confesar que con frecuencia es lo más exquisito,—y gozan con ello como los ingleses pueden gozar de los trozos del Parthenon con fragmentos rotos y sin unión posible; pero su doble pasión se satisface: primero la de cultivarse, y segundo la de tener en Nueva York á todos los primeros actores de Londres y París.

En espectáculo de otro género es donde es necesario buscar la originalidad del genio americano y los verdaderos placeres dramáticos de este pueblo. Las piezas en que sobresalen los autores de este país escribiendo, y los actores representándolas, es la Comedia casi sin fábula, sin intriga, compuesta en su totalidad de escenas tomadas de las costumbres locales revueltas con pantomimas. Si la expresión hoy pasada de moda, de "crítica de la vida" puede ser aplicada con justicia á algunas de las obras teatrales, es sin duda alguna á éstas; pues figuran en ellas todas las particularidades de los diferentes Estados,

ora las costumbres singulares del Sur, como en el *New South* que ya he analizado; ora las del Norte, como en una pieza que ví en Nueva York y que se llamaba *A Temperance Town*. Esta última tal vez la más típica de todas, tenía este subtítulo:

—"*Which is intended as a more or less hutfhudl presentation of certain incidents of the life, relating of to the sale and use of licuor in a small village in a prohibition State.*"—Que tiene por objeto presentar, con mayor ó menor verdad, ciertas escenas de costumbres relativas á la venta y al uso de los licores en un pueblo de uno de los Estados prohibitivos.

La mayor curiosidad de esta comedia consiste en que el personaje simpático es un borracho calificado como tal en la distribución de las papeletas: "*Jhon, known as Minkatowu drunkard,*" "Juan, álias el Mink, uno de los ébrios del pueblo."

—"Será preferible para destruir el abuso de la bebida, instalar el triunfo de la hipocresía?" dice uno de los héroes en el último acto.

Hé allí toda la moral de esa obra singular, donde se ven al lado de escenas patéticas, hasta el melodrama, bufonadas de este género, es la noche de Navidad; la hija del pastor expulsada por su padre agoniza al pié de las paredes de la iglesia donde este está oficiando. A este tiempo el buen borracho coloca sobre los escalones de esa misma iglesia, una ancha tabla, oculta por la nieve y sobre la cual bajan resbalando, uno despues de otro, todos los concurrentes al oficio á medida que de él salen.

En estas sorprendentes antítesis es en las que parece complacerse el público con locura. El principio nacional de la risa no es como entre nosotros un fin subentendido y malicioso. Es la gracejada fría, violenta, absolutamente inesperada. De repente y en

un momento trágico, uno de los artistas ejecuta una payasada: de un puntapié levanta hasta la cabeza de su interlocutor un sombrero ó dá un peligroso salto por encima de una mesa. Continúa el drama sin que estas extravagancias causen otro efecto que hacer estallar en carcajadas al auditorio. Para el extranjero que no está acostumbrado á este mosaico de cuadros de costumbres y de falsas bufonadas, esta alegría epiléptica respira la cantina, la intoxicación alcohólica, un principio de enfermedad nerviosa.

Lo más extraño está en que estas pantomimas que tienen parte á la vez del gimnasta y del clown, son sorprendentes por su precisa sencillez y por su realismo para las partes verdaderas de su papel. En una de estas comedias, que se llamaba, según creo, "*El Country Circus*," "el Circo Campestre," ví una escena de robo representada con una perfección incomparable por tres saltimbanquis de casualidad. Uno representaba al empresario del circo en su taquilla, el otro á un negro que se acercaba á comprar una localidad á esta reja, y el tercero á un policía que vigilaba la entrada al espectáculo. El negro pagaba con un billete de diez *dollars* al empresario, quien le daba la vuelta de cinco *dollars* nada más. El negro reclamaba. El empresario asomándose á la taquilla gritaba: "*¡Officer!*" y acusaba á su víctima de que quería robarle, por cuya acusación el policía se llevaba al negro y lo encerraba por fuerza en el circo. Después, vuelto á la taquilla, el policía, recibía dos *dollars* de manos del empresario. La pasividad aturdida del negro, la charlatanería mordente del *barnum* ocupado en encerrarlo y la brutal y sórdida duplicidad del policía eran otros tantos toques marcados como con agua fuerte, y que imponían un animalísimo pantomímico, casi intolerable por su inaguantable verdad.

Por lo demás, el *policeman* y el negro son dos de los personajes favoritos de esas farsas que obtienen en grande el favor popular; otro de ellos es el pillo caballeresco que he pintado ya. Pero el protagonista que no tiene rival es el "*tramp*," el vago de profesión, en lucha eterna con sus dos enemigos: el *policemen* y el *brakeman* ó garrotero. La disputa en torno de un wagón de mercancías, donde quiere ocultarse el *tramp* y de donde le expulsa el brakeman,—tal es el tema habitual y que se presta á miles de accidentes y de gracejadas. En efecto, el tramp es el gran humorista popular: El es quien da el sobrenombre á las grandes compañías ferrocarrileras. Por ejemplo: bautizará á la de "Baltimore y Ohío" la "*B. and O.*" *Beafsteak and Onions*. En uno de los teatros de Washington presencié las locas carcajadas que produjo ese chiste. Una de las cuatro localidades de adelante, las únicas de la sala, estaba ocupada esa noche por un espectador que había subido los pies, colocándolos sobre el terciopelo de la banca. Solo se veía de su persona el barniz de sus botas en posición de espejear con la electricidad, y su mano que se movía, una mano gruesa y velluda cargada de anillos. Demostraba su gozo, pateando con los talones sobre el terciopelo rojo que servía de apoyo á su cómoda posición. Ese hombre, á quien costó su localidad quince *dollars*, era probablemente uno de esos ricachos del Oeste que han pasado trabajos en veinte oficios diferentes, hecho y tirado su fortuna varias ocasiones, frecuentado en el curso de su vida aventurera el trato de gentes de toda clase y de todo origen. Tales individuos constituyen el fondo del público americano y tienen de la vida humana una experien-

cia demasiado completa para que puedan dejar de exigir á la comedia la observación exacta y la expresión de costumbres verídicas. Por otra parte al atravesar su odisea de hombres de negocios, han conservado, y con frecuencia sin escrúpulo, cierta candidez, un no se qué de juvenil, de casi infantil, que aquí se encuentra por todas partes. Además son honestísimos, aún escrupulosos en asuntos de amor.

Así pues, esos estudios locales, con intercalaciones chuscas y de los que está eliminada toda picardía, corresponden perfectamente á todos esos caracteres tan diversos. Y se debe hacer notar que así lo comprenden los directores. Pero es mejor leer este elogio que copio de un programa:

—"Los actores de esta compañía se proponen representar únicamente piezas del país, escritas por autores del país, *native plays by native anthors*, y ésta [aquí el título] es esencialmente americana en su escena, en su acción y en su objeto. Los caracteres son esencialmente americanos y en ella se respira una frescura americana que concuerda con la grandeza americana. En toda la pieza no hay un solo personaje malvado, ya hombre, ya mujer. Ni una sílaba existe que pueda ruborizar al más modesto de los carrillos. Esta pieza ataca los vicios de la sociedad disipada y las miserias que tienen su origen en la concentración de la vida civilizada en las grandes ciudades. *En ella no hay una sola paloma manchada que agite sus alas sucias, y no hay bandidos de frac que ronden en torno de ninguna presa para darle caza...*"

Y todo en ese anuncio era rigurosamente cierto,—incompleto bajo el punto de vista de que la pieza terminaba, sin que se hubiesen tomado el trabajo de explicar la razón de ello, con la exhibición de una familia de equilibristas.

....He hojeado gran número de periódicos de caricaturas,—aquellos que me señalaron mis amigos como los mejores. Los americanos son apasionados por esas publicaciones que se ostentan en todos los zaguanes de los hoteles, que se distribuyen en todos los ferrocarriles y que estorban todas las mesas de los clubs. Sin exagerar la importancia de esas publicaciones ilustradas, es fuerza reconocer que en todos los paises tienen cierto valor documentario. Caracterizan el *humour* de la raza y su *placer por la burla*. Además, en ellos se encuentran mil detalles sobre las costumbres, estudiados sobre el vivo y cuya exageración las torna en más perceptibles para el viajero.

Al recorrer una colección de esas facículas se impone desde luego una primera observación: la absoluta ausencia de croquis de desnudo que hacen las delicias perversas de las hojas análogas de París, y la ausencia, no menos notable, de alusiones á las malaventuras conyugales. Con esta constancia se podría creer que en Estados Unidos no existen ni el capricho galante, ni el adulterio. Existen de hecho, pero rodeados de tales sombras y de tan gran secreto, que escapan aún de la misma sátira. Mas, no se crea por esto que los caricaturistas tienen preocupaciones ni profesan respeto al matrimonio. Solo que cuando patentizan sus defectos es bajo el punto de vista de su presupuesto, como conviene hacerlo en el país de todopoderoso *dollar*. Allí la vida de familia es muy cara y los hombres tienen que penar mucho para sos-

tenerla. Y este es su principio gravoso. Por ejemplo, he aquí el final de una ceremonia nupcial. El salón está lleno de hombres y mujeres que cumplimentan á los recién casados y á los padres:

—"Felicito á vd. por el matrimonio de su hija" dice una de las visitas. "Ya dejará usted de tenerlos entre los brazos á uno después del otro. *I see you are gradually getting all the girls off your hands.....*" Y al padre responder:—"La desgracia es que tengo que sostener a todos los maridos de mis hijas bajo un gran pié...."

—"Los hombres trabajan muy fuerte en América" dice un conde, joven extranjero á una señorita.

—"Sí" replica ella "tienen que sostener á sus yernos titulados."

Cuando no es el padre quien se agobia con el trabajo, es el marido. He aquí que una noche de Navidad un tal Popliegh volvía de su bufete, envejecido antes de tiempo, flaco y encorvado, con las manos cargadas de regalos que por su cantidad revelan su numerosa familia, Un gentleman, embozado en una capa confortable, con el puro en la boca, le encuentra y mirándole con ironía dijo:

—"M. Singletón, según dice la leyenda, fué un pretendiente desgraciado de la mano de la actual Mme. Popliegh."

Y aún haciendo abstracción de la cuestión de dinero, parece ser que no se cree que el matrimonio americano sea una operación feliz. Oigase, si no, este diálogo entre un marido y su mujer.

Ella.—"Pero qué es lo que tienen los hombres en el club, que tiene para ustedes tanto atractivo como no lo encuentran en sus casas?

El.—"Querida mía, no tenemos en el Club lo que tenemos en nuestra casa. Y por eso tiene tanto atractivo para nosotros."

Esto es la bancarrota de la felicidad del hombre.

En cuanto á la mujer, ni aun ella misma se atiene á esta felicidad.

—"Sí" responde una recién casada mirando al cielo y soñando "soy felíz." Al menos así lo creo. Pero tengo una gran contrariedad que una vez casada ya no podré *flirtar....*"

Esta palabra chancera es un comentario inocente de un hecho muy real y que ya he procurado explicar: la soberanía social de la señorita en Estados Unidos. Aunque mil señales diferentes no se la hubieran indicado, el viajero encontraría el testimonio de esta soberanía en el lugar que le conceden las caricaturas. Esta joven aparece en los periódicos, tan amenudo como la *loreta* en los álbums de Gavarni, como la *demi-mondaine* en los de Gravin, como la corretona de la Opera ó de las calles en los de Forain. Así como estos grandes maestros sintieron la gracia de las parisiensas en tres distintintas épocas. dibujante americano siente con incomparable delicadeza la belleza de la joven de su país. Miradle cuando sonríe, cuando sueña, cuando platica, cuando monta á caballo, cuando vive en fin: con su delgado talle, con sus anchos hombros, con sus atrevidas elegancias, con sus blancos dientes y con sus ojos muy abiertos sobre el mundo,—muy despiertos, pues que ven con mucha precisión. Oiganse los discursos que el artista pone en boca de estas admirables señoritas y se verá que edifica su sensibilidad. Mirad á una que se ha sentado sobre una mecedora, cerca de un joven tan hermoso como ella. Llena de turbación, cruza sus manos y responde á una pregunta que se adivina.

—"Sí, Tom, pero usted es pobre y yo no tengo dinero; mi figura es toda mi fortuna."

Otra se pasea en el campo en compañía de un su enamorado que le dice con amargura:

—"Si yo fuese rico se casaría usted conmigo inmediatamente."

—"Ah! Jorge, Jorge!" dijo ella "el cariño que usted me tiene me desgarra el corazón?"

—"¿Qué es lo que usted quiere decir con eso,? respondió él.

—"Que usted me ha elogiado con mucha frecuencia, paro que hasta hoy conozco que usted me concede mucho juicio."

Y es, porque bien saben estas jóvenes, positivas entre los hombres más positivos, que el matrimonio es una asociación en la que su partner, su pareja, les pide también que lleven dinero, mucho dinero. Dos de ellas están platicando sin duda sobre el desembarcadero de *Newport*, pues están cubiertas, una con la cachucha del yachting y la otra con la del canoero con listón de color. Algunas velas pasan sobre el mar.

—"He oído decir que ha vendido su *yacht* el padre de usted" dice una de ellas.

—"Sí," dice su amiga, "en el estado actual de los negocios es una carga algo pesada.

—"Entonces, responde la indiscreta, la noticia de que se casa usted, es sin duda, mentira."

Por lo demás, los jóvenes compañeros y cómplices del *flirt* de estas jóvenes hermosas no les ocultan los deseos de interés que les animan.

—"¿Me habría usted amado si hubiera sido pobre?" pregunta una de ellas á un hermoso muchacho de veinte y dos á veinte y tres años; quien le respondió oprimiéndola contra su corazón:

—"¡Ah! Darling, entonces no la hubiera conocido á usted."

Y es fuerza no indignarse al ver al dinero mezclado sin cesar, en los asuntos del corazón. Se mezcla tan poco en ellos este corazón! El caricaturista pone mucho cuidado de advertirlo. Los compromisos que se anudan y se desatan con tanta facilidad, no interesan el alma de esos dos elegantes muñecos *fashionables*, cuales son el jóven y la jóven de sociedad.

—"Oh! querido mío, murmura una Perdita clavando sus hermosos ojos, medios velados por sus largos párpados, sobre la boca de un elegante caballero,—dígame usted la verdadera extensión del sentimiento que me profesa."

—"Usted es mi novia favorita—respondió seriamente—la única á quien amo."

Hay muchas probabilidades para que ella vea una conmovedora lisonja en ese extraño madrigal, pues no dá á la palabra novio una significación muy trágica, si juzgamos por este otro diálogo entre dos jóvenes que se hacen conferencias:

—"Me habían dicho que estabas enamorada de él"—dice una de ellas.

—"No,—respondió la otra con viveza—no era el asunto tan serio como todo eso; era yo nada más su novia."

Ella ó él han sabido sin duda que los *stocks* poseídos por el padre de uno ó de otro, habían sufrido una baja de consideración y á causa de esto, todo se ha roto. Si hubiesen obrado de otra manera toda la sociedad los hubiera tenido por muy necios.

—"Sabes que M. y Mme. Brown Smith deben divertirse enormemente? dijo la misma Perdita á su amiga *Penélope*.

—"Y por qué?"

—"Por qué? porque las dos quisieron hacer un matrimonio por dinero y ni uno ni otro tienen un sueldo. Tienen para burlarse mutuamente toda su vida. *They have bots of fun laughing at each other*. ."

"*Lots of fun*"—provisiones de alegría, he allí el mejor resúmen, no solo de esta situación, sino de todas estas caricaturas. No hay nada que menos se parezca á la amarga y punzante actitud de nuestros humoristas. Esas sátiras contra las jóvenes. que podrían volverse crueles con tanta facilidad se sostienen en la jovialidad y el buen humor. Sucede lo mismo con las que se dirigen sobre las clases bajas, notablemente contra los *tramps*, los negros y los irlandeses. que son los protagonistas inevitables en toda farsa verdaderamente yankee. Ciertamente la miseria es más ruda en Estados Unidos que en cualquiera otra parte, debido tanto á su clima tan penoso en el Invierno; tan ardiente en Estío cuanto á la abrumadora competencia. Oigamos, sin embargo, á ese vagabundo á quien un trauseunte generoso dió una moneda de plata, la que le permitió entrar á la cantina donde está en pie delante de la mesa del *free lunch*.—"Que, no ha comido usted bastante todavía?" le grita el patron espantado al ver el jamón, los pescados salados, las tajadas de pan con mantequilla y las ostras fritas desaparecer en el abismo de ese estómago vestido de harapos.

—"Qué, acaso parezco un hombre que ha comido mucho?" respondió el *tramp* fisgando. Uno de sus pies lo lleva calzado con un zapato y una polaina y el otro con una bota de resorte. Un pedazo de tela á cuadros le sirve de babera y le tapa un carrillo hinchado que desborda bajo su ojo, que es á la vez insolente, burlon y pillastre como su mismo dueño. Esa chanza impertinente da el tono de las réplicas

que presta el caricaturista á ese azota-caminos, á quien representa voluntariamente, ya disponiéndose á fumar, con negligencia enteramente americana, en un furgón de heno, ya leyendo su periódico con sus lentes sobre la nariz. Su pereza le distrae sin indignarle y no cree del caso buscar para él algunas de esas siniestras leyendas que Gavarní encontraba para su *Virelocque*. Con respeto al negro, el caricaturista tampoco hace resaltar sus rasgos temibles y miserables: ni su sensualidad criminal, ni su ferocidad de antiguo esclavo, ni su perfidia No. Revolotea jovialmente en torno de su vanidad y de su familiaridad. Por ejemplo: pinta á uno que llega á la casa de su amo con un pantalón á cuadros de la misma tela que la levita que lleva este. El amo le dice:

—"Vea usted, Tom. ya le he dicho que no use usted ese pantalón que yo le he dado en los días de trabajo, que es cuando yo uso el resto del vestido."

Y Tom le responde:

—"Y por qué, *boos?* Acaso tendría usted miedo de que nos tomasen por gemelos?"

Se adivina la dichosa sonrisa que debe juguetear sobre los gruesos labios del negro, descubriendo los blancos dientes del chocarrero. Se prepara sin duda, á decir como uno de sus colegas á dos amigos mios, que habían estado en vacaciones en la misma casa donde él era doméstico

—"Vengan ustedes á vernos cuanto antes; son ustedes tan sabrosos *Gentlemans—sopalatable gentleman.*"

Igualmente, cuando trata de esos terribles irlandeses que son tan admirables por su poesía y por su crueldad, por su ardor patriótico y por su rabia vengativa, por su elocuencia y por su embriaguez, por su espíritu de empresa y por su desórden, el carica-

turista enseña solamente ese desorden y esa embriaguez. Ora evoca á una criada irlandesa, diciendo con su acento nativo al inspector de inmigración, que ha venido para ser aya francesa: "*Oi'm french nurse.*" "Ora á una recamarera de esta misma raza á quien su ama pregunta:

—"¿Ya barrió usted la recámara?"

—"Sí, señora; lo he barrido todo, debajo de la cama...."

Y puede verse que la parte de debajo de la cama se ha convertido efectivamente en una caverna, llena de suciedad, donde todos los detritus de la casa se han amontonado. Ora un irlandés que vuelve á la casa en un estado tal de embriaguez que, para indicarlo, el dibujante lo ha figurado multiplicando siete veces la cabeza de la mujer que le mira y que le dice con sus siete bocas.

—"Si usted se mirara como yo lo veo, se desagradaría usted mucho."

—"Y si usted se viese como yo la miro" respondió el borracho; "también usted se sorprendería mucho."

Ya son las disputas de un matrimonio donde todo vuela en pedazos; el hombre golpeando á silletazos á la mujer que le vuelve sus golpes con una plancha. Y los policías son los que presiden este carnaval de los *tramps*, de los negros y de los irlandeses, y también ellos son irlandeses y beben de firme y golpean de la misma manera con sus garrotes de correa, con sus *take that*, el todo acompañado con un fuego de rompe cabezas. Y ni un detalle amargo corrompe esa jovialidad. Diríase que la vida de la calle y de los salones es realmente una pantomima bufa para esos observadores que con todo y ello son muy exactos. Su dibujo sin fantasía encierra casi la realidad. Apenas si exageran la cara abotargada del *tramp*, el hocico del irlandés, la abultada boca del negro, la necia importancia del gomoso, del *dude*, empleando su término de Argot. Se adivina que estas caricaturas son hombres de buen humor y que son personas muy lúcidas, muy positivas y que escriben y dibujan para lectores lúcidos, positivos y de buen humor también. La negra misantropía de un Gavarni ó de un Forain hace sufrir con todo y que hace reír. Hace suponer largas reflexiones, nervios roídos por el pensamiento é impotentes para la acción. El americano pertenece á un mundo muy activo, muy apresurado y considerado bajo cierto aspecto muy sano para permitir que se encuentre en él esa ponzoñosa ironía.

Es curioso hacer una comparación entre esta inocente y sobre todo indulgente alegría de la caricatura de costumbres, y la violencia de la caricatura política. Estos mismos dibujantes que se manifiestan simple y sencillamente burlones para las ridiculeces y los vicios de la vida común, despliegan, cuando se trata de asuntos de partido, una especie de frenético odio que es casi insuperable. El nombramiento de un embajador que no les conviene, la adopción de un *bill* contra el que han combatido, ó la no aprobación de otro que han sostenido, una candidatura hostil, un discurso que ha llamado la atención, son para ellos ocasión de carga desenfrenada, y la dureza de esos ataques contrasta, del modo más inesperado, con el buen humor de los croquis de costumbres. Se siente súbitamente la calumnia y su acritud, la cólera y sus insultos. Desde la fantasía divertida y fácil se cae hasta la polémica baja y brutal—hasta una polémica sin talento y que no retrocede ante la alusión personal por más que sea groseramente insultante.

Me parece que uno y otro fenómeno es lógico y que concuerdan con lo que se observa por todas partes entre los americanos. En el trato común de la vida se manifiestan buenos, amables, abiertos y fáciles; pero desde el momento en que se trata de negocios, se les encuentra en la defensa de sus intereses y en la conquista de los de los otros, tan ásperos y tan enérgicos, cuanto son francos y generosos. Y esto es debido á que con lo primero se divertían y con lo segundo se baten. Ahora bien, la política es para ellos, entre todos los negocios, uno de los más importantes en este país donde el triunfo de un partido pone á su disposición todos los empleos de todos los servicios públicos; y este es un asunto que interesa no sólo á un corto número de ambiciosos, sino á una candidatura enorme de individuos, que se cobijan bajo las banderas republicana ó democrática. Es fuerza satisfacer sus antipatías, provocar su entusiasmo y servir á sus pasiones.

Es oficio durísimo, en todos los países en que impera el sufragio universal, el de hablar con imágenes á las masas populares! Todo lo ven abultado y por lo mismo tienen un gusto innoble y violento, y las caricaturas iluminadas que se ostentan en las primeras páginas de los periódicos ilustrados, satisfacen estos gustos. Por esto me decia el editor del diario de Chicago que siempre es el *fight*, el pase de box que apasiona á este público. Aquí el puñetazo se dá bajo la forma de ultraje colorido, pero de ultraje tan exagerado comunmente, tan visiblemente inícuo y parcial, que se convierte en inofensivo. Queriendo herir á un perfecto caballero cuya culpa consiste en haber sido nombrado por M. Cleveland para ocupar un puesto elevado, el caricaturista representa á este hombre distinguido con rasgos que le desfiguran de modo grosero y escribe abajo frases como esta:

—"*Cleveland's grotesque nominence, for.....*"

O bien:

—"Si Abraham Lincoln encontrase á Mr. So and So en carne y hueso, su primer movimiento sería agarrarlo del cuello y sumergirlo en un pantano de lodo..."

Tales maneras de combatir á un adversario pueden dar resultado únicamente entre los electores más bajos. Excluyen el talento en virtud de la profunda frase de Talleirand: "Todo lo que es exagerado es insignificante" Y debido á esto los americanos han tenido mucho éxito en la caricatura de costumbres á la que han dado ligereza sin darle oculto fondo y por lo que salvo algunas excepciones, su caricatura política es tan mediana. Pudiera suceder que este inesperado resultado y sus causas, fuesen dignos de ser anotados.

Placeres de *sport*, placeres teatrales, placeres de chiste,—no hay uno solo que el americano no practique con la misma naturalidad y con el mismo espíritu que le hemos visto emplear en el mundo, en los problemas sociales y en la educación. En ellos se manifiesta lúcido y positivo con mezcla singular de buena fé y de tensión, de realismo práctico y exageración desarreglada, de salud social y de frenesí. Aquellos á quienes inspira curiosidad la naturaleza humana y que han reflexionado en las leyes del equilibrio de nuestras facultades, no se admirarán de que en este país supersaturado de espíritu práctico pueda haber lugar para otros placeres que llamaré, á falta

de mejor expresión, placeres del misticismo. Por ejemplo, en ninguna otra parte que no sea en América podrán los espiritas encontrar público que los acoja. En ninguna otra parte las ciencias ocultas encontrarán adeptos mejor dispuestos para iniciarse en sus misterios. Uno de los profesores más notables de Cambridge y que ha querido darse cuenta de este gusto por lo sobrenatural, tan desarrollado entre sus compatriotas, me decía:

—"Aquí hay lo que usted no puede sospechar, lo que yo tampoco sospechaba ántes, innumerables inteligencias para quienes la ciencia es tan despreciable, como ellos son despreciables para la ciencia, y que creen en comunicaciones directas y personales con el mundo desconocido. La ciencia tiene por principio que existe una verdad única, independiente del individuo y susceptible de ser comunicada á cualquiera. Pero estas gentes están, al contrario, persuadidos de que hay una revelación constante la que proporciona una misteriosa providencia, según las necesidades y los méritos de cada quien. Cuando les conocí les creí locos, por estar yo educado como estaba en la ortodoxia...."

—"¿Y ahora?" le pregunté.

—"Ahora, me dijo, pienso como Hamlet: que hay muchas más cosas en el mundo que no conoce nuestra filosofía...."

Y este hombre, absolutamente superior, acabó por confesarme que admitía la posibilidad de la comunicación entre los vivos y los muertos! Este estado del espíritu no es una excepción en América. Un viajero que estuviese preocupado con la psicología, encontraría, frecuentando las círculos de los que aquí se llaman espiritualistas y que realmente son espiritistas, los más interesantes motivos de estudio. Hé

aquí, á falta de este análisis que daría material para escribir un volúmen, el croquis de una visita á una de las más célebres mujeres de Estados Unidos por el don de la doble vista y á quien su inicial será bastante para designar. Mres. P*** vive en los alrededores de Boston, en condiciones de lujo que debe á su singular poder. ¿Hasta qué punto es imaginario semejante poder? ¿Hasta qué punto es real? ¿Cuál es el grado de sinceridad, cuáles son las probabilidades de charlatanismo de esta extraña criatura? Son problemas que no resolveré yo. Basta que muchos americanos que la frecuentan crean en ellas, para que una visita á su casa tenga lugar entre los documentos recogidos en el curso de esta inquisición sobre las varias maneras de sentir de este país tan fecundo en sorpresas.

Para ir á esa casa debía ser mi guía M. H***, un australiano que se interesaba particularmente por esa clase de cuestiones y que creía absolutamente en la buena fé de Mres. P***. Nuestra cita era para la puerta de una de las estaciones de Boston, en una helada mañana de Invierno. Nada puede ser más americano, nada más opuesto al carácter de nuestra expedición que la cantina donde entramos para calentarnos con un cordial antes de partir,—con sus cazos de sopa que hervían sobre el reseoldo con sus grandes platos de ostras fritas y donde, enmedio de una atmósfera cargada de tabaco, había una población de fumadores y de mascadores de tabaco, dispuesta á intoxicarse con los *cock tails* desde las ocho de la mañana. El aspecto del wagón, á que subimos luego, no era tampoco muy á propósito para prepararnos para la espiritualidad. Lo llenaban gentes de todas clases que habían venido á Boston para tomar órdenes para su trabajo. Vestían con ropas, como

solo aquí se ven por las que es imposible adivinar el rango social del hombre. Sentados delante de mesas de quitar y poner, todos jugaban á la baraja "para reir," según me dijo Mr. H***, para tener el placer de gastar el tiempo."

Funcionaban treinta partidas de *Whist* en este tren que atravesaba un delicioso paisaje de nieve, enteramente blanco y sembrado todo él de casas de madera con balcones cubiertos, y que son el encanto de la New-England. Esta inocente sala de juego rodaba suavemente y daba idea de un pueblo que dispone de tiempo, de mucho tiempo. Las caras de los jugadores tenían una expresión, á la vez que libre, fatigada y vigorosa. En momentos tales, rarísimos en América, siente el extranjero la duración, la lentitud bajo la fiebre aparente. Existe siempre esta duración lenta detrás de toda actividad; pero para percibirla es necesario estar también en el mismo diapasón. Cuando se llega de las Provincias parece que Paris es una ciudad enloquecida por el movimiento, y al contrario, para el que llega de Lóndres la plaza de la Concordia y los Boulevards parecen llenos de deliciosa pereza medio meridional. Luego, yendo de Lóndres á Nueva York, la vieja ciudad inglesa parece á su vez muy poca activa, muy pacífica, y aun iba á decir, muy atrasada. Estas impresiones corresponden á una realidad que es, sin embargo, menos intensa que lo que se imagina á causa del sobresalto de nuestros nervios. El hombre no siente ya lo que ha sentido siempre, cosa que sabe muy bien, pero que olvida. Una vez acostumbrado a cierto grado de energía, se mantiene en él sin esfuerzo. Esto le permite, como á los viajeros de la mañana, divertirse entre dos crisés de *hard work*, tan pacíficamente como un arrendatario francés de

un pueblecillo, instalado enfrente de su mesa pasa toda la tarde, entre sus dos holgazanerías, ante el tapete verde, jugando una partida de embite.

Bajamos M. H*** y yo, en una de las estaciones del campo. Cierran el horizonte pequeñas lomas, cubiertas por nieve, en derredor del jacalón que sirve de estación. Nos esperaba un trineo abierto tirado por un caballo peludo y manejado por un hombre ya viejo á quien acompañaba un perro. Es el coche que la vidente—no me ocurre otro nombre con que señalarla,—manda siempre á sus clientes. En este acto no hay la idea preconcebida de ponerse en escena, nada que respire el *humbug* ni el reclamo. Para ella, constituye un oficio dar estas escenas y lo ejerce con una sencillez burguesa, donde vuelvo á encontrar la ausencia de la sorpresa, que, para mí, es uno de los más notables caracteres del americano. Cualquiera que sea su suerte, por caprichosa que se suponga, la acepta sin sorprenderse por ella más que pudiera hacerlo con la de otro.

Henos, pues, lanzados en este trineo siguiendo una pendiente y luego otra. Nos deslizamos sobre la nieve entre los pequeños cortijos de madera, que empezaban á despertarse, hasta llegar á una última casa separada de la calle por un camino de betún que ahonda su negra grieta entre las alburas de la nieve. Huellas recientes de pisadas, dan á conocer que en estos últimos días varias personas se han acercado á tocar á la puerta de la hechicera moderna, á cuya casa venimos á nuestra vez también nosotros. Y sin embargo, la sesión es costosa:—diez pesos vale; pero, entre las pasiones, la que menos regatea es la de lo sobrenatural y es fuerza creer que esta pasión está en la masa de la sangre de esta raza, puesto que nos encontramos á dos pasos nada más de Salem, de ese

pueblecito de mar, que hace precisamente doscientos años fué teatro de un espantoso proceso de magia, en el que fueron condenados á muerte veinte personas.

Gracias á Dios, las costumbres contemporáneas son más dulces, y el pacífico interior de la casa Mrs. P*** no corre riesgo de ser turbado por un inquisidor, parecido á los terribles ministros protestantes de 1692. Fuimos recibidos por una niña, toda sonrisas, que nos dijo que su madre había tenido muchas sesiones en los últimos días y que por lo mismo estaba muy fatigada. El ajuar de esa pieza se asemeja al de muchas otras que tuve ocasión de haber visto ántes, en las casas de esa clase. Pendía de la pared la imágen de un Cristo cargado con la cruz, sobre la mesa una Biblia, testimonio de los sentimientos religiosos de la vidente. Varios volúmenes de poesías la "Princesa," de Tennyson; "La queja del último Menestral," de Scott; "La Lalla Rookh," de Moore, son reveladores de su gusto literario por lo clásico. A poco se presentó. Es una mujer que puede tener treinta y cinco años. Las facciones de sus rostros poseen gran elasticidad, sin duda á causa de una extraordinaria flexibilidad de los músculos de la cara. Su color de blonda anémica, un color exsangüe, de palidez extenuada, está vivificada por dos ojos claros, tan extraordinariamente claros y fijos que solo con mirar su pequeño punto central, brillantísimo y sombrío, sobrecoge inexplicable pena.

Y sin embargo está llena de simplicidad y cuando habla es con voz suave y cansada. Nos contó que no puede ya dar cumplimiento á las demandas, que esas crisis la fatigan mucho y que ha dado muchas malas sesiones, tanto así sufre de los nervios. Y positivamente, viéndola entrar en su crisis, en su "*trance*" como ella misma dice, se adivina cuánta vitalidad debe gastar un organismo en semejante sacudida. Una vez que está cerrada la ventana, las luces apagadas, excepto una vela que arde sobre una mesa, se desata los cabellos, se desabrocha y envuelve cómodamente su busto en una camisola y luego toma las manos de uno de nosotros. Unos cuantos minutos de espera y de silencio:—empieza á gemir, á retorcer sus dedos que se escapan de la presión y que se extravían en sus cabellos. Suspiros, profundos, hondísimos suspiros que parecen salir de lo más íntimo de su sér, una flexión cada vez más marcada de su cabeza que se dobla, contorsiones de todo el cuerpo, tal y cual si estuviese debatiéndose en un ataque, y después una remisión..... Y se duerme. Sus manos abiertas se extienden para palpar el rostro, los hombros, los brazos de la persona á quien tiene enfrente y comienza á hablar, con voz cambiada, con acento irlandés. Su verdadero "yo ha desaparecido para ceder su lugar á otro. Ha dejado de ser la Mrs. M*** establecida cerca de Boston, en el campo. Se ha convertido en cierto doctor francés, muerto en Lyon.

—"Que hombre tan raro es ese doctor" me decía una persona que ha presenciado varias sesiones de la pitonisa yankee "todos le conocen, él conoce á todos y es servicial hasta el último extremo, siempre complaciente y siempre á la disposición de todos Es un parásito, que al parecer desea sincerarse de vivir á expensas de otro, y que á pesar de ello es algo mistificador...."

Nunca pude saber si el amigo que me hablaba de este modo lo hacía en serio ó si bromeaba, y aun creo que el americano que toma interés por esos fenómenos, de doble vista, no lo sabe tampoco. Lo que le atrae á semejantes experiencias es, desde lue-

go, la necesidad de excitación que le persigue á través de todas las saciedades de la fortuna, de modo tan intenso como en el primer día. Después, cierto desequilibrio nervioso del que padecen aquí tantas personas. Y luego, una reacción contra el exceso habitual del positivismo del mundo ambiente. Y por último, es el inmortal instinto del corazón del hombre, muy más vivo en esas naturalezas que están más intactas y que son más intensas, que le conduce á rasgar el velo del misterio de que está rodeada la vida humana.

Por una especie de compensación, donde la filosofía podría encontrar la gran ley del balanceamiento de los órganos, el sentido del misterio se aguza más en este país donde todo es muy lúcido, muy diseñado, muy volutario. La presencia en los hombres de acción de una facultad supersticiosa, tanto más exasperada cuanto son más resueltos y más reflexivos, es un carácter notabilísimo de su psicología. Napoleón dió de ello un ejemplo palpable. Siendo como es el americano el hombre de energía y hasta tal grado de tensión, no podía dejar de tener sus puntas de iluminismo, y ¿por qué no había yo de confesar que en el curso de sesiones, tales como la que nos dió Mrs P*** ese día y luego otro, es imposible no admitir que ciertos fenómenos de adivinación son en efecto absolutamente inexplicables bajo el punto da vista extrictamente natural?

Un diario de viaje no es, por cierto el lugar más á propósito para discutir en él problemas de un orden tan complexo como este: ¿Es posible que un pensamiento se comunique con otro pensamiento sin el intermedio de un signo?..... Mrs. P*** me tenía de las manos y tocaba al mismo tiempo un pequeñísimo péndulo de viaje que había pertenecido á

una persona á quien ella no pudo haber conocido,—á un pintor que se mató en circunstancias particularmente tristes de locura momentánea. ¿Cómo, pues, pudo decirme la profesión del antiguo propietario del péndulo, su locura y aun el género de su suicidio? ¿Existía acaso una comunicación entre su espíritu y mi espíritu, desdoblada en la misteriosa personalidad del Dr. Lyonés? ¿Mis manos, que tenía entre las suyas, le revelaban por vibraciones perceptibles á la hiper-agudeza de sus nervios, mis impresiones bajo cada una de sus palabras, y en su sueño había conservado el poder de dejarse guiar por esas minúsculas señales? ¿O bien aún, pues es preciso siempre reservar un lugar para el excepticismo, era una comedianta incomparable que adivinaba mis pensamientos en el tono de mis preguntas y de mis respuestas?..... Pero no. Era sincera. Los fisiologistas que la han observado en estas crisis, han reconocido con frecuencia el carácter magnético de su sueño por indicios mecánicos que no engañan nunca. Todo lo que pude deducir de los detalles realmente extraordinarios que me dió, á mí, á un extranjero de tránsito sobre un desaparecido de quien á nadie de los que la rodeaban había yo hablado, es que el espíritu tiene procedimientos para conocer que nuestro análisis no sospecha. Y me acuerdo de uno de los budistas americanos á quien encontré aquí y que me decía:

—"En Europa y en Occidente se ha dado una importancia enorme, desmesurada, única, á la demostración, la que, sin embargo, no es sino la vida de los sentidos organizados. Pero en ellos hay alguna otra cosa...."

Cuando me hablaba de tal manera estábamos sentados á la mesa de un club, al fin de una comida que

se prolongó por la conversación de veinte convidados. En torno de nosotros las botellas de Apollinaris y de *Wiskey*, la Menta derramada en vasos sobre el hielo picado y las cajas de puros simbolizaban lo menos ideal, lo menos misterioso que puede haber en la vida civilizada, y este hombre singular seguía hablándome sobre el Extremo-Oriente, sobre sus religiones, todas ellas bañadas por los sueños, sobre la sabiduría de esos pueblos y sobre su pasividad.

Quién sabe, me decía yo al escucharle, si ciertos poderes de misticismo, hoy casi abolidos en el mundo moderno, no se despertarán, si facultades del alma, momentáneamente paralizadas, no volverán á trabajar, si nuestra humanidad no volverá á ver un período análogo al de los Alejandrinos y al de los Grósticos ó con más precisión de los Brahamas? Sería una grande ironía de la naturaleza si este futuro despertar de las ciencias, llamadas ocultas, debieran tener uno de sus puntos de partida en América. Y con seguridad las investigaciones de la psicología morbosa en ninguna parte se han impulsado más hacia adelante que aquí y por solo este título, la visita á la ermita de Mrs. P*** debía ser referida....

Cuando despertó de su sueño nos agarró á mi compañero y á mi, á cada uno de un brazo, con ademán trágico. Era visible que, durante algunos segundos, estuvo sin reconocernos. Después, algo como una especie de pálida sonrisa vagó sobre su cara fatigada. La vidente cedió su lugar á la burguesa de New-England, que nos ofreció té con su voz que tornó á ser dulce y que habría olvidado completamente el acento irlandés del fantástico Doctor que se había retirado.... pero á qué país tan distante del nuestro? Que se había desvanecido, pero donde?... Quimera de su imaginación? Invención de su astucia? Realidad supras-sensible? Quién podrá descifrar la palabra de este enigma.

Sería injusto no mencionar en estas notas, sobre las diversiones americanas, el gusto tan vivo que las personas cultivadas de ese país—y que son legiones—profesan á los *placeres de la inteligencia*. A propósito de la conversación mundana he procurado marcar lo que llega á ser esta inteligencia en ellos. Y cómo se tiñe, cómo se penetra de voluntad para ir á dar á lo que he llamado el punto de vista. Para ellos, sobre todo, y cuando se han vuelto del lado de la vida intelectual, llega á ser verdadera la frase del solitario de la edad media: "su oido es realmente insaciable para escuchar y su ojo insaciable para ver." Así es como con una curiosidad infatigable, continuamente tensa, llega el americano, que es el hijo de una nación reciente, á esa disposición de ánimo que estamos habituados á considerar como el vicio supremo y el refinamiento último de los siglos de decadencia: el dilectantismo,

Esa disposición del Alma que consiste en insinuarse por el pensamiento en las formas más diferentes y más contradictorias de la vida, en desposarse con ellas, comprendiéndolas, en prestarse ó ellas sin dárseles,—en ninguna parte he encontrado con más frecuencia que en Estados Unidos. Y he deducido que nos habíamos equivocado, nosotros los moralistas de la vieja Europa, al atribuir á esa manera de ser, nuestras degenerescencias sentimentales y que nuestras enfermedades de la voluntad dependen más simplemente de la vejez de nuestra sociedad. Todo es puro entre los puros, dice un proverbio que á menudo se

interpreta mal. Sería igualmente justo decir que, en el orden de las cosas morales, todo es sano entre los sanos, y mal sano entre los enfermizos. Y esta es una de las conclusiones que más se me ha impuesto en el curso de este viaje y que es á la vez consoladora y cruel, consoladora porque disminuye nuestra parte de responsabilidad propia y la de nuestros padres en los contagios entre los que vemos envenenada á Europa. Es cruel, acaso tengo necesidad de decir por qué?

Se reconoce más particularmente ese dilletantismo de los americanos cultivados, en esos clubs literarios que denominan voluntariamente *Clubs bohemios*. Confesémoslo, aun á riesgo de desanimar el esfuerzo que hacen para *despuritanizarse*, entre la verdadera Bohemia y esas instalaciones tan prácticamente confortables, existe toda la diferencia que separa un hotel de nuevo estilo con electricidad, agua caliente y elevadores y una pensión burguesa de la calle de la *Clef*. Entre las que he visto, una de las más representativas ha sido el *Javern Club* de Boston. Ocupa los tres pisos de una casita, de la que se han tirado los tabiques interiores para hacer vastas piezas. El piso del patio sirve de sala de fumar y de antesala, y el primero sirve de comedor. Arriba hay una especie de *hall* donde se dan conciertos y representaciones.

Corresponde bastante bien este club á lo que fueron entre nosotros ciertas sociedades del Barrio Latino,—los *Hydropáticos* por ejemplo, cuyo fundador, el poeta Emilio Goudeau, escribió su historia con mucha exactitud y verba en un librito titulado: "*Diez años en Bohemia.*" Y entre parentesis, este libro, que ha pasado algo desapercibido, es, según mi dictámen, uno de los más exactos documentos sobre las costumbres y las ideas de nuestra juventud literaria entre mil ochocientos setenta y mil ochocientos ochenta. Así también la juventud literaria de Boston fué quien fundó el *Javern-Club* con jóvenes escritores, con jóvenes pintores y con jóvenes músicos. Hé aquí algunos rasgos diferenciales que he creído reconocer frecuentando este círculo y otros análogos en Nueva York y en otros lugares. Me parece que cacacterizan, con bastante fidelidad, el tinte particularmente sano del dilletantismo americano.

Primero. El respeto de los muchachos por los mayores de edad y el respeto recíproco de éstos por aquellos. Por ejemplo: el presidente del *Javern-Club* es el distinguido profesor Norton de Cambrigde, y cuando el Club dá su comida mensual, se sientan á la misma mesa, jueces, médicos, banqueros de cabellos blancos, en compañía de personas muy jóvenes, todos interesados por los mismos problemas de arte. El americano, ávido de vida intelectual, no se detiene en la persecución de la novedad como tampoco se detiene en la persecución de la fortuna, si su preocupación es de negocios. Se oye á un viejo, coleccionador de cuadros, discutir con un rapaz que va á partir para Paris, sobre Degas ó sobre Gustavo Moreau con la misma flexibilidad de inteligencia que este desplegará para hablar con un romancero sobre *Flaubert* ó sobre *Pierre Loti* ó sobre *Maupassant*. Produce gran beneficio esta penetración de las edades unas por otras. Pero, ¿no es un efecto mejor que una causa? Si entre nosotros, entre nuestras diversas generaciones, hay tantos choques en los gustos y tantas disputas violentas, es debido á que detrás de las opiniones hay en el fondo muchas maneras de vivir. Creo que los jóvenes parisienses de hoy, bajo este respecto no se diferencian mucho de los que

conocí cuando yo no contaba sino treinta años. Estábamos siempre en abierta rebelión de sensibilidad con nuestros mayores y también en abierta rebelión de costumbres. No sucede lo mismo en esta América donde los gustos por la literatura y por las artes son cosas de pura inteligencia. A propósito de Harvard he hecho notar cuán frecuente y á la vez cuán inocente es la pasión por los escritores franceses de la extrema izquierda. Sucede con ellos, como con los anuncios de Chéret que representan al Molino rojo y que decoran las paredes del *Javern-Club*, precisamente á lado de una copia de las *Hilanderas de Velazquez*, donde se vé la nuca de una mujer, pintada con tal mágia de luz. La figurita de de la parisiense encanallada, aquí tiene precisamente el valor de un juguete, como esas hermosas cortesanas griegas que se han convertido en estatuas de Fanagra.

Segundo. El conocimiento profundo de las artes y las literaturas extranjeras. Los pocos nombres que he citado ya, son demasiado célebres para que su sola pronunciación pruebe que se han leído sus obras; pero estas personas los pronuuciau, así como otros veinte, con tales referencias, que testifican, más que una lectura superficial, un serio y concienzudo estudio. No digo una completa comprehensión, pues el dilletantismo más advertido siempre está algo incierto cuando se aplica á escritores de país extranjero. Así, he visto en Oxford á uno de los críticos más exquisitos de nuestra edad, al inolvidable Walter Pater, hablarme en los mismos términos de Flaubert y de Feuillet, como de los dos artistas de la prosa francesa de quien gustaba más, asociado en una admiración análoga, y por razonns semejantes, do s s-tilos absolutamente contrarios y que confundía. En

otras ocasiones son singularmente sugestivas estas impresiones causadas por los artistas extranjeros, y nos descubren, en las obras de nuestro propio país, inesperadas profundidades. En una de las comidas de uno de esos clubs, un convidado citó la frase espiritual del viejo profesor Jowet, maestro de Balliol en Oxford:

—"No es *lasciati ogni speranza* la que está escrita sobre la puerta del infierno, sino: aquí se leen novelas francesas."

Otro se levantó y comenzó, al brindar por Zola, desarrollando la idea de que la simpatía para el pecador es el alma de las obras del gran novelista. Y decía que este era uno de los sentimientos más benéficos y más humanos de una época en la que la influencia de los medios ha sido reconocida por la ciencia como la misma ley del desarrollo de la personalidad.

—"Si á ella no unimos" continuó, "la piedad de las víctimas, ¿qué lugar dejamos entonces para la justicia en nuestro universo?....."

Hubiera yo deseado que los enemigos del poderoso artista que ha escrito *Germinal* y *la Debacle*, que aquellos que le reprochan dar en el exterior mal renombre á las letras francesas, se hubieran encontrado allí para oír esa apología pronunciada en medio de los aplausos de todos, en uno de los puntos más respetables de Nueva Inglaterra.

Tercero. La ausencia de todo elemento libertino en la conversación y en el espíritu. Esta es la señal verdadera de la grande intelectualidad. Y esta es también la virtud que permite amplitudes de comprehensión, como aquella que acabo de referir. Estoy persuadido de que la severidad sincerísima desplegada en nuestra contra como escritores de libre

observación, por jueces excelentes, en Francia, se deriva del lugar excesivo que ocupa en nuestras costumbres la vida sexual. Es infinitamente raro que un latino considere un libro que trata de las pasiones del amor con absoluta independencia de juicio. Su imaginación, ó se ve halagada ó se disgusta. Cuando, al contrario, un anglo-sajón puede desembarazarse de la hipocresía y del amaneramiento, cualquier estudio serio del alma humana, y por atrevido que este sea, le parece legítimo. Verifiqué este carácter, tan poco observada y sin embargo tan lógico, hablando de Baudelaire con algunos jóvenes de Harvard. Citaré veinte ejemplos que se derivan también de la cualidad honrosísima para esta gran democracia que es á veces tan brutal: la religión del talento.

En ninguna parte he reconocido este sentimiento raro y delicado como en Boston, y no en estado de excepción. La excepción es precisamente lo contrario: ese espíritu de denigrar valiéndose de anécdotas que rebajan y en las que se disimula tanta envidia. Hay en Boston casas que podría nombrar, y que son verdaderas capillas de piedad literaria;—una entre otras, cuyas ventanas se abren sobre el río Charles. Vive en ella una señora anciana, viuda de un editor, Mrs. F*** quien la ha convertido en uno de los museos más significativos que he visto. Vi allí un retrato de Dikens joven, con grandes cabellos que se desenvuelven en amplios bucles, con rostro femenino que casi pudiera hacer juego con la admirable cabeza de Jorge Sand, pintada por Delacroix, y cuyos profundos ojos negros iluminaban el severo salón del viejo Buloz. Cartas y manuscritos del grande hombre se ven allí cerca, con una de esas escrituras, recogidas y nerviosas que revelan el abuso de

la "copia." La dueña de la casa me hacía su descripción, cuando estaba en este mismo cuarto, después de sus lecturas, agotado por el esfuerzo nervioso, y sin embargo risueño y lleno de anécdotas. La última vez que vino á Estados Unidos, nada le divirtió tanto como el cándido procedimiento de lisonja inventado por una madre de familia que le había convidado á comer. Al llegar encontró en la sala á un niño:

—"Cómo te llamas?" preguntó el novelista.

—"David Coperfield" respondió el muchachito.

—"Y tú?" preguntó Dickens á otro niño que entró después.

—"Oliver Twist."

—"Y yo me llamo la niña Dorrit" dijo una chiquilla.

—"Y yo Florencia Dombey" dijo otra niña.

Ya Dickens estaba muy enfermo cuando le pasó esta aventura. La gota hacía que sus menores movimientos fueran dolorosos y le mataba el exceso de trabajo en sus fructuosas conferencias. Sin embargo, contando esta historia volvía á encontrar las satisfacciones de su primera visita á Estados Unidos. Y frente á su romántica figura se ve el retrato reflexivo y serio del poderoso anilisador Tackeray. Abajo de él está un billete en el que se lee trazado, con caracteres microscópicos, este sencillo adios:

—"*Good bye, Mrs. F....; good bye my dear F...., good bye to all. I go home.*"

Hacía un mes que se encontraba en América por compromisos de importancia extrema. En la época de la Noche Buena la nostalgia de volver á ver á sus hijos predominó y este billete da la razón de la brusquedad de su partida. Sobre las paredes está suspendido también un retrato de Carlyle joven, muy pa-

recido al de Carlyle viejo en el hundimiento de los ojos bajo las arcadas supraciliares, la caída de la frente hacia adelante y la firmeza de la mandíbula. Todo Carlyle está en esa frente y en esa barba. En su fisonomía fuerte, muy tensa y muy voluntaria existe la indigencia de naturaleza. Es uno de esos rostros que afrontan al que les mira, que le desafían y que se arman de arrogancia á falta de seguridad interior. Cuánto más amo la grande y serena hermosura de Tennyson, de ese Virgilio de la isla de Wighte, que supo cautivar las aguas dispersas, en torno de su jardín de ensueños! La hada de este pequeño museo de reliquias me contaba un paseo nocturno con el poeta, en un verdadero jardín, en Surrey, donde percibiendo un aroma suavísimo, la dijo:

—"*Down upon our kenss, these are violets*" con su profunda voz "Pongámonos de rodillas, pues son violetas."

Y lo hizo como lo dijo para respirar las invisibles flores, con religiosidad y sin tocarlas. También me ha gustado el retrato del noble Emerson, de cara adelgazada y consumida, por el Ideal, y cuán apasionada é inspirada es su escritura que se extiende de un extremo á otro de la línea de modo tan cursivo! En una inmensa colección de autógrafos se ve la letra de Longfellow, medio bastardilla, tan firme, tan clara y siempre tan igual, y la clarísima y robusta de Lowell. Con el pensamiento miro diez años más atrás, y veo su silueta con su larga barba y con su cara amable tal cual le ví en el *Rabelais-Club* de Londres. Podía yo sospechar entonces que moriría tan pronto y que un día hojearía yo sus manuscritos en su ciudad natal, á la vez que hablábamos de él como de alguno que ha concurrido á la misma casa y cuyo recuerdo se conserva piadosamente entre otros muchos?... Esa piedad, ese culto literario me satisfacen y me conmueven; siento perfectamente la afición por los amigos célebres, pero en el justo grado en que debe sentirse. Después de todo, es cosa legítima el amar á los hombres gloriosos, cuando se siente su superioridad al través de su reputación y sobre todo cuando no se hace hinca-pié en sus defectos considerados maliciosamente para tener el vano y mediocre placer de humillar su superioridad. Pero los americanos pueden tener muchísimos defectos, pero nunca tienen el de ser mediocres y mezquinos.

Otro de los rasgos de ese dilletantismo intelectual, que hace resaltar el colorido particular que tiene en América, está en la rebusca de la sensación del viaje, pero del viaje entendido con tal amplitud y tal audacia que desconciertan á nuestras imaginaciones francesas,—ó que, cuando menos, las desconcertarían si Pierre Loti no nos hubiese familiarizado algo con los exoticismos más lejanos. Pero, entre nosotros, Loti ha permanecido siendo una excepción. Ni aun estoy seguro de que la crítica le perdonaría sus vagancias japonesas ú oceánicas, sino tuviese la disculpa, ese noble escritor, de que ejecuta así como por profesión cuanto por su categoría de oficial, esas expediciones que refiere con la gracia de un poeta sensible hasta el dolor y delicado hasta la enfermedad. Para un artista americano esas correrías á través del vasto mundo en busca de un poco de belleza nueva, parecen, al contrario, ser tan naturales que ni el público, ni aun él mismo piensan siquiera hacer resaltar los peligros y las fantasías. Recuerdo que un escritor de ese país me dijo:

—"Volveré al Japón el año entrante, por la estación de las flores!...."

Y hablaba así, con tanta naturalidad como si me anunciase una escapatoria de París á San Germán. Esta pasión por los grandes viajes es tan común que ha modificado, del modo más inesperado, el sistema de vacaciones para los profesores. Cada siete años disponen de un año entero de huelga que llaman el "año sabático" y que emplean en visitar la Europa, el Africa, el Asia, cuyas visitas distribuyen según sus necesidades de estudio ó según su curiosidad.

En ninguna parte he sentido mejor la influencia ejercida por el viaje sobre el intelectualismo americano como en Nueva York y en el taller del admirable pintor M. Jonh Lafarge, tan poco conocido entre nosotros á pesar de su nombre francés. Ese mismo hombre, que ya no es joven, de rostro delicado y de piel blanca, como si estuviese desecada por el ardor interior, de ojos móviles encerrados en el estuche de sus párpados bien diseñados y tan rasgados, causa la impresión de una de esas actividades nerviosas á quienes ningún esfuerzo satisface, ninguna experiencia apacigua y que andan, que van siempre buscando. Ha inventado un procedimiento nuevo para la fabricación de los vidrios de color. Ha trabajado en la decoración y en la ilustración, en la pintura al óleo y en la pintura en cera, en los grandes cuadros de altar, como su grandiosa y delicada *Ascensión* de la Iglesia Episcopal de la Quinta Avenida, y también en el pastel,—y hace algunos meses recorrió las islas del Pacífico, Samoa, Tahití y las *Frijas:*

—"Queríamos ir muy lejos, me dijo, el Japón está demasiado cerca y estamos comunicados con él por el telégrafo..... Mientras que en el Pacífico estaríamos cuando menos dos meses sin noticias."

Hé allí el grito del poeta fatigado de la vida convencional, cansado del camino de fierro, del teléfono y de todo aquello que facilita los negocios, que desmenuza el tiempo y hambriento de sensaciones inéditas; el suspiro del artista enamorado de su arte y resuelto violenta y heróicamente á existir únicamente para su pensamiento durante días y más días. Y en tanto que esa nivosa tarde de Enero helaba la ciudad, los islotes perdidos en el mapa se animaban, se iluminaban y verdeaban para mí al través de los cuadros y de las acuarelas de ese tan delicado pintor, cuyas palabras más insignificantes hacen traición al buscador de la raza de Fromentin, del visionario que piensa sus sensaciones,—rarísima potencia....

Y son follajes excesivamente verdes á la orilla de un mar muy azul, ramos de aquellos en que la trama de la hoja parece estar embebida de agua y que, pregonan la eterna humedad del aire. Bananos que levantan sus derechos troncos de los que se desprenden las largas y flexibles láminas de sus hojas. Cocoteros que agitan sus palmas en las que sopla infatigablemente el viento del Pacífico, ese viento que semejante á la inmensa oleada de ese inmenso océano, camina del uno al otro polo. El bouran, árbol gigante de nudoso tronco, extiende su amplio follaje parecido al de nuestras higueras. En todas partes flores, y entre todas las corolas planas y extendidas del extraño hibiscus.

Y en medio del decorado de esa naturaleza se presentan las chozas, enteramente bajas, con un sembrado y con cobertizos, de los que cuelgan flexibles esteras. Pasan hombres y mujeres entre esos árboles y la orilla de ese mar, unos bailando coronados de rosas, otros arrastrándose para asesinar y ocultándose entre el follaje, éstos cargando en las espaldas ligeras piraguas y aquellos lanzándose dentro de esas piraguas para ir á la pesca. Y al rededor de todo se

mira un paisaje tan pulido y tan limpio, cual si estuviese cultivado:

—"El salvaje, dijo sentenciosamente el pintor, es el *old fashioned gentleman*, el personaje tradicional que todo lo ejecuta según los ritos y que no quiere cambiar nada en sus costumbres."

Y enseñándome una muchacha que se desliza en una canoa á lo largo de una cascada en apariencia horrorosa.

—"No tiene miedo, agregó, porque no hay una sola quebradura del terreno que no conozca, ni un solo guijarro que no esté desde hace muchos siglos en el mismo lugar, tanto fuera cuanto dentro del agua. Allá, cuando tropieza uno y se lastima un pié, le dicen: "Mi abuelo me había ya advertido que había una piedra en esa vereda....."

Las escenas del baño, son, entre todas, las que se miran con mayor encanto..... Anchos ríos corren por entre bosques. En esas aguas, á las que baja el azul de los cielos, se sumergen cuerpos de mujeres con el noble impudor pagano. Juegan los niños en la resaca del Océano. La ola se estrella contra los arrecifes y en los sitios donde rueda sobre fondos de corales, su colorido verde es tan puro y tan inteuso que refleja las aguas de una piedra preciosa En otras ocasiones y con el sol poniente es toda ella color de rosa. Y la morena y esbelta desnudez del salvaje se destaca sobre este Océano de hermosos visos con la finura de bronce antiguo. Se respira la atmósfera llena de molicie y de caricias, donde la bestia humana es feliz, con felicidad casi vegetal y donde languidece como una planta. Sentados en torno de una hoguera que les ilumina fantásticamente, mujeres de Tahití, con el cuerpo envuelto en largas túnicas de géneros claros, con sombreros de paja sobre sus

pequeñas cabezas, parece que juegan al invierno, en tanto que otros grupos figuran escenas de grandeza bíblica ó helénica:—un anciano ciego y desnudo camina guiado por un niño,—un jóven moreno galopa montado sobre un caballo blanco, á la orilla del mar —se enredan las danzas, iba yo á decir las bacanales, en las que los gruesos ramos de las coronas que llevan las locas danzantes, recuerdan las fiestas de los rabinos del Taygete, celebradas por el poeta:

....El virginibus bacchata Lacænis Taygeta.

Es grato presenciar el gozo del pintor que enseña esos estudios. Sus ojos tienen ansia de regocijarse con esa luz. Su espíritu se desposa de nuevo con aquella vida primitiva, con las delicias del rejuvenecimiento y de la iniciación. Levanta la estola de un sacerdote budhista que vela un cuadro no concluido aún y con este ademán descubre una figura pintada en cera, de tintes tan pálidos, tan esfumados, que parece van á desvanecerse. Una mujer está sentada con los pies cruzados, con los brazos juntos, con los párpados abatidos y vestida con una tela de tejido milagroso que también va á fundirse, á evaporarse —é iluminada por una aureola que parece proyectarse de ella misma. A lado de esta forma enigmática cae una cascada de agua que corre, que corre sin cesar; símbolo del tiempo que se va en una fuga eterna. Sin embargo, la jóven diosa permanece inmóvil en su juventud donde parece que la serenidad ha tenido trabajo para estamparse. Es la diosa de la meditación, "el Sér que vé los sonidos"—*the Being who sees sounds*—me dijo el artista. Silenciosa, muerta para la vida, absorta en su ensueño, esparce en torno suyo el sosiego. La gran lección de la nada de la actividad humana llega de este modo del extremo

Oriente, á este país de la actividad furiosa. La fiebre de cultura de que están poseídos estos hombres les hace capaces de comprender al través de innumerables experiencias y de traducir en formas palpables, esa poesía de la pasividad meditativa, tan contraria á su raza. Sufro al dejar este taller de John Lafarge, como después de la lectura de ciertas novelas de Henry James, la impresión ó mejor la evidencia de que la Alma americana, desde el momento en que dirige su voluntad hacia la delicadeza llega á agudezas de análisis y de visión que no se igualan. Pero ese pintor, como ese novelista, son unos solitarios. Ni uno ni otro forman parte, no digo de una escuela, pero ni de un grupo. La personalidad, la individualidad irreductible de su cultura es aun un carácter de su país y que ya he señalado. Por solo él no puede predecirse que deba haber algún día un arte americano. Seguramente que en la actualidad, hay grandes, admirables artistas americanos, y esto sobra, después de todo, para dar gloria á un pueblo.

X

EN EL SUR

EN FLORIDA

Podría escribirse un volumen sobre la diferencia entre el Norte y el Sur. Como solo hice una corta excursión en este Sur, que aún se halla medio arruinado por la guerra, transcribiré simplemente las notas que tomé sobre la parte más exótica de este otro país: La Florida. Entre Jacksonville y Lake Worth, á lo largo de esa península baja—y con frecuencia más baja que la mar,—roída toda ella por lagunas, por lagos y por ríos, que desciende hacia los *Everglades* y más abajo hacía las Antillas, he visto, sobre todo, paisajes de vejetación casi tropical y de intensidad inolvidable. Una civilización completa se bosqueja en ese país cuyos primeros poseesores, los indios Seminolas, hace todavía medio siglo no estaban domados. El asesinato del Dr. Henry Perrins en una de las islas ó de las Kenys, de las Llaves—esas rompeolas de la península—data del 7 de Agosto de 1840, y el primer viajero, un Neo-Yorkino, que exploró el Okeechobec, que es uno de los grandes lagos del interior, emprendió su expedición en 1881. Aun hoy día, una excursión que se separa fuera de las líneas de camino del fierro que van á Tampa, en el Golfo de México y á Palm-Beach que está hacia el Oceano, tiene que superar inmensas dificultades. Mas esto no impide que un gran número de jóvenes americanos amantes de la caza, de la pesca, del yachisting y sobre todo de la vida silvestre, vayan á visitar cada invierno y cada primavera esas partes casi inacesibles de la península de florido nombre.

El lector que quiera seguir el diario de turista que contiene las diversas etapas y que trascribo en este lugar, encontrará en él una excursión más modesta y enteramente facil. Si acaso he tenido el talento de evocar en estas páginas, los horizontes con los que he acariciado mis ojos, en los tres meses de primavera que pasé en ese admirable país, habré conseguido entonces expresar la impresión que conservo del Este Americano. Es un mosaico sin transición, el paso súbito de la tierra de las fábricas y de la indus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oriente, á este país de la actividad furiosa. La fiebre de cultura de que están poseídos estos hombres les hace capaces de comprender al través de innumerables experiencias y de traducir en formas palpables, esa poesía de la pasividad meditativa, tan contraria á su raza. Sufro al dejar este taller de John Lafarge, como después de la lectura de ciertas novelas de Henry James, la impresión ó mejor la evidencia de que la Alma americana, desde el momento en que dirige su voluntad hacia la delicadeza llega á agudezas de análisis y de visión que no se igualan. Pero ese pintor, como ese novelista, son unos solitarios. Ni uno ni otro forman parte, no digo de una escuela, pero ni de un grupo. La personalidad, la individualidad irreductible de su cultura es aun un carácter de su país y que ya he señalado. Por solo él no puede predecirse que deba haber algún día un arte americano. Seguramente que en la actualidad, hay grandes, admirables artistas americanos, y esto sobra, después de todo, para dar gloria á un pueblo.

X

EN EL SUR

EN FLORIDA

Podría escribirse un volumen sobre la diferencia entre el Norte y el Sur. Como solo hice una corta excursión en este Sur, que aún se halla medio arruinado por la guerra, transcribiré simplemente las notas que tomé sobre la parte más exótica de este otro país: La Florida. Entre Jacksonville y Lake Worth, á lo largo de esa península baja—y con frecuencia más baja que la mar,—roída toda ella por lagunas, por lagos y por ríos, que desciende hacia los *Everglades* y más abajo hacía las Antillas, he visto, sobre todo, paisajes de vejetación casi tropical y de intensidad inolvidable. Una civilización completa se bosqueja en ese país cuyos primeros poseesores, los indios Seminolas, hace todavía medio siglo no estaban domados. El asesinato del Dr. Henry Perrins en una de las islas ó de las Kenys, de las Llaves—esas rompeolas de la península—data del 7 de Agosto de 1840, y el primer viajero, un Neo-Yorkino, que exploró el Okeechobec, que es uno de los grandes lagos del interior, emprendió su expedición en 1881. Aun hoy día, una excursión que se separa fuera de las líneas de camino del fierro que van á Tampa, en el Golfo de México y á Palm-Beach que está hacia el Oceano, tiene que superar inmensas dificultades. Mas esto no impide que un gran número de jóvenes americanos amantes de la caza, de la pesca, del yachisting y sobre todo de la vida silvestre, vayan á visitar cada invierno y cada primavera esas partes casi inacesibles de la península de florido nombre.

El lector que quiera seguir el diario de turista que contiene las diversas etapas y que trascribo en este lugar, encontrará en él una excursión más modesta y enteramente facil. Si acaso he tenido el talento de evocar en estas páginas, los horizontes con los que he acariciado mis ojos, en los tres meses de primavera que pasé en ese admirable país, habré conseguido entonces expresar la impresión que conservo del Este Americano. Es un mosaico sin transición, el paso súbito de la tierra de las fábricas y de la indus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tria á la más intacta y más virginal de las naturalezas. Que será pues, la costa del Oeste, la California meridional que se extiende desde San Francisco hasta los Angeles y más abajo? Y como podré consolarme de no haber tenido tiempo en esos diez meses de viaje para llegar allá? Pero los Americanos tienen razón al hablar de la grande escala sobre la que está establecido su país. Esta escala es muy grande únicamente.

Jacksonville, día de Páscuas, 94.

....Una ciudad de casas de madera, pequeñísimas con calles llenas de polvo, y á lo largo de estas calles embanquetadas de madera como las casas, árboles de mágicos verdores, un desborde, un surtimiento de verduras que no ha tenido tiempo de ensuciar ese polvo. Lilas de Persia, como las que he respirado en Oriente, suben asomándose hasta la calle, gigantescas, en flor y perfuman el aire ya cálido. Y naranjos cargados de naranjas, núperos del Japón amarilleando por las frutas, bananos, palmeras, la proximidad de otro mundo más, después del de Georgia. Atraviesa entre rayos de sol un aroma penetrante y se vé un cielo casi blanco en el intensísimo azul, como el que había sobre el mar Muerto, el año pasado cuando al salir del convento bravío de Mar Saba percibí el agua inmóvil y la desnuda línea de las montañas de Moab. Pero allá, la leyenda y la historia se mezclaban para mí á la sensación de la naturaleza. Aquí, sufro el contacto de la naturaleza nada más, con su forma carnicera, con su flora violenta y con los fenómenos, mejor dicho con los cataclismos de su

atmósfera,—encanto y peligro que se perciben en el aire que se respira en detalles insignificantes, que se ven en los ángulos de la calle, en los saltos súbitos de la temperatura, y en toda la vida de esa corta ciudad, tan apacible en esta mañana de Pascuas.....

....Negros y más negros. Parece ser que la ciudad les pertenece por completo, tanto así pululan en sus calles; los hombres con redingote, con grandes flores en los ojales y con pantalones de colores vivos, las mujeres vestidas con telas escandalosamente claras. El verde manzano, el rojo punzó y el rosa claro dominan. Corsés cortados en forma de Fígaro les oprimen el cuerpo, sombreros adornados con listones y con flores enormes se asientan sobre sus cabezas donde los cabellos van en trenzas delgadas muy apretadas para disminuir ó destruir lo crespo de su pelo natural. Sonríen descubriendo sus blancos dientes entre sus gruesos labios. Los dientes de los hombres les contestan con sonrisa parecida, y todos y todas se saludan, se abordan con ceremoniosa familiaridad, con esa especie de desparpajo amanerado propio de esa extraña raza. Pasan de mil los que se visten de blanco. Son neófitos los que acaban de ser bautizados en el río. Todas esas gentes son felices por vivir en el mundo en ese caliente domingo de Abril. Veo muchos que se aprietan delante de la puerta de un templo y distingo la propia mescolanza de colores, batallar en el adorno de las mujeres que están sentadas y dispuestas á oír á un famoso predicador. La voz de este *clergyman* negro, que se encuentra en pié sobre una estrada, llega hasta mis oídos por sobre las ondulaciones de tonos boruquientos. Acciona, sus ojos enseñan su blanca esclerótica y giran convulsivamente. Acaba de pintar el infierno con la elocuencia de un visionario inocente y ahora anuncia

la salud ofreciendo al Cristo, de modo parecido al de un titiritero que ofrece un remedio.

"*Do you accept Chist?* Toman ustedes al Cristo?..."

En esos atavíos, en esa religión, en esas sonrisas, en esos recogimientos siento muy cercano al salvaje y pienso en el juego singular del destino, en la pasmosa sorpresa del acontecimiento, que nos convierte en los obreros de una tarea que no habíamos previsto. Contemplo esta ciudad americana, llena en su totalidad de negros felices, de "ladies y de gentlemens de color," como les dominan los blancos irónica y políticamente, que disfrutan de las vías férreas construídas por estos de los tramways inventados por ellos del telégrafo distribuido también por estos mismos, y de la justicia y de las leyes elaboradas igualmente por los propios blancos. Después me trasporto cincuenta ó cien años atrás. Y el Africa se me representa lejana y ardiente; las barracas construídas con hojas bajo el tórrido sol, los reyes poseídos de la pasión por los sacrificios humanos, la existencia totalmente bestial, idólatra y homicida, el arribo del negrero y el trasporte de los bisabuelos y de los abuelos de estos al fondo de la cala del buque. Así han llegado á ser los traficantes en madera de ébano los benefactores de las familias á cuyos antecesores apriscaban de ese modo para comerciar con ellos en alguna playa de ese Sur, hoy arruinado por la guerra. Creyeron hacer esclavos é hicieron ciudadanos de la América libre. En ocasiones tiene la Historia esta clase de ironías de doble cara como para probarnos que somos nada más muñecos en manos de un autor invisible, quien dirige la máquina del Universo conforme á sus ideas. Nuestras buenas intenciones tienen consecuencias miserables. Tal pasó con los bravos hombres de 1789 que preparaban el

terror cuando creían decretar la fraternidad! Y, en otras veces, crímenes atroces de lesa-naturaleza se resuelven en beneficios que ninguna caridad hubiera pensado intestar....

... Llamé á uno de esos negros, que estaba perezosamente sentado en el asiento de una calesa de altas y delgadísimas ruedas. Era un anciano de sesenta años aproximadamente,—no se sabe con exactitud su propia edad,—que fué esclavo hasta hace cosa de treinta años. Es chiquitín, arrugado, de ojos brillantes en su cara apergaminada—cara negra, pero empañada por la edad y que no conserva vestigios del lustre brillante de la piel de los jóvenes. Barba blanca, corta y crespa, como lama espumosa, cubre sus carrillos y su barba. Nos contratamos para que me enseñe la ciudad, después de todas las complicaciones de conversación á que están acostumbradas estas gentes. Uno de ellos á quien ayer encargaba un viajero en un carro Pullman, que le despertase en la mañana, lo que yo presencié, comenzó diciendo:

—"Diré á usted, señor; si es que llegamos con toda exactitud debe usted levantarse á las seis. Pero, ahora vamos atrasados. En el camino, en Nayeceme, debemos dejar cuatro coches; y entonces sí caminaremos á todo vapor."

Y como el otro le preguntó:

—"Entonces á qué hora me despertará usted?"

—"Diré á usted, señor" replicó el negro; "yo siempre pregunto á mis pasajeros: cuánto tiempo tarda usted en vestirse? Si usted me contesta que media hora, le despierto á usted media hora antes de llegar á la estación; si una hora, llamaré á usted con una hora de anticipación...."

Y así siguen indefinidamente con una sonrisa va-

nidosa y mistificadora, importante y familiar!....
El cochero de esa mañana tenía la misma costumbre de locuacidad cómica y pueril. Cuando el calesin rodaba primero por las calles y luego por los campos, acabé por obtener de él algunas confidencias precisas sobre su estado anterior. Tenía buenos amos y era feliz. A pesar de ello también es dichoso con ser libre.

—"Ahora trabajo lo mismo que ántes, pero, si estoy mal, puedo cambiar...."

Esa frase resume su fatalismo de esclavo nato, de hijo de una raza domada para siempre. La pronunció con la impasibilidad de un hombre que evidentemente no había pensado nunca que su suerte podía modificarse y cuya alma no se ha modificado con la metamórfosis de su suerte. Salimos de Jacksonville y en el extremo de una alameda de lilas de Persia, siempre en flor, se percibe el río Saint-John, enorme y clapotante,—especie de estuario por el que comunican entre sí los grandes lagos del interior y del Oceano. Hace un momento era azul bajo el cielo que despedía una radiación tropical, y se ha oscurecido primero hasta el gris plomizo y después hasta el negro; y comenzó á correr un calosfrío sobre las casas de madera y sobre los árboles. Una nube violeta, color de tinta, que se formó en diez minutos, creció, creció. Ví llegar á la tempestad como á un hombre que corre. Se levanta el polvo en torbellinos que ciegan á los animales y á las gentes. Los árboles se tuercen, las casas tiemblan, el coche y el caballo retroceden. El negro me dijo:

—"Esto no es nada; ya pasó la estación de los huracanes."

Y derrepente, sobre el viento, sobre el polvo, sobre las casas, sobre los árboles y anegando, aplastando todo, se desata una lluvia, parecida á las de Georgia, ininterrumpida, inagotable,—una catarata de agua caliente derramada de un abismo. Lo repentino y lo intenso de esa formidable tempestad revelan una naturaleza terrible y sin medida en el despliegamiento de su fuerza;—una naturaleza donde el hombre es tan poco que, para soportarla, necesita identificarse con el animal, no razonar ni querer,—sufrir. Y así es como se manejan esos negros. Abrigado en la sala baja de una casa de bateleros, ví al cochero y á un grupo de semejantes suyos, recibir la tromba como el mismo caballo, paciente pasivamente. El sol volvió. La tempestad ha partido con la misma rapidez que vino, y todo ese pueblo vuelve á andar con sus sonrisas, con sus saludos, con sus niñerías y con su pretensión y sentado sobre la calesa comienzo yo también á platicar con el cochero negro que me condujo hacia lo que es orgullo de la ciudad, hacia el jardín zoológico,—el *Zoo*, como le llama valiéndose de la misma abreviatura que el hostelero de Philippeville.

La originalidad de esa colección, enteramente sumaria, consiste en que todos los animales reunidos en ese recinto han sido regaladas por personas del país. Todos pertenecen á la clase de las que el cazador y el transeunte están expuestos á encontrar á cada paso, una vez que han salido de las poblaciones, y la familiaridad con la cual otro negro, el guardián del museo, anda entre esos mónstruos, testifica que la imaginación de las gentes del país está muy habituada desde su infancia á esa formidable fauna. Este, con los piés desnudos, flexible con una agilidad de medio-gorila, se desliza bajo las ramas que sobresalen de las paredes, sin casi causar ruido, y me conduce de ese modo hasta la orilla de un estanque don-

de duerme ó parece dormir un enorme cocodrilo, capturado á algunas millas de distancia.

Inmóvil en medio de su agua, no está separado el mónstruo del ribazo por ninguna muralla. Un día de estos, mañana, tal vez pasado mañana saldrá de allí, como acaban de hacerlo otros veinte más jóvenes, que caen en el agua cerca de nosotros. El mayor de ellos, con sus ojos chiquitos colocados muy arriba sobre su temible cabeza, tan grande como un busto, no pierde uno solo de nuestros movimientos. Su espantosa cola, que sobresale en el agua como una cresta, se mueve apenas y esto basta para que se vuelva hacia nosotros, con movimiento de animal que acecha, con destreza y con agilidad. Y cuando, al llegar sobre el puente que franquea el pantano, el negro le lanza por burla una gran piedra, las mandíbulas del animal gruñen con tal furor que le hace medio salir del agua enseñando su torso con patas semejantes á brazos. El negro me contó tranquilamente que en el río de Saint John así fué devorado un pescador el otro día.

"Historias de Florida!....." dicen las gentes del Norte, como nosotros decimos "cuentos de Marsella!...." Pero lo que no es ni una historia ni un cuento es que cerca del estanque donde llora el cocodrilo, hay una caja alumbrada de donde se escapa un ruido de escofina que conozco mucho. Una serpiente de cascabel de la especie mayor está allí. Un negro fué quien la trajo hace ya varios días. Mi guía me explicó el procedimiento de que se valen para esta peligrosa captura:

—"Se conocen los lugares donde vienen á tomar sol. Son torpes cuando no se han enroscado. Se prepara una horqueta de madera y cuando se ve una extendida y que se está calentando, se avanza por detrás de este modo y se le plantan, las dos puntas de la horqueta allí, precisamente sobre el cuello, detrás de la cabeza, después se aprieta y se la tiene así."

Y acciona la escena de caza, con destreza, mientras que la víbora de cascabel que está encerrada y que siente que estamos cercanos, activa el ruido de sus anillos. Enroscada sobre sí misma y dardeando su lengua bífida, enseña su cabeza triangular y chata. Su cola se endereza junto á esta cabeza. Es tan rápida la vibración de los anillos cuando nos inclinamos sobre la jaula, que no se les distingue. Las glándulas de sus carrillos hinchadas y tras las que adivino los ganchos agudos que pude estudiar días pasados en la casa de M. Scott, se inflaban más aún por la rabia. Tiene sobre el dorso la placa de escamas negras y amarillas que le ha valido el sobrenombre de crotal diamante. Me vuelvo para ver dentro de otra caja, enrejada también, pero ésta en uno de sus lados nada más, varios gatos monteses que se pasean,—felinos de movimientos tan ágiles, de maullidos tan feroces que ponen á descubierto sus formidables dientes. Es este el animal que ocupa el sitio, entre nuestro angora doméstico y la pantera, pero que está mucho más próximo de ésta que de aquel. Aguilas gigantes de garras durísimas y blancas que emergen como piés por debajo de un calzón de plumas negras,—osos de pelo corto con hocico espiritual y que parece ser el bosquejo de una trompa,—monos aulladores é irritables,—más serpientes, y entre otras, la terrible habitante de los ríos que llaman aquí el *watter mocassin*, completan esta casa de fieras.

Ella basta para hacer comprender la existencia bravía que tuvieron los Seminolas en esta península ardiente y febril, revestida toda ella de una tan exu-

berante y viva vegetación. Los grabados antiguos les representan cazando al cocodrilo con trampas, cociendo la carne de las serpientes de cascabel ó extrayendo un aceite destinado á curar los dolores. Su industria había dado cuenta ya de esta terrible naturaleza que siguen explotando los blancos tan animosamente. Si se abandonase á los negros es muy probable que volviesen á pulular de nuevo los monstruos, como también que después de algunas generaciones y con el auxiliar del atavismo, reaparecieran cultos análogos á los de la vieja Africa, tanto así esos pobres seres se conservan próximos del salvaje primitivo, cual eran su bisabuelo y su abuelo antes que cumpliera el negrero con su obra extraña de involuntaria civilización.

Jacksonville, 28 de Marzo.

Un Bostoniano establecido en Jacksonville, á quien interrogo sobre el retorno de los negros á la vida africana, que puede realizarse aun aquí, á causa de un atavismo irresistible, me llevó á uno de sus cementerios. En él veo tumbas adornadas con las decoraciones más raras. Botellas de gengibre, de barro, enterradas con el cuello para abajo, rodean á á varias tumbas, donde no se ven ni lápidas ni nombres. Después me propuso una larguísima excursión, á un campo que posee bastante lejos de aquí, en los confines de la Georgía, para presenciar una ceremonia de metodistas aulladores.

..... La iglesia á donde fuimos en la noche es una pobre choza en medio de los bosques. Fuimos á ella en coche, con una luna de brillo tan vivo que

se diría que era plata en fusión. Una admirable noche de primavera, azul y tranquila como las del estío en Francia. Oíamos el canto de los sapos en los pantanos y flotaba en el aire el suavísimo aroma del *crab apple*. Al dar una vuelta aparece la iglesia bañada por la luna. Es una especie de barraca de madera, montada sobre estacas y capaz para cien personas. Habia nada más diez cuando entramos, pero después veinte y luego treinta, negros y negras. El mobiliario consiste en algunas bancas y una cátedra, alumbrado por una lámpara que va apagándose poco á poco. Ese pábilo miserable basta para que, habituado á esa luz intermitente, distinga algunas fisonomías; primero la del dean, de cara muy redonda, casi hinchada. Brilla lo blanco de sus ojos sobre su piel lustrosa y restirada; sus gruesos y macizos labios le dan aire caprichoso, obtuso y sensual, y su redingot manchado, raído, verdioso, se sostiene apenas sobre su dorso enorme. Otro que á lado suyo parece berberisco. Su color es negro, casi aceitunado, propio de ciertas tribus de las montañas del Maroc. Le miro con mayor atención en los momentos en que, á una señal dada por el dean, todos los asistentes entonan un cántico. Después de algunas coplas le invade el éxtasis. Su labio superior se arremanga en los dos ángulos convulsivamente y descubre sus dientes blanquísimos con risa en la que hay á la vez sensualidad y crueldad.

Los cánticos suceden á los cánticos. Después de una melopea bastante tierna, estas gentes repiten monótona y apasionadamente un estribillo, como: "*Mirad á Moisés.....*" ó "*Eva está allí.....*" ó "*¿Acaso no sabeis que este es el momento?....*" ó bien "*Oh! talones de plata.....*" ó si no "*Yo tengo un Dios justiciero detrás del sol, detrás de la luna.....*"

Las voces de las mujeres son las que ahora dominan, pues acaban de llegar en mayor número. Son criaturas delgaditas con los cabellos en trenzas, siempre muy finas. Algunas de ellas han entretejido con cinta blanca cada una de esas trenzas chiquitas, atándolas con nudos muy apretados. Nada más raro que esas veinte ó treinta cadenetas, resaltando en blanco sobre el negro de la cabeza. Otra, la más anciana,—tiene sesenta y cinco años—ha inventado, por coquetería, ponerse sobre sus cabellos verdaderos un bonete negro muy tupido que forma peluca y sobre el que lleva puesto el sombrero. Ciñe su cuerpo un cinturón de cuero que extrangula su talle sobre una blusa de seda y cuando canta se tuerce las manos con ademán flexible y rítmico, parecido al de las danzarinas javanesas. En un momento dado y cuando los cantos parecen haber excitado suficientemente á los fieles, el dean les dice:

—"Ahora podeis dar alaridos hasta que caiga el techo....."

Y las mujeres se levantan y dan principio, acompañadas con los gritos y con las palmadas que dan los hombres, al más bárbaro de los ejercicios, á una danza de caníbales á la que solo faltan las víctimas. Caminan resbalando sobre el suelo los dos piés y casi sin separarlos de él, con un movimiento de riñones, de flexibilidad increible, bajando y extendiendo la cabeza, y doblándose sobre las caderas. Creeríaselas atacadas de epilepsia, poseídas de vértigo. Y andan, andan de esta manera, en círculo, mezcladas á los hombres que acaban por imitarlas. Es una danza del vientre cuyo ritmo se marca por la repetición indefinida del estribillo bíblico ó evangélico. Los misterios impuros de la antigüedad tomaron sin duda alguna, ritos semejantes á las profundidades de la Nubia y de la Etiopía. Resuena toda la capillita de madera al paso de esta procesión que da alaridos. La antigua esclava del cinturón de cuero trisca en derredor, sin poder hallar su cuerpo envejecido, las aptitudes vivas de las más jóvenes y un negrillo, apenas de tres años de edad, y en camisa, aulla también y danza imitando á esos gorilas.

Este cristianismo gesticulador en el que se pronuncia sin descanso el nombre de Jesús, el del *Old Paul*, del "Viejo Pablo," y el de *Holy Ghost*, del "Espíritu Santo," se resuelve en crísis nerviosas. Cae un fiel y es *happy*, dichoso como dicen ellos y es necesario llevarlo. Tengo aquí la impresión de la vida religiosa en el punto preciso donde toca con la vida animal y también la evidencia de que la raza negra, si los blancos no se dedican á ella en cuerpo y alma, establecerá en ese Sur librado de la esclavitud una verdadera Africa, un borrón de salvajes; y que esta mancha crecerá devorando todo hasta convertirse en un peligro para la nación. Mi guía no logró hacerme sonreir cuando me contó que algunos americanos piensan seriamente en fletar navíos que trasporten á la Africa real á todos los gentlemen de color. Otros piensan en cederles un territorio que puedan administrar á su antojo, pero de donde no puedan volver á salir. Todos tienen la evidencia de que la cuestión negra se sentará de nuevo un día cualquiera. Sin embargo, un hecho permite esperar una solución favorable: en estos diez últimos años el número de blancos en los diez y seis Estados del Sur ha crecido más que el número de negros. En 1880 los blancos eran: 12.578,253. Ahora son: 15.549,338. Los negros eran: 6.090,255. En el día son: 6.898,806. Estas cifras y la educación representan la parte de optimismo necesario para consolarse al salir de escenas tan

degradantes como esa ceremonia nocturna verificada en medio del bosque misterioso y á la luz de la luna del astro de los encantamientos turbios y de las liturgias culpables.

San Agustín, 30 de Marzo.

Una hora escasa hay de camino entre Jacksonville y San Agustín. El tren atraviesa el río de Saint-John sobre un puente tendido casi al ras del agua, como tantos otros que se ven en Estados Unidos, por lo que llega uno á habituarse á esa frágil audacia. En seguida entra en la selva, en una selva que era virgen ayer todavía, y donde todo redobla la impresión de la naturaleza peligrosa. Se ven de nuevo los terebintos, rayados en su base con una ranura que ha servido para extraer la resina, y tan profunda, que algunos se han caído. Entre sus troncos, caídos ó en pie, hormiguea—césped monstruoso á propósito para que se arrastren en él las serpientes de cascabel y los gatos monteses,—cantidad innumerable de palmettos, de palmas pequeñísimas y sin tallo. Sus verdes y anchas hojas cubren los senderos que no se ven. Las arboledas, de árboles, y los altos renuevos en su fondo, allá abajo, contribuyen para dar á esas profundidades un aspecto temible de enredadera. Surgen de cuando en cuando barracas de madera, dejando ver en su dintel la sonrisa de un negro ó de una negra, esa sonrisa atormentadora que flota sobre los blancos dientes de toda esa raza anifiada, y se le encuentra sobre las cucharas de plata que se venden en los despachos de los hoteles, á título de recuerdos, con esta divisa: "El Sur asoleado"—*The sunny South*;" ilustración irónica del verso del poeta:

Bello, fresco, sonriendo de satisfacción en esta amarga (vida!....

Un jovencito blanco, descolorido y nervioso, y cuya sonrisa es amarga como esa misma vida, recorre indefinidamente el tren. Procura vender, primero novelas, luego periódicos, después guías ilustradas, en seguida plátanos y naranjas, y el contraste de su actividad con la indolencia de los negros, resalta más aún en medio de ese paisaje de luz. Deposita los libros sobre las rodillas de los pasajeros, les obliga á oler las frutas. Ninguna negativa le desanima; ninguna indiferencia le desalienta. Es el animal de presa hambriento que quiere vivir. Hace sesenta años hubiera sido traficante de esclavos con igual rigidez. Mañana será tal vez comerciante de terrenos en esa misma línea, carbonero, hostelero, ¿quién podrá saberlo? Pero aparecen un nuevo río y casas. Reconozco perfectamente los minerales de estilo morisco del hotel Ponce de León, célebre en toda América. Era en cierta época tan caro, que uno de mis amigos pretende que se pagaban cinco *dollars* por verlo. Es San Agustín, el Cannes de la América ó su Monte-Carlo, vieja ciudad fundada hace trescientos años por los españoles, quienes asesinaron á una colonia de hugonotes franceses. Aquí se realiza también la melancólica frase de Buchon, de ese gran erudito tan poco conocido, que decía al descubrir bajo la Morea Veneciana toda la Morea Francesa:

—"¡Qué país en el mundo no habremos conquistado y perdido!

.....Ahora son hoteles y más hoteles, jardines y más jardines llenos de naranjos, de granados, de lau-

rel, rosas, de carrascas, y en medio, un resto pequeñísimo de ciudad española, una calle estrecha que va de un fuerte arruinado á una plaza donde tenía lugar el mercado de esclavos; ese es todo San Agustín y sus excelencias. La vieja calle es sinuosa. Se comprende que se construyó como *la calle de las Sierpes*, en Sevilla, para establecer una corriente de aire fresco en los días ardientes del estío. Sus casas bajas están tan aproximadas que los balcones de su piso último casi se tocan. Desde las azoteas se puede platicar de una á otra habitación sin moverse, entre flores y aspirando en las noches tropicales el soplo de las brisas que vienen del mar, del océano, que allá abajo, á lo lejos, y detrás de la isla Anastasia, borda la playa con su móvil franja de espuma. Aparece en la alucinación de un momento la vida colonial del otro siglo con su intimidad y sus peligros. Se adivina, mirando el fuerte Marion, flanqueado por sus anchos bastiones y protegido por sus gruesas murallas, el ataque siempre inminente. La vieja ciudad no era sino un pequeño campamento al derredor de esa vasta ciudadela, construida para que sirviese de asilo á toda la población. E inmediatamente á lado suyo rivalizan en lujo los hoteles colosales, y las villas suceden á las villas. Aquí, como en Newport, se hace constar, aunque en menor grado, cuánto dinero gasta el americano para divertirse y cómo está siempre pronto para prodigar el lujo. Se calcula cuánto dinero han de haber "hecho" todas las gentes que invernan aquí para poder vivir como viven. Sí, hay una América antigua bajo la América actual, pero cuán lejana está y cuán extraña é irreparablemente sepultada!

San Agustín, 30 de Marzo,

La vida del hotel en Estados Unidos no se parece ciertamente á ninguna otra. Es preciso ocurrir á San Agustín para comprender hasta qué punto disfrutan de esa vida esos rudos trabajadores, lo que le exigen y cómo ella corresponde á sus cosas peculiares, íntimas y profundas. En estos momentos y aunque esté muy próximo el fin de la estación de invierno, encuentra el viajero donde alojarse en esos edificios en forma de palacios, que se asemejan: este al Alcazar, aquel á la Alhambra y el de más allá á una vasta construcción de la época colonial. Y en todos ellos hay una ostentación de riqueza con la que visiblemente se embriaga todo ese mundo de pasajeros. Al revés de los huéspedes de un gran hotel de un balneario europeo, estos se sienten en estos suntuosos *halls*, en sus patios magníficos y entre sus *peluches* y sus cuadros, tan desahogados como en su propia casa, ó mejor que en ella. Muchos han llegado de ciudades nuevas del Centro, del Norte y del Oeste. Su fortuna, reciente como esas ciudades, les comunica el gusto por un lujo y por un confort tan brutal cuanto fácil y que el hotel les ofrece. La brutalidad no la sienten y se deleitan con esa facilidad.

Es necesario verles durante el día, balanceándose sobre los *rockings* á los sones de la orquesta, que desde la una hasta las tres y desde las ocho hasta las diez, hace vibrar el vasto edificio. Después de la comida se organiza un baile en el que todos danzan. Los hombres de setenta años hacen los solos de caballeros en las cuadrillas, una abuela baila una polka junto á su nieta y los jóvenes valsan con la ligereza incomparable de las gentes de aquí. El movi-

miento y el entusiasmo con que se ejecutan estos bailes, el ritmo tan vivo de las "pasos" que realmente se brincan y no se andan, dejan ver una fogosidad física de los sentidos más jóvenes, un ardor en el placer igual al ardor en el trabajo. Debido á ello toda esa sociedad está de gran etiqueta; los jóvenes son presentados á las señoritas por otros jóvenes. Alegres grupos se instalan en todas partes, en las escaleras, en las azoteas. Hay en el aire tan buen humor que haría creer que todas esas personas se conocen desde hace años, sino fuese porque, sin cesar, infinitas presentaciones se hacen á vuestro derredor. Los innumerables "*Very glad to meet you*," pronunciados por viajeros que se estrechan la mano con fuerza y que no se saludaban todavía en la mañana, producen una impresión fantástica: la de una estación donde un tren entero de *turistas* fuesen presentados unos á otros, atropellada, indistintamente. La pasión de los americanos por los nuevos conocimientos me hace recordar una anécdota que me contó uno de los antiguos ministros ingleses en Washington como al partir pidiese algunos consejos á un Neoyorkino muy espiritual, sobre la manera de tener éxito en los Estados Unidos, éste hizo con la mano el ademán de sacar su cartera, haciendo como que repartía tarjetas y más tarjetas, anunciándose, repitiendo indefinidamente esta fórmula: "*Carding, carding, carding, carding*."

Esta locura por el placer y por la vida social llega hasta los domésticos de esos hoteles que están continuamente cambiando su menaje. Los de la hospedería que habito dieron esta tarde para divertirnos, lo que llaman un "*cake walk*," literalmente un *paseo de pastel*. El hecho viene á ser un concurso de andarines cuyo premio consiste en un pastel. En el

centro del más vasto de los salones está instalado un tribunal compuesto de cinco negros revestidos de gravedad cómica. Adelante se hallan dos músicos: uno tocando el bajo y el otro la guitarra. Tocan indefinida é infatigablemente sonatas tan agrias y llanas, tan ritmadas que hacen crispar los nervios. Las parejas que entran al concurso andan, caminan al rededor de la sala, apoyándose la mujer en el brazo del hombre. De lo que se trata es de desfilar al paso, siguiendo exactamente el compás de esta música y dando vuelta en los rincones formando escuadras y sin perder el compás. Sobre una mesa espera al vencedor una especie de torrejón de repostería almenado con azúcar candi. Los candidatos á este raquítico premio, son, como se subentiende, negros y negras. A medida que la marcha se prolonga, las caras se alargan más y una sonrisa de desafío las ilumina. La voluntad de brillar, de hacerse notar, se reconoce en la crispatura del brazo izquierdo que lleva libre el hombre y del brazo derecho en la mujer. La fuerza vanidosa, impresa en todo su ser, revela lo que constituye el verdadero fondo de estas naturalezas infantiles. La primera marcha ha terminado, y los jueces votan una primera vez. Quedan eliminados algunos de los concurrentes y comienza otro concurso entre los vencedores del primero. Uno de los andarines es ahora el favorito; toda la concurrencia le dá ánimos. Vence y se le vé salir de la sala escoltado por sus partidarios y llevando en las manos su pastel con incomparable orgullo.

Rocklede, 2 de Abril.

Casi al salir de San Agustin, comienza á cambiar el paisaje. El palmeto que se arrastraba en el suelo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

formando malezas empieza á crecer. Al principio es tan alto como un niño, después como un hombre y luego como dos. Sus columnatas crecen muy juntas. Aparecen árboles extraños cuyo tronco surge de un bulbo enorme, semejante á la cebolla de un orquis gigantesco. Los campos de naranjos se multiplican, pero más vastos, más profundos, y la atmósfera ardiente revela la aproximación de los trópicos que ya están más cerca. Pero la energía americana no parece estar influenciada por el clima. Este Mediodía no tiene del mediodía, sino la vegetación y la luz. La dura raza de la voluntad está en él, siempre tensa para la lucha. Los furgones cargados de frutas se suceden en la línea del camino de fierro, en tanto número como los que trasportan la carne en los alrededores de Chicago. Aquellos son ventilados como los otros son helados. Se miran las llanuras desmontadas cubrirse de esos naranjos que no eran del país. Hace apenas veinte años que empezaron á plantarlos en esta tierra y hoy el comercio de las naranjas de la Florida amenaza al de las naranjas de España y de Sicilia.

Así como en los límites del Oeste, esta línea del camino de fierro siembra pequeñas poblaciones á lo largo de sus rieles y allí se encarnizan las especulaciones de terrenos. Se me refiere que en Lake-Worth, donde llegaré pasado mañana, uno de los magnates de la Compañía ha levantado súbitamente un hotel en una especie de desierto, un hotel que es un palacio, después prolongó la línea hasta llegar á él y está en vía de nacer, allá abajo, una villa de invierno como por encanto. Aquí también se encuentra la obsesión por la Europa mezclándose, entre estas gentes, á las originalidades intensas de su espíritu de Empresa La idea de dotar á su país con una *Rivera*, es la que acudió al espíritu de los grandes especuladores de Florida y lo han conseguido sin lograr esparcir en esta costa lo que forma el encanto de nuestra Provenza: esa linda fiebre de la sociabilidad cosmopolita; ni el atractivo del río de Génova, esa vecindad de los primeros museos y de las primeras iglesias de la divina Italia. Pero si esta Florida no tiene la elegancia de Cannes, ni las fiestas de Niza, ni el hechizo del arte Toscano en cambio qué paisajes y qué naturaleza!

En la tarde fuí á pasear á la orilla del *Indian River* que mañana bajaré. Es una laguna interminable, de 160 millas de largo, de 8 millas de ancho en algunos lugares y de 50 piés en otros. Una cinta de tierra que se desenvuelve indefinidamente la separa del Oceano. Se extiende de ese modo á lo largo de toda la península, toda ella sembrada, en su apacible playa, de estaciones invernales como aquella donde me detuve hoy en la mañana. Eran las cinco. El sol, poniéndose sobre el horizonte envolvía con una especie de polvo vibrante y luminoso la exhuberancia de la vegetación. Seguía yo, por entre los palmeros, el sendero que costea la tierra. Estos hermosos árboles germinaban por todos lados, no en bosquecillos como en los países de Oriente, sino en selvas, irguiendo, inclinando sus gigantes troncos, derramándose en lo alto en raquetas de las que saca el viento un murmullo metálico. Entre esas cañas que parecen forradas con una corteza deshilada, plantas inmensas, de esencia desconocida para mí, subían en matorrales cargados de flores enteramente abiertas, rojas ó azules,—flores de trapo, de seda, de terciopelo, tan anchas como dos veces el tamaño de un lirio Se mezclaban á estas flores y á estas palmas, carrascas enlazadas sofocadas bajo las redes de las lindas de un verde palidísimo. Y derrepente, en un lugar cual-

quiera del paseo, un intersticio, entreabierto súbitamente, dejaba ver un bosque de naranjos con sus frutos de oro esparcidos en el lustroso follaje.

El agua de la laguna se estremecía con la marea que por una estrecha entrada llegaba hasta ella. El agua golpeaba contra el ribazo, entre los árboles que aún estaban en pié y sobre los troncos de los caídos, con monotonía rítmica en que se presentía la palpitación, algo así como la respiración del Oceano, oculto allá á lo lejos, detrás de la lengua de tierra protectora—Se llama la *Fairy Land*, la Tierra de las Hadas, antiguo recuerdo del país de las brumas, de la Irlanda y la Escocia, de donde tantos colonos vinieron aquí. Sobre esa superficie sucesivamente muerta y viva en reposo y en movimiento, se deslizan ligerísimas *yolas*, con el casco inflado, con velámen desplegado é hinchado por el viento—por un viento cálido, por un hálito de languidez y ardor. En todo lo largo del camino se suceden los cortijos, abriendo sobre la misma selva sus terrazas cubiertas. Aquí, se mecía en una hamaca una señora enferma. Allá, un joven de colores marchitos leía y soñaba. Es evidentemente una naturaleza propia para el sosiego plácido,—naturaleza contra la que no es posible luchar, donde el hombre queda absorto, donde es invadido, arrullado, adormecido. Y al pensar en el riguroso invierno de Boston y de Nueva York, con su hielo y con sus trineos, comprendía lo espacioso de esta tierra que abarca el uno y el otra extremo de los climas. Veía la inmensidad de este continente y me preguntaba de nuevo sí, una vez instalada la conquista,—es esta tan reciente,—dejará el Americano penetrar por esa diversidad de climas, si creará en estos Estados del Sur una civilización más apacible, más en analogía con esta luz y con esta belleza? Y como

una respuesta irónica á mi pregunta, á la vuelta de un camino pasaba un tren vestibulado que corría á todo vapor por entre los árboles, y pendiente del tronco de una palma, iluminado por los fuegos del sol que se ponía, ví un anuncio donde pude leer que el "Tsar" es un venero mineral de aguas potables!

Sobre el Indian River, 8 de Abril.

Vuelvo á tomar este diario sobre un barco chato de forma singular que baja hasta el puesto militar de Júpiter, desde donde el camino de fierro me llevará hasta Lake Worth,—En la parte inferior es una especie de almadía donde vá y viene un equipaje compuesto en totalidad de negros. De ese fondo arrancan varios pilares que sostienen un puente, y encima de él está una toldilla. En el espacio que queda libre entre el puente y la toldilla está dispuesto un largo comedor. Camarotes pequeñísimos se abren en él, al uno y otro lado. La rueda que mueve lentamente esta embarcación está detrás, hecha á propósito para girar entre estas aguas que son á veces profundísimas y en otros lugares tan poco elevadas que el chato fondo de la almadía se arrastra sin cesar en la arena. Sin duda alguna seré yo uno de los últimos que bajen la laguna de este modo, puesto que va á abrirse al tráfico la vía férrea entre Titusville y Júpiter, de manera que podrá irse desde Nueva York hasta Lake Worth sin cambiar de wagón. El capitán, un americano de los Estados del Sur, encastado de Español y Francés y que tiene la cara espiritual de un habitante de Tarbes ó de Pau y un no sé qué inexplicablemente aristocrático en sus meno-

res ademanes, me mostró los rieles tendidos en la orilla, diciéndome:

—"Cada vez que vea usted un durmiente de vía férrea, diga usted que es la tumba de un *steamboatman*."

El ferrocarril caminará más de prisa. Ahorrará al viajero el eterno día de ocho ó diez horas perdido en las vueltas del río. No le proporcionará, en cambio, ninguna intimidad.

. . . Primero una muy ancha superficie de agua; inmediatamente después el embarcadero de Fort Pierce, con la línea de la cinta de tierra, hacia su izquierda, angosta y boscosa, que separa estas aguas del Océano. En ella no se ve huella alguna de cultivo, ni sobre esta parte de la izquierda, ni sobre la de la derecha, hacia donde se extiende la tierra firme, en la que se ve siempre la intensísima vegetación, que es más exuberante á medida que se aleja uno de Rockledge. Mientras más se acercan las orillas, se percibe mejer la inextricable trabazón de las ramas. En todos estos bosque se ierge siempre un árbol, dominador, cuyo tronco sirve de corona á raices que brotan al exterior y que se entrelazan formando un enorme nudo parecido al de las culebras. Diríase que son los tentáculos inmóviles de una medusa monstruosa cuyo cuerpo lo formase el tronco del árbol, y cuyas cincuenta ventosas, fláxidas y flotantes, chupasen el agua ávida é irresistiblemente. A lado de ellas se levantan las palmas, casi todas quemadas y enrojecidas. Las yerbas y las zarzas se enredan formando malezas colosales, del alto de dos hombres, donde los animales más colosos pueden, al parecer, agazaparse. En el momento en que el río se estrecha, comienza á escucharse el imponente rumor del Océano.

Y derrepente aparece éste por encima de la línea de los árboles, inmenso y azul, de un azul de zafiro, de un azul de lápiz-lázuli, con una rastra sobre este intenso azur; de un azur negro, amplísima vena casi purpúrea, tan violeta así es. Es el Goolf Stream, esa corriente misteriosa de agua hirviendo que pasa al través de las frías profundidades del Atlántico. Las oleadas enormes vienen á estrellarse, quebrándose en aristas de blanca espuma, sobre la playa que se distingue desde el puente del barco, tan estrecha y baja es en este lugar la lengua de tierra preservadora. La lengua de tierra se interrumpe, y se ahonda en ese sitio una excavación por la que se precipitan las olas, las que son detenidas inmediatamente por un islote de arena amarilla, donde se sientan millares de gaviotas y de pelícanos. El ruido de la rueda de nuestro barco que se aproxima las hace volar. El torbellino de las alas atónitas alanquea el cielo donde desaparecen con menos rapidez las manchas negras que forman las grandes zancudas. Oigo persistir el grito de las gaviotas, chillido semejante al de un niño enfermo, gemido tan humano que causa daño.

Y á pesar de todo, el capitán se pasea sobre la toldilla, enteramente preocupado con un grande acuario, donde conserva veinte pequeños cocodrilos capturados en los anconcs mismos. Los pasajeros que han cambiado sus tarjetas unos con otros, cuentan historios de cacerías más ó ménos auténticas, y un gentleman del Norte que viaja con sombrero alto, de copa, y con redingote, nos cuenta su vida de negociante, que para mí es tan típica que no puedo dejarla de anotar aquí. Hasta los cuarenta y cinco años trabajó rudamente. Primero estuvo al frente de una empresa de corchos, luego de una empresa

de jabones. Cuando estuvo en actitud de *out of business*, emprendió la realización del proyecto que acarició durante muchos años, el de dar la vuelta al mundo. Era viudo. Partió con su hija única para el Japón. Allí, encontró á un compatriota suyo, con quien ella casó contra la voluntad paterna. Se separaron. Decepcionado y no queriendo proseguir su camino enteramente solo, entró en Filadelfia, su ciudad natal, y como antes de embarcarse para su largo viaje, había vendido sus muebles, despedido á sus criados y dejado la casa, se instaló en el hotel, donde envejeció más desde esa época,—de esto hace diez años—procurando engañar su soledad con excursiones, con *trips*, como se dice aquí. Consisten estos *trips* en ir, por solo una estacion, á Palestina, por otra nada más, á España. Esta primavera irá hasta la Habana. Pero dar la vuelta al mundo sería lo que quisiera y no cumplirá su deseo á causa de la furiosa cólera que le invade al solo recuerdo del matrimonio de su compañera de viaje.

—"¿Y ha vuelto usted á verá su hija?" se atrevió á preguntarle uno de los pasajeros.

—"Nunca"—respondió enérgicamente.

....Las diez horas de este apacible trayecto pasan con rapidez entre el encanto de este paisaje y la diversión causada por las originales salidas de ese yankee de pura raza, quien celebra la gloria de cierto club de Filadelfia—el más antiguo club anglo-sajón del mundo, según él asegura, desde la desaparición del *Beafsteak club* de Lóndres. Describe la antigua organización de ese círculo que tiene su gobernador, su lugarteniente gobernador y su sheriff. Las funciones de este último consisten en presentar como culpable á cualquiera de los miembros que no vacía su copa de viejo madera, y á guisa de multa se vierte el vino en las mangas del delincuente. Nuestro compañero nos elogia lo delicioso de cierto alosa asado que se conoce con el nombre de *Plantked Shad* el que se come en la vajilla de plata que tiene las armas de William Penn. Es uno de esos americanos que sostienen y os demuestran que su país está poblado por familias más antiguas que las de Europa. Las enumera y sin culparle por sus ideas, recuerdo la broma de un inglés amigo mío. Al fin de una conversación parecida y como su interlocutor, después de hacer remontar su genealogía hasta uno de los *Pilgrim fathers*, le preguntase:

—"¿Y las tierras de usted dónde están?

—"Son las más grandes del mundo," respondió flemáticamente el inglés, "pues contienen las selvas de donde fué cortada la madera con la que se construyó el más vasto de todos de los navíos, un navío en el que cabían tantas gentes como en la más enorme de las flotas....."

—"¿Y cómo se llama?" preguntó el otro.

—"La *Mayflower*."

Y es cierto, los americanos citan muy á menudo este nombre venerable. Esta exageración no impide que se encuentre sin cesar en este país tan nuevo las huellas de una civilización ya muy antigua y que parece más lejana aún por lo tan abolida que está. La siento cuando escucho las últimas anécdotas del yankee de Filadelfia, en pié sobre el muelle de una estación en Júpiter, cuando bajamos del barco al caer de la tarde. Esperando la partida del tren, veo á varios negros bajo de un cobertizo, todos empleados de esta línea trabajando y jugando. Sin duda alguna, antes del año pasado no habían visto ninguna locomotora. Hacen rodar grandes fardos y bromean, cantan, se interpelan, se ponen apodos, se

dan palmadas y sin embargo continúan levantando el edificio no concluido aun. Sirve ya para el trasporte que está en vía de modificar ese rincón perdido, y de asentar sobre el salvaje conjunto de esta península la primera capa de una civilización. Pero, cuán nueva y cuán frágil es! Hay tantos rincones semejantes en Estados Unidos que los otros, los ménos recientes y sobre todo los más seculares, parecen una anomalía.

Lake Worth, 4 de Abril.

Ayer, en la noche ya entrada, llegué á Lake Worth. Aquí recibí una de esas impresiones de contraste como solo puede darlas la América;—un extremo del mundo, un fondo de península muy retirado de las grandes y de las pequeñas ciudades, ni un pueblo, nada de cultivo, eternas leguas de soledad peligrosa é inaccesible.—después y derrepente creado por la fantasía de un propietario de caminos de fierro, se levanta un hotel que es un palacio! Y veo este hotel del que tanto se me había hablado, llenar una punta del horizone con su masa enorme y luminosa; y más allá de él una amplia sabana donde tiembla el reflejo de un admirable cielo estrellado. El tren se ha detenido á la orilla de este Lake Worth, de ese vasto estanque salado que baña allá abajo á *Palm Beach*, la playa de las palmas, donde está colocado el fantástico hotel. Un barco de recreo, coqueta embarcación de vapor, amueblada con igual é inverosimil fantasía viene á tomarnos y después de dar bordeadas, algo al azar, sobre esta agua sombría, para evitar aquí un banco de arena, allí las estacas de un

futuro muelle, se presenta el palacio, tan lujoso cual si perfilase en Nueva York sobre las banquetas de la quinta avenida su peristilo de columnatas. Está iluminado por electricidad y perforado por elevadores. Su pórtico está lleno de hombres y mujeres vestidos de baile que danzan locamente y que tienen la tez quemada por el tórrido sol del día; se ven las estaciones sobre arcilla arenosa, los baños en este Océano tan próximo al que calienta el *Gulf Stream* como el Mediterráneo en el estío. De cuando en cuando una bandada de bailarines viene á respirar sobre la terraza la plácida noche tropical; perezosamente chupan naranjas de que están llenas amplias canastillas por todas partes. Queda impregnado el aire de un aroma azucarado y el viento que pasa por los jardines rueda perfumes desconocidos sobre esta terraza y en este *hall*.

Qué país tan á propósito para ser feliz á la manera de una planta que crece expuesta al sol con indolencia y sin el deseo de estar en otra parte! En la mañana, al abrir mi ventana ví un bosque de cocoteros entre el lago y la casa. Míranse los frutos en medio de las palmas, colgados en racimos y tan grandes como cabezas de niños. Hace un rato andando del lado del Océano, respiré el olor de una selva de rosa-laurel, que atraviesa durante una milla un tranway tirado por un solo caballo. El coche pasa rozando esos hermosos árboles de flores de carne, cuyas ramas no han sido ni aun cortadas por las gentes de aquí, de manera que desgarramos, magullamos esas flores vivas. Pero tan poderosa es esta vegetación que al parecer mañana quedarán reparados todos esos lunares. De esos árboles y de esas yerbas, de los campos de ananas y de los bosques de cocos, se exhala algo como el olor de la germinación, que es á la vez vio-

lentísimo y suave. La mar, al fin de este bosque de rosas-laurel es muy azul. No es ya el salvaje Océano, parece ser la mar del Mediterráneo, la voluptuosa, la penumbra ... Pero no viéndolo de más cerca, la hinchazón colosal de las olas revela que es siempre el grande y varonil Atlántico. Sobre ese azur pasa de nuevo la cálida y sombría arteria de Gulf Stream y peces de formas gigantescas juegan en las azules y violentas ondas. Son tiburones. Su presencia no impide que las jóvenes americanas se bañen en esa libre playa. Oigo á una de ellas decir á otra que está vacilante:

"Go and run your rinsk.—Vamos y corra usted su suerte."

Esta frase encierra toda una filosofía.

Lake Worth, 8 de Abril.

....Todo el día dentro de una barca pescadora, vogando en la vasta laguna interior, con dos negros de los que uno acaba de llegar de las islas Bahamas. Me contó que era inglés y me enseñó una carta en la que se ve un timbre con la efigie de la Reina: *My old Missis*.... "Mi vieja señora,...." exclamó. Su cara más varonil y más fina que la de la mayoría de los negros, se puso seria al agregar que pertenece en religión á la Iglesia inglesa: *Church of England*.

—"Los ingleses," me dijo, "suprimieron la esclavitud mucho antes que esta nación."

Cuenta que su abuela traída de Africa por un negrero español, fué libertada por una fragata de guerra inglesa y que siempre habla de regresar á su país. La quiere mucho y se regocija á la idea de volver á verla cuando, dentro de algunos días y concluída su estación invernal, pueda retornar á su casa. Es novio desde el otoño pasado y la carta, cuyo sobre enseña, es de su prometida. Pienso, al ver los sentimientos de familia conquistados por la libertad para estos pobres negros, en la mujer negra cuya historia se me contó en Gerorgia. Tuvo veinticuatro hijos de quienes la separaron cuando eran muy jóvenes, para venderlos por aquí y por allí. Después de la guerra de Secesión se puso en camino para encontrar á todos ellos y volverlos á ver; para mirarlos, mejor dicho, antes de morir. No habría realidad tan trágica cual la de la leyenda de Niober, si esa mujer negra tuviera alma! ¿Y por qué nó?

Nuestra barca va andando á lo largo de la costa. El viento hincha el alto y largo trapo. Es un barco ancho y profundo, en donde vino el negro desde las Bahamas hasta aquí y en el que tornará hasta ellas en quince días. Le ha costado trescientos *dollars*. Su pesca en estos mares tan ricos le basta tanto más cuanto que es sencillísima: no necesita sino dos sedales en la parte posterior, que sigan la estela, con dos anzuelos sin cebo. En el extremo baila la figurita colorida de un pez de esmalte. Esto basta para atraer á los peces vivos. Abundan como en los primeros días del mundo, en este vasto estanque donde no venía casi nadie antes de estos últimos años. Saltan á millares en nuestro derredor, crispando su flexible y blanco cuerpo fuera del agua que se extremece. Los cuentos sobre los cocodrilos y las serpientes de cascabel son ahora reemplazados con los recuerdos personales en las conversaciones del pescador. Son

fantasmagóricas,—pero sin embargo en menor grado que la inscripción que ví sobre un estanque en el hotel: *"Pet vatgrs! dont shoot!* Cocodrilos más lindos! no les tireis!

Empujados por la brisa llegamos á un plantío que deseo visitar. El personaje tosco que me recibe es un irlandés de Cork. Representa cincuenta años. Sus ojos se desprenden, á causa de su rara claridad, sobre su cara que se ha conservado enteramente pecosa á pesar del clima,—ojos claros, de color casi verde en su azul, peculiar á los Celtas de esa isla. Un enorme sombrero de paja sobre sus cabellos grises, una camisa abierta enseñando su velludo pecho, pantalón sostenido por un cinturón de cuero del que cuelga una pistolera, toscas botas para andar entre las malezas sin temor de las serpientes,—he allí todo su vestido. Está aquí desde hace diez y seis años. Y á consecuencia de qué proceso político? No lo dice, aunque refiere que estuvo muchos meses preso en Dublín. La pasión por la vida silvestre le arrastró hasta este rincón de la Florida, que entonces estaba terriblemente solitario y vacío. En él cultiva frutos y legumbres. Sus peones acomodan en cajas, para expedirlas á Filadelfia, tomates que tienen el sabor de los albérchigos. En su plantío germinan y prosperan por todas partes, los cocos, los guayabos y veinte esencias de arbustos especieros. Se habría enriquecido si no fuera porque todos sus envíos llegan á su destino medio desvalijados por las gente de las vías férreas y de los barcos. Y el conspirador, con todo, extraña mucho á Irlanda. Lo adivino en su entonación, cuando me habla y al saber que he viajado por ella. Los brumosos cielos del condado de Clare, los húmedos céspedes del Poenix-Park, la melancolía de los lagos de Rillarney, sustituyen por un momento ante su mirada soñadora, los brillantes cielos, las opulentas verduras y las tibias aguas que nos rodean.

Evocamos nuestros comunes recuerdos sentados sobre un tronco de palmera caído, mientras un negro, para nuestro refresco, rompe á hachazos la cáscara de una nuez de coco que escogió sacudiéndola junto á su oreja para saber si estaba llena de agua. El recuerdo de las escenas que me imaginaba cuando era niño, á traves de los países de Robinsón, vino á mi pensamiento y durante estos rápidos instantes realicé lo que constituyó el atractivo hechicero de todo este país, en los primeres tiempos de su descubrimiento, la especie de poesía idílica disfrutada de súbito sobre una tierra sin poseedores con la nostalgía de la Europa á quien se abandonó para suavizar, para ablandar el asperísimo sabor de este feroz animalismo. Hoy falta aquí lo que acababa de exaltar al colono de antes, tanto así está formado el hombre para desarrollarse por la acción y en la acción, la semi-embriaguez del peligro que está siempre cercano.

Lake Worth, 7 de Abril.

Mañana, al despuntar el día, voy á dejar el oasis adorable de estos jardines que se extienden entre el lago y el Atlántico, para ir á Nueva York y desde allí en otro de los *lèbreles de la mar*, á Liverpool y á Francia. Pero antes de partir quisiera trascribir entre estas notas, una breve y trágica historia que me contó uno de los propietarios de cortijo de Lake Worth, un antiguo industrial del Ohio, apasionado

por el *yachting* y por la pesca, especie de gigante blondo con músculos de pugilista y que habita una casa de madera traída del Norte en piezas numeradas: Se entretenía en capturar tiburones, tendiendo sobre la playa del Océano un sedal, tan grueso como un cable, con un verdadero harpón en su extremo y al que amarraba como cebo, enormes pesos enteros. Le fuí presentado, según la moda americana, por uno de mis compañeros de mesa en el hotel y siempre me había manifestado siguiendo igual costumbre, el expontáneo calor hospitalario que es uno de los más encantadores rasgos del carácter nacional. Acababa de referirle mi visita al plantío del Irlandés y la impresión que aun conservaba de ella, la de que era un hombre absolutamente refractario á la molicie del medio en que vivía y que estaba preocupado siempre por la única Irlanda. Se entabló la conversación sobre esa raza excitable y violenta, sobre sus virtudes de patriotismo invencible, y sobre sus crueldades en la venganza. La anécdota con que ilustró, por decirlo así la psicología del Celta, me probó cuán equivocado estaba cuando creía que el extremecimiento del peligro faltaba entre las sensaciones producidas por este paisaje de los trópicos, y la reproduzco tal cual me fué contada, rogando al lector que se imagine como escenario un camino á la orilla del lago, entre rosas laurel, una sabana de agua teñida de color malva, donde saltan peces plateados y dorados, donde nadan cangrejos tan semejantes á tortugas y que tienen una pinza que sale de su boca, como una espada. Son los *horse-shoe crabs*, los cangrejos de forma de herradura. Pasa un negro arrastrando en la punta de un cordel una víbora de cascabel. Acaba de matarla y ya ha vendido el cascabel de la cabeza que se vé ensangrentada sobre la

arena. El cielo se colora con llamas que tiñen de púrpura las velas de los barcos y el *yachtman* de Ohío con fuerte y *well* gangueo, se expresa de este modo:

—"Estaba yo en mi primer año de estancia en este lugar," empezó á decir, "que entonces era mucho más desierto que en el día, aunque los trabajos para levantar el hotel estaban comenzados ya, y aunque todas las familias de los obreros vivían en los alrededores de los cimientos, en casas construidas al igual de las que ha visto usted á lo largo del tramway. La choza que era propidad mía era lo mismo, y yo pasaba como ahora días enteros, y á ocasiones semanas, sobre el agua. Entonces la pesca era mejor; los pescados sienten al hombre y huyen como lo hacen los cocodrilos. No es el peligro el que los ahuyenta, es el ruido. Solo las víboras no se ahuyentan. No hay un año en que no me maten dos ó tres perrros. Los muerden en el hocico y es asunto de una hora cuando más. Cazo menos por temor á esos animales. Pero en esa época tenía todo el fervor por el *sport*, tanto más cuanto que á veinte millas de distancia había bosques llenos de osos morenos con el pecho amarillo. El camino de fierro los ha hecho emigrar.

"En esos días, y para poder comenzar mi caza á la madrugada, dormía en mi barca que amarraba en un ancón segurísimo, en cuya orilla se extendía una plantación enteramente igual á la que acaba usted de visitar ayer. Vivía allí un hombre, un blanco, servido por algunos negros. Se hacía nombrar M. Shaw y pasaba por ser americano del Norte. Apenas diez minutos platiqué con él, cuando ya había yo conocido que era irlandés. Dos cosas no pueden quitarse estas gentes: primero, sus ojos, y luego su

manera de pronunciar determinadas letras: la *i* y la *r*. Que se les haga decir una palabra que contenga el sonido *i (ai)* y no pueden decirla; pronuncian *oi*. ¿Por qué disimulaba su nacionalidad? Es esta una pregunta que, como no me interesaba, nunca me formulé. Nosotros los americanos tenemos una cosa buena, y es que jamás tenemos en cuenta el pasado de las gentes. Creemos que el hombre no es nunca demasiado viejo para volver á empezar su vida, y no vamos á buscar en lo que fué lo que pueda estorbarle para ser lo que es ó lo que deba ser más adelante. Pensaba, pues, que M. Shaw se había comprometido en alguno de esos innumerables atentados que se han cometido en Irlanda, y que se ocultaba para estar en paz, esperando volver á empezar. Y de ello no me hubiera ocupado ni por un momento si él no hubiese estado poseído por la singular manía de conducir siempre la conversación sobre la muerte violenta. Aún oigo que me dice, con su voz algo enronquecida, frases como esta:

—"¿Sabe usted que en este Estado el asesinato queda casi impune? Ha habido seis asesinatos en los dos últimos meses. Los homicidas han sido absueltos todos. El juez se ha vendido con el último por tres *dollars*..... ¡Qué policía, Dios mío, qué policía!"

O bien, á propósito de una noticia sensacional publicada en un periódico cualquiera:

—"¿Cree usted que descubrirá la policía la verdad en este crimen? No se tiene seguridad ninguna con estas negligencias!.... Y sin policía no hay trabajo....."

Diciendo coloquios parecidos, que por su constante repetición revelan la obsesión de la idea fija, M. Shawn me veía con sus ojos claros, con una mirada

que se esquivaba, que, por mejor decir, se quebraba cada vez que se encontraba con la mía frente á frente. En el profundo fondo de sus pupilas de azul metálico, había continua ansiedad, como si el presentimiento de un peligro le sacudiese sin descanso con un temblor de miedo. A veces se hacía tan intensa esta ansiedad, que palidecía en medio de uno de sus discursos sobre los asesinatos y los asesinos. Pero era por solo un instante; la sangre volvía inmediatamente á colorar su roja cara, en la que apuntaba un pelo muy corto, la barba de un hombre que se ha rasurado los carrillos y los labios hasta más allá de los treinta años. El tenía cuarenta. Y yo decía en mi interior: "Hijo mío, tú bien quisieras hacerme creer que tienes mucho amor a la policía para que yo no crea que le tienes miedo. No piensas sino en ella, mejor harías callándote...." Sí, estos eran los consejos que le dirigía mentalmente, pues no me cuidaba yo de averiguar más. Era político, amable y además un tirador de primera fuerza; podía dejar mis armas en su casa y mis perros para que durmiesen bajo su techo con perfecta seguridad. Y además, que yo tengo la vieja sangre del *outlaw* en las venas. Siempre he creído que la mejor de las justicias es la que uno se hace á sí mismo; y aunque M. Shaw hubiera matado á cualquiera infame *landlord* en uno de los caminos del Connemara ó del Donegal, no por eso me parecería más culpable su acción que los linchamientos á que se entregan mis compatriotas de cuando en cuando. No es eso muy legal, pero es muy saludable....."

—"Además," continuó, después de haber esperado una objeción que no le hice, "cuando los americanos quieren sorprender á un europeo, este no tiene más que hacer que callarse. Es la mejor respues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta y la que más les desconcierta." Pero no debía tardar en saber que me engañaba y que M. Shaw no era sino amante de la justicia. Una noche, era exactamente en esta época del año, hace ya cinco, dormíamos tranquilamente mis tres criados y yo, en la cabaña que usted conoce, cuando despertamos sobresaltados por algunos golpes violentísimos que daban á nuestra puerta. A este llamamiento respondí como conviene hacerlo en lugares como este, aun hoy día, tomando mi fusil y ordenando á mis tres negros que tomasen los suyos, pero en voz muy alta para que supiese el visitador nocturno con quien tenía que hablar. El que tocaba oyó mis órdenes y una súplica ahogada sucedió á sus palmadas sobre la puerta. Reconocí con estupor la voz de M. Shaw, que gemía, que sofocaba su llamamiento como quien tiene miedo de que sus gritos se oigan de muy lejos:

—"Abra usted, abra usted, por piedad.... Soy yo, M. Shaw, ábrame usted, pronto...."

"Era su acento tan aflictivo que le abrí inmediatamente sin vacilar. Ví entrar á un hombre descompuesto, lívido y cuya cara revelaba un terror indecible. En su espalda se veían manchas de sangre sobre su camisa de flanela. Su pantalón se había desgarrado al pasar por entre las malezas y sus pies desnudos probaban que había sido sorprendido en medio de su sueño. Aquí dormimos todos vestidos sobre nuestra cama. Cuando entró al cuarto la mirada circular que dirigió para todos lados fué la de un animal batido. Tenía una pistola en la mano izquierda y reconocí, por su brazo derecho que colgaba inerte, que la sangre de que estaba cubierto provenía de una herida; lo primero que hice al verle fué llamar á uno de mis negros y mandarle que fuese en busca del botiquín.

—"No" dijo M. Shaw en voz baja, "no tengo tiempo; soy perdido si no me lleva usted desde luego en su barco..... Es preciso que llegue yo á Myami mañana.... Allí no me buscarán...."

—"Pero de qué se trata?" le pregunté. "Cálmese usted, aquí estamos tres hombres armados y con usted que aun puede servirse de su brazo izquierdo y que trae su revólver, somos cuatro. Nos sostendremos toda la noche si nos atacan...."

—"Cuatro" respondió después de un breve silencio. "es cierto. No importa, partamos, partamos inmediatamente...."

"Le ví y noté de nuevo que sus ojos no sostenían mi mirada. Para llegar hasta aquí había tenido que franquear quince millas atravesando malezas, bosques, estanques. El puesto de la policía estaba á medio camino. Si le habían perseguido los ladrones, ¿por qué pues no se había detenido en esa barraca donde hay siempre veinte soldados cuando menos, debido á los Indios? Y si no huía de los ladrones, ¿de quién huía? Los pleitos y los tiros de revólver disparados por la espalda son frecuentísimos en todo el Sur. Yo quería proteger al inocente, pero también hubiera detenido con mis propias manos al culpable y por esto le dije brutalmente:

—"No, Mr. Shaw, no le ayudaré á usted á salvarse, sin ántes saber quién le persigue y por qué usted se oculta...."

—"Tiene usted razón," replicó: Pues bien, déjeme usted ir."

"He hizo el ademán de ganar la puerta. Esta fiebre de fuga acabó de convencerme de que la policía era quien le perseguía. En estos lejanísimos rincones todo buen ciudadano debe ayudarla, aún en contra de algún amigo, y M. Shaw no era amigo mío.

Por tanto, me puse frente á él con mi revólver en la mano.

—"Tampoco le dejo ir á usted" le dije, "antes de saber cómo lo han herido, y por qué quiere usted irse de este modo..... Usted se queja siempre de que no hay seguridad en este país. Seguramente habría más, si cada quien cumpliese con su deber y yo cumplo con el mío, deteniendo á usted...."

—"También tiene usted razón," me dijo mirando hacia la puerta con creciente terror. "Pero, apague usted la vela, se lo ruego" antes de que hubiese yo tenido tiempo de evitarlo, había soplado sobre ella. "Y hable usted quedo.... Ah!...." insistió con desesperación, "bien se conoce, la verdad es que usted me toma por un asesino..... No lo soy, á mí es á quien quieren asesinar.... Y si lo logran mi sangre manchará sus manos."

—"Pero quienes?" le pregunté de nuevo, conmovido á pesar mío.

—"Los de la Land Lague" respondió sin reflexionar esta vez en sus palabras, "soy irlandés" continuó, "y he sido uno de ellos. Me han condenado á muerte. Hace ocho años que me les escapo. Hoy me han encontrado. Sálveme usted ahora si usted quiere...."

—"Billy" grité á uno de mis negros después de un momento de vacilación "prepare usted el barco".... Sabía yo que este hombre no mentía.

"Ni aun las gracias me dió. En la semi-obscuridad de la noche le veía recoger todos los sonidos del exterior tendiendo la cabeza y aplicando sucesivamente sus oídos. Cuando dejé de hablar se dejó caer sobre una silla. Otro de los negros fué y le trajo un poco de agua y wiskey que bebió ávidamente. Yo no pensé ya en averiguar la veracidad de sus palabras.

Sus terrores me habían sobrecogido. No pasó un cuarto de hora entre el momento en que dí la orden y el en que Billy vino á decirnos que la barca estaba lista. Este tiempo lo ocupé en tomar algunas provisiones necesarias para comer, para taparnos y para curar al herido. Por su reputación, sabía yo lo implacables que son los conspiradores irlandeses. Para haber venido á sorprender á M. Shaw hasta el fondo de esta península, era preciso que dieran á su muerte una extrema importancia. Cuál era el motivo? Lo sabría más tarde. Lo que importaba era salvarle.

Salimos del cortijo con toda precaución. Yo abría la marcha con el fusil en la mano. Seguía M. Shaw, después Billy y al último el negro encargado de los paquetes. Desgraciadamente, la luna llena iluminaba nuestra formación indiana. Recordará usted que cerca de la abra donde amarro mis barcos, hay una especie de *log house* que contornea el camino del bosque. El instinto de la desconfianza me hizo abandonar este camino para escudriñar el terreno que rodea á la cabaña; de modo que el susodicho M. Shaw era quien iba á la descubierta. Al verme desaparecer se detuvo y en el mismo instante un disparo venido de lo alto, casi á boca de jarro, le tendió muerto y la forma de un hombre brincó del techo de la choza y huyó entre los breñales. Nos había acechado, tendido allí. Fué tan rápido ese ataque, que ni siquiera pensé en servirme de mi arma. Pero Billy había apuntado con la suya y disparado sobre el asesino. Oimos un grito de dolor.

—"Está herido.—dijo el negro—Espérenme ustedes diez minutos y le encontraré...."

"No conoce usted, señor, la perfección de los sentidos de estos muchachos, y ni yo mismo me doy cuenta, después de tantos años, de la especie de ani-

malismo que les ayuda para llevar á cabo pesquisas como esta. Apenas habíamos tenido tiempo para llevar el cuerpo de M. Shaw hasta la cabaña, después de habernos cerciorado de que estaba bien muerto, cuando el llamamiento de Billy nos advirtió que había realmente encontrado al hombre. Nos le reunimos y lo encontramos acurrucado junto al cuerpo del desgraciado á quien apuntó perfectamente. La bala había entrado entre las espaldillas y había salido sesgando el pecho. El asesino arrojaba sangre á bocanadas é iba á morir. Sin embargo, tuvo bastante fuerza, cuanda estuve junto á él, para mirarme con mirada de desprecio y de odio, que tendré presente toda mi vida, y para decirme:

—"Ha vengado usted á un traidor...."

.....

—"¿Y usted nunca ha sabido algo más sobre esa traición?" pregunté á mi vez, viendo que el narrador callaba.

—"Nunca," me respondió. "Enterramos á los dos cadáveres, uno al lado del otro y eso fué todo. Ah! me olvidaba: en la misma noche la casa de M. Shaw fué incendiada por manos desconocidas. Sus criados huyeron. Aquellos á quienes se pudo arrestar al día siguiente, declararon que habían sido atacados por varios hombres enmascarados. Pero eran negros y, ¿cómo podía saberse por ellos la verdad? A ocasiones son valientes, pero á veces basta un solo hombre blanco para hacer huir á veinte. En algunas ocasiones son fieles y en otras por un *dollar* dejan asesinar á usted sin voltearse! Me falta agregar un detalle cuyo análogo encontrará usted en todos los atentados agrarios en Irlanda: todos los animales del traidor, diez puercos, cuatro vacas y un caballo, tenían las ventanas de la nariz y una pata cortadas....."

XI.

EL REGRESO.

En la mar á bordo del.... Abril de 1894.

....Quince días más en Nueva York para clasificar mis notas, comprobar algunas, volver á mirar cosas ya vistas antes, cauversar con personas conocidas ya, y por último para decir adiós, no sin melancolía, á esa tierra llena de atractivo, pues se respira en ella, en todos los instantes, el aire de la libertad,—y héme aquí otra vez sobrs el Atlántico á bordo de un *paquebot* que en esta ocasión es inglés y dv mayor andar que aquel en que pasé la mar—*crossed the pond*, como dicen familiarmente los yankees, —cuando vine en Agosto del año pasado. Dejamos á Nueva York el sábado en la mañana, hoy es miércoles; mañana jueves estaremos en Queenstown, en Irlanda y pasado mañana, viernes, llegaremos á Liverpool. Cuando luchan unos con otros los anglo-sajones, la fuerza de su competencía no conoce imposibles. El otro navío aforaba 11,500 toneladas, este afora 13,000. Las máquinas del otro tenían una fuerza de 20,000 caballos de vapor, las de este tienen una potencia de 30,000. El primero tenía una longitud de 580 piés, la de éste es de 620. Y así como en aquel estaba uno en plena América, así también en este se está ya en la Inglaterra. Se reconoce en veinte signos insignificantes: en la política y en la exactitud del servicio, en el aspecto algo sombrío y pesado de los salones, que no ostentan la fastuosidad bri

malismo que les ayuda para llevar á cabo pesquisas como esta. Apenas habíamos tenido tiempo para llevar el cuerpo de M. Shaw hasta la cabaña, después de habernos cerciorado de que estaba bien muerto, cuando el llamamiento de Billy nos advirtió que había realmente encontrado al hombre. Nos le reunimos y lo encontramos acurrucado junto al cuerpo del desgraciado á quien apuntó perfectamente. La bala había entrado entre las espaldillas y había salido sesgando el pecho. El asesino arrojaba sangre á bocanadas é iba á morir. Sin embargo, tuvo bastante fuerza, cuanda estuve junto á él, para mirarme con mirada de desprecio y de odio, que tendré presente toda mi vida, y para decirme:

—"Ha vengado usted á un traidor...."

.....

—"¿Y usted nunca ha sabido algo más sobre esa traición?" pregunté á mi vez, viendo que el narrador callaba.

—"Nunca," me respondió. "Enterramos á los dos cadáveres, uno al lado del otro y eso fué todo. Ah! me olvidaba: en la misma noche la casa de M. Shaw fué incendiada por manos desconocidas. Sus criados huyeron. Aquellos á quienes se pudo arrestar al día siguiente, declararon que habían sido atacados por varios hombres enmascarados. Pero eran negros y, ¿cómo podía saberse por ellos la verdad? A ocasiones son valientes, pero á veces basta un solo hombre blanco para hacer huir á veinte. En algunas ocasiones son fieles y en otras por un *dollar* dejan asesinar á usted sin voltearse! Me falta agregar un detalle cuyo análogo encontrará usted en todos los atentados agrarios en Irlanda: todos los animales del traidor, diez puercos, cuatro vacas y un caballo, tenían las ventanas de la nariz y una pata cortadas....."

XI.

EL REGRESO.

En la mar á bordo del.... Abril de 1894.

....Quince días más en Nueva York para clasificar mis notas, comprobar algunas, volver á mirar cosas ya vistas antes, cauversar con personas conocidas ya, y por último para decir adiós, no sin melancolía, á esa tierra llena de atractivo, pues se respira en ella, en todos los instantes, el aire de la libertad,—y héme aquí otra vez sobrs el Atlántico á bordo de un *paquebot* que en esta ocasión es inglés y dv mayor andar que aquel en que pasé la mar—*crossed the pond*, como dicen familiarmente los yankees, —cuando vine en Agosto del año pasado. Dejamos á Nueva York el sábado en la mañana, hoy es miércoles; mañana jueves estaremos en Queenstown, en Irlanda y pasado mañana, viernes, llegaremos á Liverpool. Cuando luchan unos con otros los anglo-sajones, la fuerza de su competencía no conoce imposibles. El otro navío aforaba 11,500 toneladas, este afora 13,000. Las máquinas del otro tenían una fuerza de 20,000 caballos de vapor, las de este tienen una potencia de 30,000. El primero tenía una longitud de 580 piés, la de éste es de 620. Y así como en aquel estaba uno en plena América, así también en este se está ya en la Inglaterra. Se reconoce en veinte signos insignificantes: en la política y en la exactitud del servicio, en el aspecto algo sombrío y pesado de los salones, que no ostentan la fastuosidad bri

llante de la felpa y del nikel; en la economía del servicio de mesa, en la que no se aglomeran ya los innumerables platos de la cocina americana. Pero cuando regresa uno de un largo viaje ya no está de humor para complacerse en observaciones de este género. La cosecha de exoticismo se ha concluido y aun creo que no me acordaría de nada de lo pasado en esos cinco días de vertiginosa carrera sobre ese Océano conmovido sin descanso por eterna oleada, si veinticuatro horas después de nuestra partida no hubiera muerto á bordo un Irlandés, á consecuencia de un furioso acceso de alcoholismo.

Era un hermoso muchacho de treinta y cinco años que volvía á su país después de haber hecho una pequeña fortuna. Sus amigos y él se dieron un adios rociado con tantos vasos de wiskey que le atacó el *delirium* en la noche y murió. Inmediatamente se le encerró en un ataud de tablas amarradas unas á otras con gruesas cuerdas y en la misma tarde, hacia la cinco, se le arrojó al mar. Todos lo presenciamos, rodeando al capitán, quien leía en alta voz versículos de la Biblia. El féretro estaba cubierto con una bandera y estaba colocado sobre el filarete. En un momento dado sonó el clarín, era la hora de retirar la bandera y de tender una cuerda; el fúnebre despojo rodó por las olas, perdido para siempre en las profundísimos abismos, sobre los que blanquea el remolino del paquebot que ya estaba lejos.

Muchas escenas trágicas he visto en mi vida desde la noche de Mayo de 1871 en la que, muy joven, casi niño, me paseaba en la plaza del Pantheon,—que había sido tomado por los soldados Versalleses en la tarde, entre los muertos que tenían todos el cráneo desfondado, hasta la tarde de esta primavera, en Georgia al pié de un cadalso de donde pendía un

condenado, un mulato, con la cuerda enterrada en el cuello. Pero ninguna me ha sacudido con calosfrío más siniestro que la sumersión de ese féretro en la mar y después la huída pasmosa de nuestro buque seguía su camino, como lo seguirán el tiempo y el mundo cuando nos toque nuestra vez de ser lanzados al abismo de las grandes tinieblas. Solo el *paquebot* sabe á donde va—de una tierra á otra tierra, de uno á otro puerto,—mientras que el tiempo, mientras que el mundo se precipitan con movimiento nunca interrumpido: hacia cuál orilla? hacia qué asilo? El alma de ese desconocido que fué arrojado por encima de á bordo lo sabe yá, "á menos" como lo dijo tan doloridamente uno de los más atormentados de los grandes artistas de nuestro tiempo, "á menos que la muerte tenga aún secretos para revelarnos lo que es la vida!"—Esa frase es el eco en un corazón desvastado por la duda de la embriagadora palabra del apostol: "Si no resucitaran los muertos seríamos los más miserables de los hombres."

Vanas cuestiones, supuesto que no tienen respuesta jamás para el incrédulo y que el creyente ni siquiera formula. Las hago á un lado para volver á lo que constituye la tarea positiva y eficaz del día y del momento, al exámen de conciencia intelectual que me hice, hace nueve meses. sobre el bajel de partida y que me prometí volver hacer sobre el navío de regreso. Qué gérmenes haya sembrado en mí este viaje á América, cuáles sean las profundas modificaciones que el contacto de esta civilización, tan viva, tan diferente de la nuestra, haya impreso sobre mi pensamiento, lo ignoro. Los grandes viajes se asemejan, si puede aplicarse al trabajo sagrado del espíritu tal comparación, á las curas de aguas minerales que califican los médicos como de mucho alcance. Más tar-

de y en pruebas, á veces inesperadas, es cuando reconoce uno en sí mismo la influencia de las impresiones recibidas en el extranjero y olvidadas ya desde hacía mucho tiempo.

Quisiera únicamente,—lo que será, un día cualquiera, el epílogo de mis notas, si llego á publicarlo, —volver á tomar los dos ó tres problemas de orden muy general que me obsesionaban cuando dejé la Europa y saber desde ahora si con respecto á ellos estoy en el mismo punto que en esa época. Hojeando mi diario de camino, veo que iba á Estados Unidos á buscar, sobre todo, esclarecimientos sobre el porvenir que nos reservan estas tres grandes é inevitables potencias que están en vía de reamasar al viejo mundo;—la Democracia, la Ciencia y la idea de la Raza. Veo en efecto funcionar allí una inmensa democracia que ha hecho penetrar el espíritu científico bajo la forma de la industria en el menor detalle de su vida y bajo la forma de la educación en el alma misma de su alma. He visto también vivir unos á lado de otros: á los Negros y á los Blancos, á los Alemanes y á los Irlandeses, á los Chinos y á los Escandinavos, á los Italianos y á los Anglo-Sajones. Y este espectáculo, qué hopótesis me ha hecho formar, por analogía, sobre el porvenir de nuestra propia civilización?

Por analogía? Pero, acaso puede establecer esta analogía? Lo que nosotros entendemos por Democracia tiene por ventura algo de común con la forma social que han inaugurado los americanos en su inmensa República? Si tiene, ateniéndose al vago programa que formulaba Lincoln en estos términos, como ya lo había hecho Napoleón: "Todo para el pueblo y por el pueblo." No tiene, si se considera el espíritu general del país por una parte y por otra las costumbres que este mismo espíritu está en vía de elaborar.

En Francia, á quien cito escogiendo entre los grandes Estados europeos el que se cree más adelantado en la vía de las reformas, la palabra Democracia significa que todos los poderes del Estado están delegados en los representantes del pueblo, es decir de la mayoría; y que por opresivas é injustas que sean las medidas dictadas por estos representantes, desde el momento en que satisfacen las pasiones del mayor número, las juzgamos, no solo legales, sino democráticas. Concebida de este modo, la Democracia reside en el sacrificio canstante del individuo por la comunidad. Ahora bien, precisamente la Democracia americana trabaja en sentido opuesto. Al desarrollo más intenso, más completo del individuo es al que se ha entregado hasta hoy y á la diminución, á la supresión, si posible fuese, de la ingerencia del Estado.

Al llegar á Nueva York, que es lo que más sorprende al extranjero? La energía individual, el espíritu de empresa manifestado por todas partes, visiblemente y sin contradicción. Si, como yo lo hice, se comienza el estudio del país por las altas esferas sociales, por el mundo que recibe y que se divierte, que es lo que le embarga desde luego? La misma energía aplicada á la elegancia social y que impone al visitador europeo la sensación contínua de lo "mucho," del abuso, de la exageración. La energía y el robusto desarrollo de la individualidad son aun los que dan la característica de la mujer y de la joven americanas. También por la energía y por la individualidad se distingue el hombre de negocios de este país, y, para luchar contra él, las individualidades más débiles de sus empleados,—de los de abajo, como les he llamado,—no tienen más recurso que asociar-

se; en otros términos, tienen que defenderse por sí mismos sin pedir nada al Estado. Por la energía y por la individualidad se sostienen igualmente los habitantes del rudo y salvaje Oeste, y la energía, la individualidad, es lo que enseñan las escuelas de la parte más refinada del país, la que he nombrado al hablar de la Nueva Inglaterra, fundadas todas, además, por generosidades individuales—ó por generosidades municipales, lo que viene á ser lo mismo. Es tan esencial este carácter que se vuelve á encontrar en los placeres americanos, mezclados de voluntad, de acción, de personalidad, y tan profundo es que resiste á la molicie del clima. Se tropieza en el Sur continuamente con el testimonio vivo de igual actividad á la del Norte, que es invencible aun en la vecindad de los trópicos.

Al menos, tal es el resúmen de la breve inquisición hecha en mi rápido paso al través de esa inmensa República. Concebida y practicada de esa manera, se ve que la Democracia produce, no como entre nosotros una nivelación universal, sino muy al contrario, sorprendentes desigualdades entre los individuos, que forzosamente se devoran unos á los otros. La ley de la concurrencia vital opera allí como en la misma Naturaleza, y hasta tal grado, que, en algunos momentos, esta Democracia produce la impresión de una Aristocracia, y aun iba yo á decir de un fendalismo. El presidente de un gran ferrocarril, el propietario de un gran periódico, el patrón de una gran fábrica tienen en Nueva York, en Chicago y en San Pablo, más poder real que el de un príncipe. Hay solo una diferencia y es que aquí son príncipes que se han hecho á sí propios, y semejante conquista está al alcance de todos con tal de que se tenga la fuerza para conseguirla. *Igual posibilidad social*, tal

es la fórmula de la Democracia en la América. *Igual realidad social*, tal es la fórmula en Europa y particularmente en Francia desde la revolución de 1789. No conozco nada que sea más contradictorio que esto.

Hay una segunda difetencia que no puede establecerse por la analogía entre el Ideal democrático de los Estados Unidos y el nuestro. Los Estados Unidos,—haciendo todas las reservas posibles sobre la agitación socialista de los inmigrantes alemanes,—se ofrecen al viajero como el menos revolucionario de los países, como aquel donde los problemas, relativos á la constitución, están más definitiva y más irreparablemente arreglados. Es una Democracia conservadora, es decir exactamente opuesta á la nuestra. Esto resulta de que ese país ha practicado por instinto la máxima que domina la vida de las naciones como domina la de los individuos. "*res eodem modo conservantur quo generantur.*" "Las cosas se mantienen por las mismas condiciones que les han permitido nacer." Organizándose sobre la energía individual, la América se ha conformado á su ley de origen. Quienes la fundaron? Proscriptos, revolucionarios, aventureros vinieron á esta tierra nueva para formarse en ella una existencia hecha por completo á fuerza de golpes de voluntad. Un pacto social bien detallado para impedir que esas voluntades se convirtiesen en elementos de desórden, bastante amplio y bastante flexible para no mutilar nada en ellas,—he allí bajo una forma abstracta el programa que los doctores en ciencias sociales hubieran aconsejado para este país, y que es también el que por instinto realizó. No ha llegado á la Democracia por el razonamiento, se ha encontrado en ella por verificación. De allí resulta esa especie de marcha desembarazada

en la libertad que es uno de los rasgos más notables de la América y la ausencia de leyes de combate. Por mil señales diferentes se comprende que es un pueblo sin rencillas civiles, y esa vasta cordialidad nacional hasta el mismo Sur ha llegado á despecho de la terrible guerra.

Todos los países construídos de este modo sobre la lógica de sus orígenes tienen la misma profunda unidad y por consiguiente la misma plasticidad cualquiera que sea, por lo demás, la forma de su gobierno. La aristocrática Inglaterra es una prueba de ello. Es esta una lección que podemos recibir nosotros de la Democracia Americana; pero, para practicarla sería necesario que trabajásemos en un sentido enteramente opuesto á aquel por el que marcha desde hace cien años el partido democrático. Deberíamos buscar lo que queda de la vieja Francia y apegarnos á ella con todas nuestras fibras, volver á encontrar la provincia de unidad natural y hereditaria bajo el departamento artificial y fraccionado; la autonomía municipal bajo la centralización administrativa, las universidades locales y fecundas bajo nuestra Universidad oficial y muerta; reconstruir la familis patriarcal por la libertad de testar; proteger el trabajo por el restablecimiento de las corporaciones; volver á la vida religiosa su vigor y su dignidad por la supresión del presupuesto de los cultos y por el derecho de poseer libremente concedido á las asociaciones religiosas; en una palabra: sobre esto, como sobre todo lo demás, deshacer sistemáticamente la obra mortífera de la Revolución Francesa. Este es el consejo que, el observador imparcial tiene que deducir de todas las observaciones hechas en Estados Unidos. Si su Democracia es tan viva y tan fuerte es porque el individuo es allí libre y poderoso enfrente del Estado que se halla reducido á su mínimun de acción. Si ella reune á todas las voluntades en una inmensa armonía, lo debe á que es verdaderamente nacional. Por haber establecido un régimen en el que el Estado centraliza en sí todas las fuerzas vivas del país y por haber cortado toda liga histórica entre nuestro pasado y nuestro presente es por lo que nuestra Revolución ha secado tan profundamente los manantiales de la vitalidad francesa. Esta crítica no es nueva. Los tres más lúcidos analistas de la Francia contemporánea: Balzac, Le Play y Jaine, partiendo de doctrinas diferentes y usando métodos más diferentes todavía, han llegado á esa misma conclusión. No deja de tener interés hacer constar que esta es la conclusión que se saca de un viaje al país citado con más frecuencia por los partidarios de esa Revolución.

He pues aprendido en América á traducir la palabra Democracia en realidades completamente contrarias á las que representa en Europa, y por consiguiente á tenerle menos miedo. Pues desde el momento en que la Democracia puede conciliarse con el más intenso desarrollo de la individualidad y con el más personal, todas las objeciones dirigidas contra esta forma de civilización caen á la vez. A nosotros toca dirigirla en este sentido por todos los medios que estén á nuestro alcance.

Allí también aprendí á reconocer el beneficio social de la Ciencia. Es un lugar común entre nosotros y al que por mi parte también me he adherido con frecuencia, que en ella se oculta un principio de nihilismo que la hace incompatible con las elevadas necesidades del corazón humano. Aun aquellos mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos que no llegan hasta condenarla de ese modo en nombre del Ideal, persisten en creer que es una mala educadora del pueblo. La estiman como causa de muchos de los males morales del momento actual, por la intoxicación que sus resultados mal comprendidos infligen á los cerebros mal preparados. Se reuniría una biblioteca si se compilase en volúmenes las páginas en que han sido formuladas y comentadas esas objecciones desde hace veinte años. Se ha llegado hasta proclamar la bancarrota de esa ciencia que excitaba hace cuarenta años, tantos entusiasmos entre sus devotos, los Renan, los Flaine, los Flaubert. El entusiasmo de esos grandes letrados por los resultados futuros de los métodos positivos no estaba enteramente justificado. La reacción de hoy no lo está tampoco.

Una visita á Estados Unidos donde estos métodos han penetrado más constante y más poderosamente los menores detalles de la vida, coloca las cosas en su verdadero punto. Allí se reconoce desde luego cuán calumniosas son las afirmaciones de nuestros moralistas sobre el nihilismo substancial de la Ciencia, puesto que allá vive codo con codo con el Cristianismo más ferviente—la prueba es toda nueva Inglaterra,—y ni el Cristianismo estorba el desarrollo científico, ni este desarrollo la fé cristiana. En un ensayo consagrado á un célebre artículo de M. Faine sobre la Iglesia en Francia, uno de los más esclarecidos entre los apologistas modernos, el señor abate de Broglie lo notaba con mucha exactitud: la palabra Ciencia, significa, entre nosotros, desde hace mucho tiempo, dos órdenes de ideas muy distintas: por una parte un grupo de nociones positivas adquiridas por el procedimiento experimental, y por otra, hipótesis de metafísica pura construidas sobre

estas nociones. En realidad, el grupo de nociones positivas es el que constituye únicamente la verdadera ciencia.

El espíritu americano, con su lucidez distributiva, parece que vió esto desde el primer día, supuesto que la vida religiosa y la vida científica han crecido en él, sin chocarse y como paralelamente. Sus escuelas y sus universidades han demostrado de este modo, como si se tratase de una lección de cosas, la exactitud de la teoria sentada por Herbert Spencer al comienzo de sus *Primeros principios*: la posible reconciliación de la Religión y de la Ciencia por el Agnoticismo. Teniendo la primera por objeto, lo Inconocible, es decir, por definición, el dominio de la investigación que se escapa á la Ciencia, basta no mezclar los dos imperios para que estas dos potencias, ignalmente necesarias para el alma humana, funcionen una á lado de la otra y sin alcanzarse (1) Este acuerdo que ha logrado la América, podemos, debemos alcanzarlo nosotros á nuestro turno, y esta es una de las tareas y que convida con su ejemplo á los mejores de nosotros. Nos demuestra también, esa tierra de todas las iniciativas, que esa misma Ciencia, en contra de las preocupaciones á que aludía yo hace un momento, es una excelente educadora de las clases inferiores. Pero con la condición de que se la tome realmente como una educadora, es decir, que se dirija á la voluntad á través del pensamiento. Los Americanos no han obtenido la vitalidad de su civilización sino sometiéndose á esa regla. Toda cultu-

(1) Esta conclusión de *Ultramar*, estaba escrita mucho antes de que apareciera el bello artículo de M. Brunctiére. Esta coincidencia prueba que ciertas ideas están verdaderamente en la atmósfera de la época.

ra se duplica en sus escuelas con una actividad correspondiente; todo conocimiento va á dar á la práctica, y la más científica de las enseñanzas, comprendida de este modo, no produce ni inútiles ni revoltosos.

Sobre un solo punto mi vista á Estados Unidos no ha modificado mis ideas, quiero hablar de la visión que llevaba de aquí sobre el antagonismo irreconciliable de las Razas. Había dejado á mis espaldas una Europa toda desgarradora, aún en la paz, por ese antagonismo. Y encontré que el Nuevo-Mundo tampoco escapaba á él. Cuando se procura adivinar el porvenir de la América, siempre, como para el de Europa, es hacia el lado de las razas hacia donde se acaba por mirar. Si algún día estalla un conflicto entre el Oeste y el Este—y algunas ocasiones parecen anunciarlo multitud de señales,—el verdadero origen estará allí, en ese aflujo de elementos de raza germánica y escandinava, tan abundante que esa civilización de origen anglo-sajón no consigue asimilárselos. Esto sin embargo es solo una hipótesis y la mayoría de los Americanos se rehusan aún á discutirla, tal confianza tienen en el método empleado por su República para la reducción de esas diferencias de razas.

Este método es muy sencillo y muy conforme al profundo respeto del individualismo sobre que se funda toda su democracia. Consiste en multiplicar indefinidamente los centros de la actividad local y por consiguiente en descomponer sin cesar, en acciones de detalle, fuerzas que reunidas en haz serían poderosísimas. Es de notarse, en efecto, que las turbaciones tan graves que ha tenido que sufrir la América en estos últimos años provienen precisamente de asociaciones muy centralizadas y construídas en contra de la tradición individualista. Ciertamente, la Europa no puede, atada como está por las necesidades históricas, tomar este método y romper la unidad de las grandes patrias que la constituyen. Sin embargo de este ejemplo, se desprenden dos indicaciones: una es la que se relaciona con la política interior. Por el ejemplo, de Estados Unidos podemos reconocer cuán peligrosa es la facilidad de naturalización y cuan arreglada debería estar de manera que no falsease la conciencia nacional con un aflujo demasiado intenso de elementos extranjeros La otra indicación se refiere á la política general. Comprendemos la urgencia de volver á la teoría de los pequeños Estados independientes reemplazados, ay! por la de las nacionalidades, que aplicada sistemáticamente al siguiente día del primer Imperio, nos aseguró tantos años de tan fecunda paz. La solución del problema de las razas reside allí, en una buena ley de naturalización por una parte y por otra en una geografía retocada y que sin contrariar las tendencias hereditarias les desmembre su campo de actividad. Cuando se resuelva la crisis del militarismo agudo que nos impone la más brutal y la más torpe de las anexiones, esta teoría deberá imponerse por sí misma á los que organicen la nueva carta del viejo mundo. Será el primer paso que se dé hacia lo que fué el sueño del rey Enrique IV, y que sigue siendo el ideal de los verdaderos civilizados,—ideal conciliable con todas las formas de gobierno y con todas las tradiciones interiores: los Estados Unidos de Europa.

. . . . Han trascurrido veinticuatro horas desde que me entretuve en detallar algunas de las saludables advertencias que el Nuevo Mundo puede hacer al Antiguo. Bastante he repetido en el curso de mi diario los defectos que me han chocado en el Nuevo Mundo;—su incoherencia y su precipitación, la brutalidad de las calles de las grandes ciudades, la exageración de su vida mundana, y su falta de equilibrio, de medida, de gusto, la tensión enteramente artificial de su cultura que dá á sus mujeres, como á sus flores, la apariencia de plantas de invernadero, la especie de abuso de la energía que comunica algo de ferocidad á la competencia de sus banqueros y que reduce á los vencidos, á los de abajo, á un cruelísimo extremo de desgracia, la corrupción de sus policías, de sus magistrados y de sus hombres políticos, y ese no sé qué de fabricado, que el exceso de la conciencia mezcla allí en la educacion y la ausencia de abandono y de indiferencia en sus placeres. Pero qué! Todos los defectos de esta sociedad se resumen en esto: que ha prescindido del tiempo. El trasplante súbito de los más enérgicos y de los más desgraciados hijos de la Europa á esta tierra nueva, ha producido una germinación muy rápida. Pero, ¿á qué conduciría emprender nuevamente estas críticas? Miéntras más adelanto, comprendo mejor la precisión admirable de la frase de Goethe:

—"Cuando no se habla de las cosas con parcialidad llena de amor, lo que se dice no vale la pena de ser referido."

Y en el momento de asentar la planta sobre la tierra de Europa, digo adiós á la América con una emoción llena de gratitud,—de gratitud, porque fué para mí calurosa y generosamente hospitalaria,—de gratitud, porque allí recibí preciosas é incomparables enseñanzas,—de gratitud, porque sentí que allí se ama á la Francia,—de gratitud, por último, porque existe y porque su sola existencia representa para el porvenir de la civilización una posibilidad inmensa.

. . . . En esta última tarde y á algunas horas distantes de Liverpool, todas estas ideas en que se resumen mis largos meses de destierro, me conmueven más profundamente aun. Hacia las cinco y á causa de una brisa floja é incierta, que se levantó, los contornos de la costa comenzaron á fundirse y á desvanecerse. Veía nada más el agua muerta y verde, de un color verde en el que había algo de la esmeralda y de la leche. Sobre el agua corría el temblor de una ténue dislaceración á medida que avanzaba el paquebot. Al ras del cielo corría una amplia franja color malva, sobre este color malva se veía el nacimiento de un arco-iris, base de un puente de luz que se ignora hácia donde se abalanza. El sol que se ponía extendía sus rayos sobre la superficie de las aguas. Hería directamente á un barco señal pintado de rojo que parecía de llamas; á la vez se acercaba un velero que se dibujaba por completo de negro y tanto que parecía una barca de duelo, con andar delicado y apaciblemente fúnebre. Era un paisaje soñado tal y como los que se encuentran en el mar de Irlanda. Un paisaje propio para mirar los piés del Salvador, del amigo celestial andando hacia nosotros, pobres seres, á quienes la belleza de tales noches penetra á la vez y sofoca el corazón. Me volví y ví del otro lado al sol que iba á morir. Estaba rojo, con un rojo de sangre derramada y circuido de negro, con el negro de la noche que le oprimía, que lo devoraba sin que ella se iluminase. Sobre él se extendía una raya espectral. Después disminuyó, hasta no ser

ya, en esta negrura del cielo, que pesaba sobre un mar que ahora era moreno rojizo, sino un punto de púrpura que se apagaba. Y luego no se vió más que la llegada de las tinieblas! Y así es también lo que se imagina algunas veces por la época de guerras amenazadoras y de revolución en que estamos,—como otras tinieblas pasarán devorando, ahogando el puntito de luz que llamamos la civilización....

Y hé aquí que me puse á reconstruir en mi pensamiento el camino que acababa de andar el paquebot en el Océano. Me decía á mí mismo que allá abajo y á esta misma hora este sol estaba en lo alto del cielo, á mitad de su carrera alumbrando ciudades y campos, un universo entero. El puerto de Nueva York y su actividad se me representaban, y luego sus avenidas y la multitud de sus transeuntes; como en un relámpago ví á Boston, á Filadelfiia, á Baltimore, á Buffalo, Detroit, Chicago, San Pablo, Minneapolis y tantas otras ciudades donde apenas me he detenido el tiempo indispensable para poder traducir sus nombres en imágenes exactas. Y la sensación de que ese otro mundo existe al lado del nuestro, de que la humanidad tiene allí un colosal campo de experiencia, donde proseguir su obra, me llenaba de una especie de exaltación misteriosa, como si un acto de fé en la voluntad humana, se realizase en mi interior y casi á pesar mío y abría todo mi corazón al gran soplo de esperanza y de ánimo venido de Ultramar.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS